

STEPHEN
KING

CHRISTINE



se

El oscuro protagonista de esta novela es un automóvil marca Plymouth de 1958 llamado Christine. Arnie Cunningham está dispuesto a conseguirlo a cualquier precio. Y lo consigue. Pero mientras trabaja en la ardua tarea de restaurarlo, el coche da muestras de vida propia. ¿O es sólo imaginación? Dennis sigue creyéndolo así, pero la gente muere en las oscuras calles y avenidas de Libertyville. Dennis ya no puede negar la aterradora verdad: Christine está viva...



Stephen King

Christine

ePub r1.3

lenny 07.03.2018

Título original: *Christine*

Stephen King, 1983

Traducción: Adolfo Martín

Diseño de portada: lenny

Editor digital: lenny

Corrección de erratas: nixkevan, DannyShion

ePub base r1.2



A George Romero y Chris Forrest Romero

Y al Burg.

NOTA DEL AUTOR

Las canciones citadas en este libro figuran atribuidas al cantante (o cantantes, o grupo) más comúnmente relacionados con ellas. Tal vez ofenda esto al purista, que considera que la letra de una canción pertenece más al autor que al cantante. Lo que usted ha hecho, podría alegar el purista, es como adscribir las obras de Mark Twain a Hal Holbrook. No estoy de acuerdo. En el mundo de la canción popular, es como dicen los *Rolling Stones* : el cantante, no la canción. Y les doy las gracias a todos ellos, muy especialmente a Chuck Berry, Bruce Springsteen, Brian Wilson... y Jean Berry, de *Jan and Dean* . Él sí venía de la Curva del Muerto.

Obtener el permiso legal necesario para utilizar letras de canciones no es tarea fácil, y quisiera manifestar mi agradecimiento a algunas de las personas que me ayudaron a recordar las canciones y me aseguraron luego que no había ningún inconveniente en utilizarlas. Figuran entre ellas: Dave Marsh, crítico e historiador de *rock* ; James Feury, que mece en sus ritmos a mi pequeña ciudad a través de WACZ; su hermano Pat Feury, que organiza festivales en Portland; Debbie Geller; Patricia Dunning y Pete Batchelder. Gracias a todos, muchachos, y que vuestros viejos discos de los *Coasters* nunca se comben tanto que no podáis ponerlos.

S. K.

PRÓLOGO

Podría decirse que esta es la historia de un triángulo de amantes, Arnie Cunningham, Leigh Cabot y, naturalmente, *Christine*. Pero quede claro que fue *Christine* quien primero estuvo allí. Fue el primer amor de Arnie, y, aunque no me atreviera a asegurarlo (ni aun desde las cumbres de sabiduría que he alcanzado en mis veintidós años), creo que fue su único amor verdadero. Por eso llamo tragedia a lo que sucedió.

Arnie y yo crecimos juntos en el mismo barrio, fuimos juntos a la Escuela Elemental de Andrews y a la Escuela Media de Derby y juntos estuvimos después en la Escuela Superior de Libertyville. Supongo que yo fui la principal razón de que a Arnie no lo destrozasen allí. Yo era un tío importante en la Escuela Superior: sí, ya sé que eso no sirve para nada; cinco años después de haberte graduado ni siquiera puedes conseguir que te inviten a una cerveza por haber sido capitán de los equipos de fútbol americano y béisbol y haber participado en un campeonato interescolar de natación, pero gracias a eso Arnie se salvó al menos de que lo mataran. Fue objeto de muchos insultos y vejaciones, pero no lo mataron.

Y es que era un perdedor. Toda escuela superior tiene por lo menos dos, es como una ley nacional. Un chico y una chica. Todo el mundo busca desahogarse. ¿Te va mal el día? ¿Has suspendido un examen importante? ¿Has tenido bronca con tus padres y te han castigado sin salir de fin de semana? No es problema. Busca a uno de esos pobres diablos que se escabullen como criminales por los pasillos antes de que suene la campana y empréndela con él.

Y a veces los matan, en todos los aspectos importantes salvo el puramente físico, otras veces, encuentran algo a lo que aferrarse y sobreviven. Arnie me tenía a mí. Y luego tuvo a *Christine*. Leigh vino más tarde.

Sólo quería que se entendiera eso.

Arnie se encontraba siempre desplazado. Se hallaba desplazado entre los chicarrones porque era flaco y huesudo, un metro setenta y siete y sesenta y tres kilos de peso flotando en sus flojas ropas y su par de botas de conductor de carromatos del desierto. Se encontraba desplazado entre los intelectuales de la escuela superior (grupo bastante desplazado ya en una ciudad como Libertyville) porque no tenía la menor especialidad. Arnie era un chico despierto, pero su inteligencia sólo se aplicaba de forma natural a la mecánica del automóvil. Era un tío grande en eso. Pero sus padres, que impartían clases los dos en la Universidad de Horlicks, no podían ver a su hijo, que en su Stanford-Binet había figurado entre los componentes del selecto cinco por ciento, siguiendo los cursos de talleres. Tuvo suerte de que le dejaran seguir los

tres cursos. Lo suyo le costó conseguirlo. Se encontraba desplazado entre los habituales de la droga porque él no la consumía. Se encontraba desplazado entre el grupo de los jayanes de ajustados pantalones vaqueros, porque él no bebía y, si se le pegaba con suficiente fuerza, lloraba.

Oh, sí y se encontraba fuera de lugar entre las chicas. Su maquinaria glandular estaba totalmente descompuesta. Quiero decir que Arnie se hallaba cubierto de granos. Se lavaba la cara quizá cinco veces al día, se duchaba quizá doce veces a la semana y probaba todas las cremas y pomadas conocidas por la ciencia moderna. En vano. La cara de Arnie parecía una *pizza* cargada, y llevaba camino de quedarse para siempre con una de esas caras que parecen picadas de viruelas.

De todos modos, a mí me caía bien. Tenía un sutil sentido del humor y una mente que nunca cesaba de formular preguntas, jugar y explorar. Fue Arnie quien me enseñó a hacer una granja de hormigas cuando yo tenía siete años, y nos pasamos todo un verano observando a estos bichos, fascinados por su laboriosidad y su absoluta seriedad. Cuando teníamos diez años, fue a Arnie a quien se le ocurrió que, una noche, pusiéramos bajo el gran caballo de plástico que adornaba el jardín del Libertyville Motel, en la linde de Monroeville, un montón de boñigas cogidas en las cuadras de la carretera 17. Arnie era muy bueno jugando al ajedrez y al póquer. Él me enseñó a sacar el mayor partido posible a mis tanteos. Los días de lluvia, y hasta que me enamoré (bueno, más o menos, ella era una madrina de equipo con un cuerpo fantástico, y estoy seguro de que me enamoré de eso, aunque cuando Arnie señaló que su mente tenía toda la profundidad y resonancia de un Shaun Cassidy de 1945, yo no pude realmente contradecirle, porque tenía razón), era en Arnie en quien primero pensaba, porque Arnie sabía sacar el mayor partido posible a los días de lluvia, lo mismo que sabía sacar el mayor partido posible a los tantos en el póquer. Quizá sea ese uno de los detalles por los que se reconoce a las personas realmente solitarias: siempre les puede uno llamar por teléfono. Siempre están en casa. Absolutamente *siempre*.

Por mi parte, yo le enseñé a nadar. Me esforcé con él y le hice comer verduras para que fortaleciese un poco su huesudo cuerpo. El año anterior a nuestro último curso en la Escuela Superior de Libertyville, le conseguí trabajo en una cuadrilla de reparación de carreteras, para lo cual tuvimos que batirnos el cobre con sus padres, que se consideraban grandes amigos de los gañanes de California y de los obreros de las acerías del Burg, pero que se sentían horrorizados ante la idea de que su capacitado hijo (entre el cinco por ciento de destacados en su Stanford-Binet, recordémoslo) anduviera manchándose las manos y despellejándose el cuello al sol.

Luego, hacia el final de aquellas vacaciones veraniegas, Arnie vio por primera vez a *Christine* y quedó perdidamente enamorado. Yo estaba con él aquel día —volvíamos a casa después del trabajo— y daría testimonio de ello ante el Trono de Dios Todopoderoso si se me pidiera

hacerlo. Amigos míos, fue un flechazo en toda regla. Podría haber sido divertido si no hubiera resultado tan triste y si las cosas no se hubieran deteriorado tan rápidamente. Podría haber sido divertido si no hubiera sido tan malo.

¿Cómo de malo fue?

Fue malo desde el principio. Y no tardó en empeorar.

PRIMERA PARTE

DENNIS

Canciones de automóvil juveniles

1. Primer vistazo

Hey, looky there!

Across the street!

There's a car made just for me,

To own that car would be a luxury...

That car's fine-lookin, man,

That's somethin else.

EDDIE COCHRAN

—¡Oh, Dios mío! —exclamó de pronto mi amigo Arnie Cunningham.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Tenía los ojos desorbitados tras sus gafas de montura de acero, se había llevado la mano a la boca, tapándosela parcialmente con la palma, y su cuello podría haber estado montado sobre rodamientos a bolas por la forma en que lo estiraba hacia atrás por encima del hombro.

—¡Para el coche, Dennis! ¡Vuelve!

—¿Qué estás...?

—Vuelve, quiero verla otra vez.

De pronto, comprendí.

—Oh, vamos, olvídalo —dije—. Si te refieres a esa... cosa que acabamos de pasar...

—¡Vuelve! —Estaba casi gritando.

Volví, pensando que quizá se tratara de uno de los sutiles chistes de Arnie. Pero no lo era. Estaba completamente ido. Arnie se había enamorado.

El objeto de su amor era un mal chiste, y nunca sabré qué vio Arnie en él aquel día. El lado izquierdo de su parabrisas era una retorcida telaraña de resquebrajaduras. El techo estaba hundido en su parte derecha, y la descascarillada abolladura estaba cubierta de herrumbre.

El parachoques trasero se hallaba torcido, la puerta del maletero entreabierta y el tapizado de los asientos presentaba alargados desgarrones. Parecía como si alguien la hubiera emprendido a cuchilladas con la tapicería. Un neumático aparecía completamente liso. Los otros, tan desgastados que dejaban ver el cañamazo interior. Lo peor de todo: había un oscuro charco de aceite bajo el motor.

Arnie se había enamorado de un Plymouth Fury de 1958, uno de esos alargados y con grandes aletas. Había un viejo y descolorido letrero SE VENDE apoyado en el lado derecho del parabrisas, el lado que no estaba agrietado.

—¡Mira qué líneas, Dennis! —susurró Arnie.

Estaba corriendo alrededor del coche como un poseso. Sus sudorosos cabellos se agitaban al viento. Accionó el picaporte de la portezuela trasera, que se abrió con un chirrido.

—Arnie, me estás tomando el pelo, ¿no? Es insolación, ¿verdad? Dime que es insolación. Te llevaré a casa y te pondré bajo el acondicionador de aire, y nos olvidamos de todo esto, ¿conformes?

Pero lo dije sin muchas esperanzas. Él sabía gastar bromas, pero no tenía entonces cara de estar bromeando. Lucía más bien una especie de expresión alucinada que no me gustaba ni pizca.

Ni siquiera se molestó en responder. Una cálida bocanada de aire rancio que olía a vejez, a gasolina y a putrefacción avanzada salió por la abierta portezuela. Arnie tampoco pareció reparar en eso. Entró y se sentó en el rasgado y descolorido asiento trasero. En otro tiempo, veinte años atrás, había sido rojo. Ahora presentaba una desvaída tonalidad sonrosada.

Alargué la mano y cogí unas hilachas del tapizado, las miré y las hice volar soplando.

—Parece como si el Ejército Rojo hubiera pasado sobre él, camino de Berlín —dije.

Finalmente, se dio cuenta de que yo continuaba allí.

—Sí..., sí. Pero sería posible arreglarlo. Podría..., podría quedar de maravilla. Una unidad móvil, Dennis. Una belleza. Una verdadera...

—¡Eh! ¡Eh! ¿Qué hacéis ahí?

Era un viejo que parecía como si estuviese disfrutando —más o menos— sus setenta primaveras. Probablemente menos. El tipo me pareció la clase de hombre que disfrutaba muy poco. Tenía el pelo, lo poco que le

quedaba, largo y áspero. En la parte calva de su cráneo se apreciaba un buen caso de soriasis.

Llevaba pantalones verdes y zapatillas de deporte. Iba sin camisa, en su lugar, tenía en torno a la cintura algo que parecía un corsé de señora. Cuando se acercó más, vi que se trataba de una faja ortopédica. Por su aspecto, daba la impresión de que se la había cambiado por última vez aproximadamente en la época en que murió Lyndon Johnson.

—¿Qué hacéis ahí? —su voz era aguda y estridente.

—¿Es suyo este coche, señor? —preguntó Arnie.

La pregunta no dejaba de ser un poco tonta. El Plymouth estaba aparcado en el jardín de la casita de la que había salido el viejo. El jardín era horrible, pero parecía algo con aquel Plymouth en primer plano para dar perspectiva.

—¿Y qué si lo es? —preguntó el viejo.

—Yo... —Arnie tuvo que tragar saliva— quiero comprarlo.

Los ojos del viejo centellearon. La airada expresión de su rostro fue sustituida por un brillo furtivo en sus pupilas y un cierto rictus de avidez en los labios. Luego apareció una forzada y resplandeciente sonrisa. Creo que fue entonces —justo en ese momento— cuando sentí una especie de helado estremecimiento. Hubo un momento —justo entonces— en que me dieron ganas de aporrear a Arnie y llevármelo a rastras. Había algo en los ojos del viejo. No sólo el brillo, era algo *detrás* del brillo.

—Bueno, haberlo dicho —clamó el viejo. Le tendió la mano y Arnie se la estrechó—. Me llamo LeBay. Roland D. LeBay. Retirado del Ejército.

—Arnie Cunningham.

El tipo le agitó la mano e hizo un vago ademán en dirección a mí. Yo quedaba fuera del juego, ya tenía su primo. Era como si Arnie le hubiera dado a LeBay su cartera.

—¿Cuánto? —preguntó Arnie, y, luego, se lanzó—. Pida lo que pida, no es demasiado.

Gemí, en vez de suspirar. Su talonario de cheques acababa de seguir el mismo camino que su cartera.

Por un momento, la sonrisa de LeBay titubeó levemente, y sus ojos se entornaron con suspicacia. Creo que estaba evaluando la posibilidad de ser engañado. Observó el rostro ingenuo y anhelante de Arnie en busca

de señales reveladoras de posibles argucias y, luego, formuló la pregunta venenosamente perfecta:

—¿Has tenido un coche alguna vez, hijo?

—Tiene un Mustang Mach II —respondí yo, rápidamente—. Se lo compraron sus padres. Un autentico bolido capaz de hacer hervir el asfalto en primera. Y...

—No —dijo Arnie, en voz baja—. Acabo de sacar el carné esta primavera.

LeBay me lanzó una breve pero socarrona mirada y dedicó luego toda su atención a su objetivo principal. Apoyó las manos en la parte baja de la espalda y se estiró. Me llegó una acre bocanada de sudor.

—Tuve un problema en el Ejército —dijo—. Incapacidad absoluta. Los médicos no pudieron hacer nada por arreglarlo. Cuando alguien os pregunte qué es lo que hay de malo en el mundo respondedle que tres cosas, muchachos: los médicos, los comunistas y los radicales negros. De las tres, los comunistas son la peor, seguida de cerca por los médicos. Y si quieren saber quién os lo dijo, decidle que fue Roland D. LeBay. Sí, señor.

Acarició con arrobo el viejo y raído capó del Plymouth.

—Este es el mejor coche que he tenido jamás. Lo compré en setiembre de 1957. Por entonces era en setiembre cuando se compraba uno su nuevo modelo. Durante todo el verano te andaban enseñando fotos de coches bajo capotas y coches debajo de lonas, hasta que te morías de ganas de ver qué aspecto tenían por dentro. No como ahora —su voz rezumaba desprecio hacia los envilecidos tiempos que había llegado a vivir—. Y era completamente flamante. Tenía ese olor a coche nuevo que es el mejor olor del mundo.

Reflexionó.

—Excepto el olor a coño, quizá.

Miré a Arnie, mordiéndome desesperadamente la parte inferior de los carrillos para no soltar la carcajada. Arnie me miró también, asombrado. El viejo no parecía reparar para nada en ninguno de nosotros dos, estaba en su propio planeta.

—Hacía treinta y cuatro años que llevaba el uniforme —nos dijo LeBay, acariciando todavía el capó del coche—. Entré a los dieciséis, en 1923. Comí polvo en Texas y vi ladillas tan grandes como langostas en algunas de las casas de putas de Nogales. Yo he visto durante la Segunda Guerra a hombres con las tripas saliéndoles por las orejas. En Francia lo he visto. Les salían las tripas por las *orejas*. ¿Lo crees, hijo?

—Sí, señor —respondió Arnie. No creo que hubiera oído una sola palabra de lo que decía LeBay. Estaba apoyándose alternativamente en un pie y en otro, como si tuviera urgencia por ir al baño—. Pero, acerca del coche...

—¿Vas a la Universidad? —ladró de pronto LeBay—. ¿Allí, a Horlicks?

—No, señor. Voy a la superior de Libertyville.

—Estupendo —dijo LeBay, con gesto torvo—. Apártate de las Universidades. Están llenas de negrófilos que quieren entregar el Canal de Panamá. «Intelectuales», los llaman. «Idiotas», digo yo.

Miró afectuosamente al coche, que reposaba sobre un neumático deshinchado y cuya pintura brillaba con una suave tonalidad herrumbrosa a la luz del atardecer.

—Me lesioné la espalda en la primavera del 57 —dijo—. El Ejército se estaba echando a perder ya entonces. Me salí a tiempo. Volví a Libertyville. Eché un vistazo a lo que había, tomándome tiempo. Luego, entré en el establecimiento de Norma Cobb, donde ahora está la bolera, en la calle Mayor, y encargué este coche. Dije que lo quería en rojo y blanco, el modelo del año siguiente. Rojo como una bomba de incendios por dentro. Y lo hicieron. Cuando me lo llevé, tenía un total de diez kilómetros en el cuentakilómetros. Sí, señor.

Escupió.

Miré el cuentakilómetros por encima del hombro de Arnie. El cristal estaba sucio, pero pude leer la cifra de todos modos: 97.342.

—Si le tiene tanto afecto al coche, ¿por qué lo vende? —pregunté.

Me dirigió una gélida mirada.

—¿Te estás haciendo el listo conmigo, hijo?

No respondí, pero tampoco bajé la vista. Al cabo de unos momentos de duelo ocular (que Arnie ignoró por completo, estaba acariciando lenta y amorosamente una de las aletas traseras), dijo:

—No puedo seguir conduciendo. La espalda ha empeorado demasiado. Y los ojos están siguiendo el mismo camino.

De pronto, comprendí..., o creí comprender. Si los datos que nos había dado eran correctos, tenía setenta y un años. Y a los setenta años este Estado obliga a someterse a reconocimiento médico de la vista cada año para renovar el permiso de conducir. Y LeBay, o no había superado con éxito la prueba, o temía no superarla. Como quiera que fuese, daba

igual. Antes que doblegarse a ese baldón, había renunciado al Plymouth. Y, después, el coche había envejecido rápidamente.

—¿Cuánto quiere por él? —volvió a preguntar Arnie.

Oh, estaba impaciente por ir al matadero.

LeBay volvió la cara hacia el cielo, como si considerase la posibilidad de que se echara a llover. Luego, miró de nuevo a Arnie y le dedicó una amplia y bondadosa sonrisa que me pareció tan falsa como la de antes.

—He estado pidiendo por él trescientos —dijo—. Pero tú pareces un buen chico. Te lo dejaré en doscientos cincuenta.

—Oh, Cristo —exclamé.

Pero él sabía quién era allí el primo, y sabía exactamente cómo introducir la cuña entre nosotros. Como decía mi abuelo, no se había caído de un guindo.

—Muy bien —dijo, bruscamente—. Como queráis. Tengo que ir a ver el serial de las cuatro y media, *El filo de la noche*. Nunca me lo pierdo si puedo evitarlo. Encantado de haber charlado con vosotros. Hasta la vista.

Arnie me dirigió tal mirada de consternación e ira que retrocedí un paso. Corrió tras el viejo y le cogió del codo. Hablaron. No pude oírlo todo, pero fue más que suficiente. El viejo estaba herido en su amor propio. Arnie se deshacía ansiosamente en excusas. El viejo esperaba solamente que Arnie comprendiese que él no podía soportar ver cómo insultaban al coche que le había llevado por sus dorados años. Arnie estaba de acuerdo. Poco a poco el viejo se dejó llevar hacia donde yo estaba. Y de nuevo percibí en él algo conscientemente terrible..., era como si un frío viento de noviembre pudiera pensar. No puedo encontrar mejor forma de expresarlo.

—Si vuelve a decir una palabra más, me desentiendo por completo del asunto —dijo LeBay, apuntándome con un calloso pulgar.

—No lo hará, no lo hará —se apresuró a exclamar Arnie—. ¿Ha dicho trescientos, no?

—Sí, creo que fue...

—Se ha hablado de doscientos cincuenta —dije, con voz fuerte.

Arnie pareció consternado, temeroso de que el viejo pudiera marcharse de nuevo, pero LeBay no quería correr riesgos. El pez estaba ya casi fuera del agua.

—Con doscientos cincuenta bastará, supongo —admitió LeBay. Volvió a mirarme, y noté que teníamos un punto en común, él no me gustaba a mí, y yo tampoco le gustaba a él.

Para creciente horror por mi parte, Arnie sacó la cartera y empezó a rebuscar en ella. Quedamos los tres en silencio. LeBay continuaba mirándome. Yo aparté la vista hacia un chiquillo que estaba intentando matarse con una tabla de patinaje color verde vómito. En alguna parte, ladró un perro. Pasaron dos chicas que parecían colegialas de octavo o noveno grado, riendo y sosteniendo contra sus incipientes pechos brazadas de libros de biblioteca.

Sólo me quedaba una esperanza de que Arnie saliera bien del asunto, era la víspera del día de paga. Con tiempo suficiente, incluso sólo veinticuatro horas, esta violenta fiebre podría esfumarse.

Cuando volví de nuevo la vista hacia ellos, Arnie y LeBay estaban mirando dos billetes de cinco y seis de uno... aparentemente todo lo que había contenido la cartera.

—¿Qué tal un cheque? —preguntó Arnie.

LeBay sonrió secamente y no dijo nada.

—Es un cheque bueno —protestó Arnie.

Sí que lo sería. Habíamos estado todo el verano trabajando para *Carson Brothers* en la extensión I-376, la que los naturales de la zona de Pittsburgh creen firmemente que nunca acabará de terminarse. Arnie declaraba a veces que Penn-DOT había empezado aceptando pujas sobre la obra de la I-376 poco después de finalizar la Guerra Civil. No es que ninguno de los dos tuviéramos derecho a quejarnos, aquel verano había muchos chicos que o estaban trabajando por salarios de hambre o no trabajaban en absoluto. Nosotros estábamos ganando bastante, incluso haciendo horas extraordinarias. Brad Jeffries, el capataz, había vacilado en aceptar a un chico como Arnie, pero, finalmente, había consentido en utilizarlo como señalador, la muchacha que había pensado contratar había quedado embarazada y se había escapado para casarse. Así, pues, Arnie había empezado a manejar su bandera de señales en junio, pero, poco a poco, había ido arrastrando trabajos más duros a base principalmente de energía y decisión.

Era el primer trabajo auténtico que tenía y no quería echarlo a perder. Brad quedó razonablemente impresionado, y el sol estival incluso había ayudado un poco al cutis de Arnie, aliviando sus erupciones. Quizá fuesen los rayos ultravioletas.

—Estoy seguro de que es un cheque bueno, hijo —dijo LeBay—, pero quiero el pago en metálico. Ya comprendes.

No sé si Arnie lo comprendía, pero yo lo entendía a la perfección. Sería muy fácil bloquear el pago de un cheque si aquel herrumbroso Plymouth perdía un eje o escupía un pistón camino a casa.

—Puede llamar al Banco —dijo Arnie, empezando a parecer desesperado.

—Ni hablar —replicó LeBay, rascándose el sobaco sobre la áspera faja—. Van a ser las cinco y media. El Banco hace tiempo que está cerrado.

—Una seña, entonces —dijo Arnie, y le tendió los dieciséis dólares. Parecía totalmente enfebreado. Quizás os cueste creer que un muchacho que era ya casi lo bastante mayor como para votar hubiera podido excitarse de tal manera por aquel destartado cacharro en el espacio de quince minutos. A mí mismo me estaba costando creerlo. Sólo Roland D. LeBay parecía no encontrar ninguna dificultad en ello, y supuse que era porque a su edad había visto de todo. Sólo después llegué a creer que su extraña seguridad podría provenir de otras fuentes. Como quiera que fuese, si alguna vez había corrido por sus venas alguna especie de leche de bondad humana, se le había agriado hacía mucho tiempo.

—Tendría que ser por lo menos el diez por ciento —explicó LeBay. El pez estaba ya fuera del agua, dentro de unos momentos quedaría atrapado—. Si me dieras el diez por ciento, te lo reservaría durante veinticuatro horas.

—Dennis —dijo Arnie—. ¿Puedes prestarme nueve duros hasta mañana?

Yo tenía doce en la cartera, y ningún sitio especial al que ir. Día tras día de esparcir arena y cavar zanjas para alcantarillas habían hecho maravillas cuando se trataba de jugar al fútbol americano, pero yo no tenía vida social en absoluto. Últimamente, ni siquiera había estado asaltando los baluartes del cuerpo de mi atractiva amiga al estilo que ella se había acostumbrado. Yo era rico, pero solitario.

—Ven, vamos a ver —dije.

El rostro de LeBay se ensombreció, pero se daba cuenta de que dependían de mi dinero, le gustara o no. Sus ondulados cabellos blancos se agitaban a impulsos de la leve brisa. Mantenía apoyada una mano con aire posesivo sobre el capó del Plymouth.

Arnie y yo echamos a andar hacia el lugar en que mi coche, un Duster del 75, estaba aparcado junto a la cuneta.

Le pasé un brazo por los hombros a Arnie. Por alguna razón, recordé un lluvioso día de otoño en que ambos, con no más de seis años, estábamos en su habitación, pintarrajeando con viejas *Crayolas* de una abollada lata de café mientras parpadeaban los dibujos animados en un antiguo

televisor en blanco y negro. La imagen me hizo sentir triste y un poco asustado. Y es que tengo días en que me parece que seis años es una edad óptima, y por eso es por lo que sólo dura unos 7 segundos en tiempo real.

—¿Los tienes, Dennis? Te los devolveré mañana por la mañana.

—Sí, los tengo —respondí—. Pero, en nombre de Dios, ¿qué estás haciendo, Arnie? Ese tío tiene incapacidad total. No necesita el dinero, y tú no eres una institución de caridad.

—No entiendo. ¿De qué estás hablando?

—Te está estafando. Te está estafando por el simple placer de hacerlo. Si llevara ese coche a Darnell, no sacaría ni cincuenta dólares por él. Es una pura basura.

—No. No lo es.

Sin su cara llena de granos, mi amigo Arnie habría parecido completamente corriente. Pero yo creo que Dios da a todo el mundo por lo menos un rasgo bueno, y en Arnie se trataba de sus ojos. Detrás de las gafas que habitualmente los oscurecían presentaban una hermosa e inteligente tonalidad gris, del color del firmamento en un nublado día de otoño. Podían ser casi desazonadoramente penetrantes y escrutadores cuando estaba sucediendo algo que le interesaba, pero ahora, sin embargo, eran distantes y soñadores.

—No es en absoluto una basura —repitió.

Fue entonces cuando, realmente, empecé a comprender que la cuestión era algo más que la súbita decisión de Arnie de comprarse un coche. Nunca había mostrado interés en tener uno, se conformaba con montar en el mío y contribuir al pago de la gasolina o pedalear en su bici. Y no era que necesitase un coche para salir con una chica, que yo supiera, Arnie no había tenido una cita en su vida.

Esto era algo diferente. Era amor, o algo parecido. Dije:

—Al menos, haz que te lo ponga en marcha, Arnie. Y que suba el capó. Hay un charco de aceite debajo. Yo creo que quizás esté rajado el bloque del motor. En realidad, creo...

—¿Puedes prestarme los nueve?

Tenía los ojos fijos en los míos.

Desistí. Saqué la cartera y le di los nueve dólares.

—Gracias, Dennis —dijo.

—Allá tú.

No me oyó. Unió mis nueve dólares a los dieciséis suyos y volvió adonde LeBay permanecía junto al coche. Le entregó el dinero, y LeBay lo contó cuidadosamente humedeciéndose el pulgar.

—Te lo reservaré sólo por veinticuatro horas, que quede claro.

—Sí, señor. De acuerdo —dijo Arnie.

—Voy a entrar en la casa para hacerte un recibo. ¿Cómo has dicho que te llamas, soldado?

Arnie sonrió levemente.

—Cunningham. Arnold Cunningham.

LeBay soltó un gruñido y se dirigió hacia la casa, cruzando el descuidado césped. La puerta exterior era una de esas de aluminio reforzada con una historiada letra en el centro, una gran L en este caso.

La puerta se cerró de golpe a su espalda.

—Ese tío es un falso, Arnie. La verdad es que creo que está...

Pero Arnie no estaba allí. Se hallaba sentado al volante del coche, y su rostro mostraba la misma deslumbrante expresión.

Di la vuelta por delante del vehículo y encontré el resorte del capó. Lo accioné, y el capó se levantó con un herrumbroso chirrido que me recordó los efectos sonoros que se oyen en algunos de esos discos de casa encantada. Cayeron varias partículas de metal. La batería era una vieja *Allstate*, y los bornes estaban tan cubiertos de verdosa corrosión que no se podía distinguir el positivo del negativo. Accioné el limpiador neumático y contemplé sombríamente un carburador tan negro como el pozo de una mina.

Bajé el capó y volví a donde Arnie estaba sentado pasando la mano por el borde del salpicadero y sobre el velocímetro, calibrado hasta un absurdo total de 120 millas por hora. ¿Realmente habían ido alguna vez los coches tan de prisa?

—Arnie, creo que el bloque del motor está resquebrajado. De veras. Este coche es un cacharro inmundito. Si quieres ruedas, podemos encontrar algo mucho mejor que esto por doscientos cincuenta pavos. En serio. *Mucho* mejor.

—Tiene veinte años —dijo—. ¿Te das cuenta de que un coche es oficialmente una antigüedad cuando tiene veinte años?

—Sí —respondí—. La cacharrería de Darnell está llena de antigüedades oficiales, ¿comprendes con esto lo que quiero decir?

—Dennis...

Se oyó un portazo. Regresaba LeBay. Menos mal, pues no habría tenido sentido haber seguido hablando del asunto. Quizá no sea yo el hombre más sensitivo del mundo, pero cuando las señales son lo bastante intensas puedo captarlas. Esto era algo que Arnie sentía que debía tener, y yo no iba a disuadirle de ello. No creía que nadie fuese a poder disuadirle.

LeBay le entregó el recibo con ostentoso ademán. Escrito en una simple hoja de papel con fina y levemente temblorosa letra de anciano, se leía: *Recibo de Arnold Cunningham, 25 dólares como seña por 24 horas sobre Plymouth 1958, Christine*. Y debajo su firma.

—¿Qué es esa *Christine*? —preguntó, pensando que había leído mal o que quizás él se había equivocado en algo.

Apretó los labios y se encogió ligeramente de hombros como si esperase que fuésemos a reírnos de él..., o como si me desafiase a reírme de él.

—*Christine* —dijo— es como siempre lo he llamado.

—*Christine* —dijo Arnie—. Me gusta. ¿A ti no, Dennis?

Ahora estaba hablando de ponerle nombre a la maldita cosa. Estaba resultando ya demasiado.

—¿Qué te parece, Dennis? ¿Te gusta?

—No —respondí—. Si tienes que bautizarlo, Arnie, ¿por qué no lo llamas *Catástrofe*?

Pareció dolido por mis palabras, pero a mí ya no me importaba. Volví a mi coche para esperarle, deseando haber tomado un camino diferente para ir a casa.

2. La primera discusión

Just tell your hoodlum friends outside,

You ain't got time to take a ride!

(Yakety-yak!)

Don't talk back!

THE COASTERS

Llevé a Arnie a su casa y entré con él para tomar un trozo de pastel y un vaso de leche antes de ir a la mía. Fue una decisión de la que no tardé en arrepentirme.

Arnie vivía en Laurel Street, que está en un tranquilo barrio residencial en la parte oeste de Libertyville. En realidad, casi todo Libertyville es tranquilo y residencial. No es elegante, como el vecino suburbio de Fox Chapel (donde la mayoría de las casas son como las que veíamos todas las semanas en *Colombo*), pero tampoco es como Monroeville, con sus kilómetros de soportales, almacenes de neumáticos usados y mercadillos de libros. No tiene industria pesada, es ante todo una ciudad dormitorio para la cercana Universidad. No elegante, pero sí de un cierto aire intelectual.

Arnie se había mantenido silencioso y contemplativo durante todo el camino, yo traté de estirarle de la lengua, pero en vano. Le pregunté qué iba a hacer con el coche.

—Arreglarlo —explicó con aire ausente, y se sumió de nuevo en el silencio.

Bueno, tenía capacidad para hacerlo, yo no se lo discutía. Era hábil con las herramientas, sabía escuchar, sabía aislarse. Sus manos eran sensitivas y rápidas con la maquinaria, sólo cuando estaba con otras personas, en especial si eran chicas, se tornaba desmañado e inquieto, haciéndose crujir los nudillos o metiéndose las manos en los bolsillos o, lo peor de todo, llevándoselas a la cara y paseándolas por el calcinado paisaje de sus mejillas, su frente y su mentón, atrayendo así toda la atención hacia ella.

Podía arreglar el coche, pero el dinero que había ganado aquel verano estaba destinado a la Universidad. Nunca había tenido un coche, y yo no creía que tuviese la menor idea de la siniestra forma en que pueden tragar dinero los coches viejos. Lo sorben como se supone que chupa sangre un vampiro. En la mayoría de los casos podía ahorrarse la mano

de obra haciendo él mismo el trabajo, pero sólo la adquisición de las piezas le dejaría sin un clavo antes de que llegara a darse cuenta.

Le dije algunas de estas cosas, pero parecieron resbalar sobre él.

Sus ojos continuaban distantes, soñadores. Me habría sido imposible decir qué pensaba.

Michael y Regina Cunningham se encontraban en casa. Ella estaba componiendo un ejemplar de una interminable serie de rompecabezas (el tema de este eran unas seis mil ruedas dentadas y engranajes diferentes sobre un fondo completamente blanco, a mí me habría vuelto loco en quince minutos), y él estaba oyendo el tocadiscos en su habitación.

No tardé mucho en empezar a desear haberme quedado sin el pastel y la leche. Arnie les dijo lo que había hecho, les enseñó el recibo, y, al instante, ellos se pusieron que se subían por las paredes.

Hay que comprender que Michael y Regina eran universitarios hasta la médula. Estaban entregados al bien y, para ellos, eso significaba participar en protestas. Habían protestado en favor de la integración a comienzos de los 60, habían seguido con el Vietnam y, cuando eso terminó, pasaron a Nixon, el equilibrio racial en las escuelas (podían recitar de pe a pa todo el caso Alan Bakke hasta que uno se quedaba dormido oyéndoles), brutalidad policíaca y brutalidad parental. Estaban luego las conferencias..., todas las conferencias. Se dedicaban a dar conferencias casi tanto como a protestar. Estaban dispuestos a participar durante toda una noche en una sesión sobre el programa espacial, o a dar un cursillo sobre el ERA, o un seminario sobre posibles alternativas a los combustibles fósiles, y ello sin la más mínima vacilación ni previa preparación.

Habían trabajado en sólo Dios sabía cuántas «Líneas Calientes», casos de violación, de drogas, aquellos otros en que chicos que se habían escapado de casa podían hablar a un amigo y el clásico teléfono de la esperanza al que gentes que pensaban en suicidarse podían llamar y escuchar una voz comprensiva que les decía: «*No lo hagas, amigo, tienes un compromiso social con la nave espacial Tierra*».

Veinte o treinta años de enseñanza universitaria, y está uno preparado para mover la lengua, lo mismo que los perros de peleas estaban preparados para segregar saliva cuando sonaba la campana. Supongo que incluso puede llegar a gustarle a uno.

Regina (insistían en que yo les llamara por sus nombres de pila) tenía cuarenta y cinco años y poseía una elegancia fría y semiaristocrática, es decir, se las arreglaba para parecer aristocrática aunque llevase pantalones vaqueros, que era casi siempre. Su campo era el inglés, pero, naturalmente, cuando se enseña a nivel universitario eso nunca es suficiente, es como decir «Estados Unidos» cuando le preguntan a uno

de dónde es. Ella lo había refinado y calibrado como un destello en una pantalla de radar. Se había especializado en los poetas ingleses primitivos y había hecho su tesis sobre Robert Herrick.

Michael se dedicaba a la Historia. Parecía tan triste y melancólico como la música que ponía en su tocadiscos, aunque la tristeza y la melancolía no formaban normalmente parte de su carácter. A veces, me hacía pensar en la respuesta que se decía había dado Ringo Starr, en la primera visita de los *Beatles* a América cuando un periodista le preguntó, en una conferencia de prensa, si realmente era tan triste como parecía. «*No —contestó Ringo—, es sólo mi cara*». Michael era así. Además, su delgado rostro y las gruesas gafas que llevaba se combinaban para darle aire de profesor de chiste. Tenía profundas entradas en el pelo y llevaba una pequeña perilla.

—¡Hola, Arnie! —dijo Regina cuando entramos—. ¡Hola, Dennis!

Fue casi la última cosa agradable que nos dijo a ambos aquella tarde.

Saludamos y cogimos nuestro pastel y nuestro vaso de leche. Nos sentamos en el rincón del desayuno. Se estaba preparando la cena en el horno, y, lamento decirlo, pero el aroma que exhalaba era bastante nauseabundo. Regina y Michael llevaban algún tiempo flirteando con el vegetarianismo, y esta noche olía como si Regina estuviera haciendo asado de algas o cosa parecida. Esperé que no me invitasen a quedarme.

Cesó la música del tocadiscos y entró Michael en la cocina. Llevaba vaqueros y parecía como si acabara de morírsele su mejor amigo.

—Llegáis tarde, muchachos —saludó—. ¿Alguna dificultad?

Abrió el frigorífico y empezó a rebuscar en su interior. Quizá tampoco a él le parecía tan maravilloso el olor del asado de algas.

—He comprado un coche —explicó Arnie, cortándose otro trozo de pastel.

—¿Has hecho qué? —exclamó al instante su madre desde la otra habitación.

Se levantó con rapidez, y se oyó un golpe al chocar sus muslos con el borde de la mesita en que ensamblaba sus rompecabezas. El golpe fue seguido por el rápido tambaleo de piezas cayendo al suelo.

Fue entonces cuando empecé a desear haberme ido a mi casa.

Michael Cunningham se había dado la vuelta desde el frigorífico para mirar a su hijo, con una manzana en una mano y un bote de yogur natural en la otra.

—¿Estás bromeando? —dijo y, por alguna absurda razón, me fijé por primera vez en que su perilla, que venía llevando desde 1970 o cosa así, estaba entreverada de hebras grises—. Arnie, estás bromeando, ¿verdad? Di que estás bromeando.

Entró Regina, alta, semiaristocrática y enfurecida. Miró fijamente a Arnie a la cara y comprendió que no estaba bromeando.

—Tú no puedes comprar un coche —se sulfuró—. ¿De qué diablos estás hablando? Sólo tienes diecisiete años.

Arnie pasó lentamente la vista desde su padre, junto al frigorífico, hasta su madre, en el umbral de la puerta que conducía al cuarto de estar. Había en su rostro una expresión firme y obstinada que yo no recordaba haberle visto nunca. Si la tuviera más a menudo en la escuela —pensé— los demás chicos no mostrarían tanta inclinación a meterse con él.

—En realidad, estás equivocada —dijo—. Puedo comprarlo sin ninguna dificultad. No podría financiarlo pero pagándolo al contado no hay problema. Naturalmente, *matricular* un coche a los diecisiete años es otra cosa. Para eso necesito vuestro permiso.

Le estaban mirando con sorpresa, turbación y —como advertí con una sensación de vacío en el estómago— creciente ira. Pese a su forma liberal de pensar y a su dedicación a los obreros agrícolas, esposas maltratadas, madres solteras y todo lo demás manejaban demasiado a Arnie. Y Arnie se dejaba manejar.

—Creo que no tienes derecho a hablar así a tu madre —dijo Michael.

Volvió a guardar el yogur y, con la manzana en la mano, cerró lentamente la puerta del frigorífico.

—Eres demasiado joven para tener un coche.

—Dennis tiene uno —se apresuró a responder Arnie.

—¡Anda, qué tarde es! —exclamé—. Debería estar ya en casa. Debería...

—Lo que los padres de Dennis quieran hacer y lo que quieran hacer los tuyos son dos cosas distintas —siguió Regina Cunningham. Nunca le había oído hablar con voz tan gélida. Nunca—. Y tú no tenías derecho a hacer semejante cosa sin consultarnos a tu padre y a mí...

—*¡Consultaros!* —rugió de pronto Arnie.

Derramó su leche. Gruesas venas se le marcaron en el cuello.

Regina retrocedió un paso, boquiabierta. Apostaría a que su hijo no le había gritado en toda su vida. Michael parecía igual de estupefacto.

Estaban empezando a captar lo que yo ya había percibido: por inexplicables razones, Arnie había topado con algo que realmente deseaba.

Y que Dios protegiese a quien tratara de interponerse en su camino.

—*¡Consultaros!* ¡Os he consultado sobre cada maldita cosa que he hecho jamás! Todo era como una reunión de comité, y si se trataba de algo que yo quería hacer, la votación siempre me era desfavorable por dos a uno. Pero esto no es una reunión de comité. He comprado un coche, y eso es todo.

—Ni mucho menos —dijo Regina.

Tenía apretados los labios, y, curiosamente (o quizá no) había dejado de parecer sólo semiaristocrática, ahora parecía la reina de Inglaterra o de alguna parte, con vaqueros y todo. Michael quedaba al margen por el momento. Parecía tan aturdido y desventurado como yo me sentía y, por un momento, experimenté una aguda piedad hacia el hombre.

Él ni siquiera podía irse a su casa para zafarse del asunto; estaba ya en ella. Se estaba desarrollando una descarnada lucha de poder entre la vieja guardia y la joven guardia, y acabaría siendo decidida como casi siempre se deciden estas cosas, con un monstruoso desbordamiento de amargura y acritud. Regina parecía estar dispuesta para ello, aunque Michael no lo estuviese. Pero yo no quería participar. Me levanté y me dirigí hacia la puerta.

—¿Y tú le dejaste hacerlo? —preguntó Regina. Me miró altivamente, como si nunca hubiéramos reído juntos, preparado pasteles juntos ni hecho acampadas familiares juntos—. Me sorprende, Dennis.

Eso me irritó. Siempre había apreciado bastante a la madre de Arnie, pero nunca había confiado completamente en ella, al menos desde algo que había sucedido cuando yo tenía unos ocho años.

Un sábado por la tarde, Arnie y yo nos habíamos ido en bici al centro de la ciudad para ver una película. A la vuelta, Arnie se había caído de la bici al tratar de sortear a un perro y se había hecho una herida bastante grande en la pierna. Lo llevé a casa en la parrilla de mi bici y Regina fue con él a la casa de socorro, donde un médico le dio media docena de puntos. Y entonces, por alguna razón, cuando todo había terminado y estaba claro que Arnie quedaría perfectamente, Regina se volvió hacia mí y la emprendió a improperios conmigo. Cuando terminó, yo temblaba de pies a cabeza y estaba casi llorando... Qué diablos, sólo tenía ocho años, y había habido mucha sangre. No puedo recordar todo lo que me soltó, pero la sensación general que me produjo fue en extremo turbadora. Por lo que recuerdo, empezó acusándome de no vigilarle lo bastante estrechamente —como si Arnie fuese mucho más pequeño que yo, en vez de tener casi exactamente la misma edad— y acabó diciendo (o pareciendo decir) que debería haberme ocurrido a mí.

La cosa parecía repetirse ahora —*Dennis, no le estabas vigilando lo bastante de cerca*—, y me encolericé. Mi recelo hacia Regina era probablemente sólo una parte del asunto, y, para ser sinceros, probablemente sólo la parte más pequeña. Cuando se es niño (y, después de todo, ¿qué son los diecisiete años sino el límite extremo de la niñez?) tiende uno a ponerse del lado de otros niños. Se sabe con fuerte e infalible instinto que si uno derriba unas cuantas vallas y tira abajo alguna que otra puerta, sus padres —con la mejor de las intenciones— estarían encantados de mantenerlo a uno siempre en el corralito.

Me encolericé, pero me contuve lo mejor que pude.

—Yo no le he *dejado* hacer nada —expliqué—. Él lo quería, y lo ha comprado.

Antes, quizá les hubiese dicho que no había hecho más que entregar una seña, pero no pensaba hacer tal cosa ahora. Estaba irritado.

—En realidad, traté de disuadirle —manifesté.

—Dudo que lo intentaras con mucho entusiasmo —replicó Regina.

Lo mismo podría haberme dicho *No me vengas con chorradas, Dennis, sé que has tenido parte en esto*. Tenía los pómulos congestionados, y sus ojos despedían chispas. Estaba intentando hacer que me sintiera como si tuviese de nuevo ocho años, y no lo hacía mal. Pero me resistí.

—Mira, si conocieses todos los detalles verías que no hay motivos para subirse por las paredes. Lo ha comprado por doscientos cincuenta, y...

—¡Doscientos cincuenta dólares! —exclamó Michael—. ¿Qué clase de coche se puede comprar por ese dinero?

Su anterior incómodo distanciamiento —si es que se había tratado de eso y no sólo de la sorpresa ante el sonido de la voz de su sosegado hijo levantada en tono de protesta— había desaparecido. Era el precio del coche lo que le había llegado al alma. Y miró a su hijo con un abierto desprecio que me desagradó. Me gustaría tener hijos míos algún día y, si llego a tenerlos, espero dejar esa expresión particular fuera de mi repertorio.

Me decía a mí mismo que procurase mantener la calma, que todo aquello no era asunto mío, que no tenía motivos para acalorarme: pero el pastel que había comido reposaba en el centro de mi estómago, convertido en una bola grande y pegajosa y empezaba a arderme la piel. Los Cunningham habían sido mi segunda familia desde que yo era pequeño, y podía sentir en mi interior los penosos síntomas de una disputa familiar.

—Se puede aprender mucho de coches arreglando uno viejo —dije, sintiéndome como una imitación de LeBay—. Y hará falta mucho trabajo antes de que pueda circular por las calles —«*Si alguna vez puede hacerlo* », pensé—. Se lo podría considerar como un... un *hobby* .

—Yo lo considero una locura —dijo Regina.

Sentí de pronto unos fuertes deseos de marcharme. Supongo que si las vibraciones emocionales que llenaban la habitación no hubieran sido tan intensas, podría haberlo encontrado divertido. Había llegado a adoptar la postura de defender el coche de Arnie, cuando pensaba que todo el asunto era absurdo.

—Digáis lo que digáis —murmuré—, dejadme a mí al margen. Me voy a casa.

—Excelente —convino Regina.

—Se acabó —estalló Arnie, inexpresivamente. Se puso en pie—. Me voy a hacer puñetas de aquí.

Regina contuvo una exclamación, y Michael parpadeó como si le hubieran dado una bofetada.

—¿*Qué* has dicho? —logró preguntar Regina—. ¿*Qué* has...?

—No entiendo por qué os alborotáis tanto —les respondió Arnie, con voz grave y controlada—, pero no pienso quedarme a oídos decir idioteces a ninguno de los dos. Queríais que fuese a los cursos superiores, y allí estoy —miró a su madre—. Querías que ingresase en el club de ajedrez, en lugar de en la banda de la escuela, muy bien, ahí estoy también. He logrado vivir diecisiete años sin crearos una situación embarazosa en el club de *bridge* ni acabar en la cárcel.

Le estaban mirando con ojos desorbitados, como si a una de las paredes de la cocina le hubiesen salido labios y hubiera empezado a hablar.

Arnie les miró con ojos extraños, fríos y peligrosos.

—Os lo digo. Voy a tener esto. Esta única cosa.

—Arnie, el seguro... —empezó Michael.

—¡Calla! —gritó Regina.

No quería hablar acerca de los problemas concretos porque ese era el primer paso para una posible aceptación, simplemente, quería aplastar la rebelión bajo su calcañal, rápida y completamente. Hay momentos en que los adultos resultan a uno aborrecibles en formas que ellos nunca comprenderían. Yo tuve entonces uno de esos momentos, y ello sólo

consiguió hacer que me sintiera peor. Cuando Regina le gritó a su marido, la vi como una persona vulgar y asustada, y, como la amaba, nunca había querido verla así.

Sin embargo, permanecí en la puerta, deseando marcharme, pero morbosamente fascinado por lo que estaba sucediendo: la primera discusión seria en la familia Cunningham que yo había visto jamás, quizá la primera que jamás se había producido. Y su intensidad era enorme, por lo menos del grado diez en la escala de Richter.

—Dennis, va a ser mejor que te vayas mientras resolvemos esto —pidió sombríamente Regina.

—Sí —repuse—. Pero ¿no comprendéis?, estáis haciendo una montaña de un grano de arena. Esta noche... Regina, Michael..., si pudierais verlo: probablemente va de cero a treinta en veinte minutos, si es que llega a moverse...

—¡Dennis! ¡Vete!

Mientras montaba en mi Duster, Arnie salió por la puerta trasera, aparentemente con la intención de cumplir su amenaza de marcharse. Sus padres salieron tras él, con aire preocupado, además de humillado. Yo podía comprender un poco cómo se sentían. Todo había sido tan súbito como un ciclón que descendiera de un cielo despejado.

Encendí el motor y retrocedí por la tranquila calle. Habían sucedido muchas cosas desde que ambos habíamos llegado a las cuatro, hacía dos horas. Entonces, yo tenía tanta hambre que habría comido cualquier cosa (excepto asado de algas). Ahora, sentía en el estómago una opresión tal que me parecía que devolvería cualquier cosa que tragase.

Cuando me marché, los tres permanecían ante su garaje de dos plazas (el Porsche de Michael y la furgoneta Volvo de Regina se acurrucaban dentro: *ellos tienen sus coches* —recuerdo que pensé, un poco innoblemente—, *a ellos qué les importa*), todavía discutiendo.

«¡Se acabó! —pensé, sintiéndome ahora un poco triste, además de turbado—. *Le dominarán, y LeBay tendrá sus veinticinco dólares, y ese Plymouth del 58 continuará allí durante otros mil años más o menos* ». Ya le habían hecho cosas similares otras veces. Porque era un perdedor. Hasta sus padres lo sabían. Era inteligente y, si se atravesaba la capa exterior de timidez y cautela, era jocosos y considerado y... delicado, supongo que es la palabra que estoy buscando.

Delicado, pero perdedor.

Sus padres le conocían tan bien como los matones que le gritaban por los pasillos y le tiraban las gafas. Sabían que era un perdedor y que le dominarían.

Eso es lo que yo pensaba. Pero estaba equivocado.

3. A la mañana siguiente

My poppa said “Son,
You’re gonna drive me to drink
If you don’t quit drivin that
Hot-rod Lincoln.”

CHARLIE RYAN

A las seis y media de la mañana del día siguiente fui hasta la casa de Arnie y aparqué junto a la cuneta. Aunque sus padres estarían todavía en la cama, no quería entrar porque había habido tantas malas vibraciones en la cocina la noche anterior, que no me apetecían el bollo y el café que habitualmente tomaba antes de ir a trabajar.

Pasaron casi cinco minutos sin que Arnie saliese, y empecé a preguntarme si no habría cumplido su amenaza de largarse.

Luego, se abrió la puerta trasera y apareció con la fiambarrera golpeándole en una pierna.

Subió al coche, cerró la portezuela y dijo:

—Vámonos, Jeeves.

Era una de las salidas clásicas de Arnie cuando estaba de buen humor.

Arranqué, lo miré cautelosamente, casi decidido a decir algo y luego resolví que sería mejor esperar a que empezase él... si es que tenía algo que decir.

Durante un rato, pareció que no lo tenía. Recorrimos casi todo el trayecto sin que hubiera ninguna conversación entre nosotros, con sólo el sonido de WMDY, la emisora local de Rock-and-Soul. Arnie seguía el ritmo sobre su pierna, con aire ausente.

Al fin, dijo:

—Siento que te vieras metido anoche en el asunto.

—No te preocupes, Arnie.

—¿Se te ha ocurrido alguna vez —preguntó, de pronto— que los padres no son más que niños grandes hasta que sus hijos les fuerzan a hacerse

adultos? ¿Lo que generalmente ocurre entre los gritos y los pataleos de éstos?

Meneé la cabeza.

—Voy a decirte lo que creo —continuó.

Estábamos llegando ya al emplazamiento de las obras, el remolque de *Carson Brothers* estaba a sólo dos pendientes más arriba. El tráfico a aquellas horas era escaso y somnoliento. El cielo presentaba un suave color de melocotón.

—Creo que una parte de ser padre es intentar matar a los hijos.

—Eso parece muy racional —repuse—. Los míos siempre están intentando matarme. Anoche, fue mi madre, que entró sigilosamente en mi habitación con una almohada y me la puso encima de la cara. La noche anterior, fue mi padre el que nos estuvo persiguiendo a mi hermana y a mí con un destornillador.

Bromeaba, naturalmente, pero me pregunté qué pensarían Michael y Regina si pudiesen oír mis palabras.

—Ya sé que parece un poco idiota al principio —siguió Arnie—, pero hay muchas cosas que lo parecen hasta que realmente reflexiona uno sobre ellas. Envidia de pene. Conflictos edípicos. El Sudario de Turín.

—A mí me parece una chorrada —respondí—. Anoche tuviste una disputa con tus viejos, y eso es todo.

—Pero yo lo creo realmente —dijo Arnie, con tono pensativo—. No es que sepan lo que están haciendo, eso no. ¿Y sabes por qué?

—Dímelo tú.

—Porque en cuanto tienes un hijo sabes con seguridad que vas a morir. Cuando tienes un hijo, ves tu propia tumba.

—¿Sabes una cosa, Arnie?

—¿Qué?

—Creo que eso es jodidamente horrible —dije, y ambos nos echamos a reír.

—No lo decía en ese sentido.

Entramos en la zona de aparcamiento y apagué el motor. Permanecimos allí unos momentos.

—Les dije que renunciaría a los cursos universitarios —continuó—. Les dije que me apuntaría a E.V.

E.V. era enseñanza vocacional. La misma clase de cosa que reciben los chicos de los reformatorios, salvo, naturalmente, que ellos no se van a casa por la noche. Tienen lo que podríamos llamar un programa obligatorio en régimen de internado.

—Arnie —empecé, sin saber muy bien cómo seguir. La forma en que todo aquello había brotado de la nada continuaba sorprendiéndome—. Arnie, eres aún menor. Ellos tienen que firmar, obligatoriamente, tu programa.

—Sí, claro —respondió Arnie. Sonrió sin alegría, y a la fría luz del amanecer parecía a la vez mucho más viejo y mucho, mucho más joven: como una especie de niño cínico—. Tienen la facultad de cancelar todo mi programa durante otro año si quieren y sustituirlo por el suyo. Podrían apuntarme a Economía Doméstica y Mundo de la Moda si les da la gana. La ley dice que pueden hacerlo. Pero ninguna ley dice que pueden hacerme aprobar lo que elijan.

Eso me hizo comprender la gran distancia que había recorrido. ¿Cómo podía haber llegado a significar tanto para él, y tan súbitamente, aquella porquería de coche? En los días siguientes, esa pregunta continuó obsesionándome, como siempre he imaginado que lo haría un disgusto serio sufrido recientemente. Cuando Arnie dijo a Michael y Regina que de veras quería tenerlo, desde luego no había estado bromeando. Se había ido derecho al lugar en que con más intensidad vivían sus expectativas hacia él, y lo había hecho con una implacable resolución que me sorprendió. No estoy seguro de que otra táctica menos firme hubiera dado resultado contra Regina, pero me sorprendía que Arnie hubiese sido realmente capaz de hacerlo. De hecho me dejaba totalmente atónito. La cuestión era que, si Arnie pasaba su último curso en E.V., la Universidad quedaba eliminada. Y para Michael y Regina eso era imposible.

—Así que, ¿se han resignado?

Era casi la hora de fichar, pero yo no podía dejar el asunto sin saberlo todo.

—No exactamente. Les dije que encontraría una plaza de garaje y que no intentaría hacerlo revisar ni inscribir hasta tener su aprobación.

—¿Crees que la conseguirás?

Me dirigió una sonrisa confiada y medrosa a la vez. Era la sonrisa de un conductor de explanadora bajando la pala de un D-9 Cat ante un obstáculo particularmente difícil.

—La conseguiré —dijo—. Cuando esté listo, la conseguiré.

¿Y sabéis una cosa? Quedé convencido de que lo haría.

4. Arnie se casa

I remember the day

When I chose her over all those other junkers,

Thought I could tell

Under the coat of rust she was gold,

No clunker...

THE BEACH BOYS

Podríamos haber hecho dos horas extraordinarias aquel viernes por la tarde, pero rehusamos. Recogimos nuestros cheques en la oficina, fuimos a la sucursal en Libertyville de la Caja de Ahorros de Pittsburgh y los cobramos. Yo ingresé la mayor parte en mi libreta, puse cincuenta dólares en mi cuenta corriente (el solo hecho de tenerla me hacía sentirme inquietantemente adulto, sensación que, supongo, se va esfumando) y retiré veinte en efectivo.

Arnie retiró la totalidad de su paga.

—Toma —dijo, tendiéndome un billete de diez dólares.

—No —respondí—. Quédatelo, hombre. Necesitarás hasta el último centavo antes de que acabes con ese cacharro.

—Cógelo —repitió—. Yo pago mis deudas, Dennis.

—Quédatelo. De veras.

—Cógelo —seguía tendiendo inexorablemente el billete.

Lo cogí. Pero le obligué a aceptar el dólar que sobraba. No quería hacerlo.

Mientras cruzábamos la ciudad en dirección a la casa de LeBay, Arnie fue poniéndose cada vez más nervioso. Subió demasiado el volumen de la radio y empezó a llevar el ritmo de la música primero sobre los muslos y luego sobre el salpicadero. Salió Foreigner cantando *Dirty White Boy*.

—La historia de mi vida, Arnie —dije, y soltó una carcajada demasiado fuerte y demasiado larga.

Se estaba comportando como un hombre que espera a que su mujer tenga un hijo. Finalmente, adiviné que le asustaba la posibilidad de que LeBay hubiera vendido el coche a otro.

—Tranquilo, Arnie —dije—. Estará allí.

—Estoy tranquilo, estoy tranquilo —repuso, y me ofreció una amplia, resplandeciente y forzada sonrisa.

Su piel presentaba ese día el peor aspecto que yo había visto jamás, y me pregunté (no por primera vez, ni por última) qué se sentiría siendo Arnie Cunningham, atrapado tras aquel sudoroso rostro segundo tras segundo, minuto tras minuto. Y...

—Bueno, deja de sudar. Parece como si te fueses a hacer limonada en los pantalones antes de que llegemos allí.

—No te preocupes —explicó, y volvió a tabalear rápida y nerviosamente en el salpicadero para demostrarme lo nervioso que no estaba.

Dirty Boy, de Foreigner, dio paso a *Jukebox Heroes* de Foreigner. Era viernes por la tarde, y en FM-104 había empezado el programa de *rock* del fin de semana. Cuando recuerdo aquel año, el de mi curso de graduación, me parece que podría medirlo en piezas de *rock* ... y en una cada vez más intensa sensación de terror.

—¿Qué es exactamente? —pregunté—. ¿Qué pasa con ese coche?

Permaneció un rato mirando a lo largo de la Libertyville Avenue sin decir nada y, luego, apagó la radio con gesto rápido, cortando en seco la voz de Foreigner.

—No lo sé muy bien —dijo—. Acaso sea porque, por primera vez desde los once años, cuando me empezaron a salir granos, he visto algo más feo que yo. ¿Es eso lo que quieres que diga? ¿Te permite eso situarlo en una categoría definida?

—Oh, vamos, Arnie —exclamé—. Soy Dennis, ¿recuerdas?

—Recuerdo —respondió—. Y seguimos siendo amigos, ¿verdad?

—Desde luego. Pero ¿qué tiene eso que ver con...?

—Y eso significa que no debemos mentirnos el uno al otro o, al menos, yo creo que eso es lo que tiene que significar. Así que tengo que decirte lo que siento. Sé lo que soy. Soy feo. No hago amigos con facilidad. Yo..., alejo de mí a la gente. No quiero hacerlo, pero es lo que me ocurre. ¿Te das cuenta?

Asentí de mala gana. Como él decía, éramos amigos, y eso significaba reducir al mínimo todo lo que resultase desagradable.

Movió también la cabeza.

—Otras personas... —siguió, y luego añadió con cuidado— tú, por ejemplo, Dennis, no siempre comprendes lo que eso significa. Miras al mundo de una manera distinta cuando eres feo y la gente se ríe de ti. Resulta difícil conservar el sentido del humor. Te produce una sensación de bloqueo y, a veces, le cuesta a uno mantenerse cuerdo.

—Bueno, puedo entenderlo. Pero...

—No —replicó él, sosegadamente—. No lo puedes entender. Tal vez creas que sí, pero no lo entiendes. No realmente. Pero me agradas, Dennis...

—Te tengo cariño, hombre —dije—. Ya lo sabes.

—Quizá —respondió—. Y lo aprecio. Y tiene que ser porque sabes que hay algo más: algo por debajo de los granos y de mi estúpida cara...

—Tu cara no es estúpida, Arnie. Un poco rara acaso, pero no estúpida.

—Vete al carajo —exclamó, sonriendo, y continuó—. De todos modos, ese coche es así. Tiene algo por debajo. Algo distinto. Algo mejor. Lo veo, simplemente.

—¿Sí?

—Sí, Dennis. Lo veo.

Torcí por la calle Mayor. Estábamos acercándonos ya a la casa de LeBay. Y, de pronto, me asaltó una idea horrible. ¿Y si el padre de Arnie hubiera enviado a casa de LeBay a uno de sus amigos o sus alumnos para comprar aquel coche y quitárselo así a su hijo? Un toque maquiavélico, podríamos decir, pero la mente de Michael Cunningham era más que un poco tortuosa. Su especialidad era la historia militar.

—Vi ese coche..., y sentí tanta atracción hacia él... Ni yo mismo puedo explicármelo muy bien, pero...

Dejó la frase en el aire, perdida en el vacío la mirada de sus grises ojos.

—Pero comprendí que podía convertirlo en algo mejor —concluyó.

—¿Arreglarlo, quieres decir?

—Sí..., bueno, no. Eso es demasiado impersonal. Se arreglan mesas, sillas, cosas así. La cortadora de césped cuando no funciona. Y coches corrientes.

Quizá me vio enarcar las cejas. El caso es que se echó a reír: una risita defensiva.

—Sí, ya sé cómo suena —dijo—. No me gusta decirlo, porque sé cómo suena. Pero tú eres un amigo, Dennis. Y eso significa un mínimo de confianza. Creo que no es un coche corriente. No sé por qué lo creo..., pero lo creo.

Abrí la boca para decir algo que quizás hubiera lamentado más tarde, algo sobre procurar mantener las cosas en perspectiva o quizás incluso sobre evitar un comportamiento obsesivo, pero justo en ese momento doblamos la esquina y enfilamos la calle de LeBay.

Arnie hizo una profunda y ronca inspiración.

En el césped de LeBay había un rectángulo de hierba que era más amarilla, más rala y más fea que el resto.

Junto a un extremo del rectángulo se veía una mancha de aceite que había ido empapando el suelo, matando todo lo que antes creciera allí. Aquel trozo rectangular de terreno destacaba con tal intensidad que casi creo que se quedaría uno ciego si lo miraba durante demasiado tiempo.

Era allí donde el día anterior estaba el Plymouth 1958. El terreno seguía allí, pero el Plymouth había desaparecido.

—Arnie —dije, mientras arrimaba el coche a la cuneta—. Tómalo con calma. No pierdas los estribos.

No me prestó atención. Dudo que me hubiera oído siquiera. Había palidecido. Las manchas que cubrían su rostro destacaban con purpúreo relieve. Abrió la portezuela de mi Duster y estaba saltando del coche antes incluso de que se hubiera parado por completo.

—Arnie...

—Es mi padre —dijo, enfurecido y consternado—. Huelo la mano de ese bastardo en todo esto.

Y echó a correr por el césped en dirección a la puerta de LeBay.

Salí del coche y corrí tras él, pensando que aquella locura no iba a terminar nunca. Apenas si podía creer que acababa de oír a Arnie Cunningham llamar bastardo a Michael.

Arnie estaba levantando el puño para aporrear la puerta, cuando ésta se abrió. En el umbral se hallaba el propio Roland D. LeBay. Esta vez llevaba una camisa sobre su faja ortopédica. Miró el furioso rostro de Arnie con una sonrisa afablemente codiciosa.

—Hola, hijo —dijo.

—¿Dónde está? —rugió Arnie—. ¡Hicimos un trato! ¡Maldita sea, hicimos un trato! ¡Tengo un recibo!

—Cálmate —repuso LeBay. Volvió la vista hacia mí, que permanecía en el escalón inferior, con las manos metidas en los bolsillos—. ¿Qué le pasa a tu amigo, hijo?

—El coche ha desaparecido —respondí—. Eso es lo que pasa.

—¿Quién lo ha comprado? —gritó Arnie.

Nunca le había visto tan enfurecido. Creo que, si hubiese tenido una pistola en aquellos momentos, se la habría apoyado en la sien a LeBay. Contra mi voluntad, me sentí fascinado. Era como si un conejo se hubiera vuelto carnívoro de pronto. Que Dios me perdone, pero llegué a pensar por un momento si no tendría un tumor cerebral.

—¿Quién lo ha comprado? —repitió suavemente LeBay—. Pues nadie todavía, hijo. Pero te lo tengo reservado, y por eso lo he metido en el garaje. He colocado los repuestos y cambiado el aceite —se atusó el pelo y, luego, nos ofreció una sonrisa absurdamente magnánima.

—Es usted un tío estupendo —dije.

Arnie le miró con aire de duda y, luego, volvió la cabeza hacia la cerrada puerta del modesto garaje de una sola plaza que estaba unido a la casa por una pista de ceniza.

La pista, como todo lo demás en la casa de LeBay, había conocido días mejores.

—Además, no quería dejarlo afuera, ya que habías depositado una señal a cuenta de él —dijo—. He solido tener problemas con uno o dos de los tipos de esta calle. Una noche, un chaval tiró una piedra contra mi coche. Oh, sí, tengo algunos vecinos alistados en la B.I.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—La Brigada de los Idiotas, hijo.

Paseó por la calle una sombría mirada de francotirador, posándola en los coches que regresaban ahora del trabajo, en los niños que jugaban

en las aceras, en las personas sentadas en sus porches y tomando bebidas al fresco del atardecer.

—Me gustaría saber quién tiró aquella piedra —comentó con suavidad—. Sí, señor, me gustaría saberlo.

Arnie carraspeó.

—Siento haberme portado así.

—No te preocupes —dijo alegremente LeBay—. Me gusta ver que alguien defiende lo que es suyo... o casi suyo. ¿Traes el dinero, muchacho?

—Sí.

—Bueno, vamos a la casa. Tu amigo también. Te firmaré la transferencia y tomaremos un vaso de cerveza para celebrarlo.

—No, gracias —dije—. Yo me quedo aquí, si no le importa.

—Como quieras, hijo —dijo LeBay... y guiñó un ojo.

Hoy es el día en que todavía no sé qué quería decir con ese guiño. Entraron, y la puerta se cerró de golpe tras ellos.

El pez había caído en la red y estaba a punto de limpiarlo.

Sintiéndome deprimido, me dirigí por la pista de ceniza hasta el garaje y empujé la puerta. Ésta se elevó con facilidad y exhaló los mismos olores que había percibido cuando abrí el día anterior la portezuela del Plymouth: aceite, tapicería vieja, el calor acumulado de un largo verano.

A lo largo de una pared se alineaban rastrillos y unas cuantas viejas herramientas de jardinería. En la otra se veía una manguera muy vieja, una bomba de bicicleta y un saco de golf lleno de mohosas mazas. En el centro, con el morro hacia fuera, estaba el coche de Arnie, *Christine*, con su aire desmesuradamente alargado en una época en que hasta los Cadillac parecían comprimirse. La telaraña de grietas del parabrisas brillaba con reflejos de mercurio al recibir la luz. Algún chaval con una piedra, como había dicho LeBay..., o quizás un pequeño accidente al volver a casa después de pasar la noche en el club de veteranos de guerra, bebiendo y contando historias sobre la batalla de la Bolsa o de la colina de Pork Chop. Los buenos viejos tiempos en que un hombre podía contemplar Europa, el Pacífico y el misterioso Oriente por el punto de mira de un bazuka. ¿Quién sabía... y qué importaba? En cualquier caso, no iba a ser fácil encontrar sustituto para un parabrisas tan grande como aquél.

Ni barato.

«*Oh, Arnie —pensé—, te estás metiendo hasta el cuello*».

El neumático que LeBay había quitado reposaba contra la pared. Me agaché, apoyándome en las manos y las rodillas, y miré debajo del coche. Estaba empezando a formarse una nueva mancha de aceite, de un negro intenso sobre el oscuro fantasma de otra mancha mayor y más antigua que se había ido hundiendo en el cemento a lo largo de los años. El hecho no hizo nada por aliviar mi depresión. Seguro que el bloque estaba agrietado.

Di la vuelta hasta el lado del conductor y, mientras me disponía a abrir la portezuela, vi un cubo de basura en el otro extremo del garaje. Una gran botella de plástico emergía de él. Las letras SAPPH quedaban visibles sobre el borde.

Gemí. Oh, había cambiado el aceite. Muy generoso. Había quitado el viejo, lo que quedaba, y había echado unos cuantos litros de aceite *Sapphire*, ésta es la clase que se puede comprar por 3,50 dólares la lata de veinte litros de aceite reciclado en Mammoth. Roland D. LeBay era un autentico príncipe. Roland D. LeBay era todo corazón.

Abrí la portezuela y me senté al volante. El olor del garaje no parecía ahora tan intenso ni tan cargado de sentimientos de desuso y derrota. El volante del coche era grande y rolo, un volante confiado y seguro de sí mismo. Miré de nuevo aquel sorprendente velocímetro, aquel velocímetro calibrado no para 70 u 80, sino nada menos que hasta 120 millas por hora. No había debajo unos pequeños números rojos con la equivalencia en kilómetros. Cuando este cacharro salió de la cadena de montaje, aún no se le había ocurrido a nadie en Washington la idea de pasar al sistema métrico. Tampoco había ningún gran 55 rojo en el velocímetro. Por entonces, la gasolina salía a 29,9 centavos los cinco litros, quizá menos si estaba en vigor un precio de guerra. Faltaban aún quince años para los embargos árabes del petróleo y los límites de velocidad.

«*Los buenos viejos tiempos*», pensé, y no pude por menos de sonreír un poco. Busqué en el lado izquierdo del asiento y encontré la palanca que movía el asiento adelante y atrás, arriba y abajo (es decir, si todavía funcionaba). Había aire acondicionado (eso, ciertamente, no funcionaba), y control de marcha, y un gran receptor de radio con abundantes cromados: sólo AM, como es natural. En 1958, la FM era prácticamente un desierto.

Puse las manos sobre el volante y, entonces, sucedió algo.

Aun ahora, después de mucho pensar sobre ello, no estoy seguro de qué fue exactamente. Una visión quizá, pero, si lo fue, no se trató de nada extraordinario. Fue sólo que, por un momento, pareció desvanecerse la rasgada tapicería. Las fundas de los asientos estaban enteras y olían agradablemente a vinilo..., o quizás aquel olor era de cuero auténtico. Las partes desgastadas habían desaparecido del volante, los cromados

brillaban alegremente a la luz del atardecer estival que penetraba por la puerta del garaje.

Vamos a dar una vuelta, muchacho —pareció cuchichear *Christine* en el caluroso silencio del garaje de LeBay—. Vamos.

Y, por un instante, pareció que todo cambiaba. La maraña de grietas del parabrisas desapareció..., o esa fue al menos la impresión. El pequeño trozo del césped de LeBay que yo podía ver no estaba amarillento, con abundantes calvas y ásperas hierbas, sino que presentaba un jugoso color verde de tierna hierba recién cortada. La acera que se extendía más allá estaba perfectamente pavimentada, sin una sola grieta. Vi (o creí ver, o soñé que veía) pasar por delante un Cadillac del 57. Aquel GM era de un color verde oscuro, sin una sola mota de herrumbre encima, gruesos neumáticos y tapacubos que reflejaban la luz como espejos. Un Cadillac tan grande como un barco. ¿Y por qué no? La gasolina era casi tan barata como el agua del grifo.

Vamos a dar una vuelta, muchacho..., vamos.

Claro, ¿por qué no? Podía arrancar y enfilarse hacia el centro de la ciudad, hacia la vieja escuela superior que todavía se mantenía en pie —no ardería hasta seis años después, hasta 1963—, y podía poner la radio y sintonizar a Chuck Berry cantando *Maybelline*, o a los Everlys entonando *Wake Up Little Susie* o quizás a Robin Luke gimieando *Susie Darling*. Y entonces...

Y entonces salí del coche tan aprisa como pude. La puerta se abrió con un herrumbroso e infernal chirrido, y me di un golpe en el codo contra una de las paredes del garaje. Cerré la portezuela de un empujón (la verdad es que no me atrevía realmente a tocarla siquiera) y me quedé allí, mirando al Plymouth que, salvo que interviniese un milagro, no tardaría en ser de mi amigo Arnie. Me froté el magullado codo. El corazón me latía aceleradamente.

Nada. Ni cromados nuevos, ni nueva tapicería. Por el contrario, abundancia de abolladuras y de herrumbre, faltaba un faro (no me había fijado en ello el día anterior), la antena estaba torcida. Y aquel polvoriento y sucio olor a viejo...

En aquel momento, decidí que no me gustaba el coche de mi amigo Arnie.

Salí del garaje, mirando constantemente hacia atrás por encima del hombro: no sé por qué, pero no me gustaba tenerlo a mi espalda. Sé que parecerá estúpido, pero eso es lo que sentí. Y allí estaba, con su abollada y herrumbrosa carrocería, en absoluto siniestro ni extraño, sólo un Plymouth muy viejo, con una pegatina de revisión que había perdido validez el uno de junio de 1976..., hacía mucho tiempo.

Arnie y LeBay estaban saliendo de la casa. Arnie llevaba en la mano una hoja de papel: su contrato de venta supuse. Las manos de LeBay se hallaban vacías, ya había hecho desaparecer el dinero.

—Espero que lo disfrutes —estaba diciendo LeBay y por alguna razón, pensé en un viejo alcahuete animando un chico muy joven.

Sentí un acceso de repugnancia hacia él... con su soriasis en el cráneo y su sudorosa faja ortopédica.

—Y creo que disfrutarás. Con el tiempo.

Sus ojos, ligeramente lagrimosos, se posaron en los míos, permanecieron en ellos unos instantes y, luego, volvieron a Arnie.

—Con el tiempo —repitió.

—Sí, señor. Estoy seguro de ello —repuso Arnie, con aire ausente.

Se dirigió hacia el garaje como un sonámbulo y se detuvo, mirando a su coche.

—Tiene las llaves puestas —dijo LeBay—. Tendrás que llevártelo. Lo comprendes, ¿verdad?

—¿Arrancará?

—Me ha arrancado a mí esta mañana —respondió LeBay, pero desvió la vista hacia el horizonte. Y, luego, con el tono de quien se ha lavado las manos de todo el asunto—. Supongo que tu amigo tendrá un juego de cables en su maletero.

Bien, la verdad es que yo tenía un juego de cables en mi maletero, pero no me agradaba que LeBay lo supusiera.

No me agradaba que LeBay lo supusiera porque... Suspiré levemente. Porque no quería verme implicado en la futura relación de Arnie con el viejo cacharro que había comprado, pero me daba cuenta de que estaba siendo arrastrado a ella paso a paso.

Arnie había renunciado por completo a la conversación.

Entró en el garaje y subió al coche. El sol del atardecer caía ahora oblicuamente sobre él y vi la nubecilla de polvo que se levantó al sentarse Arnie. Automáticamente, me sacudí la trasera de los pantalones. Durante unos momentos, permaneció sentado ante el volante, agarrándolo flojamente con las manos, y me sentí de nuevo desasosegado. En cierto modo, era como si el coche lo hubiese devorado. Me dije a mí mismo que debía serenarme, que no había ninguna razón para que me comportase como una estúpida colegiala.

Entonces, Arnie se inclinó ligeramente hacia delante. El motor empezó a girar. Me volví y lancé a LeBay una mirada furiosa y acusadora, pero él estaba observando de nuevo el cielo, como si temiera que lloviese.

No iba a arrancar, no podía arrancar. Mi Duster estaba en bastante buenas condiciones, pero los dos que había tenido antes eran también unos cacharros, aunque no de la misma clase que *Christine*, y me había familiarizado con aquel sonido en las frías mañanas de invierno, aquel lento y fatigado ronquido que significaba que la batería estaba arañando el fondo del cilindro.

Rurr-rurr-rurr rurr... rurr... rurr... rurr...

—No te molestes, Arnie —dije—. No se va a encender.

Ni siquiera levantó la cabeza. Accionó la llave en un sentido y luego en el contrario. El motor roncó con penosa lentitud.

Me acerqué a LeBay.

—¿Ni siquiera podía dejarlo funcionando el tiempo suficiente para cargar la batería? —pregunté.

LeBay miró con sus pálidos y llorosos ojos y, sin decir palabra, volvió a escrutar el cielo.

—O quizás es que nunca arrancó en absoluto. Quizás usted se limitó a hacer que un par de amigos le ayudasen a empujarlo hasta el garaje. Si es que una basura como usted tiene amigos.

Me miró.

—Tú no lo sabes todo —explicó—. Ni siquiera has salido aún del cascarón. Cuando hayas pasado, como yo, por un par de guerras...

—Váyase a la mierda con su par de guerras —dije pausadamente y me dirigí hacia el garaje en que Arnie continuaba intentando poner en marcha su coche.

Lo mismo podría intentar sorber con una paja toda el agua del Atlántico o irse a Marte en globo de aire caliente, pensé.

Rurr, rurr rurr.

Muy pronto, el último ohmio y el último ergio abandonarían aquella vieja y corroída batería *Sears*, y entonces sólo se oiría el más fúnebre de todos los sonidos automovilísticos, generalmente escuchado en carreteras secundarias bajo la lluvia y en desiertas autopistas: el sordo y estéril clic del solenoide, seguido de un horrible sonido semejante a un estertor.

Abrí la portezuela del lado del conductor.

—Voy a traer mis cables —dije.

Levantó la vista.

—Creo que me arrancará —explicó.

Sentí que mis labios se estiraban en una amplia y poco convincente sonrisa.

—Bueno, los traeré por si acaso.

—Como quieras —dijo, con aire ausente, y, luego, con voz casi inaudible—. Vamos, *Christine*. ¿Qué dices?

En el mismo instante, aquella voz despertó en mi cabeza y habló de nuevo —vamos a dar una vuelta, muchacho..., vamos—, y me estremecí.

Hizo girar de nuevo la llave. Y, en lugar del sordo clic del solenoide y del estertor, oí el lento ronquido del motor acelerando de pronto. Al cabo de unos momentos, se paró.

Arnie volvió a girar la llave. El motor roncó con mayor rapidez. El tubo de escape soltó un estampido que sonó como una bomba de mano en el reducido espacio del garaje. Di un salto. Arnie, no. Él estaba perdido en su propio mundo.

En este momento, yo lo habría maldecido un par de veces, sólo para ayudarle a arrancar: Venga, cabrón, siempre es bueno, vamos ya, jodido, tiene sus méritos, y a veces basta con un simple y rotundo ¡arranca, mierda! La mayoría de los tipos que conozco harían lo mismo, yo creo que es una de las cosas que uno aprende de su padre.

Lo que tu madre te deja son principalmente prudentes consejos prácticos —si te cortas las unas de los pies dos veces al mes no tendrás tantos agujeros en los calcetines, tira eso, no sabes dónde ha estado antes, cómete tus zanahorias son buenas para ti— pero es de tu padre de quien recibes la magia, los talismanes, las palabras de poder.

Si el coche no arranca, maldícelo. Si te remontas siete generaciones hacia atrás, probablemente encontrarás a uno de tus antepasados maldiciendo a un maldito burro que se paró en medio del puente de peaje de algún lugar de Sussex o Praga.

Pero Arnie no lo insultaba. Murmuraba por lo bajo:

—«Vamos, muñeca, ¿qué dices?».

Giró la llave. El motor respingó dos veces, petardeó de nuevo y, luego, arrancó. Sonaba horrible, como si quizá, cuatro de los ocho pistones se hubieran tomado vacaciones, pero Arnie lo tenía en funcionamiento. Apenas si podía creerlo, pero no quería quedarme a hablar con él. El garaje se estaba llenando rápidamente de gases y humo azul.

—Ha resultado muy bien, después de todo, ¿verdad? —dijo LeBay—. Y no tendrás que arriesgar tu propia y preciosa batería —escupió.

No se me ocurrió nada que decir. A decir verdad, me sentía un poco desconcertado.

El coche salió lentamente del garaje, pareciendo tan absurdamente largo que le daba a uno ganas de reír o llorar o hacer algo. No podía dar crédito a lo largo que parecía. Era como una ilusión óptica. Y Arnie parecía muy pequeño tras el volante.

Bajó el cristal de la ventanilla y me llamó con un gesto.

Teníamos que levantar la voz para hacernos oír con claridad: ésa era otra cosa de la *Christine* de Arnie, tenía una voz extremadamente recia y rugiente. Iba a ser necesario colocar un silenciador en lo que quedara del tubo de escape. Desde que Arnie se había sentado al volante, el pequeño contable de la sección automovilística de mi cerebro había totalizado gastos por valor de unos seiscientos dólares..., sin incluir el parabrisas rajado. Dios sabía cuánto podría costar remplazar éste.

—¡Voy a llevarlo a Darnell! —gritó Arnie—. ¡Su anuncio en el periódico dice que puedo aparcarlo en uno de los huecos traseros por veinte dólares a la semana!

—¡Arnie, veinte dólares a la semana por uno de esos huecos es demasiado! —aullé.

Este era otro caso de expolio a los jóvenes inocentes. El garaje *Darnell* se hallaba junto a un solar de dos hectáreas que llevaba el nombre falsamente jovial de «Piezas de Automóviles Usados de Darnell». Yo había estado allí varias veces, una para comprar un estéreo para mi Duster, otra para agenciarme un carburador para el Mercury que había sido mi primer coche. Will Darnell era un tipo gordo y de aire porcino que bebía mucho y fumaba largos y malolientes cigarros, aunque se decía que padecía asma. Declaraba abiertamente su odio a casi todos los adolescentes propietarios de coches de Libertyville..., pero eso no le impedía abastecerles y explotarles.

—Ya lo sé —gritó Arnie por encima del rugido del motor—. Pero es sólo por una o dos semanas hasta que encuentre un sitio más barato. No puedo llevarlo a casa así Dennis. No te quiero decir cómo se pondrían mis padres.

Eso era cierto. Abrí la boca para decir algo más, quizá para rogarle que pusiese fin a aquella locura antes de que escapase por completo a todo control. Luego, volví a cerrarla. El trato estaba hecho. Además, no quería seguir compitiendo con aquel rugiente silenciador, ni continuar llenándome los pulmones de anhídrido carbónico.

—Está bien —dije—. Te seguiré.

—De acuerdo —dijo, sonriendo—. Iré por Walnut Street y Basin Drive. Quiero mantenerme apartado de las calles principales.

—Vale.

—Gracias, Dennis.

Volvió a conectar la transmisión hidráulica, y el Plymouth avanzó medio metro y, luego, se detuvo casi. Arnie pisó un poco el acelerador, y *Christine* petardeó. El Plymouth se arrastró por el sendero de LeBay hasta la calle. Cuando accionó el freno, sólo se encendió uno de los pilotos. Mi contable automovilístico mental anotó implacablemente otros cinco dólares.

Giró el volante hacia la izquierda y salió a la calle. Los restos del silenciador del tubo de escape rascaron el pavimento. Arnie dio más gas, y el coche rugió como un refugiado huido del *derby* de Philly Plains. Al otro lado de la calle, la gente se inclinaba sobre sus porches o salía a la puerta para ver qué ocurría.

Bufando y rugiendo, *Christine* avanzó calle arriba a unos quince kilómetros por hora, despidiendo grandes y apestosas nubes de humo azulado que quedaban suspendidas en el aire y se iban diluyendo luego en el cálido atardecer de agosto.

Cuarenta metros más allá, se detuvo ante la señal de *stop*. Pasó ante él un chico en su Raleigh, y llegó hasta mí su grito descarado e insolente:

—¡Mételo en una trituradora de basuras!

El puño cerrado de Arnie asomó por la ventanilla. Levantó el dedo medio, haciéndole «*Fuck You*». Otra primicia. Nunca había visto a Arnie hacerle «*Fuck You*» a nadie.

El motor carraspeó, tosió y se puso en marcha. Esta vez, hubo toda una serie de tableteantes estampidos del tubo de escape. Era como si alguien hubiera abierto fuego con una ametralladora sobre Laurel Drive, Libertyville, Estados Unidos. Gemí.

No tardaría alguien en llamar a los polis, denunciando una alteración del orden público, y detendrían a Arnie por conducir un vehículo

desprovisto de licencia... y, probablemente, también por alteración del orden. Eso no aliviaría precisamente la situación en casa.

Sonó un estampido final —que reverberó por la calle como la explosión de una granada de mortero—, y luego, el Plymouth torció a la izquierda por Martin Street, que desembocaba en Walnut un par de kilómetros más allá. El sol poniente doró por unos instantes su maltratado cuerpo rojo mientras se perdía de vista. Vi que Arnie tenía el codo apoyado en la ventanilla.

Me volví hacia LeBay, de nuevo enfurecido y dispuesto a arremeter contra él. La irritación me dominaba. Pero lo que vi me detuvo en seco.

Roland D. LeBay estaba llorando.

Era horrible, era grotesco y, sobre todo, suscitaba compasión. Cuando yo tenía nueve años, había en casa un gato llamado capitán Beefheart, y fue atropellado por un camión. Le llevamos al veterinario —mi madre tenía que conducir despacio, porque estaba llorando y se le empañaban los ojos—, y yo iba en el asiento trasero con capitán Beefheart. Lo llevaba en una caja y le repetía que el veterinario le salvaría, que se pondría bien, pero incluso un chiquillo de nueve años como yo podía darse cuenta de que capitán Beefheart nunca volvería a ponerse bien, porque tenía parte de los intestinos fuera, y le salía sangre por el culo, y había mierda en la caja y en su piel, y se estaba muriendo. Traté de acariciarle, y él me mordió en la mano, justo en la sensible zona que se extiende entre el pulgar y el índice. El dolor fue malo, pero el terrible sentimiento de compasión era peor. No había vuelto a sentir nada parecido desde entonces. No es que me quejase, entiéndase, no creo que la gente deba tener sentimientos así con frecuencia. Porque, cuando eso ocurre, supongo que le llevan a uno a hacer cestos de mimbre.

LeBay estaba en pie sobre su raído césped, no lejos del lugar en que aquel gran charco de aceite había defoliado todo, y tenía la cabeza baja, y el pañuelo en la mano, y se estaba enjugando los ojos con él. Las lágrimas relucían con destellos grasientos en sus mejillas, más parecidas a gotas de sudor que a verdaderas lágrimas. La nuez le subía y bajaba a lo largo de la garganta.

Volví la cabeza para no verle llorar y quedé mirando a su garaje. Antes, había parecido lleno..., las cosas a lo largo de las paredes, desde luego, pero, sobre todo aquel enorme y vetusto coche con sus dobles faros y su amplio parabrisas y su extenso capó. Ahora, las cosas apiladas junto a las paredes sólo servían para acentuar el vacío esencial del garaje. Semejaba una boca abierta y desdentada.

Eso era casi tan malo como LeBay. Pero cuando volví a mirarle, el viejo bastardo había recuperado el dominio de sí mismo: bueno, casi. Sus ojos habían dejado de rezumar, y se había guardado el pañuelo en el bolsillo posterior de sus pantalones de pana de anciano. Pero su rostro seguía triste. Muy triste.

—Bueno, se acabó —dijo roncamente—. Ya me la he quitado de encima, hijo.

—Ojalá pudiera decir lo mismo mi amigo, señor LeBay —respondí—. Si supiera el follón en que se ha metido con sus padres por culpa de ese cacharro...

—Largo de aquí —exclamó—. Hablas como una maldita oveja. Sólo be, be, be, eso es todo lo que oigo salir de tu boca. Creo que tu amigo sabe más que tú. Ve a ver si necesita que le eches una mano.

Eché a andar por el césped en dirección a mi coche. No quería seguir junto a LeBay ni un momento más.

—¡Nada más que be, be, be! —gritó irritadamente a mi espalda, haciéndome pensar en aquella vieja canción de los Youngbloods... *I am a one-note man, I play it all I can* —. ¡Tú no sabes ni la mitad de lo que crees saber!

Monté en mi coche y me alejé. Al torcer por Martin Street, miré hacia atrás y le vi allí, sobre su césped, reluciendo al sol su calva cabeza.

Tal como resultaron las cosas, tenía razón.

Yo no sabía ni la mitad de lo que creía saber.

5. Cómo llegamos a *Darnell's*

I got a '34 wagon and we call it a woody,

You know she's not very cherry,

She's an oldy but a goody...

JAN AND DEAN

Bajé por Martin hasta Walnut y torcí a la derecha en dirección a Basin Drive. No tardé mucho en alcanzar a Arnie. Estaba parado junto a la cuneta, y la tapa del maletero de *Christine* se hallaba levantada. Un gato de coche tan viejo que casi parecía como si en otro tiempo hubiera podido ser utilizado para cambiar ruedas en coches Conestoga estaba apoyado sobre el torcido parachoques trasero. El neumático posterior derecho estaba deshinchado.

Paré detrás de él, y, no bien había bajado del coche cuando una mujer joven se acercó con paso vacilante hacia nosotros, desde la casa, sorteando una serie de figuras de plástico colocadas en su jardín (dos flamencos rosados, cuatro o cinco patos de piedra en fila india tras una gran pata madre, y un pozo de los deseos realmente bueno con flores de plástico en el cubo de plástico). Tenía evidente necesidad de ponerse a régimen.

—No puedes dejar aquí esa basura —dijo, con la boca llena de chicle—. No puedes dejar esa basura aparcada delante de nuestra casa. Espero que lo sepas.

—Señora —repuso Arnie—. Tengo una rueda pinchada, eso es todo. Me iré de aquí tan pronto como...

—No puedes dejarlo aquí, y espero que lo sepas —repitió ella obsesivamente—, mi marido vendrá pronto a casa. Él no quiere tener chatarra delante de la casa.

—No es chatarra —replicó Arnie, y algo en su tono hizo retroceder un paso a la mujer.

—No me levantes así la voz, hijo —dijo altivamente la mujer—. Hace falta muy poco para enfurecer a mi marido.

—Escuche —empezó Arnie, con la misma inexpresiva y amenazadora voz que había empleado cuando Michael y Regina empezaron a meterse con él.

Le cogí con fuerza del hombro. No necesitábamos más líos.

—Gracias, señora —dije—. Nos lo llevamos en seguida. Nos lo vamos a llevar tan rápidamente que pensará usted que ha imaginado este coche.

—Más les vale —respondió ella, y luego apuntó con el pulgar hacia mi Duster—. Y tu coche está aparcado delante de mi paso.

Eché hacia atrás mi Duster. Ella se quedó mirando y, luego, regresó a casa, en cuya puerta se apiñaban un niño y una niña. Estaban bastante gordos también. Cada uno de ellos comía un bollo.

—¿Qué pasa, mami? —preguntó el niño—. ¿Qué pasa con el coche de ese hombre, mami? ¿Qué pasa?

—Cierra el pico —exclamó la mujer, e hizo entrar a los niños.

Siempre me gusta ver padres así de cultos, me da esperanza en el futuro.

Volví junto a Arnie.

—Bueno —dije, haciendo un esfuerzo por mostrarme jocoso—, sólo está pinchada por abajo, ¿verdad, Arnie?

Sonrió débilmente.

—Tengo un pequeño problema, Dennis —dijo.

Yo sabía cuál era su problema, no tenía rueda de repuesto. Arnie sacó de nuevo su cartera, me dolía verle hacerlo, y miró en su interior.

—Tengo que comprar un neumático nuevo —explicó.

—Sí, supongo que sí. Uno de segunda mano...

—Nada de eso. No quiero empezar así.

No dije nada, pero volví la vista hacia mi Duster. Le había puesto dos neumáticos de segunda mano, y me iba perfectamente.

—¿Cuánto crees que pueden costar un *Goodyear* o un *Firestone* nuevos, Dennis?

Me encogí de hombros y consulté al pequeño contable automovilístico, que supuso que Arnie podría conseguir uno sencillo por unos 35 dólares. Sacó dos billetes de veinte y me los entregó.

—Si es más, con los impuestos y todo eso, te lo pagaré.

Le miré con tristeza.

—Arnie, ¿cuánto te queda de tu paga de esta semana?

Entornó los ojos y apartó la vista.

—Suficiente —replicó.

Decidí intentarlo una vez más. Hay que recordar que sólo tenía diecisiete años y todavía estaba bajo la impresión de que se le podía demostrar a la gente dónde estaban sus mejores intereses.

—Ni siquiera podrás participar en una partida de póquer de a cinco centavos —dije—. Has metido casi toda la maldita pasta en ese coche. Sacar la cartera se está convirtiendo para ti en un gesto demasiado habitual, Arnie. Por favor, piénsalo, hombre.

Su mirada se endureció. Era una expresión que yo nunca había visto en su rostro y, aunque probablemente pensaréis que era el adolescente más ingenuo de América, no podía recordar haberla visto jamás en ningún rostro. Experimenté una sensación de sorpresa y desaliento a la vez, como si hubiese descubierto de pronto que estaba intentando sostener una conversación racional con alguien que estuviese loco. Pero después he vuelto a ver esa expresión, imagino que también vosotros. Cierre total. Es la expresión que se dibuja en el rostro de un hombre cuando le dicen que la mujer a quien ama se está prostituyendo.

—No sigas, Dennis —dijo.

Levantó las manos, exasperado.

—¡Está bien! ¡Está bien!

—Y tampoco tienes que ir a buscar el maldito neumático. Si no quieres —aquella expresión dura, terca y la verdad sea dicha, estúpida y obstinada, continuaba en su rostro—. Ya me las arreglaré.

Empecé a responder, y podría haberle dicho algo bastante fuerte, cuando miré por casualidad a mi izquierda. Los dos gordos chiquillos estaban allí, al borde de su jardín. Montaban idénticos triciclos y tenían los dedos embadurnados de chocolate. Nos observaban con aire de solemnidad.

—No te preocupes, hombre —dije—. Traeré el neumático.

—Sólo si quieres, Dennis. Sé que se está haciendo tarde.

—Hace fresco —repliqué.

—¿Señor? —preguntó el niño, lamiéndose el chocolate de los dedos.

—¿Qué? —preguntó Arnie.

—Mi madre dice que ese coche es una caca.

—Es verdad —corroboró la niña—. Caca-Pis.

—Caca-Pis —convino Arnie—. Vaya, eso es muy perceptivo, ¿eh, chavales? ¿Vuestra madre es filósofa?

—No —respondió el niño—. Es Capricornio. Yo soy Libra. Mi hermana es...

—Vuelvo en seguida —dije turbado—. Estate tranquilo.

—No te preocupes. No me meteré con nadie.

Troté hacia mi coche. Cuando me sentaba al volante, oí a la niña preguntarle a Arnie:

—¿Por qué tiene la cara así, señor?

Recorrí un par de kilómetros hasta JFK Drive, que —según mi madre, que se crió en Libertyville— por la época en que Kennedy fue asesinado en Dallas estaba en el centro de uno de los barrios más deseables de la ciudad. Quizás el rebautizarla Barnswallow Drive en memoria del asesinado presidente le había traído mala suerte, porque, desde principios de los años 1960, el barrio que se extendía en torno a la calle había degenerado en zona suburbana. Existía un cine al aire libre para automóviles, un *McDonald's*, un *Burger King*, un *Arby's* y los *Big Twenty Lanes*. Había también ocho o diez estaciones de servicio, ya que JFK Drive lleva a la autopista de Pensilvania.

Conseguir el neumático de Arnie tendría que haber sido cosa fácil, pero las dos primeras estaciones a que fui eran de esos establecimientos de autoservicio que ni siquiera venden aceite, sólo hay gasolina y una chica sentada en el interior de una cabina de cristal a prueba de balas ante una consola de computadora, leyendo un *National Enquirer* y mascando una bola de chicle lo bastante grande como para asfixiar a una mula de Missouri.

La tercera era una de *Texaco* que vendía también neumáticos. Pude comprarle a Arnie uno que le iría bien a su Plymouth (entonces no podía resolverme a llamarle *Christine* ni pensar en él con ese nombre) por sólo 28,50 más impuestos, pero sólo había trabajado un fulano, y tenía que poner el neumático nuevo en la llanta de la rueda de Arnie al tiempo que seguía sirviendo gasolina. La operación se prolongó durante más de 45 minutos. Me ofrecí a manejar el surtidor de gasolina en su lugar mientras tanto, pero dijo que el jefe le despediría si se enteraba.

Para cuando metí el neumático montado en mi maletero y le hube pagado al tipo dos pavos por el trabajo, había empezado ya a caer el crepúsculo. A la rojiza luz del sol poniente, cada matorral proyectaba una sombra larga y aterciopelada y, mientras subía lentamente por la calle, vi que la última luz del día se tendía casi horizontalmente a través del espacio que se extendía entre el *Arby's* y la bolera. Aquella luz, con sus reflejos dorados, era casi terrible en su extraña e inesperada belleza.

Quedé sorprendido por un sofocante pánico que me ascendió por la garganta como un chorro de fuego. Era la primera vez que experimentaba una sensación así aquel año —aquel largo y extraño año — pero no sería la última. Sin embargo, me resulta difícil explicarla, o aun definirla. Tenía algo que ver con el hecho de comprender que era el 11 de agosto de 1978, que el mes siguiente iba a iniciar el último curso de la escuela superior y que, cuando las clases se reanudaran, ello significaría el final de una larga y tranquila fase de mi vida. Estaba preparándome para ser adulto y lo vi por primera vez en medio de aquella luz dorada que se derramaba por la calleja, entre una bolera y un restaurante. Y creo que entonces comprendí que lo que realmente asusta a la gente ante el hecho de ser mayor, es que deja uno de llevar una máscara para pasar a ponerse otra distinta. Si ser niño es aprender a vivir, el ser adulto es aprender a morir.

La sensación pasó, pero me dejó turbado y melancólico. Ninguna de las dos cosas era habitual en mi.

Cuando volví a Basin Drive me estaba sintiendo súbitamente alejado de los problemas de Arnie y tratando de enfrentarme a los míos propios. Pensar en mi paso al estado adulto había suscitado de modo natural ideas gigantescas (al menos, a mí me lo parecían) y un tanto desagradables, como la Universidad y el vivir fuera de casa y tratar de integrarme en el equipo de fútbol americano mientras otros sesenta chicos perfectamente capacitados competían por mi puesto, en vez de ser sólo diez o doce. Así que quizás estéis diciendo: «*Estupendo, Dennis, tengo noticias para ti: a mil millones de chinos les importa un bledo que entres en el equipo en tu primer año de Universidad*». Bien, cierto. Sólo estoy tratando de decir que esas cosas me parecían entonces reales por primera vez, y verdaderamente aterradoras. A veces, la mente le lleva a uno a viajes de estos: y si uno no quiere ir, le lleva de todos modos.

Ver que el marido de la opulenta dama había llegado a casa y que él y Arnie estaban casi nariz con nariz, aparentemente dispuestos a pegarse en cualquier momento, no hizo nada por aliviar mi estado de ánimo.

Los dos niños continuaban solemnemente sentados en sus triciclos, volviendo, alternativamente, los ojos de Arnie a Papá y de nuevo a Arnie, como espectadores de algún apocalíptico partido de tenis en que el árbitro fusilaría alegremente al perdedor, parecían estar esperando el

momento de combustión en que Papá derribaría a mi flaco amigo y patearía su maltrecho cuerpo.

Detuve rápidamente el coche y me dirigí casi corriendo hacia ellos.

—¡No lo voy a repetir! —rugió Papá—. Te he dicho que te lo lleves, y quiero que te lo lleves ahora mismo.

Tenía una nariz grande y aplastada, llena de hinchadas venas. Sus mejillas estaban congestionadas, con color de ladrillo y nudosas venas se le marcaban en el cuello, por encima de su camisa de trabajo.

—No pienso hacerlo rodar sobre la llanta —respondió Arnie—. Ya se lo he dicho. Usted no lo haría si fuese suyo.

—Yo te voy a hacer rodar a ti sobre la llanta, cara de *pizza* —replicó Papá, deseoso, al parecer, de mostrar a sus hijos cómo resuelven sus problemas los mayores en el mundo real—. No vas a aparcar esa basura delante de mi casa. No me irrites, muchacho, o resultarás lastimado.

—Nadie va a resultar lastimado —dije yo—. Vamos, señor. Denos un poco de tiempo.

Los ojos de Arnie se volvieron agradecidamente hacia mí, y vi lo asustado que había estado: lo asustado que todavía estaba. Siempre al margen, sabía que había en él algo —Dios sabía qué— que daba a cierta clase de tipos ganas de machacarlo. Debía de haber estado convencido de que eso iba a suceder de nuevo..., pero esta vez no se amilanaba.

Los ojos del hombre se posaron en mí.

—Otro —dijo, como si se maravillase de que hubiera tantos soplaculos en el mundo—. ¿Queréis que os mate a los dos? ¿Es eso lo que queréis? Puedo hacerlo, créanme.

Sí, conocía el tipo. Diez años más joven, y habría sido uno de los compañeros de escuela que consideraban terriblemente divertido tirarle a Arnie los libros al suelo cuando iba a clase o meterle vestido en la ducha después de la clase de educación física. Nunca cambian esos fulanos. Sólo se hacen más viejos y desarrollan un cáncer de pulmón por fumar demasiados *Luckies* o mueren de una embolia cerebral a los cincuenta y tres años o cosas así.

—No queremos pegarnos con usted —dije—. Por amor de Dios, mi amigo tiene una rueda pinchada. ¿A usted no se le ha pinchado nunca una rueda?

—¡Ralph, quiero que se vayan!

La gorda esposa estaba en el porche. Su voz era aguda y excitada. Esto era mejor que el *Phil Donahue Show*. Otros vecinos habían salido a

observar los acontecimientos, y pensé de nuevo que si alguien no había llamado ya a los polis, no tardaría en hacerlo alguien.

—Nunca se me ha pinchado una rueda ni he dejado un montón de chatarra delante de la casa de alguien durante tres horas —replicó Ralph.

Tenía contraídos los labios, y pude ver la saliva que brillaba en sus dientes a la luz del sol poniente.

—Ha sido una hora —dije con calma—. Si llega.

—No te hagas el gracioso —exclamó Ralph—. No me gustáis ninguno de los dos. Yo trabajo para ganarme la vida. Vuelvo cansado a casa y no tengo tiempo para discutir. Quiero que os lo llevéis de aquí, y que os lo llevéis *ahora* .

—Tengo un neumático de repuesto en el maletero —dije—. Si pudiéramos ponerlo...

—Y si tuviera usted un poco de decencia... —empezó acaloradamente Arnie.

Eso fue casi decisivo. Si había una cosa que nuestro amigo Ralph no estaba dispuesto a tolerar que fuese puesta en tela de juicio delante de sus hijos era su decencia. Se lanzó sobre Arnie. No sé cómo habría acabado la cosa —con Arnie en la cárcel quizás, y su precioso coche confiscado—, pero logré extender la mano y agarrar la muñeca de Ralph. Ambas produjeron un leve chasquido.

La niña empezó a gimotear.

El niño miraba con fijeza la escena, con la mandíbula inferior colgándole casi sobre el pecho.

Arnie, que siempre se había escabullido como una pieza de caza por la sección de fumadores de la escuela, no se inmutó. En realidad, parecía desear que sucediese. Ralph se volvió hacia mí, con los ojos desencajados.

—Está bien —dijo—. Tú primero.

Yo seguía sosteniéndole con fuerza la mano.

—Vamos, hombre —dije en voz baja—. Tengo el neumático en el maletero. Denos cinco minutos para cambiarlo y nos largamos. Por favor.

Poco a poco fue disminuyendo la presión necesaria para sujetar su mano. Miró a sus hijos, la niña lloriqueaba, el niño con los ojos desenchajados, y eso pareció decidirle.

—Cinco minutos —admitió. Miró a Arnie—. Tienes suerte de que no haya llamado a la policía. Ese cacharro no ha sido revisado y tampoco tiene la licencia.

Esperé por un momento que Arnie volviera a decir algo inflamatorio, pero quizá no había olvidado todo lo que sabía sobre discreción.

—Gracias —dijo—. Lamento haberme acalorado.

Ralph soltó un gruñido y se metió los faldones de la camisa por la cintura con violentos ademanes. Volvió a mirar a sus hijos.

—¡Entrad en la casa! —rugió—. ¿Queréis que os dé un tantarantán?

«Oh, Dios, qué familia tan onomatopéyica —pensé—. Por los clavos de Cristo, no les des un tantarantán o podrían hacerse caca-pis en los pantalones».

Los niños huyeron junto a su madre, abandonando sus triciclos.

—Cinco minutos —repitió, mirándonos amenazadoramente.

Y más tarde cuando estuviera tomándose esa noche unas copas con los amigos, podría decirles cómo había sabido mantenerse firme frente a la generación de las drogas y el sexo. —¡Sí, señor!, les dije que quitaran de delante de mi casa aquel maldito cacharro antes de que les diera una somanta. Y echaron a correr como si tuvieran fuego en los pies y se les estuviera quemando el culo...— Y luego encendería un *Lucky* o un *Camel*.

Pusimos el gato de Arnie bajo el parachoques. No había accionado Arnie la palanca más de tres veces, cuando el gato se partió en dos con seco chasquido. Arnie me miró con ojos humildes y consternados.

—No importa —dije—. Utilizaremos el mío.

Estaba empezando ya a oscurecer. El corazón me latía aún demasiado de prisa y tenía la boca seca a consecuencia de mi confrontación ante el 19 de Basin Drive.

—Lo siento, Dennis —dijo en voz baja—. No volveré a meterte en nada de esto.

—Olvidalo. Vamos a poner el neumático.

Empleamos mi gato para levantar el Plymouth (por unos horribles instantes pensé que el parachoques trasero se iba a rasgar con un metálico chirrido) y quitamos el neumático. Pusimos el nuevo, apretamos un poco las tuercas y lo bajamos. Fue un gran alivio ver de nuevo el coche apoyado en el pavimento, la forma en que aquel podrido parachoques se doblaba sobre el gato me había aterrado.

—Ya está —dijo Arnie, colocando el viejo y dentado tapacubos sobre las tuercas.

Me quedé mirando al Plymouth, y volví a experimentar súbitamente la sensación que ya había tenido en el garaje de LeBay. Ello fue debido a estar mirando al nuevo *Firestone*. Llevaba pegada aún una de las etiquetas de fábrica y se apreciaban las amarillas marcas de tiza trazadas apresuradamente por el encargado de la estación de servicio.

Me estremecí ligeramente..., pero sería imposible expresar con exactitud lo que sentía. Era como si hubiera visto una serpiente casi dispuesta a despojarse de su vieja piel que parte de esa vieja piel se hubiera ya desprendido revelando la reluciente tersura del interior.

Ralph estaba de pie en su porche, mirándonos. Tenía en una mano un rezumante emparedado de hamburguesa. En la otra sujetaba una lata de *Iron City*.

—Elegante, ¿eh? —murmuré a Arnie, mientras echaba su gato en el maletero del Plymouth.

—Todo un Robert Redford —respondió Arnie también en un murmullo, y eso nos hizo prorrumpir en contenidas risitas, como suele ocurrir al final de una situación larga y tensa.

Arnie tiró el neumático pinchado en el maletero, encima del gato y empezó a resoplar, tapándose la boca con las manos. Parecía un chiquillo que acabara de ser sorprendido entrando a saco en el tarro de mermelada. El pensarlo me hizo soltar el trapo.

—¿De qué se están riendo, pareja de vagos? —rugió Ralph. Bajó los escalones de su porche—. ¿Eh? ¿Queréis que os vuelva la risa del revés? ¡Puedo hacerlo, podéis estar seguros!

—Vámonos rápido de aquí —dije a Arnie, y salté a mi Duster.

Nada podía impedir ya nuestras risas, que brotaban ahora a carcajadas. Me dejé caer en el asiento delantero y puse en marcha el motor, retorciéndome de risa. Delante de mí, el Plymouth arrancó con un rugido y una apestosa nube de humo azul despedida por el tubo de escape. Aun por encima del estruendo pude oír su indomitable risa un sonido próximo a la histeria.

Ralph avanzaba corriendo por el césped, sosteniendo todavía su emparedado y su cerveza.

—¿De que os estáis riendo pareja de vagos? ¿Eh?

—¡Mamón! —gritó triunfalmente Arnie, y arrancó, con una tableteante ráfaga de estampidos de su tubo de escape.

Yo apreté el pedal de mi coche y tuve que describir un rápido giro para sortear a Ralph, que parecía dispuesto a asesinarnos. Yo seguía riendo, pero no era ya una risa sana, si es que antes lo había sido, sino un agudo y jadeante sonido, que más parecía un chillido.

—¡Te voy a matar, vago asqueroso! —rugió Ralph.

Pisé de nuevo el acelerador y esta vez casi le pego a Arnie en la trasera.

Le hice «*Fuck you*» a Ralph.

—¡Jódete! —grité.

Echó a correr detrás de nosotros. Trataba de alcanzarnos, continuó corriendo unos momentos a lo largo de la acera y, luego, se detuvo, jadeando y bufando.

—Menudo día —exclamé, un poco asustado por el temblor de mi propia voz. Volvía a sentir la boca seca—. Menudo día más loco.

El garaje de *Darnell* en Hampton Street era un edificio alargado, con paredes de oxidada chapa ondulada y tejado también de chapa ondulada totalmente herrumbrosa. En la fachada, un mugriento letrero decía: ¡AHORRE DINERO! ¡SU HABILIDAD CON NUESTRAS HERRAMIENTAS!

Debajo, otro cartel, de caracteres más pequeños, decía: «Se alquilan plazas de garaje por semanas, meses o años».

El depósito de piezas de automóvil estaba detrás del garaje. Era un alargado espacio encerrado en tiras de dos metros de altura de la misma chapa ondulada, el apático asentimiento de Will Darnell a la Comisión de urbanismo. Y no es que existiera forma de que la comisión fuera a llamar al orden a Will Darnell, y no sólo porque dos de los tres miembros del mismo eran amigos suyos. En Libertyville, Will Darnell conocía a casi todo el mundo que significaba algo en la ciudad. Era uno de esos tipos que se encuentra uno en casi cualquier ciudad, grande o pequeña, moviéndose en silencio entre todos los bastidores.

Yo había oído que se hallaba mezclado en el activo tráfico de drogas que se desarrollaba en la escuela superior y media de Libertyville, y también había oído que mantenía buenas relaciones con las figuras del hampa,

Pittsburg y Philly. Yo no creía eso —al menos, creo que no lo creía—, pero sabía que, si querías cohetes, petardos o tracas para el Cuatro de Julio, Will Darnell te los vendería. También le había oído a mi padre decir que Will había sido procesado doce años antes, cuando yo tenía cinco, como uno de los implicados en una red de coches robados que se extendía desde nuestra parte del mundo hasta Nueva York y, más allá, hasta Bangor, Maine. Finalmente, la acusación fue retirada. Pero mi padre decía que estaba seguro de que Will Darnell se hallaba metido hasta el cuello en otros chanchullos, desde asaltos a camiones hasta falsificación de antigüedades.

Un buen lugar del que mantenerte alejado, Dennis, había dicho mi padre. Eso había sido hacía un año, poco después de que yo comprase mi primer coche e invirtiera veinte dólares en alquilar una de las plazas de garaje del autoservicio de Darnell para intentar cambiar el carburador, experimento que había finalizado en lastimoso fracaso.

Un buen lugar del que mantenerse alejado, y aquí estaba ahora, cruzando la verja detrás de mi amigo Arnie al anochecer, cuando ya no quedaba del día más que un débil resplandor rojizo en el horizonte. Mis faros iluminaron suficientes piezas sueltas de automóvil y chatarra en general como para hacer que me sintiera más deprimido y fatigado que nunca. Me di cuenta de que no había llamado a casa y de que, probablemente, mis padres estarían preguntándose por dónde diablos andaba yo.

Arnie avanzó hasta una gran puerta de garaje con un cartel al lado que decía: «TOQUE EL CLAXON PARA ENTRAR».

Una débil luz se derramaba por una mugrienta ventana junto, la puerta —había alguien dentro—, y a duras penas contuve el impulso de asomarme a la ventanilla y decirle a Arnie que llevara su coche a mi casa por esa noche. Ya nos veía a Arnie y a mí encontrándonos con Will Darnell y sus compinches mientras inventariaban televisores en color robados o pintaban Cadillac sustraídos en plena calle. Los Bravos Muchachos llegan a Libertyville.

Arnie permanecía quieto, sin tocar el claxon, sin hacer nada, y, me disponía a bajar para preguntarle que pasaba cuando vino él adonde yo estaba aparcado. Aun a la desfalleciente luz, parecía profundamente turbado.

—¿Te importa tocar tú el claxon, Dennis? —dijo con humildad—. El de *Christine* parece que no funciona.

—Desde luego.

—Gracias.

Toqué dos veces el claxon, y, tras una pausa, la puerta del garaje se elevó ruidosamente, y apareció el propio Will Darnell, con el vientre

prominente sobre el cinturón. Con un ademán de impaciencia, indicó a Arnie que entrase.

Yo hice girar mi coche, lo dejé aparcado delante y entré también.

El interior era enorme, abovedado y terriblemente silencioso al final del día. Había hasta cinco docenas de plazas de apartamento, cada una con su caja de herramientas sujeta al suelo con un candado para los que necesitaban reparar sus coches y no tenían herramientas. El techo era alto y se hallaba cruzado por vigas desnudas semejantes a brazos de grúa.

Había letreros por todas partes: «TODAS LAS HERRAMIENTAS DEBEN SER INSPECCIONADAS ANTES DE LA SALIDA DEL CLIENTE, Y RESERVE HORA CON ANTELACIÓN PARA EL USO DEL ELEVADOR, Y MANUALES SOBRE MOTORES A DISPOSICIÓN DE LOS CLIENTES, Y PROHIBIDO JURAR Y BLASFEMAR». Había docenas más, adondequiera que uno se volviese, un letrero parecía saltarle encima. Will Darnell era un gran «hombre-letrero».

—¡El compartimiento veinte! ¡El compartimiento veinte! —gritó Darnell a Arnie con voz jadeante e irritada—. ¡Vete allí y apaga el motor antes de que nos asfixiemos todos!

«Todos» parecían ser un grupo de hombres sentados a una amplia mesa de juego situada en un rincón. Fichas de póquer, naipes y botellas de cerveza se hallaban esparcidas sobre la mesa. Los hombres miraban la nueva adquisición de Arnie con variada expresión de repugnancia y regocijo.

Arnie condujo el coche hasta el espacio número veinte, lo aparcó y apagó el motor. Una humareda azul notaba en el enorme y cavernoso espacio.

Darnell se volvió hacia mi. Llevaba camisa blanca y pantalones de color caqui. Grandes rollos de grasa le abultaban en el cuello y le colgaban en papadas bajo la barbilla.

—Muchacho —dijo, con aquella misma voz acezante—, si le has vendido esa basura, deberías avergonzarte de ti mismo.

—Yo no se la he vendido —por alguna absurda razón, sentía que debía justificarme ante aquel gordinflón de una forma que no habría hecho ante mi propio padre—. Intenté disuadirle.

—Deberías haberlo intentado con más fuerza.

Se dirigió hacia donde Arnie estaba bajando de su coche. Cerró de golpe la portezuela, y una nubecilla de herrumbroso polvo rojizo se desprendió de ese lado de la carrocería.

A pesar de su asma, Darnell caminaba con los movimientos graciosos y casi femeninos de un hombre que lleva mucho tiempo siendo gordo y contempla ante sí un prolongado futuro de obesidad. Y, antes incluso de que Arnie se volviese, le estaba gritando ya con fuertes voces. Supongo que podría decirse que era hombre que no se dejaba dominar por sus dolencias.

Como los chicos del fumadero de la escuela, como Ralph en Basin Drive, como Buddy Repperton (me temo que no tardaremos en hablar de él), había cobrado una instantánea aversión a Arnie: un caso de odio a primera vista.

—¡Es la última vez que metes aquí esa chatarra sin el tubo de escape en condiciones! —gritó—. Como te coja haciéndolo, te echo en el acto, ¿entiendes?

—Sí —Arnie parecía pequeño, cansado y vapuleado. Sus energías le habían abandonado. Me partía el corazón verle con aquel aspecto—. Yo...

Darnell no le dejó seguir.

—Tú quieres un empalme de tubo de escape: son dos cincuenta a la hora si lo reservas con antelación. Y voy a decirte otra cosa, mi joven amigo, que quiero que te metas bien en la cabeza. No admito gaitas de vosotros. No lo necesito. Este establecimiento es para tipos que trabajan y que tienen que mantener sus coches funcionando para poder llevar pan a su casa, no para señoritos que quieren ir a ver lo que pescan en el Orange Belt. No permito fumar aquí. Si quieres hacerlo, te vas afuera.

—Yo no fu...

—No me interrumpas, hijo. No me interrumpas ni te las des de listo —dijo Darnell.

Estaba ahora delante de Arnie. Como era más alto y más ancho, tapaba por completo a mi amigo.

Empecé a enfurecerme de nuevo. De hecho, podía sentir cómo mi cuerpo vibraba de protesta al extremo del tenso cable en que habían estado mis emociones desde que paramos ante la casa de LeBay y vimos que el maldito coche no estaba ya allí.

Los jóvenes son una clase oprimida, al cabo de unos años, aprende uno su propia versión de una rutina tipo Tío Tom con gentes como Will Darnell. Sí, señor, no, señor, de acuerdo, desde luego. Pero, Cristo, él se estaba pasando.

Lo agarré de pronto a Darnell por el brazo.

—¿Señor?

Se volvió hacia mí. Encuentro que cuanto más me desagradan los adultos más me acostumbro a llamarles señor.

—¿Qué?

—Esos hombres de ahí están fumando. Será mejor que les obligue a que no lo hagan.

Señalé a los tipos sentados a la mesa de póquer. Habían empezado una nueva mano. Una neblina de humo azulado flotaba sobre la mesa.

Darnell les miró y, luego, me miró a mí. Su rostro tenía una expresión muy solemne.

—¿Estás tratando de echarle una mano a tu amigo?

—No —dije—, señor.

—Entonces, cierra el pico.

Se volvió de nuevo hacia Arnie y se apoyó las gordezuelas manos en sus voluminosas caderas.

—Conozco a un cabrón en cuanto lo veo —dijo—, y creo que estoy mirando a uno en estos momentos. Estás a prueba, muchacho. Hazme una sola faena, y, por mucho que me hayas pagado por adelantado, te echo de aquí a patadas.

Una sorda ira ascendió en mi interior desde el estómago hasta la cabeza, haciéndome palpar las sienas. Rogué mentalmente a Arnie que le mandara a hacer puñetas a aquel gordinflón y echara acorrer a toda velocidad hacia su coche. Claro que entonces intervendrían los compañeros de juego de Darnell y, probablemente, acabaríamos los dos en la sala de urgencias del Hospital Municipal de Libertyville, donde nos pondrían varios puntos en la cabeza... pero casi valdría la pena.

Arnie —rogué mentalmente—, mándalo a hacer puñetas y vámonos de aquí. Hazle frente, Arnie. No te dejes dominar. No seas un perdedor, Arnie. Si puedes enfrentarte a tu madre, puedes enfrentarte a este mamón. Sólo por esta vez, no seas un perdedor.

Arnie permaneció en silencio largo rato, con la cabeza baja, y luego dijo:

—Sí, señor.

Su voz era tan baja que resultaba casi inaudible. Parecía como si se le atragantasen las palabras.

—¿Qué has dicho?

Arnie levantó la vista. Estaba mortalmente pálido. Tenía los ojos bañados en lágrimas. Yo no podía mirar aquello. Me hacía demasiado daño. Aparté la vista. Los jugadores de póquer habían interrumpido su partida para observar lo que ocurría ante la plaza número veinte.

—He dicho «sí, señor» —respondió Arnie, con voz temblorosa.

Era como si acabara de firmar una terrible confesión. Miré de nuevo al coche, el Plymouth del 58, allí plantado, cuando hubiera debido estar en la cacharrería con el resto de las piezas sueltas de *Darnell*, y lo odié otra vez por lo que le estaba haciendo a Arnie.

—Muy bien —dijo Darnell—. Pues largo de aquí. Está cerrado.

Arnie echó a andar tambaleándose, ciegamente. Habría tropezado con un montón de neumáticos viejos si yo no le hubiera cogido del brazo para guiarle. Darnell se volvió en la otra dirección hacia la mesa de póquer. Cuando llegó allí dijo algo a los otros con su voz acezante. Soltaron todos una estrepitosa carcajada.

—Estoy perfectamente, Dennis —explicó Arnie, como si yo se lo hubiera preguntado. Tenía los dientes apretados, su pecho se agitaba en inspiraciones rápidas y superficiales—. Estoy perfectamente, suéltame, estoy bien.

Le solté el brazo. Fuimos hasta la puerta y Darnell nos gritó:

—¡Y no traigáis por aquí a los gamberros de vuestros amigos si no queréis que os ponga de patitas en la calle!

Uno de los otros añadió:

—¡Y a ver si os dejáis la basura en casa!

Arnie se encogió servilmente. Era mi amigo, pero yo lo odiaba cuando adoptaba esa actitud.

Escapamos a la fría oscuridad. La puerta descendió con estrépito a nuestra espalda. Y así es como llevamos a *Christine* al garaje de Darnell. Un gran momento, ¿verdad?

6. Afuera

I got me a car and I got me some gas

Told everybody they could kiss my ass...

GLEN FREY

Subimos a mi coche y arranqué. Eran ya más de las nueve. Hay que ver cómo vuela el tiempo cuando uno se divierte. Brillaba en el cielo una media luna. Eso y las luces anaranjadas del aparcamiento de *Monroeville Mall* anulaban la luz de cualquier estrella que hubiera podido haber.

Recorrimos en absoluto silencio las dos o tres manzanas, y, de pronto, Arnie rompió en un furioso llanto. Yo había pensado que podría echarse a llorar, pero la violencia con que lo hacía me aterró. Frené de inmediato.

—Arnie...

Desistí. No podía impedírselo. Las lágrimas y los sollozos fluían en amargo y desesperado torrente de forma incontrolable, Arnie había agotado ya su cupo de autodominio para el día. Al principio, parecía ser sólo un efecto de reacción a los acontecimientos, también yo sentía la misma clase de cosa pero a mí me había atacado a la cabeza, haciéndomela doler como una muela cariada, y el estómago, en el que notaba una especie de nudo.

Así pues, al principio pensé que se trataba sólo de una reacción, una liberación espontánea, y quizá lo fuese al principio. Pero, al cabo de unos minutos, comprendí que era algo más que eso, tenía raíces mucho más profundas. Y empecé a discernir palabras en los sonidos que estaba emitiendo, unas pocas al principio, ristas de ellas luego.

—¡Me los cargaré! —gritaba con voz pastosa por entre los sollozos—. Me cargaré a esos malditos hijos de puta, me los cargaré. Dennis, les haré arrepentirse a esos cabrones...

—Calla —dije, asustado—. Olvídalo, Arnie.

Pero él no quería olvidar. Empezó a golpear con su puños el almohadillado salpicadero de mi Duster con una fuerza tal que temí lo dejara marcado.

—¡Me los cargaré, vas a verlo!

A la débil luz de la luna y de una farola cercana, su rostro aparecía atormentado y contorsionado. Me pareció entonces un desconocido. Estaba vagando por los gélidos parajes del Universo que un Dios bromista reserva para personas como él. No le conocía. No quería conocerle. No podía hacer más que permanecer allí, desamparado, y esperar que volviera el Arnie que yo conocía. Al cabo de un rato, lo hizo.

Las palabras histéricas se fundieron de nuevo en sollozos. El odio se había esfumado, y estaba sólo llorando. Era un sonido profundo, hiriente, aturdido.

Permanecí sentado al volante de mi coche, sin saber muy bien que hacer, deseando estar en otro lugar, en cualquier otro lugar, probándome unos zapatos en la tienda de Thom McAn, rellenando una petición de tarjeta de crédito en unos grandes almacenes, de pie ante unos retretes de pago, con diarrea y sin un centavo. En cualquier lugar. No tenía que ser Montecarlo. Principalmente, me encontraba allí deseando ser más viejo. Deseando que ambos fuéramos más viejos.

Pero eso eran divagaciones. Sabía lo que debía hacer. De mala gana, sin querer hacerlo, me deslicé sobre el asiento, le rodeé con los brazos y le atraje hacia mí. Podía sentir su rostro, ardiente y enfebrecido, apretado contra mi pecho. Permanecimos así durante quizá cinco minutos, y luego, le llevé a su casa y le dejé allí. Después, me fui a la mía. Ninguno de los dos hablamos más tarde de cómo le había estado yo abrazando. Nadie pasó por la acera y nos vio aparcados junto a la cuneta. Supongo que si alguien lo hubiera hecho le habríamos parecido un par de maricas. Permanecía allí y le abracé y le amé lo mejor que podía y me pregunté cómo había llegado a ser yo el único amigo de Arnie Cunningham, porque, creedme, en aquellos momentos no quería ser su amigo.

Sin embargo —lo comprendí entonces, aunque sólo borrosamente—, quizá *Christine* iba a ser también su amigo ahora.

Tampoco estaba seguro de que me gustase eso, aunque por su culpa habíamos pasado por los mismos apuros durante aquel largo día.

Cuando nos detuvimos delante de su casa, dije:

—¿Estás bien?

Forzó una sonrisa.

—Estupendamente —me miró con tristeza—. ¿Sabes? Deberías buscarte alguna otra obra caritativa. Sociedad Cardiológica. Asociación de Lucha contra el Cáncer. Algo.

—Venga, largo.

—Sabes lo que quiero decir.

—Si me quieres decir que eres un blando, no me estás diciendo nada que yo no sepa.

Se encendió la luz del porche, y salieron apresuradamente Michael y Regina, probablemente para ver si éramos nosotros o la policía, para informarles que su único hijo se había estrellado en la autopista.

—¿Arnold? —llamó Regina, con voz estridente.

—Lárgate, Dennis —me pidió Arnie, sonriendo un poco más sinceramente ahora—. No necesitas pasar por esto.

Bajó del coche y dijo con sumisión:

—Hola, mamá. Hola, papá.

—¿Dónde has estado? —preguntó Michael—. ¡Tu madre estaba terriblemente preocupada!

Arnie tenía razón. Podía ahorrarme la escena. Eché un vistazo por el espejo retrovisor, y le vi allí, con aire solitario y vulnerable, y luego los dos le abrazaron y le condujeron hacia el nido de sesenta mil dólares, vertiendo, sin duda, sobre él toda la fuerza de sus últimos cursos parentales. Eran perfectamente racionales sobre el asunto, y ahí estaba la cosa. Habían desempeñado un papel muy importante en lo que él era, y se mostraban demasiado parentalmente racionales para comprenderlo.

Puse la radio en FM-104, donde continuaba el Festival Fin de Semana y sintonicé a Bob Seger y la Silver Bullet Band cantando Still the same. El descubrimiento era demasiado terriblemente perfecto, y pasé al partido de los Phillies.

Los Phillies estaban perdiendo. Muy bien. Eso equilibraba la cosa.

7. Malos sueños

I'm a roadrunner, honey,

And you can't catch me.

Yes, I'm a road runner, honey,

And you can't keep up with me.

Come on over here and race,

Baby, baby, you'll see.

Move over, honey! Stand back!

I'm gonna put some dirt in your eye!

BO DIDDLEY

Cuando llegué a casa, mi padre y mi hermana estaban en la cocina, comiendo emparedados de azúcar morena. Empecé inmediatamente a sentirme hambriento y me di cuenta de que no había cenado nada.

—¿Dónde has estado, jefe? —preguntó Elaine, sin levantar apenas la vista de su *16*, o *Creem* o *Tiger Beat*, o lo que fuese.

Llevaba llamándome jefe desde que descubrí a Bruce Springsteen el año anterior y me convertí en fanático suyo. Todos suponían que lo tenía metido hasta los tuétanos.

A sus catorce años, Elaine estaba empezando a dejar atrás su infancia y convertirse en la completa belleza norteamericana que acabó siendo: alta, de cabellos oscuros y ojos azules. Pero a finales de aquel verano de 1978 era la adolescente gregaria total. Había empezado a los nueve años con Donny y Marie, luego se había extasiado con John Travolta a los once (yo cometí el error de llamarle John Revolva un día, y me arañó con tal violencia que casi tuvieron que darme puntos en la mejilla..., supongo que lo merecía). A los doce años se volvió loca por Shaun. Después fue Andy Gibb. Y, últimamente, había desarrollado gustos más ominosos: rockeros famosos como Deep Purple y un nuevo grupo, Styx.

—He estado ayudando a Arnie a guardar su coche —dije, tanto a mi padre como a Ellie. Más en realidad.

—Ese gilipollas —suspiró Ellie, y volvió la página de su revista.

Experimenté un súbito y sorprendente deseo de arrancarle la revista de las manos, romperla en dos y tirarle los pedazos a la cara. Eso me demostraba más que ninguna otra cosa lo lleno de tensiones que había estado el día. Elaine no cree realmente que Arnie sea un gilipollas, simplemente aprovecha todas las oportunidades que se le presentan para irritarme. Pero quizás había oído insultar a Arnie demasiadas veces en las últimas horas. Sus lágrimas se estaban secando todavía en la pechera de mi camisa, y quizá yo mismo me sentía un poco rastrero.

—¿Qué hace Kiss estos días, querida? —le pregunté dulcemente—. ¿Has escrito últimamente cartas de amor a Erik Estrada? «Oh, Erik, me moriría por ti, se me para el corazón cada vez que pienso en tus carnosos y gruesos labios apretándose contra los míos...».

—Eres un animal —dijo ella fríamente—. Sólo un animal, eso es lo que eres.

—Y no conozco nada mejor.

—Tienes razón.

Cogió su revista y su emparedado y se fue al cuarto de estar.

—No tires migas al suelo, Ellie —le advirtió papá, estropeando un poco su salida.

Fui al frigorífico y encontré un poco de bologna y un tomate que no parecía en muy buenas condiciones. Había también medio paquete de queso procesado, pero mi excesiva indulgencia con aquella cría había destruido al parecer mis ganas de comérmelo. Me decidí por un cuartillo de leche para acompañar mi emparedado y abrí una lata de carne en conserva *Campbell*.

—¿Lo ha comprado? —me preguntó papá.

Mi padre es asesor fiscal de *H&R Block*. También trabaja por su cuenta en asuntos tributarios. En los viejos tiempos era contable de la más importante empresa arquitectónica de Pittsburgh, pero sufrió un ataque al corazón y lo dejó. Es un buen hombre.

—Sí, lo ha comprado.

—¿Te sigue pareciendo tan malo como antes?

—Peor. ¿Dónde está mamá?

—En clase —respondió.

Sus ojos se encontraron con los míos, y casi nos echamos a reír. Apartamos al instante la vista, avergonzados de nosotros mismos, pero

ni aun el sentirse sinceramente avergonzado pareció ayudar mucho. Mi madre tiene cuarenta y tres años y trabaja como higienista dental. Estuvo mucho tiempo sin ejercer su profesión, pero cuando papá tuvo su ataque cardíaco volvió a ella.

Hace cuatro años, decidí que era una escritora ignorada. Empezé componiendo poemas sobre flores y relatos sobre bondadosos ancianos en el otoño de su vida. De vez en cuando, se tornaba valerosamente realista y escribía un relato sobre una muchacha que se sentía tentada a «correr una aventura» y decidía luego que sería muchísimo mejor si la reservaba para el lecho nupcial. Este verano se había inscripto en un curso dirigido de redacción en Horlicks —donde enseñaban Michael y Regina Cunningham, como recordaréis— y estaba llevando todos sus temas y relatos a un libro que llamaba *Apuntes de Amor y Belleza* .

Quizá penséis que no hay nada gracioso en una mujer que se las ha arreglado para desempeñar un trabajo y también criar a su familia decidiendo probar algo nuevo ampliar un poco sus horizontes. Y, naturalmente, tendréis razón. También quizá penséis que mi padre y yo teníamos motivos sobrados para avergonzarnos de nosotros mismos que no éramos más que un par de cerdos machistas retozando en la cocina, y también tendríais toda la razón. No discutiré ninguna de las dos cosas, pero sí diré que si se hubieran visto sometidos, como papá y yo —y también Elaine— a frecuentes lecturas de sus *Apuntes de Amor y Belleza* , podríais comprender un poco mejor la causa de nuestras risas.

Bueno, era, y es, una madre estupenda, y supongo que también es una esposa estupenda para mi padre —por lo menos nunca le he oído quejarse, y nunca se ha pasado la noche fuera de casa, bebiendo—, y todo lo que puedo decir en nuestra defensa es que ninguno de los dos nos reímos jamás de ella en la cara. Ya sé que es algo bastante pobre, pero es mejor que nada. Ninguno de los dos la habríamos herido así por nada del mundo.

Me tapé la boca con la mano y traté de sofocar la risa. Papa parecía estar atragantándose con su pan. No sé en que estaba pensando, pero lo que yo tenía en la cabeza era un ensayo bastante reciente titulado «¿Tenía Jesús un perro?».

Después de todos los sucesos del día, era casi demasiado.

Me dirigí a los armarios suspendidos sobre el fregadero y cogí un vaso para mi leche, y, cuando volví la vista mi padre había logrado ya dominarse. Eso me ayudó a conseguirlo yo también.

—Parecías un poco sombrío al entrar —dijo—. ¿Va todo bien con Arnie, Dennis?

—Sí

—repuse, echando la sopa en una cacerola y poniéndola en el fogón—.

Sólo que se ha comprado un coche, y es un follón, pero Arnie está perfectamente.

Claro que Arnie no estaba perfectamente, pero hay cosas que no puede uno resolverse a decírselas a su padre, por muy bien que esté desempeñando su gran oficio norteamericano de paternidad.

—A veces, las personas no pueden comprender las cosas hasta que las ven por sí mismas —explicó.

—Bueno —dije—, espero que lo vea pronto. Tiene el coche en *Darnell's* por veinte a la semana, porque sus padres no quieren que lo guarde en casa.

—¿Veinte a la semana? ¿Sólo un hueco? ¿O un hueco y herramientas?

—Sólo el lote.

—Eso es un atraco a mano armada.

—Sí —repuse, observando que mi padre no agregaba a ese juicio el ofrecimiento de que Arnie podía guardarlo en nuestro garaje.

—¿Echamos una partida de cartas?

—Anímate, Dennis. No puedes cometer por ellos los errores de los demás.

—Sí, es verdad.

Jugamos tres o cuatro partidas, y él me las ganó todas, casi siempre me gana, a no ser que esté muy cansado o se haya tomado un par de copas. Pero a mí no me importa.

Las veces que yo le gano significan más. Al cabo de un rato entró mi madre, encendido el rostro y brillantes los ojos, sujetando contra el pecho su libro de apuntes y relatos.

Besó a mi padre, no superficialmente, como de costumbre, sino con un beso auténtico que me hizo experimentar de pronto la sensación de que yo debería estar en algún otro lugar.

Me preguntó lo mismo acerca de Arnie y su coche, cosa que se estaba convirtiendo en el tema de conversación más importante de la casa desde que el hermano de mi madre, Sid, se declaró en quiebra y pidió un préstamo a mi padre. Volví a repetir la historia y, luego, subí a acostarme. Me daba la impresión de que mis padres tenían asuntos propios que atender, aunque ese tema nunca entró muy profundamente en mi mente, como estoy seguro que comprenderéis.

Elaine estaba echada en su cama, escuchando la última serie de éxitos discográficos de K-Tel. Le pedí que apagase el tocadiscos porque iba a acostarme. Ella me sacó la lengua. No estaba dispuesto a permitir tal cosa. Me fui hacia ella y empecé a hacerle cosquillas, hasta que dijo que iba a vomitar. Le dije adelante, vomita, es tu cama, y seguí haciéndole cosquillas. Luego, adoptó su expresión de «por favor no me engañes, Dennis, porque esto es algo terriblemente importante», se puso solemne y me preguntó si realmente era cierto que se podía hacer que ardieran los pedos. Una de sus amigas, Carolyn Shambless, decía que sí, pero Carolyn mentía en casi todo.

Le dije que se lo preguntase a Milton Dodd, su amigo. Entonces, Elaine se enfureció de veras e intentó pegarme y me preguntó que por qué tenía que ser siempre tan horrible. Así que le dije que sí, que era verdad que se podía hacer que los pedos ardiesen, y le aconsejé que no lo intentara, y luego le di un abrazo (cosa que raramente hacía ya: me hacía sentirme incómodo, ya que se ponía tierna al igual que con las cosquillas, a decir verdad) y me fui a la cama.

Y, mientras me desnudaba, pensé: «El día no ha terminado tan mal después de todo. Aquí hay personas que piensan que soy un ser humano, y que también lo es Arnie. Le invitaré a venir a casa mañana o el domingo, y estaremos haraganeando, viendo a los Phillies en la televisión, quizás, o echando una partida de algún juego de mesa, Profesiones, o Vida, o quizás el clásico Pista, para librarnos de la sensación de misterio. Para volver a sentirnos decentes».

Así, pues, me metí en la cama con todo resuelto en mi mente, y hubiera debido quedarme dormido en seguida, pero no sucedió tal cosa. Porque no estaba resuelto, y yo lo sabía. Las cosas se ponen en marcha, y a veces no sabe uno que infiernos son.

Motores. Esa es otra cosa de ser un adolescente. Hay todos esos motores, y acaba uno aplicando la llave de contacto a alguno de ellos, y los pone en marcha, pero no sabe uno que carajo son ni que tienen que hacer. Hay pistas, pero eso es todo. Lo de la droga es algo parecido, y lo de la bebida, y lo del sexo, y a veces otras cosas también: un trabajo de verano que genera un nuevo interés, un viaje un curso en la escuela. Motores. Te dan las llaves y unas cuantas pistas y te dicen: Ponlo en marcha, a ver que hace, y a veces lo que hace es introducirte en una vida que es realmente buena y satisfactoria, y a veces lo que hace es llevarte por la carretera hasta el infierno y dejarte destrozado y ensangrentado en la cuneta.

Motores.

Grandes. Como los «382» que ponían en aquellos viejos coches. Como *Christine*.

Permanecía tendido en la oscuridad, agitándome y dando vueltas, hasta que la sábana quedó salida y arrugada y apelonada, y pensaba en

LeBay diciendo: Se llama *Christine*. Y Arnie se lo había aprendido. Cuando éramos pequeños, teníamos patinetes, y luego bicis, y yo les ponía nombres, pero Arnie nunca lo hacía con los suyos, decía que los nombres eran para ponérselos a los perros y los gatos. Pero eso era entonces, y esto era ahora. Ahora llamaba *Christine* a aquel Plymouth, y, lo peor, era que lo aludía siempre en femenino.

No me gustaba, y no sabía por qué.

E incluso mi padre había hablado de él como si, en vez de comprar un viejo cacharro, Arnie se hubiera casado. Pero no era así. No lo era en absoluto. ¿O sí?

Para el coche, Dennis. Vuelve... Quiero verla otra vez.

Así de sencillo.

Ni la más mínima reflexión, y eso no era propio de Arnie que tan detenidamente solía pensarse las cosas: su vida le había hecho dolorosamente consciente de lo que les pasaba a tipos como él cuando se liaban la manta a la cabeza y hacían algo impulsivamente. Pero esta vez había sido como un hombre que conoce a una corista, se lanza a cortejarla y termina con resaca y casado el lunes por la mañana.

—Había sido... bueno... como un flechazo.

No importa, pensé. Mañana empezaremos de nuevo. Y veremos esto con perspectiva.

Finalmente, me dormí. Y soñé.

El gemebundo girar de un estárter en la oscuridad.

Silencio.

El estárter, gimiendo otra vez. El motor se encendió, falló, prendió de nuevo.

Un motor ronroneando en la oscuridad. Luego se encendieron los faros, potentes haces gemelos de luz atravesándome como a un chinche en un cristal.

Yo estaba de pie en el umbral de la puerta del garaje de LeBay, y Christine estaba dentro, una nueva Christine, sin una abolladura ni una mota de herrumbre encima. El impoluto parabrisas se oscurecía en la parte superior con una franja azul polarizada. De la radio brotaban los fuertes y rítmicos sonidos de Dale Hawkins cantando «Susie», una voz de una era muerta, llena de aterradora vitalidad.

El motor que murmuraba palabras de poder a través de silenciadores dobles. Y, de alguna manera yo sabía que allí dentro había un desviador

Hurts, y cabezales Feully, el aceite Quaker State acababa de ser cambiado: era de un límpido color ambarino, sangre vital del automóvil.

Los limpiaparabrisas empiezan de pronto a funcionar y es extraño, porque no hay nadie al volante, el coche está vacío.

—Vamos a dar una vuelta, muchacho.

Meneo la cabeza. No quiero entrar ahí. Me asusta entrar ahí. No quiero dar una vuelta. Y, de pronto, el motor empieza a funcionar y a pararse, funcionar y pararse, es un sonido ávido, aterrador, y, cada vez que el motor ronronea, Christine parece moverse un poco hacia delante, como un perro al extremo de una correa débil... y yo quiero apartarme... pero mis pies parecen clavados al agrietado pavimento de la calzada.

—La última oportunidad, muchacho.

Y, antes de que pueda responder —ni pensar siquiera en una respuesta —, suena un terrible rechinar de goma que rueda sobre el asfalto y Christine se lanza contra mí semejante su rejilla a una boca abierta llena de cromados dientes, fulgurando sus faros...

Desperté con un grito en la absoluta oscuridad de las dos de la mañana. El sonido de mi propia voz me espantó y el apresurado golpeteo de pies descalzos que corrían por el pasillo me espantó más aún. Mis dos manos agarraban sendos puñados de sábana. La estiré estaba toda apelotonada en el centro de la cama. Tenía el cuerpo empapado de sudor.

Sonó en el pasillo la voz aterrorizada de Ellie:

—¿Qué ha pasado?

Se encendió la luz de mi cuarto, y allí estaba mi madre, con un corto camisón que mostraba más de lo que ella habría permitido, excepto en la más terrible de las emergencias, y detrás de ella mi padre, anudándose el cinturón de su bata, cerrada sobre nada en absoluto.

—¿Qué ocurre, cariño? —me preguntó mi madre.

Tenía una mirada asustada en sus desencajados ojos. No podía recordar la última vez que me había llamado «cariño» de esa manera... ¿A los catorce años? ¿A los doce? ¿A los diez, quizá? No lo sé.

—¿Dennis? —preguntó mi padre.

Apareció Elaine tras ellos y entre ellos, temblorosa.

—Volved a la cama —dije—. He tenido una pesadilla. Nada más.

—Caray —comentó Elaine, con tono respetuoso por la hora y la ocasión—. Debe de haber sido una auténtica película de miedo. ¿Qué ha sido, Dennis?

—Soñaba que te casabas con Milton Dodd y que luego veníais a vivir conmigo —respondí.

—No te metas con tu hermana —dijo mamá—. ¿Qué ha sido Dennis?

—No me acuerdo —dije.

Me di cuenta, de pronto, de que la sábana estaba completamente desordenada y de que emergía de ella un mechón de vello pubiano. Ordené precipitadamente las cosas, con culpables pensamientos de masturbación, sueños húmedos. Dios sabe cuántas cosas cruzaron por mi cabeza.

Dislocación total. Durante aquellos primeros vertiginosos momentos ni siquiera estaba seguro de si yo era grande o pequeño: todo lo dominaba aquella terrible e impresionante imagen del coche que avanzaba un poco cada vez que el motor ronroneaba, retrocediendo, lanzándose de nuevo hacia delante, vibrando el capó sobre el bloque del motor, la rejilla como dientes de acero.

La última oportunidad, muchacho.

Luego, la mano de mi madre, fría y seca, estaba sobre mi frente para ver si tenía fiebre.

—Estoy bien, mamá —dije—. No ha sido nada. Sólo una pesadilla.

—Pero ¿no recuerdas...?

—No. Ya ha pasado.

—Estaba asustada —dijo, y soltó una temblorosa risita—. Supongo que no sabe una lo que es estar asustada hasta que uno de sus hijos grita en la oscuridad.

—Uf, no hables de eso —pidió Elaine.

—Vuelve a la cama, pequeña —comentó papá, dándole una palmadita en las nalgas.

Ella se fue, no de muy buena gana. Una vez pasado su terror inicial, quizás esperaba que me derrumbase en un ataque de histeria. Eso le habría dado una auténtica ventaja sobre mí por la mañana.

—¿De verdad estás bien, Dennis? —preguntó mi madre—. ¿Cariño?

Otra vez aquella palabra, que me traía recuerdos de rodillas arañadas al caer de mi coche rojo, su rostro inclinado sobre mi cama como en aquellas ocasiones en que no yacía, presa de fiebre, en todas aquellas enfermedades infantiles: paperas, sarampión, un acceso de escarlatina. Haciéndome sentir unos absurdos deseos de llorar. Yo tenía veinte centímetros más de estatura y pesaba treinta kilos más que ella.

—Claro —dije.

—Bueno. Deja la luz encendida —me pidió—. A veces ayuda.

Y, con una final y dubitativa mirada a mi padre, se marchó. Yo tenía algo de lo que asombrarme: la idea de que mi madre nunca había tenido una pesadilla. Supongo que es una de esas cosas que nunca se le ocurren a uno. Fuera lo que fuesen las pesadillas, ninguna de ellas había entrado jamás en *Apuntes de Amor y Belleza* .

Mi padre se sentó en el borde de la cama.

—¿De veras no recuerdas lo que era?

Meneé la cabeza.

—Debe de haber sido terrible para hacerte gritar de esa manera, Dennis.

Sus ojos estaban fijos en los míos, preguntando gravemente si había algo que él debiera saber.

Estuve a punto de decírselo: el coche, era el maldito coche de Arnie, *Christine* , la reina de la herrumbre, de veinte años y horrible. Estuve a punto. Pero las palabras se atascaron en mi garganta, casi como si hablar hubiera sido traicionar a mi amigo. El bueno de Arnie, con quien hubiera decidido ensañarse un Dios bromista.

—Está bien —dijo, y me besó en la mejilla. Sentí su barba, aquellas pequeñas y rígidas púas que sólo salían por la noche, olí su sudor y percibí su amor. Lo abracé con fuerza, y él me devolvió el abrazo.

Cuando todos se hubieron ido, permanecí con la lámpara de la mesilla encendida, con miedo de volver a dormirme. Cogí un libro y me eché de nuevo, sabiendo que mis padres yacían despiertos abajo, en su habitación, preguntándose si yo me habría metido en algún lío, o si habría metido en algún lío a alguien, quizás a la madrina del equipo de fantástico cuerpo.

Decidí que era imposible dormir. Me quedaría leyendo hasta el amanecer y echaría una siesta por la tarde. Y, pensando en eso, me quedé dormido y desperté por la mañana, con el libro, cerrado, caído en el suelo junto a la cama.

8. Primeros cambios

If I had money I will tell you what I'd do

I would go downtown and buy a Mercury or two,

I would buy me a Mercury,

And cruise up and down this road.

THE STEVE MILLER BAND

Pensaba que Arnie aparecería aquel sábado, así que me quedé en casa: corté el césped, limpié el garaje, incluso lavé los tres coches. Mi madre contemplaba con cierto asombro esta laboriosidad y, mientras tomábamos unos bocadillos de salchicha y una ensalada, comentó que quizá debiera tener pesadillas más a menudo.

Yo no quería telefonar a la casa de Arnie después de las desagradables escenas que había visto allí últimamente, pero, al ir pasando el tiempo sin que viniera, me armé de valor y llamé. Se puso Regina al aparato, y, aunque hacía una buena actuación de «no ha cambiado nada», creí percibir una nueva frialdad en su voz. Eso hizo que me sintiera triste. Su único hijo había sido seducido por una vieja zorra llamada *Christine*, y su amigo Dennis debía de haber intervenido como cómplice. Quizás incluso había hecho de alcahuete en todo el asunto. «Arnie no estaba en casa —explicó—. Estaba en el garaje de *Darnell*. Llevaba allí desde las nueve de la mañana».

—Oh —tartamudeé—. Oh, vaya. No lo sabía —sonaba a mentira más aún, olía a mentira.

—¿No? —dijo Regina, con aquella nueva frialdad—. Adiós, Dennis.

Se cortó la comunicación. Me quedé unos momentos mirando el aparato y, luego, colgué.

Papá se había instalado delante de la televisión con sus bermudas color púrpura, sus sandalias y una caja de cervezas en la nevera junto a él. Los Phillies estaban teniendo un buen día, haciendo sudar tinta a toda Atlanta. Mamá se había ido a visitar a una de sus compañeras de clase (creo que se leían mutuamente sus apuntes y poemas y se exaltaban juntas). Elaine había ido a casa de su amiga Della. Reinaba el silencio en nuestra casa, afuera, el sol jugueteaba con unas cuantas nubecillas blancas. Papá me dio una cerveza, cosa que sólo hace cuando se siente extraordinariamente tierno.

Pero el sábado seguía pareciendo insípido. Yo pensaba sin cesar en Arnie, que no contemplaba a los Phillies, ni tomaba el sol, ni segaba siquiera la hierba de su jardín.

Arnie, en las grasicas sombras del garaje de autoservicio de *Darnell*, jugando con aquel herrumbroso armatoste mientras gritaban los hombres y resonaban metálicamente las herramientas contra el suelo y restallaba el tableteo de las dos pistolas neumáticas aflojando viejos pernos, y la voz tartamudeante y la tos asmática de Will Darnell...

Y, maldita sea, ¿estaba yo celoso? ¿Era eso?

Cuando comenzó el séptimo número, me levanté y empecé a salir.

—¿Adónde vas? —preguntó mi padre.

Sí, ¿adónde iba? ¿A observarle, cloquear con él, escuchar las peroratas de Will Darnell? ¿A buscarme más complicaciones? Mierda, Arnie ya era mayorcito.

—A ninguna parte —dije.

Encontré un *Twinkie* —cuidadosamente escondido en la Panera— y lo cogí con cierto perverso regocijo, sabiendo lo que le fastidiaría a Elaine cuando se levantase durante uno de los intermedios publicitarios de Saturday Night Live y descubriese que había desaparecido.

—A ninguna parte en absoluto.

Volví al cuarto de estar y me senté, mendigué otra cerveza a mi padre, comí el *Twinkie* de Elaine e, incluso, lamí la cajita en la que había estado. Vimos cómo Philly terminaba su trabajo de demoler a Atlanta (« *Los han aplastado, Denny* —me parecía oír decir a mi abuelo, muerto hacía cinco años, con su coqueteante voz de viejo—, *los han aplastado por completo* »), y yo no pensaba en Arnie Cunningham.

Casi.

Llegó la tarde siguiente mientras Elaine y yo jugábamos al cróquet en la parte de atrás. Elaine me acusaba constantemente de hacer trampas. Estaba con los nervios de punta, como siempre que tenía la regla. Elaine estaba muy orgullosa de su regla. Venía teniéndola regularmente desde hacía catorce meses.

—Eh —dijo Arnie, dando la vuelta a la esquina de la casa—, o son el Monstruo de la Laguna Negra y la Novia de Frankenstein, o son Dennis y Ellie.

—¿Qué dices, hombre? —exclamé—. Coge un mazo.

—Yo no juego —repuso Elaine, tirando al suelo su mazo—. El hace más trampas todavía que tú. ¡Hombres!

Mientras se alejaba taconeando, Arnie dijo, con voz temblorosa y afectada:

—Es la primera vez que me llama hombre, Dennis.

Cayó de rodillas, con una expresión de exaltada adoración en el rostro. Me eché a reír. Arnie sabía hacerlo bien cuando quería. Esa era una de las razones por las que me caía tan bien. Y se trataba de una especie de cosa secreta, ya sabéis. No creo que nadie más que yo la viera realmente. Una vez, oí hablar de un millonario que tenía un Rembrandt robado en su sótano, donde nadie más que él podía verlo. Yo podía comprender a ese tipo. No quiero decir que Arnie fuese un Rembrandt, ni siquiera un gran ingenio, pero podía comprender el atractivo de conocer la existencia de algo bueno..., algo que era bueno pero que seguía siendo secreto.

Estuvimos un rato jugando al croquet, aunque sin mucho interés. Finalmente, una de las bolas atravesó el seto y fue a parar al patio de los Blackford, y, cuando yo la hube recuperado, se nos habían pasado ya las ganas de jugar. Nos sentábamos en las sillas del jardín. Al poco rato, nuestro gato, Jay Hawkins, sucesor de Capitán Beefheart, se deslizó sigilosamente desde el porche, esperando probablemente encontrar alguna pequeña ardilla a la que matar lenta y pérfidamente. Sus ambarinos ojos relucían a la luz de la tarde, nublada y silenciosa.

—Pensé que vendrías a ver el partido ayer —dije—. Fue muy bueno.

—Estuve en *Darnell's* —respondió—. Pero lo oí por la radio —su voz se elevó tres octavas e hizo una magnífica imitación de mi abuelo—. ¡Los han aplastado! ¡Los han aplastado, Denny!

Me eché a reír y asentí. Había algo en él ese día —quizás era sólo la luz suficientemente brillante pero un poco débil y melancólica—, algo que parecía diferente. En primer lugar, parecía cansado —tenía oscuros cercos bajo los ojos—, pero, al mismo tiempo, su cutis parecía un poco mejor que últimamente. En el trabajo había estado bebiendo muchas *Coca-Cola*, sabiendo que no debía, naturalmente, pero era incapaz de no sucumbir de vez en cuando a la tentación. Sus problemas cutáneos tendían a desarrollarse en ciclos, como les ocurre a la mayoría de los adolescentes, según el estado de ánimo en que se encuentran: sólo que en el caso de Arnie los ciclos solían ser de malo a peor, y otra vez a malo.

O quizás era sólo la luz.

—¿Qué hiciste?

—Poca cosa. Cambié el aceite. Revisé el bloque del motor No está rajado, Dennis, y eso es algo. LeBay o quien fuera dejó mal puesto el tapón, nada más. Se había filtrado gran parte del aceite viejo. Tuve suerte de no quemar un pistón el viernes por la noche.

—¿Cómo conseguiste utilizar el elevador? Creía que había que reservarlo con antelación.

Apartó la vista.

—No hubo problemas —dijo, pero había un tono de decepción en su voz—. Le hice un par de recados al señor Darnell.

Abrí la boca para preguntar qué recados y luego decidí que no quería oírlo. Probablemente, el par de recados se reducían a acercarse al bar de Schirmer y llevarles café a los habituales o recoger piezas usadas diversas para su posterior venta, pero yo no quería verme mezclado en la parte de la vida de Arnie en que intervenía *Christine*, y eso incluía el cómo se las arreglaba (o no se las arreglaba) en el garaje de Darnell.

Y había algo más..., una sensación de alejamiento. Yo no podía entonces definir muy bien esa sensación, ni quería tampoco. Ahora supongo que diría que es lo que uno siente cuando un amigo se enamora y se casa con una fulana. A uno no le gusta la fulana, y en 99 casos de cien a la fulana no le gusta uno, así que vas y te limitas a dar cerrojazo a ese periodo de tu amistad. Cuando la cosa está hecha, o te olvidas del asunto..., o el amigo se olvida de ti, generalmente con la entusiástica aprobación de la fulana.

—Vamos al cine —pidió Arnie, con desasosiego.

—¿Qué películas hay?

—Bueno, en el *State Twin* ponen una de ésas de Kung-Fu, ¿qué te parece? ¡Jii-yaa!

Fingió administrar a Jay Hawkins una salvaje patada de karate, y Jay Hawkins escapó como una bala.

—Bastante bien. ¿Bruce Lee?

—No, otro tío.

—¿Cómo se titula?

—No sé. *Puños peligrosos*. *Manos mortales*. O quizá *Genitales enfurecidos*, no sé. ¿Qué me dices? A la vuelta podemos contarle a Ellie las partes más violentas para hacerla vomitar.

—De acuerdo —repliqué—. Si aún podemos entrar por un pavo cada uno.

—Sí, podemos hasta las tres.

—Vamos.

Fuimos. Resultó ser una película de Chuck Norris, nada mala. Y el lunes volvimos a las obras del ensanche de la Interestatal. Olvidé mi sueño. Poco a poco, comprendí que no iba a ver a Arnie con la misma frecuencia que antes, era la forma en que parece uno perder contacto con un amigo que se acaba de casar. Además, mi ligue con la madrina del equipo empezó a ponerse al rojo vivo por entonces. Y yo también me ponía al rojo vivo: más de una noche la llevé a casa desde el cine para automovilistas con un dolor de huevos tal que apenas si podía andar.

Arnie, mientras tanto, se pasaba casi todas las tardes en *Darnell's* .

9. Buddy Repperton

And I know, no matter what the cost,

Ooooooh, that dual exhaust

Makes my motor cry,

My baby's got the Cadillac Walk.

MOON MARTIN

Nuestra última semana completa antes de que empezara el curso era la semana anterior al día del Trabajo.

Cuando aparqué ante la casa de Arnie aquella mañana para recogerle, apareció con un ojo a la funerala y un feo arañazo en la cara.

—¿Qué te ha pasado?

—No quiero hablar de ello —respondió, hoscamente—. He tenido que hablarles de ello a mis padres hasta que creí que me iba a quedar ronco.

Eché su fiambarrera en el asiento trasero y se sumió en un sombrío silencio que mantuvo durante todo el trayecto hasta el trabajo. Algunos de los otros compañeros le gastaron bromas a cuenta de su ojo morado, pero Arnie no les hizo caso.

Durante el regreso a casa, no expliqué nada sobre el asunto. Me limité a poner la radio y permanecí en silencio. Y podría no haberme enterado de la historia de no haberme tentado aquel gordo irlandés llamado Gino poco antes de que torciéramos por la calle Mayor.

Por entonces, Gino me estaba siempre tentando: podía hacerlo a través de la cerrada ventanilla de un coche. El establecimiento de *pizzas* italianas de Gino está en la esquina de Mayor y Basin Drive, y cada vez que veía el letrero con la *pizza* elevándose en el aire y las íes punteadas con tréboles (se encendía y apagaba durante la noche) me acosaba de nuevo la tentación. Y esta noche mi madre estaría en clase, lo que significaba una improvisada cena fría en casa. La perspectiva no me llenaba precisamente de júbilo. Y tampoco mi padre era un gran cocinero y Ellie quemaría hasta el agua.

—Vamos a comer una *pizza* —dije, entrando en el aparcamiento de Gino—. ¿Qué te parece? Una bien grande que huela a sobaco.

—¡Cristo, Dennis, eso resulta grosero!

—Sobaco limpio —rectifiqué—. Vamos.

—No, yo ando bastante mal de pasta —repuso Arnie, con desasosiego.

—Pago yo. Puedes incluso tomar esas horribles anchoas. ¿Qué me dices?

—Dennis, realmente no...

—Y una *Pepsi* —añadí.

—La *Pepsi* me hace daño en la piel. Ya lo sabes.

—Sí, lo sé. Una *Pepsi* grande, Arnie.

Sus grises ojos brillaron por primera vez ese día.

—Una *Pepsi* grande —repitió—. Piensa en eso. Eres mezquino, Dennis. De verdad.

—Dos, si quieres —dije.

Tenía razón, era como ofrecer barras *Hershey* a la mujer cañón del circo.

—Dos —dijo, agarrándome del hombro—. ¡Dos *Pepsis*, Dennis!

Empezó a revolverse en el asiento, clavándose los dedos en la garganta y gritando:

—¡Dos! ¡Rápido! ¡Dos! ¡Rápido!

Yo me estaba riendo con tantas ganas que casi estrello el coche contra la pared, y, mientras bajábamos, pensé: «*¿Por qué no se va a tomar un par de sodas? Seguro que se ha estado privando de ellas últimamente*». La leve mejoría de su piel que yo había advertido aquel nublado domingo de hacía dos semanas era evidente ahora. Todavía tenía abundantes promontorios y cráteres, pero eran menos los que —disculpádmeme, pero debo decirlo—, le supuraban.

También en otros aspectos parecía haber mejorado. Un verano de trabajar al aire libre le había bronceado intensamente, y en toda su vida no había presentado un aspecto más saludable. Así, pues, pensé que se merecía su *Pepsi*. El botín es para el vencedor.

Gino's está dirigido por un italiano estupendo llamado Pat Donahue. Tiene en su caja registradora una pegatina que dice MAFIA IRLANDESA, sirve cerveza verde el día de San Patricio (el 17 de marzo no puede uno acercarse siquiera a *Gino's*, y uno de los discos de la

gramola automática es *Cuando los ojos irlandeses sonrían*, cantada por Rosemary Clooney) y usa un sombrero hongo negro que suele llevar echado hacia la nuca.

La gramola es un viejo aparato *Wurlitzer* de finales de los años 1940, y todos los discos —no sólo Rosemary Clooney— tienen rango prehistórico. Quizá sea la última gramola de Estados Unidos en que se pueden poner tres discos por una moneda de veinticinco centavos. Las raras veces en que fumo un poco de marihuana, *Gino's* es el tema de mis fantasías: entro allí y pido tres *pizzas* cargadas, un litro de *Pepsi* y seis o siete de los dulces de chocolate de fabricación casera de Pat Donahue. Luego, imagino que me siento y lo engullo todo, mientras brota de la gramola un continuo torrente de éxitos de los *Beach Boys* y los *Rolling Stones*.

Entramos, hice el pedido y nos quedamos observando cómo los tres cocineros echaban al aire la pasta de las *pizzas* y la volvían a coger. Intercambiaban agudezas italianas tan mordaces como: «Anoche te vi en el baile, Tovie, ¿quién era aquella fulana que estaba con tu hermano?», «Oh, ¿esa? Era tu hermana».

Quiero decir que: ¿Cuánto Viejo Mundo puede uno soportar?

Entraba y salía gente, entre la que abundaban chicos de la escuela. Antes de que pasara mucho tiempo, volvería a verlos de nuevo en los pasillos, y sentí de nuevo aquella intensa nostalgia anticipada y aquella sensación de terror. Me parecía oír mentalmente el sonido de la campana, pero su prolongado repique semejaba una alarma: «Aquí estamos de nuevo, Dennis, la última vez, después de este año tienes que aprender a ser adulto». Podía oír las puertas de los armarios cerrándose de golpe, podía oír el constante ka-honk, ka-honk, ka-honk de dos jugadores de fútbol americano embistiendo a los maniqués de entrenamiento, podía oír a Marty Bellerman gritando exuberantemente: «¡Mi culo y tu cara, Pedersen! ¡Recuérdalo! ¡Mi culo y tu cara! ¡Es más fácil distinguir a los gemelos Bobbsey!». El seco olor a polvo de tiza en las aulas de la sección de Matemáticas. El sonido de las máquinas de escribir de las grandes aulas de Secretariado existentes en el segundo piso. Mr. Meecham, el director, leyendo los avisos al final del día con su voz seca y nerviosa. Comidas al aire libre en las gradas del campo de fútbol americano los días de buen tiempo. Una nueva hornada de alumnos de primero, con su aire confuso y desorientado. Y, al término de todo, avanzas por el pasillo central ataviado con el albornoz púrpura, y ya está. La escuela superior ha finalizado. Y quedas lanzado a un mundo confiado.

—Dennis, ¿conoces a Buddy Repperton? —preguntó Arnie, sacándome de mis ensoñaciones.

Había llegado nuestra *pizza*.

—Buddy, ¿qué?

—Repperton.

El nombre me era familiar. Ataqué mi parte de la *pizza* y traté de recordar. Al cabo de un rato, lo conseguí. Había tenido un encuentro con él cuando yo era uno de los infelices novatos. Ocurrió durante un baile. La banda se estaba tomando un descanso, y yo me hallaba en la cola para tomar una gaseosa. Repperton me dio un empujón y me dijo que los novatos teníamos que esperar hasta que todos los veteranos hubieran cogido su bebida. Él estaba entonces en segundo y era robusto y corpulento. Tenía cara alargada, espesos y grasientos cabellos negros y ojos pequeños y demasiado juntos. Pero esos ojos no eran del todo estúpidos, una desagradable inteligencia se escondía en ellos. Era uno de esos tipos que se pasan toda la escuela superior pavoneándose por la sección de fumadores.

Yo había expuesto la herética opinión de que la antigüedad en la escuela no significaba nada en la cola de las bebidas. Repperton me invitó a salir afuera con él.

Para entonces, la cola se había disgregado para reordenarse en uno de esos cautos pero ávidos círculos que tan a menudo presagiaban una pelea. Uno de los vigilantes se acercó y lo disolvió. Repperton prometió zurrarme, pero nunca lo hizo. Y ése había sido mi único contacto con él, excepto ver su nombre de vez en cuando en la lista de castigados que circulaba al final del día. Me parecía que había sido expulsado de la escuela un par de veces, y cuando eso sucedía era un indicio bastante fiable de que el tipo no pertenecía a la Liga de Jóvenes Cristianos.

Conté a Arnie mi única experiencia con Repperton, y asintió cansadamente. Se tocó la moradura del ojo, que estaba adquiriendo ahora un horrible color limón.

—Fue él.

—¿Repperton te hizo polvo la cara?

—Sí.

Arnie me explicó que conocía a Repperton de los cursos de mecánica del automóvil. Una de las ironías de la acosada y, ciertamente, infeliz vida escolar de Arnie era que sus aficiones y capacidades le hacían entrar en contacto directo con la clase de personas que se consideran en la obligación de hacerles la vida imposible a los Arnie Cunningham de este mundo.

Cuando Arnie estaba en segundo y seguía un curso llamado Principios Fundamentales del Motor (que era el simple Mecánica del Automóvil I antes de que la escuela recibiera una importante subvención del Gobierno Federal destinada a enseñanza profesional), un chico llamado Roger Gilman le arreó una paliza que lo dejó molido. La paliza fue tan seria que Arnie se tuvo que pasar un par de días sin ir a la escuela, y

Gilman fue obsequiado con una semana de vacaciones por cortesía de la dirección.

Gilman estaba ahora en prisión, acusado de robo. Buddy Repperton había formado parte del círculo de amigos de Roger Gilman y había heredado, más o menos, la jefatura del grupo de Gilman.

Para Arnie, ir a clase en la zona de mecánica era como visitar una zona desmilitarizada. Luego, si volvía vivo, se iba hasta el otro extremo de la escuela, con su tablero y sus piezas de ajedrez bajo el brazo, para jugar una partida o reunirse con los otros miembros del club de ajedrez.

Recuerdo que un día del año anterior fui a un torneo ajedrecístico en Squirrel Hill y vi algo que, para mí, simbolizaba la esquizofrénica vida escolar de mi amigo. Allí estaba, gravemente encorvado sobre su tablero, en el espeso silencio que es lo más que puede oírse en tales ocasiones. Tras una pausa larga y pensativa, movía una torre con una mano en la que la grasa y el aceite de motores se habían incrustado tan profundamente que ni siquiera el *Boraxo* podía eliminarlos.

Naturalmente, no todos los concurrentes a los talleres estaban contra él, había numerosos buenos muchachos, pero muchos de ellos permanecían encerrados en sus propios círculos de amigos. Estos solían proceder de los barrios más pobres de Libertyville (y no dejes que nadie te diga que los estudiantes de escuela superior no son clasificados según la parte de la ciudad de que proceden, sí lo son) y eran tan serios y tan callados que podría cometerse el error de considerarlos estúpidos. La mayoría de ellos parecían residuos de 1968, con sus largos cabellos recogidos atrás en colas de caballo, sus pantalones vaqueros y sus camisetas, pero en 1978 ninguno de estos tipos quería derrocar al Gobierno, querían llegar a ser Mr. Goodvrench.

Y los talleres son el punto final de llegada de tipos inadaptados que están, no tanto asistiendo a la escuela, como permaneciendo encarcelados en ella. Y, ahora que Arnie citaba el nombre de Repperton, yo recordé a varios tipos que giraban en torno a él como un sistema planetario. La mayoría de ellos tenían veinte años y todavía estaban forcejeando por salir de la escuela. Don Vandenberg, Sandy Galton, Moochie Welch. El verdadero nombre de Moochie era Peter, pero todos los muchachos le llamaban Moochie porque siempre se le veía vagando por las afueras de los conciertos de *rock* en Pittsburgh.

Buddy Repperton había adquirido un Camaro azul de dos años que había volcado un par de veces en la carretera 46 cerca del Parque Estatal de Squantic Hills.

Se lo había comprado a uno de los compañeros de póquer de Darnell — explicó Arnie—. El motor estaba perfectamente, pero la carrocería había quedado bastante malparada. Repperton lo llevó a *Darnell's* aproximadamente una semana después de que Arnie llevara a

Christine , aunque Buddy había estado rodando por allí antes aún de eso.

Durante los primeros días, Repperton no parecía haber reparado en Arnie, y Arnie, naturalmente, estaba encantado de que no se fijasen en él. Pero Repperton estaba en muy buenas relaciones con Darnell. Parecía no tener ninguna dificultad en obtener herramientas muy solicitadas que, de ordinario, sólo se podían conseguir reservándolas con antelación.

Luego, Repperton había empezado a dedicarse a Arnie. Pasaba junto a él a la vuelta de la máquina de *Coca-Cola* o del lavabo y le tiraba al suelo una caja de pequeñas herramientas que Arnie estaba utilizando. O, si Arnie tenía un café en el estante, Repperton se las arreglaba para golpearlo con el codo y derramarlo. Luego, tronaba:

«¡Vaya, per-dooooo... NA!» como Steve Martin, con una hipócrita sonrisa en la cara. Darnell le gritaba a Arnie que recogiese las herramientas antes de que alguna se escurriera por las grietas del suelo.

Después, Repperton daba un rodeo para asestarle a Arnie una burlona palmada en la espalda, al tiempo que rugía: «¿Cómo te va, Caracoño?».

Arnie soportaba estas andadas iniciales con el estoicismo de quien ha visto todo eso antes, de quien ha pasado ya por todo ello. Probablemente, esperaba una de dos cosas, o que el hostigamiento alcanzara un nivel constante y se detuviera allí, o que Buddy Repperton encontrase otra víctima y le dejase a él en paz. Había también una tercera posibilidad, que era casi demasiado buena para esperarla. Siempre cabía que Buddy fuese justicieramente detenido por algo y desapareciera de la escena, como su viejo amigo Roger Gilman.

La cosa había pasado a mayores el anterior sábado por la tarde. Arnie estaba engrasando varias piezas, principalmente porque aún no había acumulado fondos suficientes para hacer ninguna de las cien otras cosas que el coche requería. Repperton se acercó, silbando alegremente, con una *Coca-Cola* y una bolsa de cacahuetes en una mano y un mango de gato en la otra. Y, al pasar ante el lote veinte, volteó el mango de gato y rompió uno de los faros de *Christine* .

—Lo hizo añicos —me dijo Arnie.

—¡Oh, Cristo, mira lo que he hecho! —había exclamado Buddy Repperton, con una exagerada expresión de tragedia en la cara—. Vaya, per-dooooon...

No pudo seguir. El ataque a *Christine* consiguió lo que los ataques al propio Arnie no habían podido lograr. Le instigó a la represalia. Dio la vuelta por el lado del Plymouth, con los puños apretados y golpeó ciegamente. En una novela o en una película le habría dado a Repperton

justamente en el centro nervioso del K.O. y lo habría derribado por la cuenta de diez.

Las cosas raramente salen así en la vida real. Arnie no llegó a la barbilla de Repperton. En lugar de ello, golpeó la mano de Repperton, tiró la bolsa de cacahuets al suelo y derramó la *Coca-Cola* por la cara y la camisa de Repperton.

—¡Vaya con el jodido mequetrefe! —exclamó Repperton. Parecía casi cómicamente sorprendido—. ¡Vas a ver lo que es bueno!

Y se lanzó hacia Arnie blandiendo la barra del gato.

Varios de los otros hombres corrieron hacia ellos, y uno dijo a Repperton que tirase la barra y luchara con limpieza. Repperton la tiró y se abalanzó contra Arnie.

—¿Darnell no intentó parar la cosa? —pregunté a Arnie.

—No estaba allí, Dennis. Desapareció quince minutos o media hora antes de que empezase. Es como si supiera lo que iba a pasar.

Arnie dijo que Repperton le causó la mayoría de las lesiones ya desde el principio. El ojo morado fue el primero, el arañazo en la cara (producido por un anillo que Repperton había comprado durante uno de los muchos años que estuvo en segundo curso) llegó inmediatamente después.

—Y varias otras magulladuras —dijo.

—¿Qué magulladuras?

Estábamos sentados en uno de los compartimientos traseros. Arnie volvió la vista en derredor para cerciorarse de que no miraba nadie y, luego, se levantó la camisa. Contuve el aliento ante lo que vi. Un terrorífico mapa de cardenales —amarillos, rojos, purpúreos, negros— cubría el pecho y el estómago de Arnie. Estaban empezando a palidecer. No podía comprender cómo había sido capaz de ir a trabajar después de recibir semejante paliza.

—¿Estás seguro de que no te rompió ninguna costilla? —pregunté.

Estaba realmente horrorizado. El moratón del ojo y el arañazo parecían insignificantes al lado de aquella carnicería. Yo había visto peleas de escuela superior, naturalmente, incluso había participado en algunas, pero ahora estaba viendo por primera vez en mi vida los resultados de una auténtica paliza.

—Bastante seguro —dijo—. He tenido suerte.

—Ya lo creo.

Arnie no comentó mucho más, pero allí había estado también un chico que yo conocía, llamado Randy Turner, y cuando se reanudaron las clases me contó con más detalle lo que había sucedido. Dijo que Arnie podría haber salido mucho peor parado, pero que reaccionó con mucha más violencia de la que Buddy había esperado.

De hecho, explicó Randy, Arnie se lanzó contra Buddy Repperton como si el diablo le hubiera metido una guindilla en el culo. Sus brazos giraban como aspas de molino, sus puños estaban en todas partes. Gritaba, maldecía, babeaba. Traté de imaginármelo y no pude. La imagen que, en lugar de ello, acudía a mi mente era la de Arnie golpeando con los puños el salpicadero con fuerza suficiente como para abollarlo y gritando que se los cargaría.

Hizo retroceder a Repperton hasta el centro del garaje, le hizo sangrar por la nariz (más por suerte que por puntería) y le asestó en la garganta un puñetazo que le hizo toser y retorcerse de náuseas y perder interés en ajustarle las cuentas a Arnie Cunningham.

Buddy se volvió, agarrándose la garganta e intentando vomitar, y Arnie aplicó con fuerza sus recias botas de trabajo contra los forrados fondillos de los vaqueros de Repperton, haciéndole caer sobre el vientre y los antebrazos.

Repperton estaba todavía retorciéndose a impulsos de las náuseas y agarrándose con una mano la garganta, la nariz le sangraba abundantemente, y (según Randy Turner) Arnie se disponía a rematar a patadas a Buddy cuando reapareció mágicamente Will Darnell, gritando con su tartamudeante voz que se pusiera fin a todo aquello.

—Arnie pensaba que la pelea estaba preparada —dije a Randy—. Pensaba que estaban todos conchabados.

Randy se encogió de hombros.

—Quizá. Podría ser. Desde luego fue curiosa la forma en que apareció Darnell cuando Repperton empezó realmente a perder.

Unos siete individuos agarraron a Arnie y lo apartaron. Al principio, se les resistió como un loco, gritando que le dejasen, gritando que si Repperton no le pagaba el faro roto lo mataba. Luego, se calmó, aturdido y sin poder casi explicarse cómo era que Repperton yacía en el suelo y él estaba en pie todavía.

Repperton se levantó al final, con la camisa llena de grasa y suciedad y la nariz todavía borboteando sangre. Se lanzó hacia Arnie. Randy dijo que más parecía un movimiento destinado a guardar las apariencias. Varios de los otros tipos lo sujetaron y se lo llevaron. Darnell se dirigió a

Arnie y le dijo que le entregara la llave de su caja de herramientas y se largase.

—¡Cristo, Arnie! ¿Por qué no me llamaste el sábado por la tarde?

Suspiró.

—Estaba demasiado deprimido.

Terminamos nuestra *pizza*, e invité a Arnie a una tercera *Pepsi*. Ese mejunje es mortal para la piel, pero estupendo para la depresión.

—No sé si quería decir que me largase sólo por el sábado o para siempre —me dijo Arnie durante el camino de regreso—. ¿Qué te parece, Dennis? ¿Crees que me echó de forma definitiva?

—Has dicho que te pidió la llave de tu caja de herramientas.

—Sí. Sí, lo hizo. Nunca me habían echado de ninguna parte —parecía a punto de romper a llorar.

—De todos modos, ese lugar es un antro, y Will Darnell un soplaculos.

—Supongo que sería estúpido intentar seguir guardándolo allí —dijo—. Aunque Darnell me dejase volver, Repperton sigue en aquel sitio. Pelearía otra vez con él...

Empecé a tararear el tema de Rocky.

Arnie sonrió levemente.

—De veras que pelearía con él. Pero Repperton podría emprenderla de nuevo con el coche cuando yo no estuviese. No creo que Darnell fuera a impedirselo.

No respondí, y quizás Arnie pensó que eso significaba que estaba de acuerdo con él, pero no era así. Yo no creía que su destartalado Plymouth Fury fuese el objetivo principal. Y, si Repperton consideraba que no podía conseguir por sí solo la demolición del objetivo principal, lo haría, simplemente, con la ayuda de sus amigos: Don Vandenberg, Moochie Welch y otros.

Se me ocurrió que podrían matarle. No sólo matarle, real y auténticamente matarle, sin sentidos figurados. Tipos como esos lo hacían a veces. Simplemente, las cosas iban un poco demasiado lejos, y alguno resultaba muerto. En el periódico se leen a veces casos así.

—... guardarla?

—¿Eh? —no le había escuchado.

Al frente se veía ya la casa de Arnie.

—Te preguntaba si tenías alguna idea de dónde podré guardarla.

El coche, el coche, el coche, no sabía hablar de otra cosa. Estaba empezando a parecer un disco rayado. Y lo peor de todo, siempre lo aludía en femenino. Era lo bastante inteligente como para percibir su creciente obsesión con ella —con él, maldita sea, con él—, como para entenderlo, pero no entendía nada en absoluto.

—Arnie —contesté—. Tienes cosas más importantes en que preocuparte que en dónde guardar el coche. Yo quiero saber dónde vas a guardarte tú.

—¿Eh? ¿De qué estás hablando?

—Te estoy preguntando qué harás si Buddy y sus compinches deciden darte una lección.

Su rostro adquirió súbitamente una expresión de lúcida perspicacia, tan súbitamente que asustaba mirarlo. Era lúcido, desvalido y lleno de resignación. Era un rostro que yo había visto en los noticiarios de la televisión cuando sólo tenía ocho o nueve años, el rostro de todos aquellos soldados uniformados con negros pijamas que habían dado la gran paliza al ejército mejor equipado y sostenido del mundo.

—Haré lo que pueda, Dennis —dijo.

10. Fallece LeBay

I got no car and it's breakin my heart,

But I got a driver, and that's a start...

LENNON Y MCCARTNEY

Acababa de estrenarse la versión cinematográfica de *Grease*, y esa noche llevé a la madrina del equipo a verla. A mí me parecía una estupidez. A la chica le encantaba. Yo permanecía allí sentado, viendo cantar y bailar a aquellos adolescentes totalmente irreales (si quiero adolescentes *realistas* —bueno, más o menos— iré a una reposición de *La jungla de pizarra*), y mi mente divagaba distraídamente. Y, de pronto, un violento torbellino agitó mi cerebro, como ocurre a veces cuando no está uno pensando en nada concreto.

Me excusé y salí al vestíbulo para utilizar el teléfono público. Llamé a casa de Arnie, marcando rápidamente su número que me sabía de memoria desde que tenía ocho años. Podría haber esperado a que terminase la película, pero parecía una idea condenadamente buena.

Contestó el propio Arnie.

—¿Diga?

—Arnie, soy Dennis.

Su voz sonaba tan extraña e inexpresiva que me asusté un poco.

—¿Arnie? ¿Estás bien?

—¿Eh? Sí, claro. Creía que ibas a ir al cine con Roseanne.

—Te estoy llamando desde el cine.

—No debe ser tan buena la película —dijo Arnie.

Su voz seguía siendo inexpresiva..., inexpresiva y lúgubre.

—A Roseanne le parece estupenda.

Creía que eso le haría reír, pero sólo hubo un paciente silencio.

—Escucha —dije—, se me ha ocurrido la solución.

—¿Solución?

—Claro —expliqué—. LeBay es la solución.

—Le... —dijo con voz extraña y aguda, y volvió a hacerse el silencio.

Estaba empezando a asustarme de verdad. Nunca le había conocido así.

—Sí —continué, atropelladamente—. LeBay tiene un garaje, y me da la impresión de que se comería un emparedado de rata si el beneficio le parecía suficientemente alto. Si le hicieras una propuesta de, por ejemplo, dieciséis o diecisiete pavos a la semana...

—Muy gracioso, Dennis.

Su voz era fría y resentida.

—Arnie, ¿qué...?

Colgó. Me quedé allí, mirando el teléfono, preguntándome qué diablos pasaba. ¿Alguna nueva acción de sus padres? ¿O quizás había vuelto a *Darnell's* y se había encontrado algún nuevo daño causado a su coche? ¿O...?

Dejé el teléfono en su soporte, me dirigí al ambiguo y pregunté si tenían el periódico del día. La chica de los caramelos y las palomitas de maíz lo encontró finalmente y permaneció allí, haciendo chascar su chicle, mientras yo pasaba las páginas en busca de la que suele contener las esquelas. Supongo que la chica quería cerciorarse de que no iba realizar con él ninguna extraña perversión, o quizás a comérmelo.

No había nada..., eso pensé al principio. Luego, volví la página y vi el titular. VETERANO DE LIBERTYVILLE MUERE A LOS SETENTA Y UN AÑOS. Había una fotografía de Roland D. LeBay con su uniforme del Ejército, con veinte años menos y ojos considerablemente más brillantes que en las ocasiones en que Arnie y yo le habíamos visto. La nota necrológica era breve. LeBay había muerto de repente el sábado por la tarde. Le sobrevivían su hermano, George y su hermana, Marcia. Los funerales se celebrarían el martes a las dos.

De repente.

En las notas necrológicas, siempre es «tras larga enfermedad», «tras rápida enfermedad» o «de repente». De repente puede significar cualquier cosa, desde una embolia cerebral hasta electrocutarse en la bañera. Recordé algo que le había hecho a Ellie cuando ella era poco más que un bebé..., podría tener tres años quizá. Le di un susto de muerte con un muñeco de resorte. La mano de Dennis daba vueltas a la manivela, haciendo sonar música. Muy bonito. Divertido. Y, luego... ¡ka-BONZO! Y salta el muñeco, con cara sonriente y nariz ganchuda,

pegándole casi en el ojo. Ellie echó a correr con un chillido hacia su madre, y yo me quedé allí, mirando sombríamente al muñeco, que se balanceaba de un lado a otro, sabiendo que probablemente me iba a ganar una bronca, sabiendo que, probablemente, me la merecía: había sabido que la iba a asustar, saliendo así de entre la música, con el malévolo chasquido.

Saliendo de repente.

Devolví el periódico y me quedé allí, mirando sin ver los carteles que anunciaban «PRÓXIMA FUNCIÓN Y GRAN ESTRENO».

Sábado por la tarde.

De repente.

Era curioso cómo se torcían a veces las cosas. Me había asaltado la idea de que quizás Arnie pudiera llevar a *Christine* al lugar de donde había salido, que quizá pudiera pagarle a LeBay porque le dejara guardarla allí. Ahora resultaba que LeBay había muerto. Había muerto el mismo día en que Buddy había destrozado el faro de *Christine*. Inmediatamente, tuve una irracional imagen de Buddy Repperton balanceando aquella barra de gato... y en el mismo preciso instante el ojo de LeBay se inyecta en sangre, y cae de rodillas, y, de repente...

«Déjate de chorradas, Dennis, —me amonesté— déjate de...».

Y entonces, en las profundidades de mi mente, en algún lugar cerca del centro, una voz susurró: «Vamos a dar una vuelta, muchacho» —y calló.

La chica del mostrador hizo un globo con su chicle y dijo:

—Te estás perdiendo el final de la película. El final es lo mejor.

—Sí, gracias.

Eché a andar hacia la puerta del salón y, luego, me desvié para beber agua en la fuente del vestíbulo. Tenía la garganta seca.

Antes de que terminase, se abrieron las puertas y empezó a salir la gente. Mirando por encima de sus oscilantes cabezas, pude ver en la pantalla la lista de actores que se estaba proyectando. Luego salió Roseanne, buscándome.

Recibía muchas y apreciativas miradas y las devolvía con su aire soñador y mesurado.

—Den-Den —dijo, cogiéndome del brazo.

Ser llamado Den-Den no es lo peor que le puede ocurrir a uno: probablemente es peor que te apliquen en los ojos un atizador al rojo o que te amputen una pierna con una sierra, pero nunca me ha gustado.

—¿Dónde estabas? Te has perdido el final. El final es...

—Lo mejor —me anticipé—. Lo siento. He tenido una llamada de la Naturaleza. Se me presentó de repente.

—Si me llevas un rato al Malecón, te lo cuento —dijo, apretando mi brazo contra la prominencia lateral de su pecho—. Es decir, si quieres.

—¿Tenía un final feliz?

Me dirigió una sonrisa, mirándome con los ojos muy abiertos como hacía siempre. Apretó aún más el brazo contra su pecho.

—Muy feliz —dijo—. A mí me gustan los finales felices, ¿a ti no, Den-Den?

—Me encantan —respondí.

Quizás hubiera debido estar pensando en la promesa de su pecho, pero, en lugar de ello, me encontré pensando en Arnie.

Aquella noche, volví a tener un sueño. Sólo que en éste *Christine* era vieja: no, no sólo vieja, era anciana, una horrible armazón de coche, algo que uno esperaría ver en una baraja de tarot: en vez del Hombre Ahorcado, el Coche de la Muerte. Algo que casi podía creerse que era tan viejo como las pirámides. El motor rugió, falló y despidió una nube de humo sucio y azulado.

No estaba vacío. Roland D. LeBay se encontraba echado tras el volante. Tenía los ojos abiertos, pero estaban vidriosos y muertos. Cada vez que el motor se ponía en marcha y vibraba la herrumbrosa carrocería de *Christine*, él se balanceaba como una muñeca de trapo y se bamboleaba su calva cabeza.

Luego, rechinaron horrorosamente los neumáticos, el Plymouth se abalanzó sobre mí desde el garaje y, al hacerlo, la herrumbre se disipó, el viejo y empañado cristal se aclaró, refulgieron los cromados con salvaje nitidez y los viejos y desgastados neumáticos florecieron súbitamente en otros flamantes, cada una de cuyas entalladuras parecía tan profunda como el Gran Cañón.

Se lanzó contra mí con un alarido, proyectando sus faros blancos círculos de odio y, mientras levantaba las manos en un estúpido e inútil gesto de protección, pensé:

Dios, su infinita furia...

Desperté.

No grité. Esa noche, retuve el grito en mi garganta.

Por muy poco.

Me incorporé en la cama, en cuyas sábanas reposaba un frío charco de luna, y pensé: Murió de repente.

Esa noche no me volví a dormir tan pronto.

11. El funeral

Eldorado fins, white walls and skirts,
Rides just like a little bit of heaven here on earth,
Well buddy when I die throw my body in the back
And drive me to the junkyard in my Cadillac.

BRUCE SPRINGSTEEN

Brad Jeffries, nuestro capataz, tenía unos cuarenta y tantos años, cuerpo rechoncho, calvicie incipiente y una tez permanentemente quemada por el sol. Le gustaba mucho vociferar, en especial cuando íbamos retrasados en nuestro trabajo, pero era un hombre decente. Fui a verle durante el rato de descanso para averiguar si Arnie había pedido la tarde, o parte de ella, libre.

—Ha pedido dos horas de permiso para ir a un entierro —explicó Brad. Se quitó las gafas de montura de acero y se frotó las marcas rojas que le habían dejado a los lados de la nariz—. Y no me pidas tú lo mismo, os voy a perder a los dos cuando termine la semana y sólo se quedan los vagos.

—Tengo que pedirlo, Brad.

—¿Por qué? ¿Quién es ese tipo? Cunningham dijo que le vendió un coche, eso es todo. Cristo, no creía yo que fuera nadie al funeral de un vendedor de coches usados, aparte de su familia.

—No era un vendedor de coches usados, era sólo un tipo. Arnie está teniendo algunos problemas acerca de esto, Brad. Creo que debería ir con él.

Brad suspiró.

—De acuerdo. De acuerdo, de acuerdo, de acuerdo. Puedes librar de una a tres, igual que él. Si te comprometes a trabajar el jueves durante la hora de la comida y quedarte luego hasta las seis.

—Desde luego. Gracias, Brad.

—Te ficharé como de costumbre —dijo Brad—. Y, si alguien en Penn-DOT de Pittsburgh se entera de esto, me la cargo.

—Nadie se enterará.

—Voy a sentir perderos —dijo.

Cogió el periódico y lo abrió por las páginas de deportes. Viniendo de Brad, eso era un gran elogio.

—Para nosotros también ha sido un buen verano.

—Me alegra que pienses así, Dennis. Y ahora lárgate de aquí y déjame leer el periódico.

Me largué.

A la una, me dirigí al cobertizo principal. Arnie estaba dentro, colgando un casco amarillo y poniéndose una camisa limpia. Me miró, sorprendido.

—¡Dennis! ¿Qué haces aquí?

—Prepararme para ir a un funeral —respondí—. Lo mismo que tú.

—No —dijo de inmediato.

Y fue más esa palabra que ninguna otra cosa: los sábados que ya no estaba allí, la frialdad de Michael y Regina por el teléfono, su comportamiento cuando le llamé desde el cine, lo que me hizo comprender hasta qué punto me había excluido de su vida, y cómo había sucedido eso de la misma forma en que había muerto LeBay. De repente.

—Sí —repliqué—. Arnie, yo sueño con ese tipo. ¿Me oyes lo que te digo? Sueño con él. Voy a ir. Podemos ir juntos o separados, pero voy a ir.

—No estabas bromeando, ¿verdad?

—¿Qué?

—Cuando me llamaste por teléfono desde aquel cine. Realmente, no sabías que estaba muerto.

—¡Cristo! ¿Crees que yo iba a bromear con una cosa así?

—No —dijo, pero no en seguida.

Se lo pensó primero. Veía la posibilidad de que todos se volviesen contra él ahora. Will Darnell lo había echado y Buddy Repperton, y supongo que también sus padres.

Pero no se trataba sólo de ellos, ni principalmente de ellos, porque ninguno era la causa primera. Se trataba del coche.

—Sueñas con él.

—Sí.

Permaneció con su camisa limpia en la mano, reflexionando sobre eso.

—El periódico decía cementerio alto de Libertyville —dije finalmente—. ¿Vas a coger el autobús o vienes conmigo en coche?

—Iré contigo.

—De acuerdo.

Estábamos en una colina desde la que se dominaba el servicio fúnebre que se estaba desarrollando junto a la tumba, sin atrevernos a bajar para reunirnos con los escasos asistentes, ni deseo alguno de hacerlo. Había en total menos de una docena de personas, la mitad de las cuales eran vejstorios vestidos con uniformes de aspecto viejo y cuidadosamente conservados: casi se podían oler las bolas de naftalina. El ataúd de LeBay se hallaba depositado en unas andas sobre la tumba. Estaba cubierto por una bandera. Las palabras del predicador llegaban hasta nosotros transportadas por la cálida brisa de agosto: el hombre es como la hierba que crece y luego es cortada, el hombre es como una flor que despunta en primavera y se marchita en verano, el hombre vive en el amor y ama lo que muere.

Cuando concluyó el servicio, fue retirada la bandera y un hombre que aparentaba sesenta y tantos años arrojó un puñado de tierra sobre el ataúd. Se escurrieron pequeñas partículas que cayeron luego a la fosa. La nota necrológica había dicho que le sobrevivían un hermano y una hermana. Este tenía que ser el hermano, el parecido no era muy grande, pero existía. Evidentemente, la hermana no había ido, sólo se veían hombres en torno a aquel hoyo abierto en el suelo.

Dos de los tipos de la Legión Americana doblaron desordenadamente la bandera, y uno de ellos se la dio al hermano de LeBay. El predicador rogó al Señor que los bendijera y los protegiese, que hiciera resplandecer su faz sobre ellos, que les consolara y les diera paz. Empezaron a alejarse. Busqué a Arnie con la vista, y Arnie ya no estaba a mi lado. Se había apartado un poco. Se hallaba en pie bajo un árbol. Había lágrimas en sus mejillas.

—¿Estás bien, Arnie? —pregunté.

Pensé de pronto que no había visto ni una sola lágrima allí abajo y que, si Roland D. LeBay hubiera sabido que Arnie Cunningham iba a ser la única persona que derramaría una lágrima por él, en su ceremonia

fúnebre en uno de los menos conocidos cementerios del oeste de Pensilvania quizás hubiera rebajado cincuenta pavos el precio de su porquería de coche. Después de todo, Arnie aún habría pagado 150 más de lo que valía.

Se frotó la cara con las manos en un gesto casi salvaje.

—Muy bien —dijo roncamente—. Vámonos.

—Desde luego.

Yo creía que se refería a que se nos hacía hora de marcharnos, pero no echó a andar hacia donde habíamos dejado el Duster, sino que comenzó a descender la colina.

Empecé a preguntarle adónde iba y, luego, callé. Lo sabía perfectamente, quería hablar con el hermano de LeBay.

El hermano estaba parado con dos de los legionarios, hablando sosegadamente y con la bandera bajo el brazo. Iba vestido con el traje de un hombre que se aproximaba a la jubilación con unos ingresos no muy abundantes, era azul a rayitas blancas, y le brillaban los fondillos de los pantalones. Su corbata estaba arrugada por abajo, y el cuello de la camisa presentaba una tonalidad amarillenta.

Volvió la vista hacia nosotros.

—Perdone —dijo Arnie—, pero es usted el hermano de Mr. LeBay, ¿verdad?

—Sí, en efecto.

Miró a Arnie inquisitivamente y, me pareció, con cierta prevención.

Arnie extendió la mano.

—Me llamo Arnold Cunningham. Conocía ligeramente a su hermano. Le compré un coche hace poco.

Cuando Arnie extendió la mano, LeBay alargó automáticamente la suya: entre los norteamericanos, el único ademán quizá más arraigado que corresponder a un apretón de manos es cerciorarse de que se ha cerrado uno la bragueta al salir de un lavabo público. Pero, cuando Arnie continuó diciendo que le había comprado un coche a LeBay, la mano titubeó. Por un momento, pensé que el hombre no iba a corresponder al saludo después de todo, que iba a retirar su mano y dejar la de Arnie flotando allí, en el ozono.

Pero no hizo tal cosa..., al menos por completo. Apretó de forma superficial la mano de Arnie y la soltó.

—*Christine* —dijo, con voz inexpresiva.

Sí, el parecido familiar estaba allí: en la forma en que la frente se inclinaba sobre los ojos, la curva de su mandíbula, los claros ojos azules. Pero el rostro de este hombre era más suave, casi amable, yo no pensaba que fuera a tener nunca el aspecto enjuto y vulpino que había tenido Roland D. LeBay.

—La última nota que recibí de Rollie decía que la había vendido.

Santo Dios, también él estaba utilizando ese maldito renombre femenino. ¡Y Rollie! Resultaba difícil imaginar a LeBay, con su pelado cráneo y su pestífera faja, con el nombre de Rollie. Pero su hermano había pronunciado la abreviatura con aquella misma inexpresiva voz. No había dolor en aquella voz, ninguno, al menos, que yo pudiera ver.

LeBay continuó:

—Mi hermano no escribía con mucha frecuencia, pero tenía tendencia a recrearse en el mal ajeno, Mr. Cunningham. Quisiera poder emplear una expresión más suave pero no creo que exista. En su nota, Rollie le llamaba a usted «un primo» y decía que le había metido lo que él llamaba «un pufo magistral».

Contuve una exclamación. Me volví hacia Arnie, esperando casi otro estallido de ira. Pero su rostro no había cambiado en absoluto.

—Un pufo magistral —repitió mansamente— está siempre en el ojo del espectador. ¿No le parece, Mr. LeBay?

LeBay rió sin muchas ganas, me pareció.

—Este es mi amigo. Estaba conmigo el día en que compré el coche.

Fui presentado y estreché la mano de George LeBay.

Los militares se habían marchado. LeBay, Arnie y yo quedamos mirándonos incómodamente unos a otros. LeBay se cambió la bandera de una mano a otra.

—¿Puedo hacer algo por usted, Mr. Cunningham? —preguntó al fin LeBay.

Arnie carraspeó.

—Estaba pensando en el garaje —dijo por último—. ¿Sabe? Estoy trabajando en el coche, intentando ponerlo de nuevo en condiciones de circular. Mis padres no lo quieren en casa, y estaba pensando...

—No.

—... si podría alquilarle el garaje...

—No, ni hablar, es realmente...

—Le pagaría veinte dólares a la semana —dijo Arnie—. Veinticinco, si quiere.

Parpadeé. Era como un niño que se ha metido en un atolladero y decide hacerse cobrar ánimos comiendo unos cuantos bombones espolvoreados con arsénico.

—... imposible.

LeBay parecía cada vez más desasosegado.

—Sólo el garaje —dijo Arnie, empezando a resentirse su calma—. Sólo el garaje donde estaba originalmente.

—No es posible —respondió LeBay—. Esta misma mañana he inscrito la casa en tres agencias. Estarán enseñándola...

—Sí, claro, pero hasta que...

—... y no les gustaría que anduviese usted por allí con sus arreglos. Lo comprende, ¿verdad? —se inclinó un poco hacia Arnie—. Por favor, no me interprete mal. No tengo nada contra los adolescentes en general. Si no, probablemente estaría ya en un manicomio, porque llevo casi cuarenta años dando clases en la Escuela Superior de Paradise Falls, Ohio, y usted parece un ejemplar muy inteligente y bien educado del género adolescente. Pero lo único que quiero hacer aquí, en Libertyville, es vender la casa y repartir lo que saque con mi hermana, que vive en Denver. Quiero deshacerme de la casa, Mr. Cunningham, y quiero deshacerme de la vida de mi hermano.

—Comprendo —replicó Arnie—. ¿Sería distinto si le prometiese cuidar de la finca? ¿Segar la hierba? ¿Pintar la valla? ¿Hacer pequeñas reparaciones? Puedo ser muy hábil en eso.

—Lo es realmente —intervine.

«No vendría mal —pensé— que Arnie recordase más tarde que yo había estado de su parte..., aunque no lo estaba».

—Ya he contratado a un tipo para que la vigile y se ocupe del mantenimiento —explicó.

Sonaba plausible, pero yo supe, súbitamente y con toda certeza, que era mentira. Y creo que Arnie lo sabía también.

—Está bien. Siento lo de su hermano. Parecía un... un gran tipo.

Mientras lo decía, me encontré a mí mismo recordando cómo me había vuelto y había visto a LeBay con grandes y grasientas lágrimas en las mejillas. «Bueno, se acabó. Ya me la he quitado de encima, hijo».

—¿Gran tipo? —LeBay sonrió cínicamente—. Oh, si era un gran hijo de puta —pareció no advertir la sorprendida expresión de Arnie—. Disculpen, caballeros. Me temo que el sol me ha revuelto un poco el estómago.

Empezó a alejarse. Estábamos no lejos de la tumba, y nos quedamos mirando cómo se iba. Y, de pronto, se detuvo, y se le iluminó el rostro a Arnie, pues pensó que LeBay había cambiado súbitamente de opinión. Por un momento, LeBay permaneció sobre la hierba, con la cabeza inclinada en la postura de un hombre sumido en profunda reflexión. Luego, se volvió hacia nosotros.

—Le aconsejo que se olvide del coche —dijo a Arnie—. Véndala. Si nadie quiere comprarla entera, véndala por piezas. Si nadie quiere comprarla por piezas, véndala como chatarra. Hágalo rápida y completamente. Hágalo igual que se quitaría una mala costumbre. Creo que será más feliz.

Permaneció allí mirando a Arnie, esperando que Arnie dijese algo, pero Arnie no respondió. Se limitó a sostener la mirada de LeBay. Sus ojos tenían ese peculiar color pizarroso que adquirían cuando había tomado una decisión y sus pies estaban bien plantados. LeBay leyó la mirada y movió la cabeza. Parecía desdichado y un poco enfermo.

—Caballeros, buenos días.

Arnie suspiró.

—Supongo que no hay nada que hacer —contempló con cierto resentimiento cómo se alejaba LeBay.

—No —dije, esperando parecer más contristado de lo que estaba.

Era el sueño. No me agradaba la idea de *Christine* de nuevo en aquel garaje. Se parecía demasiado a mi sueño.

En silencio, empezamos a regresar hacia mi coche. No me agradaba LeBay. No me agradaba ninguno de los dos LeBay. De pronto impulsivamente, tomé una decisión: sólo Dios sabe lo diferentes que habrían podido ser las cosas si no hubiera seguido ese impulso.

—Eh, oye —dije—. Voy a echar una meada. Espérame un par de minutos, ¿eh?

—Vale —dijo, sin levantar apenas la vista.

Continuó andando con las manos en los bolsillos y los ojos en el suelo.

Torcí hacia la izquierda, donde un pequeño y discreto letrero y una flecha aún más pequeña indicaban el camino a los lavabos. Pero cuando rebasé la primera loma y quedé fuera de la vista de Arnie, volví a la derecha y eché a correr hacia el aparcamiento. Alcancé a George LeBay cuando se instalaba al volante de un pequeño Chevette que llevaba en el parabrisas una pegatina de Hertz.

—¡Mr. LeBay! —jadeé—. ¡Mr. LeBay! —levantó la vista con curiosidad—. Disculpe. Perdone que le moleste otra vez.

—No importa —dijo—. Pero me temo que sigue en pie lo que le dije a su amigo. No puedo dejarle que guarde el coche allí.

—Estupendo —dije.

Enarcó las espesas cejas.

—El coche —dije—. Ese Fury. No me gusta.

Continuó mirándome en silencio.

—No creo que haya sido bueno para él. Quizá forma parte de ello estar..., no se...

—¿Celoso? —me preguntó suavemente—. ¿Se pasa ahora con ella el tiempo que antes pasaba contigo?

—Bueno, sí, es cierto —dije—. Es amigo mío desde hace mucho tiempo. Pero..., no creo que eso sea todo.

—¿No?

—No.

Volví la vista para ver si aparecía Arnie, y, mientras tenía apartados los ojos, pude al fin preguntarle:

—¿Por qué le dije que lo vendiera como chatarra y lo olvidase? ¿Por qué dije que era como una mala costumbre?

No respondió, y temí que no tuviera nada que decir, al menos a mí. Y luego, con voz casi inaudible, preguntó:

—¿Estás seguro de que esto es asunto tuyo, hijo?

—No lo sé.

De pronto, me pareció muy importante mirarle a los ojos.

—Pero aprecio a Arnie. No quiero verle lastimado. Este coche ya le ha creado bastantes problemas. No quiero verle metido en otros peores.

—Ven esta noche a mi motel. Está frente a la salida de la Western Avenue por el 376. ¿Puedes encontrarlo?

—Yo hice las obras de contención del terraplén —expliqué, y levanté las manos—. Todavía tengo las ampollas.

Sonreí, pero él continuó serio.

—*Rainbow Motel*. Hay dos al pie de esa salida. El mío es el barato.

—Gracias —dije, con azoramiento—. Escuche, realmente, el...

—Quizá no sea asunto tuyo, ni mío, ni de nadie —concluyó LeBay, con su voz suave de maestro de escuela, era diferente (pero, en cierto modo, tan extrañamente similar) del áspero graznido de su hermano.

(que es el mejor olor del mundo... excepto el olor a coño, quizá)

—Pero puedo decirte ya una cosa. Mi hermano no era un buen hombre. Creo que lo único que realmente amó en toda su vida fue ese Plymouth Fury que ha comprado su amigo. Así que el asunto puede ser entre ellos, y sólo entre ellos, nos digamos tú y yo lo que nos digamos.

Me sonrió. Era una sonrisa agradable, y en ese instante me pareció ver a Ronald D. LeBay mirando por sus ojos, y me estremecí.

—Mira, hijo, probablemente eres demasiado joven para buscar sabiduría en las palabras de nadie que no seas tú mismo, pero te voy a decir una cosa: el enemigo es el amor —asintió lentamente con la cabeza—. Sí. Los poetas confunden continua y obstinadamente el amor. El amor es el viejo asesino. El amor no es ciego. El amor es un caníbal de visión extremadamente aguda. El amor es como un insecto: está siempre hambriento.

—¿Qué come? —pregunté, sin conciencia de ir a preguntar nada en absoluto.

La totalidad de mi ser, excepto la boca, pensaba que aquella conversación era absurda.

—Amistad —dijo George LeBay—. Devora la amistad. Yo, en tu lugar, Dennis, me prepararía ahora para lo peor.

Cerró la portezuela del Chevette con un suave ¡chuck! y puso en marcha su motor de máquina de coser. Se alejó, dejándome al borde del

aparcamiento. Recordé de pronto que Arnie debía verme llegar desde la dirección en que se encontraban los lavabos y eché a andar hacia allí lo más de prisa que pude.

Mientras caminaba, se me ocurrió que los enterradores, o sepultureros, o ingenieros eternos o comoquiera que se llamaran ahora a sí mismos, estarían en aquellos momentos bajando al interior de la fosa el ataúd de LeBay. La tierra que George LeBay había arrojado al final de la ceremonia se extendería sobre él como una mano vencedora.

Traté de alejar la imagen, pero otra, peor aún, ocupó su lugar: Roland D. LeBay en el interior del féretro forrado de seda, vestido con su mejor traje y su mejor ropa interior: sin la hedionda y amarillenta faja, naturalmente.

LeBay estaba bajo tierra. LeBay estaba en su ataúd con las manos cruzadas sobre el pecho: ¿Y por qué me sentía yo tan seguro de que había en su rostro una amplia y siniestra sonrisa?

12. Un poco de historia familiar

Can't you hear it out in Needham

Route 128 down by the powerlines...

It's so cold here in the dark,

It's so exciting in the dark...

JONATHAN RICHMOND Y LOS MODERN LOVERS

El *Rainbow Motel* era bastante malo, desde luego. Tenía un solo piso, el suelo del aparcamiento estaba agrietado, faltaban dos de las letras del rótulo de neón. Era exactamente la clase de lugar en que uno esperaría encontrar a un maestro inglés de edad avanzada. Sé lo deprimente que eso suena, pero es verdad. Y mañana se iría al aeropuerto en su coche alquilado y cogería el avión para Paradise Falls, Ohio.

El *Rainbow Motel* parecía un hospital geriátrico. Había grupos de viejos sentados delante de sus habitaciones en las sillas de mimbre que la dirección proporcionaba con ese fin, cruzadas sus huesudas piernas y con sus calcetines blancos estirados sobre las velludas espinillas. Todos los hombres parecían alpinistas envejecidos, flacos y correosos. La mayoría de las mujeres florecían con la blanda grasa de los cincuenta y tantos años. He observado desde entonces que hay moteles que parecen llenarse sólo con personas mayores de cincuenta años: es como si se enterasen de la existencia de tales lugares a través de misteriosas líneas de comunicación. «Traigan su histerectomía y su próstata inflamada al *Rainbow Motel*. No hay televisión por cable, pero tenemos dedos mágicos». No vi a ningún joven delante de las unidades, y a un lado permanecían vacías las instalaciones del campo de juego, proyectando los columpios largas e inmóviles sombras sobre el suelo. Arriba, un arco iris de neón coronaba el rótulo de la fachada. Zumbaba como un enjambre de moscas encerradas en una botella.

LeBay estaba sentado ante la Unidad 14 con un vaso en la mano. Me acerqué y le estreché la mano.

—¿Quieres tomar un refresco? —preguntó—. En el vestíbulo hay una máquina expendedora.

Cogí una de las sillas que había ante una unidad desocupada y me senté junto a él.

—Entonces, permíteme decirte lo que pueda —dijo, con su voz suave y cultivada—. Soy once años más joven que Rollie, y todavía estoy aprendiendo a ser viejo.

Me removí azoradamente en mi silla y no dije nada.

—Éramos cuatro hermanos —continuó—. Rollie era el mayor. Yo, el más pequeño. Nuestro hermano Drew murió en Francia en 1944. Él y Rollie hicieron carrera en el Ejército. Crecimos aquí en Libertyville. Sólo que Libertyville era entonces mucho, mucho más pequeño, un pueblo. Lo bastante pequeño como para tener grandes diferencias sociales. Nosotros éramos pobres. Marginados. Como quieras llamarlo.

Rió suavemente en la desfalleciente luz del crepúsculo y echó más *7-Up* en su vaso.

—En realidad, sólo recuerdo una constante de la infancia de Rollie: después de todo, él estaba en quinto grado cuando yo nací, pero eso lo recuerdo muy bien.

—¿Qué era?

—Su cólera —respondió LeBay—. Rollie siempre estaba encolerizado. Le encolerizaba tener que ir a la escuela con ropas muy usadas y remendadas, le encolerizaba que nuestro padre fuese un borracho que no podía conservar un empleo en ninguna de las aceras, le encolerizaba que nuestra madre no pudiera hacerle dejar de beber a nuestro padre. Le encolerizaba la existencia de sus tres hermanos pequeños, Drew, Marcia y yo, que hacían insuperable la pobreza.

Extendió el brazo y se subió la manga de la camisa para mostrarme los resecos y nudosos tendones que se marcaban bajo la superficie de su brillante y nudosa piel.

Una cicatriz descendía desde el codo hasta la muñeca, donde finalmente desaparecía.

—Esto fue un regalo de Rollie —dijo—. Me lo hizo cuando yo tenía tres años, y él catorce. Yo estaba jugando delante de la puerta principal con unos bloques de madera pintada que se suponía eran coches y camiones, cuando él salió para ir a la escuela. Yo estaba en su camino, supongo. Me dio un empujón, continuó andando hasta la acera y, luego, volvió y me lanzó por el aire. Al caer, mi brazo se clavó en uno de los pinchos de la cerca que rodeaba el manojito de hierbajos y girasoles que mi madre insistía en llamar «el jardín». Sangré tanto que todos se echaron a llorar, todos menos Rollie, que gritaba: «Apártate siempre de mi camino, maldito mocosito, apártate de mi camino, ¿me oyes?».

Miré la vieja cicatriz, fascinado, comprendiendo que si parecía un rasguño era porque aquel pequeño y rechoncho brazo de tres años se

había ido convirtiendo a lo largo de los años en el flaco y brillante brazo de anciano que yo estaba mirando ahora. Una herida que, en 1921, había sido un horrible surco borboteando sangre se había ido alargando hasta convertirse en esta plateada progresión de marcas que semejaban los peldaños de una escalera de mano. La herida se había cerrado pero la cicatriz se había... extendido.

Un terrible estremecimiento recorrió mi cuerpo. Pensé en Arnie golpeando con los puños el salpicadero de mi coche, Arnie gritando roncamente que se la iban a cargar, a cargar, a cargar.

George LeBay me estaba mirando. No sé qué vio en mi cara, pero volvió a bajarse lentamente la manga, y cuando la abrochó de nuevo sobre aquella cicatriz, era como si hubiese corrido la cortina sobre un pasado casi insoportable.

Tomó otro trago de *7-Up*.

—Mi padre volvió a casa aquella noche, se había pasado el día dedicado a lo que él llamaba «pescar un trabajo» y cuando supo lo que Rollie había hecho empezó a darle la gran paliza. Pero Rollie no manifestaba ningún arrepentimiento. Lloraba, pero no se arrepentía —LeBay sonrió ligeramente—. Al final, mi madre se asustó y le gritó a mi padre que lo dejara antes de que lo matase. Las lágrimas corrían por el rostro de Rollie, pero seguía sin arrepentirse. «Estaba en mi camino —decía Rollie entre sollozos—. Y si vuelvo a encontrármelo en mi camino lo volveré a hacer, y tú no me lo podrás impedir, maldito borracho». Entonces, mi padre le golpeó en la cara y le hizo sangrar por la nariz, y Rollie cayó al suelo, con la sangre escurriéndosele por entre los dedos. Mi madre gritaba, Marcia lloraba. Drew permanecía encogido en un rincón y yo me desgañitaba a chillidos, levantando mi vendado brazo en el aire. Y Rollie seguía diciendo: «Lo volveré a hacer, borracho, borracho, maldito y viejo borracho».

Sobre nosotros, habían empezado a salir las estrellas. Una vieja salió de una unidad, sacó de un Ford una destartada maleta y la llevó a su unidad. En algún lugar sonaba una radio. No estaba sintonizada en los sonidos de *rock* de la FM-104.

—Su infinita furia es lo que mejor recuerdo —repitió suavemente LeBay—. En la escuela, se pegaba con cualquiera que se burlase de sus ropas o de la forma en que llevaba cortado el pelo: se pegaba incluso con cualquiera que sospechase que se burlaba de él. Fue suspendido una y otra vez. Finalmente, abandonó y se alistó en el Ejército.

»No era ninguna bicocha estar en el Ejército en los años veinte. No había dignidad, ni ascensos, ni estandartes y banderas al viento. No había nobleza. Fue rodando de base en base, primero en el Sur y luego en el Sudoeste. Recibíamos carta suya cada tres meses o así. Seguía encolerizado. Estaba encolerizado contra los que él llamaba “los cagones”. Los cagones no le daban el ascenso que merecía, los cagones

le habían cancelado un permiso, los cagones eran incapaces de encontrar el culo con las dos manos y un reflector. En dos ocasiones, por lo menos, los cagones le metieron en el calabozo.

»El Ejército lo conservaba consigo porque era un mecánico excelente, podía mantener en funcionamiento los viejos y decrepitos vehículos que eran todo lo que el Congreso permitía al Ejército.

Con cierto desasosiego, me encontré pensando de nuevo en Arnie, Arnie, que tan hábil era con sus manos.

LeBay se inclinó hacia delante.

—Pero esa destreza era sólo otro manantial que alimentaba su cólera. Y estuvo permanentemente encolerizado hasta que compró ese coche que ahora es de tu amigo.

—¿Qué quiere decir?

LeBay rió entre dientes.

—Arreglaba camiones de transporte militares, coches de Estado Mayor, vehículos militares de transporte de armas. Arreglaba excavadoras y mantenía en funcionamiento los coches de los oficiales con saliva y cuerda de embalar. Y, una vez en que un congresista fue a visitar Fort Arnold, en el oeste de Texas, y se le averió el coche, recibió de su oficial, que deseaba desesperadamente causar una buena impresión, una orden para que se arreglase el costoso Bentley del congresista. Oh, sí, nos llegó una carta de cuatro páginas sobre ese «cagón»..., una andanada en cuatro páginas de la cólera y el vitriolo de Rollie. Era sorprendente que las palabras no humeasen en el papel.

»Todos aquellos vehículos: pero Rollie nunca tuvo coche propio hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Aun entonces, lo único que pudo comprar fue un viejo Chevrolet que funcionaba mal y estaba devorado por la herrumbre. En los años veinte y treinta nunca había dinero suficiente, y durante los de la guerra estaba demasiado ocupado intentando mantenerse vivo.

»Estuvo metido entre coches todos esos años, y arregló miles de vehículos para los cagones y nunca tuvo uno que fuera exclusivamente suyo. Era de nuevo Libertyville. Ni siquiera el viejo Chevrolet pudo mitigar eso, ni el viejo Hudson Hornet que se compró al año siguiente de casarse.

—¿Casarse?

—No te hablé de eso, ¿verdad? —dijo LeBay—. Le habría encantado contar sus experiencias en el Ejército, sus experiencias de guerra y sus interminables confrontaciones con los cagones, siempre que tú y tu amigo le escucharais sin dormiros: y él con la mano en tu bolsillo todo el

tiempo, buscando tu cartera. Pero no se habría molestado en hablarte de Verónica o de Rita.

—¿Quiénes eran?

—Verónica era su mujer —dijo LeBay—. Se casaron en mil novecientos cincuenta y uno, poco antes de que Rollie fuese a Corea. Podría haberse quedado en los Estados Unidos, ¿sabes? Estaba casado, su mujer se hallaba embarazada y él mismo se iba haciendo ya mayor. Pero eligió irse.

LeBay miró reflexivamente las abandonadas instalaciones del campo de juegos.

—Era un caso de bigamia. En mil novecientos cincuenta y uno tenía cuarenta y cuatro años y ya estaba casado. Estaba casado con el Ejército. Y con los cagones.

Calló de nuevo. Su silencio tenía una calidad morbosa.

—¿Se encuentra usted bien? —pregunté, finalmente.

—Sí —respondió—. Estoy sólo pensando. Pensando mal de los muertos —me miró serenamente..., pero sus ojos eran oscuros y acongojados—. Todo esto me resulta doloroso, joven..., ¿cómo dijiste que te llamabas? No quiero estar aquí, cantándole estas viejas y tristes canciones a alguien a quien no puedo llamar por su nombre de pila. ¿Era Donald?

—Dennis —dije—. Mire, señor LeBay...

—Me resulta más doloroso de lo que yo habría sospechado —continuó—. Pero, ahora que he empezado, acabemos, ¿no te parece? Estuve con Verónica sólo dos veces. Era de la parte oeste de Virginia. Cerca de Wheeling. Lo que entonces llamábamos sudista de alto copete, y no era demasiado inteligente. Rollie podía dominarla y manejarla a su antojo, que era lo que, al parecer, quería. Pero ella le amaba, creo..., al menos hasta el desdichado asunto de Rita. En cuanto a Rollie, no creo que se casara realmente con una mujer. Se casó con una especie de... muro de los lamentos.

»Las cartas que nos mandaba: bueno, debes recordar que abandonó muy pronto la escuela. Las cartas, incultas como eran representaban un tremendo esfuerzo para mi hermano. Eran su puente colgante, su novela, su sinfonía, su gran esfuerzo. No creo que las escribiese para librarse del veneno que albergaba su corazón. Yo creo que las escribía para diseminarlo.

»Una vez que tuvo a Verónica, cesaron las cartas. Tenía ya su par de oídos eternos, y no necesitaba molestarse más con nosotros. Supongo que le escribiría cartas durante los dos años que estuvo en Corea. En ese periodo, yo solo recibí una, y creo que Marcia dos. No hubo ninguna

satisfacción por el nacimiento de su hija a principios del cincuenta y dos, sólo un agrio lamento por el hecho de tenía otra boca que alimentar y de que los cagones le sacaban un poco más.

—¿Nunca fue ascendido? —pregunté.

El año anterior, yo había visto parte de un largo serial de televisión, una de esas novelas televisadas que se titulaba *Una vez, un águila*. Al día siguiente, vi el libro en edición barata y lo compré, esperando encontrarme con un buen relato de guerra. Allí obtuve algunas nuevas ideas sobre los servicios armados. Una de ellas era que el proceso de ascensos funcionaba realmente en tiempo de guerra. Me costaba entender cómo LeBay podía haberse alistado a comienzos de los años 1920, pasado por dos guerras y seguir de chusquero cuando Ike fue elegido presidente.

LeBay se echó a reír.

—Era como Prewitt en *De aquí a la eternidad*. Ascendía y, luego, era degradado por algo..., insubordinación, o impertinencia, o embriaguez. ¿Te he dicho que estuvo varias veces en el calabozo? Una de ellas fue por mear en la ponchera del club de oficiales de Fort Dix antes de una fiesta. Sólo le echaron diez días por eso, porque escrutaron creo yo en el fondo de sus propios corazones y pensaron que se trataba de una simple broma de borracho, como las que, probablemente, algunos de los propios oficiales habían gastado de jóvenes: no tenían ni idea, no podían tenerla, del odio y el mortal aborrecimiento que yacía tras ese gesto. Pero imagino que Verónica podría haberles hablado ya de ello para entonces.

Miré mi reloj. Eran las nueve y cuarto. LeBay llevaba hablando casi una hora.

—Mi hermano volvió de Corea en el cincuenta y tres para conocer a su hija. Tengo entendido que se la quedó mirando uno o dos minutos y, luego, se la devolvió a su mujer y se fue a ocuparse de su viejo Chevrolet durante el resto del día... ¿Te aburres, Dennis?

—No —dije, sin mentir.

—Durante todos aquellos años, lo único que Rollie quería realmente era un coche nuevo. No un Cadillac o un Lincoln, no quería ingresar en la clase alta, los oficiales, los cagones. Quería un Plymouth nuevo, o quizás un Ford o un Dodge.

»Verónica escribía de vez en cuando, y decía que pasaba casi todos los domingos visitando los establecimientos de venta de coches de los lugares en que estaba destinado. Ella y la niña se quedaban en el viejo Hornet que Rollie tenía entonces, y Verónica le leía cuentos a Rita mientras Rollie estaba con vendedor tras vendedor, hablando de compresión y caballos de vapor, culatas de cilindro y cajas de cambio: a

veces pienso en la niña creciendo sobre el sonido de fondo de aquellas banderolas de plástico restallando al cálido viento de media docena de recintos militares, y no sé si reír o llorar.

Mis pensamientos volvieron de nuevo a Arnie.

—¿Diría usted que estaba obsesionado?

—Sí. Yo diría que estaba obsesionado. Empezó a darle dinero a Verónica para que lo guardase. Además de su incapacidad para ser ascendido tenía un problema con la bebida. No era alcohólico, pero se entregaba a periódicas borracheras cada seis u ocho meses. Cuando la borrachera terminaba, se había quedado sin un centavo. Nunca supo con seguridad cuánto gastaba.

»Se suponía que Verónica tenía que poner fin a eso. Era una de las cosas por las que se había casado. Cuando empezaban estos accesos de bebida, Rollie acudía a ella para pedirle dinero. Una vez, la amenazó con un cuchillo, se lo puso en la garganta. Lo supe por su hermana, que a veces hablaba por teléfono con Verónica. Verónica se negó a darle el dinero, que entonces, en el cincuenta y cinco, ascendía a unos ochocientos dólares. “Recuerda el coche, cariño —le dijo, con la punta del cuchillo en la garganta—. Nunca tendrás ese nuevo coche si te gastas el dinero en emborracharte”.

—Debía de amarle —comenté.

—Bueno, quizá. Pero, por favor, no formules la romántica suposición de que su amor cambió en nada a Rollie. El agua puede desgastar la piedra, pero sólo a lo largo de cientos de años. Las personas son mortales.

Pareció reflexionar sobre si decir algo más en ese sentido y decidir luego no hacerlo. La pausa me sorprendió.

—Pero tampoco debes culpar a ninguno de ellos —siguió—. Y recuerda que él estaba borracho cuando le puso el cuchillo en la garganta. Ahora hay un gran clamor contra las drogas en la escuela, y no me parece mal, porque creo que es obsceno pensar en niños de dieciséis y diecisiete años tambaleándose por ahí completamente drogados, pero también creo que el alcohol es la droga más vulgar y peligrosa jamás inventada..., y es legal.

»Cuando mi hermano salió, finalmente, del Ejército, en el cincuenta y uno Verónica tenía ahorrados poco más de mil doscientos dólares. A ello se añadía una sustancial pensión por su lesión de espalda..., luchó contra los cagones por conseguirla y ganó, decía.

»Así que por fin tenían dinero. Compraron la casa que visitasteis tú y tu amigo, pero, antes de que se pensara siquiera en la casa, llegó el coche, naturalmente. El coche era siempre lo primero. Las visitas a los

vendedores de automóviles alcanzaron un grado febril. Y, al fin, se decidió por *Christine*. Recibí una larga carta sobre ella. Era un Fury del cincuenta y ocho, cupé, y en su carta me daba todos los datos y cifras. No las recuerdo, pero apuesto a que tu amigo podría citar de pe a pa sus estadísticas vitales.

—Sus medidas —dije.

LeBay sonrió sin alegría.

—Sus medidas, sí. Recuerdo que escribió que su precio estaba un poco por debajo de los tres mil dólares pero que él consiguió llevárselo por dos mil cien. Pagó el diez por ciento en el acto, y cuando se la entregaron, abonó el resto, en billetes de diez y veinte dólares.

»Al año siguiente, Rita, que tenía entonces seis, murió atragantada.

Di un salto en la silla que casi la tiro. Su suave voz de profesor resultaba arrulladora y yo estaba cansado, me había medio adormilado. Aquélla última frase había sido como un jarro de agua fría en la cara.

—Sí, en efecto —dijo, en respuesta a mi interrogadora y sorprendida mirada—. Se habían ido de «cohegira» para todo el día. Eso era lo que sustituía a las expediciones en busca de un coche. «Cohegira». Era su palabra para designarlo. La tomó de una de aquellas canciones de *rock and roll* que siempre estaba escuchando. Los domingos los tres se iban de «cohegira». Había bolsas para la basura delante y detrás. La niña tenía prohibido tirar nada al suelo. Tenía prohibido desordenar nada. Se sabía bien la lección. Ella...

Volvió a caer en aquel peculiar y reflexivo silencio, y luego, pasó a otro tema.

—Rollie mantenía limpios los ceniceros. Siempre. Él era un gran fumador, pero sacaba el cigarrillo por la ventanilla en vez de sacudirlo en el cenicero, y, cuando terminaba de fumar, lo tiraba a la carretera. Si alguien que iba con él usaba el cenicero lo vaciaba al terminar el viaje y lo limpiaba luego con una servilleta de papel. Lavaba el coche dos veces a la semana y lo desinfectaba dos veces al año. Lo atendía y reparaba él mismo, alquilando las instalaciones de un garaje local.

Me pregunté si habría sido el de Darnell.

—Aquel domingo, a la vuelta, pararon en un puesto de hamburguesas junto a la carretera: en aquellos tiempos no existía la cadena *McDonald's*, sólo puestos de carretera. Y lo que sucedió fue bastante sencillo, supongo.

De nuevo aquel silencio, como si se preguntase cuánto debía contarme, o cómo separar lo que sabía de sus especulaciones.

—Se atragantó con un trozo de carne —replicó al fin—. Cuando empezó a tener náuseas y a llevarse las manos a la garganta, Rollie la cogió, la sacó del coche y le palmeó la espalda, tratando de hacer que lo expulsara. Ahora, desde luego, hay un método, la maniobra Heimlich, que da bastante buen resultado en situaciones así. El año pasado, una chica, una estudiante de magisterio, salvó a un niño que se estaba atragantando en la cafetería de mi escuela por medio de la maniobra Heimlich. Pero en aquellos tiempos...

»Mi sobrina murió al borde de la carretera. Imagino que fue una forma terrible de morir.

Su voz había recuperado su soñolienta cadencia profesoral, pero yo ya no me sentía soñoliento. En absoluto.

—Intentó salvarla. Lo creo. Y trato de creer que fue sólo mala suerte el que muriese. Había permanecido mucho tiempo en una actitud cruel, y no creo que amase muy profundamente a su hija. Pero a veces, en asuntos mortales, la falta de amor puede ser una gracia salvadora. A veces, lo que se necesita es crueldad.

—Pero no esta vez —dije.

—Al final, la volvió boca abajo y la sostuvo por los tobillos. La golpeó en el vientre, esperando hacerla vomitar. Yo creo que habría intentado practicarle una traqueotomía con su navaja si hubiera tenido la más mínima idea de cómo hacerlo. Pero, naturalmente, no la tenía. La niña murió.

»Marcia y su marido y la familia fueron al funeral. Yo fui también. Constituyó nuestra última reunión familiar.

Recuerdo que pensé: «Habrá vendido el coche, naturalmente». En cierta extraña manera, me sentía un poco decepcionado. Había ocupado tan destacado lugar en las cartas de Verónica y en las pocas escritas por Rollie que me parecía era casi un miembro de su familia. Pero no lo había vendido. Acudieron en él a la iglesia metodista de Libertyville, y estaba impecable y reluciente... y odioso. Era *odioso* —se volvió para mirarme—. ¿Lo crees, Dennis?

Tuve que tragar saliva antes de contestar.

—Sí —dije—. Lo creo.

LeBay movió sombríamente la cabeza.

—Verónica iba sentada en el asiento de la derecha como una muñeca de cera. Cualquier cosa que ella hubiera sido, cualquier cosa que hubiera tenido dentro, se había esfumado. Rollie había tenido el coche, ella había tenido la hija y no se quejaba. Ella había muerto.

Permanecía allí sentado y traté de imaginarlo, traté de imaginar qué habría hecho yo en su lugar. Mi hija empieza a atragantarse y asfixiarse en el asiento trasero de mi coche y luego muere al borde de la carretera. ¿Me desharía del coche? ¿Por qué? No era el coche lo que la había matado; era el trozo de hamburguesa que le había obstruido la tráquea. Entonces, ¿por qué vender el coche? Aparte del pequeño detalle de que no podría mirarlo, no podría ni siquiera pensar en él, sin horror y tristeza. ¿Lo vendería?

—¿Le preguntó usted sobre eso?

—Claro que le pregunté. Marcia estaba conmigo. Era después de la ceremonia. El hermano de Verónica había venido desde Glory, Virginia, él la llevó a casa después del entierro..., caminaba como una sonámbula.

»Le abordamos solos Marcia y yo. Esa fue la verdadera reunión. Yo le pregunté si tenía intención de vender el coche, estaba aparcado directamente detrás del furgón fúnebre que había llevado a su hija al cementerio, el mismo cementerio en que hoy ha sido enterrado el propio Rollie. Era rojo y blanco..., Chrysler nunca ofreció el Plymouth Fury del 58 en esos colores, Rollie lo había hecho pintar expresamente. Estábamos a unos quince metros de él, y tuve la más extraña de las sensaciones..., el más extraño de los impulsos..., alejarme más como si pudiera oírnos.

—¿Qué dijo usted?

—Le pregunté si iba a vender el coche. Apareció en su rostro aquella expresión dura y obstinada, aquella expresión que recuerdo tan bien de mi primera infancia. Era la expresión que había estado en su rostro cuando me tiró contra la cerca. La expresión que estaba en su rostro cuando seguía llamando borracho a mi padre, aun después de que mi padre le hizo sangrar por la nariz. Él dijo: «Sería idiota venderla, George, sólo tiene un año, y sólo ha recorrido quince mil kilómetros. Tú sabes que nunca se recupera el dinero hasta que un coche tiene tres años».

»Le dije: “Si esto es cuestión de dinero para ti, Rollie, alguien robó lo que quedaba de tu corazón y lo sustituyó por una piedra. ¿Quieres que tu mujer lo esté mirando todos los días? ¿Viajando en él? ¡Santo Dios, hombre!”.

»Aquella expresión no cambió. No hasta que miró al coche, estacionado allí bajo el sol, detrás del furgón fúnebre. Fue el único momento en que se suavizó su rostro. Recuerdo que me pregunté si alguna vez habría mirado así a Rita. No creo que lo hiciera jamás.

Guardó silencio unos instantes y, luego, continuó:

—Marcia le dijo lo mismo. Ella siempre le tuvo miedo a Rollie, pero ese día estaba más enfurecida que asustada: había recibido cartas de Verónica, recuerda, y sabía lo mucho que amaba a su hijita. Le dijo que cuando alguien muere se quema el colchón en que durmió, se entregan sus ropas al Ejército de Salvación u otro organismo parecido se pone fin a la vida en la manera que uno pueda para que los vivos puedan seguir con sus asuntos. Le dije que su mujer nunca podría seguir con sus asuntos mientras el coche en que murió su hija permaneciese en el garaje.

»Rollie le preguntó con aquel maligno y sarcástico tono de voz si quería que rociase su coche con gasolina y le aplicase una cerilla sólo porque su hija había muerto atragantada. Mi hermana se echó a llorar y dijo que le parecía una idea excelente. Finalmente, la cogí del brazo y me la llevé de allí. De nada servía reprender a Rollie, ni entonces ni nunca. El coche era suyo, y él podía seguir hablando y hablando de conservar un coche durante tres años antes de venderlo, podía hablar de kilómetros hasta que se le secase la boca, pero el hecho puro y simple era que lo iba a conservar porque quería conservarlo.

»Marcia y su familia regresaron a Denver en autobús, y, que yo sepa, ella no volvió a ver más a Rollie ni le escribió ninguna carta. No fue al funeral de Verónica.

Su mujer. Primero, la niña, luego, la mujer. Comprendí de alguna manera que había sido simplemente así. Bang-bang. Una especie de entumecimiento me ascendió por las piernas hasta la boca del estómago.

—Ella murió seis meses después. En enero del 59.

—Pero no tuvo nada que ver con el coche —dije—. Nada que ver con el coche, ¿verdad?

—Lo tuvo todo que ver con el coche —respondió, con suavidad.

«No quiero oírlo», pensé. Pero, naturalmente lo oiría. Porque mi amigo tenía ahora ese coche y porque éste se había convertido en algo totalmente desproporcionado a lo que debería haber sido en su vida.

—Después de morir Rita, Verónica sufrió una depresión de la que nunca salió. Había hecho algunos amigos en Libertyville, y ellos intentaron ayudarla..., ayudarla a encontrar de nuevo su camino, podríamos decir. Pero no pudo encontrar su camino. En absoluto.

»Por lo demás, las cosas iban de maravilla. Por primera vez en la vida de mi hermano, había dinero en abundancia. Tenía su pensión del Ejército, su pensión de invalidez, y había conseguido un puesto de vigilante nocturno en la fábrica de neumáticos de la parte oeste de la ciudad. He ido allí después del funeral, pero ya no existe.

—Quebró hace doce años —dije—. Yo era pequeño. Ahora hay allí un restaurante chino de comidas rápidas.

—Estaban pagando la hipoteca a razón de dos plazos mensuales. Y, naturalmente, ya no tenían que ocuparse de ninguna niña. Pero no existía para Verónica ninguna luz ni ningún impulso hacia la recuperación.

»Por lo que he podido averiguar, planeó su suicidio con absoluta sangre fría. Si hubiera libros de texto para aspirantes a suicidas, el suyo podría incluirse como ejemplo a emular. Se fue a la tienda de *Western Auto*, aquí, en la ciudad, la misma en que yo adquirí mi primera bicicleta hace muchos, muchos años, y compró siete metros de tubo de goma. Acopló un extremo al tubo de escape de *Christine* e introdujo el otro por una de las ventanillas posteriores. No tenía permiso de conducir pero sabía cómo poner en marcha el motor de un coche. En realidad, era todo lo que necesitaba saber.

Fruncí los labios, me los humedecí con la lengua y oí mi voz, apenas más que un ronco graznido.

—Creo que tomaré ahora ese refresco.

—¿Te importa traer otro para mí? —dijo—. Me impedirá dormir, siempre lo hace, pero sospecho que, de todos modos, me pasaría despierto casi toda la noche.

Yo sospechaba que a mí también me pasaría lo mismo. Fui al vestíbulo del motel para coger los refrescos, y, a la vuelta, me detuve a mitad del camino. LeBay era sólo una sombra más intensa delante de su unidad, y sus calcetines blancos relucían como pequeños fantasmas. Pensé: «Quizás el coche está maldito. Quizá se trata de eso. Parece un cuento de fantasmas, sí. Hay un cartel al frente, próxima parada, ¡La Zona del Crepúsculo!».

Pero eso era ridículo, ¿verdad?

Claro que lo era. Eché a andar de nuevo. Los coches no contenían maldiciones, como tampoco las personas, eso eran historias de películas de miedo, buenas para divertirse un sábado por la noche en el cine para automovilistas, pero muy alejadas de los hechos cotidianos que componen la realidad.

Le di su lata de gaseosa y oí el resto de su relato, que podría resumirse en una sola línea: A partir de entonces fue siempre desgraciado. Roland D. LeBay había conservado su casita y había conservado su Plymouth 1958. En 1965 había colgado su gorra de vigilante nocturno y su reloj de control. Y hacia la misma época había abandonado sus penosos esfuerzos por mantener a *Christine* funcionando y con aspecto de

nueva..., la había dejado consumirse como se deja que a un reloj se le acabe la cuerda.

—¿Quiere decir que ha permanecido allí fuera? —pregunté—. ¿Desde el sesenta y cinco? ¿Durante trece años?

—No, lo metió en el garaje, naturalmente —respondió LeBay—. Los vecinos nunca habrían permitido que un coche permaneciera pudriéndose en el césped. En el campo, quizá, pero no en Suburbia, Estados Unidos.

—Pero estaba allí cuando nosotros...

—Sí, lo sé. Lo puso en el césped con un letrero de «SE VENDE» en la ventanilla. Hice preguntas acerca de eso. Tenía curiosidad así que pregunté. En la Legión. La mayoría habían perdido el contacto con Rollie, pero uno de ellos me dijo que creía haber visto el coche allí afuera por primera vez en mayo.

Empecé a decir algo y, luego, guardé silencio. Se me había ocurrido una idea terrible, y la idea era, simplemente ésta: Era demasiado oportuno. Sumamente oportuno. *Christine* había permanecido en aquel oscuro garaje durante años..., cuatro, ocho, una docena, más. Luego, pocos meses antes de que Arnie y yo pasáramos por allí y Arnie lo viera, Roland LeBay lo había sacado de pronto y le había puesto el cartel de «SE VENDE».

Más tarde —mucho más tarde—, revisé numerosos ejemplares de los periódicos de Pittsburgh y del diario de Libertyville, el Keystone. Nunca había anunciado el Fury al menos no en los periódicos, que es lo que se suele hacer cuando se quiere vender un coche. Se limitó a sacarlo a su calle suburbana —ni siquiera una vía muy transitada— y a esperar que apareciese un comprador.

No comprendí plenamente entonces el resto del pensamiento —al menos, no de una forma lógica, intelectual—, pero noté que retornaba aquella fría sensación de terror. Era como si supiera que se presentaría un comprador. Si no en mayo, en junio. O en julio. O en agosto. A no tardar mucho.

No, no concebí lógica ni racionalmente esta idea. Lo que, en su lugar, acudió a mi mente fue una imagen completamente visceral: un atrapamoscas venus a la orilla de un pantano, con sus verdes mandíbulas abiertas, esperando que se introdujese en ellas un insecto.

El insecto adecuado.

—Recuerdo haber pensado que, si renunció al coche, fue porque no quería correr el riesgo de suspender en el examen para renovación del permiso —dije finalmente—. Cuando llega uno a esas edades, le someten

a examen cada uno o dos años. Las renovaciones se interrumpen automáticamente.

George LeBay movió la cabeza.

—Eso parece muy propio de Rollie —dijo—. Pero...

—Pero ¿qué?

—Recuerdo que leí en alguna parte, y no puedo recordar quién lo dijo o lo escribió, que hay «épocas» en la existencia humana. Que cuando llegó la «época de la máquina de vapor», una docena de hombres inventaron máquinas. Quizá sólo un hombre obtuvo la patente, o la fama en los libros de Historia, pero todos estaban allí a la vez, trabajando sobre esa única idea. ¿Cómo se explica? Simplemente, porque es la época de la máquina de vapor.

LeBay bebió un sorbo de gaseosa y miró hacia el cielo.

—Viene la Guerra Civil, e inmediatamente es la «época del acorazado». Luego es la «época de la ametralladora». Lo siguiente que se conoce es la «época de la electricidad», «la época del telégrafo» y, finalmente, es la «época de la bomba atómica». Como si todas esas ideas no procediesen de individuos, sino de alguna gran ola de inteligencia que se mantiene siempre flotando..., alguna ola de inteligencia situada fuera de la Humanidad.

Me miró.

—Esa idea me asusta si pienso mucho en ella, Dennis. Parece haber en ella algo..., bueno, decididamente pagano.

—¿Y para su hermano era la «época de vender a *Christine* »?

—Quizá. Dice el Eclesiastés que todo tiene su tiempo, que hay tiempo de plantar y tiempo de cosechar, tiempo de herir y tiempo de curar, tiempo de esparcir las piedras y tiempo de amontonarlas. Un negativo para cada positivo. Así que si en la vida de Rollie hubo una «época de *Christine* » también pudo haberle llegado una época para deshacerse de ella. De ser así, él lo habría sabido. Era un animal, y los animales escuchan muy bien sus instintos. O quizás es que se cansó finalmente de ella —terminó LeBay.

Hice un gesto de asentimiento, indicando que podría ser principalmente porque deseaba dejar aquello cancelado, no porque lo explicara a mi completa satisfacción. George LeBay no había visto el coche el día en que Arnie me había gritado que volviese. Pero yo sí lo había visto. No tenía el aspecto de un coche que hubiera estado descansando pacíficamente en un garaje. Estaba sucio y abollado, con el parabrisas resquebrajado y un parachoques casi totalmente arrancado. Parecía un

cadáver que hubiera sido desenterrado para dejarlo descomponerse al sol.

Pensé en Verónica LeBay y me estremecí.

Como si leyera mis pensamientos —parte de ellos, al menos—, LeBay dijo:

—Sé muy poco de cómo vivió mi hermano durante los últimos años de su vida, ni de lo que sintió, pero de una cosa estoy completamente seguro, Dennis. Cuando en el 65, o cuando fuese, sintió que había llegado el momento de dejar el coche, lo dejó. Y cuando sintió que era el momento de ponerlo en venta, lo puso en venta.

Hizo una pausa.

—Y creo que no tengo nada más que decir: salvo que creo, realmente, que tu amigo sería más feliz si se deshiciera de ese coche. He observado con atención a tu amigo. No parecía un joven particularmente feliz. ¿Me equivoco?

Reflexioné un poco. No, la felicidad no era con exactitud atributo de Arnie, y nunca lo había sido. Pero, hasta que empezó el asunto del Plymouth había parecido al menos contento..., como si hubiera llegado a un modusviviendi con la vida. No completamente feliz, pero al menos llevadero.

—No —dije—. No se equivoca.

—No creo que el coche de mi hermano pueda hacerle feliz. En todo caso, justamente lo contrario.

Y, como si hubiera leído mis pensamientos de hacía unos minutos, continuó:

—Yo no creo en maldiciones. Ni en fantasmas ni nada sobrenatural. Pero si creo que las emociones y los acontecimientos tienen una cierta... resonancia subsistente. Quizá sea que las emociones pueden incluso comunicarse en ciertas circunstancias, si las circunstancias son suficientemente peculiares..., al modo como una caja de leche puede adquirir el sabor de ciertos alimentos sazonado en especias fuertes si se la deja abierta en el frigorífico. O quizá se trata sólo de una ridícula imaginación de mi parte. Posiblemente, es sólo que me sentiría mejor sabiendo que el coche en que se asfixió mi sobrina y se suicidó mi cuñada había sido prensado hasta quedar comprimido en un cubo de metal. Quizá lo único que siento es una sensación de propiedad violada.

—Señor LeBay, usted dijo que había contratado a una persona para que cuide la casa de su hermano hasta que sea vendida. ¿Es cierto?

Se revolvió un poco en su silla.

—No. Mentí impulsivamente. No me agradaba la idea de ese coche de nuevo en ese garaje..., como si hubiera conseguido regresar a casa. Si hay emociones y sentimientos que siguen viviendo, estarían allí y también en ella... En el coche —se corrigió rápidamente.

Poco después, me despedí y volví a casa siguiendo el camino que trazaban mis faros y pensando en todo lo que me había dicho LeBay. Me pregunté si supondría alguna referencia para Arnie el que yo le contase que una persona había sufrido un accidente mortal en su coche y otra había muerto realmente en él. Sabía perfectamente que no, a su manera, Arnie sabía ser tan obstinado como el propio LeBay. La escena que había tenido con sus padres a cuenta del coche lo demostraba de modo concluyente. También lo demostraba el hecho de que siguiera tomando clases de mecánica automovilística en la versión de la DMZ en la escuela superior de Libertyville.

Pensé en LeBay al decir: *No me agradaba la idea de ese coche de nuevo en el garaje... como si hubiera conseguido regresar a casa* .

También había dicho que su hermano llevó el coche a algún lugar para trabajar en él. Y el único garaje de autoservicio que había en Libertyville era el de Will Darnell. Naturalmente, puede que hubiera otro en los años 1950, pero yo no lo creía. En el fondo de mi corazón, estaba convencido de que Arnie había estado trabajando sobre *Christine* en un lugar en que ella había estado antes.

Había estado. Esa era la frase clave. A causa de la pelea con Buddy Repperton, Arnie temía dejarla allí por más tiempo. Así que quizás ese camino de regreso al pasado de *Christine* estuviese también bloqueado.

Y, naturalmente, no había maldiciones. Incluso la idea de LeBay sobre la subsistencia de las emociones era bastante disparatada. Yo dudaba de que realmente la creyera él mismo. Me había enseñado una vieja cicatriz, y había utilizado la palabra venganza. Y eso estaba probablemente mucho más cerca de la verdad que cualquier pavada sobrenatural.

No, yo tenía diecisiete años, dentro de un año ingresaría en la Universidad, y no creía en cosas tales como maldiciones y emociones que subsisten y se tornan rancias, la leche derramada de los sueños. Yo no había admitido que el pasado pudiera extender horribles manos muertas hacia los vivos.

Pero ahora soy un poco más viejo.

13. Horas después

As I was motorvating over the hill
I saw Maybelline in a Coupe de Ville.
Cadillac rollin down the open road
But nothin outrun my V8 Ford...

CHUCK BERRY

Mi madre y Elaine se habían ido a la cama, pero mi padre estaba levantado, viendo las noticias de las once en la televisión.

—¿Dónde has estado, Dennis? —preguntó.

—En la bolera —dije, y la mentira acudió natural e instintivamente a mis labios.

No quería que mi padre supiera nada de todo aquel asunto. Aunque singular, no lo era tanto como para pasar de moderado interés. O así lo racionalizaba yo.

—Ha llamado Arnie —dijo—. Ha dejado dicho que le telefonees si volvías antes de las once y media o así.

Miré mi reloj. Eran sólo las once y veinte. Pero ¿no había tenido ya bastante de Arnie y de los problemas de Arnie para un solo día?

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—¿Vas a llamarle?

Suspiré.

—Sí, supongo que sí.

Entré en la cocina, me preparé un emparedado de pollo frío, llené un vaso de *Hawaiian Punch* —bebida muy poco fina, pero me encanta— y marqué el número de la casa de Arnie. Él mismo cogió el teléfono al segundo timbrado. Parecía feliz y excitado.

—¡Dennis! ¿Dónde has estado?

—En la bolera —dije.

—Escucha, he ido a *Darnell's* esta noche, ¿sabes? Y..., esto es estupendo, Dennis. ¡Lo han echado a Repperton! ¡Repperton se ha ido, y yo puedo quedarme!

Otra vez aquella sensación de sueño amorfo en mi vientre. Dejé el bocadillo. De pronto, ya no me apetecía.

—Arnie, ¿crees que realmente es buena idea volver allí?

—¿Qué quieres decir? Repperton se ha ido. ¿A ti no te parece eso una buena idea?

Pensé en Darnell ordenando a Arnie que apagara el motor de su coche antes de que contaminase su garaje, en Darnell diciendo a Arnie que no admitía gaitas de tipos como él. Pensé en la avergonzada expresión de Arnie cuando apartó sus ojos de los míos para decirme que había conseguido que le dejara utilizar el elevador para cambiar el aceite haciendo «un par de recados». Se me ocurrió que a Darnell podría resultarle divertido tener a Arnie a su servicio. Eso regocijaría a sus clientes habituales y a sus compañeros de póquer. Arnie va por café, Arnie va por bollos, Arnie cambia los rollos de papel higiénico, Arnie repone la provisión de toallas de papel. *¿Eh, Will, quién es ese cuatro ojos que anda por los lavabos...? ¿Ese? Se llama Cunningham. Sus padres enseñan en la Universidad. Está siguiendo aquí un curso en mierdología para posgraduados. Ellos soltarían la carcajada. Arnie se convertiría en el hazmerreír local del garaje de Darnell, en Hampton Street.*

Pensé en estas cosas, pero no las dije. Imaginaba que Arnie podría tomar una decisión al respecto. Esto no podía continuar eternamente, Arnie era demasiado listo. Eso esperaba, al menos. Era feo, pero no era tonto.

—El que Repperton se haya ido parece estupendo —comenté—. Sólo que creía que lo de Darnell era una especie de solución temporal. Quiero decir, Arnie, que veinte semanales, además del alquiler de las herramientas y del elevador y todo lo demás, es bastante caro.

—Por eso me pareció que sería tan buena idea alquilar el garaje de LeBay —explicó Arnie—. Calculaba que aun pagándole veinticinco semanales resultaría más barato.

—Bueno, ahí lo tienes. Si pones un anuncio en el periódico solicitando una plaza de garaje, apuesto a que...

—No, no, déjame terminar —dijo Arnie, estaba todavía excitado—. Cuando fui allí esta tarde, Darnell me llevó a un lado en seguida. Dijo

que lamentaba la paliza que me había dado Repperton. Me explicó que me había juzgado mal.

—¿Dijo eso? —supongo que lo creí pero no me gustaba.

—Sí. Me preguntó si me gustaría trabajar para él a jornada reducida. Diez, quizá veinte horas semanales durante el curso. Ordenar cosas, lubricar los elevadores, esa clase de tareas. Y puedo tener plaza para el coche por diez a semana, y alquiler de herramientas y elevador a la mitad. ¿Qué te parece?

Pensé que parecía demasiado bueno para ser verdad.

—Ándate con ojo, Arnie.

—¿Qué?

—Mi padre dice que es un bribón.

—No he visto ninguna señal de ello. Yo creo que son habladurías, Dennis. Es un bocazas, pero nada más.

—Lo único que te digo es que no te comprometas a nada —me pasé el teléfono al otro oído y tomé un trago de *Hawaiian Punch* —. Mantén los ojos bien abiertos márchate a toda prisa si algo empieza a parecer sospechoso.

—¿Estás hablando de algo concreto?

Pensé en las vagas historias acerca de drogas y en las más concretas, sobre coches robados.

—No —respondí—, sólo que no confío en él.

—Bueno —dijo, dubitativamente, y luego volvió al tema original: *Christine* .

Con él, siempre se acababa volviendo a *Christine* .

—Pero es una oportunidad, una verdadera oportunidad Dennis, si da resultado. *Christine* ... está realmente mal. He podido hacerle algunas cosas, pero por cada cosa que hago parece haber cuatro más. Algunas ni siquiera sé hacerlas pero voy a aprender.

—Sí —repliqué, y di un mordisco a mi emparedado.

Después de mi conversación con George LeBay, mi entusiasmo por el tema de *Christine* había pasado del cero y entrado en lo negativo.

—Necesita una alineación de la parte delantera: diablos, necesita una parte delantera nueva..., y nuevos discos de frenos..., un repaso a los bujes... Tal vez intente pulir los pistones: pero no puedo hacer nada de eso con mi caja de herramientas de 54 pavos. ¿Entiendes lo que quiero decir, Dennis?

Parecía como si estuviese suplicando mi aprobación. Con una sensación de vacío en el estómago, recordé de pronto a un tipo con el que habíamos ido a la escuela. Freddy Darlington se llamaba. Freddy no era nada del otro mundo, pero tenía un gran sentido del humor. Luego, se topó con una zorra de Penn Hills: y me refiero a una auténtica zorra, una golfa, una puta redomada, el peyorativo que queráis. Tenía una cara vulgar y estúpida que me recordaba la trasera de un camión Mack y siempre estaba mascando chicle. El hedor a fruta jugosa flotaba a su alrededor en una constante nube. Se quedó embarazada hacia la misma época en que Freddy perdió la cabeza por ella. Siempre he pensado que perdió la cabeza por ella porque fue la primera chica que le dejó llegar hasta el final. Y el tío va y se sale de la escuela, consigue un empleo en un almacén, la princesa tiene la criatura, y él se presenta con ella en una fiesta estudiantil en diciembre pasado, queriendo que todo parezca igual cuando nada es igual. Ella nos mira a todos con sus ojos fríos y despreciativos, mientras sus mandíbulas se mueven arriba y abajo como de una vaca rumiando una hierba particularmente sabrosa, y todos hemos oído las noticias: ha vuelto a la bodega, ha vuelto a *Gino's*, sale a la busca mientras Freddy está trabajando, está de nuevo entregada a su viejo oficio. «¿Que dicen que una picha tesa no tiene conciencia?», pero yo les digo que algunos coños tienen y, cuando miraba a Freddy, con aire de ser diez años mayor de lo que era, me daban ganas de llorar. Y cuando hablaba de ella lo hacía con el mismo tono suplicante que yo acababa ahora de oír en la voz de Arnie: «*Os gusta, ¿verdad, muchachos? Es estupenda, ¿verdad? No elegí mal, ¿eh? Quiero decir que, probablemente, es sólo un mal sueño y no tardaré en despertar, ¿verdad? ¿Verdad? ¿Verdad?*».

—Claro —dije, al teléfono. Todo aquel estúpido y horrible asunto de Freddy Darlington había cruzado por mi mente en quizá dos segundos—. Entiendo lo que quieres decir, Arnie.

—Bien —repuso, aliviado.

—Pero ándate con ojo. Y mucho más cuando vuelvas a la escuela. Mantente alejado de Buddy Repperton.

—Sí. Descuida.

—¿Arnie...?

—¿Qué?

Hice una pausa. Quería preguntarle si Darnell le había dicho algo sobre que *Christine* ya había estado antes en su garaje, si la había reconocido.

Más aún, quería contarle lo que les había sucedido a Mrs. LeBay y a su hija Rita. Pero no podía. Sabría inmediatamente dónde había obtenido la información. Y, en la susceptibilidad en que se encontraba con respecto al maldito coche, podría creer que había actuado a espaldas suyas; y en cierto modo así era. Pero el decírselo podría muy bien significar el fin de nuestra amistad.

Ya había tenido bastante con *Christine*, pero aún apreciaba a Arnie. Lo que significaba que esa puerta debía ser cerrada de modo definitivo. No más andar husmeando haciendo preguntas. No más sermones.

—Nada —dije—. Sólo iba a decir que supongo que has encontrado un hogar para tu armatoste. Enhorabuena.

—¿Estás comiendo algo, Dennis?

—Sí, un emparedado de pollo. ¿Por qué?

—Estás masticando en mi misma oreja. Suena realmente horrible.

Empecé a chascar la lengua lo más sonoramente que pude. Arnie hizo ruidos como si fuese a vomitar. Nos echamos los dos a reír, y era bueno..., era como en los viejos tiempos, antes de que se casara con aquel maldito coche.

—Eres un soplaculos, Dennis.

—Cierto. Lo aprendí de ti.

—Que te ahorquen —dijo, y colgó.

Terminé mi bocadillo y mi *Hawaiian Punch*, limpié el plato y el vaso y volví al cuarto de estar, listo para ducharme e irme a la cama. Estaba molido.

En algún momento durante nuestra conversación telefónica, había oído apagarse la televisión, y había supuesto que mi padre se había ido arriba. Pero no era así. Estaba recostado en su sillón, con la camisa desabrochada. Observé con cierto desasosiego el tono gris ceo que estaba adquiriendo el vello de su pecho y la forma en que la luz de la lámpara que brillaba tras él penetraba a través de sus cabellos y hacía visible su sonrosado cuero cabelludo. Empezaba a clarearle el pelo. Mi padre no era ningún muchacho. Con creciente desasosiego, comprendí que dentro de cinco años, cuando teóricamente acabaría yo mi carrera en la Universidad, él tendría cincuenta años y estaría casi calvo: un contable típico. Cincuenta años dentro de otros cinco, si no se había muerto de otro ataque al corazón. El primero no había sido malo, no había dejado lesión en el miocardio, me había dicho la única vez que le pregunté sobre el particular. Pero no intentó decirme que no era probable un segundo ataque cardíaco. Yo sabía que lo era, y lo sabía mi madre, y también lo sabía él. Sólo Ellie creía que era invulnerable, pero

¿no había visto yo una o dos veces en sus ojos una mirada dubitativa?
Me parecía que sí.

Murió de repente.

Sentí que se me erizaban los cabellos. De repente. Incorporándose en su mesa, llevándose la mano al pecho. De repente. Dejando caer su raqueta en la pista de tenis. Uno no quiere pensar estas cosas de su padre, pero a veces ocurre.

Bien sabe Dios que sí.

—No he podido por menos de oírte algo —dijo.

—¿Sí? —pregunté cautamente.

—¿Ha metido Arnie Cunningham el pie en un cubo algo maloliente y oscuro, Dennis?

—No..., no lo sé con seguridad —respondí con lentitud.

Porque, después de todo, ¿qué era lo que yo tenía? Vapores, nada más.

—¿Quieres hablar de ello?

—Ahora no, papá, si no te importa.

—De acuerdo —dijo—. Pero si..., si algo empieza a parecer sospechoso, como has dicho por el teléfono, ¿me contarás lo que pasa?

—Sí.

—Muy bien.

Eché a andar en dirección a la escalera, y casi había llegado allí, cuando él me detuvo, diciéndome:

—Yo le he llevado la contabilidad a Will Darnell durante casi quince años, y le he hecho las declaraciones de renta, ya sabes.

Me volví, realmente sorprendido.

—No. No lo sabía.

Mi padre sonrió. Era una sonrisa que yo no le había visto nunca, y supongo que mi madre sólo unas pocas veces y mi hermana ninguna. Al principio, podía parecer una sonrisa soñolienta, pero si se la miraba con mayor atención veía que no era en absoluto soñolienta..., era cínica, y pura, y completamente despierta.

—¿Puedes mantener la boca cerrada sobre algo, Dennis?

—Sí —dije—. Creo que sí.

—No basta con creerlo.

—Sí. Puedo.

—Así está mejor. Yo le llevé las cuentas hasta el setenta y cinco, y luego se fue con Bill Upshaw, de Monroeville.

Mi padre me miró fijamente.

—No diré que Bill Upshaw es un bribón, pero sí diré que sus escrúpulos son tan poco sólidos que no soportarían el peso de una pluma. Y el año pasado se compró una casa estilo Tudor en Sewickley por trescientos mil dólares.

Movió lentamente el brazo derecho para señalar a nuestra propia casa y, luego, lo dejó caer. Él y mi madre la habían comprado el año antes de nacer yo por 2000 dólares —ahora valdría 150.000— y sólo recientemente habían cancelado el préstamo del Banco. El verano pasado celebramos una pequeña fiesta en el patio trasero, papá encendió la barbacoa, puso la sonrosada célula en la horquilla, y cada uno de nosotros tuvo oportunidad de sostenerla sobre las brasas hasta que se consumió.

—No hay estilo Tudor aquí, ¿eh, Denny? —dijo.

—A mí me gusta —repliqué.

Volví y me senté en el sofá.

—Darnell y yo nos separamos amistosamente —prosiguió mi padre—, y no es que nunca le apreciara mucho personalmente. Siempre le consideré un miserable.

Asentí con un leve movimiento de cabeza, porque eso me gustaba, expresaba mis sentimientos instintivos hacia Darnell mejor de lo que hubiera podido hacerlo cualquier obscenidad.

—Pero hay mucha diferencia entre una relación personal y una relación profesional. En esta profesión se aprende muy rápidamente, o, si no, abandonas y te pones a vender aspiradoras de puerta en puerta. Nuestra relación profesional era buena..., hasta cierto punto. Por eso, finalmente, lo dejé.

—No entiendo.

—El dinero seguía afluyendo —dijo—. Grandes cantidades de dinero sin un origen claro. Por orden de Darnell, invertí en dos empresas, *Pennsylvania Solar Heating* y *New York Ticketing*, que parecían dos de las más ficticias compañías ficticias de las que he oído hablar jamás. Finalmente, fui a verle, porque quería poner todas mis cartas sobre la mesa. Le dije que mi opinión profesional era que, si los inspectores de impuestos le sometían a una auditoria, iba a tener que explicar muchas cosas, y que antes de mucho yo sabría demasiado para serle útil.

—¿Qué dijo él?

—Empezó a danzar —dijo mi padre, todavía con aquella soñolienta y cínica sonrisa—. En mi profesión, para cuando cumples los treinta y ocho años, o cosa así, comienzas a familiarizarte con los pasos de la danza..., es decir, si eres bueno en el oficio. Y yo no soy nada malo. La danza empieza con el tío preguntándote si eres feliz con tu trabajo, si te paga lo suficiente. Si dices que te gusta el trabajo, pero que podrías ganar más, el tío te anima a hablar sobre las cargas que tienes que soportar: tu casa, tu coche, el colegio de los chicos. Quizá tienes una esposa aficionada a vestidos mejores que los que se puede pagar..., ¿comprendes?

—¿Sondeándote?

—Tanteándote, más bien —dijo, y se echó a reír—. La danza es tan amanerada como un minué. Hay toda clase de frases, pausas y pasos. Cuando el tío averigua de qué clase de cargas financieras querías desembarazarte, empieza a preguntarte qué clase de cosas te gustaría tener. Un Cadillac, una casita de campo en las Castkills o el Powells, quizás un yate.

Di un respingo al oír eso, porque sabía que mi padre deseaba un yate tan ardientemente como deseaba cualquier cosa en los últimos tiempos, un par de veces había ido con él a las marinas que se extendían a lo largo del lago King George y del Passeeonkee. Había observado los pequeños barcos, y yo había visto la anhelante mirada de sus ojos. Pero la entendía. Estaban fuera de su alcance. Quizá si la vida hubiera tomado otro sesgo: si no tuviera hijos en que pensar y en pagarles la Universidad, por ejemplo, no lo habrían estado.

—¿Y le dijiste que no? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Dejé perfectamente claro desde el principio que yo no quería danzar. En primer lugar, ello habría significado comprometerme más con él a un nivel personal, y, como te he dicho, lo consideraba un granuja. Además, esos tipos son fundamentalmente estúpidos en lo que se refiere a los números, y por eso es por lo que tantos de ellos son condenados por delitos fiscales. Creen que se pueden ocultar sus ingresos ilegales. Están seguros de ello —rió—. Todos tienen la idea mística de que puede uno

lavar el dinero como se lava la ropa, cuando, en realidad, sólo es posible hacer malabarismos con él hasta que cae y se le estrella a uno en la cabeza.

—¿Ésas eran las razones?

—Dos de ellas —me miró a los ojos—. Yo no soy un maldito bribón, Dennis.

Hubo un momento de eléctrica comunicación entre nosotros: aun ahora, cuatro años después, se me pone la carne de gallina al pensar en ello, aunque no estoy en absoluto seguro de que os lo pueda explicar. No era que esa noche me tratase por primera vez como a un igual, ni siquiera era que se me estuviera mostrando como el pensativo caballero andante escondido en el hombre sencillo que forcejeaba por ganarse la vida en un mundo sucio ajetreado. Yo creo que era percibirle como una *realidad*, una persona que había existido desde mucho antes de que yo apareciese en escena, una persona que había tragado su parte de fango. Creo que en aquel momento podría haberle imaginado haciendo el amor con mi madre, ambos sudorosos y absortos, y no haberme sentido azorado.

Luego, bajó los ojos, sonrió a la defensiva y dijo, con la ronca voz nixoniana que tan bien sabía imitar:

—Vosotros merecéis saber si vuestro padre es un bribón. Bueno, pues no soy un bribón. Podría haber cogido el dinero, pero eso..., eso habría estado mal.

Solté una carcajada demasiado fuerte, una liberación de la tensión: sentí pasar el momento, y, aunque una parte de mi no quería que pasara, otra si lo quería, era demasiado intenso. Creo que quizás él sintiera lo mismo.

—Chist, vas a despertar a tu madre, y nos echará la bronca por estar levantados tan tarde.

—Sí, lo siento. ¿Sabes en qué está metido Darnell?

—No lo sabía entonces, no quería saberlo, porque, si no sería una especie de cómplice. Tenía mis ideas, y he oído unas cuantas cosas. Coches robados, imagino..., no es que los lleve a ese garaje de Hampton Street: no es un estúpido, y sólo un idiota caga donde come. Quizá también robo de mercancías.

—¿Armas y eso? —pregunté, con voz un poco ronca.

—Nada tan romántico. Si tuviese que aventurar una suposición, diría que cigarrillos principalmente..., cigarrillos y *whisky*, los dos clásicos. Quizás un cargamento de hornos de microondas o televisores en color

de vez en cuando si el riesgo era pequeño. Lo bastante para mantenerle ocupado todos estos años.

Me miró gravemente.

—Sabía hacer las cosas, pero también tuvo suerte. Durante mucho tiempo, Dennis. O, quizá no le ha hecho falta la suerte aquí, en la ciudad: si sólo fuese Libertyville, supongo que podría seguir indefinidamente, o, al menos hasta que se quedara seco de un ataque al corazón... Pero los inspectores fiscales del Estado son tiburones de arena, los federales son tiburones blancos. Ha tenido suerte, pero un día de estos van a caer sobre él como la Gran Muralla China.

—¿Has oído..., has oído cosas?

—Ni un susurro. Y tampoco estoy en condiciones de oírlas. Pero aprecio mucho a Arnie Cunningham, y sé que estás preocupado por el asunto de ese coche.

—Sí. Su comportamiento respecto a él es insano, papá. Todo es el coche, el coche, el coche.

—Los que no han tenido muchas cosas tienden a hacerlo —dijo—. Unas veces es un coche, otras, una chica, otras es una carrera, o un instrumento musical o una obsesión morbosa por otra persona. Yo fui a la Universidad con un tipo alto y feo al que todos llamábamos Stork. Con Stork, era su tren de juguete, se había dedicado a los trenes de juguete desde el tercer grado, y el suyo era casi la octava maravilla del mundo. Fue expulsado de Brown en el segundo semestre de su primer curso allí. Su carrera se estaba yendo al diablo, y, cuando llegó el momento de elegir entre la Universidad y sus *Lionels*, Stork eligió los *Lionels*.

—¿Qué fue de él?

—Se suicidó en el setenta y uno —explicó mi padre, y se puso en pie—. Lo que quiero decirte es que hay gente buena que a veces se ciega, y no siempre es culpa suya. Probablemente Darnell se olvidará por completo de él... Pasará a ser un tipo más que hace chapuzas con su coche. Pero si Darnell intenta utilizarle, vigila tú por él, Dennis. No dejes que le meta en la danza.

—De acuerdo. Lo intentaré. Pero no hay mucho que yo pueda hacer.

—Ya lo sé muy bien. ¿Vamos a acostarnos?

—Sí.

Subimos y, cansado como estaba, permanecí largo rato despierto. Había sido un día repleto de acontecimientos. Afuera, el viento nocturno golpeaba con suavidad una rama contra el costado de la casa, y lejos,

hacia la ciudad, oí un estridente chirrido de neumáticos..., en la noche, sonó como la risa desesperada de una mujer histérica.

14. *Christine* y Darnell

He said he heard about a couple

living in the USA,

He said they traded in their baby

for a Chevrolet:

Let's talk about the future now,

We've put the past away...

ELVIS COSTELLO

Entre trabajar en las obras de construcción durante el día y trabajar sobre *Christine* por la noche, Arnie no había estado viendo mucho a sus padres. Las relaciones allí se habían tornado bastante tensas y abrasivas. La casa de los Cunningham, que siempre había sido agradable y sosegada, era ahora un campo armado. Se trata de una situación que muchas personas pueden recordar de su adolescencia, supongo, demasiadas, quizás. El joven es lo bastante ególatra como para creer que es la primera persona del mundo que descubre alguna cosa determinada (de ordinario, se trata de una chica, pero no necesariamente), y los padres están demasiado asustados y son demasiado estúpidos y posesivos como para querer aflojar las riendas. Pecados por ambos lados. En algún lugar la cosa se vuelve hiriente y cruel: ninguna guerra es tan sucia y encarnizada como una guerra civil. Y era particularmente hiriente y doloroso en el caso de Arnie porque la división había tardado mucho en producirse, y sus padres se habían acostumbrado a manejarle mucho a su antojo. No sería injusto decir que habían planificado su vida.

Por eso, cuando Michael y Regina propusieron pasar un fin de semana de cuatro días en su casita a la orilla de un lago al norte de Nueva York antes de que empezaran de nuevo las clases, Arnie accedió, aunque deseaba disponer de aquellos cuatro últimos días para trabajar sobre *Christine*. Cada vez con más frecuencia me había estado diciendo en el trabajo que iba a «enseñarles», que iba a poner a *Christine* en perfectas condiciones y «enseñarles a todos». Había proyectado ya devolver al coche sus primitivos colores rojo brillante y marfil cuando quedara terminado el trabajo fundamental.

Pero se fue con ellos, decidido a mostrarse complaciente y a pasarlo bien, en la medida de lo posible, con sus padres. Yo fui a su casa la noche anterior a su marcha, y me alivió descubrir que ambos me habían

absuelto de toda culpa en el asunto del coche de Arnie (que aún no habían visto). Al parecer, habían decidido que se trataba de una obsesión privada. Por mí, estupendo.

Regina estaba ocupada en hacer las maletas. Arnie, Michael y yo pusimos su vieja canoa *Oldtown* encima de su Scout y la sujetamos. Al terminar, Michael —con el aire de un poderoso rey que confiere un favor casi increíble a dos de sus súbditos favoritos— sugirió a su hijo que Arnie entrase a coger unas cervezas.

Arnie, afectando la expresión y el tono de una sorprendida gratitud, dijo que le parecía estupendo. Al marcharse, me guiñó un ojo.

Michael se apoyó en el Scout y encendió un cigarrillo.

—¿Se va a cansar de ese asunto del coche, Denny?

—No lo sé —dije.

—¿Quieres hacerme un favor?

—Si puedo, desde luego —dije con cautela.

Estaba seguro de que iba a pedirme que me dirigiese a Arnie, hiciese el papel del tío holandés y tratara de «disuadirle».

Pero, en lugar de ello, dijo:

—Si tienes oportunidad, ve a *Darnell's* mientras estamos fuera para ver qué clase de progresos está realizando. Estoy interesado.

—¿Por qué? —pregunté, pensando de inmediato que era una pregunta condenadamente descortés..., pero ya lo había soltado.

—Porque quiero que tenga éxito —dijo simplemente, y me miró—. Oh, Regina sigue oponiéndose en redondo. Si tiene un coche, eso significa que se está haciendo adulto, eso significa... toda clase de cosas — terminó, tartamudeando—. Pero yo no me opongo. Por lo menos, ya no. Oh, me cogió de sorpresa al principio... tendría visiones de algún perro muerto delante de nuestra casa hasta que Arnie fuese a la Universidad: eso, o que se asfixiara cualquier noche con el tubo de escape.

La imagen de Verónica LeBay acudió instantáneamente a mi mente.

—Pero ahora...

Se encogió de hombros, miró a la puerta que había entre el garaje y la cocina, tiró al suelo el cigarrillo y lo pisó.

—Es evidente que ha comprometido en ello su propia estima. Me gustaría verle salir adelante.

Quizá vio algo en mi cara, cuando continuó, parecía estar a la defensiva.

—No he olvidado del todo lo que es ser joven —explicó—. Sé que un coche es importante para un chico de la edad de Arnie. Regina no lo puede entender. Ella siempre ha sido escogida. Nunca se ha enfrentado con los problemas de tener que elegir. Recuerdo que un coche es importante..., si un chico quiere tener sus citas.

De modo que eso era lo que creía. Veía a *Christine* como un medio para un fin, más que como el fin mismo. Me pregunté qué pensaría si le dijese que no creía que Arnie hubiera considerado nunca otra posibilidad que la de poner el Fury en condiciones. Me pregunté si eso le haría sentirse más o menos desasosegado.

Se oyó el golpe de la puerta de la cocina al cerrarse.

—¿Irás a echar un vistazo?

—Supongo que sí —dije—. Si quieres.

—Gracias.

Volvió Arnie con las cervezas.

—¿Por qué son las gracias? —preguntó a Michael.

Su voz era alegre, pero sus ojos nos escrutaron con detenimiento. Observé de nuevo que su piel estaba mejorando y que su rostro parecía haberse fortalecido. Por primera vez, las ideas de Arnie y citas no parecían mutuamente excluyentes. Se me ocurrió que su rostro era casi atractivo: no al estilo de un viril y agresivo rey de la promoción, sino con un aire interesante, reflexivo, pero...

—Por ayudar con la canoa —dijo Michael, con tono despreocupado.

—Oh.

Bebimos nuestras cervezas, y me fui a casa. Al día siguiente, el feliz terceto salía para Nueva York, presumiblemente para redescubrir la unidad familiar que se había perdido durante el último tercio del verano.

El día anterior a su regreso me fui al garaje de Darnell, tanto para satisfacer mi propia curiosidad como la de Michael Cunningham.

El garaje, que se alzaba ante el espacio destinado a coches reservados para chatarra, ofrecía a la luz del día de mismo atractivo que

presentaba la noche en que llevamos a *Christine* ..., tenía todo el encanto de una rata muerta.

Aparqué en un hueco delante de la tienda que Darnell poseía también, abundantemente surtida de objetos tales como culatas *Feully*, cambios de marcha *Hurst* y acumuladores *Riam-Jett* (para todos los trabajadores que tenían que mantener en funcionamiento sus viejos coches, a fin de poder seguir llevando pan a su casa, sin duda), por no mencionar una amplia selección de enormes neumáticos y gran variedad de tapacubos. Mirar el escaparate de la tienda de Darnell era como mirar una extravagante *Disneylandia* del automóvil.

Salí y crucé la calzada hacia el garaje y hacia el estridente sonido de herramientas, gritos y tableteos de destornilladores neumáticos. Un tipo delgado y vestido con una agrietada cazadora de cuero se afanaba con una vieja moto BSA junto a una de las ventanas del garaje, o quitándole el cambio o poniéndoselo. Tenía una leve erupción en la mejilla izquierda. En la espalda de su cazadora figuraba una calavera tocada con una boina verde, y el encantador lema «MÁTALOS A TODOS Y QUE DIOS ELIJA».

Dentro, el mundo estaba lleno del reverberante y evocador estruendo de herramientas y el sonido de hombres que trabajaban en los coches y gritaban obscenidades contra el metal en que trabajaban.

Pase, la vista en derredor, en busca de Darnell, y no lo vi por ninguna parte. Nadie me prestó especial atención, así que fui hasta el lote número veinte, donde estaba *Christine*, con el morro apuntando ahora fuera, como tenía perfecto derecho a estar. En el hueco de la derecha dos tipos gordos vestidos con camisetas deportivas estaban poniendo un enganche de remolque en la trasera de una furgoneta que había conocido días mejores. El hueco del otro lado estaba vacío.

Al acercarme a *Christine*, sentí de nuevo aquel escalofrío. No había ninguna razón para ello, pero no pude evitarlo, y, sin pensar, me aparté un poco hacia la izquierda hacia el compartimiento vacío. No quería estar delante de ella.

Mi primer pensamiento fue que el cutis de Arnie había mejorado a la par que el de *Christine*. Mi segundo pensamiento fue que estaba realizando sus reparaciones de forma extrañamente desordenada..., y Arnie solía ser muy metódico.

La rota y torcida antena había sido sustituida por una nueva y derecha que relucía bajo los tubos fluorescentes. La mitad de la rejilla del radiador del Fury había sido sustituida, la otra mitad continuaba veteada y picada de herrumbre. Y había algo más...

Con el ceño fruncido, caminé a lo largo de su costado derecho, hasta el parachoques posterior.

«Bueno, estaba al otro lado, eso es todo», pensé.

Así que di la vuelta al otro lado, y tampoco estaba allí.

Me detuve junto a la pared trasera, con el ceño todavía fruncido, tratando de recordar. Estaba seguro de que la primera vez que la vimos en el césped de LeBay, con un letrero de «SE VENDE» apoyado en el parabrisas, había una abolladura grande y oxidada, en un lado o en otro, cerca del extremo posterior: la clase de abolladura que mi abuelo llamaba siempre «coz de mulo». Íbamos por la carretera, pasábamos junto a un coche con una gran abolladura en alguna parte y mi abuelo decía: «¡Eh, Denny, mira! ¡El mulo le ha arreado una coz a éste!». Mi abuelo siempre tenía una expresión familiar para todo.

Empecé a pensar que debía de haberlo imaginado y luego, sacudí la cabeza. No. Había estado allí, lo recordaba con toda claridad. El hecho de que no estuviese ahora no significaba que no hubiese estado. Evidentemente, Arnie la había alisado, y había hecho un excelente trabajo de carrocerero.

Salvo que...

No había ninguna señal de que hubiese hecho nada. No había rastro de imprimación ni de pintura descascarillada. Sólo el rojo oscuro y el blanco sucio de *Christine*.

¡Pero había estado allí, maldita sea! Una profunda abolladura llena de herrumbre, en un lado o en otro.

Y había desaparecido.

Permanecí allí, entre el estruendo de herramientas y máquinas, y me sentí muy solo y muy asustado de pronto. Era absurdo. Había remplazado la antena de la radio, cuando el tubo de escape estaba arrastrando prácticamente por el suelo. Había cambiado una mitad de la rejilla, pero no la otra. Me había hablado de arreglar la delantera, pero lo que había hecho era sustituir el rasgado y polvoriento tapizado del asiento posterior por otro nuevo de brillante color rojo. El tapizado del asiento delantero era una polvorienta ruina, con un muelle asomando en el lado del conductor.

No me gustaba nada. Era absurdo, y no era propio de Arnie.

Acudió a mi mente la sombra de un recuerdo y, sin pensar siquiera en ello, retrocedí y miré todo el coche, no sólo una cosa aquí y otra allí, sino todo. Y el escalofrío volvió a recorrer mi cuerpo.

La noche en que lo habíamos traído aquí. El neumático pinchado. El de repuesto. Yo había mirado aquel neumático nuevo en aquel viejo coche y había pensado que era como si un poco del coche viejo hubiera sido

eliminado y estuviera asomando el coche nuevo..., flamante, resplandeciente, recién salido de la cadena de montaje en un año en que Ike había sido presidente y Batista estaba todavía al frente de Cuba.

Lo que estaba viendo ahora era igual..., sólo que en vez de un solo neumático nuevo, había toda clase de cosas... la antena, un centelleo de cromado nuevo en la rejilla, un piloto de intenso fulgor rojo, aquel tapizado nuevo de atrás.

A su vez, esto evocaba un recuerdo de infancia. Arnie y yo habíamos ido a la escuela bíblica de vacaciones durante dos semanas todos los veranos, y cada día el profesor contaba un relato de la Biblia y lo dejaba sin terminar. Luego, daba a cada chico una hoja en blanco de «papel mágico». Y, si se le frotaba con el canto de una moneda o con el lado de un lápiz, iba apareciendo gradualmente una imagen..., la paloma llevando la ramita de olivo al arca de Noé, las murallas de Jericó derrumbándose, milagros así. A los dos nos fascinaba ver emerger gradualmente las imágenes. Al principio, eran sólo líneas que flotaban en el vacío: luego las líneas conectaban con otras líneas, adquirían coherencia..., adquirían *significado* ...

Miré con creciente horror a la *Christine* de Arnie, tratando de combatir la sensación de que estaba viendo en ella algo terriblemente similar a aquellas milagrosas imágenes mágicas.

Quise mirar bajo el capó.

De pronto, parecía muy importante que yo mirase bajo el capó.

Di la vuelta por delante del coche (no me gustaba estar delante de él..., sin ninguna razón concreta, simplemente no me gustaba) y busqué el resorte del capó. No pude encontrarlo. Entonces comprendí que, probablemente, estaba dentro.

Empecé a darme la vuelta, y entonces vi otra cosa, algo que me heló la sangre en las venas. Supongo que podría haber estado equivocado respecto a la coza de mulo. Sabía que no, pero al menos *técnicamente* ...

Pero esto era completamente distinto.

La red de estrías del parabrisas era más pequeña.

Estaba *seguro* de que era más pequeña.

Mi mente voló a aquel día de hacía un mes en que yo había entrado en el garaje de LeBay para echar un vistazo al coche mientras Arnie entraba con el viejo en la casa para cerrar el trato. Todo el lado izquierdo del parabrisas había sido una telaraña de estrías que irradiaban desde una zigzagueante rotura central, causada probablemente por una piedra despedida.

Ahora, la telaraña parecía más pequeña, más sencilla... se podía ver el interior del coche por ese lado, cosa que no había sido posible antes, estaba seguro (*es sólo un efecto de la luz, nada más*, susurró mi mente).

Sin embargo, tenía que estar equivocado, porque era imposible. Simplemente, imposible. Se podía cambiar un parabrisas, no había problema si se tenía el dinero necesario. Pero hacer encogerse una red de estrías...

Solté una risita. Era un sonido tembloroso, y uno de los tipos que trabajaban en la furgoneta me miró con curiosidad y dijo algo a su compañero. Era un sonido tembloroso, pero quizás era mejor que ningún sonido. Claro que se debía a la luz, nada más. La primera vez, yo había visto el coche con la luz del sol poniente dando de lleno en el agrietado parabrisas, y la segunda vez lo había visto las sombras del garaje de LeBay. Ahora lo estaba viendo bajo estos altos tubos fluorescentes. Tres clases diferentes de luz, y ello contribuía a crear una ilusión óptica.

Pero yo quería seguir mirando bajo el capó. Más que nunca.

Fui hasta la portezuela del lado del conductor y tiré, la puerta no se abrió. Estaba cerrada, los cuatro pestillos se hallaban bajados. Y era lógico, Arnie no dejaría la puerta abierta para que cualquiera pudiese entrar a husmear. Quizá Repperton se hubiera ido, pero abundaban los tipos como él. Reí de nuevo, pero esta vez mi risa sonó aún más estridente y temblorosa. Empecé a sentirme un poco mareado, como a veces me sentía a la mañana siguiente de haber fumado demasiados porros.

Cerrar las puertas del Fury era algo perfectamente natural, desde luego. Salvo que, al dar la vuelta al coche primera vez, creía haber observado que todos los pestillos estaban levantados.

Retrocedí con lentitud, mirando al coche, que continuaba allí, apenas más que un herrumbroso armatoste. Yo no pensaba nada concreto —estoy seguro, excepto, quizá, que parecía como si él supiera que yo quería entrar y alzar el capó.

¿Y porque no quería que lo hiciese había cerrado sus puertas?

Era realmente una idea graciosa. Tan graciosa que volví a reír (estaban mirándome ya varias personas, como mira siempre la gente a los que se ríen sin razón aparente cuando están solos).

Una pesada mano cayó sobre mi hombro y me hizo volverme. Era Darnell, con una colilla de puro en la comisura de los labios. Tras las gafas que llevaba, sus ojos eran sabiamente especulativos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó—. Esto no es tuyo.

Los tipos de al lado nos miraban con insistencia. Uno de ellos le dio al otro con el codo y susurró algo.

—Es de un amigo mío —respondí—. Lo traje aquí con él. Quizá se acuerde de mí. Yo era el del tumor en la punta de la nariz y...

—Como si lo hubieras traído en un monopatín —dijo—. No es tuyo. Guárdate tus malos chistes y lárgate. Fuera.

Mi padre tenía razón, era un miserable. Y yo habría estado encantado de largarme, se me ocurrían al menos seis mil sitios en los que preferiría estar en mi penúltimo día de vacaciones de verano. Incluso el Agujero Negro.

Calcuta habría sido mejor. No mucho, pero mejor de todos modos. No obstante, el coche me preocupaba. Era muchas pequeñas cosas que se agregaban a un pico que era preciso rascar. Vigila tú por él, había dicho mi padre y eso sonaba bien. El problema era que no podía dar crédito a lo que estaba viendo.

—Me llamo Dennis Guilder —dije—. Mi padre le llevaba a usted los libros, ¿no?

Me miró largo rato, sin expresión alguna en sus porcinos ojillos, y tuve de pronto la seguridad de que iba a decirme que le importaba un carajo quién era mi padre que haría mejor en largarme de allí y dejar que aquellos hombres continuasen arreglando sus coches para poder seguir llevando pan a sus casas. Etcétera.

Luego, sonrió, pero la sonrisa no afectó para nada a sus ojos.

—¿Tú eres el hijo de Kenny Guilder?

—Sí.

Dio una palmadita en el capó del coche de Arnie con una mano pálida y gordezuela: había en ella dos anillos, y uno de ellos parecía un diamante auténtico. Pero ¿qué sabe un chico como yo?

—Si eres hijo de Kenny, supongo que no hay nada que objetar.

Por un instante creí que iba a pedirme alguna clase de identificación.

Los dos tipos de al lado habían vuelto a su trabajo, habiendo decidido, al parecer, que no iba a ocurrir nada interesante.

—Vamos a charlar a la oficina —dijo, y, volviéndose, echó a andar sin volver la vista hacia atrás.

Daba por hecho que yo le seguiría. Se movía como un barco a toda vela, ondeándole la blanca camisa y con un desmesurado contorno de caderas y nalgas. Las personas muy gordas siempre me producen una impresión de improbabilidad, como si estuviera viendo una excelente ilusión óptica: pero es que en mi familia todos han sido siempre delgados. Para ellos, yo soy un peso pesado.

Fue deteniéndose aquí y allá camino de su oficina, que tenía una pared de cristal que daba al garaje. Me recordaban un poco a Moloch, el dios del que nos hablaban en mi clase de Orígenes de la Literatura..., aquel que se suponía podía verlo todo con su solitario ojo rojo. Darnell gritó a un tipo que pusiese la goma en la boquilla de la bomba antes de que lo echara de allí, aulló a otro una obscena broma que provocó en ambos una feroz carcajada y vociferó a un tercero que recogiese aquellas malditas latas de *Pepsi-Cola*, ¿o es que había nacido en un vertedero? Al parecer, Will Darnell no sabía nada de lo que mi madre siempre llamaba «un tono de voz normal».

Tras un instante de vacilación, le seguí. La curiosidad era demasiado fuerte, supongo.

Su oficina era semejante a todas las de los garajes de costa a costa de un país que rueda sobre neumáticos y semáforos. Había un grasiento calendario con una especie de diosa rubia, en pantalón corto y con una blusa abierta, encaramada en una valla campesina. Había placas ilegibles de media docena de empresas que vendían piezas de automóvil. Libros de contabilidad. Una vieja sumadora. Había una fotografía, Dios nos proteja, de Will Darnell tocado con un fez y montado en una diminuta motocicleta que parecía a punto de desplomarse bajo su mole. Y había olor a colillas y a sudor.

Darnell se sentó en una silla giratoria de brazos de madera. El cojín gimió bajo él con tono cansado, pero resignado. Se recostó contra el respaldo. Sacó una cerilla de la hueca cabeza de un *jockey* negro de porcelana, la rascó sobre una tira de papel de lija adherida a un borde de su mesa y encendió la húmeda colilla. Tosió fuertemente largo rato.

—¿Quieres una *Pepsi*, chico?

—No, gracias —repuse, y me senté en la silla situada frente a él.

Me miró —de nuevo aquella fría mirada valorativa— y movió la cabeza.

—¿Qué tal tu padre, Dennis? ¿Le pita bien el corazón?

—Estupendamente. Cuando le dije que Arnie tenía su coche aquí, se acordó en seguida de usted. Dice que Bill Upshaw le lleva ahora las cuentas.

—Sí. Buen hombre. Buen hombre. No tanto como tu padre, pero bueno.

Asentí con la cabeza. Se hizo el silencio entre nosotros y empecé a sentirme incómodo. Will Darnell no parecía incómodo, no parecía nada en absoluto. Aquella fría y valorativa mirada no cambiaba.

—¿Te ha enviado tu amigo para que averiguases si realmente se había ido Repperton? —me preguntó, tan súbitamente que di un respingo.

—No —respondí—. En absoluto.

—Bueno, pues dile que se ha ido —continuó Darnell, haciendo caso omiso de mi respuesta—. Es un gilipollas. Se lo digo bien claro cuando traen aquí sus cacharros: o te portas bien o te largas. Trabajaba para mí, haciendo un poco de esto, otro poco de aquello, y supongo que se figuraba que tenía la llave de oro del retrete o algo parecido. Un gilipuertas.

Empezó a toser de nuevo, y tardó un rato en pasársele. Era un sonido desagradable. Yo estaba empezando a experimentar una sensación de claustrofobia en la oficina, pese a la ventana que daba al garaje.

—Arnie es un buen chico —siguió Darnell, midiéndome todavía con los ojos. Ni aun mientras tosía había cambiado aquella expresión—. Sabe hacer cosas.

«¿Qué cosas?», quise preguntar, pero no me atreví.

Darnell me lo dijo de todos modos. A excepción de su fría mirada, parecía sentirse expansivo.

—Barre el suelo, saca la basura al terminar el día, lleva el inventario de las herramientas, juntamente con Jimmy Sykes. Aquí hay que tener mucho ojo con las herramientas, Dennis. En cuanto te das media vuelta, ya te las han birlado —rió, y la risa se convirtió en un jadeo—. Y le he puesto también a desguazar en la trasera. Tiene buenas manos. Buenas manos y mal gusto para los coches. Hacía años que no veía un cacharro como ese 58.

—Bueno, supongo que él lo considera un entretenimiento —dije.

—Claro —asintió, expansivo, Darnell—. Seguro. Mientras no quiera salir por ahí con él, como ese inútil de Repperton. Pero no hay muchas probabilidades de que pueda hacerlo en bastante tiempo, ¿verdad?

—Supongo que no. Parece bastante hecho migas.

—¿Qué carajo le está haciendo? —preguntó Darnell.

Se inclinó de pronto hacia delante, levantando los hombros. Frunció el ceño, y sus ojos desaparecieron casi entre los entornados parpados.

—¿Qué coño se propone? Llevo toda la vida en este negocio, y nunca he visto a nadie que tratase de arreglar un coche como lo está haciendo él. ¿Es una broma? ¿Un juego?

—No entiendo —dije, aunque le entendía perfectamente.

—Escucha —continuó Darnell—. Lo mete aquí, y al principio se pone a hacer todas las cosas que son de esperar. No le sobra el dinero, ¿verdad? Si le sobrara no lo tendría aquí. Cambia el aceite. Cambia el filtro. Engrasa, lubrica, un buen día veo que trae dos nuevos *Firestones* para la delantera, a juego con los de atrás.

¿Dos de atrás?, pensé, y luego decidí que se habría comprado tres neumáticos nuevos para acompañar al que yo había comprado la noche en que lo trajimos aquí.

—Vengo otro día, y veo que me ha cambiado los limpiaparabrisas —continuó Darnell—. No tiene nada de extraño eso, salvo que el coche no va a ir a ninguna parte, llueva o haga sol, durante mucho tiempo. Luego es una antena nueva para la radio, y pienso que escuchar la radio mientras trabaja y agotar la batería. Ahora tiene un asiento recién tapizado y media rejilla de radiador. ¿Qué es eso? ¿Un juego?

—No lo sé —dije—. ¿Le compró a usted los repuestos?

—No —respondió Darnell, con aire ofendido—. No sé de dónde los saca. Esa rejilla..., no tiene ni una mota de óxido. Debe de haberla encargado en alguna parte. En el servicio de Chrysler, en New Jersey, o algún sitio así. Pero ¿dónde está la otra mitad? Nunca he oído de ninguna rejilla que viniese en dos piezas.

—No lo sé. De veras.

Me apuntó con un cigarro.

—Pero no me digas que no tienes curiosidad. He visto la forma en que mirabas a ese coche.

Me encogí de hombros.

—Arnie no habla mucho de él.

—No, apuesto a que no. Es muy poco comunicativo el tío. Pero es un luchador. Ese Repperton se coló al meterse con Cunningham. Si trabaja bien este otoño, tal vez pueda encontrarle un puesto fijo para el invierno. Jimmy Sykes es un buen elemento, pero no tiene gran cosa dentro de la cabeza —sus ojos me examinaron ponderativamente—. ¿Crees que es un buen trabajador, Dennis?

—Sí.

—Yo tengo muchas actividades —explicó—. Muchas... Alquilo plataformas a tipos que necesitan hacer transportes hasta Filadelfia. Remolco los bólidos después de las carreras. Siempre puedo utilizar ayuda. Ayuda buena, digna de confianza.

Empecé a tener la horrible sospecha de que se me estaba invitando a entrar en el juego. Me puse en pie precipitadamente y casi tiro la silla al hacerlo.

—Tengo que marcharme —dije—. Y..., Mr. Darnell..., le agradecería que no le dijese a Arnie que he estado aquí. Es... un poco quisquilloso con el coche. Si quiere que le diga la verdad, su padre tenía curiosidad por saber cómo le iba.

—Tuvo follón en casa, ¿eh? —el ojo derecho de Darnell se cerró con malicia en algo que no era del todo un guiño—. Los padres comieron unas libras de *Ex-Lax* y, luego, la emprendieron con él, ¿verdad?

—Sí, bueno, ya sabe.

—Ya lo creo que lo sé.

Se puso en pie y me dio en la espalda una palmada que me hizo tambalear. Con su respiración asmática y su tos —el tío era fuerte—.

—No lo mencionaré —dijo, acompañándome hacia la puerta.

Su mano continuaba sobre mi hombro, y eso me hacía sentir también nervioso... y un poco asqueado.

—Otra cosa te voy a decir —añadió—. En este garaje debo de ver cien mil coches al año: bueno no tantos, pero va me entiendes, y no se me despinta ninguno. ¿Sabes? Juraría que he visto éste antes de ahora. Cuando no estaba tan desastrado. ¿Dónde lo compró?

—A un hombre llamado Roland LeBay —dije recordando que el hermano de LeBay me había dicho que él mismo cuidaba el coche en algún garaje de autoservicio—. Ya ha muerto.

Darnell se detuvo en seco.

—¿LeBay? ¿Rollie LeBay?

—El mismo.

—¿Militar? ¿Retirado?

—Sí.

—¡Santo Cristo, claro! Lo estuvo trayendo aquí con la regularidad de un reloj durante seis, quizá ocho años, y luego dejó de venir. Hace mucho tiempo. Menudo bastardo era el tío. Si le hubieran echado agua hirviendo por la garganta, habría cagado cubitos de hielo. No se llevaba bien con nadie —me apretó con fuerza el hombro—. ¿Sabe tu amigo Cunningham que la mujer de LeBay se suicidó en ese coche?

—¿Qué? —exclamé, fingiendo sorpresa.

No quería que supiese que había estado lo bastante interesado como para hablar con el hermano de LeBay después del funeral. Temía que Darnell pudiera repetirle a Arnie la información..., juntamente con su fuente.

Darnell me contó toda la historia. Primero, la hija, luego, la madre.

—No —dije cuando hubo terminado—. Estoy seguro de que Arnie no lo sabe. ¿Va a decírselo usted?

Los ojos, de nuevo valorativos.

—¿Y tú?

—No —respondí—. No veo ninguna razón para hacerlo.

—Entonces, tampoco yo.

Abrió la puerta, y el grasiento aire del garaje parecía fragante después del humo de cigarro que llenaba la habitación.

—Ese hijo de puta de LeBay. Espero que se esté pudriendo en el infierno.

Sus labios se curvaron malignamente por un instante, y luego, miró hacia donde estaba *Christine* en el lote número veinte, con su vieja y oxidada pintura, y su nueva antena de radio, y su flamante mitad de rejilla.

—Esa zorra otra vez —dijo, y volvió luego la vista hacia mí—. Bueno, dicen que la mala moneda siempre vuelve.

—Sí —repuse—. Supongo que sí.

—Hasta la vista, muchacho —siguió, metiéndose otro cigarro en la boca—. Saluda a tu padre de mi parte.

—Lo haré.

—Y dile a Cunningham que tenga ojo con ese Repperton. Me da la impresión de que es un tío vengativo.

—A mí también.

Salí del garaje y, una vez fuera, volví la vista hacia atrás. Pero al mirarlo desde la luz apenas si era más que una sombra entre sombras. La moneda siempre vuelve, había dicho Darnell. Esa frase me siguió hasta casa.

15. Penas de fútbol americano

Learn to work the saxophone,

I play just what I feel,

Drink Scotch whisky

All night long,

And die behind the wheel...

STEELY DAN

Empezaron las clases, y durante una o dos semanas no sucedió nada de particular. Arnie no se enteró de que yo había ido al garaje, lo cual me alegraba. No creo que se hubiese tomado muy bien la noticia. Darnell mantenía la boca cerrada, como había prometido (probablemente por sus propias razones). Una tarde, fui a ver a Michael después de clase, sabiendo que Arnie estaría en el garaje. Le dije que Arnie había hecho algunos arreglos en el coche, pero que aún le faltaba mucho para que pudiese tener licencia de circulación. Le dije que, según mi impresión, Arnie estaba sólo entreteniéndose. Michael recibió esta noticia con una mezcla de alivio y sorpresa, y ahí terminó la cosa..., por algún tiempo.

Yo divisaba fugazmente a Arnie de vez en cuando, como algo que se ve por el rabillo del ojo. Solía andar por los pasillos, y teníamos tres clases juntos y, en ocasiones, venía a casa al atardecer o en los fines de semana. Había veces en que parecía realmente que nada hubiera cambiado. Pero pasaba en el garaje de Darnell mucho más tiempo que en mi casa, y los viernes por la noche iba a Philly Plains —el depósito de automóviles— con el ayudante de Darnell, Jimmy Sykes. Cogían coches deportivos y bolidos con todos los cristales rotos y sustituidos por barras.

Los llevaban en el remolque de Darnell y volvían con nueva chatarra para el cementerio de coches.

Fue por entonces cuando Arnie se lesionó la espalda.

No era nada grave —así lo afirmaba él, al menos—, pero mi madre se dio cuenta casi en seguida de que algo le pasaba. Un domingo, vino a casa a ver a los Phillies, que se estaban labrando una moderada gloria aquel año y, durante la tercera parte, se levantó a servirnos un vaso de jugo de naranja a cada uno. Mi madre estaba sentada en el sofá con mi padre, leyendo un libro. Levantó la vista al volver Arnie y dijo:

—Estás cojeando, Arnie.

Por un instante creí ver una sorprendente e inesperada presión en el rostro de Arnie: una mirada furtiva, casi culpable. Tal vez me equivocara. Si estaba allí, desapareció un segundo después.

—Creo que sufrí un esguince en la espalda anoche en Plains —dijo, dándome mi vaso—. A Jimmy Sykes se le resbaló el motor con el último de los cacharros que estábamos cargando justo cuando casi estaba ya en la caja del unión. Vi cómo rodaba hacia atrás, y nos pasamos los dos casi un par de horas intentando hacerlo arrancar otra vez. Así que me puse a empujar. Supongo que no debí hacerlo.

Parecía una explicación muy complicada para una simple y leve cojera, pero quizá me equivocase también en eso.

—Debes tener más cuidado con tu espalda —explicó con severidad mi madre—. El Señor...

—Mamá, ¿podemos ver el partido ahora? —pregunté.

—... sólo te da una —terminó.

—Sí, señora Guilder —replicó sumisamente Arnie.

Elaine entró en la habitación.

—¿Queda algo de jugo, u os lo habéis bebido todo?

—¡Largo de aquí! —grité.

Se había producido una disputada jugada, y me la había perdido por completo.

—No le grites a tu hermana, Dennis —murmuró mi padre desde las profundidades de la revista *The Hobbyist* que estaba leyendo.

—Queda mucho, Ellie —le contestó Arnie.

—A veces, Arnie, me pareces casi humano —le dijo Elaine, y se fue hacia la cocina.

—¡Casi humano, Dennis! —me cuchicheó Arnie, aparentemente a punto de echarse a llorar de agradecimiento—. ¿Lo has oído? Casi huuuuuumano.

Y quizá también es sólo retrospección —o imaginación— lo que me hace pensar que su humor era forzado e irreal, mera fachada. Recuerdo falso o verdadero, el tema de su espalda quedó abandonado aunque aquella

cojera continuó apareciendo y desapareciendo intermitentemente durante todo el otoño.

Yo estaba bastante ocupado. La madrina y yo habíamos roto, pero, generalmente, solía encontrar alguien con quien salir los sábados por la noche: si no estaba demasiado cansado a consecuencia de los entrenamientos de fútbol americano.

El entrenador Puffer no era un tipo del estilo de Darnell, pero no era ninguna malva, como la mitad de los entrenadores de escuela superior de las pequeñas ciudades norteamericanas, había calcado sus técnicas de entrenamiento sobre las del difunto Vince Lombardi, cuyo lema era que ganar no lo era todo, era lo único. Os sorprendería saber la cantidad de personas que deberían tener mejor criterio y que creían esa estupidez.

Un verano de trabajar para *Carson Brothers* me había dejado hecho polvo, y creo que habría podido pasearme durante toda la temporada..., si hubiera sido una temporada de victorias. Más, para cuando Arnie y yo tuvimos el horrible enfrentamiento cerca del fumadero, detrás del taller, con Buddy Repperton —y creo que eso fue durante la tercera semana de clase—, estaba ya bastante claro que no íbamos a tener una temporada de victorias. Eso hace sumamente dura la vida con Puffer, pues, en sus diez años en la superior de Libertyville, nunca había tenido una temporada de derrotas. Ese fue el año en que Puffer tuvo que aprender una amarga humildad. Fue una dura lección para él..., y tampoco fue nada fácil para nosotros.

Nuestro primer partido, contra los Tigres de Luneburg y en su campo, fue el 9 de setiembre. Luneburg no es más que una destartalada escuela superior rural situada en el extremo oeste de nuestro distrito, y durante los años que pasé en Libertyville el habitual grito de guerra cuando la torpe defensa de Luneburg había permitido mal otro tanto más, era: «¡ADELANTE Y QUE LOS JODAN!». Seguida una grande y sarcástica ovación: «¡RAAAAYYYY LUUUUNEBURG!».

Luneburg no ganaba a Libertyville desde hacía más de siete años pero esta vez se crecieron y nos aplastaron con todas las de la ley. Yo jugaba de extremo izquierdo, hacia la mitad del partido estaba moralmente seguro de que iba a tener la espalda cubierta de cicatrices durante el resto de mi vida. El tanteo era entonces de 17-3. Los hinchas de Luneburg estaban delirando de entusiasmo, arrancaron los postes de la portería, como si hubiera sido el partido del campeonato regional, cargaron del campo a hombros a sus jugadores.

Nuestros hinchas, que habían acudido en autobuses especialmente contratados, permanecían, confusos, en las gradas de visitantes bajo el ardiente calor de setiembre. En los vestuarios, Puffer, estupefacto y pálido, sugirió que nos perdiésemos e implorásemos ayuda para las semanas siguientes. Comprendí entonces que los descalabros no habían hecho más que empezar.

Nos pusimos de rodillas, doloridos, magullados, hechos polvo, deseando solamente meternos en la ducha y empezar a lavarnos aquel olor a derrota, y escuchamos cómo le indicaba Puffer la situación a Dios en una perorata de 10 minutos que finalizó con la promesa de que nosotros haríamos nuestra parte si él hacía la suya.

La semana siguiente nos entrenamos durante tres horas al día (en vez de la hora y media o dos habituales) de ardiente sol. Por la noche, me desplomaba en la cama y soñaba con su rugiente voz: a ¡Dale a ese mamón! ¡Dale! ¡Dale! Yo corría a toda velocidad hasta que empezaba a sentir como si mis piernas fueran a sufrir una descomposición espontánea (al mismo tiempo, se me reventaban probablemente los pulmones). Lenny Barongg, uno de nuestros defensas, padeció una leve insolación y, afortunadamente —al menos para él—, fue dispensado para el resto de la semana.

Arnie acudía a casa a cenar con mis padres, Ellie y yo jueves y viernes por la noche, y echaba una o dos partidas con nosotros los domingos por la tarde, pero, aparte de eso le perdí de vista casi por completo. Estaba demasiado ocupado llevando mis dolores y magulladuras a clase, al entrenamiento y, luego, a casa para hacer los deberes en mi habitación.

Volviendo a mis aflicciones del fútbol americano, yo creo que lo peor era la forma en que nos miraban a mí, a Lenny y a resto del equipo por los pasillos. Toda esa historia del «espíritu de escuela» es puro invento de los administradores escolares, que recuerdan habérselo pasado en grande durante su juventud en los partidos de los sábados por la tarde, pero que han olvidado que gran parte de ello era consecuencia de estar borracho o de jugar a lo salvaje o de ambas cosas. Si se hubiera convocado una manifestación a favor de legalizar la marihuana, se habría visto algún espíritu de escuela. Pero a la mayoría de los estudiantes les importaba un rábano el fútbol americano, el baloncesto y los torneos deportivos. Estaban demasiado ocupados intentando entrar en la Universidad, o desplazar a alguien, o metiéndose en líos.

De todos modos, uno se acostumbra a ser un ganador, empieza a darlo por sentado. Libertyville llevaba mucho tiempo arrollando en los campos de fútbol americano, la última vez en que la escuela había quedado perdedora —al menos, antes de mi último curso— había sido doce años antes, en 1966. Por eso, durante la semana siguiente a la derrota ante Luneburg, si bien no había aún llanto y crujir de dientes, si había miradas dolidas y desconcertadas y algunos abucheos en la habitual reunión del viernes al final de la séptima clase. El rostro de Puffer adquirió una tonalidad purpúrea al oír los abucheos, e invitó a aquellos «malos deportistas y amigos sólo cuando vienen bien dadas» a presenciar el sábado por la tarde el desquite del siglo.

No sé si los malos deportistas y amigos de conveniencia acudieron o no, pero yo estaba allí. Jugábamos en casa, y nuestros adversarios eran los Osos de Ridge Rock. Ahora bien, Ridge Rock es una ciudad minera, y los

que iban a la escuela superior de Ridge Rock eran unos tipos realmente duros. El año anterior, el equipo de fútbol americano de Libertyville los había derrotado por muy poco en la conquista del título regional, y uno de los comentaristas deportivos locales había dicho que no era porque Libertyville tuviese mejor equipo, sino porque tenía más donde elegir. Esto también le hizo a Puffer subirse por las paredes, os lo aseguro.

Pero éste era el año de los Osos. Nos barrieron. Fred Dann salió conmocionado del campo en el primer periodo. Y en el segundo, Norman Aleppo fue a parar al hospital municipal de Libertyville con un brazo roto. Y en el último, los Osos consiguieron tres tantos consecutivos, dos de ellos de puntapié. El resultado final fue 40-6. Sin falsa modestia, os diré que yo marqué los seis. Pero, también con realismo, he de reconocer que tuve suerte.

Así, pues, otra semana de infierno en el campo de entrenamiento. Otra semana de Puffer gritando «Dale a ese mamón». Un día estuvimos entrenándonos durante casi cuatro horas, y, cuando Lenny sugirió a Puffer que nos dejara tiempo para hacer los deberes, creí —sólo por un instante— que el entrenador iba a pegarle. Había tomado la costumbre de pasarse constantemente las llaves de mano en mano, lo que me recordaba al capitán Queeg de *El motín del Caine*. Estoy convencido de que la forma que uno tiene de perder revela su carácter mucho mejor que la forma de ganar. Puffer, que en toda su carrera de entrenador nunca había estado 0-2, reaccionó con absurda y desconcertada furia, como un tigre enjaulado al que hostigaban unos niños crueles.

El viernes siguiente por la tarde —sería el 22 de setiembre—, fue cancelada la habitual reunión durante los quince últimos minutos de la clase séptima. No sé que le importara a ninguno de los jugadores, estar allí de pie y ser presentado por doce gráciles y ondulantes *majorettes* era una pelmada. De todos modos, aquello constituía una ominosa señal. Esa noche Puffer nos invitó a volver al gimnasio, donde nos pasamos dos horas en el cine, contemplando nuestra humillación a manos de los Tigres y de los Osos en las películas de los partidos. Quizá se esperaba que esto nos enardeciera pero a mí sólo me deprimió.

Aquella noche antes de nuestro segundo partido del año en campo propio, tuve un sueño extraño. No era exactamente una pesadilla, ciertamente no como aquella en que desperté a toda la casa con mis gritos, pero era... inquietante. Estábamos jugando contra los Dragones de Filadelfia, y soplaban un fuerte viento. El sonido de los aplausos, la distorsionada y metálica voz de Chubby McCarthy por los altavoces, incluso el sordo ruido de los jugadores al chocar con otros jugadores, todo ello tenía resonancias fantasmales en aquel profundo y constante viento.

Las caras de los espectadores parecían amarillas y extrañamente ensombrecidas, como rostros de máscaras chinas. Las animadoras danzaban y se contorsionaban como espasmódicas autómatas. El cielo estaba gris y encapotado. Íbamos perdiendo. Puffer gritaba en las

jugadas, pero nadie podía oírle. Los Dragones nos adelantaban por mucho. La pelota era siempre suya. Lenny Barongg parecía estar jugando con terribles dolores, sus labios se tensaban en tembloroso arco, como una máscara trágica.

Fui golpeado, derribado, pisoteado. Yacía tendido en el campo de juego, muy por detrás de la línea en que estaba jugando, retorciéndome y tratando de recuperar el aliento. Levanté la vista, y allí, aparcada tras las gradas de los visitantes, estaba *Christine*. Una vez más, aparecía flamante y reluciente como si hubiera salido hacía sólo una hora de la sala de exposición.

Arnie se hallaba sentado en el techo, con las piernas cruzadas a lo Buda, mirándome inexpresivamente. Me gritó algo, pero el constante aullido del viento ocultó casi sus palabras. Sonaba como si hubiera dicho: No te preocupes, Dennis. Nosotros nos ocuparemos de todo. No te preocupes. Todo va bien.

¿Ocuparse de qué?, me pregunté mientras yacía tendido en el onírico campo de juego, forcejeando por cobrar aliento y con la cincha hundiéndoseme cruelmente en la unión de los muslos, justo debajo de los testículos. ¿Ocuparse de qué?

¿De qué?

Ninguna respuesta. Sólo el brillo siniestro de los amarillentos faros de *Christine*, y Arnie sentado serenamente con las piernas cruzadas sobre su techo, en medio de aquel constante y poderoso viento.

Al día siguiente salimos a luchar de nuevo por la escuela superior de Libertyville. No fue tan malo como lo había sido en mi sueño: aquel sábado no resultó lesionado nadie y, por unos momentos, durante la tercera parte pareció como si tal vez pudiéramos tener la oportunidad, pero luego el zaguero de Filadelfia tuvo suerte con un par de pases largos —cuando las cosas empiezan a ir mal, todo va mal—, y perdimos otra vez.

Cuando el partido terminó, Puffer continuó sentado en el banco. No nos miró a ninguno de nosotros. Nos quedaban once partidos por jugar, pero él era ya un hombre derrotado.

16. Entra Leigh, sale Buddy

I'm not braggin, babe, so don't put me down,
But I've got the fastest set of wheels in town,
When someone comes up to me he don't even try
Cause if she had a set of wings, man,
I know she could fly,
She's my little deuce coupe,
You don't know what I got...

THE BEACH BOYS

Fue, estoy seguro, el martes siguiente a nuestra derrota ante los Dragones de Filadelfia cuando las cosas empezaron a moverse de nuevo. Sería el 26 de setiembre.

Arnie y yo teníamos tres clases juntos, y una de ellas era «Temas de Historia Americana», en la clase cuarta. Las nueve primeras semanas impartía las lecciones Mr. Thompson, el jefe del departamento. El tema de esas nueve primeras semanas era «Doscientos Años en Auge y Progreso». Arnie la llamaba una clase borboteante, porque era justo antes de la hora de comer, y los estómagos de todos parecían estar haciendo algo interesante.

Cuando terminó la clase ese día, se le acercó a Arnie una chica, que le preguntó si tenía las tareas de inglés. Las tenía. Las sacó cuidadosamente de su cuaderno y, mientras lo hacía, la chica le miraba con gravedad con sus ojos oscuros y azules, sin apartarlos de su cara. Tenía cabello rubio oscuro, del color de la miel fresca —no la refinada, sino la miel tal como sale del panal— y lo sujetaba con la cinta azul que hacía juego con sus ojos. Al mirarla, sentí una especie de estremecimiento en el estómago. Mientras ella copiaba la tarea, Arnie la miraba.

Naturalmente, no era esa la primera vez que yo veía a Leigh Cabot, se había trasladado a Libertyville desde una ciudad de Massachusetts hacía tres semanas, así que se la había visto por allí. Alguien me había dicho que su padre trabajaba para 3M, los que hacían cinta adhesiva transparente.

Ni siquiera era la primera vez que me fijaba en ella porque Leigh Cabot era, para decirlo sencillamente, una hermosa muchacha. He observado que, en las obras de ficción, los autores inventan siempre una imperfección aquí o allí en las mujeres que presentan. Quizá porque creen que la auténtica belleza es un estereotipo, o porque creen que algún que otro defecto da mayor realismo a la dama. Así, pues, ella será hermosa no obstante tener un labio inferior demasiado largo, o una nariz demasiado afilada, o quizá tenga el pecho liso. Siempre hay algo.

Pero Leigh Cabot era simplemente hermosa, sin atenuaciones. Su piel era clara y perfecta, de ordinario con un toque de color perfectamente natural. Tendría alrededor de 1,70 de estatura, bastante para una mujer, pero no demasiado, y su figura era preciosa: pechos altos y firmes, una cintura tan pequeña que parecía casi como si pudiera uno rodearla con las manos (en cualquier caso, daban ganas de intentarlo), bellas caderas, piernas magníficas. Rostro hermoso, figura armoniosa e incitante: artísticamente desprovista de interés, supongo, sin un labio inferior demasiado alargado, o una nariz afilada, o un abultamiento prominencia en alguna parte (ni siquiera un atractivo diente torcido..., debía de tener también un gran ortodoncista), pero, ciertamente, no carecía de interés mirarla.

Varios chicos habían intentado salir con ella y habían sido cortésmente rechazados. Se suponía que, probablemente, guardaba la ausencia a algún tipo de Andover, o Braintree, o de dondequiera que fuese, y que se le pasaría con el tiempo. Dos de las clases que yo tenía con Arnie las compartía también con Leigh, y sólo había estado esperando mi oportunidad antes de tomar mi propia iniciativa.

Ahora, viéndoles mirarse mientras Arnie buscaba la tarea y ella la copiaba con atención, me pregunté si llegaría a tener oportunidad de alguna iniciativa. Luego me sonreí para mis adentros. Arnie Cunningham, el cara-*pizza* y Leigh Cabot. Era totalmente ridículo. Era...

Y, de pronto, la sonrisa interior se esfumó. Observé por tercera vez —la definitiva— que el cutis de Arnie estaba mejorando con casi sorprendente rapidez. Las manchas habían desaparecido. Algunas de ellas habían dejado diminutas cicatrices en sus mejillas, cierto, pero si un tipo tiene rostro enérgico, eso no parece importar mucho, en cierto modo, puede incluso dar personalidad.

Leigh y Arnie se observaron subrepticamente, y yo observé de reojo a Arnie, preguntándome cuándo y cómo exactamente había tenido lugar este milagro. La luz del sol penetraba oblicuamente por las ventanas del aula de Thompson, delineando con toda claridad las facciones de mi amigo. Parecía... más viejo. Como si hubiera vencido a las manchas y al acné no sólo con un lavado regular y la aplicación de alguna crema especial, sino adelantando de alguna manera el reloj tres años. Su pelo había variado también: ahora lo llevaba más corto, y las patillas que se

había dejado desde que le fue posible (unos dieciocho meses antes) habían desaparecido.

Rememoré aquella nublada tarde en que fuimos a ver la película de Kung-fu de Chuck Norris. Decidí que esa fue la primera vez que había advertido una mejora. Por la época en que se había comprado el coche. Quizás era eso. «*Adolescentes del mundo, regocijaos. Resolved para siempre los problemas del acné. Comprad un coche viejo y...*».

La sonrisa interior, que había estado emergiendo de nuevo, se esfumó de sopetón.

Comprar un coche viejo, ¿y qué conseguirá eso? ¿Te cambiará la cabeza, la forma de pensar, mudando así tu metabolismo? ¿Liberará tu verdadera personalidad? Me pareció oír a Stukey James, nuestro profesor de matemáticas de la escuela superior, susurrando en mi cabeza su repetido estribillo: «*Si seguimos hasta el final esta línea de razonamiento, señoras y caballeros, ¿adónde nos lleva?*». ¿Adónde realmente?

—Gracias, Arnie —dijo Leigh, con su voz clara y suave. Había guardado, doblada en su cuaderno, la tarea copiada.

—No hay de qué —respondió él.

Se encontraron sus ojos —hasta entonces sólo se habían dirigido furtivas miradas el uno al otro—, y hasta yo pude sentir saltar la chispa.

—Te veré en la sexta clase —explicó ella, y se alejó haciendo ondular suavemente las caderas bajo la verde falda de punto, mientras sus cabellos se balanceaban sobre su espalda.

—¿Qué tienes tú que ver con su sexta clase? —pregunté. Yo tenía estudio en esa clase, un estudio vigilado por formidable Miss Raypach, a quien los chicos llamaban Miss Rata Paca... pero nunca a la cara, como es natural.

—Cálculo —dijo, con una voz soñadora y almibarada tan impropia de él que me eché a reír. Me miró, frunciendo el ceño—. ¿De qué te ríes, Dennis?

—Caaalculo —repetí.

Hice rodar los ojos, agité las manos y reí con más fuerza.

Me amenazó con el puño.

—Ándate con ojo, Guilder —exclamó.

—Déjate de gaitas, cara de patata.

—Te meten en la Universidad, y mira lo que le pasa al jodido equipo de fútbol americano.

Mr. Hodder, que enseña a los chicos de primero las cuestiones más escogidas de gramática, acertó a pasar aquel momento y dirigió una severa mirada a Arnie.

—Cuida tu lenguaje en la escuela —dijo, y continuó su camino, con una cartera en una mano y una hamburguesa en la otra.

Arnie se había puesto rojo como la grana, siempre ocurre cuando un profesor le dirige la palabra (era una reacción tan automática que cuando estábamos en la escuela elemental acababa siendo castigado por cosas que no había hecho, sólo porque parecía culpable). Probablemente, esto dice algo respecto a la forma en que le habían educado Michael y Regina: yo soy bueno, tú eres bueno, yo soy una persona, tú eres una persona, los dos nos respetamos totalmente, y siempre que alguien haga algo raro tú tendrás una especie de reacción alérgica de culpabilidad. Todo lo cual forma parte de crecer a lo liberal de Estados Unidos, supongo.

—Cuida tu lenguaje, Cunningham —dije—. O te meteré en un follón de carajo.

Se echó a reír él también. Continuamos andando por el ruidoso pasillo. Pasaban chicos en todas direcciones, otros permanecían apoyados en sus armarios, comiendo. Estaba prohibido comer en los pasillos, pero muchos lo hacían.

—¿Has traído tu almuerzo? —pregunté.

—Sí.

—Vamos a comer en las gradas.

—¿No estás harto ya de ese campo de fútbol americano? —preguntó Arnie—. Si el sábado pasado hubieras permanecido más tiempo tirado por los suelos, creo que alguno de los vigilantes habría acabado plantándote.

—No te preocupes. Esta semana jugamos fuera. Y quiero largarme de aquí.

—De acuerdo, nos veremos allí.

Se alejó y yo acudí a mi taquilla para coger mi almuerzo. Tenía cuatro bocadillos. Desde que Puffer había comenzado sus maratónicas sesiones de entrenamiento, parecía encontrarme siempre hambriento.

Recorrí el pasillo, pensando en Leigh Cabot y en lo pendiente de ellos que estaría todo el mundo si empezaran a salir juntos. La sociedad de la escuela superior es muy observadora. Las chicas van todas vestidas a la última y más extravagante moda, la mayoría de los chicos tienen pelo largo, y el que más y el que menos fuma algún porro que otro, pero eso es sólo la pátina exterior, la defensa que uno erige mientras trata de averiguar qué es exactamente lo que le está ocurriendo a su vida. Es como un espejo... que utiliza uno para reflejar la luz del sol sobre los ojos de padres y profesores, esperando confundirlos antes de que ellos puedan confundirle a uno más de lo que ya está. En el fondo, la mayoría de los chicos de escuela superior son tan lanzados e innovadores como un grupo de banqueros republicanos en una reunión social de iglesia. Hay chicas que pueden tener todos los álbumes editados por Black Sabbath, pero si Ozzy Osbourne fuese a su escuela y les pidiese una cita, la chica solicitada (y todas sus amigas) soltarían el trapo al reírse ante semejante idea.

Desaparecidos su acné y sus granos, Arnie tenía buen aspecto..., más que bueno en realidad. Pero yo suponía que ninguna chica que hubiera ido con él a la escuela en las temporadas en que peor estaba su cara querría salir con él. En realidad, no le veían como era ahora; veían un recuerdo de él. Pero Leigh era diferente. Como venía de otra escuela, no tenía ni idea de lo horrible que había sido Arnie durante sus tres primeros años en la superior de Libertyville. La tendría, desde luego, si cogiese el *Libertonian* del año anterior y echara un vistazo a la fotografía del club de ajedrez, pero, curiosamente, esa misma tendencia republicana le induciría, casi con toda seguridad, a prescindir de ella. Lo que es ahora es para siempre: preguntadle a cualquier banquero republicano y os diré que así es como debería funcionar el mundo.

Los chicos de escuela superior y los banqueros republicanos: cuando uno es pequeño da por sentado que todo cambia constantemente. Cuando uno es adulto, da por sentado que las cosas van a cambiar por mucho que uno intente mantener el *statu quo* (hasta los banqueros republicanos lo saben; quizá no les guste, pero lo saben). Sólo cuando es uno adolescente habla constantemente del cambio y cree en el fondo de su corazón que no llega a producirse nunca.

Salí con mi gigantesca bolsa del almuerzo en una mano y, cruzando el aparcamiento, me dirigí hacia el edificio de talleres. Es una estructura parecida a un granero, alargada con costados de chapa ondulada pintada de azul: no muy diferente por su diseño del garaje de Will Darnell, pero mucho más limpia. Allí están la carpintería, el taller automovilístico y el departamento de artes gráficas. Supuestamente, la zona reservada para fumar está al otro lado, pero los días de buen tiempo a la hora de comer, suele haber muchos alumnos de los talleres a lo largo del edificio, con sus botas de motorista o sus afilados zapatos cubanos apoyados contra la pared, fumando y hablando con sus amigas. O tocándolas.

Hoy no había absolutamente nadie a lo largo del lado derecho del edificio, y eso debería haberme indicado que algo pasaba, pero no reparé en ello. Estaba absorto en mis propios pensamientos acerca de Arnie y Leigh y de la psicología del moderno estudiante norteamericano de escuela superior.

La zona destinada a fumar —la «oficialmente» destinada a fumar— se encuentra en un pequeño callejón sin salida situado detrás del taller automovilístico. Y más allá de los talleres, cincuenta o sesenta metros más lejos, está el campo de fútbol americano, dominado por el gran marcador electrónico sobre el que figuraban las palabras ESTADIO TERRIERS.

Había un grupo de estudiantes poco más allá de la sala reservada a fumadero, unos veinte o treinta de ellos en apretado círculo. Eso significa de ordinario que está teniendo lugar una pelea o, la mayoría de las veces, la clásica pamema en que dos tipos que no están lo bastante furiosos como para pegarse andan dándose empujones y golpeándose en los hombros, tratando de proteger sus reputaciones de machos.

Eché un vistazo hacia allí, pero sin verdadero interés. No quería presenciar una pelea, quería almorzar y averiguar si había algo entre Arnie y Leigh Cabot. Si había algo, aunque fuese poco, quizás ello pudiera distraerle de su obsesión con *Christine*. Una cosa era segura: Leigh Cabot no tenía herrumbre en su carrocería.

Entonces, una chica lanzó un chillido, y alguien gritó:

«¡Eh, no! ¡Tira eso, hombre!». La cosa me dio mala espina. Cambié de dirección para ver qué estaba ocurriendo.

Me abrí paso entre el grupo y vi a Arnie en el centro del corro, con las manos ligeramente extendidas hacia delante a la altura del pecho. Parecía pálido y asustado, pero no aterrorizado. A poca distancia a su izquierda, estaba su bolsa del almuerzo, con una gran zapatilla deportiva dibujada en ella. Delante de él, con pantalones vaqueros y una camiseta blanca de Hanes en la que se marcaban todos los músculos de su pecho, se hallaba Buddy Repperton.

Empuñaba una navaja de muelles en la mano derecha y la movía lentamente a un lado y otro ante su rostro, como un mago haciendo pases místicos. Era alto y corpulento. Su pelo era largo y negro, y lo llevaba recogido en cola de caballo con una tira de cuero. Su rostro parecía estúpido y vil y sonreía ligeramente. Sentí una mezcla de desaliento y de miedo. No sólo parecía estúpido y vil, parecía enloquecido.

—Te dije que te iba a escarmentar —explicó con suavidad a Arnie.

Ladeó la navaja y la blandió en el aire en dirección a Arnie. Este retrocedió un poco. La navaja tenía cachas de marfil, con un botón

cromado que accionaba el resorte. La hoja presentaba unos veinte centímetros de longitud; no era una navaja, sino una auténtica bayoneta.

—¡Eh, Buddy, endíñale! —gritó jubilosamente Don Vadenberg, y sentí que se me secaba la boca.

Miré al chico que estaba a mi lado, un novato que yo no conocía. Parecía absolutamente hipnotizado, todo ojos.

—Eh —exclamé, y, como no reaccionara, le di un codazo en el costado—. ¡Eh!

Dio un respingo y me miró, aterrorizado.

—Vete a buscar al señor Casey. Suele almorzar en la carpintería. Ve a llamarle en seguida.

Repperton me miró y, luego, miró a Arnie.

—Vamos, Cunningham —dijo—. ¿Vas a pelear o no?

—Tira esa navaja, y lo haré, cagón —replicó Arnie.

Su voz era completamente tranquila. Cagón: ¿Dónde había oído antes esa palabra? ¿No había sido a George LeBay? Claro. Era la palabra que había utilizado su hermano.

Al parecer, no era la palabra que le gustase a Repperton. Enrojeció y dio un paso más hacia Arnie. Arnie se desplazó lateralmente. Pensé que algo iba a suceder muy pronto: quizás una de esas cosas que requieren puntos de sutura y dejan cicatriz.

—Vete ya a llamar a Casey —dije al novato, y se fue.

Pero pensé que, probablemente, todo habría terminado antes de que llegase Mr. Casey: a menos, quizá, que yo pudiese retardar las cosas un poco.

Así, pues, dije:

—Tira la navaja, Repperton.

Volvió de nuevo la vista hacia mí.

—Vaya —exclamó—. Es el amigo de Caracoño. ¿Quieres obligarme a tirarla?

—Tú tienes una navaja, y él no. Eso es de cobardes.

Enrojeció con mayor intensidad. Se había roto su concentración. Volvió la vista hacia Arnie y luego otra vez hacia mí. Arnie me dirigió una mirada de agradecimiento... y se acercó un poco más a Repperton. No me gustaba eso.

—Tírala —le gritó alguien a Repperton.

Otro más repitió su grito, y luego, todos empezaron a corear:

—¡Tírala, tírala, tírala!

A Repperton no le gustaba esto. No le importaba ser el centro de la atención, pero no era ésta la atención que quería. Su mirada volvió a oscilar nerviosamente, primero a Arnie, luego hacia mí, a continuación a los otros. Un mechón de pelo le cayó sobre la frente y se lo echó hacia atrás.

Cuando volvió a mirar hacia mí, yo hice un ademán como si fuese a atacarle. La navaja giró hacia donde yo estaba y Arnie se movió: se movió con más rapidez de la que yo hubiera creído posible. Con el canto de su mano derecha, asestó un defectuoso pero eficaz golpe de kárate. Le dio a Repperton en la muñeca e hizo caer la navaja de la mano. El arma chocó metálicamente contra el suelo. Repperton se agachó para cogerla. Arnie calculó sus movimientos con fulminante precisión y, cuando la mano de Repperton se alargó sobre el asfalto, Arnie la pisó. Con fuerza. Repperton lanzó un grito.

Don Vandenberg intervino entonces con rapidez, empujó a Arnie y le tiró al suelo. Sin saber muy bien lo que iba hacer, me adelanté y, con toda la fuerza que pude reunir, di a Vandenberg una patada en el culo, le asesté con puntera, como si golpearse una pelota de fútbol americano.

Vandenberg, un tipo alto y delgado que tendría entonces diecinueve o veinte años, empezó a gritar y saltar, agarrándose el trasero. Olvidó su intención de ayudar a Buddy y dejó de ser un factor a tener en cuenta. Me sorprende que no le dejara paralizado. Nunca le he dado a nadie ni a nada un puntapié tan fuerte, y, amigos míos, el resultado fue estupendo.

Justo entonces, un brazo se cerró en torno a mi tráquea y una mano se introdujo entre mis piernas. Comprendí lo me iba a suceder una fracción de segundo demasiado tarde para impedirlo. Recibí en los huevos un poderoso estrujón que envió oleadas de dolor desde mi ingle al estómago y por las piernas, dejándomelas tan flojas que, cuando el brazo me soltó la garganta, me desplomé, simplemente, al suelo.

—¿Qué te ha parecido eso, carapicha? —me preguntó un tipo corpulento y de dentadura cariada.

Llevaba unas gafas pequeñas y delicadas de montura metálica que resultaban absurdas en su cara ancha y estúpida. Era Moochie Welch, otro de los amigos de Buddy.

De pronto, el círculo de espectadores empezó a disgregarse y oí una voz de hombre que gritaba:

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí inmediatamente! ¡Marchaos! ¡Fuera, maldita sea!

Era Mr. Casey. Por fin, Mr. Casey.

Buddy Repperton cogió rápidamente su navaja. Plegó la hoja y se la guardó en el bolsillo posterior del pantalón. Tenía la mano ensangrentada y parecía como si fuera a hinchársele. El miserable hijo de puta... Esperaba que se le hinchase hasta que pareciese uno de esos guantes que el Pato Donald lleva en las historietas.

Moochie Welch se apartó de mí, miró hacia donde sonaba la voz de Mr. Casey y se acarició la comisura de los labios con el pulgar.

—Más tarde, carapicha —explicó.

Don Vandenberg se movía con mayor lentitud ahora pero seguía frotándose la parte afectada. Lágrimas de dolor le corrían por la cara.

Arnie se acercó a mí y me ayudó a levantarme. Tenía la camisa manchada a consecuencia de la caída, y algunas colillas aplastadas en las rodillas de sus pantalones.

—¿Estás bien, Dennis? ¿Qué te ha hecho?

—Me ha apretado los huevos. No es nada.

Eso esperaba, al menos. Si eres un hombre y te han pegado alguna vez en los huevos (y a quién no), ya sabes lo que es. Si eres una mujer, no lo sabes, no puedes saberlo. El dolor inicial es sólo el principio, se va desvaneciendo para ser sustituido por una sorda y palpitante sensación de presión que se enrosca en la boca del estómago. Y lo que esa sensación dice es: ¡Eh, se está bien aquí atada en la boca de tu estómago, haciéndote pensar que vas a vomitar y, al mismo tiempo, cagarte en los pantalones! Creo que me quedaré un ratito, ¿eh? ¿Qué te parece una media hora o así? ¡Estupendo! Que le estrujen a uno huevos no es una de las grandes emociones de la vida.

Mr. Casey se abrió paso por entre el grupo de espectadores, que ya se iba disolviendo y se hizo cargo de la situación. Era de estatura y edad medias y estaba empezando a quedarse calvo. Llevaba grandes gafas de montura de concha. Tenía predilección por las camisas blancas corrientes —sin corbata—, y llevaba una ahora. No era corpulento, pero

Mr. Casey imponía respeto. Nadie se andaba con bromas con él, porque no tenía a los chicos en el lado que les tienen tantos otros profesores. Los chicos lo sabían. Buddy, Don y Moochie lo sabían también, bajaron los ojos y arrastraron nerviosamente los pies.

—Largo —exclamó vivamente Mr. Casey a los pocos espectadores que quedaban y que empezaron a alejarse. Moochie Welch trató de escabullirse con ellos—. Tú, no. Peter —dijo Mr. Casey.

—Eh, yo no he hecho nada, Mr. Casey —replicó Moochie.

—Yo tampoco —terció Don—. ¿Por qué se mete siempre con nosotros?

Mr. Casey se acercó a mí, que continuaba apoyándome en Arnie.

—¿Estás bien, Dennis?

Estaba empezando finalmente a recuperarme..., no me habría sido posible si uno de mis muslos no hubiera obstaculizado parcialmente la mano de Welch. Asentí.

Mr. Casey volvió adonde Buddy Repperton, Moochie Welch y Don Vandenberg permanecían silenciosos y azorados. Don no había estado bromeando, había hablado por los tres. Se sentían realmente atacados.

—Muy bonito, ¿eh? —dijo finalmente Mr. Casey—. Tres contra dos. ¿Así es como te gusta hacer las cosas, Buddy? La ventaja no parece suficiente para ti.

Buddy levantó la vista, miró torvamente a Casey y volvió a bajarla.

—Ellos empezaron.

—No es verdad... —musitó Arnie.

—Cierra el pico, Caracoño —exclamó Buddy.

Iba a añadir algo, pero, antes de que pudiese hacerlo, Mr. Casey le agarró y le empujó contra la pared trasera del taller. Había allí un letrero de hojalata que decía PERMISO DE FUMAR SOLO AQUÍ. Mr. Casey empezó a golpear contra él a Buddy Repperton, y cada vez que lo hacía el letrero resonaba en dramática puntuación. Manejaba a Repperton como cualquiera de nosotros habría podido manejar a una muñeca de trapo. Supongo que tenía músculos en alguna parte.

—Tú tienes que cerrar la boca —dijo, y volvió a golpear a Buddy contra el letrero—. Debes cerrar la boca o limpiarla. Porque no quiero oírte esa clase de cosas, Buddy.

Soltó la camisa de Repperton. Se la había sacado de los pantalones dejando al descubierto su blanco vientre. Volvió la vista hacia Arnie.

—¿Qué decías?

—Yo pasaba por delante del fumadero para ir a almorzar al campo de fútbol americano —explicó Arnie—. Repperton estaba fumando allí con sus amigos. Se me acercó, tiró al suelo mi bolsa de comida y la pisoteó —pareció que iba a decir algo más, titubeó y sólo añadió—. Eso empezó la pelea.

Pero yo no pensaba dejar así las cosas. En circunstancias normales, no soy ningún chivato, pero Repperton había decidido, al parecer, que hacía falta algo más que una buena paliza para vengarse de haber sido expulsado de *Darnell's* ... Podría haber rajado a Arnie, quizás incluso haberle matado.

—Mr. Casey —dije.

Me miró. Detrás de él, los verdes ojos de Buddy Repperton fulguraron venenosamente en mi dirección: una advertencia. Mantén cerrada la boca, esto es entre nosotros. Un año antes, un torcido sentimiento de orgullo podría haberme forzado a callar y seguir el juego, pero ahora no.

—¿Qué hay, Dennis?

—Se la tiene jurada a Arnie desde el verano. Lleva una navaja y parecía dispuesto a clavársela.

Arnie me estaba mirando, con ojos opacos e indescifrables. Pensé en él llamándole cagón a Repperton —la palabra de LeBay—, y sentí carne de gallina en la espalda.

—¡Maldito mentiroso! —exclamó dramáticamente Repperton—. ¡Yo no tengo ninguna navaja!

Mr. Casey le miró sin decir nada. Vandenberg y Welch parecían ahora sumamente inquietos... asustados. Su posible castigo por esta pelea había progresado más allá de la retención después de clase, a lo que estaban acostumbrados, y de la suspensión, que ya habían experimentado, hasta los límites máximos de la expulsión.

Tenía que añadir algo. Reflexioné y estuve a punto de no hacerlo. Pero se había tratado de Arnie, y Arnie era mi amigo, y, en el fondo, no creía sólo que hubiera tenido intención de clavarle a Arnie aquella navaja, lo sabía. Continué.

—Es una navaja de muelles.

Ahora, los ojos de Repperton no sólo fulguraron, ardieron, fulminando en silencio toda clase de amenazas.

—Eso es falso, Mr. Casey —dijo roncamente—. Está mintiendo. Se lo juro.

Mr. Casey no abrió la boca. Miró con lentitud a Arnie.

—Cunningham —dijo—. ¿Ha esgrimido Repperton una navaja contra ti?

Arnie no respondió en seguida. Luego, con voz que era apenas más que un suspiro, dijo:

—Sí.

La llameante mirada de Repperton se dirigió ahora a los dos.

Casey se volvió hacia Moochie Welch y Don Vandenberg. Me di cuenta al instante de que había cambiado su forma de manejar el asunto, había empezado actuando lenta y cuidadosamente, como si tanteara el terreno antes de avanzar. Mr. Casey había captado ya las consecuencias.

—¿Había una navaja por medio? —les preguntó.

Moochie y Vandenberg se miraron los pies y no respondieron. Era suficiente.

—Vuélvete del revés los bolsillos, Buddy —pidió Mr. Casey.

—¡Y un carajo! —exclamó Buddy. Su voz era estridente—. ¡No puede obligarme!

—Si quieres decir que no tengo autoridad para ello, te equivocas —dijo Casey—. Si quieres decir que yo no puedo volverte por mí mismo los bolsillos si decido hacerlo, también te equivocas. Pero...

—¡Inténtelo, inténtelo! —gritó Buddy—. ¡Y lo estrello contra esa pared, jodido calvo!

Se me estaba revolviendo el estómago. Yo detestaba estas escenas de confrontación, y esta era la peor en que jamás me había visto envuelto.

Pero Mr. Casey tenía las cosas bajo control y nunca se desviaba del rumbo que se había trazado.

—Pero no voy a hacerlo —terminó—. Vas a volverte los bolsillos tú mismo.

—Por los cojones —replicó Buddy.

Estaba de espaldas a la pared posterior del taller para que no se le notase el bulto del bolsillo trasero. El faldón de la camisa le colgaba en dos arrugados picos sobre la bragueta de los pantalones. Sus ojos se volvían a un lado y otro como los de un animal acosado.

Mr. Casey miró a Moochie y Don Vandenberg.

—Vosotros dos, subid al despacho y quedaos allí hasta que yo vaya —explicó—. No vayáis a ningún otro sitio, ya tenemos bastantes problemas sin necesidad de ello.

Se alejaron lentamente, muy juntos, como si buscaran protección el uno en el otro. Moochie volvió la vista hacia atrás. En el edificio principal sonó la campana. Los alumnos empezaron a entrar con lentitud, algunos de ellos lanzándonos miradas de curiosidad. Nos habíamos quedado sin almuerzo, pero no importaba. Yo ya no tenía hambre.

Mr. Casey volvió de nuevo su atención hacia Buddy.

—Estás en terrenos de la escuela en estos momentos —dijo—. Deberías dar gracias a Dios por ello, porque tienes una navaja, y si la has esgrimido, eso es agresión con un arma homicida. Le mandan a uno a la cárcel por eso.

—¡Demuéstrelo, demuéstrelolo! —gritó Buddy.

Le llameaban las mejillas, y respiraba nerviosa y entrecortadamente.

—Si no te vuelves del revés los bolsillos ahora mismo firmaré tu hoja de expulsión. Luego, llamaré a la policía y, en cuanto pongas los pies fuera de la verja, serás detenido. Comprendes la situación, ¿verdad?

Miró ceñudamente a Buddy.

—Nosotros gobernamos aquí nuestra propia casa —explicó—. Pero, si tengo que firmar tu expulsión, Buddy, entonces pasas a depender de ellos. Naturalmente, si no tienes una navaja, no tienes nada que temer. Pero, si la tienes, y te la encuentran...

Hubo un momento de silencio. Estábamos inmóviles los cuatro. Yo no pensaba que fuese a hacerlo, cogería su hoja de expulsión y trataría de esconder la navaja en alguna parte. Luego, debió de comprender que los polis la buscarían y, probablemente, la encontrarían, porque sacó la navaja de su bolsillo posterior y la tiró sobre el asfalto. Al caer, golpeó con el botón que accionaba el resorte. Emergió la hoja, que brilló malignamente bajo el sol de la tarde, veinte centímetros de acero cromado.

Arnie la miró y se frotó los labios con el dorso de la mano.

—Sube al despacho, Buddy —dijo reposadamente Mr. Casey—. Espera allí hasta que yo vaya.

—¡Mierda para el despacho! —exclamó Buddy.

Su voz era aguda e histérica. Le había vuelto a caer un mechón de pelo sobre la frente y se lo echó hacia atrás.

—Me largo de esta jodida pocilga.

—Sí, muy bien, de acuerdo —replicó el señor Casey, con el mismo tono de voz que si Buddy le hubiera ofrecido una taza de café.

Comprendí entonces que Buddy estaba totalmente acabado en la escuela superior de Libertyville. Ni retención, ni vacación de tres días, sus padres recibirían por correo la hoja de expulsión, en la que se explicaría por qué era expulsado su hijo y se les haría saber sus derechos y opciones legales en la materia.

Buddy nos miró a Arnie y a mí... y sonrió.

—Os arreglaré las cuentas —dijo—. Me vengaré. Desearéis no haber nacido.

Dio una patada a la navaja, que salió despedida, girando sobre sí misma y reluciendo al sol.

Luego, Buddy se alejó, haciendo sonar las chapas de sus botas de motorista.

Mr. Casey nos miró, tenía una expresión triste y fatigada.

—Lo siento —dijo.

—No es nada —respondió Arnie.

—¿Queréis hojas de salida? Os las puedo firmar si queréis iros a casa durante el resto del día.

Miré a Arnie, que se estaba sacudiendo la camisa. Meneó la cabeza.

—No, no hace falta —repliqué.

—Muy bien. Entonces, unas hojas de autorización para llegar tarde.

Fuimos a la habitación de Mr. Casey y nos entregó las hojas para nuestra próxima clase, que casualmente compartíamos: Física Superior. Al entrar en el laboratorio de física, muchos compañeros nos miraron con curiosidad y se oyeron murmullos.

Al final de la clase sexta circuló la hoja de ausencias producidas por la tarde. La examiné y vi los nombres de Repperton, Vandenberg y Welch, seguidos cada uno de ellos por una (R). Pensaba que Arnie y yo seríamos llamados al despacho al terminar las clases para contar lo que había sucedido a Mr. Lothrop, el encargado de la disciplina escolar. Pero no fue así.

Busqué a Arnie después de las clases, pensando que iríamos juntos a casa y hablaríamos un poco de lo ocurrido, pero también en eso me equivocaba. Se había ido al garaje de Darnell para trabajar en *Christine* .

17. *Christine* de nuevo en la calle

I got a 1966 cherry-red Mustang Ford

She got a 380 horsepower overload,

You know she's way too powerful

To be crawling on these Interstate roads.

CHUCK BERRY

No tuve oportunidad de hablar realmente con Arnie hasta el sábado siguiente, después del partido de fútbol americano. Y esa fue también la primera vez desde que la compró, en que *Christine* salió a la calle.

El equipo fue a Hidden Hills, a unos 25 kilómetros de distancia, en el viaje escolar en autobús más silencioso que yo he realizado jamás. Podríamos haber estado yendo a la guillotina en vez de a un partido de fútbol americano. Ni aun el hecho de que su palmarés, 1-2, fuese sólo ligeramente mejor que el nuestro animaba gran cosa a nadie. El entrenador, Puffer, iba en el asiento situado tras el conductor, pálido y silencioso, como si tuviera una fuerte resaca.

De ordinario, un viaje para asistir a un partido fuera de casa era una combinación de caravana y circo. Un segundo autobús, cargado con las *majorettes*, la banda y todos los alumnos que se habían apuntado, seguía al autobús del equipo. Detrás de los dos autobuses, había una cola de quince o veinte coches, la mayoría de ellos llenos de adolescentes, y con pegatinas de APLASTADLOS, TERRIERS, tocando el claxon, encendiendo y apagando las luces, todas esas cosas que, probablemente, recordáis de vuestros tiempos en la escuela superior.

Pero en este viaje sólo iba el autobús de la banda y las *majorettes* (y ni siquiera iba lleno, en un año de victorias, si para el martes no te apuntaban para el segundo autobús, te quedabas sin ir) y tres o cuatro coches detrás de él. Los amigos de los buenos tiempos se habían esfumado ya. Y yo estaba sentado en el autobús del equipo junto a Lenny Barongg, preguntándome sombríamente si resultaría lesionado esa tarde, ignorante del todo de que uno de los pocos coches que seguían hoy al autobús era *Christine*.

En el aparcamiento de Hidden Hills. Su banda estaba ya en el campo, se oía con toda claridad el golpeteo del gran tambor, extrañamente magnificado bajo el nublado firmamento. Iba a ser el primer sábado realmente bueno para jugar al fútbol americano, fresco, nublado y otoñal.

Ver a *Christine* aparcado junto al autobús de la banda era ya bastante sorprendente, pero cuando Arnie se apeó por un lado y Leigh Cabot lo hizo por el otro, quedé totalmente estupefacto..., y un tanto celoso. La chica llevaba un par de ajustados pantalones de lana marrón y un jersey blanco de punto, sobre cuyos hombros se derramaban en cascada sus rubios cabellos.

—Arnie —saludé—. ¿Qué hay?

—Hola, Dennis —respondió con cierta timidez.

Me di cuenta de que algunos de los jugadores que bajaban del autobús estaban mirando también sorprendidos, allí estaba Cara-Pizza Cunningham con la imponente nueva de Massachusetts. ¿Cómo había sucedido eso?

—¿Qué tal estás?

—Muy bien —respondió—. ¿Conoces a Leigh Cabot?

—De clase —dije—. Hola, Leigh.

—Hola, Dennis. ¿Vais a ganar hoy?

Bajé la voz hasta convertirla en un ronco susurro.

—Tenemos que ganar. Por huevos.

Arnie enrojeció ligeramente, pero Leigh se llevó la mano a la boca y soltó una risita.

—Vamos a intentarlo, pero no lo sé —acabé.

—Nosotros os animaremos —siguió Arnie—. Me parece estar viendo ya el titular del periódico: En una gran actuación, Guilder máximo goleador de la Liga.

—Guilder ingresa en el hospital con fractura de cráneo: eso es más probable —dije—. ¿Cuántos han venido? ¿Diez? ¿Quince?

—Así tendremos más sitio en las gradas —explicó Leigh.

Le cogió a Arnie del brazo, sorprendiéndole y complaciéndole, creo. Ya me caía bien. Podría haber sido una zorra o una estúpida —me parece que muchas chicas realmente guapas son una cosa o la otra—, pero ella no era ninguna de las dos.

—¿Qué tal va el cacharro? —pregunté, dirigiéndome hacia el coche.

—Bastante bien.

Me siguió, procurando no sonreír demasiado ampliamente.

El trabajo había progresado, y se habían hecho en el Fury las suficientes reparaciones como para que no pareciese tan destartado. Había sido sustituida la otra mitad de la vieja y herrumbrosa rejilla del radiador y había desaparecido por completo la telaraña de estrías del parabrisas.

—Has cambiado el parabrisas —comenté.

Arnie asintió con la cabeza.

—Y el capó.

El capó estaba limpio, nuevo y flamante, en agudo contraste con los costados moteados de herrumbre. Era de un intenso color rojo de coche de bomberos. Arnie la tocó posesivamente y el gesto se convirtió en una caricia.

—Sí. Lo he puesto yo mismo.

Esto me chocó. Todo lo había hecho él mismo, ¿no?

—Dijiste que lo ibas a convertir en una pieza de exposición —comenté—. Estoy empezando a creerte.

Di la vuelta hasta el lado del conductor. El tapizado de las puertas y el suelo continuaba sucio y desastrado, pero la tapicería del asiento delantero había sido sustituida ya así como la del trasero.

—Va a quedar estupendo —explicó Leigh, pero había una cierta inexpresividad en su voz.

No era tan naturalmente animada y efervescente como cuando estábamos hablando del partido, y eso me hizo mirarla. Un vistazo fue suficiente. No le gustaba *Christine*. Lo comprendí completa y absolutamente, como si hubiera captado una de sus ondas cerebrales. Ella intentaría que le gustase el coche porque le gustaba Arnie. Pero..., nunca lo conseguiría realmente.

—Así que ya tienes cubiertos los requisitos para poder circular —dije.

—Bueno... —Arnie pareció desasosegado—. No del todo.

—¿Qué quieres decir?

—El claxon no funciona, y a veces se apagan los pilotos cuando piso el freno. Creo que hay un cortocircuito en alguna parte, pero aún no he podido arreglarlo.

Miré el nuevo parabrisas: tenía pegada una viñeta de inspección. Arnie siguió mi mirada y adoptó una expresión turbada y un poco truculenta al mismo tiempo.

«Y además —pensé—, tenías esta cita, ¿verdad?».

—No es peligroso, ¿no es cierto? —preguntó Leigh, dirigiendo la pregunta a algún lugar situado entre Arnie y yo.

Su ceño se había fruncido levemente..., creo que quizás había percibido una súbita corriente fría entre Arnie y yo.

—No —respondí—. No creo. Cuando vas con Arnie, estás yendo con un as del volante.

Esto rompió un poco la extraña tensión que se había acumulado. Del campo de fútbol americano llegó un discordante estruendo de instrumentos de metal y, luego, la voz del director de la banda, débil, pero perfectamente clara bajo el nublado cielo: ¡Otra vez, por favor! ¡Esto es Rodgers y Hammerstein, no rock and ro-ool! ¡Otra vez, por favor!

Nos miramos los tres. Arnie y yo nos echamos a reír y, al cabo de un momento, se nos unió Leigh. Mirándola, volví a sentirme celoso por unos instantes. Yo no quería nada más que lo mejor para mi amigo Arnie, pero ella era realmente algo: diecisiete años, casi dieciocho, exuberante, perfecta, saludable, abierta a todo. Roseanne era bella en su estilo, pero Leigh la hacía parecer un perezoso echando la siesta.

¿Fue entonces cuando empecé a desearla? ¿Cuando empecé a desear a la chica de mi mejor amigo? Sí, supongo que sí. Pero os juro que nunca habría dado un paso hacia ella si las cosas hubieran rodado de otra manera. Sólo que no creo que pudieran rodar de otro modo. O quizás es que tengo que creerlo.

—Será mejor que nos vayamos, Arnie, si queremos encontrar asiento en las gradas visitantes —dijo Leigh, con señorial sarcasmo.

Arnie sonrió. La chica seguía cogiéndole levemente del brazo y él parecía un tanto desconcertado. ¿Por qué no? En su lugar, con mi primera experiencia con una chica, encima tan guapa como Leigh, habría estado ya a punto de enamorarme perdidamente. Sólo deseaba que todo le fuese bien con ella. Supongo que quiero que me creáis aunque no creáis ninguna otra cosa de las que os diga en lo sucesivo. Si alguien merecía un poco de felicidad, ése era Arnie.

El resto del equipo había entrado en los vestuarios de visitantes, situados en la parte posterior del gimnasio.

El entrenador asomó ahora la cabeza.

—¿Podría hacer el favor de honrarnos con su presencia, señor Guilder? —llamó—. Sé que es mucho pedir, y espero que me perdone si tiene algo más importante que hacer. Pero, en caso contrario, ¿querría venir a estos vestuarios?

Murmuré a Arnie y Leigh:

—Esto es Rodgers y Hammerstein, no rock and roool —troté hacia el edificio.

Me dirigí a los vestuarios —el entrenador había vuelto a meterse—, y Arnie y Leigh echaron a andar hacia las gradas. A mitad de camino, me detuve y volví junto *Christine*. Al acercarme, lo hice describiendo un círculo, continuaba subsistiendo aquel absurdo prejuicio contra dirigirme de frente hacia ella.

En la parte de atrás vi una placa de Pensilvania sujeta con un muelle. La levanté un poco y vi una cinta *Dymo* pegada en su cara interior: ESTA PLACA ES PROPIEDAD DEL GARAGE DARNELL, LIBERTYVILLE, PA.

Solté la placa y me incorporé, con el ceño fruncido. Darnell le había dado una viñeta cuando su coche distaba aún mucho de poseer licencia de circulación; Darnell había prestado una placa para que pudiera llevar a Leigh en el coche al partido. Y había dejado de ser Darnell para Arnie, ahora, le había llamado Will. Interesante pero no muy alentador.

Me pregunté si Arnie sería lo bastante estúpido como para creer que los Will Darnell de este mundo hacían más favores por pura bondad de corazón. Esperaba que no, pero no estaba seguro. Ya no estaba seguro de muchas cosas acerca de Arnie. Había cambiado una barbaridad las últimas semanas.

Para sorpresa nuestra, ganamos el partido, en realidad fue uno de los dos únicos que ganamos en toda aquella temporada, y no es que yo estuviera en el equipo cuando la temporada acabó.

No teníamos derecho a ganar, salimos al terreno de juego con espíritu de derrota, y perdimos en la cara y al elegir campo. Los Hillmen (un nombre estúpido para un equipo, pero ¿qué tiene de inteligente llamarse los Terriers si vamos a eso?) hicieron cuarenta yardas en sus dos primeras jugadas, atravesando nuestras líneas defensivas como un cuchillo caliente una barra de mantequilla luego, en la tercera jugada —su tercer uno y diez seguido—, su defensa lateral soltó la pelota. Gary Tardiff la cogió y corrió sesenta yardas para marcar, con una amplia sonrisa en la cara.

Los Hillmen y su preparador se desgañitaban protestando que la pelota había quedado muerta en la línea, pero los árbitros lo rechazaron, y nos pusimos 6-0. Desde mi sitio en el banco, yo podía ver las gradas de visitantes y observé que los pocos hinchas de Libertyville estaban locos de entusiasmo. Supongo que tenían derecho de estarlo, era la primera vez en toda la temporada que estábamos por delante en un partido. Arnie y Leigh agitaban banderines de los Terriers. Les saludé con la mano. Leigh vio, correspondió al saludo y, luego, le dio con el codo a Arnie. Este me saludó también. Parecía como si se estuvieran haciendo muy amigos allí, lo cual me hizo sonreír.

En cuanto al partido, no volvimos a quedarnos atrás después de aquel primer tanto de suerte. Teníamos de nuestro lado esa cosa mítica, ímpetu..., quizá por única vez en el año. No me había convertido en el máximo goleador, como habría predicho Arnie, pero marqué tres veces, una de ellas en una carrera de noventa yardas, la más larga que he hecho jamás. En el medio tiempo íbamos 17-0, y el entrenador era un hombre nuevo. Veía frente a nosotros una recuperación completa, la más rotunda en toda la historia de la Liga. Por supuesto, eso no pasó de ser un sueño, pero estaba excitado ese día, y me alegré por él, lo mismo que me había alegrado el que Arnie y Leigh llegaran a conocerse tan provechosa y fácilmente.

La segunda mitad no fue tan buena, nuestra defensa mudó el aire postrado que había mantenido predominante en nuestros tres primeros partidos, pero nunca estuvimos realmente en peligro. Ganamos 27-18.

Puffer me había sustituido en la última cuarta parte por Brian McNally, que me remplazaría el año siguiente: luego resultó que antes aún que eso. Me duché y me cambie, y salí justo en el momento en que sonaba la campana anunciadora de que faltaban dos minutos.

El aparcamiento estaba lleno de coches, pero vacío de gente. Llegaban del campo fuertes aclamaciones y gritos de los hinchas de Hidden Hills urgiendo a su equipo a hacer lo imposible en los dos últimos minutos de partido.

Desde aquella distancia, todo parecía tan desprovisto de importancia como indudablemente era.

Me dirigí hacia *Christine* .

Allí estaba, con sus costados moteados de herrumbre, su capó nuevo y sus aletas posteriores que parecían tener mil kilómetros de longitud. Un dinosaurio de los felices años 1950, en que todos los millonarios del petróleo eran de Texas y el dólar yanqui se merendaba al yen japonés, en vez de ser al revés. En los tiempos en que Carl Perkins cantaba sobre bicicletas rosadas, Johnny Horton sobre bailar toda la noche en una pista de madera y el líder de los adolescentes del país era Edd «Kokie» Byrnes.

Toqué a *Christine* . Intenté acariciarla como había hecho Arnie; tomarle simpatía por consideración a Arnie, como había hecho Leigh. Seguramente, si alguien podía esforzarse a ello, éste tenía que ser yo. Leigh conocía a Arnie desde hacía un mes. Yo le conocía de toda la vida.

Deslicé la mano por la herrumbrosa superficie, y pensé en George LeBay, y en Verónica y Rita LeBay, y en algún momento a lo largo del proceso la mano que se suponía estaba acariciando se cerró, y la descargué con todas fuerzas contra el flanco de *Christine* : con fuerza suficiente como para lastimarme la mano y proferir una risita inofensiva y preguntarme qué diablos creía que estaba haciendo.

Se percibió el sonido de la herrumbre, que caía al suelo, desmenuzada en pequeños copos.

El sonido de un bombo desde el campo de fútbol americano, con los latidos del corazón de un gigante.

El sonido de mi propio corazón.

Intenté abrir la puerta delantera.

Estaba cerrada.

Me pasé la lengua por los labios y advertí que estaba asustado.

Era casi como si —resultaba gracioso, resultaba hilarante—, era casi como si yo no le agradara al coche, como si sospechase que yo quería interponerme entre él y Arnie, que si yo no quería ponerme delante de él era porque...

Reí otra vez, y luego recordé mi sueño y dejé de reír. Se le parecía demasiado como para sentirse tranquilo. Era Chubby McCarthy tocando la trompeta, naturalmente no en Hidden Hills, pero el resto aportaba una onírica y agria sensación de *déjà vu* : el sonido de las ovaciones, salido de los choques entre cuerpos almohadillados, el viento silbando por entre los árboles que se alzaban hacia el nublado cielo.

Roncaría el motor. El coche se lanzaría hacia delante, pararía, avanzaría, se pararía. Y, luego, los neumáticos rechinarían al abalanzarse directamente contra mí.

Deseché la idea. Ya era hora de que dejase de pensar tales idioteces. Era hora más que sobrada de que dominase mi imaginación. Esto era un coche, nada de *Christine* , sino sólo un Plymouth Fury de 1958 que había salido de una cadena de montaje de Detroit juntamente con otros cuatrocientos mil más.

Dio resultado... al menos temporalmente. Sólo para demostrar el poco miedo que le tenía, me arrodillé y miré bajo él. Lo que vi era más

extraordinario aún que la desordenada forma en que el coche estaba siendo reconstruido por arriba. Había tres amortiguadores nuevos *Pleasurer*, pero el cuarto era una oscura ruina embadurnada de grasa seca que parecía cómo si hubiese estado allí desde siempre. El tubo de escape era tan nuevo que todavía estaba plateado, pero el silenciador parecía bastante vetusto y su cabezal se encontraba en muy mal estado. Mirando, pensando en las emanaciones que podían filtrarse al salir desde allí, acudió de nuevo a mi mente la imagen de Verónica LeBay. Porque las emanaciones del tubo de escape pueden matar. Pueden...

—¿Qué estás haciendo, Dennis?

Supongo que estaba más intranquilo aún de lo que creía, porque me puse en pie de un salto, con el corazón en la garganta. Era Arnie. Tenía una expresión fría e irritada. ¿Porque estaba mirando su coche? ¿Tenía que enfadarle eso? Buena pregunta. Pero estaba enfadado, era evidente.

—Estaba mirando tu cacharro —dije, tratando de mostrar despreocupación—. ¿Dónde está Leigh?

—Tenía que ir al lavabo —respondió. Sus grises ojos se apartaban de mi cara—. Dennis, eres el mejor amigo que tengo, el mejor amigo que he tenido jamás. El otro día, cuando Repperton sacó aquella navaja, tal vez me salvaras de ir al hospital, y lo sé. Pero no andes a escondidas mías, Dennis. Nunca hagas eso.

Desde el campo de fútbol americano llegó una tremenda ovación: los Hillmen acababan de conseguir el tanto final del partido, cuando quedaban menos de treinta segundos de juego.

—No sé de qué diablos hablas, Arnie —dije, pero me sentía culpable.

Me sentía culpable, igual que como había pasado al haberme presentado a Leigh, valorándola, deseándola un poco: deseando a la chica que, evidentemente, deseaba él mismo. Pero..., ¿andar a escondidas tuyas? ¿Era eso lo que había estado haciendo?

Supongo que él podría haberlo considerado así. Yo sabía que su irracional... interés, obsesión, como quieran llamarlo, su irracional cosa por el coche era la habitación cerrada de la casa de nuestra amistad, el lugar en el que yo no podía entrar sin provocar toda clase de problemas. Y, aunque no me había sorprendido tratando de echar abajo la puerta, si me había encontrado tratando de observar por el ojo de la cerradura.

—Creo que sabes exactamente de qué estoy hablando —dijo, y vi con fatigado desaliento que no estaba sólo un poco enfadado, sino furioso—. Tú y mis padres me están espiando «por mi propio bien». ¿Verdad? Ellos te enviaron a husmear al garaje de Darnell, ¿no?

—Eh, Arnie, espera un...

—¿Creías que no me enteraría? No dije nada entonces... porque somos amigos. Pero no sé, Dennis. Tiene que haber una línea, y creo que la estoy trazando. ¿Por qué no dejas en paz a mi coche y dejas de meter la nariz donde no te importa?

—En primer lugar —repliqué—, no fueron tus padres. Fue sólo tu padre quien me pidió que echara un vistazo a lo que estabas haciendo con el coche. Le dije que lo haría. También yo sentía curiosidad. Tu padre siempre me ha caído bien. ¿Qué es lo que tenía que decir?

—Tenías que haberle respondido que no.

—No lo entiendes. Él está de tu parte. Tu madre todavía espera que no consigas nada: eso es lo que deduje pero Michael espera, realmente, que lo saques adelante. Así lo dijo.

—Claro, él te diría eso —contestó con desprecio—. En realidad, lo único que le interesa es cerciorarse de que continúo maniatado. Eso es lo que realmente les interesa a los dos. No quieren ver que me hago adulto, porque entonces tendrían que enfrentarse al hecho de que ellos envejecen.

—Eso es demasiado duro, hombre.

—Quizá lo creas así. Quizás el hecho de pertenecer a una familia normal te ha reblandecido el cerebro, Dennis. ¿Sabías que me ofrecieron un coche nuevo para mi graduación en la escuela superior? No tenía más que renunciar a *Christine*, sacar sobresaliente en todo y acceder a ir a Horlicks..., donde podrían tenerme sometido a vigilancia durante otros cuatro años.

No supe qué decir. Era una auténtica torpeza, desde luego.

—Así que no te metas en esto, Dennis. Es lo único que te pido. Será mejor para los dos.

—De todos modos, no le dije nada —aduje—. Sólo que estabas haciendo unas cuantas cosas aquí y allí. Pareció aliviado.

—Sí, lo supongo.

—Yo no tenía ni idea de lo cerca que estaba de hallarse en condiciones de circular. Pero aún le faltaban cosas. He mirado debajo, y ese cabezal del tubo de escape está hecho un desastre. Espero que conduzcas con las ventanillas abiertas.

—¡No me digas cómo tengo que conducir! ¡Entiendo de coches mucho más que tú!

Fue entonces cuando empecé a sentirme irritado con él. No me gustaba —no quería tener una discusión con el especialmente ahora que Leigh se reuniría de un momento a otro con nosotros—, pero pude sentir que algo en mi cerebro comenzaba a accionar uno a uno todos los conmutadores rojos.

—Esto es probablemente cierto —repuse, dominando la voz—. Pero no estoy seguro de que sepas gran cosa acerca de las personas. Will Darnell te dio una viñeta inadecuada: si te cogen, él podría perder su certificado de inspección estatal. Te dio una placa de vendedor. ¿Por qué hizo esas cosas, Arnie?

Por primera vez, Arnie pareció ponerse a la defensiva.

—Ya te lo he dicho. Sabe que estoy haciendo el trabajo.

—No seas tonto. Ese tipo no le daría una muleta a un inválido si no pensara que iba a sacar algo, y tú lo sabes.

—Dennis, ¿querrás dejarlo en paz, por amor de Dios?

—Escucha —dije, dando un paso hacia él—. Me importa un carajo que tengas coche. Lo único que quiero es que no te metas en un lío por eso. De veras.

Me miró, con aire dubitativo.

—Quiero decir que, ¿por qué estamos discutiendo? ¿Porque he mirado debajo de tu coche y he visto que está colgando el tubo de escape?

Pero no era eso todo lo que yo había estado haciendo.

Y creo que ambos lo sabíamos.

En el campo, sonó la señal de final del partido. Había empezado a caer una ligera llovizna y comenzaba a refrescar. Nos volvimos hacia el campo y vimos cómo Leigh se acercaba a nosotros, llevando su banderín y el de Arnie. Nos saludó con la mano, y respondimos al saludo.

—Dennis, puedo cuidarme de mí mismo —dijo.

—De acuerdo. Espero que sea así.

Sentí pronto deseos de preguntarle hasta qué punto estaba comprometido con Darnell. Y esa era una pregunta que yo no podía formular, no haría sino suscitar una discusión más agria. Se dirían cosas que quizá nunca pudieran remediarse.

—Puedo hacerlo —repitió.

Tocó su coche, y se suavizó la dura expresión rostro.

Experimente una mezcla de alivio y desaliento: vio porque, después de todo, no íbamos a pelearnos, habíamos conseguido evitar decir nada irreparable, pero también me parecía que no se había cerrado sólo una habitación de nuestra amistad, sino toda un ala del edificio. Él había rechazado total y absolutamente lo que yo tenía que decir y había establecido las condiciones para que nuestra amistad se mantuviera: todo irá bien mientras obres como yo quiero.

Que era también la actitud de sus padres, si hubieran podido verla. Pero supongo que tendría que aprenderlo en alguna parte.

Llegó Leigh, salpicados los cabellos de relucientes gotas de lluvia. Tenía el color vivo, y los ojos centelleantes de buena salud y de excitación. Exudaba una ingenua y espontánea sexualidad que me hizo sentirme un poco aturdido. Y no es que fuese yo el objeto principal de su atención, sino Arnie.

—¿Cómo ha terminado? —preguntó Arnie.

—Los hemos aplastado. ¿Dónde estabais?

—Hablando de coches —repliqué, y Arnie me dirigió una regocijada mirada..., al menos su sentido del humor no había desaparecido con su sentido común.

Y en la forma en que miraba a Leigh pensé que había ciertos motivos de esperanza. Se estaba enamorando de ella hasta las cachas. La cosa iba despacio por el momento, pero no había duda de que acelerarían si las cosas marchaban bien. Y yo sentía verdadera curiosidad por saber cómo era que los dos habían acabado saliendo juntos. El cutis de Arnie había mejorado y su aspecto era bastante bueno, pero con su aire intelectual y sus gafas no era la clase de chico con el que uno habría esperado que Leigh Cabot quisiera salir, uno esperaría verla colgada del brazo de la versión en escuela superior del propio Apolo.

Estaba saliendo ya la gente del campo, nuestros jugadores y los suyos, nuestros hinchas y los suyos.

—Hablando de coches —repitió Leigh, con tono burlón.

Levantó la cara hacia Arnie y sonrió. Él correspondió con una débil y tierna sonrisa que me alegró. Con sólo mirarle, podía asegurar que siempre que Leigh le sonriese así, *Christine* quedaría relegada al último rincón de su mente, convertida en lo que realmente era: un medio de transporte.

Y eso me parecía estupendo.

18. En las gradas

O Lord, won't you buy me a Mercedes-Benz?

My friends all drive Porsches,

I must make amends...

JANIS JOPLIN

Durante las dos primeras semanas de octubre vi muchas veces a Arnie y Leigh, primero apoyados en el armario de él o el de ella, hablando antes de sonar el timbre, luego, cogidos de la mano o saliendo de la escuela enlazados por la cintura. Había sucedido. En la jerga de escuela superior, estaban «saliendo juntos». Yo pensaba que era algo más que eso. Yo pensaba que estaban enamorados.

No había visto a *Christine* desde el día en que ganamos a Hidden Hills. Al parecer, había vuelto al garaje de Darnell para nuevas mejoras: quizás eso era parte del acuerdo a que Arnie había llegado con Darnell cuando este le facilitó aquel día la placa con la viñeta ilegal. No veía al Fury, pero veía mucho a Leigh y Arnie... y oía hablar mucho de ellos. Constituían el tema de todos los cotilleos en la escuela. Las chicas querían saber qué veía ella en él, por amor de Dios, los chicos, siempre más prácticos y prosaicos, sólo querían saber si mi amigo había conseguido tirársela. A mí me traían sin cuidado ninguna de las dos cosas, pero, de vez en cuando, me preguntaba que pensarían Regina y Michael del caso extremado del primer amor de su hijo.

Un lunes de mediados de octubre, Arnie y yo almorzamos juntos en las gradas del campo de fútbol americano, como habíamos tenido intención de hacer el día en que Buddy Repperton sacó la navaja: efectivamente, Repperton había sido expulsado por eso. A Moochie y Don les habían dado tres días de vacaciones. Ahora se estaban portando bastante bien. Y, entretanto, el equipo de fútbol americano había sido derrotado dos veces más.

Nuestro palmarés era ahora de 1-5 y Puffer había vuelto a sumirse en un hosco silencio.

Mi bolsa del almuerzo no estaba tan llena como el día de Repperton y la navaja, la única virtud que yo podía ver en ir 1-5 era que nos hallábamos tan distanciados de los Osos de Ridge Rock (ellos iban 5-0-1) que nos sería imposible hacer nada en la Liga a menos que el autobús de su equipo se cayera por un precipicio.

Nos sentamos al suave sol de octubre —la época de los fantasmas con sus sábanas y máscaras de goma y vestiduras de Woolworth's Darth Vader no estaba lejos—, mascando y sin hablar gran cosa. Arnie tenía un huevo cocido con especias y me lo cambió por uno de mis bocadillos de carne. Supongo que los padres saben muy poco acerca de las vidas secretas de sus hijos. Todos los lunes desde el primer grado, Regina Cunningham le había puesto a Arnie un huevo cocido en la bolsa del almuerzo, y, al día siguiente de que en mi casa se hubiera cenado carne fría (lo que solía ocurrir los domingos), yo solía tener un bocadillo de carne en la mía. Ahora bien, yo siempre he detestado la carne fría, y Arnie siempre ha detestado los huevos cocidos con especias, aunque nunca le he visto rechazar uno hecho de cualquier otra manera. Y a menudo me he preguntado qué pensarían nuestras madres si supiesen qué pocos de los centenares de huevos cocidos con especias y de las docenas de bocadillos de carne fría, que fueron a nuestras respectivas bolsas de almuerzo, habían sido realmente comidos por aquel a quien iban destinados.

Cogí mis pastas y Arnie cogió sus pastillas de pan de higos. Me miró para cerciorarse de que le estaba observando y, luego, se metió seis de ellas a la vez en la boca y las masticó. Sus mejillas se hincharon grotescamente.

—Oh, Cristo, ¡qué bestia! —exclamé.

—Ung-ung-guz-ung —respondió Arnie.

Empecé a hurgarle con los dedos en los costados, donde siempre ha tenido muchas cosquillas, gritando:

—¡Tiqui-tiqui! ¡Mira, Arnie, te estoy haciendo tiqui-tiqui!

Arnie se echó a reír, expulsando bolitas de pan de higo masticado. Sé que debe de parecer repugnante, pero era realmente divertido.

—¡Basta, Dennis! —dijo Arnie, con la boca todavía llena de pan de higos.

—¿Qué has dicho? No entiendo tu bárbaro idioma.

Y seguí hurgándole con los dedos, haciéndole lo que, por alguna razón perdida ya en la noche de los tiempos, llamábamos de niños «tiqui-tiqui», y él siguió contorsionándose, retorciéndose y riendo.

Trago lo que tenía en la boca y, luego, eructó.

—Eres un jodido marrano, Cunningham —expliqué.

—Ya lo sé.

Parecía de veras complacido por ello. Probablemente lo estaba —que yo sepa, nunca se había metido seis pastillas de pan de higos a la vez delante de nadie. Si lo hubiera hecho delante de sus padres, me imagino que a Regina le habría dado un soponcio y a Michael, posiblemente, una hemorragia cerebral.

—¿Cuánto es lo más que has hecho? —le pregunté.

—Una vez, hice doce —respondió—. Pero creí que me asfixiaba.

—¿Se lo has hecho ya a Leigh?

—Lo estoy reservando para el baile de graduación —dijo—. Y le haré también tiqui-tiqui.

Reímos los dos, y comprendí lo mucho que echaba de menos a Arnie a veces. Tenía el fútbol americano, el consejo de estudiantes, una nueva amiga que (esperaba) consentiría a hacerme un trabajito manual antes de que terminase la temporada. Tenía pocas esperanzas de conseguir que hiciera mucho más, estaba demasiado embelesada consigo misma. Sin embargo, era divertido intentarlo. Y, pese a todo, había echado de menos a Arnie. Primero había estado *Christine* ; ahora, Leigh y *Christine* . Esperaba que por ese orden.

—¿Dónde está hoy? —pregunté.

—Indispuesta —dijo—. Está con la regla y supongo que duele realmente.

Enarqué mentalmente las cejas. Si ella le comentaba sus problemas femeninos, la verdad es que estaban adquiriendo una gran camaradería.

—¿Cómo es que la invitaste a ir al partido de fútbol americano aquel día? —pregunté—. ¿El día en que jugamos en Hidden?

Se echó a reír.

—El único partido de fútbol americano que he visto desde mi segundo curso. Te dimos suerte, Dennis.

—¿Simplemente la llamaste y la invitaste a ir?

—Casi no lo hago. Era la primera cita que he tenido jamás —me miró con timidez—. Creo que no dormiría más de dos horas la noche anterior. Cuando la llamé y ella me dijo que iría conmigo, empecé a sentirme mortalmente asustado de comportarme como un imbécil, o de que apareciese Buddy Repperton con ganas de pelea o que sucediera alguna otra cosa.

—Parecías dominar perfectamente la situación.

—¿Sí? —aquello le gustó—. Bueno, me alegro. Pero estaba asustado. Ella hablaba conmigo en los pasillos, ya sabes: me pedía apuntes y cosas así. Se apuntó al club de ajedrez, aunque no era muy buena..., pero está mejorando. Yo le enseño.

«Apuesto a que sí, granuja» pensé, pero no me atreví a decirlo: todavía recordaba la forma en que había reaccionado aquel mismo día en Hidden Hills. Además, quería oír esto. Sentía bastante curiosidad, cautivar a una chica tan estupenda había sido una verdadera hazaña.

—Así que, al cabo de algún tiempo, empecé a pensar que quizás ella estaba interesada en mí —continuó Arnie—. Probablemente tardé en caer en cuenta más de lo que habrían tardado otros: tipos como tú, Dennis.

—Claro —repuse—. Yo soy lo que James Brown llamaba «una máquina sexual».

—No, no eres una máquina sexual, pero sabes de chicas —explicó con toda seriedad—. Las entiendes. A mí siempre me han asustado. Nunca sabía qué decir. Y sigo sin saberlo, supongo. Leigh es diferente. Me daba miedo invitarla —pareció reflexionar sobre esto—. Quiero decir que es una chica hermosa, realmente hermosa. ¿No te parece, Dennis?

—Sí. En mi opinión, es la más hermosa de toda la escuela.

Sonrió, complacido.

—A mí también me lo parece..., pero creía que tal vez fuese porque la quiero.

Miré a mi amigo, esperando que no fuera a meterse en más líos de los que podía resolver. En aquel momento, desde luego, no tenía ni idea de lo que podía suponer el lío.

—El caso es que un día les oí hablar a Lenny Barongg y Ned Strougham en el laboratorio de Química, y Ned le estaba contando a Lenny que la había invitado a salir, y ella había rehusado, pero amablemente..., como si tal vez aceptara en otra ocasión si volviese a pedírselo. Y me la imaginé saliendo con Ned en primavera y empecé a sentirme de veras celoso. Es ridículo: ella le rechaza, y yo me siento celoso. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Sonreí y asentí. En el campo, las *majorettes* ensayaban nuevas evoluciones. No creía que ayudaran mucho a nuestro equipo, pero era agradable verlas. En el radiante mediodía sus sombras se encharcaban junto a sus talones sobre la verde hierba.

—La otra cosa que me llamó la atención fue que Ned no parecía humillado, ni avergonzado..., ni rechazado, ni nada de eso. Intentó una

cita, le salió mal, y eso fue todo. Decidí que yo también podía hacerlo. Pero cuando la llamé por teléfono estaba sudando a chorros. Me la imaginaba riéndose de mí y diciendo algo así como: ¿Salir yo contigo, mequetrefe? ¡Debes de estar soñando! ¡No estoy tan apurada todavía!

—Sí —convine—. No puedo imaginar por qué no lo hizo.

Me dio un juguetón puñetazo en el estómago.

—¡Ojo, Dennis! ¡Te haré vomitar!

—No importa —dije—. Cuéntame el resto.

Se encogió de hombros.

—No hay mucho más que contar. Cogió el teléfono su madre y dijo que iba a llamarla. Oí el ruido del aparato al ser dejado sobre la mesa, y estuve a punto de colgar —Arnie levantó dos dedos apenas separados por medio centímetro—. No me faltó ni esto. Palabra.

—Conozco la sensación —dije, y era cierto.

Eso es por lo que teme uno la risa, imagina el desprecio en mayor o menor grado, sea uno jugador de fútbol americano o un cuatro ojos lleno de granos, pero no creo que pueda comprender el grado en que Arnie debió de sentirla. Lo que él había hecho había requerido un valor extraordinario. Una cita es una cosa mínima, pero en nuestra sociedad hay toda una serie de fuerzas arremolinadas tras ese simple concepto: quiero decir que hay chicos que pasan por toda la escuela superior sin reunir nunca el valor suficiente para pedirle una cita a una chica. Nunca, ni una sola vez, en los cuatro años. Y eso no uno ni dos, montones de chicos. Y hay montones de chicas tristes que no son invitadas nunca. Es una piojosa manera de dirigir las cosas, si se para uno a pensar en ello. Resulta lastimada mucha gente. Podía imaginar oscuramente el puro terror que debía de haber sentido Arnie mientras esperaba a que Leigh se pusiera al teléfono, la sensación de aterrado asombro ante la idea de que no se proponía invitar sólo a una chica, sino a la chica más guapa de la escuela.

—Por fin se puso —continuó Arnie—. Dijo: «¿Qué hay?», y, oye, no pude articular palabra. Lo intenté, y no me salió más que un soplo de aire. Así que ella dijo: «¿Qué hay? ¿Quién es?», como si se tratase de alguna broma, ya sabes, y pensé: «Esto es ridículo. Si puedo hablar con ella en el pasillo, puedo hablarle también en el maldito teléfono, todo lo que puede decir es que no, quiero decir que no puede matarme ni nada si le pido una cita. Así ella dijo, hola, y bla-bla-bla, y esto y lo otro y aquello y entonces me di cuenta de que ni siquiera sabía adónde diablos quería invitarla y nos estábamos quedando sin cosas que decir, y no tardaría en colgar. Así que la invité a lo primero que se me ocurrió y le dije a ver si querría ir el sábado al partido de fútbol americano. Ella dijo que le

encantaría, así como suena, como si hubiese estado esperando que la invitase, ¿sabes?

—Probablemente lo estaba.

—Sí, quizá.

Arnie reflexionó sobre ello, admirado.

Sonó el timbre, lo que significaba que faltaban cinco minutos para la quinta clase. Arnie y yo nos levantamos. Las *majorettes* salieron trotando del campo, haciendo ondear airosamente sus falditas.

Bajamos de las gradas, tiramos nuestras bolsas de almuerzo a uno de los cubos de basura pintados con los colores de la escuela —naranja y negro— y echamos a andar hacia la escuela.

Arnie continuaba sonriendo, recordando cómo había resultado aquella primera vez con Leigh.

—Si la invité a ir al partido fue por pura desesperación.

—Muchas gracias —repliqué—. Eso es lo que saco con volcar todo mi esfuerzo los sábados por la tarde, ¿eh?

—Ya sabes lo que quiero decir. Luego, cuando ella dijo que sí, que vendría, tuve esa horrible idea y te llamé... ¿Recuerdas?

Recordé de pronto. Me había llamado para preguntarme si el partido era en casa o fuera y había parecido absurdamente consternado cuando le dije que era en Hidden Hills.

—De modo que así estaban las cosas. Tengo una cita con la chica más guapa de la escuela, estoy loco por ella, y resulta que el partido se juega fuera y mi coche está en el garaje de Will.

—Podías haber ido en el autobús.

—Eso lo sé ahora, pero no lo sabía entonces. No sabía que dejaría de ir tanta gente a los partidos si el equipo empezaba a perder.

—No me lo recuerdes —manifesté.

—Así que recurrí a Will. Sabía que *Christine* podía hacer el viaje, pero no había manera de conseguir la licencia de circulación. Estaba desesperado.

¿Hasta qué punto desesperado? —me pregunté fría y súbitamente.

—Y él me echó una mano. Dijo que comprendía lo importante que era, y si...

Hizo una pausa, y pareció reflexionar.

—Y esa es la historia —terminó desganadamente.

—Y si...

Pero eso no era cosa mía.

Vigíle, había dicho mi padre.

Estábamos cruzando ahora el fumadero, desierto a excepción de tres chicos y dos chicas que terminaban apresuradamente un porro. El evocador olor de la marihuana tan similar al aroma de hojas de otoño quemándose lentamente, se me introdujo en la nariz.

—¿Has visto a Buddy Repperton? —pregunté.

—No —repuso—. Ni ganas. ¿Y tú?

Yo le había visto una vez, rondando por la *Happy Gas* de Vandenberg, una estación de servicio en la carretera 22, en Monroeville. Era propiedad del padre de Don Vandenberg, y había estado a punto de quebrar después del embargo árabe sobre el petróleo en 1973. Buddy me había visto, yo pasaba de largo.

—Pero no como para hablar con él.

—¿Quieres decir que puede hablar? —exclamó Arnie con un desdén que no era propio de él—. ¿Ese cagón?

Me sobresalté. Otra vez aquella palabra. Pensé en ello, me armé de valor y le pregunté de dónde había sacado esa expresión.

Me miró pensativo. Sonó de pronto el segundo timbre emergiendo estrepitosamente del costado del edificio. Íbamos a llegar tarde a clase, pero en aquellos momentos no me importaba lo más mínimo.

—¿Recuerdas el día en que compré el coche? —preguntó—. No el día en que deposité la seña, sino el día en que lo compré realmente.

—Claro.

—Entré con LeBay en la casa mientras tú te quedabas afuera. Tenía una cocina pequeña, con un mantel a cuadros rojos y blancos en la mesa. Nos sentamos y me ofreció una cerveza. Pensé que sería mejor que la tomase. Y deseaba realmente el coche y no quería ofenderle, ya sabes. Así que nos tomamos cada uno una cerveza, y él continuó divagando:

desvariando acerca de cómo todos los cagones estaban contra él. Era su palabra, Dennis. Los cagones. Dijo que eran los cagones quienes le obligaban a vender su coche.

—¿A qué se refería?

—Supongo que se refería a que era demasiado viejo para conducir, pero él no lo dijo así. Todo era culpa de ellos. De los cagones. Los cagones querían que se sometiese a un examen de conducir cada dos años y a un reconocimiento médico de la vista cada año. Era este reconocimiento lo que le preocupaba. Y dijo que no querían que circulase..., nadie quería. Así que alguien tiró una piedra contra el coche.

—Todo eso lo entiendo. Pero no entiendo por qué...

Arnie se detuvo en el umbral, olvidando que ya íbamos retrasados para el comienzo de la clase. Tenía las manos metidas en los bolsillos posteriores de sus pantalones vaqueros y había fruncido el ceño.

—No entiendo por qué dejó que *Christine* se echara a perder de ese modo, Dennis. El estado en que se encontraba cuando yo la compré. Hablaba de ella como si realmente la amase: ya sé que tú pensabas que era sólo parte su táctica para vender, pero no es cierto y, casi al final, cuando estaba contando el dinero, gruñó: «Ese jodido coche. Que me ahorquen si sé por qué lo quieres, muchacho. Es el as de picas». Y yo dije que creía que podía arreglarlo y dejarlo bastante bien. Y él replicó: «Todo eso y más. Si los cagones te dejan».

Entramos. Mr. Leheureux, el profesor de francés, iba apresuradamente a alguna parte, reluciendo su calva bajo las luces fluorescentes.

—Vais retrasados ya —explicó, con voz preocupada que me recordó al conejo blanco de *Alicia en el País de las Maravillas* .

Aceleramos el paso hasta que se perdió de vista y luego volvimos a aflojarlo.

Arnie siguió:

—Cuando Buddy Repperton me atacó de aquella manera, estaba realmente asustado —bajó la voz, sonriente pero serio—. Casi me meo en los pantalones, si quieres que te diga la verdad. De todos modos, supongo que he utilizado sin darme cuenta la palabra de LeBay. En caso de Repperton es adecuada, ¿no te parece?

—Sí.

—Tengo que irme —concluyó Arnie—. Cálculo y, luego, Mecánica del Automóvil III. De todas formas, creo que con *Christine* he aprendido ya todo el curso.

Se alejó apresuradamente y yo permanecí unos momentos en el pasillo, mirándole. Los lunes, tenía estudio con Miss Rata Paca durante la clase sexta y pensaba que podría escabullirme por la trasera sin ser advertido, ya lo había hecho en otras ocasiones. Además, los veteranos suelen salir con bien en estos casos, como estaba aprendiendo con rapidez.

Permanecí allí, tratando de ahuyentar una sensación de pánico que nunca volvería a ser tan amorfa o inconcreta. Algo marchaba mal, había algo discordante, algo que no encajaba. Sentí un escalofrío que ni el brillante sol de octubre que se derramaba por todas las ventanas de las escuelas superiores de todo el mundo podía aliviar. Las cosas eran como lo habían sido siempre, pero estaban disponiéndose a cambiar: lo sentía.

Permanecí allí tratando de recuperarme, intentando decirme a mí mismo que el escalofrío no era más que mi temor por mi propio futuro y que ese era el cambio que me inquietaba. Quizás eso fuera parte de la cosa. Pero no era toda la cosa. Ese jodido coche. «Que me ahorquen si sé por qué lo quieres, muchacho. Es el as de picas». Vi a Mr. Leheureux que volvía del despacho y empecé a moverme.

Yo creo que todo el mundo tiene en la cabeza una especie de pala, y en momentos de tensión o de inquietud puede accionarla y, simplemente, arrojar todo por la gran grieta que se abre en el suelo de su mente consciente. Deshacerse de ello. Enterrarlo. Salvo que esa grieta va a dar al subconsciente y, a veces, en sueños, los cadáveres se levantan y andan. Esa noche, volví a soñar con *Christine*, esta vez con Arnie sentado al volante, balanceándose obscenamente el cadáver putrefacto de Roland D. LeBay en el asiento derecho mientras el coche se abalanzaba contra mí desde el garaje, prendiéndome en los salvajes círculos de sus faros.

Desperté con la almohada apretada contra la boca para sofocar mis gritos.

19. El accidente

Tach it up, tach it up,

Buddy, gonna shut you down.

THE BEACH BOYS

Esa fue la última vez que hablé con Arnie —que realmente hablé con él— hasta el Día de Acción de Gracias, porque el sábado siguiente fue el día que me lesioné. Era el día en que jugábamos de nuevo contra los Osos de Ridge Rock, y esta vez perdimos por el tanteo, verdaderamente espectacular, de 40-3. Pero, hacia el final del partido, yo ya no estaba en el campo. Cuando faltaban unos siete minutos para terminar la primera mitad, me adelanté, recibí un pase, eché a correr y fui simultáneamente embestido por tres defensas de los Osos. Fue un instante de dolor terrible: una cegadora llamarada, como si hubiera sido sorprendido en el punto cero de una explosión nuclear. Luego, todo fueron tinieblas.

Las tinieblas se mantuvieron durante largo tiempo, aunque a mí no me pareció muy largo. Estuve inconsciente durante unas cincuenta horas y, cuando desperté, al atardecer del lunes, 23 de octubre, me encontraba en el Hospital Municipal de Libertyville. Mis padres estaban allí. También Ellie, pálida y fatigada, tenía profundas ojeras, y me sentí absurdamente conmovido, había encontrado motivos para llorar por mí pese a todos los caramelos que yo le había birlado después de haberse ido a la cama, pese a aquella vez, cuando tenía doce años, en que le había dado una bolsita de *Vigoro* después de que se hubiera pasado una semana mirándose de costado en el espejo con su camiseta más ajustada para poder ver si le aumentaba el volumen de los pechos (se había echado a llorar, y mi madre había estado muy enfadada conmigo durante casi dos semanas), pese a todas las bromas y faenas que le había estado haciendo en nuestros juegos.

Arnie no estaba allí cuando desperté, pero no tardó en unirse a mi familia, él y Leigh habían permanecido en la sala de espera. Esa noche aparecieron mis tíos de Albarne y el resto de la semana fue un continuo desfile de familiares y amigos: se presentó todo el equipo de fútbol americano, incluido el entrenador Puffer, que parecía haber envejecido unos veinte años. Supongo que había descubierto que existían cosas peores que una temporada de derrotas. Puffer fue el que me dio la noticia de que no podría volver a jugar al fútbol americano, y no sé qué esperaba, por la tensa expresión de su rostro, algo así como que me echase a llorar, o quizá que me diese un ataque de histeria. Pero no tuve ninguna reacción especial, ni interior ni exteriormente. Me bastaba con estar vivo y saber que acabaría volviendo a andar.

Si hubiese sido golpeado sólo una vez, lo más seguro es que me hubiera incorporado de un salto y hubiese seguido jugando. Pero el cuerpo humano no está hecho para ser embestido desde tres ángulos diferentes al mismo tiempo. Tenía las dos piernas rotas, la izquierda por dos sitios. El brazo se me había quedado doblado a la espalda al caer, y me había fracturado parcialmente el antebrazo. Pero todo eso no era en realidad más que la guinda del pastel. También me había fracturado el cráneo y sufrido lo que el médico encargado de mi caso seguía llamando «un accidente espinal inferior», lo que parecía significar que había estado en un tris de quedarme parálítico de cintura para abajo durante el resto de mi vida.

Recibí muchas visitas, muchas flores, muchas tarjetas.

Todo ello era, en algunos aspectos, muy agradable..., como estar vivo para ayudar a celebrar el propio velatorio.

Pero también tuve mucho dolor y muchas noches de no poder dormir, tenía un brazo suspendido sobre el cuerpo por medio de pesas y poleas, al igual que una pierna (ambos miembros parecían picarme continuamente bajo las escayolas), y un molde temporal —que se llama «molde de presión»— en torno a la parte baja de la espalda. También, naturalmente, tenía ante mí la perspectiva de una larga estancia en el hospital y de continuos viajes en silla de ruedas a esa cámara de los horrores tan inocentemente denominada Sala de Rehabilitación.

Oh, y otra cosa: tenía mucho tiempo.

Leía el periódico, hacía preguntas a mis visitantes, y, en más de una ocasión, según pasaba el tiempo y mis sospechas comenzaban a desbocarse, me pregunté a mí mismo si no estaría perdiendo la razón.

Estuve en el hospital hasta Navidad y, para cuando volví a casa, mis sospechas habían adquirido casi su forma final. Encontraba cada vez más difícil negar esa monstruosa forma, y sabía perfectamente bien que no estaba perdiendo la razón. En cierto modo, habría sido mejor —más comfortable— que hubiera podido creerlo. Para entonces, estaba terriblemente asustado, y más que medio enamorado también de la chica de mi mejor amigo.

Tiempo para pensar..., demasiado tiempo.

Tiempo para llamarme a mí mismo cien cosas por lo que estaba pensando respecto a Leigh. Tiempo para mirar al techo de mi habitación y desear no haber conocido jamás a Arnie Cunningham, ni a Leigh Cabot, ni a *Christine*.

SEGUNDA PARTE

ARNIE

Canciones de amor adolescentes

20. La segunda discusión

The Dealer came up to me and said,
“Trade in your Fo’d,
And I’ll put you in a car that’ll
Eat up the road!
Just tell me what you want and
Sign that line,
I’ll have it brought down to you
In an hour’s time.”
I’m gonna get me a car
And I’ll be headed on down the road;
Then I won’t have to worry about
That broken-down, ragged Ford.

CHUCK BERRY

El Plymouth 1958 de Arnie Cunningham obtuvo licencia de circulación en la tarde del uno de noviembre de 1978. El muchacho culminó el proceso, que había empezado realmente la noche en que él y Dennis Guilder cambiaron aquel primer neumático pinchado, pagando un impuesto de 8,50 dólares, una tasa municipal de circulación de dos dólares (que le permitía también el estacionamiento gratuito en los parquímetros del centro urbano) y unos derechos de matriculación de quince dólares. En la Oficina de Tráfico de Monroeville le fue entregada la placa de matrícula de Pensilvania HY-6241-J.

Regresó de la Oficina de Tráfico en un coche que había prestado Will Darnell y salió del garaje de autoservicio *Darnell’s* al volante de *Christine* . Arnie la llevó casa.

Sus padres regresaron de la Universidad Horlicks cosa de una hora después.

La pelea comenzó casi en seguida.

—¿Lo habéis visto? —preguntó Arnie, dirigiéndose a los dos, pero quizás un poco más a su padre—. Lo he matriculado esta misma tarde.

Estaba orgulloso, tenía razones para estarlo. *Christine* había sido lavada y pulida, y relucía a la débil luz de atardecer otoñal. Aún le quedaba un poco de herrumbre, pero presentaba un aspecto mil veces mejor que el día en que Arnie la había comprado. La carrocería y la capota estaban impecables. El interior tenía un aspecto flamante. Relucían los cristales y los cromados.

—Sí, yo... —empezó Michael.

—Claro que lo hemos visto —exclamó Regina. Estaba revolviendo una bebida en un vaso *Waterford* con furiosos círculos en sentido contrario a las agujas del reloj—. Casi nos chocamos con él. No quiero verlo aparcado aquí. Esto parece un depósito de coches usados.

—¡Mamá! —exclamó Arnie, atónito y dolido.

Miró a Michael, pero Michael había salido de la habitación para prepararse él también una bebida. Quizás había decidido que la iba a necesitar.

—Así es —dijo Regina Cunningham.

Tenía la cara un poco más pálida que de costumbre, el rojo de sus mejillas destacaba casi como el maquillaje de un payaso. Ingirió la mitad de su tónica con ginebra, haciendo una mueca como si tomara una medicina desagradable.

—Llévalo a donde lo tenías. No quiero que esté aquí, y no toleraré que esté aquí, Arnie. Es definitivo.

—¿Llevarlo? —exclamó Arnie, furioso ahora, además de dolido—. Estupendo, ¿no? ¡Me está costando veinte pavos semanales!

—Te está costando mucho más que eso —repuso Regina. Apuró su bebida y dejó el vaso sobre la mesa. Se volvió para mirarle—. El otro día eché un vistazo a tu libreta de ahorros...

—¿Qué hiciste?

A Arnie se le desorbitaron los ojos.

Su madre enrojeció un poco, pero no bajó la vista. Volvió Michael y se detuvo en el umbral, mirando con consternación a su mujer y a su hijo.

—Quería saber cuánto habías estado gastando en ese maldito coche —explicó—. ¿Qué tiene de extraño? El año que viene tienes que ir a la Universidad. Que yo sepa, la Universidad no es gratuita en Pensilvania.

—¿Así que entraste en mi habitación y te pusiste a rebuscar hasta encontrar mi libreta de ahorros? —preguntó Arnie. Sus grises ojos tenían una expresión encolerizada—. Quizá buscabas también marihuana. O novelas verdes. O quizá manchas de corridas en las sábanas.

Regina le miró boquiabierta. Tal vez esperaba verle dolido e irritado, pero no tan absoluta e incontinentemente furioso.

—¡Arnie! —rugió Michael.

—Bueno, ¿por qué no? —replicó Arnie—. ¡Creía que era asunto mío! ¡Bien sabe Dios cuánto tiempo os habéis pasado diciéndome los dos que era responsabilidad exclusiva mía!

—Me siento muy decepcionada al oírte decir eso, Arnold —repuso Regina—. Decepcionada y dolida. Te estás comportando como...

—¡No me digas cómo me estoy comportando! ¿Cómo crees que me siento? Me mato a trabajar para poner a este coche en condiciones..., más de dos meses y medio he estado trabajando en él, y cuando lo traigo a casa lo primero que me dices es que me lo lleve de aquí. ¿Cómo quieres que me sienta? ¿Contento?

—No debes hablar a tu madre en ese tono —pidió Michael. A pesar de las palabras, el tono era de desmanada conciliación—. Ni utilizar esa clase de lenguaje.

Regina alargó el vaso a su marido.

—Prepárame otro. Hay una botella de ginebra entera en la despensa.

—Quédate, papá —dijo Arnie—. Por favor. Aclaremos esto.

Michael Cunningham miró a su mujer, luego a su hijo y otra vez a su mujer. Vio en ambos una implacable dureza. Se retiró a la cocina, con el vaso de su mujer en la mano.

Regina se volvió ceñudamente hacia su hijo. La cuña estaba en la puerta desde el verano; quizá veía ahora la última oportunidad de eliminarla.

—En julio tenías casi cuatro mil dólares en el Banco —dijo—. Casi las tres cuartas partes de todo el dinero que has ganado desde el noveno grado, más los intereses...

—Oh, le has estado siguiendo la pista, ¿eh? —exclamó Arnie. Se sentó de pronto, mirando a su madre. Su tono era de disgustada sorpresa—. Mamá..., ¿por qué no cogiste todo el maldito dinero y lo pusiste en una cuenta a tu nombre?

—Porque hasta hace poco —siguió ella— parecías comprender para qué era el dinero. Durante los dos últimos meses todo ha sido coche, coche, coche, y, más recientemente, chica, chica, chica. Es como si hubieras perdido la razón por ambas cosas.

—Bueno, gracias. Siempre puede serme útil una opinión desprovista de prejuicios sobre la forma en que conduzco mi propia vida.

—En julio tenías casi cuatro mil dólares. Para tu educación, Arnie. Para tu educación. Ahora tienes poco más de dos mil ochocientos. Puedes seguir derrochando todo lo que quieras, y reconozco que duele un poco, pero es un hecho. Has gastado mil doscientos dólares en dos meses. Quizá por eso no quiero ni ver ese coche. Deberías comprenderlo. A mí me parece como...

—Escucha...

—... como un gran billete de dólar volando por los aires.

—¿Puedo decirte un par de cosas?

—No, creo que no, Arnie —dijo, con tono terminante—. Realmente, creo que no.

Michael había vuelto con su vaso, medio lleno de ginebra. Agregó tónica en el bar y se lo entregó. Regina bebió, haciendo de nuevo aquella mueca de disgusto. Arnie se hallaba sentado en la silla próxima al televisor, mirándola pensativamente.

—¿Tú das clases en la Universidad? —preguntó—. ¿Das clases en la Universidad y es esa tu actitud? «He dicho. Los demás podéis callaros». Estupendo. Lo siento por tus alumnos.

—Ándate con ojo, Arnie —amenazó, apuntándole con el dedo—. Ándate con ojo.

—¿Puedo decirte un par de cosas, o no?

—Adelante. Pero será igual.

Michael carraspeó.

—Reg, creo que Arnie tiene razón, esa no es una actitud constructi...

Regina se volvió hacia él como una tigresa.

—¡Cállate tú también!

Michael retrocedió.

—La primera cosa es esta —empezó Arnie—. Si examinaste con un poco de atención mi libreta de ahorros, y estoy seguro de que lo hiciste, te darías cuenta de que mi saldo llegó a su punto más bajo de dos mil doscientos dólares en la primera semana de setiembre. Tuve que reponer toda la parte delantera de *Christine* .

—Hablas como si estuvieras orgulloso de ello —replicó ella, airadamente.

—Lo estoy —la miró con fijeza a los ojos—. Hice ese trabajo yo mismo, sin ayuda de nadie. Y lo hice realmente bien. No... —se le quebró momentáneamente la voz y luego recobró su firmeza— no podrías distinguirlo del original. Pero lo que quiero decir es que el saldo ha vuelto a subir seiscientos dólares desde entonces. Porque a Will Darnell le ha gustado mi trabajo y me ha tomado a su servicio. Si puedo añadir seiscientos dólares más cada dos meses..., y quizá logre ahorrar más si me emplea en la compra de coches usados en Albany, habrá cuatro mil seiscientos dólares en mi libreta para cuando acabe el curso. Y si el verano que viene trabajo a jornada completa, empezaré la Universidad con casi siete mil dólares. Y todo eso gracias al coche que tanto odias.

—Eso no te servirá de nada si no puedes entrar en una buena escuela —replicó ella, cambiando hábilmente de terreno, como hacía en las reuniones de comité de su departamento cuando alguien se atrevía a disentir de sus opiniones..., lo cual no era frecuente. No admitía el argumento, simplemente, pasaba a otras cosas—. Tus notas han bajado.

—No lo bastante como para que importe —repuso Arnie.

—¿Qué quieres decir con no lo bastante? ¡Tienes un deficiente en Cálculo! ¡La semana pasada recibimos una tarjeta roja!

Las tarjetas rojas, conocidas a veces como «tarjetas de rescate» por los estudiantes, eran entregadas hacia la mitad del período de evaluación a los alumnos que habían sacado una nota media de 75 o menos durante las cinco primeras semanas del trimestre.

—Eso fue por un solo examen —explicó con calma Arnie—. El señor Fenderson es famoso por poner tan pocos exámenes en la primera mitad de un trimestre que puede uno sacar una tarjeta roja con un suspenso sólo por no haber entendido un concepto básico, y acabar con un sobresaliente por toda la evaluación. Cosa que te habría explicado si me lo hubieses preguntado. No lo hiciste. Además, es sólo la tercera tarjeta roja que saco desde que empecé la escuela superior. Mi promedio sigue siendo 93, y tú sabes lo bueno que es eso...

—Bajar —exclamó ella con voz estridente, y avanzó un paso hacia él—. ¡Es esa maldita obsesión con el coche! Tiene una amiga, me parece estupendo, maravilloso, soberbio. ¡Pero eso del coche es absurdo! Hasta Dennis dice...

Arnie se puso en pie, tan rápidamente y tan cerca de ella, que Regina retrocedió un paso, sorprendida, momentáneamente al menos, por su cólera.

—Deja a Dennis fuera de todo esto —pidió, con voz suave pero no por eso menos amenazadora—. Esto es un asunto entre nosotros.

—Está bien —convino ella, cambiando nuevamente de tercio—. El hecho es que tus notas van bajando. Yo lo sé, y lo sabe tu padre, y esa tarjeta roja en Matemáticas es un indicio.

Arnie sonrió confiado y Regina pareció ponerse a la defensiva.

—Bien —siguió—. Vamos a hacer una cosa. Déjame tener el coche aquí hasta que termine la evaluación. Si saco una sola nota más baja de notable, se lo vendo a Darnell. Él lo comprará, sabe que podría conseguir uno de los grandes en el estado en que se encuentra ahora. Su valor no puede dejar de subir.

Arnie reflexionó unos momentos.

—Te propongo algo mejor. Si no figuro en el cuadro de honor del semestre, me deshago también de él. Eso significa que me apuesto el coche a que saco casi sobresaliente en Cálculo, no sólo en el trimestre, sino en el semestre entero. ¿Qué dices?

—No —respondió de inmediato Regina.

Lanzó una mirada de advertencia a su marido: Quédate al margen de esto. Michael, que había abierto la boca, la cerró al instante.

—¿Por qué no? —preguntó Arnie, con engañosa suavidad.

—¡Porque es una trampa, y tú lo sabes! —gritó Regina, totalmente desbocada su furia—. ¡Y no pienso seguir aguantando tus insolencias! ¡Yo..., yo te he cambiado los pañales! Te he dicho que lo saques de aquí, que lo laves a donde quieras, pero no lo dejes donde yo tenga que verlo. ¡Y no se hable más!

—¿Qué opinas tú, papá? —preguntó Arnie, desplazando su mirada.

Michael abrió de nuevo la boca para hablar.

—El opina lo mismo que yo —interrumpió Regina.

Arnie le miró de nuevo. Sus ojos, con la misma tonalidad de gris, se encontraron.

—No importa lo que yo diga, ¿verdad?

—Creo que la cosa ha ido ya demasiado lejos...

Empezó a volverse, con expresión todavía resuelta y ojos extrañamente confusos.

Arnie la cogió del brazo.

—No importa, ¿verdad? Porque cuando has tomado una decisión sobre algo, no ves, no oyes, no piensas.

—¡Basta, Arnie! —gritó Michael.

Arnie observó a Regina, y Regina le observó a él. Sus ojos eran gélidos.

—Te diré por qué no quieres verlo —dijo él, con aquella misma voz suave—. No es el dinero, porque el coche me pone en contacto con un trabajo en el que soy bueno y acabará haciéndome ganar dinero. Tú lo sabes. Tampoco son mis notas. No son peores que antes. También lo sabes, es porque no puedes soportar no tenerme dominado, como tienes a tu departamento, como le tienes a él —señaló con el pulgar a Michael, que se las arregló para parecer encolerizado y culpable y desdichado al mismo tiempo—. Como siempre me has tenido a mí.

Arnie presentaba ahora un rostro congestionado y los puños cerrados a los costados.

—Todas esas historias sobre que la familia decidía en común las cosas, discutía en común las cosas, realizaba en común las cosas. Pero el hecho es que siempre fuiste tú quien elegía mis ropas para la escuela, mis zapatos para la escuela, con quién debía jugar y con quién no podía hacerlo, tú decidías adónde íbamos a ir de vacaciones, tú decidías cuándo cambiar de coche y cuál comprar. Y esta es la única cosa que no puedes manejar, y te jode, ¿verdad?

Regina le abofeteó en la cara. Sonó como un pistoletazo en el cuarto de estar. Ahora, había caído el crepúsculo y pasaban, borrosos, los coches, sus encendidos faros semejantes a amarillentos ojos. *Christine* estaba en el asfaltado camino de los Cunningham como antes había estado en el césped de Roland D. LeBay, pero ofreciendo un aspecto considerablemente mejor: parecía fría, indiferente, muy por encima de aquella desagradable pelea familiar.

Quizás había progresado en *status* social.

Bruscamente, sorprendentemente, Regina Cunningham se echó a llorar. Era este un fenómeno análogo al de la lluvia en el desierto, que Arnie sólo había visto cuatro o cinco veces en toda su vida..., y en ninguna de las otras ocasiones había sido él la causa de las lágrimas.

Sus lágrimas eran aterradoras, dijo más tarde a Dennis, por el simple hecho de que estaban allí. Eso era suficiente, pero había más: las lágrimas la hacían parecer vieja de golpe, como si en cuestión de segundos hubiera pasado de los cuarenta y cinco a los sesenta años. El penetrante brillo gris de su mirada se tornó borroso y débil y, de pronto, las lágrimas le corrían por las mejillas, surcando su maquillaje.

Extendió la mano sobre la repisa de la chimenea para coger el vaso, pero, en lugar de ello, lo empujó con las yemas de los dedos. Cayó en el hogar y se hizo añicos. Cayó una especie de incrédulo silencio, una estupefacción por el hecho de que las cosas hubieran podido llegar tan lejos. Y aun a través de la debilidad de las lágrimas, consiguió decir:

—No quiero tenerlo en nuestro garaje ni delante de esta casa, Arnie.

—Tampoco yo quiero tenerlo aquí, madre —respondió él, con frialdad.

Echó a andar hacia la puerta, se volvió y les miró a los dos.

—Gracias. Por ser tan comprensivos. Muchas gracias a los dos.

Salió.

21. Arnie y Michael

Ever since you've been gone
I walk around with sunglasses on
But I know I will be just fine
As long as I can make my jet black
Caddy shine.

MOON MARTIN

Michael alcanzó a Arnie cuando ya estaba junto a *Christine*. Le apoyó una mano en el hombro. Arnie se soltó y continuó buscando las llaves.

—Arnie. Por favor.

Arnie se volvió con rapidez. Por un momento, pareció a punto de hacer más intensa la oscuridad de la noche golpeando a su padre. Luego, la tensión de su cuerpo se relajó un poco y se apoyó en el coche, tocándolo con la mano izquierda, acariciándolo, pareciendo extraer fuerza de él.

—Está bien —dijo—. ¿Qué quieres?

Michael abrió la boca y, luego, pareció no saber qué decir. Una expresión de desvalimiento —habría resultado graciosa si no hubiera sido tan terrible— se extendió por su cara. Parecía haber envejecido, haberse vuelto gris y macilento.

—Arnie —empezó, como si forzara las palabras a salir, venciendo el peso de una resistente inercia—. Arnie, lo siento mucho.

—Ya —repuso Arnie; se volvió y abrió la puerta del lado del conductor. Se extendió un agradable olor a coche bien cuidado—. Me he dado cuenta por la forma en que me has apoyado.

—Por favor. Esto es duro para mi, más duro de lo que imaginas.

Algo en su voz le hizo a Arnie volverse. Los ojos de su padre tenían una mirada de desesperación e infelicidad.

—No he dicho que quisiera apoyarte —explicó Michael—. También a ella la comprendo. He visto cómo la presionabas, decidido a salirte con la tuya a toda costa...

Arnie rió roncamente.

—En otras palabras, igual que ella.

—Tu madre, Arnie, está atravesando la menopausia —dijo, en voz baja, Michael—. Le está resultando en extremo difícil.

Arnie parpadeó, no muy seguro al principio de lo que había oído. Era como si su padre le hubiera dicho de pronto algo en chino, parecía del todo irrelevante con lo que estaba hablando.

—¿Qué?

—La retirada. Está asustada, y bebe mucho, y a veces tiene dolores. No con frecuencia —dijo, al ver la alarmada expresión de Arnie—. Ya ha ido al médico, y sólo es la menopausia. Pero se encuentra muy agitada emocionalmente. Tú eres su único hijo, y, tal como está, lo único que ve es que quiere que las cosas rueden bien para ti, cueste lo que cueste.

—Lo que quiere es que las cosas rueden a su manera. Y eso no es nada nuevo. Siempre lo ha querido.

—Es evidente que ella piensa que lo bueno para ti es aquello que ella considera bueno —siguió Michael—. Pero ¿qué te hace suponer que tú eres diferente? ¿O mejor? Hace unos momentos, querías imponerte, y ella lo sabía. Y yo también.

—Ella lo empezó...

—No, lo empezaste tú al traer el coche a casa. Sabías lo que ella sentía. Y tiene razón en otra cosa. Has cambiado. Desde aquel primer día en que viniste a casa con Dennis y dijiste que habías comprado un coche, entonces fue cuando empezó. ¿Crees que eso no la ha trastornado? ¿Y a mí también? ¿Ver a tu hijo exhibiendo rasgos de personalidad que ni siquiera sabías que existían?

—¡Eh, vamos, papá! Eso es un poco...

—Apenas si te vemos, siempre estás trabajando en tu coche, o por ahí con Leigh.

—Estás empezando a hablar como ella.

Michael sonrió de pronto, pero era una sonrisa triste.

—Te equivocas en eso. Te equivocas tanto como puedes equivocarte. Ella habla como ella misma, y tú hablas como ella, pero sólo yo hablo como el tipo encargado de alguna estúpida fuerza pacificadora de la ONU que está a punto de irse a pique.

Arnie se aplacó un poco, su mano había encontrado de nuevo el coche y empezó a acariciarlo, acariciarlo.

—Está bien —repuso—. Creo que entiendo lo que quieres decir. No sé por qué tienes que dejarla que te maneje así, pero de acuerdo.

Subsistió la triste y humillada sonrisa, un poco como la sonrisa de un perro que ha perseguido largo rato a una marmota en un caluroso día de verano.

—Quizás algunas cosas llegan a ser una forma de vida. Y quizás hay compensaciones que tú no puedes comprender y yo no puedo explicar. Como..., bueno, yo la quiero, ¿sabes?

Arnie se encogió de hombros.

—Bien, ¿y...?

—¿Podemos ir a dar una vuelta?

Arnie pareció sorprendido y, luego, complacido.

—Claro. Sube. ¿Algún sitio en particular?

—Al aeropuerto.

Arnie enarcó las cejas.

—¿Al aeropuerto? ¿Por qué?

—Te lo diré por el camino.

—¿Y Regina?

—Tu madre se ha ido a la cama —explicó Michael en voz baja.

Arnie tuvo la decencia de ruborizarse un poco.

Arnie conducía bien y con seguridad. Los nuevos faros de *Christine* abrían en la oscuridad de la noche un profundo túnel de luz. Pasó ante la casa de los Guilder, torció luego a la izquierda por Elm Street a la altura del Stop y enfiló la JFK Drive. La I-376 les llevó a la I-278, y luego hacia el aeropuerto. El tráfico era escaso. El motor zumbaba con suavidad. El panel de instrumentos del salpicadero relucía con un místico color verde.

Arnie conectó la radio y sintonizó WDIL, la emisora de onda media de Pittsburgh que solamente pone piezas antiguas. Gene Chandler estaba cantando *The Duke of Earl*.

—Funciona de maravilla —dijo Michael Cunningham.

Parecía impresionado.

—Gracias —replicó Arnie, sonriendo.

Michael hizo una profunda inspiración.

—Huele a nuevo.

—Muchas cosas son nuevas. El tapizado de los asientos me costó ochenta pavos. Parte del dinero por el que rezongaba Regina. Fui a la biblioteca y cogí un montón de libros, y traté de copiar todo lo mejor que pude. Pero no ha sido tan fácil como podría pensar la gente.

—¿Por qué no?

—Bueno, en primer lugar, el Plymouth Fury 58 no era la idea de nadie de un coche clásico, así que nadie escribió gran cosa sobre él, ni aun en los libros de tipo retrospectivo..., El automóvil americano, Clásicos americanos, Automóviles de los años 50, cosas así. El Pontiac 58 era un clásico, sólo que el segundo año Pontiac hizo el modelo Bonneville, y el T-Bird 58 con sus aletas de oreja de conejo, creo que ese fue el último Thunderbird realmente bueno, y...

—No tenía ni idea de que supieses tanto sobre coches antiguos — comentó Michael—. ¿Cuánto tiempo hace que tienes esta afición, Arnie?

Se encogió levemente de hombros.

—De todas formas, el otro problema era que LeBay adaptó a su gusto el modelo original de Detroit: Plymouth jamás ofreció un Fury en rojo y blanco, por ejemplo, y he estado tratando de restaurar el coche más en la forma en que él lo tenía que como Detroit quería que fuese. Así que he andado muy ocupado.

—¿Por qué quieres restaurarlo tal como lo tenía LeBay?

El mismo leve encogimiento de hombros.

—No sé. Simplemente, parece lo más adecuado.

—Bueno, creo que has hecho un trabajo soberbio.

—Gracias.

Su padre se inclinó hacia él, mirando el panel de instrumentos.

—¿Qué miras? —preguntó Arnie, con cierta aspereza.

—Que me ahorquen —dijo Michael—. Nunca he visto cosa igual.

—¿Qué? —Arnie bajó la vista—. Oh. El cuentamillas.

—Está girando hacia atrás, ¿no?

El cuentamillas, en efecto, estaba moviéndose hacia atrás, en aquellos momentos, en la noche del uno de noviembre, marcaba 79.500 millas y pico. Mientras Michael miraba, el indicador de décimas de milla pasó de 2 a 1 y, luego, a 0. Al volver a 9, el número de millas disminuyó en uno.

Michael se echó a reír.

—Eso es algo que se te ha pasado por alto, hijo.

Arnie sonrió: una leve sonrisa.

—Sí —explicó—. Will dice que hay un cable cruzado en alguna parte. No creo que me ponga a enredar con él. Resulta curioso tener un cuentamillas que corre hacia atrás.

—¿Es exacto?

—¿Cómo?

—Bueno, ¿si vas de nuestra casa a la plaza de la Estación, restará cinco millas del total?

—Ah —dijo Arnie—. Ya te entiendo. No, no es exacto en absoluto. Retrocede dos o tres millas por cada milla realmente recorrida. A veces, más. Tarde o temprano se romperá el cable del velocímetro, y, cuando lo cambie, la cosa se resolverá sola.

Michael, a quien en sus tiempos se le habían roto uno o dos cables del velocímetro, miró la aguja para ver la característica vibración indicadora de algún problema en su funcionamiento. Pero la aguja se mantenía inmóvil justo por encima de cuarenta. El velocímetro parecía estar perfectamente, era sólo el cuentamillas el que se había trastornado. ¿Y creía realmente Arnie que el velocímetro y el cuentamillas funcionaban con los mismos cables? Seguramente, no.

Se echó a reír y dijo:

—Es fantástico, hijo.

—¿Por qué el aeropuerto? —preguntó Arnie.

—Voy a regalarte un abono de treinta días de aparcamiento —respondió Michael—. Cinco dólares. Más barato que el garaje de Darnell. Y puedes

sacar tu coche siempre que quieras. Hay una parada regular de autobús en el aeropuerto. Final de trayecto, en realidad.

—¡Cristo, es la cosa más disparatada que he oído jamás! —exclamó Arnie. Se arrimó al borde, ante una tintorería, y detuvo el coche—. ¿Tengo que recorrer treinta kilómetros en autobús para ir al aeropuerto a coger mi coche cada vez que lo necesite? ¡Eso parece salido de Trampa-22! ¡No! ¡Ni hablar!

Iba a decir algo más, cuando se sintió súbitamente agarrado del cuello.

—Escucha —dijo Michael—. Soy tu padre, así que escúchame. Tu madre tenía razón, Arnie. Te has vuelto irrazonable..., más que irrazonable, en los dos últimos meses. Te has vuelto sumamente peculiar.

—Suéltame —dijo Arnie, forcejeando para desasirse.

Michael no le soltó, pero aflojó la presión.

—Voy a ponértelo en perspectiva —dijo—. Sí, el aeropuerto está lejos, pero el autobús cuesta lo mismo que el que te llevaría a Darnell's. Hay garajes más cercanos pero en la ciudad se dan más casos de robo y vandalismo. El aeropuerto, por el contrario, es completamente seguro.

—Ningún aparcamiento público es seguro.

—En segundo lugar, es más barato que un garaje en el centro de la ciudad y mucho más barato que el de Darnell.

—¡Ese no es el motivo y tú lo sabes!

—Tal vez tengas razón, Arnie —dijo Michael—. Pero estás pasando por alto algo. Estás pasando por alto el verdadero motivo.

—Bueno, supón que me dices cuál es el verdadero motivo.

—Muy bien, lo haré.

Michael hizo una pausa, mirando fijamente a su hijo. Cuando habló, su voz fue baja y serena, casi tan musical como su grabadora.

—Juntamente con el sentido de lo razonable, parece haber perdido por completo tu sentido de la perspectiva. Tienes casi dieciocho años y estás en tu último curso en la escuela pública. Creo que has decidido no ir a Horlicks, he visto los folletos de Universidades que has traído a casa...

—No, no voy a ir a Horlicks —repuso Arnie. Parecía un poco más tranquilo ahora—. No después de todo esto. No tienes ni idea de lo ardientemente que deseo marcharme. O quizá sí.

—Lo sé. Y quizá sea mejor. Mejor que esta constante fricción entre tu madre y tú. Lo único que te pido es que no se lo digas aún, espera el momento de presentar la hoja de solicitud.

Arnie se encogió de hombros, sin prometer nada.

—Llévate tu coche a la Facultad, es decir, si todavía funciona...

—Funcionará.

—... y si es una Facultad que permite a los nuevos alumnos llevar coches al campus.

Arnie se volvió hacia su padre, sorprendido por su sorda ira..., sorprendido e inquieto. Era ésta una posibilidad que nunca se le había ocurrido.

—No iré a una Facultad que diga que yo no puedo tener coche —dijo.

Su tono era de paciente instrucción, la clase de voz que utilizaría un maestro en una clase de niños retrasados mentales.

—¿Lo ves? —preguntó Michael—. Ella tiene razón. Basar tu elección de una Facultad en las normas que practique con respecto a los nuevos alumnos y los coches es totalmente irracional. Estás obsesionado con este coche.

—No esperaba que comprendieses.

Michael apretó los labios durante unos instantes.

—De todos modos, ¿qué importa ir en autobús al aeropuerto para coger tu coche si quieres llevar a Leigh? Es un engorro, lo admito, pero no muy grande. En primer lugar, significa que no lo utilizarás a menos que lo necesites, y, además, ahorrarás el dinero de la gasolina. Tu madre puede tener su pequeña victoria; no tendrá que verlo.

Michael hizo una pausa y volvió a sonreír tristemente.

—Ella no lo considera una forma de perder dinero, ambos lo sabemos. Lo considera como tu primer paso decisivo para alejarte de ella..., de nosotros. Supongo que ella..., oh, mierda, no sé.

Se detuvo y miró a su hijo. Arnie le sostuvo pensativamente la mirada.

—Llévalo a la Universidad contigo, aunque elijas una Facultad que no permita a los alumnos de primero tener coche en el campus, siempre hay formas de arreglarse...

—¿Como aparcar en el puerto?

—Sí. Como esa. Cuando vengas los fines de semana, Regina estará tan contenta de verte que no mencionará el coche. Qué diablos, probablemente saldrá a ayudarte a lavarlo y cuidarlo sólo para averiguar lo que estás haciendo. Diez meses. Luego, se habrá terminado. Podremos tener paz de nuevo en la familia. Vamos, Arnie. Arranca.

Arnie puso el motor en marcha y se incorporó al tráfico.

—¿Tienes asegurado el coche? —preguntó de pronto Michael.

Arnie se echó a reír.

—¿Estás bromeando? En este Estado, si no tienes seguro individual y te ves metido en un accidente, te la cargas. Sin seguro individual, la culpa será tuya, aunque el otro se te haya caído encima desde el cielo. Es una de las formas que tienen los cagones de excluir de las carreteras de Pensilvania a los jóvenes.

Michael pensó decir a Arnie que un desproporcionado número de accidentes mortales en Pensilvania —el 41 por ciento— afectaba a conductores de menos de veinte años (Regina le había leído la estadística, reproducida en un artículo del suplemento dominical, pronunciando la cifra con tono lento y apocalíptico: «¡Cua-ren-ta y uno por ciento!», poco después de que Arnie comprara su coche), y decidió que no era cosa que Arnie quisiera oír..., no en su actual estado de ánimo.

—¿Sólo individual?

Estaban pasando bajo una señal reflectante que decía «AEROPUERTO». Arnie encendió el intermitente y cambió de carril. Michael pareció relajarse un poco.

—No se puede tener seguro a terceros hasta cumplir los veintiún años. De veras, esas jodidas compañías de seguros son todas tan ricas como Creso, pero no te cubren a menos que todas las ventajas estén descaradamente a su favor.

Había en la voz de Arnie una nota amarga, levemente irritada, que Michael nunca le había oído antes, y, aunque no dijo nada, quedó sorprendido y un poco consternado por el lenguaje que utilizaba su hijo: había supuesto que Arnie empleaba esa clase de lenguaje con sus amigos (así se lo dijo más tarde Dennis Guilder, al parecer totalmente desconocedor de que hasta su último curso Arnie no había tenido realmente más amigos que Guilder), pero nunca lo había utilizado delante de Regina ni de él.

—Tu historial como conductor y si has recibido o no clases de conducir, no tienen nada que ver con ello —continuó Arnie—. La razón por la que no puedes obtener seguro a terceros es que sus puñeteras tablas actuariales dicen que no puedes tenerlo. Puedes suscribirlo a los veintiuno sólo si estás dispuesto a gastar una fortuna: generalmente, las primas acaban valiendo más que el coche hasta los veintitrés años o así, a menos que estés casado. Oh, los cagones lo tienen todo calculado. Saben cómo jorobarte, ya lo creo.

Delante brillaban las luces del aeropuerto, señaladas las pistas con míticas líneas paralelas de luz azulada.

—Si alguien me pregunta alguna vez cuál es la forma más baja de vida humana, le diré que un agente de seguros.

—Has estudiado a fondo el asunto —comentó Michael.

No se atrevió a decir nada más, Arnie parecía a punto de estallar de cólera.

—Me he recorrido cinco compañías diferentes. Pese a lo que ha dicho mamá, no me apetece tirar el dinero.

—¿Y el seguro individual es lo mejor que has podido encontrar?

—Sí. Seiscientos cincuenta dólares al año.

Michael lanzó un silbido.

—En efecto —asintió Arnie.

Otra señal destellante, advirtiendo que los dos carriles de la izquierda eran para aparcar, y los de la derecha para el aeropuerto propiamente dicho. A la entrada del aparcamiento, la carretera se dividía otra vez. A la derecha había una barrera automática en la que se cogía un boleto para estacionamiento por horas. A la izquierda se encontraba la cabina de cristal en cuyo interior se hallaba el empleado del aparcamiento, mirando un pequeño receptor de televisión en blanco y negro y fumando un cigarrillo.

Arnie suspiró.

—Quizá tengas razón. Quizá sea esa la mejor solución después de todo.

—Claro que lo es —dijo Michael, aliviado. Arnie volvía a parecer ahora el mismo de siempre y la dura expresión de sus ojos había desaparecido por fin—. Diez meses, eso es todo.

—Sí.

Condujo hasta la cabina, y el empleado, con un jersey negro y naranja que llevaba el anagrama de Libertyville en los bolsillos, describió la divisoria de cristal y se asomó.

—¿Qué hay?

—Quisiera un abono para treinta días —dijo Arnie, cogiendo su cartera.

Michael puso mano sobre la de Arnie.

—Es obsequio mío —dijo.

Arnie le apartó la mano, suave pero firmemente, y sacó su cartera.

—Es mi coche —dijo—. Pagaré yo.

—Sólo quería... —empezó Michael.

—Ya sé —respondió Arnie—. Pero lo digo de veras.

Michael suspiró.

—Sí, claro. Tú y tu madre. Todo irá bien si lo haces a mi manera.

Arnie apretó por un instante los labios y, luego, sonrió.

—Bueno..., sí —dijo.

Se miraron y rompieron a reír los dos.

En ese mismo momento, el motor de *Christine* se paró. Hasta entonces había estado latiendo con toda perfección. Ahora, se paró, simplemente, se encendieron las luces del aceite y de posición.

Michael enarcó las cejas.

—¿Qué pasa?

—No lo sé —respondió Arnie, frunciendo el ceño—. Es la primera vez que ocurre.

Hizo girar la llave, y el motor comenzó a funcionar enseguida.

—Nada, supongo —dijo Michael.

—Tendré que revisar la regulación —murmuró Arnie.

Aceleró el motor y escucharon con atención. Y en ese instante Michael pensó que Arnie parecía muy distinto. Parecía otra persona, alguien

mucho más viejo y enérgico. Sintió una breve pero sumamente desagradable punzada de temor en el pecho.

—Eh, ¿quieres este boleto, o te vas a pasar ahí toda la noche hablando de tu regulación? —preguntó el empleado del aparcamiento.

A Arnie le resultaba vagamente familiar como ocurre con los tipos que ve uno por los pasillos de la escuela pero con los que no tiene ninguna otra relación.

—Oh, sí. Lo siento.

Arnie le dio un billete de cinco dólares, y el empleado le entregó un boleto.

—Al fondo —dijo—. Y no olvides renovarlo cinco días antes de fin de mes si quieres seguir teniendo la misma plaza.

—Vale.

Arnie condujo hacia el fondo del aparcamiento. La sombra de *Christine* se alargaba y encogía al pasar bajo las luces de sodio. Encontró una plaza vacía y, haciendo marcha atrás, situó a *Christine* en ella. Al sacar la llave, hizo una mueca y se llevó la mano a la altura de los riñones.

—¿Todavía te molesta? —preguntó Michael.

—Sólo un poco —respondió Arnie—. Casi se me había pasado y ayer me volví de pronto. Debí de hacer algún esfuerzo. No olvides cerrar la puerta.

Salieron y cerraron las puertas. Una vez fuera del coche, Michael se sintió mejor: se sentía más cerca de su hijo y, quizá tan importante, sentía con menos intensidad la impresión de haber desempeñado el papel de bufón impotente, con su gorro de cascabeles, en la discusión que había tenido lugar antes. Una vez fuera del coche, notaba que tal vez hubiera salvado algo —acaso mucho— de la noche.

—Vamos a ver lo rápido que es realmente ese autobús —explicó Arnie, y empezaron a caminar por el aparcamiento en dirección a la terminal, en amistosa camaradería.

Durante el viaje hasta el aeropuerto, Michael se había formado una opinión acerca de *Christine*. Estaba impresionado por el trabajo de restauración que Arnie había hecho, pero le desagradaba el coche, le desagradaba intensamente. Suponía que era ridículo albergar tales sentimientos hacia un objeto inanimado, pero la aversión continuaba allí, fuerte e inequívoca, como un nudo en la garganta.

Era imposible identificar el origen de esa aversión. Había causado una grave disensión en la familia, y suponía que esa era la verdadera

razón..., pero no era todo. No le había gustado el aspecto que Arnie tenía cuando estaba al volante: arrogante y petulante al mismo tiempo, como un rey débil. El tono de impotencia con que había despotricado contra las compañías de seguros, su utilización de aquella horrible y sorprendente palabra de «cagones»..., incluso la forma en que se había parado el motor del coche cuando ambos se habían reído.

Y el olor que tenía. No se notaba al instante pero estaba allí. No el olor de la tapicería nueva, ese era bastante agradable, este era un olor subterráneo, acre casi (pero no totalmente) secreto. Era un olor viejo. Bueno —se dijo Michael—, el coche es viejo, ¿por qué demonios esperas que huelga a nuevo? Y eso no tenía vuelta de hoja. Pese al trabajo realmente fantástico que Arnie había hecho para restaurarlo, el Fury tenía veinte años. Aquel olor acre y mohoso podría venir del viejo alfombrado del maletero, o, de las viejas esterillas del suelo que subsistían bajo las nuevas, quizá procedía del tapizado original existente bajo las nuevas fundas de los asientos. Era sólo un olor a viejo.

Y, sin embargo, ese olor subyacente, leve y vagamente nauseabundo, le preocupaba. Parecía ir y venir en oleadas, a veces muy ostensible, en ocasiones por completo imperceptible. Parecía carecer de fuente concreta. En los peores momentos, olía como el cadáver en putrefacción de algún pequeño animal —un gato, una marmota, quizás una ardilla— que se hubiera introducido en el maletero o bajo la carrocería y hubiese muerto allí.

Michael estaba orgulloso de lo que su hijo había conseguido; pero también muy contento de salir del coche.

22. Sandy

First I walked past the Stop and Shop

Then I drove past the Stop and Shop.

I liked that much better when I drove

past the Stop and Shop,

Cause I had the radio on.

JONATHAN RICHMOND Y LOS MODERN LOVERS

El empleado del aparcamiento aquella noche —todas las noches, en realidad, desde las seis hasta las diez— era un joven llamado Sandy Galton, el único del círculo de amigos de Buddy Repperton que no había estado en el fumadero el día en que Repperton fue expulsado de la escuela. Arnie no le reconoció, pero Galton reconoció a Arnie.

Buddy Repperton, expulsado de la escuela y sin ningún interés por iniciar los trámites que podrían haber culminado en su readmisión a comienzos del semestre de primavera, en enero, había ido a trabajar a la estación de servicio del padre de Don Vandenberg. En las pocas semanas que llevaba allí había realizado ya bastantes de las típicas estafas: sisar en el cambio a los clientes que parecía que tuviesen demasiada prisa como para contar los billetes que les daba, practicar la jugada de la cubierta (que consiste en cobrarle al cliente un neumático nuevo y ponerle en realidad una cubierta nueva, embolsándose la diferencia de quince a sesenta dólares), la similar jugada de las piezas usadas y el vender viñetas de inspección a chicos de la escuela superior y de la cercana Horlicks: chicos ansiosos de mantener en la carretera sus trampas mortales.

La estación de servicio estaba abierta veinticuatro horas al día, y Buddy trabajaba en el último turno, desde las nueve de la noche hasta las cinco de la mañana. Hacia las once, Mochie Welch y Sandy Galton solían dejarse caer por allí en el viejo y abollado Mustang de Sandy, Richie Trelawney podía ir en su Firebird, y, naturalmente, Don entraba y salía casi continuamente..., cuando no estaba holgazaneando en la escuela. A medianoche de cualquier día laborable solía haber seis u ocho chicos sentados en la oficina, bebiendo cerveza en sucias tazas de té, pasándose una botella de *Texas Drive* de Buddy, fumando un porro, o quizás un poco de hachís, echándose pedos, contando chistes verdes, intercambiando embustes sobre las chicas que se estaban jodiendo y acaso ayudando a Buddy a arreglar algún coche.

Durante una de estas reuniones nocturnas a primeros de noviembre, Sandy mencionó casualmente que Arnie Cunningham guardaba su coche en el aparcamiento del aeropuerto. Había adquirido un abono para treinta días.

Buddy, que habitualmente se mantenía retraído y hosco durante estas sesiones nocturnas, echó hacia atrás bruscamente su barata silla de plástico y dejó de golpe la botella de *Driver* en el armario de los limpiaparabrisas.

—¿Qué has dicho? —preguntó—. ¿Cunningham? ¿Caracoño?

—Sí —respondió Sandy, sorprendido y un poco inquieto—. El mismo.

—¿Estás seguro? ¿El tipo que hizo que me echaran de la escuela?

Sandy le miró, con creciente alarma.

—Sí. ¿Por qué?

—¿Y tiene un abono para treinta días, lo que significa que tiene el coche en el aparcamiento de modo permanente?

—Sí. Quizá sus padres no querían que lo tuviese en...

Sandy no terminó la frase. Buddy Repperton había empezado a sonreír. No era una sonrisa agradable, y no sólo porque los dientes que dejaba al descubierto estaban cariándose ya. Era como si, en alguna parte, alguna terrible maquinaria acabase de ponerse en movimiento y estuviese empezando a girar a toda velocidad.

Buddy paseó la vista de Sandy a Don, y a Moochie Welch, y a Richie Trelawney. Ellos le miraron también, interesados y un poco asustados.

—Caracoño —dijo, con voz suave y maravillada—. Caracoño ha conseguido licencia de circulación para su cacharro y sus padres le han obligado a aparcarlo en el aeropuerto.

Se echó a reír.

Moochie y Don intercambiaron una mirada, intranquila y ávida a la vez.

Buddy se inclinó hacia ellos, con los codos apoyados en las rodilleras de sus pantalones vaqueros.

—Escuchad —dijo.

23. Arnie y Leigh

Ridin along in my automobile,
My baby beside me at the wheel,
I stole a kiss at the turn of a mile,
My curiosity running wild
Cruisin and playin the radio,
With no particular place to go.

CHUCK BERRY

La radio del coche estaba sintonizada con WDIL, y Dion cantaba *Runaround Sue* con su voz áspera y callejera, pero ninguno de los dos le escuchaba.

Había deslizado la mano bajo el jersey que ella llevaba y había encontrado el mórbido esplendor de sus pechos, coronado por pezones tensos y duros de excitación. La muchacha respiraba entrecortada y aceleradamente. Y, por primera vez, su mano había ido adonde él quería, adonde él la necesitaba, a su entrepierna, donde apretaba, y giraba y movía, sin experiencia, pero con deseo suficiente como para compensar la carencia.

Él la besó, y la boca de la chica se abrió, y su lengua estaba allí, y el beso fue como inhalar el límpido aroma/sabor de un bosque bajo la lluvia. Podía sentir la excitación que rebosaba su cuerpo.

Se inclinó hacia ella, se tensó hacia ella y, por un momento, pudo sentirla responder con pura y limpia pasión.

Y entonces ella se apartó.

Arnie quedó allí, ofuscado y estupefacto, un poco a la derecha del volante, mientras se encendía la luz interior de *Christine*. Fue un instante, la puerta se cerró de golpe, y la luz volvió a apagarse.

Permaneció sentado unos momentos más, sin saber muy bien qué había sucedido, sin saber siquiera muy bien por unos instantes dónde se encontraba. Le hervía el cuerpo en un abigarrado despliegue de emociones y erráticas reacciones físicas que eran medio maravillosas, medio terribles. Le dolían las glándulas, su pene era una barra de

hierro, los huevos le palpitaban sordamente. Podía sentir la adrenalina corriéndole velozmente por su corriente sanguínea.

Apretó el puño y se golpeó con fuerza la pierna. Luego se deslizó sobre el asiento, abrió la puerta y fue tras ella.

Leigh estaba de pie en el borde mismo del Embankment, mirando a la oscuridad que se extendía a sus pies. Dentro de un brillante rectángulo en medio de esa oscuridad, Sylvester Stallone atravesaba la noche vestido como un joven dirigente sindical de los años treinta.

Arnie tuvo de nuevo la sensación de estar viviendo un sueño maravilloso que en cualquier momento podía derivar en pesadilla, quizás había empezado ya a suceder.

Ella estaba demasiado cerca del borde..., la cogió del brazo y tiró suavemente hacia atrás. El terreno era seco y desmoronadizo. No había pretila ni barandilla. Si se derrumbaba la tierra del borde, Leigh caería e iría a parar a alguna parte del distrito suburbano que se extendía en torno a la carretera de Liberty Hill.

El Embankment había sido desde tiempo inmemorial el rincón local de los enamorados. Se encontraba al final de Stanson Road, una larga y serpenteante carretera de dos direcciones que se curvaba primero hacia fuera de la ciudad y luego se volvía hacia ella, terminando en Libertyville Heights, donde en otro tiempo había habido una granja.

Era el 4 de noviembre, y la lluvia que había empezado a primera hora de la noche de aquel sábado se había convertido en una leve nevisca. Tenían para ellos solos el Embankment y la vista gratuita (aunque silenciosa) del cine para automovilistas. La llevó hacia el coche —ella no opuso ninguna resistencia— pensando que la nevisca había humedecido sus mejillas. Sólo dentro, al verdoso y fantasmal resplandor de las luces del salpicadero, se dio cuenta de que estaba llorando.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Qué ha pasado?

La chica meneó la cabeza y lloró con más fuerza.

—¿He hecho...? ¿Era algo que no querías hacer?

Ella volvió a menear la cabeza, pero Arnie no estaba seguro de lo que quería decir. La abrazó, preocupado. Y en el fondo de su mente pensaba en la nevisca, en el viaje de vuelta y en el hecho de que aún no le había puesto a *Christine* neumáticos para la nieve.

—Nunca le había hecho eso a ningún chico —explicó ella, apoyada en su hombro—. Es la primera vez que toco... ya sabes. Lo hice porque lo deseaba. Porque lo deseaba, eso es todo.

—¿Qué pasa, entonces?

—No puedo... aquí.

Las palabras salían lenta y trabajosamente, de una en una, con una casi terrible renuencia.

—¿El Embankment? —dijo Arnie, pensando estúpidamente que quizá creyera ella que realmente la había llevado ahí para poder ver gratis FIST.

—¡En este coche! —gritó ella, de pronto—. ¡No puedo hacer el amor contigo en este coche!

—¿Qué? —se la quedó mirando, estupefacto—. ¿De qué estás hablando? ¿Por qué no?

—Porque..., porque... ¡No lo sé!

Trató de decir algo más y, luego, rompió a llorar de nuevo. Arnie la mantuvo abrazada hasta que se calmó.

—Es sólo que no sé a quién de los dos amas más —dijo Leigh cuando pudo hablar otra vez.

—Eso es... —Arnie se interrumpió, meneó la cabeza y sonrió—. Eso es absurdo, Leigh.

—¿Sí? —preguntó ella, mirándole escrutadoramente—. ¿Con cuál de nosotras pasas más tiempo? ¿Conmigo... o con ella?

—¿Te refieres a *Christine* ?

Miró a su alrededor, con aquella desconcertada sonrisa que ella podía encontrar adorable o terriblemente odiosa... o ambas cosas a la vez.

—Sí —siguió ella, inexpresivamente. Se miró las manos, que yacían desmadejadamente sobre sus pantalones de lana azul—. Supongo que es estúpido.

—Paso mucho más tiempo contigo —explicó Arnie, y meneó la cabeza—. Esto es absurdo. O quizá sea normal, a mí me parece absurdo sólo porque nunca he tenido una chica.

Alargó la mano y le acarició los cabellos que se derramaban en catarata sobre el hombro de su desabrochado abrigo. Su jersey llevaba el letrero LIBERTYVILLE O MUERTE y sus pezones se marcaban contra el fino tejido de algodón de una manera que Arnie encontraba seductora y excitante.

—Yo creía que las chicas tenían celos de otras chicas. No de coches.

Leigh rió brevemente.

—Tienes razón. Debe ser porque nunca has tenido una chica. Los coches son chicas, ¿no lo sabías?

—Oh, vamos...

—Entonces, ¿por qué no le llamas a este Christopher?

Y, de pronto, golpeó fuertemente el asiento con la palma de la mano. Arnie se sobresaltó.

—Vamos, Leigh. No hagas eso.

—¿No te gusta que le pegue a tu chica? —preguntó ella, con tono hiriente. Luego, vio la dolida expresión de sus ojos—. Lo siento, Arnie.

—¿Sí? —preguntó él, mirándola con frialdad—. Parece que últimamente no le gusta a nadie mi coche: tú, mi padre, mi madre, hasta Dennis. Me he matado a trabajar en él, y eso no significa nada para nadie.

—Para mí significa algo —repuso Leigh suavemente—. El esfuerzo que requirió.

—Ya —dijo Arnie, con aspereza. La pasión, el ardor, habían desaparecido. Tenía frío y sentía unas leves náuseas—. Mira, será mejor que nos vayamos. No tengo neumáticos para la nieve. No les haría ninguna gracia a tus padres que nos diéramos la torta en Stanson Road.

La muchacha soltó una risita.

—Ellos no saben dónde termina Stanson Road.

Arnie la miró enarcando una ceja y recuperando un poco de su buen humor.

—Eso es lo que tú crees —concluyó.

Condujo con lentitud durante el descenso a la ciudad, y *Christine* recorrió con firmeza el pendiente y serpenteante trayecto. El conglomerado de estrellas que eran Libertyville y Monroeville fue creciendo y acercándose, y luego dejó de tener una forma definida. Leigh lo contemplaba con un poco de tristeza, sintiendo que se había esfumado la mejor parte de una noche potencialmente maravillosa. Se sentía irritada, enojada, malhumorada consigo misma..., frustrada, suponía. Había un sordo dolor en sus pechos. No sabía si había tenido intención de dejarle llegar hasta lo que era eufemísticamente conocido como «el final» o no, pero, una vez llegadas las cosas a cierto punto,

nada había sido como ella había esperado: todo porque había tenido que abrir la boca.

Su cuerpo estaba sumido en una caótica confusión y también sus pensamientos. Una y otra vez durante el silencioso viaje abrió la boca para tratar de aclarar lo que sentía... Pero luego la cerró de nuevo, temerosa de no ser entendida, porque tampoco ella misma entendía lo que sentía.

No se sentía celosa de *Christine* ..., y, sin embargo, tenía celos de ella. Arnie no había dicho la verdad sobre eso. Ella tenía bastante buena idea del tiempo que él pasaba trabajando con el coche, pero ¿Qué había de malo en eso? Arnie era muy hábil con sus manos, le gustaba trabajar en el coche y este funcionaba como un reloj..., salvo el detalle de los números del cuentamillas corriendo hacia atrás.

Los coches son chicas, había dicho. No había pensado lo que decía, le había salido de forma automática de la boca. Ciertamente, no era siempre verdad, no creía que el Sedan de su familia tuviese un género determinado, simplemente, era un Ford. Pero...

Olvídalo, aleja de ti todas esas engañosas falacias. La verdad era mucho más brutal e, incluso, absurda, ¿no? No podía hacer el amor con él, no podía tocarle de aquella manera íntima, y mucho menos pensar en llevarle a un clímax de esa manera (ni de la otra, la verdad..., había estado dándole vueltas y vueltas en la cabeza mientras yacía tendida en su estrecha cama, sintiéndose dominada por una nueva y casi sorprendente excitación), en el coche.

En el coche, no.

Porque lo verdaderamente absurdo era que sentía que *Christine* les estaba mirando. Que estaba celosa, desaprobaba lo que hacían, quizá les odiaba. Porque había veces (como esta noche, en que Arnie deslizaba tan suave y delicadamente el Plymouth sobre las finas capas de nieve) en que sentía que los dos —Arnie y *Christine* — estaban unidos en una turbadora parodia del acto del amor. Porque Leigh no sentía que iba sobre *Christine* cuando iba a alguna parte con Arnie, se sentía engullida dentro de *Christine* . Y el acto de besarle, de hacer el amor con él, parecía una perversión peor que el voyeurismo o el exhibicionismo..., era como hacer el amor dentro de su rival.

Lo verdaderamente absurdo era que odiaba a *Christine* .

La odiaba y la temía. Había desarrollado una vaga aversión a pasar por delante de la nueva rejilla del radiador, o muy cerca del maletero, por detrás. Pensaba vagamente que el freno de mano se soltaba o que saltaba la caja de cambios y se ponía, por alguna razón, en punto muerto. Cosas que nunca había pensado del sedán familiar.

Pero, principalmente, era no querer hacer nada en el coche: ni ir a ninguna parte en el coche, si podía evitarlo. Arnie parecía otro distinto en el coche, una persona a la que ella no conocía en realidad. Le gustaba sentir sus manos sobre su cuerpo..., sus pechos, sus muslos (aún no le había permitido tocar su mismo centro, pero deseaba que sus manos estuviesen allí, pensaba que, si la tocaba allí, probablemente se derretiría). Sus caricias llevaban siempre un cobrizo sabor de excitación a su boca, la sensación de que todos sus sentidos estaban vivos y deliciosamente armonizados. Pero en el coche esa sensación parecía embotada: quizá porque en el coche Arnie parecía siempre menos sinceramente apasionado y un poco más lujurioso.

Abrió de nuevo la boca cuando enfilaron su calle, deseando explicar esto y tampoco pudo decir nada. ¿Por qué había de hacerlo? No había realmente nada que explicar... todo eran vapores. Nada más que vagos humores. Bueno... había una cosa. Pero no podía decirle eso, le heriría demasiado. No quería herirle, porque pensaba que estaba empezando a amarle.

Pero estaba allí.

El olor, un espeso y pútrido olor bajo los aromas de la nueva tapicería de los asientos y el líquido limpiador que había utilizado en las alfombrillas. Estaba allí, débil, pero terriblemente desagradable. Casi nauseabundo.

Como si, en algún tiempo, algo hubiera penetrado en el coche y hubiera muerto allí.

Le dio un beso de despedida a la puerta de su casa, resplandeciendo la nevisca con reflejos plateados en el cono de luz proyectado por la lámpara existente al pie de los escalones del porche. Las gotas de aguanieve brillaban como joyas en sus cabellos. Le habría gustado besarla realmente, pero el hecho de que sus padres podrían estar mirando desde el cuarto de estar —y, probablemente, así era— le obligó a besarla como podría besarse a una prima.

—Lo siento —dijo—. Me he portado como una estúpida.

—No —dijo Arnie queriendo, evidentemente, decir sí.

—Es sólo que —y su mente le sugirió algo que era un curioso híbrido de verdad y mentira—, que no parece bien en el coche. En ningún coche. Quiero que estemos juntos, pero no aparcados en la oscuridad, al final de una carretera sin salida. ¿Comprendes?

—Sí —repuso él.

Allí arriba, en el Embankment, en el coche, se había sentido un poco irritado con ella: bueno, para ser sincero se había sentido

completamente humillado. Pero ahora, delante de la casa, pensó que podía comprender... y maravillarse de que pudiera querer negarle algo o contrariar su voluntad de cualquier manera.

—Entiendo perfectamente lo que quieres decir.

Leigh le echó los brazos al cuello. Su abrigo continuaba desabrochado, y él pudo sentir la suave y enloquecedora presión de sus pechos.

—Te quiero —dijo ella por primera vez, y entró en la casa y le dejó allí, en el porche, agradablemente sorprendido y mucho más caliente de lo que hubiera debido estar bajo la suave nevisca de final de otoño.

La idea de que a los Cabot podría extrañarles que permaneciese tanto tiempo en el porche y bajo la nevisca penetró por fin en su aturdido cerebro. Arnie echó a andar hacia el coche, haciendo chascar los dedos y sonriendo.

Se detuvo cerca del punto en que el camino de cemento confluía en la acera, y la sonrisa se desvaneció de su rostro. *Christine* se hallaba junto a la cuneta, y las gotas de aguanieve que perlaban sus cristales tornaban borroso el brillo de las luces rojas del salpicadero. Cayó en la cuenta de pronto de que había dejado el motor de *Christine* en marcha y ahora estaba parado. Era la segunda vez.

—Se han mojado los cables —murmuró—. Eso es todo.

No podían ser las bujías, había puesto un juego nuevo anteayer mismo, en el garaje de Will. Ocho *Champions* nuevas y...

«¿Con cuál de nosotras pasas más tiempo? ¿Conmigo... o con ella?».

Reapareció la sonrisa, pero esta vez era de desasosiego. Bueno, pasaba más tiempo con los coches en general, naturalmente. Era consecuencia de trabajar para Will. Pero resultaba ridículo pensar que...

Le has mentado. Esa es la verdad, ¿no?

No —se respondió a si mismo inquieto—. No, no creo que se pueda decir que le he mentado realmente...

¿No? ¿Cómo lo llamarías, entonces?

Por primera y única vez desde que la llevara al partido de fútbol americano en Hidden Hills le había dicho una mentira. Porque la verdad era que pasaba más tiempo con *Christine*, y detestaba tenerla estacionada en la sección de treinta días del aparcamiento del aeropuerto, expuesta al viento y la lluvia, que no tardaría en convertirse en nieve...

Le había mentido.

Pasaba más tiempo con *Christine* .

Y eso estaba...

Estaba...

—Mal —gruñó, y la palabra se perdió casi en el suave y misterioso sonido de la nevisca.

Permaneció parado, contemplando su coche, viajero del tiempo, maravillosamente resucitado, de la era de Buddy Holly, y Kruschev, y Laika, la perra espacial, y de pronto lo odió. Le había hecho algo, no estaba seguro qué. Algo.

Las luces del salpicadero, que la humedad de la ventanilla convertía en borrosos ojos rojos de forma de balón de fútbol americano, parecían burlarse de él e increparle al mismo tiempo.

Abrió la puerta del lado del conductor, se sentó al volante y volvió a cerrar la puerta. Cerró los ojos. Se sintió invadido de una inmensa paz, y las cosas parecieron armonizarse de nuevo. Le había mentido, sí, pero era una mentira pequeña. Una mentira muy poco importante. No, una mentira carente por completo de importancia.

Alargó la mano sin abrir los ojos y tocó el rectángulo de cuero al que se hallaban unidas las llaves: un rectángulo viejo y áspero, con las iniciales R.D.L. grabadas a fuego en él. No le había parecido necesario hacerse con un llavero nuevo, o un trozo de cuero con sus propias iniciales.

Pero había algo extraño en el trozo de cuero al que estaban unidas las llaves, ¿no? Sí. Muy extraño realmente.

Cuando había contado el dinero sobre la mesa de la cocina de LeBay, y este le pasó las llaves por encima del mantel rojo y blanco, el rectángulo estaba áspero, mellado por los bordes, oscurecido por los años, casi borradas las iniciales por el paso del tiempo y la constante fricción contra las monedas en el bolsillo del anciano y la tela misma del bolsillo.

Las iniciales destacaban nuevamente ahora con toda nitidez. Habían sido restauradas.

Pero, como la mentira, eso carecía realmente de importancia. Sentado en el interior del metálico cuerpo de *Christine* , sintió con intensidad que eso era verdad.

Lo sabía. Todo aquello no tenía importancia.

Hizo girar la llave. Zumbó el arranque, pero el motor no agarraba. Cables mojados. Era eso, naturalmente.

—Por favor —murmuró—. Todo va bien, no te preocupes, todo sigue igual.

El motor se encendió, se apagó. El arranque seguía zumbando. El aguanieve golpeaba suavemente el cristal. Se estaba bien aquí, había calor, y todo estaba seco. Si el motor quisiera arrancar...

—Vamos —susurró Arnie—. Vamos, *Christine*. Vamos, cariño.

El motor se encendió de nuevo y agarró. Las lucecitas rojas del salpicadero parpadearon y se apagaron. La luz señalada con GEN parpadeó débilmente mientras el motor tosía y se estabilizaba finalmente en un suave zumbido.

La calefacción proyectó aire caliente sobre sus piernas, desmintiendo el frío exterior.

Le parecía que había cosas que Leigh no podía comprender, cosas que ella no podría comprender nunca. Porque ella no había estado allí. Los granos. Los gritos de, ¡eh, Cara Pizza! El deseo de hablar, el deseo de comunicarse con otros la imposibilidad de hacerlo. La impotencia. Le parecía que ella no podía comprender el simple hecho de que de no haber sido por *Christine*, nunca habría tenido valor para llamarla por teléfono, aunque hubiera ido por todas partes con las palabras QUIERO SALIR CON ARNIE CUNNINGHAM tatuadas en la frente. Ella no podía comprender que a veces sentía como si tuviese treinta años más —¡No! ¡Cincuenta!— y no era ya un muchacho sino algún veterano terriblemente herido de una guerra no declarada.

Acarició el volante. Los verdes ojos de los instrumentos del salpicadero le miraban con brillo confortante.

—Muy bien —dijo.

Casi suspiró.

Accionó la palanca de cambios y encendió la radio. Dee Dee Sharp cantando *Mashed Potato Time*; necedad mística en las ondas de radio surgiendo de la oscuridad.

Arrancó, con la idea de ir al aeropuerto, donde estacionaría el coche y cogería el autobús que le llevaría de nuevo a la ciudad. Y lo hizo, pero no con tiempo para coger el autobús de las once, como había proyectado. En lugar de ello tomó el autobús de las doce, y hasta que no estuvo en la cama, recordando los cálidos besos de Leigh en vez de la forma en que *Christine* se resistía a arrancar, no se le ocurrió que en alguna parte aquella noche, después de separarse de la casa de los

Cabot y antes de llegar al aeropuerto, había perdido una hora. Era tan evidente que se sintió como un hombre que ha estado revolviendo de arriba abajo la casa en busca de una carta de vital importancia, sólo para descubrir que, durante todo el tiempo, la ha estado teniendo en la otra mano. Evidente... y un poco intimidante.

¿Dónde había estado?

Tenía un borroso recuerdo de haberse separado de la cuneta delante de la casa de Leigh y luego...

... paseando nada más.

Sí. Paseando. Eso era todo. No gran cosa.

Paseando por entre la nevisca que iba espesando, atravesando calles desiertas y plateadas por la nieve, rodando sin los neumáticos apropiados (y, sin embargo, *Christine*, con increíble seguridad, nunca perdía la dirección ni patinaba en una curva, *Christine* parecía encontrar como por arte de magia el camino menos peligroso, moviéndose tan firmemente como si avanzara sobre raíles), paseando con la radio encendida, que derramaba un constante torrente de viejas canciones que parecían consistir de modo exclusivo en nombres de mujer: Peggy Sue, Carol, Barbara-Ann, Susie Darlin.

Le parecía que, en algún momento, se había asustado un poco y había pulsado uno de los cromados botones del convertidor que él había instalado, pero, en vez de FM y el Festival Fin de Semana, sintonizó otra vez WDIL, sólo que ahora el presentador se parecía extrañamente a Alan Fred y la voz que le siguió era la de Screamin' Jay Hawkins, cantando roncamente: «Te lanzo un sortilegioooo... porque eres miiiiíia...».

Y, al fin, había estado el aeropuerto, con sus luces de mal tiempo parpadeando, alternativamente, como un visible latido de corazón. El sonido de la radio se convirtió en un caos de interferencias y la había apagado. Al salir del coche, había sentido una sudorosa e incomprensible sensación de alivio.

Yacía ahora tendido en la cama, necesitando dormir pero sin poder conciliar el sueño. La nevisca se había espesado y caían gruesos copos de nieve.

Algo marchaba mal.

Algo había comenzado, algo estaba pasando. No podía mentirse a sí mismo y decir que no sabía nada. El coche *Christine*, varias personas habían comentado lo magníficamente que la había restaurado. Lo había llevado a la escuela, y se habían agolpado los chicos del taller automovilístico, se habían arrastrado bajo él para examinar el nuevo sistema de escape, los nuevos parachoques, la carrocería. Se habían

introducido hasta la cintura en el compartimiento del motor, comprobando las correas y el radiador, que estaba milagrosamente libre de la corrosión y verde sedimento que es el residuo de años de anticongelante, comprobando el generador y los relucientes pistones encajados en sus válvulas. Hasta el purificador de aire era nuevo, con los números 318 pintados en la parte superior, inclinado hacia atrás para indicar la velocidad.

Sí, se había convertido en una especie de héroe para sus compañeros y había recibido todos los comentarios y las felicitaciones con la sonrisa adecuada a la ocasión. Pero, aun entonces, ¿no había estado confuso en lo más íntimo de su ser? Sin duda.

Porque no podía recordar qué le había hecho a *Christine* y qué no le había hecho.

El tiempo pasado trabajando sobre ella en *Darnell's* no era ahora más que una mancha borrosa, como lo había sido su viaje al aeropuerto de esta noche. Podía recordar haber empezado a trabajar sobre el abollado extremo posterior, pero no podía recordar haberlo terminado. Podía recordar haber pintado el capó —cubriendo el parabrisas y los guardabarros con cinta protectora y colocando la máscara blanca en el taller de pintura de la parte de atrás—, pero no podía recordar exactamente cuándo había reemplazado los flejes. Ni tampoco podía recordar dónde los había conseguido. Todo lo que podía recordar con seguridad era el haber permanecido sentado durante largos periodos ante el volante, deslumbrado de felicidad..., sintiendo algo parecido a lo que había sentido cuando Leigh murmuró «te quiero» antes de entrar en su casa. Allí sentado después de que la mayoría de los tipos que trabajaban sobre sus coches en *Darnell's* se hubieran ido a casa a cenar. Allí sentado y, a veces, poniendo la radio para escuchar viejas canciones en WDIL.

Quizás el parabrisas era lo peor.

No había comprado un nuevo parabrisas para *Christine*, de eso estaba seguro. Su libreta de ahorros habría bajado mucho más si lo hubiera hecho. ¿Y no tendría un recibo? Incluso había buscado ese recibo en la carpeta con el letrero COSAS DEL COCHE que tenía en su habitación. Pero no había encontrado ninguno, y la verdad era que lo había buscado sin mucho entusiasmo.

Dennis había dicho algo: que la red de estrías había parecido más pequeña, menos grave. Luego, aquel día en Hidden Hills, había..., bueno, desaparecido. El parabrisas estaba entero y limpio.

Pero ¿cuándo había sucedido? ¿Cómo había sucedido?

No lo sabía.

Cayó al fin dormido y soñó agitadamente, desordenando las sábanas, mientras se abría el velo de nubes que ocultaba el firmamento y brillaban fríamente las estrellas otoñales.

24. Visto en la noche

Take you for a ride in my car-car,

Take you for a ride in my car-car.

Take you for a ride,

Take you for a ride,

Take you for a ride in my car-car.

WOODY GUTHRIE

Era un sueño: estaba segura, casi hasta el mismo final, de que debía de ser un sueño.

En el sueño, despertó de un sueño con Arnie, haciendo el amor con Arnie, no en el coche, sino en una habitación azul muy fría, que estaba completamente desamueblada, a excepción de una alfombra azul oscuro y numerosos cojines forrados de raso azul claro: despertó de este sueño con su habitación en la madrugada del domingo.

Oyó un coche afuera. Fue hasta la ventana y miró hacia abajo.

Christine estaba parada junto a la cuneta. Su motor estaba en marcha —Leigh podía ver el humo que salía por el tubo de escape—, pero se hallaba vacía. En el sueño, pensó que Arnie debía de estar ante la puerta, aunque no había sonado aún ninguna llamada. Debía bajar, y aprisa.

Si su padre despertaba y se encontraba con Arnie aquí, a las cuatro de la mañana, se pondría furioso.

Pero no se movió. Miró al coche y pensó en cuánto lo odiaba..., y lo temía.

Y el coche le odiaba también a ella.

Rivales, pensó, y el pensamiento —en este sueño— no era sombrío y ardientemente celoso, sino más bien desesperado y asustado. Allí estaba, en la cuneta, aparcado ante su casa en la yerta madrugada, esperándola. Esperando a Leigh. «Baja, cariño. Daremos una vuelta y hablaremos sobre quién le necesita más, quién le quiere más y quién será mejor para él a la larga. Vamos..., ¿no estarás asustada?».

Estaba aterrorizada.

«No es justo, ella es más vieja, conoce los ardidés, le engañará...».

—Vete —murmuró impetuosamente Leigh en el sueño, y golpeó suavemente el cristal con los nudillos.

El cristal estaba frío al tacto, pudo ver las pequeñas marcas dejadas por sus nudillos en la escarcha. Era sorprendente lo reales que podían ser algunos sueños.

Pero tenía que ser un sueño. Tenía que serlo, porque el coche la oyó. No bien habían salido de su boca las palabras cuando los limpiaparabrisas empezaron súbitamente a moverse, barriendo la húmeda nieve con unas cuantas sacudidas. Y, luego, se separó con suavidad de la cuneta y desapareció calle arriba...

Sin que lo condujera nadie.

Estaba segura de eso: tan segura como se puede estar de algo en un sueño. La ventanilla del lado derecho había estado cubierta de nieve, pero se mantenía transparente. Había podido ver el interior y no había nadie al volante. O sea que, naturalmente, tenía que ser un sueño.

Volvió a la cama (a la que nunca había llevado un amante, como Arnie, ella nunca había tenido ningún amante), pensando en una Navidad de hacía mucho tiempo, de hacía doce, quizás, incluso, catorce años. Seguramente que ella no podía haber tenido más de cuatro años por entonces. Ella y su madre habían estado en una de las grandes galerías comerciales de Boston, *Filene's*, quizás...

Apoyó la cabeza en la almohada y se durmió (en su sueño) con los ojos abiertos, mirando el débil resplandor de la primera luz de la mañana, y luego —en sueños puede suceder cualquier cosa—, vio al otro lado de la ventana la sección de juguetería de *Filene's*: oropeles, brillos, luces.

Estaban buscando algo para Bruce, sobrino único de papá y mamá. En alguna parte del establecimiento, un Santa Claus reía por los altavoces, y el amplificado sonido no era alegre, sino un tanto ominoso, la risa de un maníaco que había llegado en la noche, no con regalos, sino con un cuchillo de carnicero.

Ella había extendido la mano hacia uno de los juguetes expuestos, lo había señalado y había dicho a su madre que quería que Santa Claus se lo trajese a ella.

—No, cariño, Santa no puede traerte eso. Eso es un juguete de chico.

—¡Pero yo lo quiero!

—Santa te traerá una preciosa muñeca, quizás incluso una Barbie...

—¡Quiero eso!

—Esos los hacen los duendes niños, Lee-Lee. Para niños. Las duendes niñas hacen preciosas muñecas...

—¡Yo no quiero una MUÑECA! ¡Yo no quiero una BARBIE! ¡Yo... quiero... eso!

—Si vas a coger una pataleta, tendré que llevarte a casa, Leigh. Ahora mismo.

Así que había desistido, y Navidad le había traído no sólo a *Malibú Barbie*, sino también *Malibú Ken*, y había disfrutado con ellas (suponía), pero todavía recordaba el coche de carreras *Remco* en su verde superficie de colinas pintadas, corriendo solo a lo largo de una carretera pintada tan perfecta que tenía hasta diminutas barandillas de metal..., una carretera cuya ilusión esencial sólo quedaba traicionada por su insulsa circularidad. Ah, pero aquel coche corría a gran velocidad, ¿y era de un brillante color mágico en su ojo y en su mente? Lo era. Y la ilusión esencial del coche era también mágica. Esa ilusión resultaba tan fascinadora que le robaba el corazón. La ilusión, naturalmente, era que el coche se movía por sí mismo. Ella sabía que un empleado estaba de veras controlándolo desde una cabina situada a la derecha, pulsando botones en un cuadro de mandos. Su madre le dijo que así era como funcionaba, y así debía de ser, por lo tanto, pero sus ojos lo negaban.

Su corazón lo negaba.

Permaneció, fascinada, con sus enguantadas manecitas sobre la barandilla, viéndolo dar vueltas y vueltas, a toda velocidad, moviéndose por sí mismo, hasta que su madre la apartó con suavidad de allí.

Y, por encima de todo, pareciendo hacer que vibrara el oropel extendido por el techo la ominosa carcajada del Santa Claus del establecimiento.

Leigh durmió más profundamente, desvaneciéndose poco a poco sueños y recuerdos, y afuera la luz del alba fue reptando como leche derramada, iluminando una calle con todo el silencio y el vacío del domingo. La primera nevada de la temporada se mantenía intacta en el suelo, a excepción de las huellas de neumáticos que torcían hacia la cuneta, delante de la casa de los Cabot, y se alejaban luego hacia el cruce al final de este barrio suburbano.

Ella no se levantó hasta casi las diez (su madre, a quien no le gustaba que se holgazanease en la cama, la llamó al fin para que bajase a desayunar antes de que llegara la hora del almuerzo), y para entonces la temperatura había subido ya casi a quince grados..., en el oeste de

Pensilvania los primeros días de noviembre suelen ser tan caprichosos como los primeros días de abril. Así que, hacia las diez, la nieve se había derretido. Y habían desaparecido las huellas.

25. Buddy visita el aeropuerto

We shut 'em up and then we shut 'em down.

BRUCE SPRINGSTEEN

Una noche, unos diez días después, cuando pavos de cartulina y cornucopias de papel estaban empezando a aparecer en las ventanas de la escuela elemental, un Camaro azul, tan radicalmente levantado por la trasera que su morro parecía rozar casi la carretera, enfiló el acceso al aparcamiento permanente del aeropuerto.

Sandy Galton se asomó nervioso desde su cabina de cristal. Desde la ventanilla del lado del conductor del Ford, el sonriente rostro de Buddy Repperton se inclinó hacia él. El rostro de Buddy tenía barba de una semana, y sus ojos poseían un brillo maníaco que era debido más a la cocaína que al júbilo del Día de Acción de Gracias: él y los demás se habían atizado una buena dosis esa noche. En conjunto, Buddy parecía un depravado Clint Eastwood.

—¿Qué tal se vigila, Sandy? —preguntó Buddy.

Una carcajada del Camaro saludó esta ocurrencia.

Don Vandenberg, Moochie Welch y Richie Trelawney estaban con Buddy, y, entre el gramo de cocaína y las seis botellas de *Texas Driver* que Buddy había facilitado para la ocasión, se sentían animosos y dispuestos. Habían acudido para hacer un trabajito en el Plymouth de Arnie Cunningham.

—Escuchad, si os cogen perderé mi empleo —dijo Sandy con nerviosismo.

Era el único que estaba sereno y lamentaba haber mencionado que Cunningham aparcaba allí su cacharro. Afortunadamente, no se le ocurrió la idea de que además podría ir a la cárcel.

—Si tú o alguno de los demás participantes en tu Misión Imposible sois apresados, el Secretario negará haber tenido el más mínimo contacto con vosotros —explicó Moochie desde el asiento posterior, y los otros volvieron a reír.

Sandy paseó la vista en derredor por si se acercaban otros coches —testigos—, pero no estaba prevista la llegada de ningún avión en más de una hora, y la zona del aparcamiento estaba tan desierta como las montañas de la Luna. El tiempo había enfriado mucho, y un viento tan cortante como una navaja de afeitar gemía sobre las pistas y ululaba

entre las filas de coches vacíos. Arriba y a su izquierda, el cartel de *Apco* se balanceaba de continuo a un lado y otro.

—Podéis reiros, idiotas —dijo Sandy—. Yo no os he visto, eso es todo. Si os cogen, diré que estaba en el retrete.

—Jesús, qué crío —comentó Buddy. Parecía contristado—. Nunca creí que fueses tan crío, Sandy. De veras.

—¡Arf! ¡Arf! —ladró Richie, y sonaron más risas—. ¡Lárgate y hazte el muerto, Sandy!

Sandy enrojeció.

—No me importa —dijo—. Tened cuidado.

—Lo tendremos, hombre —dijo Buddy, sinceramente. Había reservado una séptima botella de *Texas Driver* y una ración bastante aceptable de cocaína. Ahora entregó ambas cosas a Sandy—. Toma. Diviértete.

Sandy sonrió, aun a su pesar.

—De acuerdo —dijo, y añadió, para que vieran que no era un calzonazos—. Haced un buen trabajo.

La sonrisa de Buddy se endureció, se hizo metálica. Desapareció el brillo de sus ojos, que se tornaron opacos, fríos y amenazadores.

—Oh, lo haremos —dijo—. Lo haremos.

El Camaro entró en el aparcamiento. Durante un rato, Sandy pudo seguir su avance hacia la parte trasera por la luz de sus pilotos, y, luego, Buddy los apagó. El sonido del motor, borboteando a través de los silenciadores, llegó unos momentos, impulsado por el viento, y luego se extinguió.

Sandy echó la cocaína en el mostrador, junto a su receptor portátil de televisión y la introdujo en un billete de dólar enrollado. Luego, cogió la botella. Sabía que se la cargaría también si le descubrían borracho en su puesto, pero no le importaba mucho. Estar borracho era mejor que estar en vilo, mirando a ver si aparecía uno de los dos coches grises del servicio de seguridad del aeropuerto.

El viento soplaba en su dirección, y pudo oír, pudo oír mucho. Un tintineo de cristales rotos, risas ahogadas, un golpe fuerte y metálico.

Más cristales rotos. Una pausa.

Voces bajas transportadas hasta él por el frío viento. Le era imposible distinguir las palabras, llegaban deformadas.

Sonó de pronto una cerrada descarga de golpes, Sandy dio un respingo. Más cristales en la oscuridad, y un tintineo de metal que caía al pavimento. Deseó que Buddy le hubiera traído más coca. La coca era estimulante, y ahora necesitaba algo que le reanimase. Parecía como si al otro extremo del aparcamiento estuviera ocurriendo algo bastante grave.

Y, luego, una voz más alta, apremiante e imperiosa, la de Buddy sin duda:

—¡Hazlo ahí!

Un murmullo de protesta.

Buddy de nuevo:

—¡No importa! ¡En el salpicadero he dicho!

Otro murmullo.

Buddy:

—¡Me importa un carajo!

Y, por alguna razón, una risa sofocada.

Sudoroso a pesar del cortante frío Sandy cerró de pronto su ventanilla y encendió la televisión. Bebió largamente haciendo una mueca ante el fuerte sabor de la mezcla de zumo de frutas y vino barato. No le gustaba, pero *Texas Driver* era lo que todos *ellos* bebían cuando no estaban bebiendo cerveza *Iron City*. ¿Y que iba a hacer él? ¿Demostrar que era mejor que ellos? Eso daría al traste con él. A Buddy no le gustaban los finolis.

Bebió, y empezó a sentirse un poco mejor: o, al menos, un poco más borracho. Cuando pasó uno de los coches de seguridad del aeropuerto, apenas se inmutó. El policía levantó la mano hacia Sandy. Sandy respondió con el mismo ademán, sereno y frío.

Unos quince minutos después de haber enfilado hacia el fondo del aparcamiento, reapareció el Camaro azul, esta vez por el carril de salida. Buddy iba sereno y relajado al volante, con una botella semi-vacía de *Driver* entre los muslos. Estaba sonriendo, y Sandy observó con inquietud que sus ojos se hallaban inyectados en sangre. No era sólo por el vino o la cocaína. Buddy Repperton no era una persona a la que se pudiese humillar, como iba a averiguar Cunningham.

—Misión cumplida, muchacho —dijo Buddy.

—Estupendo —explicó Sandy, y trató de sonreír.

No tenía nada a favor ni en contra de Cunningham y no era una persona particularmente imaginativa, pero podía suponer lo que iba a sentir Cunningham cuando viese en qué había ido a parar todo su cuidadoso trabajo de restauración de aquel Plymouth rojo y blanco. Pero eso era cosa de Buddy, no suya.

—Estupendo —repitió.

—No abandones tu puesto —pidió Richie, y rió.

—Descuida —dijo Sandy.

Le alegraba que se fueran. Quizá no volviesen con mucha frecuencia por la estación de servicio de Vandenberg. Esto era cosa seria. Demasiado seria, quizás. Y tal vez se apuntara a un par de cursos nocturnos también tendría que abandonar su empleo, pero quizás eso no fuera tanto..., el trabajo no podía ser más aburrido.

Buddy le estaba mirando todavía, con aquella sonrisa rara y metálica, y Sandy bebió un largo trago de *Texas Driver*. Casi le dio náuseas. Por un instante, se imaginó vomitando en la cara de Buddy, vuelta hacia arriba y su desasosiego se convirtió en terror.

—Si vienen los polis —explicó Buddy—, tú no sabes nada, no has visto nada. Como has dicho antes, tuviste que ir al retrete a eso de las nueve y media.

—Descuida, Buddy.

—Todos llevábamos puestos nuestros mitones. No hemos dejado ninguna huella.

—Claro.

—Tranquilo, Sandy —concluyó con suavidad Buddy.

—Sí, vale.

El Camaro empezó a rodar de nuevo. Sandy levantó la barrera con el botón manual. El coche enfiló hacia la carretera de salida del aeropuerto con pausada marcha.

Alguien exclamó «¡Arf! ¡Arf!». El sonido llegó hasta Sandy en dirección contraria a la del viento.

Turbado, se sentó a ver la televisión.

Poco antes de que se produjera el aluvión de clientes que habían llegado de Cleveland en el avión de las 10:40, tiró por la ventanilla el resto del *Driver* ... No quería más.

26. *Christine* martirizada

Transfusion, transfusion,

Oh I'm never-never-never gonna speed again,

Pass the blood to me, Bud.

«NERVOUS» NORVUS

El día siguiente, Arnie y Leigh fueron juntos al aeropuerto después de clase para recoger a *Christine*. Proyectaban viajar a Pittsburgh para hacer algunas compras anticipadas de Navidad, y les ilusionaba hacerlo juntos: parecía terriblemente adulto.

Arnie estaba de muy buen humor en el autobús, sacando divertidos parecidos a los demás viajeros y haciéndola reír, a pesar de que estaba con la regla, que generalmente le producía depresión y siempre era dolorosa. La señora gorda con zapatos de hombre era una monja renegada dijo. El chico del sombrero de *cowboy* era un buscavidas. Y así sucesivamente. Ella entró también en el juego, pero no era tan buena como él. Era sorprendente la forma en que había salido de su concha: la forma en que había florecido. Esa era la palabra. Experimentaba la complacida satisfacción de un prospector que ha sospechado la presencia de oro a partir de ciertas señales y ha acertado. Le amaba, y había acertado en amarle.

Bajaron del autobús en la terminal y echaron a andar cogidos de la mano, por la carretera de acceso al aparcamiento.

—No está mal —convino Leigh. Era la primera vez que iba con él para recoger a *Christine*—. Veinticinco minutos desde la escuela.

—Sí —dijo Arnie—. Mantiene la paz familiar, que es lo importante. Te aseguro que cuando mi madre vino a casa aquella noche y vio a *Christine* se puso completamente furiosa.

Leigh rió, y el viento agitó sus cabellos. La temperatura había templado desde la noche, pero seguía siendo fría. Lo prefería. A las compras de Navidad les sentaba bien un poco de frío en el aire. Una pena que las decoraciones de Pittsburgh no estuviesen puestas todavía. Pero, no; era mejor. Y de pronto se sintió contenta de todo, sobre todo contenta de vivir. Y de estar enamorada.

Había pensado en ello, en la forma en que le amaba. Había tenido ya algún que otro devaneo, y una vez, en Massachusetts, había pensado que quizás estuviera enamorada pero con Arnie no tenía ninguna duda.

Él la turbaba a veces —su interés por el coche parecía casi obsesivo—, pero incluso su ocasional desasosiego desempeñaba un papel en sus sentimientos, que eran más ricos que cuando había conocido antes. Y parte de ello, se confesaba a sí misma, tenía algo de egoísmo: en sólo unas semanas había empezado a formarle... a completarle.

Caminaban entre los coches, en dirección a la sección permanente del aparcamiento. En lo alto, un reactor se disponía a tomar pista, y el rugido de sus motores se desplegaba en grandes oleadas de sonido. Arnie estaba diciendo eso pero el avión borró completamente su voz después, las primeras palabras —algo acerca de la cena del día de Acción de Gracias—, ella se volvió a mirarle, secretamente regocijada por su boca moviéndose en silencio.

Y, entonces, de pronto, su boca dejó de moverse. Se detuvo en seco. Se le dilataron los ojos... y parecieron salirse de las órbitas. Su boca empezó a retorcerse, y la mano que sostenía la de Leigh se cerró súbita y cruelmente, oprimiéndole dolorosamente los huesos.

—Arnie...

El rugido del reactor se estaba desvaneciendo, pero él no pareció oírle. Su mano se cerró con más fuerza. Su boca se había cerrado y estaba contorsionada en una horrible mueca de sorpresa y de terror. Leigh pensó: Le está dando un ataque al corazón..., algo.

—Arnie, ¿qué ocurre? —exclamó—. Arnie..., ¡Ayyyyyyyy, me haces daño!

Durante un insoportable momento, la presión sobre la mano que tan leve y amorosamente había estado sosteniendo un momento antes aumentó hasta parecer que iban a romperse los huesos. El vivo color de sus mejillas había desaparecido y su piel semejaba la superficie de una placa funeraria.

Pronunció una sola palabra —¡*Christine*!—, y soltó de momento a Leigh. Echó a correr, golpeándose la rodilla contra el parachoques de un Cadillac, tambaleándose, cayendo casi al suelo, recuperándose y echando a correr de nuevo.

Leigh comprendió al fin que se trataba de algo referente al coche —el coche, el coche, siempre el maldito coche—, y una intensa ira, total y desolada, se elevó en su interior. Por primera vez, se preguntó si sería posible «ganarle», si Arnie lo permitiría.

Su ira se extinguió en el instante en que realmente miró... y vio.

Arnie corrió hacia lo que quedaba de su coche, con las manos extendidas, y se detuvo tan bruscamente delante de él que el gesto pareció casi un horrorizado ademán de proporción, el clásico ademán de la víctima atropellada un instante antes de la colisión mortal.

Permaneció así unos momentos, como si quisiera detener el coche, o al mundo entero. Luego, bajó los brazos. Su nuez subió y bajó dos veces mientras forcejeaba por tragar algo —un gemido, un grito—, y luego su garganta pareció hincharse, destacando en ella con perfecto relieve cada músculo, cada tendón, incluso las mismas venas. Era la garganta de un hombre tratando de levantar un piano.

Leigh caminó lentamente hacia él. Todavía le dolía la mano, y mañana estaría hinchada y virtualmente inservible, pero se había olvidado de ella por el momento. Su corazón fue hacia él y pareció encontrarlo, sentía su tristeza y la compartía..., o así se lo parecía. Sólo más tarde comprendió hasta qué punto la había excluido Arnie aquel día: cuánto de su sufrimiento decidió asumir sólo para sí, cuánto de su odio ocultó.

—Arnie, ¿quién lo ha hecho? —preguntó, con voz desgarrada.

No, no le había gustado el coche, pero verlo reducido a esto le hacía comprender plenamente los sentimientos de Arnie, y ya no podía odiarlo: o así lo creía.

Arnie no respondió. Estaba mirando a *Christine*, con ojos llameantes y la cabeza un poco inclinada.

El parabrisas había sido destrozado por dos sitios; puñados de fragmentos de cristal aparecían esparcidos por la rajada tapicería de los asientos como diamantes falsos. La mitad del parachoques delantero había sido arrancado y reposaba ahora sobre el pavimento, junto a una maraña de cables negros semejantes a los tentáculos de un pulpo. Tres de las cuatro ventanillas habían sido rotas también. La carrocería había sido agujereada con algún instrumento aguzado, y las perforaciones, a la altura de la cintura, formaban una línea ondulada. La puerta de la derecha colgaba, abierta, y vio que habían sido rotos todos los cristales del salpicadero. Había por todas partes restos del relleno de los tapizados. La aguja del velocímetro yacía sobre la alfombrilla del lado del conductor.

Arnie caminó con lentitud alrededor de su coche, observando todos los detalles. Leigh le habló dos veces.

No le respondió ninguna de las dos. El color plumizo de su cara se hallaba ahora quebrado por dos ardientes rosetones en los pómulos. Cogió la cosa parecida a un pulpo que reposaba en el pavimento, y Leigh vio que era la cápsula distribuidora: su padre se la había mostrado una vez en que había estado haciendo unos arreglos en su coche.

La miró un momento, como si examinara un exótico ejemplar zoológico, y luego la tiró. Los cristales rotos rechinaban bajo sus pies. Ella le habló de nuevo. No hubo contestación, y ahora, además de una terrible piedad por él, empezó a sentir también miedo. Dijo más tarde a Dennis Guildler

que parecía del todo posible —al menos en el momento— que hubiera perdido la razón.

Arnie apartó de un puntapié un embellecedor, que golpeó contra la valla con metálico sonido. Los pilotos habían sido destrozados, más gemas falsas, esta vez rubíes, y en el pavimento en lugar del asiento.

—Arnie... —intentó de nuevo.

Se interrumpió. Él estaba mirando por el agujero de la ventanilla del lado del conductor. Un terrible sonido empezó a brotar de su pecho, un sonido selvático. Ella miró por encima de su hombro, vio, y sintió de pronto una insensata necesidad de reír y gritar y desmayarse, todo al mismo tiempo. En el salpicadero: no lo había visto al principio, en medio de la destrucción general, no había visto lo que había en el salpicadero. Y, con un vómito ascendiéndole súbitamente a la garganta, se preguntó quién podía ser tan vil, tan por completo vil, como para hacer semejante cosa, para...

—¡Cagones! —gritó Arnie, y su voz no era suya.

Era aguda, estridente, quebrada por la ira.

Leigh se volvió y vomitó, apoyándose ciegamente en el coche contiguo a *Christine*, viendo ante sus ojos unas manchitas blancas que se hinchaban como granos de arroz. De forma borrosa, pensó en la feria del Condado: todos los años colocaban un coche viejo y destartado en una plataforma de madera y ponían a su lado un pesado mazo, y por veinticinco centavos se le podían asestar tres golpes.

La idea era destrozarse el coche. Pero no..., no...

—¡Malditos cagones! —gritó Arnie—. ¡Os cogeré! ¡Os cogeré aunque sea la última cosa que haga! ¡Aunque sea la última jodida cosa que haga jamás!

Leigh se incorporó y, por un terrible momento, se encontró deseando no haber conocido a Arnie Cunningham.

27. Arnie y Regina

Would you like to go riding

In my Buick '59?

I said, would you like to go riding

In my Buick '59?

It's got two carburetors

And a supercharger up the side.

THE MEDALLIONS

Aquella noche entró en la casa a las doce menos cuarto. La ropa que se había puesto pensando en el viaje a Pittsburgh estaba manchada de grasa y de sudor. Tenía las manos ennegrecidas, y el dorso de la izquierda estaba surcado por una superficial herida de tirabuzón que semejaba una marca al fuego. Se le veía el rostro macilento y con una expresión aturdida. Había oscuros círculos bajo sus ojos.

Su madre se hallaba sentada a la mesa, con las cartas de un solitario extendidas ante ella. Había estado esperando que volviese a casa y temiéndolo al mismo tiempo. Leigh había llamado por teléfono y le había contado lo sucedido. La muchacha, que le parecía a Regina bastante buena chica (aunque quizá no lo bastante buena para su hijo), daba la impresión de haber estado llorando.

Alarmada, Regina había colgado lo más rápidamente que pudo y había marcado el número del garaje de Darnell. Leigh le había dicho que Arnie había pedido allí una grúa y se había ido en ella con el conductor. A ella la había mandado en un taxi, venciendo sus protestas. El teléfono había sonado dos veces y, luego, una voz jadeante había dicho: «Aquí, Darnell's».

Había colgado, comprendiendo que sería un error hablar con él allí..., y parecía que ella y Mike habían cometido ya suficientes errores respecto a Arnie y su coche. Esperaría hasta que volviese a casa. Lo que tenía que decirse lo diría mirándole a la cara.

Lo dijo ahora.

—Lo siento, Arnie.

Habría sido mejor si Mike pudiera estar también aquí. Se encontraba en Kansas City, asistiendo a un simposio sobre el comercio y los comienzos de la empresa libre en la Edad Media. No regresaría hasta el domingo. Comprendía —no sin cierto pesar— que tal vez estuviera perdiendo ahora toda la gravedad de la situación.

—Lo siento —repitió como un eco Arnie, con voz tonada expresiva.

—Sí, yo, es decir, nosotros...

No pudo continuar. Había algo terrible en su yerta expresión. Sus ojos tenían una mirada vaga, perdida. Sólo al mirarle y menear la cabeza, con los ojos brillantes y el aborrecible sabor de las lágrimas en la nariz y la garganta. Detestaba llorar. De voluntad enérgica, una de las hijas de una familia católica compuesta por su padre, obrero de la construcción, su madre y siete hermanos, recta a entrar en la Universidad, pese a la creencia de su padre de que lo único que las chicas aprendían allí era a dejar de ser vírgenes y a abandonar la iglesia, ya había tenido sobradamente su ración de lágrimas y más. Y, si su propia familia pensaba que era dura a veces, era porque no comprendían que cuando atraviesa uno el infierno sale de él endurecido por el fuego. Y, cuando uno ha tenido que abrasarse para hacer su voluntad, tenía que hacerlo siempre.

—¿Sabes algo? —preguntó Arnie.

Ella meneó la cabeza, sintiendo todavía la ardiente y paralizante quemadura de las lágrimas bajo sus párpados.

—Me harías reír si no estuviera tan cansado que apenas si puedo tenerme en pie. Podrías haber estado allí, manejando las barras de hierro y los martillos con los tipos que lo hicieron. Probablemente estás más contenta que ellos de lo ocurrido.

—¡Arnie, eso no es justo!

—¡Claro que lo es! —rugió, fulgurantes de pronto sus ojos se vieron con un fuego horrible. Por primera vez en su vida, Regina le tenía miedo a su hijo—. ¡Fue idea tuya que me lo llevase de casa! ¡Fue idea de él llevarlo al aeropuerto! ¿A quién crees que hay que echarle la culpa? ¿A quién? ¿Crees que habría ocurrido si hubiese estado aquí? ¿Eh?

Avanzó un paso hacia ella, con los puños apretados a los costados y ella tuvo que hacer un esfuerzo para no retroceder.

—Arnie, ¿no podemos hablar sobre esto? —preguntó—. ¿Como dos seres racionales?

—Uno de ellos se cagó en el salpicadero de mi coche —dijo con frialdad—. ¿Te parece eso racional, mamá?

Ella había creído sinceramente que tenía dominadas las lágrimas, pero esta noticia —noticia de una furia tan estúpida e irracional—, le hizo verterlas de nuevo. Lloró. Lloró de dolor por lo que su hijo había visto. Bajó la cabeza y lloró, aturdida, dolida y atemorizada.

Durante toda su vida de madre se había sentido secretamente superior a las mujeres que le rodeaban y que tenían hijos mayores que Arnie. Cuando él tenía un año esas otras madres habían meneado con tristeza la cabeza y le habían dicho que esperase a que tuviera cinco años: era entonces cuando empezaban los problemas, cuando tenían edad suficiente para decir «mierda» delante de sus abuelas y jugar con cerillas cuando estaban solos. Pero Arnold, tan bueno como el oro cuando tenía un año, había seguido siendo tan bueno como el oro cuando tenía cinco. Entonces, las otras madres habían hecho rodar sus ojos y habían dicho espera a que tenga diez, y luego había sido quince, entonces era cuando las cosas se ponían realmente desagradables, entre la droga, y los conciertos de *rock*, y las chicas capaces de hacer cualquier cosa, y —Dios no lo quiera— robando tapacubos, y esas, bueno, enfermedades.

Y durante todo el tiempo ella había continuado sonriendo interiormente porque todo estaba resultando conforme a su plan, todo estaba resultando como ella pensaba que debía haber sido su propia infancia. Su hijo tenía unos padres cariñosos que le querían y le ayudaban, que le mandarían encantados a la Universidad que él eligiese (siempre que fuese una buena), culminando así el juego/tarea/vocación de ser padres. Si le hubieran indicado que Arnie tenía pocos amigos y era a menudo objeto de las burlas y amenazas de los otros, ella habría observado con tono estirado que ella había ido a una escuela parroquial de un barrio de suburbio, en la que las medias de algodón de las chicas eran a veces arrancadas por juego y quemadas luego sirviéndose de encendedores *Zippo* que llevaban grabado el cuerpo crucificado de Jesús. Y, si se le hubiera sugerido que sus propias actitudes hacia la educación de los niños diferían sólo en términos objetivos materiales de las actitudes de su odiado padre, ella se habría puesto furiosa y señalado a su buen hijo como su vindicación final.

Pero ahora su buen hijo estaba ante ella, pálido, exhausto, con grasa hasta los codos, pareciendo latir con la misma clase de mal refrenada ira que había sido característica de su abuelo, incluso pareciéndose a él. Todo parecía haberse desmoronado.

—Arnie, hablaremos por la mañana de lo que puede hacerse —dijo, tratando de recobrar y detener las lágrimas—. Hablaremos de ello por la mañana.

—Tendrás que madrugar —respondió él, pareciendo perder interés—. Voy a echarme a dormir unas cuatro horas, luego volveré.

—¿Para qué?

Lanzó una feroz carcajada y agitó los brazos bajo los tubos fluorescentes de la cocina como si quisiera volar.

—¿Para qué crees? ¡Tengo mucho trabajo que hacer! ¡Más de lo que te imaginas!

—No... Tienes clase mañana... Yo... yo te lo prohíbo, terminantemente...

Se volvió para mirarla, para observarla y ella volvió a inmutarse. Era como una pesadilla que parecía seguir.

Seguir.

—Iré a clase —manifestó—. Meteré ropa limpia en una bolsa e incluso me ducharé para que mi olor no ofenda a nadie. Luego, cuando las clases terminen, volveré a *Darnell's*. Hay mucho trabajo que hacer, pero puedo hacerlo, sé que puedo..., aunque me llevará una buena parte de mis ahorros. Más, tendré que añadirlo a lo que estoy haciendo para Will.

—¡Tus deberes..., tus estudios!

—Ah. Eso —sonrió con la mecánica sonrisa de una figurilla accionada por un mecanismo de relojería—. Sufrirán, claro. No puedo engañarte acerca de eso. Tampoco puedo prometerte ya una nota media de 93. Pero pasaré. Puedo sacar aprobado. Quizás hasta algún notable.

—¡No! ¡Tienes que pensar en la Universidad!

Arnie regresó hacia la mesa, cojeando acusadamente de nuevo. Apoyó las manos sobre la mesa, delante de ella, y se inclinó. Ella pensó: Un desconocido..., mi hijo es un desconocido para mí. ¿Es realmente culpa mía? ¿Lo es? ¿Porque yo quería lo mejor para él? ¿Puede ser? Por favor, Dios mío, haz que esto sea una pesadilla de la que despertar, con lágrimas en los ojos por su realismo.

—En estos momentos —dijo con suavidad, sosteniendo su mirada—, las únicas cosas que me importan son *Christine* y Leigh, y estar a buenas con Will Darnell para poder dejarla como nueva. Me importa un carajo la Universidad. Y, si me pones obstáculos, abandonaré la escuela superior. Eso debería hacerte callar.

—No puedes —dijo ella, sosteniendo su mirada—. Tú lo comprendes, Arnold. Quizá merezca yo tu..., tu crueldad pero combatiré con todas mis fuerzas contra esa vena tuya de autodestrucción. Así que no hables de abandonar la escuela superior.

—Pero es cierto que lo haré —respondió él—. No quiero inducirte a pensar que no vaya a hacerlo. En febrero cumpliré los dieciocho años, y

lo haré si no te mantienes al margen de esto en lo sucesivo. ¿Me comprendes?

—Vete a la cama —dijo ella, llorosa—. Vete a la cama, me estás destrozando el corazón.

—¿Sí? —sorprendentemente, se echó a reír—. Duele, ¿verdad? Lo sé.

Se marchó entonces, caminando con lentitud, inclinando ligeramente el cuerpo a la izquierda a causa de la cojera. Poco después, ella oyó el pesado y fatigado golpeteo de sus zapatos en la escalera..., un sonido terriblemente reminiscente también de su infancia, cuando había pensado: El ogro se va a la cama.

Le invadió un nuevo espasmo de llanto, se incorporó pesadamente y se dirigió a la puerta trasera para llorar en privado. Se mantenía firme —pequeño consuelo, pero mejor que nada—, y levantó la vista hacia una cornuda luna que quedaba cuadruplicada a través del velo de sus lágrimas. Todo había cambiado, y había sucedido con la rapidez de un ciclón. Su hijo la odiaba, lo había visto en su rostro: no era una pataleta, un enfado temporal, un pasajero berrinche de adolescencia. La odiaba, y no era esa la forma en que esperaba llevarse con su buen hijo.

En absoluto.

Se detuvo en el porche y lloró hasta que las lágrimas empezaron a agotarse y los sollozos se convirtieron en ocasionales hipos y suspiros. El frío le mordía los tobillos, desnudos sobre las zapatillas y le atravesaba la bata.

Entró y subió la escalera. Se detuvo ante la puerta del cuarto de Arnie, donde permaneció indecisa casi un minuto antes de entrar.

Se había quedado dormido sobre la colcha. Tenía los pantalones puestos. Parecía más inconsciente que dormido y su cara semejaba horriblemente vieja. Un efecto de la luz que llegaba del pasillo y caía en la habitación encima de su hombro le dio por un momento la impresión de que le estaba clareando el pelo, de que su entreabierta boca carecía de dientes. Llevándose la mano a la boca, contuvo un grito de horror y se dirigió apresuradamente hacia él.

Su sombra, que se había proyectado sobre la cama, se movió con ella, y vio que era sólo Arnie y que la impresión de vejez era simple consecuencia de la luz y de su propia confusión.

Miró el radio reloj de la mesilla y vio que estaba puesto para sonar a las cuatro y media. Pensó en desconectar la alarma, incluso alargó la mano para hacerlo. Finalmente, se encontró con que no podía.

En lugar de ello fue a su propio dormitorio, se sentó ante el teléfono y lo descolgó. Lo sostuvo unos momentos en la mano, vacilando. Si llamaba a Mike en plena noche, pensaría que...

¿Que había sucedido algo terrible?

Rió entre dientes. Bueno, ¿no había sucedido? Sin duda que sí. Y continuaba sucediendo.

Marcó el número del *Ramada Inn*, en Kansas City, donde se hospedaba su marido, vagamente consciente de que era la primera vez, desde que veintisiete años antes saliera de la sombría y mugrienta casa de tres pisos de Pittsburgh para ir a la Universidad, en que se disponía a pedir ayuda.

28. Leigh hace una visita

I don't want to cause no fuss,

But can I buy your magic bus?

I don't care how much I pay,

I'm gonna drive that bus to my bay-by.

I want it... I want it... I want it...

(You can't have it...)

THE WHO

Cruzó sin contratiempos el piso y se sentó en una de las sillas para visitas, con las rodillas juntas y los tobillos cruzados, pulcramente vestida con un jersey de lana multicolor y una falda de pana marrón. Sólo al final se echó a llorar, y no pudo encontrar un pañuelo. Dennis Guilder le dio la caja de pañuelos de papel que tenía en la mano.

—Cálmate, Leigh —dijo.

—¡No pu-pu-puedo! No ha ido a verme..., y en la escuela parece tan cansado..., y tú dices que no ha estado aquí.

—Vendrá si me necesita —explicó Dennis.

—¡Estás lleno de chulería m-m-machista! —exclamó, luego, pareció cómicamente asombrada de lo que había dicho.

Las lágrimas habían dejado su rastro en el leve maquillaje que llevaba. Ella y Dennis se miraron unos instantes, y se echaron a reír. Pero fue una risa breve y no buena realmente.

—¿Le ha visto Motormouth? —preguntó Dennis.

—Motormouth. Así es como Lenny Barongg llama al señor Vickers. El consejero de orientación.

—¡Oh! Sí, creo que sí. Le llamaron al despacho de orientación anteayer: el lunes. Pero no dijo nada. Y yo no me atreví a preguntarle nada. No quiere hablar. Se ha vuelto muy extraño.

Dennis asintió. Aunque no creía que Leigh se diera cuenta —se hallaba sumida en su propia confusión—, él experimentaba una sensación de

impotencia y un creciente temor por Arnie. Por las noticias que se habían filtrado en su habitación durante los últimos días, Arnie parecía estar al borde de un derrumbamiento nervioso. El informe de Leigh era sólo el más reciente y el más gráfico. Nunca había deseado estar al margen con más intensidad que ahora. Naturalmente, podía llamarle a Vickers y preguntarle si había algo que él pudiera hacer. Y podía llamar a..., salvo que, por lo que había dicho Leigh, Arnie estaba ahora siempre en la escuela, en *Darnell's* o durmiendo. Su padre había vuelto enseguida de aquella especie de convención, y Leigh le había dicho que se había producido otra pelea. Aunque Arnie no lo había dicho de esa forma, Leigh dijo a Dennis que creía que había estado a punto de marcharse de casa.

Dennis no quería hablar con Arnie en *Darnell's*.

—¿Qué puedo hacer? —le preguntó Leigh—. ¿Qué harías tú en mi lugar?

—Esperar —repuso Dennis—. No sé qué otra cosa puedas hacer.

—Pero eso es lo más difícil —respondió ella, en voz tan baja que era casi inaudible. Sus manos estrujaban el *Kleenex*, desgarrándolo y moteándose la falda con trocitos de él—. Mis padres quieren que deje de verle..., que le abandone. Temen... que Repperton y esos otros le hagan algo más.

—Estás segura de que fueron Buddy y sus amigos.

—Sí. Todo el mundo lo está. El señor Cunningham llamó a la policía, aunque Arnie le dijo que no lo hiciese. Que arreglaría el asunto a su manera, y eso les asusto a los dos. A mí también me asusta. La policía cogió a Buddy Repperton y a uno de sus amigos, el que llaman Moochie: ¿Sabes a quién me refiero?

—Sí.

—Y al chico que trabaja por la noche en el aparcamiento del aeropuerto también lo cogieron. Galton se llama...

—Sandy.

—Pensaban que debía de haber participado, que quizá los dejó entrar.

—Suele ir con ellos, sí —explicó Dennis—, pero no es un degenerado como los demás. Oye, Leigh..., si Arnie no ha hablado contigo, seguramente lo ha hecho algún otro.

—Primero, la señora Cunningham, y luego su padre. No creo que ninguno de ellos supiera que el otro había hablado conmigo. Están...

—Turbados —sugirió Dennis.

Ella meneó la cabeza.

—Es más que eso —dijo—. Los dos parecían... trastornados o algo así. A ella no puedo realmente comprenderla: lo único que quiere es salirse con la suya, creo, pero podría llorar por el señor Cunningham. Parece tan... tan...

Dejó la frase en el aire y luego empezó de nuevo.

—Cuando llegué allí ayer por la tarde, después de clase, la señora Cunningham, me pidió que la llamara Regina, pero, simplemente, no puedo...

Dennis sonrió.

—¿Tú puedes? —preguntó Leigh.

—Bueno, sí... pero tengo mucha más práctica.

Ella sonrió, la primera sonrisa buena de su visita.

—Quizás eso hiciera diferentes las cosas. El caso es que cuando fui ella estaba allí, pero el señor Cunningham se encontraba todavía en la escuela..., en la Universidad quiero decir.

—Ya.

—Ella se ha tomado vacaciones para toda la semana. Dijo que no podría volver ni aun para los tres días de Acción de Gracias.

—¿Cómo está?

—Destrozada —explicó Leigh, y cogió un nuevo *Kleenex*. Empezó a desgarrarlo—. Aparenta diez años más que cuando la conocí, hace un mes.

—¿Y él? ¿Michael?

—Más viejo, pero más duro —comentó Leigh, con tono vacilante—. Como si esto, no sé..., le hubiera inyectado energía.

Dennis guardó silencio. Conocía a Michael Cunningham desde hacía trece años y nunca recordaba haberle visto dotado de energía, así que no sabía. Regina había sido siempre la enérgica, Michael se limitaba a seguirla y a preparar las bebidas en las fiestas (generalmente fiestas de Facultad) que ofrecían los Cunningham. Ponía su magnetófono, parecía melancólico, pero ningún esfuerzo de imaginación podría hacerle a Dennis decir que le había visto nunca desplegar energía.

«El triunfo final», había dicho una vez el padre de Dennis, viendo desde la ventana cómo Regina llevaba de la mano a Arnie por el camino de su jardín hasta el lugar en que Michael esperaba al volante del coche. Arnie y Dennis tendrían entonces unos siete años. «Maternalismo supremo. Me pregunto si le hará al pobre infeliz esperar en el coche el día en que Arnie se case. O quizá pueda...».

La madre de Dennis había mirado a su marido con el ceño fruncido y le había hecho callar, mirando a Dennis con un ademán de «los críos lo oyen todo». Nunca olvidó esto ni lo que su padre había dicho, a los siete años no sabía del todo, pero aun a los siete años sabía claramente lo que era un «pobre infeliz». Y aun a los siete años comprendía vagamente por qué podía pensar su padre que Michael Cunningham lo era. Había sentido compasión por Michael Cunningham, y ese sentimiento se había mantenido hasta el presente.

—Llegó cuando ella estaba terminando su historia —contó Leigh—. Me pidieron que me quedara a cenar... Arnie ha estado comiendo en *Darnell's*, pero yo les dije que tenía que irme. Así que el señor Cunningham se ofreció a llevarme, y en el coche, durante el viaje de regreso a casa, acabó poniéndome a su lado.

—¿Están en lados distintos?

—No exactamente, pero... El señor Cunningham fue el que acudió a la policía, por ejemplo. Arnie no quería hacerlo y la señora Cunningham... Regina, no podía resolverse a hacerlo.

Dennis preguntó con cautela:

—Está tratando realmente de arreglar el coche, ¿eh?

—Sí —murmuró ella, y, luego, exclamó, con voz estridente—. ¡Pero eso no es todo! Está empeñado hasta el cuello con ese Darnell, sé que lo está. Ayer, en el estudio, período tres, me dijo que esta tarde y esta noche le iba a poner una trasera nueva al coche, y yo le dije que sería terriblemente caro, y él dijo que no me preocupe, que su crédito era bueno...

—Cálmate.

Leigh estaba llorando de nuevo.

—Su crédito era bueno porque él y alguien llamado Jimmy Sykes le iban a hacer varios encargos a Will el lunes y el sábado. Eso es lo que dijo. ¡Y... yo no creo en los encargos que le hace a ese hijo de perra sean legales!

—¿Qué dijo a la policía cuando fue a preguntarle sobre *Christine* ?

—Contó cómo la había encontrado... de esa manera, preguntaron si tenía idea de quién podría haberlo hecho y Arnie dijo que no. Le preguntaron si no era cierto que había tenido una pelea con Buddy Repperton, que Repperton había sacado una navaja y había sido expulsado de la escuela por ello. Arnie explicó que Repperton le había tirado al suelo la bolsa del almuerzo y la había pisoteado y que, luego, apareció el señor Casey y puso fin al asunto. Le preguntaron si no había dicho Repperton que le ajustaría las cuentas, y Arnie dijo que quizás hubiera dicho algo así, pero que muchas veces se hablaba por hablar.

Dennis permaneció en silencio, mirando el encapotado cielo de noviembre que se veía por la ventana y reflexionando en lo que acababa de oír. Le resultaba ominoso. Leigh había narrado con exactitud la entrevista con la policía, Arnie no había dicho una sola mentira: pero había presentado las cosas de modo que lo sucedido en el fumadero pareciese una vulgar escaramuza entre estudiantes.

Dennis encontraba aquello sumamente ominoso.

—¿Sabes qué puede estar haciendo Arnie para ese Darnell? —preguntó Leigh.

—No —respondió Dennis, pero tenía alguna idea.

Una cinta magnetofónica se puso en marcha en el interior de su cabeza, y oyó a su padre diciendo: «He oído unas cuantas cosas..., coches robados..., cigarrillos y *whisky* ..., contrabando... Ha tenido suerte durante mucho tiempo, Dennis».

Miró el rostro de Leigh, demasiado pálido, estropeado por las lágrimas en su maquillaje. Estaba poniéndose de parte de Arnie, defendiéndole lo mejor que podía. Quizás estaba aprendiendo sobre dureza de carácter algo que, con su aspecto, no habría aprendido, en otro caso, en otros diez años. Pero eso no facilitaba en absoluto las cosas. Se le ocurrió de pronto, casi por casualidad, que la primera vez que observó la mejora experimentada por la cara de Arnie había sido más de un mes antes de que Arnie y Leigh ligasen: pero después de que hubieran ligado Arnie y *Christine* .

—Hablaré con él —prometió.

—Bueno —replicó ella. Se puso en pie—. Yo..., yo quiero que las cosas sean como antes, Dennis. Sé que nada lo es nunca. Pero todavía le amo, y... y sólo quiero que tú se lo digas.

—Sí. Descuida.

Estaban los dos azorados, y, durante unos largos minutos, ninguno de los dos pudo decir nada. Dennis estaba pensando que, en una canción, ese sería el momento que hace su aparición el Mejor Amigo. Y una parte

secreta y mezquina de él no lo vería con malos ojos. En absoluto. Se sentía todavía poderosamente atraído hacia ella, más atraído de lo que se había sentido jamás hacia ninguna chica. Que Arnie continuase sus gestiones en Burton y paseándose por ahí en su coche. Él y Leigh podían llegar a conocerse mejor mientras tanto. Un poco de ayuda y consuelo. Ya se sabe.

Y, durante unos embarazosos momentos, después de la confesión de amor a Arnie por parte de Leigh, tuvo la impresión de que podría hacerlo, ella era vulnerable. Quizá estaba aprendiendo a ser dura, pero no es esa una escuela a la que nadie asista de buen grado. Podría decir la cosa adecuada, quizá ven aquí, y ella iría, se sentaría en el borde de la cama, hablarían un poco más, quizá de cosas más agradables, y quizá la besaría. Su boca encantadora y jugosa, sensual, hecha para besar y ser besada. Una vez, por consolarla. Dos veces, por amistad, tres veces, por todo. Sí, con un instinto que hasta el momento nunca le había fallado, comprendió que podría hacerse.

Pero no dijo ninguna de las cosas que habrían podido poner en marcha todo esto, y tampoco las dijo Leigh. Arnie estaba entre ellos, y, casi con toda seguridad, seguiría estando siempre. Arnie y su dama. Si no hubiera sido tan espectacularmente horrible, podría haberse echado a reír.

—¿Cuándo te van a dejar salir? —preguntó ella.

—¿Para caer sobre un público desprevenido? —pregunto y empezó a reír.

Al cabo de unos momentos se unió ella a su risa.

—Sí, algo así —dijo Leigh, y volvió a reír—. Lo siento.

—No te preocupes —dijo Dennis—. La gente se ha estado riendo de mí toda mi vida. Estoy acostumbrado. Dicen que tengo que quedarme aquí hasta enero, pero les voy a dejar con un palmo de narices. Me voy a casa para navidad. Estoy arreglándome muy bien en la cámara de rehabilitación. Mi espalda va muy bien. Los otros huesos se van soldando: el picor es terrible a veces. Estoy engullendo escaramujos en cantidades industriales. El doctor Arroway dice que eso no pasa de ser una creencia popular sin fundamento, pero el entrenador Puffer tiene mucha fe en ellos y siempre que viene a visitarme vigila cómo va la botella.

—¿Viene a menudo el entrenador?

—Sí. Ahora está haciéndome creer casi que eso de los escaramujos hace que los huesos se suelden con mayor rigidez —Dennis hizo una pausa—. Naturalmente, no podré volver a jugar nunca al fútbol americano. Andaré con muletas durante algún tiempo y, luego, con un poco de suerte, pasaré a usar bastón. El animoso doctor Arroway me dice que

cojearé durante quizás un par de años. O quizá me quede cojo para siempre.

—Lo siento —replicó ella, en voz baja—. Siento que tuviera que pasarle a un chico tan bueno como tú, Dennis, pero en ello hay también algo de egoísmo. Me pregunto si todo esto de Arnie habría ocurrido si tú hubieras estado levantado y cerca de él.

—Muy bien —dijo Dennis, haciendo girar dramáticamente los ojos—. Échame la culpa a mí.

Pero ella no sonrió.

—He empezado a sentirme preocupada por su cordura, ¿lo sabías? Eso es lo único que no les he dicho a mis padres, ni a los de él. Pero creo que su madre..., que ella podría..., no sé qué le dijo él aquella noche, después de encontrar el coche destrozado, pero... creo que la escena entre ellos debió de ser realmente horrible.

Dennis asintió con un ademán.

—¡Pero es todo tan... tan absurdo! Sus padres le ofrecieron comprarle un buen coche usado para remplazar a *Christine*, y él se negó. Luego el señor Cunningham me dijo, cuando me llevaba a casa, que ofreció a Arnie comprar un coche nuevo..., a pagar con unos bonos que él tiene desde el cincuenta y cinco. Arnie dijo que no, que no podía aceptar un regalo así. Y el señor Cunningham explicó que podía comprenderlo y que no tenía que ser un regalo, que Arnie podía devolverle el dinero, que incluso le cobraría un interés si era eso lo que Arnie quería... ¿Comprendes lo que estoy diciendo, Dennis?

—Sí —replicó el chico—. No puede ser cualquier coche. Tiene que ser ese coche. *Christine*.

—Pero eso me parece obsesivo. Ha encontrado un objeto y ha efectuado una fijación en él. ¿No es eso una obsesión? Estoy asustada, y a veces me siento llena de odio... pero no estoy asustada de él. No es a él a quien odio. Es a ese mald..., no, a ese jodido coche. A esa zorra de *Christine*.

Se le colorearon intensamente las mejillas. Sus ojos se entornaron. Se curvaron hacia abajo las comisuras de sus labios. De pronto, su rostro no era ya hermoso, ni siquiera bonito, la luz que brillaba en él era implacable, convirtiéndolo en algo que era feo pero, al mismo tiempo, noble, impresionante. Dennis comprendió por primera vez por qué lo llamaban monstruo, el monstruo de los ojos verdes.

—Voy a decirte lo que quisiera que sucediese —dijo Leigh—. Quisiera que alguien se llevara una noche por error a su preciosa y jodida *Christine* al lugar donde juntan la chatarra de Philly Plains —sus ojos centelleaban venenosamente—. Y que al día siguiente esa grúa del

enorme imán redondo la cogiera y la pusiera en el triturador, y que alguien apretase el botón y quedara convertida en un pequeño cubo de tres por tres por tres. Eso pondría fin al asunto, ¿no?

Dennis no respondió, y, al cabo de unos instantes, pudo casi ver al monstruo volverse, enroscar en torno a si mismo su escamosa cola y desaparecer de su rostro. Los hombros de Leigh se encorvaron hacia delante.

—Supongo que suena horrible, ¿verdad? Como decir que ojalá hubieran rematado su trabajo esos tipos.

—Comprendo lo que sientes.

—¿De verdad?

Dennis pensó en la expresión de Arnie cuando había golpeado con sus puños el salpicadero. La especie de maniaco brillo que destellaba en sus ojos cuando él estaba cerca. Recordó la ocasión en que se había sentado al volante en el garaje de LeBay y en la especie de visión que había tenido.

Y, por último, pensó en su sueño: los faros proyectados sobre él entre el agudo chirriar de neumáticos.

—Sí —dijo—. Creo que sí.

Se miraron una a otro en aquella habitación de hospital.

29. El Día de Acción de Gracias

Two-three hours passed us by,
Altitude dropped to 505,
Fuel consumption way too thin,
Let's get home before we run out of gas.
Now you can't catch me...
No, baby, you can't catch me...
'Cause if you get too close,
I'm gone like a coool breeze.

CHUCK BERRY

En el hospital servían la comida del Día de Acción de Gracias en turnos distribuidos desde las once de la mañana hasta la una de la tarde. Dennis recibió la suya a las doce menos cuarto: tres lonchas de blanca pechuga de pavo, una cucharada de salsa, una bola de puré de patatas, con la forma y el tamaño exactos de una pelota de béisbol («sólo le faltaban las puntadas rojas», pensó con hosco regocijo), un trozo de calabaza congelada que tenía un arrogante color anaranjado fluorescente y un pequeño recipiente de plástico que contenía jalea de arándanos. De postre, había helado. En una esquina de su bandeja reposaba una pequeña tarjeta azul.

Conocedor ya de las costumbres del hospital —Dennis había descubierto que, una vez que le han tratado a uno las primeras úlceras de decúbito, se conoce las costumbres del hospital mejor de lo que uno querría—, preguntó a la camarera que vino a llevarse su bandeja qué comida de Acción de Gracias recibían las tarjetas amarillas y rojas. Resultó que las tarjetas amarillas recibían dos trozos de pavo, nada de salsa, patata ni calabaza y *Jell-O* de postre. Las tarjetas rojas recibían una sola loncha de carne blanca, con puré y patata.

Dennis lo encontraba todo bastante deprimente. Le era fácil imaginar a su madre llevando a la mesa del comedor un grande y crujiente capón a eso de las cuatro de la tarde, a su padre afilando su cuchillo de trinchar, a su hermana, ruborizándose por la excitación y la importancia del momento, con una cinta de terciopelo rojo en el pelo, sirviéndoles a

cada uno un vaso de buen vino tinto. Le era también fácil imaginar los agradables aromas, las risas, mientras se sentaban.

Fácil de imaginar..., pero probablemente un error.

De hecho, fue el Día de Acción de Gracias más deprimente de su vida. Se echó una desacostumbrada siesta a primera hora de la tarde (no había rehabilitación, debido a la fiesta) y tuvo un agitado sueño en el que varias camareras cruzaban la sala de vigilancia intensiva y tiraban despojos de pavo contra la maquinaria de conservación vital.

Sus padres y su hermana habían estado visitándole durante una hora por la mañana y, por primera vez, había notado que Ellie tenía prisa por marcharse. Habían sido invitados a casa de los Callison para tomar un almuerzo ligero de Acción de Gracias, y Lou Callison, uno de los tres hijos de la familia, tenía catorce años y era «mono».

Su descalabrado hermano se había vuelto aburrido. No le habían descubierto una rara y trágica forma de cáncer en los huesos. No se iba a quedar paralítico para el resto de su vida. No había nada sensacional en él.

Hacia las doce y media, habían llamado desde casa de los Callison, y su padre parecía un poco borracho, Dennis supuso que quizás iba por su segundo cóctel y, seguramente, estaba recibiendo desaprobadoras miradas de su madre. El propio Dennis acababa de terminar su dietética comida de tarjeta azul de Acción de Gracias —la única comida de Acción de Gracias que jamás había sido capaz de terminar en quince minutos—, y se las arregló para parecer alegre y contento, no queriendo echarles a perder el día. Ellie se puso unos momentos al teléfono, y su voz sonaba risueña y un poco excitada. Quizás había sido hablar con Ellie lo que le había fatigado hasta el punto de necesitar una siesta.

Se había quedado dormido (y tenido su turbador sueño) hacia las dos de la tarde. El hospital se hallaba insólitamente silencioso hoy, reducido a su mínima expresión el personal de servicio. El habitual murmullo de aparatos de televisión y radios de las otras habitaciones había enmudecido. La camarera que se llevó su bandeja sonrió radiante y dijo que esperaba que le hubiese gustado su «comida especial». Dennis le aseguró que sí. Después de todo, también para ella era el Día de Acción de Gracias.

Y soñó, y el sueño se interrumpió, y durmió profundamente y, cuando despertó, eran casi las cinco de la tarde y Arnie Cunningham se hallaba sentado en la dura silla de plástico en que su novia se había acomodado el día anterior.

Dennis no se sorprendió en absoluto al verle allí, simplemente, supuso que era otro sueño.

—Hola, Arnie —dijo—. ¿Cómo va?

—Bien —repuso Arnie—, pero tú pareces aún dormido, Dennis. ¿Quieres que te haga cosquillas? Eso te despertará.

Tenía una bolsa marrón sobre las piernas y la soñolienta mente de Dennis pensó: Se ha traído su comida después de todo. Quizá Repperton no se la despachurró tanto como pensábamos. Intentó incorporarse, le dolió la espalda y accionó el mecanismo de la cama para situarse en lo que era casi posición de sentado. El motor zumbó.

—Cristo, ¿eres tú realmente?

—¿Esperabas a Ghidrah, el monstruo de tres cabezas? —preguntó cariñosamente Arnie.

—Estaba durmiendo. Supongo que creía que continuaba en sueños — Dennis se frotó la frente, como para despejarse—. Feliz Día de Acción de Gracias, Arnie.

—Lo mismo te digo. ¿Te han dado el pavo y todo lo demás?

Dennis rió.

—Me han dado algo que parecía aquellas comidas de la cocina de juguete de Ellie cuando tenía siete años. ¿Te acuerdas?

Arnie se llevó las manos a la boca e hizo como si fuera a vomitar.

—Me acuerdo. Vaya porquería.

—Me alegra de veras que hayas venido —siguió Dennis, y por un momento estuvo peligrosamente cerca de las lágrimas.

Quizá no se había dado cuenta de lo deprimido que había estado. Reafirmó su determinación de estar en casa por Navidad. Si el día de Navidad continuaba en el hospital, probablemente se suicidaría.

—¿No ha venido tu familia?

—Sí, claro —respondió Dennis—, y volverán otra vez esta noche, al menos mis padres, pero no es lo mismo. Ya sabes.

—Sí. Bueno, he traído unas cosillas. Le he dicho a la señora de la entrada que te traía tu albornoz.

Arnie rió entre dientes.

—¿Qué es eso? —preguntó Dennis, moviendo la cabeza dirección a la bolsa.

No era una bolsa de almuerzo, según vio ahora, era una bolsa de compra.

—He entrado a saco en el frigorífico —explicó Arnie—. Mis padres se han ido a visitar a sus amigos de la Universidad, lo hacen todos los años el día de Acción de Gracias por la tarde. No volverán hasta las ocho o cosa así.

Mientras hablaba, iba sacando cosas de la bolsa. Dennis le miraba, estupefacto. Dos palmatorias de estaño. Dos velas. Insertó las velas en las palmatorias, las encendió con una cerilla de una caja que anunciaba el garaje *Darnell's* y apagó la luz de arriba. Luego, cuatro bocadillos desmañadamente envueltos en papel impermeable.

—Por lo que recuerdo —dijo Arnie—, siempre has dicho que un par de bocadillos de pavo a las once y media de la noche del jueves es mejor que la comida de Acción de Gracias. Porque ya ha desaparecido la presión.

—Sí —convino Dennis—. Unos bocadillos viendo la televisión. Carson o alguna película antigua. Pero, de veras, Arnie, no tenías que...

—Déjate de leches. No he venido a verte en casi tres semanas. He tenido suerte de que estuvieras durmiendo cuando he llegado, si no, me habrías echado, probablemente. —Le dio a Dennis dos bocadillos—. Tus favoritos, creo. Carne blanca con mayonesa y pan blanco.

Dennis se echó a reír suavemente y, luego, soltó la carcajada. Arnie se dio cuenta de que eso hacía que le doliera la espalda, pero no podía parar su risa. El pan blanco había sido uno de los grandes secretos comunes de Arnie y Dennis cuando eran pequeños. Sus madres eran inflexibles con respecto al pan, Regina compraba pan dietético de molde, con ocasionales concesiones al pan de centeno. La madre de Dennis se inclinaba por los bollos de pan moreno. Arnie y Dennis comían lo que les daban, pero ambos eran entusiastas secretos del pan blanco y, más de una vez, habían juntado su dinero y se habían comprado una barra de pan blanco y un bote de mostaza. Luego, se metían en el garaje de Arnie (o en la cabaña de troncos de Dennis, lamentablemente destruida por un vendaval hacía casi nueve años) y engullían bocadillos de mostaza y leían historietas de Richie Rich hasta que terminaban con toda la barra.

Arnie se sumó a su risa, y para Dennis esa fue la mejor parte del día de Acción de Gracias.

Dennis había tenido compañeros de habitación durante casi diez días, así que ahora la habitación había quedado para él solo. Arnie cerró la puerta y sacó una caja de seis botellas de cerveza *Busch* de la bolsa marrón.

—Las maravillas no cesan —dijo Dennis, y rió de nuevo.

—No —repuso Arnie—. Ni creo que cesen nunca —brindó hacia Dennis por encima de las velas con una botella de cerveza—. Prosit.

—Larga vida —respondió Dennis, y bebieron.

Cuando hubieron terminado los bocadillos de pavo, Arnie sacó de su bolsa, aparentemente sin fondo, dos recipientes de *Tupperware* y levantó las tapas. En su interior había dos pedazos de tarta de manzana de confección casera.

—No, hombre, no puedo —dijo Dennis—. Voy a reventar.

—Come —ordenó Arnie.

—De veras que no puedo —replicó Dennis, cogiendo el recipiente y un tenedor de plástico.

Terminó el trozo de tarta en cuatro grandes bocados y, luego, eructó. Apuró el resto de su segunda cerveza y volvió a eructar.

—En Portugal, eso es un cumplido para la cocinera —explicó.

La cabeza le zumbaba agradablemente a consecuencia de la cerveza.

—Lo que tú digas —respondió Arnie, con una sonrisa.

Se levantó, encendió las luces fluorescentes del techo y apagó las velas. Afuera, una intensa lluvia había empezado a azotar las ventanas, daba una sensación de frío exterior. Y para Dennis, pareció desvanecerse con la luz de las velas parte del cálido espíritu de amistad y de Verdadero día de Acción de Gracias.

—Mañana te estaré odiando —dijo Dennis—. Probablemente me pasaré una hora sentado en ese retrete. Y me duele la espalda.

—¿Te acuerdas cuando Elaine tuvo la pedorrera? —preguntó Arnie, y se echaron a reír los dos—. Le estuvimos tomando el pelo hasta que tu madre la emprendió con nosotros.

—No olían, pero si eran ruidosos —dijo Dennis, sonriendo.

—Como cañonazos —corroboró Arnie, y volvieron a reír.

Pero era una risa triste, si es que existe tal cosa. Había llovido mucho desde entonces. La idea de que la pedorrera de Ellie había tenido lugar hacia siete años era más turbadora que regocijante. Había un hálito de

mortalidad en la comprensión de que siete años podían pasar con tan suave y discreta facilidad.

La conversación decayó un poco, sumidos ambos en sus propios pensamientos.

Al fin, Dennis dijo:

—Leigh vino ayer por aquí. Me contó lo de *Christine*. Lo siento.

Arnie levantó la vista, y su expresión de reflexiva melancolía se trocó en una alegre sonrisa que a Dennis no le pareció realmente sincera.

—Sí —dijo—. Fue duro. Pero ya lo he superado.

—Cualquiera lo haría —dijo Dennis, consciente de que se había tornado súbitamente vigilante, irritado por ello, pero sin poder evitarlo.

La parte de la amistad había terminado, había estado allí, caldeando la habitación y llenándola y ahora se había desvanecido simplemente, como la cosa delicada y efímera que era. Ahora estaban sólo danzando. Los alegres ojos de Arnie se habían vuelto opacos y —lo habría jurado— vigilantes.

—Claro. Le hice pasar un mal rato a mi madre. A Leigh también supongo. Fue sólo el choque de ver todo aquel trabajo..., todo aquel trabajo echado a perder —meneó la cabeza—. Mala cosa.

—¿Podrás hacer algo con él?

Arnie se animó de inmediato, esta vez de verdad, le pareció a Dennis.

—¡Desde luego! Ya lo he hecho. No te lo creerías, Dennis, si hubieras visto el aspecto que ofrecía en aquel aparcamiento. Los hacían fuertes de veras en aquellos tiempos, no como ahora, que todo lo que parece metal no es más que plástico brillante. Ese coche es un auténtico tanque. Los cristales fueron lo peor. Y los neumáticos, claro. Rajaron los neumáticos.

—¿Y el motor?

—No le hicieron nada —respondió al instante Arnie, y esa fue la primera mentira.

Claro que se lo habían hecho. Cuando Arnie y Leigh vieron a *Christine* aquella mañana, la cápsula de distribución estaba en el suelo. Leigh la había reconocido y se lo había contado a Dennis. «¿Qué más habían hecho bajo el capó?», se preguntó Dennis. ¿El radiador? Si alguien iba a utilizar una aguzada barra de hierro para agujerear la carrocería, ¿no

podrían emplear el mismo instrumento para horadar por varios sitios el radiador? ¿Y las bujías? ¿Y el regulador de voltaje? ¿Y el carburador?

Arnie, ¿por qué me estás mintiendo?

—¿Y qué vas a hacer ahora con el coche? —preguntó Dennis.

—Gastar dinero en él, ¿qué si no? —respondió Arnie y volvió a lanzar su casi auténtica carcajada.

Dennis podría incluso haberla aceptado como auténtica si no hubiera oído una o dos veces la de verdad mientras comían las cosas que había traído Arnie.

—Nuevos neumáticos, nuevos cristales. Unas cuantas reparaciones en la carrocería, y quedará como nuevo.

Como nuevo. Pero Leigh había dicho que lo que habían encontrado era poco más que un montón de chatarra, una pura ruina como las que se ofrecían en la feria a veinticinco centavos los tres martillazos.

¿Por qué estás mintiendo?

Por un instante, se encontró preguntándose si no habría enloquecido Arnie un poco: pero no, no era esa la impresión que daba. A Dennis le producía una sensación de... furtividad. De clandestinidad. Entonces, por primera vez, se le ocurrió la absurda idea de que Arnie estaba sólo mintiendo a medias, tratando de sentar una base de plausibilidad para..., ¿para qué? ¿Para un caso de regeneración espontánea? Eso era absurdo.

¿No?

«Realmente lo era —pensó Dennis—, a menos que uno hubiera visto cómo una masa de estrías en un parabrisas parecía encogerse de una vez para otra».

Sólo un efecto de luz. Eso es lo que pensaste entonces, y tenías razón.

Pero un efecto de luz no explicaba la caótica forma en que Arnie había reconstruido a *Christine*, la mezcla de partes viejas y nuevas. No explicaba la extraña sensación que Dennis había experimentado sentado al volante de *Christine* en el garaje de LeBay, ni la impresión, después de haber puesto el neumático nuevo y camino de *Darnell's*, de que estaba mirando una fotografía de un coche viejo que tenía debajo la fotografía de un coche nuevo y que en la primera de ellas había sido practicado un agujero en el lugar en que había estado uno de los neumáticos del coche viejo.

Y nada explicaba ahora la mentira de Arnie: ni la forma pensativa con que estaba mirando a Dennis para ver si su mentira era aceptada. Así que sonrió..., con una sonrisa amplia y aliviada.

—Bueno, eso es estupendo —dijo.

La escrutadora expresión de Arnie se mantuvo unos momento más y, luego, sonrió y se encogió de hombros.

—He tenido suerte —explicó—. Cuando pienso en las cosas que podían haber hecho: azúcar en el depósito de gasolina, melaza en el carburador... Fueron estúpidos. Una suerte.

—¿Repperton y su pandilla? —preguntó en voz baja Dennis.

La suspicaz mirada, tan impropia de Arnie, apareció de nuevo y, luego, desapareció. La expresión de Arnie era ahora sombría. Sombría y triste. Pareció que iba a decir algo, pero se limitó a suspirar.

—Sí —dijo—. ¿Quién si no?

—Pero tú no lo denunciaste.

—Mi padre lo hizo.

—Eso es lo que dijo Leigh.

—¿Qué más te contó? —preguntó Arnie con aspereza.

—Nada, ni yo se lo pregunté —repuso Dennis, extendiendo la mano—. Es asunto tuyo, Arnie. Paz.

—Claro —sonrió levemente y, luego, se pasó la mano por la cara—. Aún no lo he superado. Ni creo que pueda superarlo nunca, Dennis. Entrar en aquel aparcamiento con Leigh, sintiéndome en la cumbre del mundo, y ver...

—¿No volverán a hacerlo si la arreglas?

El rostro de Arnie se endureció.

—No lo volverán a hacer —dijo.

Sus grises ojos habían adquirido la frialdad del hielo, y Dennis se encontró alegrándose de pronto de no ser Buddy Repperton.

—¿Qué quieres decir?

—Tendré el coche aparcado en casa, eso es lo que quiero decir — respondió, y de nuevo se dibujó en su rostro aquella sonrisa amplia, animosa y poco natural—. ¿Qué creías que quería decir?

—Nada —respondió Dennis.

Subsistía la imagen del hielo. Ahora era una sensación de hielo delgado, crujiendo inquietantemente bajo sus pies. Y, debajo, aguas frías y negras.

—Pero no sé, Arnie. Pareces muy seguro de que Buddy quiera dar esto por zanjado.

—Espero que lo considere como un punto final —explicó con sosiego Arnie—. Nosotros hicimos que lo expulsaran de la escuela...

—¡Se expulsó él mismo! —exclamó acaloradamente Dennis—. Sacó una navaja: ¡Diablos, más que una navaja era un cuchillo de carnicero!

—Sólo te estoy diciendo cómo lo verá él —explicó Arnie, y, luego, extendió la mano y rió—. Paz.

—Sí, vale.

—Hicimos que lo expulsaran, o para ser más exactos lo hice yo y él y su pandilla se han vengado en *Christine*. Estamos en paz. Se acabó.

—Sí, si él lo ve así.

—Creo que sí —siguió Arnie—. Los polis le interrogaron a él, y a Moochie Welch y a Richie Trelawney. Los asustaron. Y supongo que estuvieron a punto de hacerle confesar a Sandy Galton —Arnie frunció los labios—. Crío de mierda.

Esto era tan impropio de Arnie —del viejo Arnie—, que Dennis se incorporó en la cama sin pensarlo y, luego, dio un respingo por el dolor de su espalda y volvió a echarse con rapidez.

—Cristo, hombre, parece como si quisieras que él lo obstruyese.

—No me importa lo que hagan él ni ninguno de esos cagones —dijo Arnie, y, luego, con voz extrañamente despreocupada, añadió—. Ya no importa.

Dennis preguntó:

—Arnie, ¿estás bien?

Y, por un momento, una expresión de desesperada tristeza pasó por el rostro de Arnie... Era algo más que tristeza. Parecía acosado y

obsesionado. Era el rostro, pensó más tarde Dennis (resulta muy fácil ver estas cosas más tarde, demasiado tarde) de alguien tan aturdido y desorientado y cansado de forcejear que apenas si sabe ya lo que está haciendo.

Luego, esa expresión, como la otra, de sombría suspicacia, se desvaneció.

—Claro —dijo—. Salvo que no eres tú el único al que le duele la espalda. ¿Recuerdas el día en que me lastimé en Philly Plains?

Dennis asintió.

—Mira.

Se puso en pie y se sacó la camisa de los pantalones. Algo pareció bailar ante sus ojos. Algo que giraba vertiginosamente en una profunda tiniebla.

Se levantó la camisa. No era anticuada, como la de LeBay, estaba más limpia también: una pulcra y aparentemente ininterrumpida banda de unos treinta centímetros de anchura. Pero, pensó Dennis, una faja era una faja. Resultaba demasiado semejante a LeBay.

—Volví a lastimármela cuando ayudaba a llevar a *Christine* al garaje de Will —adujo Arnie—. Ni siquiera recuerdo cómo me lo hice, de trastornado que estaba. Supongo que sería al engancharle a la grúa, pero no estoy seguro. Al principio no fue demasiado malo, pero luego empeoró. El doctor Mascia prescribió... Dennis, ¿estás bien?

Con lo que le pareció un fantástico esfuerzo, Dennis mantuvo una voz serena. Moldeó sus facciones en una expresión que consideró como de cortés interés..., y todavía algo danzando en los ojos de Arnie, danzando y danzando.

—Seguro que acabarás no necesitándola —convino Dennis.

—Sí, me lo imagino —dijo Arnie, volviéndose a bajar la camisa en torno a la faja—. Supongo que en lo sucesivo tendré que tener cuidado con lo que levanto.

Sonrió a Dennis.

—Si vuelve a haber un alistamiento, esto me libraré del Ejército —explicó.

De nuevo Dennis se abstuvo de cualquier movimiento que hubiera podido ser interpretado como de sorpresa, pero metió los brazos bajo la sábana. Al ver aquella faja, tan parecida a la de LeBay, se le había puesto carne de gallina.

Los ojos de Arnie: como aguas negras bajo una fina capa de hielo. Agua negra y júbilo danzando en el fondo como el contorsionado cuerpo putrefacto de un hombre ahogado.

—Oye —dijo vivamente Arnie—. Tengo que irme. No creerás que puedo pasarme toda la noche en un sitio piojoso como éste.

—Tú siempre tan solicitado —repuso Dennis—. En serio gracias. Has alegrado un día sombrío.

Por un extraño instante, creyó que Arnie iba a echarse a llorar. Aquella cosa que danzaba en el fondo de sus ojos había desaparecido y su amigo estaba allí, «realmente allí».

Luego, Arnie sonrió sinceramente.

—Recuerda una cosa, Dennis: nadie te echa de menos. Nadie en absoluto.

—Que te den morcilla —replicó con solemnidad Dennis.

Arnie le alargó un dedo.

Se habían cumplido las formalidades, Arnie podía marcharse. Recogió su bolsa de compra, considerablemente flácida, tintineando en su interior las palmatorias y las botellas de cerveza vacías.

Dennis tuvo una súbita inspiración. Se golpeó con los nudillos la escayola de la pierna izquierda.

—Fírmame esto, ¿quieres, Arnie?

—Ya lo hice, ¿no?

—Sí, pero se ha borrado. ¿Me la firmas otra vez?

Arnie se encogió de hombros.

—Si me das una pluma...

Dennis sacó una del cajón de la mesilla de noche. Sonriendo, Arnie se inclinó sobre la escayola, mantenida en ángulo sobre la cama mediante una serie de pesas y poleas, encontró un espacio en blanco entre el acumulamiento de nombres y dedicatorias y garabateó:

A Dennis Guilder, el granuja más grande del mundo.

ARNIE CUNNINGHAM

Dio una palmada en la escayola cuando terminó y devolvió la pluma a Dennis.

—¿Vale?

—Sí —repuso Dennis—. Gracias. Cuídate, Arnie.

—Descuida. Feliz día de Acción de Gracias.

—Igualmente.

Arnie se marchó. Horas más tarde, llegaron los padres de Dennis, Ellie, al parecer agotada por la excitación del día, se había ido a casa a acostarse. Durante el camino de regreso, los Guilder comentaron lo retraído que había parecido Dennis.

—Estaba un poco triste, si —convino Guilder—. Los días de fiesta en el hospital no son nada divertidos.

En cuanto a Dennis, se pasó largo rato examinando pensativamente las dos firmas. Arnie le había firmado, en efecto, en la escayola, pero lo había hecho en una época en que las dos piernas de Dennis estaban completamente enyesadas. Aquella primera vez, había estampado su firma en la escayola de la pierna derecha, que era la que estaba suspendida en el aire cuando llegó Arnie. Esta noche, había firmado en la izquierda.

Dennis tocó el timbre para llamar a una enfermera y derrochó todo su encanto personal para persuadirla a que le bajase la pierna izquierda, a fin de poder comparar las dos firmas, una al lado de la otra. La escayola de la pierna derecha había sido cortada, y se la quitarían dentro de una semana o diez días.

La firma de Arnie no se había borrado —esa había sido una de las mentiras de Dennis—, pero había estado a punto de ser cortada.

En la pierna derecha, Arnie no había escrito un mensaje, sólo su firma. Con cierto esfuerzo (y un poco de dolor), Dennis y la enfermera lograron poner ambas piernas lo suficientemente juntas como para poder comparar las dos firmas.

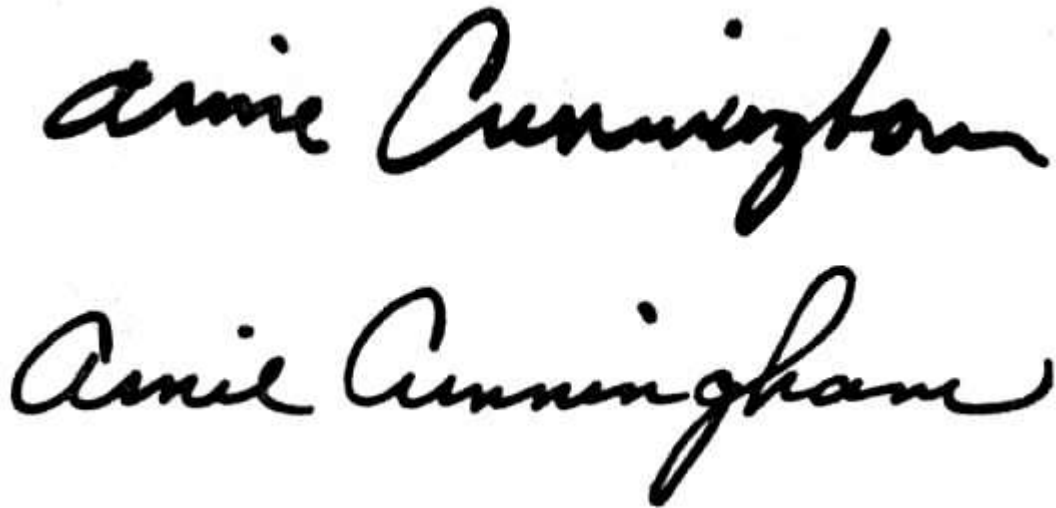
Con la voz seca y quebrada que apenas si pudo reconocer como la suya, preguntó a la enfermera:

—¿Le parecen iguales?

—No —respondió la enfermera—. He oído hablar de falsificar cheques, pero, la verdad, nunca de escayolas. ¿Es una broma?

—Claro —dijo Dennis, sintiendo elevársele un helado escalofrío desde el estómago hasta el pecho—. Es una broma.

Miró las firmas, las miró, una debajo de la otra, y sintió el escalofrío recorrerle todo el cuerpo, haciéndole descender la temperatura y erizándole el vello de la espalda y el cuello:



The image shows two handwritten signatures of Annie Cunningham. The top signature is written in a cursive, somewhat slanted style with a prominent 'A' and 'C'. The bottom signature is written in a more upright, traditional cursive style with a different 'A' and 'C'.

No se parecían en nada.

Esa noche, se levantó un helado viento primero a ráfagas, y luego en sopro firme y constante. Fueron arrancadas de los árboles las últimas oscuras y marchitas hojas del otoño, y arrastradas luego por las cunetas. Producían un sonido semejante al de huesos rodando y entrechocándose.

El invierno había llegado a Libertyville.

30. Moochie Welch

The night was dark, the sky was blue,
and down the alley an ice-wagon flew.

Door banged open,

Somebody screamed,

You oughtta heard just what I seen.

BOB DIDDLEY

El jueves siguiente al de Acción de Gracias fue el último de noviembre, la noche en que Jackson Browne actuó en el *Pittsburgh Civic Center* ante una gran multitud. Moochie Welch fue con Richie Trelawney y Nickey Billingham, pero se separó de ellos antes incluso de que empezase la función. Se dedicó a pedir el cambio a los que iban sacando las entradas, y ya fuese porque el concierto de Browne que iba a celebrarse había creado vibraciones sumamente propicias o porque se estaba convirtiendo en un tipo atractivo (Moochie, un romántico, prefería creer esto último), había tenido una noche excelente. Había reunido casi treinta dólares en calderilla. La llevaba distribuida por todos los bolsillos; Moochie tintineaba como una hucha. Volver a Libertyville haciendo autostop había sido también muy fácil, con todo el tráfico que salía del *Civic Center*. El concierto terminó a las doce menos veinte, y estaba de regreso en Libertyville poco después de la una y cuarto.

Su última etapa fue con un tipo joven que se dirigía a Prestonville en la carretera 63. El tipo le dejó en la salida 376 de la JFK Drive. Moochie decidió irse andando hasta la estación de servicio de Vandenberg a ver a Buddy. Buddy tenía un coche, lo cual significaba que Moochie, que vivía en Kingsfield Pike, a bastante distancia, no se vería obligado a regresar a casa andando. No resultaba fácil encontrar quien le llevara a uno en la ciudad. Eso quería decir que no llegaría a casa hasta bastante después de amanecer, pero con el frío que hacía no era de despreciar hacer el viaje en coche. Y quizá Buddy tuviese una botella.

Había recorrido medio kilómetro desde la rampa de salida 376 bajo el intenso frío, resonando las chapas de sus tacones en la desierta acera, alargándose y encogiéndose su sombra bajo las fantasmales luces anaranjadas, y le faltaría aún un kilómetro y medio para llegar cuando vio el coche estacionado en la cuneta, delante de él. Una nubecilla de humo brotaba de sus tubos de escape y permanecía suspendida en el aire inmóvil, velándolo, antes de alejarse perezosamente. La rejilla del

radiador, de brillantes cromados punteados por alfilerazos de luz anaranjada, le miraba como la boca sonriente de un idiota. Moochie reconoció el coche. Era un Plymouth de dos colores. A la luz de los focos del alumbrado público, los dos colores parecían marfil y sangre seca. Era *Christine*. Moochie se detuvo, y una especie de estúpida sorpresa le invadió: no era miedo, al menos no por el momento. No podía ser *Christine*, era imposible..., habían practicado una docena de agujeros en el radiador del coche de Caracoño, habían echado una botella casi entera de *Texas Driver* en el carburador, y Buddy había sacado una bolsa de cinco libras de azúcar *Domino*, que había vertido en el depósito de gasolina mientras Moochie hacía embudo con las manos. Y todo eso era sólo para empezar. Buddy había demostrado una especie de furiosa invención cuando llegó el momento de destruir el coche de Caracoño; le había dejado a Moochie complacido e inquieto a la vez. Habida cuenta de todo, el coche no hubiera debido poder moverse en seis meses, si es que llegaba a conseguirlo. Así que no podía ser *Christine*. Tenía que ser otro Fury 58.

Salvo que era *Christine*. Lo sabía.

Moochie permanecía allí, en la desierta acera, con las entumecidas orejas asomándole bajo sus largos cabellos y el aliento condensándosele en el aire.

El coche se hallaba junto a la cuneta, frente a él, gruñendo suavemente su motor. Resultaba imposible decir quién estaba al volante, si es que había alguien; se encontraba aparcado directamente debajo de uno de los focos del alumbrado, y el anaranjado globo brillaba sobre el impoluto parabrisas como un fuego fatuo sobre aguas oscuras y profundas.

Moochie empezó a tener miedo.

Se pasó la lengua por los resecos labios y miró a su alrededor. A su izquierda estaba la JFK Drive, de seis carriles y semejante al lecho seco de un río a esta hora de la mañana. A su derecha había una tienda de fotografía sobre cuyo escaparate figuraba la palabra KODAK en letras anaranjadas ribeteadas de rojo.

Volvió a mirar al coche. Continuaba allí, inmóvil.

Abrió la boca para hablar, y no emitió ningún sonido. Lo intentó de nuevo, y le salió un graznido.

—Eh, Cunningham.

El coche permanecía quieto, pareciendo reflexionar. Ascendía la nubecilla de humo del tubo de escape. El motor ronroneaba ociosamente.

—¿Eres tú, Cunningham?

Dio un paso más. Una chapa arañó el cemento. Le latía el corazón en el cuello. Volvió a mirar a su alrededor, seguramente, vendría otro coche, la JFK Drive no podía estar realmente desierta, ni aun a la una y veinticinco de la mañana, ¿no? Pero no había ningún coche, sólo el anaranjado resplandor de las lámparas eléctricas.

Moochie carraspeó.

—No estás enfadado, ¿verdad?

Los faros de *Christine* se encendieron de repente, envolviéndole en una intensa luz blanca. El Fury se abalanzó hacia él con un violento rechinar de neumáticos sobre el pavimento. Lo hizo con tan súbita potencia que la parte posterior pareció descender, como las ancas de un perro disponiéndose a saltar: un perro o una loba. Las ruedas interiores montaron sobre la acera, y corrió así hacia Moochie, las ruedas exteriores abajo, las ruedas inferiores sobre la acera, inclinado en ángulo. La parte inferior del coche rozó, chirriante, contra la cuneta y despidió una lluvia de chispas.

Moochie lanzó un grito y trató de echarse a un lado. El borde del parachoques de *Christine* le rozó la pantorrilla izquierda y se llevó un trozo de carne. Una cálida humedad le corrió por la pierna y se encharcó en su zapato. El calor de su propia sangre le hizo advertir confusamente lo fría que era la noche.

Tropezó con la cadera contra la puerta de la tienda de fotografía, a un palmo del escaparate. Un poco más a la izquierda, y lo habría atravesado, cayendo sobre un lecho de *Nikon* y *Polaroid*.

Oyó el motor del coche, acelerando de nuevo. Otra vez aquel horrible chirrido de la parte inferior del coche contra el cemento. Moochie se volvió, jadeando penosamente. *Christine* estaba dando la vuelta en la cuneta, y, al pasar ante él, vio. Vio.

No había nadie al volante.

Empezó a dominarle el pánico. Moochie echó a correr. Corrió hacia la JFK Drive, tratando de cruzar al otro lado. Había allí un callejón, entre un mercado y una tintorería. Demasiado estrecho para el coche. Si conseguía llegar...

Las monedas tintineaban furiosamente en los bolsillos de su pantalón y en los cinco o seis bolsillos de su chaquetón del Ejército. Las rodillas le pegaban casi en la barbilla al correr. Las chapas de sus botas de mecánico tamborileaban sobre el pavimento. Su sombra le perseguía.

En algún lugar detrás de él, el motor del coche aceleró, se amortiguó y, luego, rugió a toda potencia. Rechinaron los neumáticos, y *Christine* se lanzó contra la espalda de Moochie Welch, cruzando en ángulo recto los carriles de la JFK Drive. Moochie profirió un grito, y no pudo oírse a sí mismo porque el coche seguía rechinando sobre la calzada, el coche seguía aullando como una mujer herida de locura asesina y aquel aullido llenaba por completo el mundo.

Su sombra ya no le perseguía. Ahora le precedía y se iba alargando. En el escaparate de la tintorería vio florecer unos grandes ojos amarillos.

Ni siquiera estaba cerca.

En el último instante, Moochie trató de desviarse a la izquierda, pero *Christine* se desvió con él, como si hubiera leído su desesperado pensamiento final. El Plymouth le alcanzó de lleno, todavía acelerando, partiendo la columna vertebral de Moochie Welch y despojándole de sus botas de mecánico. Fue lanzado a doce metros de distancia contra la fachada de ladrillo del pequeño mercado, faltándole también muy poco esta vez para estrellarse contra un escaparate.

La fuerza del golpe fue lo bastante grande como para hacerle rebotar de nuevo a la calle, dejando en el ladrillo una mancha de sangre que semejaba un borrón de tinta roja.

Una fotografía de esta mancha con grandes titulares aparecería al día siguiente en la primera plana del *Keystone* de Libertyville.

Christine dio marcha atrás, patinando sus ruedas con estridente chirrido al detenerse y volvió a lanzarse hacia adelante. Moochie yacía tendido junto al bordillo, intentando levantarse. No podía hacerlo. Nada parecía funcionar. Todas las señales estaban trastocadas.

Una luz blanca y brillante se derramó sobre él.

—No —murmuró por entre su destrozada dentadura—. N...

El coche le pasó por encima. Volaron monedas por todas partes. Moochie fue arrollado, primero en un sentido y luego en el otro, al hacer *Christine* marcha atrás de nuevo hacia la calzada. El coche permaneció allí, mientras el ruido del motor se convertía en un leve ronroneo y aceleraba luego otra vez.

Permaneció allí, como pensando.

Luego, embistió de nuevo. Le alcanzó, saltó la cuneta, patinó y volvió a hacer marcha atrás, bajando el bordillo con un sordo golpe.

Avanzó.

Y retrocedió.

Y avanzó.

Relumbraban sus faros. Sus tubos de escape vomitaban un ardiente humo azul.

La cosa tendida en la calle ya no parecía un ser humano: sólo un montón de andrajos desparramados.

El coche retrocedió una vez más, describió, patinando, un semicírculo y aceleró, pasando sobre la ensangrentada piltrafa de nuevo a la calle. Alcanzó JFK Drive, mientras el rugido de su motor rebotaba en las paredes de los dormidos edificios..., que ya no estaban completamente dormidos, comenzaban a iluminarse sus ventanas mientras las gentes que vivían encima de sus tiendas acudían a ver qué había sido todo aquel estruendo y si se había producido un accidente.

Uno de los faros de *Christine* se había echo añicos. Otro parpadeaba intermitentemente, cubierto por la sangre de Moochie Welch. La rejilla del radiador estaba curvada hacia dentro, y su abolladura se ajustaba a la forma y el tamaño del torso de Moochie con toda la horrible perfección de una mascarilla. Sobre el capó había sangre que se extendía en abanicos al aumentar la velocidad. El tubo de escape producía un ruido estruendoso, uno de los dos silenciadores de *Christine* se había roto.

Dentro, en el salpicadero, el cuentamillas continuaba moviéndose hacia atrás, como si *Christine* estuviera retrocediendo en el tiempo, dejando atrás no sólo el escenario del atropello, sino el hecho mismo del atropello.

El silenciador fue lo primero.

De pronto, aquel fuerte y estruendoso ruido disminuyó y se convirtió en un zumbido.

Los abanicos de sangre extendidos sobre el capó empezaron a deslizarse de nuevo hacia la parte delantera del coche, pese al viento producido por la marcha, como en una película proyectada al revés.

El parpadeante faro pasó súbitamente a brillar de forma apagada. Con leve y tintineante sonido —no más fuerte que el ruido de la bota de un chiquillo al quebrar la delgada capa de hielo de un charco—, el cristal se recompuso solo.

Sonó un ¡punk! ¡punk! ¡punk! en la parte delantera, el sonido de metal abollándose, el sonido que a veces se produce al estrujar una lata de cerveza. Pero, en lugar de abollarse, la rejilla del radiador de *Christine*

se estaba enderezando: un veterano carrocerero con cincuenta años de experiencia en alisar guardabarros no habría podido hacerlo mejor.

Christine torció por Hampton Street antes aún de que las primeras personas despertadas por el rechinar de neumáticos hubiera llegado hasta los restos de Moochie. La sangre había desaparecido. Había llegado hasta el morro del capó y se había esfumado. Los rasguños en la pintura se habían volatilizado. Mientras rodaba con suavidad hacia la puerta del garaje, con su cartel de TOQUE EL CLAXON se oyó un ¡punk! final al enderezarse la última abolladura la del lado izquierdo del parachoques, el lado con el que *Christine* había golpeado la pantorrilla de Moochie.

Christine parecía como nueva.

El coche se detuvo ante la gran puerta del garaje, situada en el centro del oscuro y silencioso edificio. Había una cajita de plástico sujeta a un lado de la visera del conductor. Era un regalo que Will Darnell le había hecho a Arnie cuando este empezó a transportar por cuenta suya cigarrillos y licores al Estado de Nueva York.

El abrepuertas zumbó brevemente en el aire inmóvil, y la puerta del garaje se elevó obediente. Quedó conectado otro circuito al ascender la puerta, y se encendieron unas cuantas débiles luces en el interior.

En el salpicadero, el botón de las luces se hundió súbitamente, y se apagaron los faros de *Christine*. Franqueó la puerta, rodó con suavidad sobre el cemento manchado de grasa hasta el hueco número veinte. Tras ella, la puerta, conectada con un automático de treinta segundos, volvió a bajarse.

Se interrumpió el circuito y el garaje quedó de nuevo a oscuras.

En el conmutador de ignición de *Christine*, las llaves giraron súbitamente, a la izquierda. El motor se apagó.

Un trozo de cuero con las iniciales grabadas R.D.L. osciló a un lado y otro en arcos decrecientes y quedó finalmente inmóvil. *Christine* permaneció en la oscuridad y, en el garaje autoservicio *Darnell's*, el único sonido era el suave ruido de su motor al enfriarse.

31. El día siguiente

I got a '69 Chevy with a 396,
Feully heads and a Hurst on the floor,
She's waitin tonight
Down in the parking-lot
Outside the 7-11 store...

BRUCE SPRINGSTEEN

Arnie Cunningham no fue a la escuela el día siguiente. Dijo que le parecía que estaba cogiendo la gripe. Pero aquella noche explicó a sus padres que se sentía lo bastante mejor como para ir a *Darnell's* y trabajar un poco sobre *Christine*.

Regina protestó, aunque no lo dijo: pensaba que Arnie tenía muy mal aspecto. Le habían desaparecido de la cara la acné y las manchas, pero estaba demasiado pálido y había círculos oscuros bajo sus ojos, como si no hubiera dormido. Además, todavía cojeaba. Se preguntó con inquietud si su hijo estaría tomando alguna clase de droga, si no se habría lastimado la espalda más gravemente de lo que había dicho y habría empezado a tomar píldoras para continuar trabajando en el maldito coche. Luego, desechó la idea. Por obsesionado que estuviese con el coche, Arnie no sería tan estúpido.

—De veras que estoy bien, mamá —explicó.

—No tienes buen aspecto. Y apenas si has tocado tu cena.

—Tomaré un bocadillo después.

—¿Qué tal tu espalda? No estarás levantando cosas pesadas allí, ¿verdad?

—No, mamá.

Eso era mentira. Y la espalda le había estado doliendo terriblemente todo el día. Nunca le había dolido tanto desde que se produjera la lesión en Philly Plains (Oh, ¿fue allí donde empezó? —cuchicheó su mente—. ¿De verdad? ¿Estás seguro?). Se había quitado la faja un rato, y la espalda le había dolido terriblemente. Había vuelto a ponérsela al cabo de sólo quince minutos, apretándola con más fuerza que nunca.

Ahora tenía la espalda un poco mejor. Y sabía por qué. Iba a estar con ella. Por eso.

Regina le miró, preocupada y desorientada. Por primera vez en su vida, simplemente, no sabía cómo actuar. Arnie estaba ya fuera de control. Saberlo le producía un horrible sentimiento de desesperación que a veces ascendía por su interior y le llenaba el cerebro. En esas ocasiones se apoderaba de ella una depresión tan absoluta que apenas si podía darle crédito, haciéndola preguntarse para qué había vivido: ¿Para que su hijo se enamorase al mismo tiempo de una chica y de un coche? ¿Era eso? ¿Para poder ver lo aborrecible que se había vuelto para él cuando le miraba a sus grises ojos? ¿Era eso? Y, naturalmente, todo aquello no tenía nada que ver con la chica, ¿verdad? No. Mentalmente, siempre volvía al coche. Le costaba dormir, y, por primera vez desde su aborto, casi veinte años antes, se había encontrado pensando en concertar una cita con el doctor Mascia para ver si le daba alguna píldora para la fatiga y la depresión y el consiguiente insomnio. En sus largas noches insomnes, pensaba en Arnie y en errores que ya no podían ser rectificadas, pensaba en cómo el tiempo hacía oscilar sobre su eje la balanza del poder y en cómo la vejez semejava a veces, vista en un espejo de tocador, la mano de un cadáver emergiendo de un montón de tierra removida.

—¿Volverás pronto? —preguntó, sabiendo que este era el último refugio del padre verdaderamente impotente, odiándolo e incapaz, ahora, de cambiarlo.

—Claro —respondió Arnie, pero ella no confiaba mucho en la forma en que lo había dicho.

—Arnie, quisiera que te quedases en casa. Realmente no tienes muy buen aspecto.

—Estaré bien —explicó—. Tengo que estarlo. Mañana debo llevarle a Will varias piezas de automóvil a Jamesburg.

—Si estás enfermo, no —replicó ella—. Eso está a casi doscientos cincuenta kilómetros.

—No te preocupes.

Y la besó en la mejilla, el frío beso en la mejilla que se da a los conocidos en un cóctel.

Estaba abriendo la puerta de la cocina para salir, cuando Regina preguntó:

—¿Conocías al muchacho que fue atropellado anoche en la Kennedy Drive?

Él se volvió y la miró con rostro inexpresivo.

—¿Qué?

—El periódico dice que iba a Libertyville.

—Oh, el atropello..., es eso de lo que estás hablando.

—Sí.

—Tuve una clase con él en primero —explicó Arnie—. Creo. No, no le conocía realmente, mamá.

—Oh —ella asintió, complacida—. Me alegro. El periódico dice que había restos de drogas en su sangre. Tú nunca tomarías drogas, ¿verdad, Arnie?

—No, mamá —dijo.

—Y, si te empezara a doler la espalda..., quiero decir si te empezara a doler realmente, irías a ver al doctor Mascia, ¿verdad? No le comprarías nada a un..., un traficante de drogas, ¿verdad?

—No, mamá —repitió, y salió.

Había vuelto a nevar. Otra subida de temperatura había derretido casi toda la nieve, pero no la había hecho desaparecer por completo, sólo se había retirado a las sombras, donde formaba una helada capa sobre los setos, las bases de los árboles, el alero del garaje. Pero, pese a la nieve que subsistía en los bordes —o quizás a causa de ella—, el césped parecía extrañamente verde cuando Arnie salió a la media luz del crepúsculo, y su padre semejaba un extraño refugiado del verano mientras recogía las últimas hojas del otoño.

Arnie saludó con un leve ademán de la mano a su padre y fue a seguir sin decirle nada. Michael le llamó. Arnie acudió de mala gana. No quería perder el autobús.

Su padre había envejecido también en las tormentas que habían soplado sobre *Christine*, aunque otras cosas habían ejercido, indudablemente, su influencia. Había presentado a finales de verano una solicitud para optar a la cátedra del Departamento de Historia de Horlicks, y se la habían rechazado de plano. Y durante su anual chequeo de octubre, el médico había detectado un incipiente problema de flebitis: flebitis, que casi había llevado a la tumba a Nixon, flebitis, problema de los viejos. A medida que el otoño se disponía a dejar paso a otro gris invierno de la Pensilvania occidental, Michael Cunningham parecía más sombrío que nunca.

—Hola, papá. Mira, tengo que darme prisa si quiero coger...

Michael levantó la vista del montoncito de hojas oscuras y heladas que había logrado reunir, el sol poniente iluminó de lleno su rostro, haciendo parecer como si sangrase involuntariamente, Arnie retrocedió un paso. El rostro de su padre estaba macilento.

—Arnold —empezó—. ¿Dónde estuviste anoche?

—¿Qué...? —exclamó Arnie, boquiabierto, y, luego, cerró lentamente la boca—. Pues aquí. Estuve aquí, papá. Tú lo sabes.

—¿Toda la noche?

—Claro. Me fui a la cama a las diez. Estaba reventado. ¿Por qué?

—Porque ayer recibí una llamada telefónica de la policía —explicó Michael—. Acerca del chico que fue atropellado anoche en la JFK Drive.

—Moochie Welch —dijo Arnie.

Miró a su padre con ojos serenos, profundamente hundidos pese a su serenidad. Si el hijo se había sentido sorprendido por el aspecto del padre, también el padre se hallaba sorprendido por el de su hijo: a Michael, las cuencas de los ojos del muchacho le parecían las vacías órbitas de una calavera en aquella desfalleciente luz.

—Se apellidaba Welch, sí.

—Tendría algo que ver con la policía, supongo. ¿Mamá no sabe... que podría haber sido uno de los tipos que atacaron a *Christine*?

—Por mí, no —convino Arnie.

—Acabará enterándose —siguió Michael—. Casi con toda seguridad. Es una mujer muy inteligente, por si no te has dado cuenta. Pero no se enterará por mí.

Arnie asintió y, luego, sonrió con tristeza.

—«¿Dónde estuviste anoche?». Tu confianza es conmovedora, papá.

Michael enrojeció, pero no bajó la vista.

—Quizá si no hubieras cambiado tanto estos dos últimos meses —dijo—, comprenderías por qué lo he preguntado.

—¿Qué diablos quieres decir?

—Lo sabes perfectamente. No vale la pena hablar más de ello. Toda tu vida se está desmoronando y me preguntas de qué estoy hablando.

Arnie se echó a reír. Era un sonido áspero y despreciativo. Michael pareció encogerse un poco ante él.

—Mamá me ha preguntado si tomaba drogas —dijo Arnie—. Quizá tú quieres comprobar eso también —Arnie hizo ademán de levantarse las mangas de la chaqueta—. ¿Quieres ver si hay pinchazos de jeringuilla?

—No necesito preguntarte si te entregas a la droga —exclamó Michael—. Te entregas solamente a una cosa que yo sé, y es suficiente. Es ese maldito coche.

Arnie volvió como para marcharse, y Michael le agarró.

—Quita la mano de mi brazo.

Michael dejó caer la mano.

—Quería que tuvieses cuidado —explicó—. No creo que tú fueras capaz de matar a alguien más de lo que creo que fueras capaz de caminar sobre la piscina de los Symond. Pero la policía te va a interrogar, Arnie, y la gente se sorprende cuando la policía se presenta de pronto. Y la sorpresa puede parecerle culpabilidad a la policía.

—¿Todo esto porque algún borracho atropelló a ese cagón de Welch?

—No fue así —dijo Michael—. Lo he sabido por ese tal Junkins que me ha llamado por teléfono. Quienquiera que matase a Welch lo hizo pasando sobre él con el coche, y volviendo a pasar en marcha atrás, y otra vez hacia delante, y otra vez, y otra, y...

—Basta —dijo Arnie.

Pareció de pronto asqueado y asustado, y Michael tuvo la misma impresión que había tenido Dennis el Día de acción de Gracias: que en esta fatiga y en esta desventura el verdadero Arnie estaba de pronto muy cerca de la superficie, quizás asequible de nuevo.

—Fue... increíblemente brutal —dijo Michael—. Eso es lo que dijo Junkins. No parece que fuese un accidente. Parece un asesinato.

—Asesinato —repitió Arnie, aturdido—. No, yo nunca...

—¿Qué?

—preguntó ásperamente Michael. Le agarró de nuevo del brazo—. ¿Qué has dicho?

Arnie miró a su padre. Su rostro volvía a ser una máscara.

—Yo nunca pensé que pudiera ser eso —dijo—. Es todo lo que iba a decir.

—Sólo quería que lo supieras. Estarán buscando a alguien con un motivo, por leve que sea. Saben lo que le pasó a tu coche y que ese Welch podría haber estado implicado en ello, o que tú podrías creer que estaba implicado. Es muy posible que Junkins vaya a hablar contigo.

—No tengo nada que ocultar.

—No, claro que no —convino Michael—. Vas a perder el autobús.

—Sí —repuso Arnie—. Tengo que irme.

Pero se quedó un momento más, mirando a su padre.

De pronto, Michael se encontró pensando en el noveno cumpleaños de Arnie. Él y su hijo habían ido al pequeño zoo de Philly Plains, habían almorzado al aire libre y habían terminado el día haciendo dieciocho hoyos en el campo de golf en miniatura situado en el interior de un edificio junto a Basin Drive. Aquel edificio había quedado destruido por un incendio en 1975. Regina no había podido ir, estaba en cama con bronquitis. Se lo habían pasado en grande los dos. Para Michael aquél había sido el mejor cumpleaños de su hijo, el que, por encima de todos los demás, simbolizaba para él la plácida y feliz infancia norteamericana. Habían ido al zoo, y habían vuelto, y no había sucedido gran cosa, salvo que lo habían pasado bien: Michael y su hijo, al que tanto había querido y seguía queriendo.

Se humedeció los labios y dijo:

—Véndela, Arnie, ¿por qué no lo haces? Cuando esté completamente restaurada, véndela. Podrías conseguir mucho dinero. Dos mil..., tres mil quizá.

Aquella expresión fatigada y asustada pareció extenderse de nuevo por el rostro de Arnie, pero Michael no podría decirlo con seguridad. El sol se había puesto ya, dejando una línea anaranjada en el horizonte occidental, y el pequeño patio estaba oscuro. Luego, la expresión, si realmente había estado allí, se esfumó.

—No, no podría hacer eso, papá —repuso Arnie suavemente, como si hablase a un niño—. No podría hacerlo ahora. He puesto demasiado en ella. Demasiado.

Y se marchó, cruzando el patio en dirección a la acera, uniéndose a las otras sombras, y sólo quedó el sonido de sus pisadas, que no tardó en desaparecer.

¿Puesto demasiado en ella? ¿Sí? ¿Qué exactamente, Arnie? ¿Qué has puesto en ella?

Michael miró las hojas apiladas a sus pies y volvió luego la vista por el patio. Bajo el seto y sobre el alero del garaje, relucía en la oscuridad la fría nieve. Esperando, lívida y obstinadamente, refuerzos. Esperando al invierno.

32. Regina y Michael

She's real fine, my 409,

My four-speed, dual-quad, Positraction 409.

THE BEACH BOYS

Regina estaba cansada —parecía cansarse con más facilidad últimamente—, y se fueron juntos a la cama alrededor de las nueve, mucho antes de que llegase Arnie. Hicieron el amor, rutinariamente y sin alegría (últimamente hacían mucho el amor, era casi siempre rutinario y carente de alegría, y Michael había empezado a tener la desagradable sensación de que su esposa estaba utilizando su pene como somnífero) y, mientras yacían después tendidos en sus camas gemelas, Michael preguntó, con tono casual:

—¿Qué tal dormiste anoche?

—Muy bien —repuso cándidamente Regina, y Michael supo que estaba mintiendo—. Estupendo.

—Yo me levanté a eso de las once, y Arnie parecía un poco agitado —dijo Michael, conservando el tono indiferente de su voz.

Se sentía profundamente intranquilo: esta noche había habido algo en el rostro de Arnie, algo que no le había sido posible descifrar por culpa de la maldita oscuridad. Probablemente no era nada, nada en absoluto, pero resplandecía en su mente como un funesto letrero de neón que se resistía a apagarse. ¿Había parecido su hijo culpable y asustado? ¿O había sido sólo la luz? A menos que resolviera eso, el sueño tardaba mucho en llegar esta noche... si es que llegaba.

—Yo me levanté a eso de la una —explicó Regina, y se apresuró a añadir—. Sólo para ir al baño. De paso, fui a ver cómo estaba —rió pensativamente—. Cuesta perder las viejas costumbres, ¿verdad?

—Sí —dijo Michael—. Supongo que sí.

—Dormía profundamente entonces. Ojalá pudiese conseguir que se pusiera pijama cuando hace frío.

—¿Estaba en ropa interior?

—Sí.

Se tranquilizó, inconmensurablemente aliviado y un tanto avergonzado de sí mismo. Pero era mejor saber... con seguridad. Estaba muy bien decirle a Arnie que sabía que el muchacho podía cometer un asesinato tanto como podía caminar sobre el agua. Pero la mente, ese mono perverso... la mente puede imaginar cualquier cosa, y parece encontrar un perverso placer en hacerlo. Quizá —pensó Michael, entrelazando las manos detrás de la cabeza y mirando al oscuro techo—, quizás esa sea la peculiar condena de los vivos. En la mente, una esposa puede encelarse, riendo, con el mejor amigo, el mejor amigo puede conspirar contra uno y planear puñaladas por la espalda, un hijo puede asesinar valiéndose de un automóvil. Es mejor avergonzarse y hacer dormir al mono.

Arnie había estado aquí a la una. No era probable que Regina se hubiese confundido respecto a la hora, ya que el radio reloj digital de su escritorio señalaba la hora en números grandes, azules e inconfundibles. Su hijo había estado aquí a la una, y Welch había sido atropellado cinco kilómetros más lejos y veinticinco minutos después. Imposible creer que Arnie hubiera podido vestirse, salir (sin que le oyese Regina, que seguramente se encontraba despierta), ir a *Darnell's*, coger a *Christine* y dirigirse hasta donde Moochie Welch había hallado la muerte. Físicamente imposible.

Y no es que lo hubiera creído ni por un momento.

La mente-mono estaba satisfecha. Michael se volvió sobre el costado derecho, quedó dormido y soñó que él y su hijo de nueve años jugaban al minigolf en una interminable serie de campos en los que giraban molinos de viento y acechaban pequeños charcos de agua: y soñó que estaban solos, completamente solos en el mundo, porque la madre de su hijo había muerto de parto —eso era muy triste—, la gente aún comentaba lo inconsolable que se había quedado Michael, pero cuando su hijo y él fuesen a casa esta la tendrían entera para ellos solos, comerían spaguettis directamente del puchero, como un par de solteros y después de lavar los platos, se sentarían a una mesa de la cocina cubierta de papeles de periódico y construirían automóviles en miniatura con inofensivos motores de plástico.

En su sueño, Michael Cunningham sonrió. Junto a él, en la otra cama, Regina no sonreía. Permanecía despierta, esperando el sonido de la puerta que le indicaría que su hijo había regresado desde el mundo exterior.

Cuando oyese la puerta abrirse y cerrarse, cuando oyese sus pisadas en la escalera..., entonces podría dormir.

Quizá.

33. Junkins

I think you better slow down and drive

with me, baby...

You say what?

Hush up and mind my own bidness?

But Baby, you are my bidness!

You goood bidness, baby,

And I love good bidness!

What kind of car am I drivin'?

I'm drive a '48 Cadillac

With Thunderbird wings

I tell you, baby, she's a movin' thing,

Ride on, Josephine, ride on...

ELLAS MCDANIEL

Junkins se presentó en *Darnell's* hacia las nueve menos cuarto de esa noche. Arnie acababa de dar por terminado su trabajo sobre *Christine* por ese día. Había sustituido por otra nueva la antena que había arrancado la pandilla de Repperton y, durante los últimos quince minutos, había estado sentado ante el volante, escuchando la Cabalgata de Oro del viernes por la noche en la WDIL.

Su intención había sido sólo encender la radio y recorrer el dial una vez para asegurarse de que había colocado correctamente la antena y de que no había interferencias. Pero captó la señal de WDIL clara y fuerte, y se había quedado allí, con la mirada perdida a través del parabrisas, mientras Bobby Fuller cantaba «Lucha contra la ley», mientras Frankie Lymon y los Teenagers cantaban «¿Por qué se enamoran los tontos?», mientras Eddie Cochran cantaba «Vamos, todos» y Buddy Holly cantaba «Sigue soñando». No había anuncios en WDIL las noches de los viernes. Sólo música. De vez en cuando, una acariciadora voz femenina se abría paso para decirle lo que ya sabía, que estaba escuchando WDIL-Pittsburgh, el sonido de *Blue Suede Radio*.

Arnie permanecía sentado ante el volante, tamborileando levemente con los dedos mientras relucían las luces rojas del salpicadero. La antena funcionaba de maravilla. Sí. Había hecho un buen trabajo. Era como decía Will, tenía buena mano. Mira a *Christine*, *Christine* lo demostraba. Había sido un montón de chatarra en el césped de LeBay, y él la había remozado, luego, había sido un montón de chatarra en el aparcamiento del aeropuerto, y él la había remozado otra vez. Había...

Sigue soñando..., soñando, y dime...

Dime... que no esté solo...

Había, ¿qué?

Sustituido la antena, sí. Y había alisado algunas de las abolladuras, eso podía recordarlo. Pero no había encargado ningún cristal (aunque todos había sido repuestos), no había encargado tapicerías nuevas para los asientos (pero habían sido cambiadas todas también) y sólo una vez había mirado con atención bajo el capó, antes de volverlo a cerrar, horrorizado, los daños causados en el interior de *Christine*.

Pero ahora el radiador estaba entero, el bloque del motor limpio y reluciente, los pistones moviéndose con toda libertad y facilidad. Y ronroneaba como un gato. Pero hubo sueños.

Había soñado con LeBay sentado al volante de *Christine*, LeBay vestido con un uniforme del Ejército moteado por manchas gris azuladas de moho de sepulcro. La carne de LeBay se había desprendido y caído. Asomaban huesos blancos y relucientes. Las cuencas en que antaño estuvieran los ojos de LeBay se hallaban vacías y oscuras (pero algo se retorció allí dentro, ah, sí, algo). Y luego los faros de *Christine* se habían encendido y alguien había quedado prendido en su luz, prendido como una chinche en una cartulina blanca. Alguien conocido.

¿Moochie Welch?

Quizá. Pero, cuando *Christine* se había lanzado súbitamente hacia delante, con un aullante chirriar de neumáticos, le había parecido a Arnie que el aterrorizado rostro que se encontraba en la calle se fundía como si fuera de sebo, cambiando mientras el Plymouth avanzaba hacia él, ahora era el rostro de Repperton, o el de Sandy Galton, ahora la cara de luna llena de Will Darnell.

Quienquiera que fuese, había saltado a un lado, pero LeBay había dado marcha atrás a *Christine*, accionando la palanca del cambio con negros y putrefactos dedos —colgaba un anillo en torno a uno de ellos, tan flojamente como un aro tirado a la rama de un árbol muerto— y, luego, aceleró de nuevo mientras la figura corría hacia el otro lado de la calle. Y, mientras *Christine* avanzaba, la cabeza se había vuelto, lanzando una aterrorizada mirada hacia atrás, y Arnie había visto la cara de su madre..., la cara de Dennis Guilder..., la cara de Leigh, toda ojos bajo

una flotante nube de cabellos rubios. Y, finalmente, su propia cara, en la que la contorsionada boca formaba las palabras ¡No! ¡No! ¡No!

Dominándolo todo, incluso el rugido del tubo de escape (algo de la parte baja había resultado dañado, indudablemente), sonaba la triunfante voz de LeBay surgiendo de una corroída laringe, pasando por entre unos labios retraídos ya de los dientes y tatuados con una delicada red de moho verdoso oscuro, la voz triunfante y estridente de LeBay:

—¡Ahí tienes, cagón! ¡A ver qué te parece!

Se había producido el sordo y mortal golpe del parachoques de *Christine* contra la carne, el destello de un par de gafas que se elevaban en el aire nocturno, girando sobre sí mismas y, luego, Arnie había despertado en su habitación, encogido, tembloroso y aferrando la almohada. Eran las dos menos cuarto de la mañana, y su primer sentimiento fue de un grande y terrible alivio, alivio por el hecho de continuar todavía con vida. Él estaba vivo, LeBay estaba muerto y *Christine* se hallaba a salvo. Las tres únicas cosas del mundo que importaban.

Oh, pero, Arnie, ¿cómo te lastimaste la espalda?

Una voz interior, insidiosa e insinuante, formulando una pregunta a la que tenía miedo de responder.

Me la lastimé en Philly Plains —había dicho a todo el mundo—. Uno de los cacharros empezó a resbalar por la rampa de la caja del camión de Will, y empujé para contenerlo..., lo hice sin pensar, simplemente, lo hice. Y me lastimé algo dentro a consecuencia del esfuerzo. Eso había dicho. Y uno de los cacharros había empezado a resbalar, y él lo había empujado, pero no era así como se había lastimado la espalda, ¿verdad? No.

Aquella noche, después de que él y Leigh encontraran a *Christine* destrozada en el aparcamiento, posada sobre cuatro neumáticos rajados..., aquella noche en *Darnell's*, después de que se hubo marchado todo el mundo..., en la oficina de Will había sintonizado la radio con las viejas canciones de WDIL. Will confiaba en él ahora, ¿por qué no? Le llevaba cigarrillos a Nueva York, transportaba licores a Burlington, y dos veces había llevado algo envuelto en papel de estraza a Wheeling, donde un joven que conducía un Dodge Challenger le entregaba a cambio otro paquete ligeramente mayor. Arnie pensaba que quizás estaba intercambiando cocaína por dinero, pero no quería saberlo con seguridad.

En estos viajes conduciría el coche particular de Will, un Imperial de 1966 tan negro como una medianoche en Persia. Tenía un motor extraordinariamente silencioso, y poseía un doble fondo en el suelo. Si no rebasaba uno el límite de velocidad no había problemas. ¿Por qué iba a haberlos? Lo importante era que ahora tenía las llaves del garaje.

Podía entrar después de que se hubieran marchado todos los demás. Como había hecho aquella noche. Y había puesto la WDIL..., y había... había...

Se había lastimado la espalda de alguna manera.

¿Qué había estado haciendo para lastimarse la espalda?

Una frase extraña acudió a él como respuesta, elevándose, lentamente, del subconsciente: Es un curioso lapso.

¿Quería realmente saberlo? No. De hecho, había veces en que no quería en absoluto al coche. Había veces en que pensaba que sería mejor..., bueno, mandarlo a la chatarra.

No es que fuera a hacerlo, ni que pudiera. Era sólo que, a veces (en los sudorosos y agitados momentos que siguieron al sueño de la noche anterior, por ejemplo), sentía que si se deshacía de él, sería... más feliz.

La radio escupió de pronto una explosión casi felina de estática.

—No te preocupes —susurró Arnie.

Su mano se deslizó lentamente sobre el salpicadero, complaciéndose en el contacto. Sí, el coche le asustaba a veces. Y suponía que su padre tenía razón, había cambiado en cierto grado su vida. Pero no podía llevarlo a la chatarra, lo mismo que no podía suicidarse.

La estática desapareció. Las *Marvelettes* estaban cantando «Por favor, señor cartero».

Y entonces una voz dijo en su mismo oído.

—¿Arnold Cunningham?

Dio un respingo y apagó la radio. Se volvió. Un hombrecillo menudo y apuesto se hallaba apoyado en la ventanilla de *Christine*. Sus ojos eran de color castaño oscuro, y tenía arreboladas las mejillas..., a consecuencia del frío exterior, suponía Arnie.

—¿Sí?

—Rudolph Junkins. Policía del Estado, Departamento de Investigación.

Junkins introdujo su mano por la abierta ventanilla.

Arnie se la quedó mirando un momento. Así que su padre tenía razón.

Le dirigió su más atractiva sonrisa, tomó la mano, la estrechó con fuerza y dijo:

—No dispare, polizonte, tiraré la pistola.

Junkins sonrió también, pero Arnie advirtió que la sonrisa apenas si rozó sus ojos, que estaban explorando el coche de una manera rápida y concienzuda que a Arnie no le gustó. En absoluto.

—¡Vaya! Por lo que me ha dicho la policía local, creía que los tipos que la emprendieron con tu cacharro lo habían tatuado realmente. Desde luego, no lo parece.

Arnie se encogió de hombros y salió del coche. Los viernes por la noche el garaje estaba muy poco concurrido. Will raramente iba y no estaba esta noche. Al otro lado, en el hueco número diez, un tal «Habbs» estaba poniendo un silenciador nuevo a su viejo Valiant y, al fondo del garaje, sonaba periódicamente el zumbido de una herramienta neumática mientras alguien colocaba neumáticos especiales para la nieve. Por lo demás, él y Junkins tenían todo el garaje para ellos solos.

—No resultó ser tan malo como parecía —dijo Arnie.

Pensó que este sonriente y apuesto hombrecillo podría ser sumamente inteligente. Y, como consecuencia natural de este pensamiento, apoyó la mano en el techo de *Christine* y se sintió inmediatamente mejor. Podía habérselas con este hombre, inteligente o no. Después de todo, ¿qué motivos tenía para preocuparse?

—No se produjeron daños estructurales.

—¿Oh? Tenía entendido que le habían practicado agujeros en la carrocería con algún instrumento aguzado —explicó Junkins, mirando con atención el lateral de *Christine*—. Que me ahorquen si puedo ver la reparación. Debes de ser un genio carrocerero, Arnie. Dada la forma de conducir que tiene mi mujer, debería contratarte para los arreglos.

Le dirigió una desarmadora sonrisa, pero sus ojos continuaron examinando el coche. Se posaban un instante en la cara de Arnie y, luego, volvían de nuevo al coche. A Arnie le estaba gustando aquello cada vez menos.

—Soy bueno, pero no soy Dios —dijo Arnie—. Si se fija realmente, puede ver el trabajo realizado en la carrocería —señaló una diminuta ondulación en la parte posterior de *Christine*—. Y ahí —señaló otra—. Tuve suerte de encontrar en *Ruggles* algunas piezas originales de carrocería de Plymouth. En este lado, sustituí toda la puerta trasera. ¿Ve cómo no casa exactamente la pintura?

Y dio unos golpecitos en la puerta con los nudillos.

—No —repuso Junkins—. Quizá pueda verlo con un microscopio, pero a mí me parece que encaja a la perfección.

Dio también unos golpecitos en la puerta con los nudillos. Arnie frunció el ceño.

—Un trabajo formidable —siguió Junkins. Caminó lentamente hasta la parte delantera del coche—. Formidable, Arnie. Te felicito.

—Gracias.

Observó cómo Junkins, fingiendo sincera admiración, utilizaba sus perspicaces ojos castaños para buscar abolladuras sospechosas, pintura descascarillada, quizás una mancha de sangre o un mechón de pelo. Buscando señales de Moochie Welch. Arnie se sintió seguro de pronto de que era eso lo que el cagón estaba buscando.

—¿En qué puedo servirle exactamente, detective Junkins?

Junkins se echó a reír.

—¡Hombre, eso es demasiado ceremonioso! ¡No puedo aceptarlo! Llámame Rudy, ¿eh?

—De acuerdo —dijo Arnie, sonriendo—. ¿En qué puedo servirle, Rudy?

—¿Sabes?, es curioso —dijo Junkins, poniéndose en cuclillas para mirar el faro izquierdo.

Le dio unos golpecitos reflexivamente y, luego, aparentemente con aire distraído, pasó el dedo índice a lo largo de su semicircular superficie de metal. Su abrigo se posó unos instantes sobre el suelo de cemento, luego, se incorporó.

—Cuando recibimos denuncias de este tipo..., el destrozo de tu coche, quiero decir...

—Oh, realmente no lo destrozaron —replicó Arnie.

Estaba empezando a sentir como si caminara por la cuerda floja, y volvió a tocar a *Christine*. Su solidez, su realidad, parecieron confortarle una vez más.

—Lo intentaron, sí, pero no hicieron un trabajo muy bueno.

—Bueno, supongo que no estoy al tanto de la terminología —rió Junkins—. De todos modos, cuando me presentaron el caso, ¿qué crees que dije? «¿Dónde están las fotografías?». Eso es lo que dije. Creí que era un olvido, ya sabes. Así que llamé a la policía de Libertyville y me dijeron que no había fotografías.

—No —repuso Arnie—. Un chico de mi edad no puede conseguir nada más que seguro personal, como ya sabrá. Y aun eso con una deducción

de setecientos dólares. Si hubiera tenido seguro a todo riesgo, habría tomado un montón de fotos. Pero, como no lo tengo, ¿para qué iba a hacerlo? Seguro que no querría pegarlas en mi álbum.

—No, supongo que no —dijo Junkins, y se dirigió hacia la parte trasera del coche, buscando cristales rotos, arañazos, culpabilidad—. Pero ¿sabes qué otra cosa me ha parecido curiosa? ¡Ni siquiera denunciaste el delito!

Levantó hacia Arnie sus oscuros e inquisitivos ojos, miró atentamente y, luego, sonrió.

—Ni siquiera lo denunciaste. «Bueno —me pregunté—. ¿Quién lo denunció?». El padre del fulano, van y me dicen —Junkins meneó la cabeza—. No lo entiendo, Arnie, no me importa decírtelo. Un tipo se parte el lomo para restaurar un coche hasta que vale dos mil, quizá cinco mil dólares, luego unos fulanos se lo destrozan...

—Ya le he dicho...

Rudy Junkins levantó la mano y sonrió desarmadoramente. Por un extraño momento, Arnie creyó que iba a decir: «Paz», como hacía a veces Dennis cuando las cosas se tornaban opresivas.

—Se lo dañan. Perdona.

—Vale —replicó Arnie.

—De todos modos, según dijo tu amiga, uno de los atacantes..., bueno, se defecó en el salpicadero. Yo hubiera pensado que te habrías puesto furioso. Que lo habrías denunciado.

La sonrisa se desvaneció ahora y Junkins miró a Arnie gravemente, casi con severidad.

Los ojos fríos y grises de Arnie se encontraron con los castaños de Junkins.

—La mierda se limpia —dijo al final—. ¿Quiere saber una cosa, Mr... Rudy? ¿Quiere que le diga una cosa?

—Claro, hijo.

—Cuando yo tenía año y medio, cogí un tenedor y marqué con él una mesa-escritorio antigua que mi madre había comprado con los ahorros de quizá cinco años. Con sus pequeños ahorros, eso es lo que dijo. Supongo que lo dejé hecho un desastre en muy poco tiempo. Naturalmente, no lo recuerdo, pero ella dice que se quedó allí sentada y se echó a llorar —Arnie sonrió levemente—. Hasta este año, no podía

imaginarme a mi madre llorando. Ahora, sí. Quizás es que me estoy haciendo mayor, ¿no le parece?

Junkins encendió un cigarrillo.

—No sé muy bien adónde quieres ir a parar, Arnie.

—Dijo que preferiría tener que estar cambiándome los pañales hasta los tres años, antes de que hiciera esas cosas. Porque, explicó, la mierda se limpia —Arnie sonrió—. Se le echa agua, y desaparece.

—¿Como desapareció Moochie Welch? —preguntó Junkins.

—No sé nada de eso.

—¿No?

—No.

—¿Palabra de *boy-scout*? —preguntó Junkins.

La pregunta era jocosa, pero los ojos, no, escrutaban a Arnie, al acecho del más mínimo quiebro de voz, de una crucial vacilación.

Al otro lado del garaje, el tipo que había estado poniendo sus neumáticos para la nieve dejó caer una herramienta sobre el cemento y el tipo entonó, casi ritualmente:

—Oh, mierda jodida.

Junkins y Arnie miraron brevemente en su dirección, y la tensión cedió.

—Claro, la palabra de *boy-scout* —repuso Arnie—. Mire, supongo que tiene usted que hacer eso, es su trabajo...

—Claro que es mi trabajo —convino con suavidad Junkins—. El muchacho fue atropellado tres veces en cada dirección. Quedó convertido en una masa sanguinolenta. Lo recogieron con pala.

—¡Yo no tuve nada que ver con ello! —gritó Arnie, y el hombre del fondo, que había estado trabajando con su silenciador levantó la vista, sobresaltado.

Arnie bajó la voz.

—Lo siento. Sólo quiero que me deje en paz. Sabe perfectamente que yo no tuve nada que ver con ello. Ya ha visto el coche. Si *Christine* hubiera golpeado a Welch tantas veces y con tanta fuerza, estaría completamente abollada. Lo sé por las películas de la televisión. Y, cuando estaba en primero de Mecánica del Automóvil, Mr. Smolnack

dijo que las dos formas mejores de destruir totalmente la delantera de un coche era atropellar a un ciervo o a una persona. Bromeaba un poco, pero hablaba en serio... si entiende lo que quiero decir.

Arnie tragó saliva y oyó un chasquido en su garganta, que estaba muy seca.

—Desde luego —convino Junkins—. Tu coche tiene un aspecto excelente. Pero tú, no, muchacho. Tú pareces un sonámbulo. Pareces absolutamente jodido, y perdona mi francés —tiró su cigarrillo—. ¿Sabes una cosa, Arnie?

—¿Qué?

—Creo que estás mintiendo a más velocidad de la que puede trotar un caballo —dio una palmada sobre el capó de *Christine*—. O quizá deba decir a más velocidad de la que pueda correr un Plymouth.

Arnie le miró, con la mano apoyada en el espejo retrovisor. No replicó.

—No creo que estés mintiendo sobre la muerte de Welch. Pero creo que estás mintiendo sobre lo que le hicieron a tu coche, tu amiga dijo que lo habían destrozado, y ella es mucho más convincente que tú. Lloraba mientras me lo contaba, dijo que había cristales rotos por todas partes... A propósito, ¿dónde compraste los cristales nuevos?

—En *McConnell's* —respondió Arnie, sin vacilar—. En el Burg.

—¿Tienes el recibo?

—Lo tiré.

—Pero allí se acordarán de un pedido tan grande como ese.

—Puede —dijo Arnie—, pero yo no estaría muy seguro, Rudy. Son los más importantes especialistas en cristales para automóviles que hay al oeste de Nueva York y al este de Chicago. Eso cubre mucho terreno. Trabajan mucho y, en gran parte, es con coches usados.

—Pero tendrán los papeles.

—Pagué al contado.

—Pero tu nombre figurará en la factura.

—No —dijo Arnie, y sonrió fríamente—, figurará el de «Garaje de Autoservicio Darnell's». Así consigo un diez por ciento de descuento.

—Lo tienes todo previsto, ¿eh?

—Teniente Junkins...

—Estás mintiendo también sobre los cristales, aunque maldito si sé por qué.

—Usted pensaría que Cristo estaba mintiendo en el Calvario, me parece a mí —replicó, airado, Arnie—. ¿Desde cuándo es delito comprar cristales de repuesto si alguien rompe a uno las ventanillas? ¿O pagar al contado? ¿O conseguir un descuento?

—Desde nunca —dijo Junkins.

—Entonces, déjeme en paz.

—Más importante, creo que mientes al decir que no sabes nada sobre lo que le sucedió a Welch. Sabes algo y quiero saber qué.

—No sé nada —dijo Arnie.

—¿Qué hay de...?

—No tengo nada más que decirle —le interrumpió Arnie—. Lo siento.

—Muy bien —replicó Junkins, desistiendo tan pronto que Arnie se sintió de inmediato receloso.

Rebuscó en la chaqueta que llevaba bajo el abrigo y sacó su cartera. Arnie vio que Junkins tenía una pistola en una funda sobaquera, y sospechó que Junkins había querido que la viese. Sacó una tarjeta y se la dio a Arnie.

—Puedes encontrarme en cualquiera de estos números. Si quieres hablar sobre algo. Sobre lo que sea.

Arnie se guardó la tarjeta en el bolsillo superior.

Junkins volvió a pasear lentamente en torno a *Christine*.

—Un trabajo de restauración formidable —repitió. Miró fijamente a Arnie—. ¿Por qué no lo denunciaste?

Arnie exhaló un tembloroso suspiro.

—Porque pensé que sería el final —dijo—. Que abandonarían.

—Sí —dijo Junkins—. Eso me parecía. Buenas noches, hijo.

—Buenas noches.

Junkins empezó a alejarse, se volvió y regresó junto a él.

—Piénsalo —dijo—. Realmente, tienes mal aspecto, ¿sabes lo que quiero decir? Tienes una novia preciosa. Está preocupada por ti, y siente lo que le pasó a tu coche. Tu padre está preocupado por ti también. Me di cuenta hablando con él por teléfono. Piénsalo y llámame, hijo. Dormirás mejor.

Arnie sintió que algo le temblaba detrás de los labios, algo pequeño y lloroso, algo que dolía. Los castaños ojos de Junkins eran bondadosos. Abrió la boca —sólo Dios sabía lo que habría podido salir de ella—, y entonces una monstruosa punzada de dolor le recorrió la espalda, haciéndole enderezarse súbitamente. Tuvo también el efecto de una bofetada en un ataque de histerismo. Se sintió más tranquilo con la cabeza despejada de nuevo.

—Buenas noches —repitió—. Buenas noches, Rudy.

Junkins le miró unos momentos más turbado y se marchó.

Arnie empezó a estremecerse. El temblor comenzó a subir por sus manos, se le extendió por los antebrazos y los codos y luego, le agitó todo el cuerpo. Buscó a ciegas la manilla de la puerta, la encontró por fin y se deslizó en el interior de *Christine*, en los confortantes olores a coche y tapicería nueva. Giró la llave de posición ACC, se encendieron las luces rojas del salpicadero y buscó el conmutador de la radio.

Al hacerlo, sus ojos se posaron en el oscilante rectángulo de cuero marcado con las iniciales R.D.L., y su sueño retornó con terrible intensidad: el putrefacto cuerpo sentado donde él se encontraba sentado ahora, las vacías cuencas mirando a través del parabrisas, los huesos de los dedos aferrando el volante, la vacua sonrisa de los dientes de la calavera mientras *Christine* se lanzaba sobre Moochie Welch, mientras la radio, sintonizada con WDIL, emitía «El último beso», interpretado por J. Frank Wilson y los *Cavaliers*.

Sintió de pronto ganas de vomitar. Una poderosa náusea se elevó desde su estómago hasta la garganta. Arnie salió trabajosamente del coche y corrió hacia el lavabo, mientras sus pisadas resonaban extrañamente en sus oídos. Llegó justo a tiempo. Vomitó una y otra vez, hasta que no le quedó más que agria saliva. Bailaban las luces delante de sus ojos. Le zumbaban los oídos y los músculos de su garganta palpaban cansadamente.

En el espejo lleno de manchas, miró su pálido y macilento rostro, los oscuros círculos bajo sus ojos y el mechón de pelo que le caía sobre la frente. Junkins tenía razón. Su aspecto era horrible.

Pero sus granos habían desaparecido.

Lanzó una enloquecida carcajada. No renunciaría a *Christine*, pasara lo que pasase. Eso era lo único que no haría.

Y, de pronto, tuvo que hacerlo de nuevo, sólo que no le quedaba nada que vomitar, sólo una serie de desgarradores espasmos, y aquel eléctrico gusto a saliva en la boca.

Tenía que hablar con Leigh. Súbitamente, tenía que hablar con Leigh.

Entró en la oficina de Will, donde el único sonido era el latido del reloj registrador que marcaba los minutos. Marcó de memoria el número de los Cabot, pero se equivocó dos veces, a causa del violento temblor de sus dedos.

Contestó la misma Leigh, con voz soñolienta.

—¿Arnie?

—Tengo que hablar contigo, Leigh. Tengo que verte.

—Arnie, son casi las diez. Acababa de salir de la ducha y meterme en la cama... Estaba casi dormida...

—Por favor —dijo, y cerró los ojos.

—Mañana —repuso ella—. No puede ser esta noche, mis padres no me dejarían salir tan tarde...

—Sólo son las diez. Y es viernes.

—La verdad es que no quieren que te vea mucho, Arnie. Al principio, les gustabas, y a mi padre todavía le gustas: pero los dos piensan que te has vuelto un poco raro.

Hubo una larga pausa.

—Yo también lo pienso —dijo al final Leigh.

—¿Significa eso que ya no quieres verme más? —preguntó sordamente Arnie.

Le dolía el estómago, le dolía la espalda, le dolía todo.

—No —había ahora en su voz un levísimo tono de reproche—. Estaba haciéndome a la idea de que tú no querías verme a mí, no en la escuela, y por las noches siempre estabas en el garaje. Trabajando en tu coche.

—Ya he terminado —replicó él. Y, luego, con un monstruoso esfuerzo—. Es del coche de lo que quería..., ¡Ayyy, maldita sea!

Se agarró la espalda, donde había sentido otro feroz latigazo de dolor, y sólo encontró la faja.

—¿Arnie? —su voz sonó alarmada—. ¿Estás bien?

—Sí, me ha dado una punzada en la espalda.

—¿Qué ibas a decir?

—Mañana —respondió él—. Iremos a *Baskin-Robbins*, tomaremos un helado, haremos quizás unas cuantas compras de Navidad, cenaremos y te dejaré en casa para las siete. Y no me portaré de forma rara. Te lo prometo.

Ella rió y Arnie sintió un gran alivio. Era como un bálsamo.

—Tonto.

—¿Significa eso que estás de acuerdo?

—Sí, significa que estoy de acuerdo —Leigh hizo una pausa y dijo, dulcemente—: Te he dicho antes que mis padres no querían que te viese mucho. No he dicho que no quiera yo.

—Gracias —dijo él, esforzándose por mantener la firmeza de su voz—. Gracias por eso.

—¿De qué quieres hablarme?

«De *Christine*. Quiero hablarte de ella... y de mis sueños. Y de por qué tengo un aspecto horrible. Y de por qué ahora siempre quiero escuchar la WDIL, y de lo que hice aquella noche, cuando todo el mundo se hubo marchado: la noche en que me lastimé la espalda. Oh, Leigh, quiero...».

Otra punzada de dolor en la espalda, como el zarpazo de un tigre.

—Creo que acabamos de hablar de ello —dijo.

—Oh —una pequeña y cálida pausa—. Bueno.

—¿Leigh?

—Hum...

—Habrá más tiempo ahora, te lo prometo. Todo el que quieras.

Y pensó: «Porque ahora, con Dennis en el hospital, tú eres todo lo que me queda, todo lo que queda entre mí... entre mí y...».

—Eso es estupendo —exclamó Leigh.

—Te quiero.

—Adiós, Arnie.

«¡Dilo tú también!» —deseó gritar de pronto—. «¡Dilo tú también, necesito que lo digas!».

Pero en su oído sólo sonó el chasquido del teléfono al ser colgado.

Permaneció largo tiempo sentado a la mesa de Will, con la cabeza baja, tratando de recuperar el dominio de sí mismo. Ella no necesitaba repetirlo cada vez que él se lo decía, ¿verdad? Él no necesitaba tan desesperadamente oírlo, ¿no? ¿No?

Arnie se levantó y fue hacia la puerta. Leigh iba a salir con él mañana, eso era importante. Harían las compras de Navidad que habían proyectado hacer el día en que aquellos cagones destrozaron a *Christine*, pasearían y charlarían, se divertirían. Ella diría que le quería.

—Lo diré —murmuró, de pie en el umbral, pero a la izquierda, hacia la mitad del garaje, *Christine* se alzaba como una muda y estúpida negación, proyectando hacia delante la rejilla de su radiador, como si buscara algo.

Y, desde su subconsciente, la oscura e inquisitiva voz susurró: «¿Cómo te lastimaste la espalda? ¿Cómo te lastimaste la espalda, Arnie?».

Era una pregunta que no se atrevía a contestar.

34. Leigh y *Christine*

My baby drove up in a brand-new Cadillac,

She said, "Hey, come here, Daddy,

I ain't never comin back!"

Baby, baby, won't you hear my plea?

Come on, sugar, come on back to me!

She said, "Balls to you, big daddy,

I ain't never comin back!"

THE CLASH

El día era gris y amenazaba nieve, pero Arnie acertó en dos cosas: se divirtieron y él no era un tipo raro. La señora Cabot estaba en casa cuando llegó Arnie, y su recibimiento fue frío. Pero pasó bastante tiempo—tal vez veinte minutos— antes de que bajase Leigh, luciendo un suéter de color caramelo que ceñía deliciosamente su busto y un nuevo par de pantalones color de arándano, que también se ajustaban deliciosamente a sus caderas. El inexplicable retraso en una muchacha que era casi siempre exactamente puntual pudo ser deliberado. Arnie se lo preguntó más tarde y Leigh lo negó con una inocencia que era tal vez un poco exagerada, pero, en todo caso, la demora resultó eficaz.

Arnie podía ser encantador cuando se lo proponía, y empezó a camelar resueltamente a Mrs. Cabot. Antes de que Leigh bajase saltando la escalera y recogiendo los cabellos en cola de caballo, Mrs. Cabot se había ablandado. Había obsequiado a Arnie con una *Pepsi-Cola* y escuchaba arrobada los relatos que él le hacía sobre el club de ajedrez.

—Es la única actividad civilizada que conozco al margen de los estudios
—dijo a Leigh y sonrió a Arnie con aprobación.

—Es una LATA —gritó Leigh, rodeando la cintura de Arnie con un abrazo y estampando un beso sonoro en su mejilla.

—¡Leigh Cabot!

—Perdona, mamá, pero está monísimo con un poco de carmín, ¿no te parece? Espera un momento, Arnie, te daré un *Kleenex*. No te arañes la cara.

Hurgó en su bolso buscando el pañuelito. Arnie miró a la señora Cabot poniendo los ojos en blanco. Natalia Cabot se tapó la boca con una mano y rió entre dientes. El acercamiento entre ella y Arnie era completo.

Arnie y Leigh fueron a Baskin-Robbins, donde la tirantez inicial, consecuencia de la conversación telefónica de la noche anterior, acabó por desaparecer. Arnie había sentido un vago temor de que *Christine* no funcionase bien, o de que Leigh dijese algo desagradable acerca del coche; nunca le había gustado montar en su automóvil. Pero ambas preocupaciones habían resultado injustificadas. *Christine* funcionó como un reloj suizo, y los únicos comentarios de Leigh acerca del coche habían revelado satisfacción y asombro.

—Nunca lo habría creído —explicó cuando salieron de la pequeña zona de aparcamiento de la heladería y se unieron a la corriente de tráfico en dirección a Monroeville Mall—. Debes de haber trabajado como un burro.

—No fue tan difícil como, probablemente, te parezca —contó Arnie—. ¿Te importa que ponga música?

—No, claro que no.

Arnie encendió la radio. The Silhouettes tocaban estruendosamente *Get a Job*.

Leigh hizo una mueca.

—Horrible. ¿Puedo cambiarlo?

—Eres mi invitada.

Leigh conectó con una emisora de *rock* de Pittsburg donde estaba actuando Billy Joel. «Tal vez tengas razón —decía alegremente Billy—, puede que yo esté loco». A continuación, Billy dijo a su novia Virginia que las muchachas católicas empezaban demasiado tarde, era el Block Weekend. «*Ahora —pensó Arnie—. Ahora empezarás..., a recular... a hacer alguna tontería*». Pero *Christine* siguió rodando con normalidad.

El Mall estaba lleno de gente nerviosa pero en su mayoría bonachona, que iba de compras, la última frenética y a veces desagradable aglomeración de antes de la Navidad, mejor que hacía dos semanas. El espíritu navideño era todavía lo bastante nuevo para ser llamativo, y era posible contemplar los adornos colgados sobre los amplios pasillos del Mall sin sentirse malhumorado como *Ebenezer Scrooge*^[1]. El campanileo de los Santa Claus del Ejército de Salvación todavía no se había hecho irritante, aún pregonaban bienandanzas y buena voluntad en vez del monótono y metálico canturreo de «Los pobres no tienen Navidad, los pobres no tienen Navidad, los pobres no tienen Navidad»,

que Arnie parecía oír siempre cuando se acercaba el día, y tanto las dependientas de las tiendas como los Santa Claus del Ejército de Salvación se hacían más monótonos y parecían más macilentos.

Anduvieron asidos de la mano hasta que se lo impidió la cantidad de paquetes que llevaban, y Arnie se lamentó, posiblemente, de que ella le estaba convirtiendo en una bestia de carga. Cuando bajaron al piso inferior y a B. Dalton, Arnie quería buscar un libro sobre confección de juguetes para el padre de Dennis Guilder, Leigh advirtió que había empezado a nevar. Permanecieron un momento junto a la ventana de la escalera flanqueada de cristales, mirando como niños hacia el exterior. Arnie tomó la mano Leigh y esta le miró sonriendo. Él podía oler su piel, y la propia y con cierto aroma de jabón, así como la fragancia de sus cabellos. Acercó un poco la cabeza, y la chica aproximó un poco la suya. Se besaron ligeramente y ella le apretó la mano.

Más tarde, después de haber permanecido en la librería, se quedaron un rato sobre la pista del centro del Mall, observando las piruetas y los saltos de los que patinaban al son de los villancicos.

Fue un día estupendo hasta el momento en que Leigh Cabot estuvo a punto de morir.

Casi con toda seguridad habría muerto, de no haber sido por el autostopista. Estaban en su camino de regreso, y el temprano crepúsculo de diciembre hacía rato que se había convertido en oscuridad nevada. *Christine*, con su seguridad acostumbrada, zumbaba tranquilamente sobre diez centímetros de reciente y blanda nieve.

Arnie había reservado una mesa para comer temprano en la *British Lion Steak House*, único restaurante realmente bueno de Libertyville, pero el tiempo había pasado más de prisa de lo previsto y convinieron en comprar un tentempié en *McDonald's*, en la JFK Drive. Leigh había prometido a su madre que estaría en casa a las ocho y media, porque los Cabot «recibían a unos amigos», y eran ya las ocho menos cuarto cuando salieron del Mall.

—Tanto mejor —dijo Arnie—. Estoy casi arruinado.

Los faros iluminaron al autostopista plantado en la intersección de la carretera 17 y la JFK Drive, todavía a ocho kilómetros de Libertyville. Sus negros cabellos le llegaban a los hombros. Estaban salpicados de nieve, y tenía una bolsa de mulotón entre los pies. Cuando se acercaron al autostopista alzó un rótulo pintado con letras resplandecientes. Decía así: LIBERTYVILLE, PA. Le dio la vuelta al acercarse ellos más. El otro lado decía: ESTUDIANTE NO PSICÓTICO.

Leigh se echó a reír.

—Llémosle, Arnie.

Arnie replicó:

—Cuando se toman el trabajo de avisar que no están locos es cuando hay que tener más cuidado. Pero sea como tú quieras.

Detuvo el coche. Aquella tarde habría sido capaz de intentar cazar la luna con un cesto si Leigh se lo hubiera pedido.

Christine rodó con suavidad hasta la orilla de la carretera, resbalando apenas sus neumáticos. Pero cuando se detuvieron, retumbaron unos parásitos en la radio, que había estado tocando una estridente pieza de *rock* y, cuando hubieron cesado aquéllos, oyeron a Big Bopper cantando *Chantilly Lace*.

—¿Qué ha sido del Block Party Weekend? —pregunto Leigh, mientras el autostopista corría hacia ellos.

—No lo sé —dijo Arnie, pero lo sabía.

Había ocurrido otras veces. En ocasiones, la radio de *Christine* sólo pillaba la emisora WDIL. No importaban los botones que apretasen ni que accionase la palanca frecuencia modulada debajo del tablero, era WDIL o nada.

De pronto, tuvo la impresión de que había cometido un error al detenerse para recoger al viajero.

Pero era demasiado tarde para volverse atrás, el muchacho había abierto una de las portezuelas traseras de *Christine*, arrojado su bolsa al interior y subido detrás de ella. Una ráfaga de aire frío y un torbellino de nieve entraron con él.

—Gracias, hombre —dijo, suspirando, el muchacho—. Los dedos de mis manos y de mis pies salieron para Miami Beach hace unos veinte minutos. Deben de haber ido a alguna parte, a fin de cuentas, porque ya no puedo sentirlos.

—Agradézcalo a mi dama —explicó conciso Arnie.

—Gracias, señora —dijo el muchacho, llevándose cortésmente la mano a un invisible sombrero.

—No hay de qué —repuso Leigh, y sonrió—. Feliz Navidad.

—Lo mismo les deseo —dijo el viajero—, aunque no dirían que estuviésemos en Navidad si hubiesen estado sentados ahí esperando que alguien les recogiese. La gente pasaba a toda velocidad y desaparecía. ¡Zas! —miró con asombro a su alrededor—. Bonito coche, hombre. Es magnífico.

—Gracias —replicó Arnie.

—¿Lo ha restaurado usted mismo?

—Sí.

Leigh estaba mirando a Arnie y se sentía confusa. Su interior humor expansivo había sido sustituido por una sequedad impropia de él. En la radio, terminó Big Bopper y empezó Richie Valens con *La Bamba*.

El autostopista meneó la cabeza y rió.

—Primero Big Bopper, y después Richie Valens. Debe ser una velada fúnebre en esa vieja WDIL.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Leigh.

Arnie apagó la radio.

—Murieron en un accidente de aviación. Con Buddy Holly.

—¡Oh! —exclamó Leigh, con voz muy débil.

Quizás el viajero percibió también el cambio de humor de Arnie; permaneció silencioso y meditabundo en el asiento de atrás. Fuera, la nieve empezó a caer más deprisa y espesa. Era la primera tormenta fuera de temporada.

Por fin centellearon las luces amarillas sobre la nieve.

—¿Quieres que vaya yo, Arnie? —preguntó Leigh.

Arnie se había quedado casi tan mudo como una piedra respondiendo con simples gruñidos a sus animados intentos de entablar conversación.

—Iré yo —dijo, deteniendo el coche—. ¿Qué quieres?

—Sólo una hamburguesa y patatas fritas, por favor.

Antes había pensado darse un banquete —*Big Mac*, y un batido e incluso bollitos dulces—, pero parecía haber perdido el apetito.

Arnie aparcó. Bajo la fuerte luz amarilla que brotaba de la fachada del bajo edificio de ladrillos, su cara parecía eléctrica y en cierto modo enferma. Se volvió, apoyando brazo en el respaldo del asiento.

—¿Quiere que le traiga algo?

—No, gracias —repuso el desconocido—. Mis padres me esperan para la cena. No puedo disgustar a mamá. Mata el ternero más gordo cada vez que vuelvo a c...

El chasquido de la portezuela al cerrarse interrumpió su última palabra. Arnie se había apeado y se dirigía con rapidez a la puerta de entrada, levantando con las botas pequeños grumos de nieve recién caída.

—¿Está siempre tan alegre? —preguntó el viajero—. ¿O se vuelve taciturno algunas veces?

—Es muy amable —dijo con firmeza Leigh.

Se había puesto súbitamente nerviosa. Arnie había parado el motor y se había llevado las llaves, dejándola sola con el desconocido del asiento de atrás. Podía verle por el espejo retrovisor y, de pronto, sus largos cabellos negros enmarañados por el viento, su barba descuidada y sus ojos oscuros le daban un aspecto salvaje a lo Manson.

—¿Dónde estudia? —preguntó pellizcándose el pantalón y dejando enseguida de hacerlo.

—En Pitt —explicó el viajero, y no añadió más.

Sus ojos se encontraron con los de ella en el espejo, Leigh bajó rápidamente los suyos sobre el regazo. Pantalones de color rojo de arándano. Se los había puesto porque Arnie le había dicho una vez que le gustaban..., probablemente porque era el par más ajustado que poseía, más ajustado incluso que sus *Levi's*. De pronto lamentó no haberse puesto algo distinto, algo que ni el mayor esfuerzo de la imaginación pudiese considerar provocativo: tal vez un saco de arpillera. Trató de sonreír —era una idea graciosa, sí, un saco de arpillera hasta las rodillas—, pero no lo consiguió. No podía dejar de reconocer una cosa: Arnie la había dejado sola con el desconocido (¿Como castigo?, la idea de recogerle había sido suya), y ahora estaba asustada.

—¡Qué mala sensación! —exclamó de pronto el desconocido, haciendo que ella contuviese el aliento.

Las palabras habían sido claras y rotundas. Podía ver a Arnie a través del cristal de la ventana, en el quinto o sexto puesto de la fila. Tardaría un rato en llegar al mostrador. Se imaginó que el viajero cerraba de repente las manos enguantadas alrededor de su cuello. Desde luego, podía tocar el claxon..., pero ¿Sonaría este? Lo dudó sin tener un motivo lógico para ello. Pensó que si podía tocar el claxon noventa y nueve veces sonaría al fin satisfactoriamente. Pero si, la centésima vez, la estrangulaba el desconocido en cuyo favor había intercedido, el claxon guardaría silencio. Porque..., porque *Christine* no la quería. En

realidad, creía que *Christine* odiaba su valor. Así era de sencillo. Absurdo, pero sencillo.

—¿Co... Cómo ha dicho?

Miró por el espejo retrovisor y se sintió inmensamente aliviada al ver que el autostopista no la miraba, contemplaba a su alrededor. Tocó la funda del asiento con la palma de la mano, después rozó ligeramente la tapicería del techo con las puntas de los dedos.

—Una mala sensación —dijo, meneando la cabeza—. Este coche, no sé por qué, me pone nervioso.

—¿De veras? —preguntó ella, confiando en que su voz sonase diferente.

—Sí. Una vez, cuando era pequeño, me quedé encerrado en un ascensor. Desde entonces sufro ataques de claustrofobia. Nunca los había tenido dentro de un automóvil, pero ¡caray!, ahora estoy sufriendo uno. De los peores. Creo que podría encenderse una cerilla sobre mi lengua, tan seca tengo la boca.

Lanzó una breve y confusa carcajada.

—Si no me hubiese retrasado tanto, creo que me apearía y seguiría andando. Sin querer ofenderla a usted ni al coche de su amigo —añadió apresuradamente, y cuando Leigh volvió a mirar el espejo, sus ojos no parecían en modo alguno salvajes, sino sólo nerviosos.

Por lo visto, no bromeaba en lo tocante a la claustrofobia y ya no se parecía en nada a Charlie Manson. Leigh se preguntó cómo había podido ser tan estúpida..., aunque ahora sabía el cómo y el porqué. Lo sabía perfectamente.

Era el coche. Durante todo el día se había sentido todo bien viajando en *Christine*, pero ahora habían vuelto sus anteriores nerviosismo y repugnancia. Había proyectado, simplemente, sus sentimientos sobre el autostopista porque..., bueno, porque podía sentirse asustada y nerviosa por causa de un tipo que acabase de recoger en la carretera, pero era insensato asustarse de un automóvil, una estructura inanimada de acero, cristal, plástico y metal cromado. No era sólo un poco extraño, era una insensatez.

—¿No huele usted algo? —preguntó de repente el estudiante.

—¿Si huelo algo?

—Un mal olor.

—No, no huelo nada —ahora pellizcaba con los dedos el borde de su suéter, arrancando hebras de lana. Su corazón palpitaba

desagradablemente dentro del techo—. Debe de ser parte de sus accesos de claustrofobia.

—Supongo que sí.

Pero ella podía olerlo también. Confundiéndose con los ricos y frescos olores del cuero y de la tapicería, se percibía un débil hedor, como a huevos podridos. Una pequeña vaharada..., que se resistía a marcharse.

—¿Le importa que abra un poco la ventanilla?

—Como quiera —repuso Leigh, y descubrió que tenía que esforzarse un poco para mantener la voz firme y tranquila.

De pronto, los ojos de su mente le mostraron el retrato que había aparecido en el periódico de la mañana de ayer, el retrato de Moochie Welch, tomado probablemente del anuario. El pie de la foto rezaba: Peter Welch víctima de un fatal atropello, cuyo autor se dio a la fuga, y que la policía cree que pudo ser un asesinato.

El autostopista bajó unos centímetros el cristal de la ventanilla y entró una ráfaga de aire claro y frío que se llevó el mal olor. Dentro de *McDonald's*, Arnie había llegado al mostrador y estaba haciendo su pedido. Al mirarle, Leigh experimentó un torbellino tan raro de amor y de miedo que se sintió mareada por la mezcla. Por segunda o tercera vez en los últimos días, lamentó no habérselo dicho primero a Dennis; Dennis, que parecía tan sensato y tan sensible...

Trató de apartar estos pensamientos.

—Si tiene frío, dígamelo —dijo el viajero, en son de culpa—. Soy un poco raro, lo sé —suspiró—. A veces pienso que no hubiese debido dejar la droga, ¿sabe?

Leigh sonrió.

Arnie salió del establecimiento con una bolsa grande, resbaló un poco sobre la nieve, subió y se sentó detrás del volante.

—Esto parece una nevera —gruñó.

—Lo siento, hombre —dijo el autostopista desde atrás, levantando el cristal de la ventanilla.

Leigh esperó a ver si volvía aquel mal olor, pero ahora percibía el del cuero y el de la tapicería, y el débil aroma de la loción que usaba Arnie para después del afeitado.

—Aquí tienes, Leigh.

Le dio una hamburguesa, patatas fritas y una lata de *Coca-Cola* . Él se había comprado un *Big Mac* .

—Gracias de nuevo por llevarme, hombre —dijo el autostopista—. Puede dejarme en la esquina de JFK y Center, si no es pedir demasiado.

—Muy bien —replicó con brevedad Arnie, y arrancó.

La nieve caía ahora aún más espesa, y el viento había empezado a soplar con fuerza. Por primera vez, Leigh sintió que *Christine* patinaba un poco al tratar de agarrarse en la ancha calle, que estaba ahora casi desierta. Tardarían menos de quince minutos en llegar a casa.

Al desaparecer aquel olor, Leigh descubrió que había recuperado el apetito. Devoró la mitad de su hamburguesa, tomó un poco de *Coca-Cola* y sofocó un eructo con el peso de la mano. La esquina de Center y JFK, marcada con un monumento conmemorativo de la guerra, apareció a la izquierda, y Arnie detuvo el coche, pisando suavemente el freno para que *Christine* no resbalase.

—Que tenga un buen fin de semana —dijo Arnie.

Ahora volvía a ser el de siempre. Tal vez sólo necesitaba un poco de comida, pensó, divertida, Leigh.

—Lo mismo les deseo —respondió el autostopista—. Y feliz Navidad.

—Igual digo —convino Leigh.

Dio otro bocado a su hamburguesa, lo masticó, lo tragó... y sintió que se atragantaba con él. De pronto, no pudo respirar.

El autostopista se estaba apeando. La portezuela hacía mucho ruido al abrirse. El chasquido del pestillo al cerrarse sonó como un vaso que cayese en la cámara acoraza de un Banco. El zumbido del viento era como la sirena de una fábrica.

(«*Esto es estúpido, lo sé, pero no puedo respirar, Arnie no puedo respirar.*»)

«*¡Me estoy ahogando!*» , trató de decir, pero sólo pudo emitir un sonido débil y confuso que estuvo segura de que sería acallado por el rumor del viento. Se llevó las manos al cuello y lo encontró hinchado y palpitante. Quiso chillar. Pero no tenía aliento para chillar

(«*no puedo, Arnie*»)

y sintió aquello allí, una cálida bola de pan y hamburguesa. Trató de toser, pero no pudo. Las luces del tablero, un verde brillante, circulares

(«*como los ojos de un gato Dios mío y no puedo RESPIRAR*») la estaban observando...

(«*Dios mío no puedo RESPIRAR, no puedo RESPIRAR, no puedo*»)

El pecho empezó a hincharse para aspirar aire. De nuevo trató de expulsar el trozo de hamburguesa y de pan a medio masticar, pero no quiso salir. Ahora el ruido del viento era más fuerte, más fuerte que cualquier ruido que hubiese oído hasta entonces, y Arnie desviaba al fin la mirada del desconocido para mirarla a ella, se volvía en movimiento retardado, abriendo casi cómicamente los ojos e incluso su voz parecía demasiado fuerte como un tono, como la voz de Zeus hablando a algún pobre mortal desde detrás de una gran masa de nubes de tormenta:

—¡LEIGH...! ¿ESTÁS...? ¿QUÉ DIABLOS TE...? ¡SE ESTÁ AHOGANDO!
¡DIOS MÍO, SE ESTÁ...!

Alargó la mano con lento movimiento, y entonces se retiró, inmovilizado por el pánico

(«*Oh, ayúdame por el amor de Dios, haz algo, me estoy muriendo, Dios mío, me estoy ahogando con una hamburguesa de McDonald's, Arnie, ¿por qué no me AYUDAS?*»)

y, desde luego, ella supo la razón; él retiró las manos porque *Christine* no quería que nadie la ayudase; *Christine* había librado de la misma manera de la otra mujer en competencia, y ahora los instrumentos del tablero eran realmente ojos, grandes y redondos ojos impertérritos que observaban su muerte por asfixia, unos ojos que sólo podían ver a través de una creciente multitud de puntitos negros, unos puntitos que estallaban y se desperdigaban mientras

(«*mamá, oh Dios mío, me estoy muriendo y ESO ME VE, ESO ESTÁ VIVO VIVO VIVO, OH MAMÁ, DIOS MÍO Christine ESTÁ VIVA*»)

Arnie alargaba de nuevo los brazos en su dirección. Ahora empezó a retorcerse sobre el asiento, levantando espasmódicamente el pecho y clavándole los dedos en el cuello. Los ojos le salían de las órbitas. Los labios empezaban a tomar un color azulado. Arnie golpeaba inútilmente la espalda y gritaba algo. Le agarró los hombros, al parecer para sacarla del coche, y entonces retrocedió y se irguió, llevándose involuntariamente las manos a la espalda.

Leigh seguía agitándose y retorciéndose. El obstáculo le cerraba su garganta parecía enorme, cálido y palpitante. Trató de nuevo de escupirlo pero esta vez más débilmente. El bulto no se movió. Y empezó a menguar el zumbido del viento, todo empezó a desvanecerse, pero ahora la necesidad de aire no parecía tan horrible. Tal vez se estaba muriendo, pero de pronto no le pareció tan malo. Nada era tan malo, salvo aquellos ojos verdes que la miraban desde el tablero de los

instrumentos. Ya no eran unos ojos fríos. Ahora brillaban de odio y de triunfo.

(«*Oh, Dios mío, me pesa de todo corazón haberos ofendido, si os he ofendido, este es mi acto de...*»)

Arnie había vuelto a alargar los brazos desde el asiento del conductor. De pronto, la portezuela de Leigh se abrió golpe y ella cayó de lado bajo una ráfaga fría y cortante. El aire la reanimó en parte, la lucha por el aire volvió a parecerle importante, pero el obstáculo no quería moverse..., no quería moverse.

Muy lejos, tronó la voz irritada de Arnie, la voz de Zeus:

—¿QUÉ ESTÁ HACIENDO? ¡QUÍTELE LAS MANOS DE ENCIMA!

La rodearon unos brazos. Brazos vigorosos. El viento sobre su cara. Nieve girando delante de sus ojos.

(«*Óyeme, Dios mío, este es mi acto de contrición, me pesa de todo corazón haberte ofendido, ¡OH! ¡HUYYY!, ¿Qué están HACIENDO a mis costillas? me duelen, qué... están haciendo*»)

y, de pronto, la ciñeron unos brazos, aplastándola, y dos manos se cruzaron en un nudo debajo de sus senos, en el hueco del plexo solar. Y de pronto un dedo pulgar se levantó, como lo levantan los autostopistas para pedir que los lleven, sólo que esta vez apretó dolorosamente el esternón. Al mismo tiempo, los brazos oprimieron brutalmente su presa. Se sintió cogida

(«*oh, me están rompiendo las COSTILLAS*»)

en un gigantesco abrazo, como de oso. Todo su diafragma pareció ascender, y algo salió disparado de su boca con la fuerza de un proyectil. Cayó sobre la nieve, un bolo de carne y pan.

—¡Suéltala! —gritó Arnie, apeándose y pasando por detrás de *Christine* hasta el sitio donde el autostopista sostenía el cuerpo flácido de Leigh como una marioneta tamaño natural—. ¡Suéltala! ¡La vas a matar!

Leigh empezó a respirar con fuertes y roncós jadeando. Su garganta y sus pulmones parecían arder en ríos de fuego a cada inspiración de aquel aire fresco, maravilloso. Se dio vagamente cuenta de que estaba llorando.

El brutal abrazo se aflojó y las manos la soltaron.

—¿Está bien, muchacha? ¿Está...?

Arnie había pasado por detrás de ella y agarraba al autostopista. Este se volvió hacia Arnie, flotando al viento sus cabellos negros, y Arnie le

dio un puñetazo en la boca. El otro se tambaleó, resbalando sus botas sobre la nieve y cayó de espaldas. La nieve reciente, fina y seca como azúcar de pastelería, saltó a su alrededor.

Arnie avanzó, levantados los puños, fruncidos los parpados.

Leigh aspiró más aire, convulsivamente —y cómo le dolía, parecía que le clavasen cuchillos—, y gritó:

—¿Qué estás haciendo, Arnie? ¡Detente!

Él se volvió, ofuscado.

—¿Qué, Leigh?

—¡Me ha salvado la vida! ¿Por qué le pegas?

El esfuerzo era excesivo y los puntitos negros volvieron a girar en espiral delante de sus ojos. Podía haberse apoyado en el coche, pero no quería acercarse a él, no quería tocarlo. Los instrumentos del tablero. Algo les había ocurrido a los instrumentos del tablero. Algo.

(ojos que miraban a los ojos)

en lo que no quería pensar.

En vez de esto, se acercó tambaleándose a una farola y se agarró a ella como un borracho, gacha la cabeza, jadeando. Un brazo suave, indeciso, le rodeó la cintura.

—Leigh... querida, ¿estás bien?

Ella volvió ligeramente la cabeza y vio la cara afligida, asustada. Rompió a llorar.

El autostopista se acercó a ellos con precaución, enjugándose la boca ensangrentada con la manga de la chaqueta.

—Gracias —dijo Leigh, entre roncros y rápidos jadeos. El dolor empezaba a menguar un poco, y el viento seco y frío producía un efecto sedante en su acalorado rostro—. Me estaba ahogando. Creo..., creo que habría muerto si usted no hubiese...

Era demasiado. Reaparecieron los puntitos negros, y todos los ruidos se apagaban en un túnel fantástico batido por el viento. Bajó la cabeza y esperó a que pasara.

—Es la Maniobra de Heimlich —explicó el viajero—. Tienen que aprenderla los que van a trabajar en la cafetería. La del colegio. Hay que practicar con un maniquí de caucho. Le llaman Daisy Mae. Y uno lo

hace, pero no tiene idea de si dará resultado..., ya sabe..., con una persona real.

Su voz era temblorosa, pasando de los graves a los agudos y viceversa, como la voz de un chiquillo al entrar en la pubertad. Parecía querer reír o llorar, no se sabía qué, incluso bajo la luz incierta y la espesa nevada, Leigh podía ver que su cara estaba muy pálida.

—Jamás pensé que tendría que utilizarlo. Funciona bastante bien. ¿Vio cómo salía volando aquel maldito trozo de carne?

El autostopista se enjugó la boca y miró inexpresivamente la fina capa de sangre congelada en la palma de su mano.

—Siento haberle golpeado —dijo Arnie, que parecía a punto de llorar—. Estaba... estaba...

—Claro, hombre, lo sé —dijo el otro, dando unas palmadas en el hombro de Arnie—. No ha sido nada. ¿Se encuentra bien, muchacha?

—Sí —repuso Leigh.

Su respiración era ahora regular. El corazón latía más despacio. Sólo las piernas le flaqueaban, como si fuesen de goma. «Dios mío —pensó—. Ahora podría estar muerta. Si no hubiésemos recogido a ese muchacho, y a punto estuvimos de no hacerlo...».

Pensó que era una suerte que siguiese viva. Y este tópico se impuso con una fuerza estúpida e innegable que hizo que se sintiese muy débil. Empezó a llorar más fuerte. Cuando Arnie la condujo de nuevo al coche, caminó a su lado apoyando la cabeza en su hombro.

—Bueno —dijo el autostopista con voz vacilante—, tengo que irme.

—Espere —dijo Leigh—. ¿Cómo se llama? Me ha salvado la vida, me gustaría saber su nombre.

—Barry Gottfried —replicó el hombre—. A mandar.

De nuevo se tocó el imaginario sombrero.

—Yo soy Leigh Cabot —dijo ella—. Y este es Arnie Cunningham. Gracias una vez más.

—Gracias —repitió Arnie, pero Leigh no percibió sinceridad en su voz, sólo aquel nerviosismo.

Él la ayudó a subir al coche y, de pronto, aquel olor llegó hasta ella, la atacó, pero esta vez no era suave, sino más bien como una ráfaga que brotase de debajo de la tierra. Un olor a podredumbre y

descomposición, fuerte y nocivo. Sintió que un miedo insensato invadía su cerebro, y pensó: *Es el olor de su furia...*

El mundo osciló delante de ella. Se asomó a la ventanilla y vomitó.

Entonces todo se volvió gris durante un rato.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Arnie, pensó ella que por centésima vez.

«Pero podría ser una de las últimas», se dijo Leigh con cierto alivio. Se sentía muy, muy cansada. Un dolor sordo latía en su pecho, y otro en sus sienes.

—Ahora estoy perfectamente.

—Bien. Bien.

Se movía indeciso, como si quisiera marcharse y estuviese seguro de que fuese el momento adecuado; tal vez debía hacerle una vez más la que parecía su eterna pregunta. Estaban de pie delante de la casa de los Cabot.

Rectángulos de luz amarilla proyectados por las ventanas, pintaban suavemente la reciente e inmaculada nieve. *Christine* estaba junto al bordillo, inmóvil, encendidas las luces de posición.

—Me espanté cuando te desmayaste de aquel modo —explicó Arnie.

—No me desmayé... sólo se me enturbió la cabeza unos minutos.

—Bueno, pero me asustaste. Te amo, ¿sabes?

Ella le miró gravemente.

—¿De veras?

—¡Claro que si! ¡Tú sabes que te amo, Leigh!

Ella lanzó un profundo suspiro. Estaba cansada, pero tenía que decirlo, y decirlo ahora. Porque si no lo decía ahora, lo que había ocurrido parecería absolutamente ridículo a la luz de la mañana, o tal vez más ridículo, a la luz de la mañana, la idea, seguramente, parecería insensata. ¿Un olor que llegaba y se iba como el «hedor a podrido» de una fantástica novela de horror? ¿Instrumentos del tablero que se convertían en ojos? Y, sobre todo, la loca impresión de que el coche había tratado, realmente, de matarla.

Mañana, incluso el hecho de que hubiese estado a punto de morir asfixiada no sería más que un vago dolor en el pecho y la convicción de que en realidad no había pasado nada, no había estado en peligro

inminente. Pero todo era verdad, y Arnie lo sabía..., sí, alguna parte de él lo sabía..., y ella tenía que decírselo ahora.

—Sí, creo que me amas —repuso pausadamente, mirándole con fijeza—. Pero no volveré a ir a ninguna parte contigo en ese coche. Y, si realmente me quieres, te desprenderás de él.

En el semblante de Arnie se pintó una expresión tan sorprendida y tan súbita como si ella le hubiese abofeteado.

—¿De qué... de qué estás hablando, Leigh?

¿Era la sorpresa lo que causaba su expresión aturrida? ¿O se debía en parte a un sentimiento de culpa?

—Ya has oído lo que he dicho. No creo que te desprendas de él, no sé si podrás hacerlo alguna vez, pero si quieres ir a algún sitio conmigo, Arnie, iremos en autobús. O en autoestop. O volando. Pero nunca volveré a viajar en tu coche. Es una trampa mortal.

Ya estaba. Lo había dicho, había desembuchado.

Ahora la sorpresa se estaba convirtiendo en irritación en el semblante de él, la ciega y obstinada irritación que con tanta frecuencia había sorprendido últimamente a su rostro. No sólo por cosas importantes, sino también por las más sutiles —una mujer cruzando ante un semáforo en ámbar, un guardia que detenía el tráfico cuando ellos iban a pasar—, y ahora comprendió, con toda la fuerza de una revelación que aquella ira, corrosiva y tan impropia del resto de la personalidad de Arnie, estaba siempre asociada con el coche. Con *Christine*.

—«Si me amas, despréndete de él» —repitió Arnie—. ¿Sabes a quién te pareces?

—No, Arnie.

—A mi madre; hablas igual que ella.

—Lo siento.

No se dejaría dominar, ni se defendería con palabras, ni pondría fin a la cuestión metiéndose en casa. Habría podido hacerlo si no hubiese sentido nada por él, pero este no era el caso. Sus primeras impresiones de que, detrás de su reserva, Arnie Cunningham era un muchacho bueno y decente (y quizá también sexy) no habían cambiado mucho. Era el coche, y nada más. En él estaba el cambio. Era como observar una mente sana que, poco a poco, cedía a la influencia de alguna droga maligna, corrosiva e imposible de dejar.

Arnie pasó las manos por los cabellos salpicados de nieve, además característico de asombro y de enojo.

—Pasaste un rato muy malo en el coche, sí, y puedo comprender todo lo que sientes. Pero fue la hamburguesa, Leigh, esto fue todo. O quizá ni siquiera esto. Tal vez trataste de hablar mientras estabas comiendo o aspiraste aire en el momento más inoportuno. También podrías echarle la culpa a Ronald McDonald. Todo el mundo se atraganta alguna vez. En ocasiones mueren. Este no fue tu caso. Dale gracias a Dios por ello. ¡Pero no culpes a mi coche!

Sí, todo esto parecía muy plausible. Y lo era. Salvo que algo pasaba por detrás de los ojos grises de Arnie. Algo frenético que no era precisamente una mentira, sino... ¿Una reserva mental? ¿Un deliberado apartamiento de la verdad?

—Arnie —siguió—, estoy cansada, me duele el pecho, tengo dolor de cabeza y pienso que sólo me quedan fuerzas para decirte esto una vez. ¿Quieres escucharme?

—Si se trata de *Christine*, malgastarás tu aliento —dijo él, de nuevo con su expresión obstinada y terca en el semblante—. Es una locura echarle la culpa, y tú lo sabes.

—Sí, sé que es una locura y sé que estoy malgastando mi aliento —convino Leigh—. Pero te pido que me escuches.

—Te escucho.

Ella respiró hondo, haciendo caso omiso del dolor de pecho. Miró a *Christine*, lanzando una nubecilla de vapor blanco a la nieve que caía ahora copiosamente, y aparto con rapidez la mirada. Ahora eran las luces del aparcamiento las que parecían ojos: los ojos amarillos de un lince.

—Cuando me atraganté..., cuando me estaba ahogando..., cambiaron las luces del tablero de instrumentos. Cambiaron. Eran..., no, no diré tanto, pero parecían ojos.

Él rió, y su risa fue como un breve ladrido en el aire frío. En la casa, una cortina fue apartada hacia un lado, alguien miró al exterior y, después, la cortina cayó de nuevo.

—Si aquel autostopista..., el muchacho llamado Gottfried..., no hubiese estado allí, me habría muerto, Arnie. Habría muerto —escrutó los ojos de él con la mirada, antes de proseguir. «Una vez —se dijo—, sólo tengo que decir esto una vez»—, tú me dijiste que habías trabajado en la cafetería del colegio los tres primeros años. Yo vi el rotulo de la Maniobra de Heimlich en la puerta de la cocina. Tú también debiste verla. Pero no trataste de efectuarla conmigo, Arnie. Sólo estabas

dispuesto a golpearme la espalda. Y esto no sirve. Yo estuve empleada en un restaurante, en Massachusetts, y lo primero que te enseñan, incluso antes que la Maniobra de Heimlich, es que dar palmadas en la espalda de la persona que se ahoga no sirve para nada.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó él, con voz sofocada. Ella no le respondió, sólo le miró.

Él sostuvo la mirada un breve instante, y después apartó la suya a un lado, asustado, confuso, casi como acorralado.

—Hay cosas que se olvidan, Leigh. Tienes razón, hubiese debido emplear aquel procedimiento. Pero si te lo habían enseñado, podías emplearlo tú misma —Arnie cruzó con fuerza las dos manos, levantó un pulgar y lo apretó sobre su diafragma para hacerle una demostración—. Lo que ocurre es que, en la angustia del momento, la gente olvida...

—Sí, olvida. Y tú parece olvidar muchas cosas cuando estás en este coche. Por ejemplo, cómo es el verdadero Arnie Cunningham.

Arnie sacudió la cabeza.

—Necesitas tiempo para reflexionar, Leigh. Necesitas...

—¡Esto es precisamente lo que no necesito! —siguió ella, con una energía que le parecía imposible—. Jamás había tenido una experiencia sobrenatural en mi vida, nunca había creído en estas cosas, pero ahora me pregunto lo que pasa y lo que te pasa a ti. Parecían ojos, Arnie. Y después... más tarde... había aquel olor. Un olor horrible, a podrido.

Él reuló.

—Sabes de qué estoy hablando.

—No. No tengo la menor idea.

—Has dado un salto como si el diablo te hubiese tirado de una oreja.

—Te imaginas cosas —repuso acalorado Arnie—. Muchas cosas.

—El olor estaba allí. Y hay también otras cosas. A veces la radio sólo capta aquella emisora anticuada...

La mirada de él vaciló de nuevo y la comisura izquierda de sus labios se frunció ligeramente.

—Y a veces cuando salimos, se queda atascado, como si no le gustase. Como si al coche no le gustase, Arnie.

—Estás trastornada —dijo él con ominosa llaneza.

—Sí, estoy trastornada —convino ella, empezando a llorar—. ¿Y no lo estás tú?

Las lágrimas se deslizaban lentamente por sus mejillas.

—Creo que esto es el fin para nosotros, Arnie, te amaba pero creo que esto se acabó. Lo creo, realmente, y me siento muy triste, muy triste. Tus relaciones con tus padres se han convertido en un campo de batalla, llevas Dios sabe que a Nueva York y a Vermont para ese cerdo de Will Darnell, y ese coche... ese coche...

No pudo decir más. Su voz se extinguió. Dejó caer los paquetes y se inclinó a ciegas para recogerlos. Agotada llorosa, sólo consiguió esparcirlos a su alrededor. Él se agachó para ayudarla y la chica le rechazó con brusquedad.

—¡Déjalos en paz! ¡Déjalos!

Él se irguió, pálido y contraído el semblante. Tenía una expresión de helado furor, pero sus ojos..., ¡Oh!, Leigh pensó que parecían perdidos.

—Está bien —concluyó Arnie, y ahora su voz enronqueció debido a sus propias lágrimas—. Muy bien. Reúnete con el resto de ellos si así lo quieres. Monta y cabalga con todos estos otros cagones. ¡A mí me importa una mierda!

Aspiró temblorosamente el aire, y de su garganta brotó un solo y doliente sollozo antes de que pudiese taparse bruscamente la boca con una mano enguantada.

Retrocedió de espaldas en dirección al coche, alargó ciegamente las manos por detrás de él, buscando el Plymouth, y *Christine* estaba allí.

—Hasta que te des cuenta de que estás loca. ¡De que has perdido la cabeza! ¡Ve y sigue con tu juego! ¡Yo no te necesito! ¡No necesito a ninguno de vosotros!

Su voz se elevó en un estridente chillido, en diabólica armonía con el viento:

—¡No te necesito, conque puedes irte al diablo!

Corrió hacia el lado del conductor, resbaló y se agarró a *Christine*. Estaba allí, y no se cayó. Subió, roncó el motor, se encendieron los faros con blanco y fuerte resplandor, y la Furia arrancó, levantando una nube de nieve con los neumáticos de atrás.

Las lágrimas brotaban ahora veloz y copiosamente, mientras ella observaba cómo las luces de atrás del automóvil menguaban hasta

convertirse en pequeños discos rojos y desaparecían al doblar el automóvil la esquina.

Los paquetes yacían desparramados a sus pies.

Y entonces, de pronto, apareció su madre, absurdamente vestida con un impermeable abierto, botas verdes de caucho y su camisón de franela azul.

—¿Qué te ocurre, querida?

—Nada —sollozó Leigh.

«Estuve a punto de morir asfixiada, oí algo que parecía brotar de una tumba recién abierta, y creo..., sí creo que de alguna manera, aquel coche está vivo... cada día más vivo. Pienso que es una especie de horrible vampiro, que se apodera de la mente de Arnie para alimentarse. De su mente y de su espíritu».

—Nada, no me pasa nada; he tenido una disputa con Arnie, esto es todo. Ayúdame a recoger mis cosas, ¿quieres?

Recogieron los paquetes de Leigh y entraron en casa.

La puerta se cerró detrás de ellas y la noche quedó a merced del viento y de la nieve que seguía cayendo con rapidez. Por la mañana habría más de treinta centímetros.

Arnie condujo su coche hasta pasada la medianoche, y después lo olvidó todo. La nieve había cubierto las calles, estas estaban desiertas y tenían un aspecto fantástico. No era una noche adecuada para el gran automóvil norteamericano. Sin embargo, *Christine* rodaba en medio de la creciente tormenta con tranquila seguridad, incluso sin neumáticos claveteados. De vez en cuando, la forma prehistórica de una máquina quitanieves asomaba y desaparecía.

La radio no paraba. Conectaba siempre con WDIL, fuese cual fuese la posición del disco. Dieron las noticias. Eisenhower había predicho, en la Convención de AFL/FIO que el trabajo y la empresa marcharían juntos armoniosamente en el futuro. Dave Beck había negado que el Sindicato de Camioneros fuese un frente de turbulencia social. El astro de Rock n' Roll Eddie Cochran, había muerto a causa de un choque de vehículos cuando se dirigía al aeropuerto londinense de Heathrow, tres horas de cirugía de urgencia no habían podido salvarle la vida. Los rusos alborotaban con sus ICBM. WDIL radiaba cosas antiguas durante toda la semana, pero en los fines de semana se pasaba de la raya. Emisiones de noticias de los años cincuenta. Era

(nunca había oído nada parecido)

una idea realmente curiosa. Era

(*totalmente insensata*)

muy curiosa.

El servicio meteorológico anunciaba más nieve.

Otra vez música: Bobby Darin cantando *Splish-Splash* , Ernie K-Doe cantando *Mother-in-Law* , los gemelos Kalin cantando *When* . Los limpiaparabrisas marcaban el compás.

Miró a su derecha, y Roland D. LeBay le acompañaba.

Roland D. LeBay estaba sentado allí, con sus pantalones verdes y su descolorida camisa militar, mirando desde el fondo de unas cuencas oscuras. Un escarabajo se limpiaba las alas dentro de una de aquéllas.

«Tienes que hacerles pagar —dijo Roland D. LeBay—. Tienes que hacer pagar a esos cagones, Cunningham. A todos y cada uno de ellos».

—Sí —murmuró Arnie. *Christine* zumbó en la noche, surcando la nieve y dejando en ella huellas nuevas y firmes—. Sí, lo haré.

Y los limpiaparabrisas asintieron moviéndose arriba y abajo.

35. Ahora un breve intermedio

Drive that old Chrysler to Mexico, boy.

Z. Z. TOP

En la escuela superior de Libertyville, el entrenador Puffer había cedido su puesto al entrenador Jones, y el fútbol americano había cedido el suyo al baloncesto. Pero nada había cambiado realmente: los entrenadores de la ESL no lo hacían mucho mejor que los guerreros del campo de fútbol americano, el único que destacaba era Lenny Barongg, hombre que practicaba tres deportes, de los que el baloncesto era el más importante. Lenny se esforzaba tenazmente en conseguir los éxitos que necesitaba para que le otorgasen la beca deportiva para Marquette que ambicionaba.

Sandy Galton se largó súbitamente de la ciudad. Hoy estaba aquí, y mañana había desaparecido. Su madre, una borracha de cuarenta y cinco años que no aparentaba menos de sesenta, no pareció excesivamente preocupada. Como tampoco su hermano menor, que se drogaba más que cualquier otro muchacho de la escuela superior de Gornick. Por la de Libertyville circuló el romántico rumor de que se había largado a México. Pero circuló también otro rumor menos romántico: que Buddy Repperton se había enfadado con Sandy por alguna razón y este había creído más prudente no dejarse ver. Se acercaban las vacaciones de Navidad y el ambiente de la escuela se hizo más inquieto y más revoltoso, como ocurría siempre antes de una larga vacación. El índice general de aprovechamiento del cuerpo estudiantil experimentó el descenso habitual antes de la Navidad. Los trabajos sobre libros eran entregados con retraso y mostraban a menudo un parecido sospechoso con los resúmenes que figuraban en las cubiertas (a fin de cuentas, ¿cuántos estudiantes de Inglés son capaces de calificar de «vehemente clásico de la adolescencia de posguerra» a *El guardián entre el centeno*?). Los ejercicios escolares quedaban hechos a medias o por hacer, el porcentaje de los periodos de descanso para besuqueos y caricias en los pasillos aumentó vertiginosamente, y el consumo de marihuana aumentó también al tratar los estudiantes de la escuela superior de Libertyville de animarse un poco más para las fiestas navideñas. Así, muchos estudiantes estaban en la gloria, prevalecía el absentismo de los profesores en los pasillos y en las habitaciones, brillaban los adornos navideños.

Leigh Cabot no brillaba. Había suspendido un examen por primera vez en su carrera escolar y su ejercicio de mecanografía había sido considerado deficiente. No podía estudiar, su mente volvía una y otra vez a *Christine*, a los verdes instrumentos del tablero que se habían

convertido en odiosos y voraces ojos de gato, ansiosos de observar su muerte por asfixia.

Pero, para la mayoría, la última semana de colegio antes de las vacaciones de Navidad fue un plácido periodo en el que se disculpaban las faltas que en otras ocasiones habrían merecido severos castigos, en que los duros profesores cerraban los ojos ante un examen en que todos se habían portado malísimamente, en que muchachas furiosamente enemistadas hacían las paces, y en que muchachos que habían peleado repetidamente por ofensas reales o imaginarias hacían lo propio. Tal vez lo más significativo de la apacible temporada era que Miss Rat-Pack, la Gorgona del Aula 23, había sido vista sonriendo..., no sólo una, sino varias veces.

En el hospital, Dennis Guilder había mejorado algo: había cambiado las escayolas bajo tracción de la cama por otras que le permitían andar. La fisioterapia no era ya la tortura que había sido para él. Paseaba por pasillos adornados con oropeles y decorados con pinturas de primero, segundo y tercer grados, y hacía repicar sus muletas, a veces al compás de los villancicos alegremente difundidos por los altavoces.

Era una censura, una tregua, un interludio, un periodo de calma. Durante sus al parecer interminables paseos arriba y abajo por los pasillos del hospital, Dennis reflexionaba y se decía que las cosas podían ser peores..., mucho peores.

Y antes de mucho tiempo, lo fueron.

36. Buddy y *Christine*

Well it's out there in the distance

And it's creeping up on me

I ain't got no resistance

Ain't nothing gonna set me free.

Even a man with one eye could see

Something bad is gonna happen to me...

THE INMATES

El martes 12 de diciembre, los Terriers perdieron con los Buccaneers por 54 a 48 en el gimnasio de la escuela superior de Libertyville. La mayoría de los hinchas salieron a la noche callada, negra y fría, no excesivamente contrariados: todos los periodistas deportivos de la zona de Pittsburgh habían pronosticado que los Terriers perderían otra vez. No podía decirse que el resultado fuese desalentador. Y los hinchas de los Terriers podían sentirse orgullosos de Lenny Barongg: había marcado 34 puntos, estableciendo un nuevo récord de la escuela.

Sin embargo, Buddy Repperton estaba contrariado.

Y como él lo estaba, también se esforzaba en estarlo Richie Trelawney. Y también Bobby Stanton, en el asiento de atrás.

En los pocos meses transcurridos desde que le habían echado de la ESL, Buddy parecía haber envejecido. Ello se debía en parte a la barba. Se parecía menos a Clint Eastwood y más a la encarnación del Capitán Ahab por algún joven actor aficionado al alcohol. Buddy había bebido mucho en las últimas semanas. Había tenido sueños tan terribles que apenas podía recordarlos. Se despertaba sudando y tembloroso con la impresión de que acababa de librarse por los pelos de un hado fatídico que acechaba en la sombra y el silencio.

Pero el licor destruía aquellos sueños. Los partía por la mitad. Vaya que sí. Trabajar de noche y dormir de día: he aquí el remedio.

Bajó el cristal de la ventanilla de su maltrecho y mellado Camaro, dejando entrar una ráfaga de aire frío y arrojó una botella vacía. Alargó un brazo hacia atrás, por encima del hombro y dijo:

—Otro cóctel molotov, follonero de mierda.

—Está bien, Buddy —dijo respetuosamente Bobby Stanton, poniendo otra botella de *Texas Driver* en la mano de Buddy.

Buddy les había obsequiado con una caja de este material —suficiente para paralizar a toda la Armada Egipcia, había dicho después del partido.

Desenroscó el tapón, conduciendo entretanto con los codos, y engulló la mitad de la botella. Después la tendió a Richie y eructó largamente como una rana. Los faros del Camaro enfilaron la carretera 46, que discurría hacia el Nordeste, recta como un cordel, a través de la Pensilvania rural. Campos cubiertos de nieve yacían dormidos a ambos lados de la carretera, con millones de centelleantes puntos de luz que imitaban la titilación de las estrellas en el negro cielo invernal. Buddy se dirigía —a la manera casual del hombre medio embriagado— a Squantic Hills. Era posible que cambiase caprichosamente de idea durante el trayecto, pero los Hills eran un lugar agradable y reservado para acabar de emborracharse en paz.

Richie pasó de nuevo la botella a Bobby, el cual echó un buen trago a pesar de que le repugnaba el sabor del *Texas Driver*. Presumía que, cuando se emborrachase un poco más, el sabor dejaría de importarle. Posiblemente mañana tendría resaca, pero mañana distaba mil años de hoy. Bobby estaba encantado de hallarse con ellos, era un novato y Buddy Repperton, con su casi mítica reputación de vigor y de maldad, era un personaje al que miraba con una mezcla de miedo y veneración.

—Unos jodidos payasos —dijo agriamente Buddy—. Son una pandilla de jodidos payasos. ¿Llamáis a eso jugar al baloncesto?

—Un hatajo de retrasados mentales —convino Richie—. A excepción de Barongg. Treinta y cuatro puntos no son uno de anís.

—Odio a ese maldito eunuco —comentó Buddy, dirigiendo a Richie una larga y calculadora mirada de borracho—. ¿Le estás tomando simpatía a ese conejo de la escuela?

—No es eso, Buddy —se apresuró a decir Richie.

—Así está mejor. Le ajustaré las cuentas a ese Barongg.

—¿Qué queréis que os diga primero? —preguntó de súbito Bobby desde el asiento de atrás—. ¿Las buenas noticias o las malas noticias?

—Las malas noticias —repuso Buddy.

Estaba en su tercera botella de *Driver* y no sentía dolor, sólo una irritación agraviada. Había olvidado —al menos de momento— que le

habían expulsado, ahora sólo preocupaba que el viejo equipo del colegio, aquella pandilla de jodidos retrasados mentales, le hubiese abandonado.

—Siempre hay que decir primero las malas noticias.

El Camaro rodaba hacia el Nordeste a ochenta y cinco por hora sobre la carretera asfaltada de dos carriles que era como un brochazo negro sobre el suelo blanco montañoso. El terreno había empezado a elevarse ligeramente cuando se acercaban a Squantic Hills.

—Bueno, la mala noticia es que un millón de marcianos acaban de aterrizar en Nueva York —explicó Bobby—. ¿Queréis saber ahora la buena?

—No hay buenas noticias —replicó Buddy, con voz grave, ronca y apesadumbrada.

Richie había querido decir al muchacho que no había que tratar de alegrar a Buddy cuando estaba de este estado, esto no hacía más que empeorar las cosas. Era mejor dejar que siguiesen su curso.

Buddy estaba de este humor desde que Moochie Welch, aquel pequeño mendigo de cuatro ojos, había sido atropellado por algún loco en JFK Drive.

—La buena noticia es que se comen a los negros que mean gasolina —dijo Bobby, desternillándose de risa.

Estuvo riendo un buen rato, hasta que se dio cuenta de que reía solo. Entonces se calló con rapidez. Levantó la mirada y vio los ojos inyectados en sangre de Buddy que le miraban por encima de las hebras superiores de su barba, y aquella mirada roja de hurón, flotando en el espejo retrovisor le daba un desagradable aspecto amenazador. Bobby Stanton pensó que habría tenido que cerrar la boca un par de minutos antes.

Detrás de ellos, quizás a una distancia de cinco kilómetros, titilaron unos faros gemelos como insignificantes puntos de luz amarilla en la noche.

—¿Piensas que esto es divertido? —preguntó Buddy—. ¿Dices un maldito chiste racista como este y te imaginas que es gracioso? Eres un maldito fanático, ¿lo sabías?

Bobby se quedó boquiabierto.

—Pero tú dijiste...

—Yo dije que no me gustaba Barongg. En general, pienso que esos eunucos son tan buenos como los blancos —Buddy reflexionó—. Bueno, casi tan buenos.

—Pero...

—Ándate con cuidado o tendrás que volver a casa a pie —rezongó Buddy—. Y herniado por añadidura. Entonces podrás escribir ODIO A LOS NEGROS en tu braguero.

—¡Oh! —exclamó Bobby con vocecilla asustada—. Tengo la impresión de haber ido a encender una luz y recibir una descarga eléctrica. Lo siento.

—Dame aquella botella y cierra el pico.

Bobby le alargó el *Driver* con premura.

Le temblaba la mano.

Buddy apuró la botella. Pasaron frente a un rótulo en el que se leía: SQUANTIC HILLS STATE PARK, 5 Km. El del centro del parque público era una zona de baños más popular en verano, pero el parque estaba cerrado desde noviembre hasta abril. Sin embargo, la carretera que serpenteaba a través del parque hasta Squantic Lake se mantenida en condiciones para las periódicas maniobras de la Guardia Nacional y para las excursiones de invierno de los Explorers Scouts, y Buddy había descubierto una entrada lateral que pasaba alrededor de la verja principal y desembocaba en la carretera del parque. A Buddy le gustaba entrar en el silencioso y ventoso parque, y recorrerlo y beber en él.

Detrás de ellos, las dos lejanas luces gemelas se habían convertido en círculos, en dos faros que ahora brillaban a eso de un kilómetro y medio.

—Pásame otro cóctel molotov, maldito cerdo racista.

Bobby tendió otra botella de *Driver*, guardando un prudente silencio.

Buddy bebió un largo trago, eructó y después ofreció la botella a Richie.

—No, gracias, hombre.

—Bebe, si no quieres que te dé una lavativa con esto.

—Sí, claro —exclamó Richie, lamentando no haberse quedado en casa esta noche.

Bebió.

El Camaro aumentó su velocidad, perforando la noche con la luz de sus faros.

Buddy miró el espejo retrovisor y vio el otro coche. Se acercaba rápidamente. Echó una mirada al velocímetro y vio que rodaba a ochenta y cinco por hora. El coche que les seguía debía marchar casi a noventa. Buddy sintió algo raro..., una especie de vuelta a unos sueños que no podía recordar del todo. Un dedo frío parecía apretarle ligeramente el corazón.

Delante de ellos, la carretera se dividía en dos: la 46 que seguía hacia el Este en dirección a New Stanton, y otra que llevaba hacia el Norte y al Squantic Hill State Park. Un gran rótulo de color naranja advertía: CERRADO DURANTE LOS MESES DE INVIERNO.

Reduciendo apenas la velocidad, Buddy tomó a la izquierda y empezó a subir con rapidez la cuesta. La carretera que llevaba al parque no estaba tan bien cuidada, los copudos árboles habían impedido que el sol de la tarde fundiese la capa de nieve. El Camaro patinó un poco antes de afirmarse de nuevo en la calzada. En el asiento de atrás, Bobby Stanton murmuró algo en voz baja inquieta.

Buddy observó el espejo retrovisor, esperando ver que el otro coche tomaba la carretera 46 —a fin de cuentas el que seguían ellos era como un callejón sin salida para la mayoría de los conductores—, pero, en vez de esto, dobló el recodo aún a mayor velocidad que Buddy y les siguió ahora a menos de medio kilómetro de distancia.

Sus faros eran cuatro círculos blancos y resplandecientes que iluminaban el interior del Camaro.

Bobby y Richie se volvieron a mirar.

—¿Qué diablos...? —farfulló Richie.

Pero Buddy lo sabía. Lo había sabido de pronto. Era el coche que había atropellado a Moochie. Vaya si lo era. El loco que había pringado a Moochie estaba detrás del volante de aquel coche y ahora le perseguía a él.

Pisó el acelerador, y el Camaro pareció volar. La aguja del velocímetro saltó a noventa y se acercó gradualmente a cien y pico. Los árboles se deslizaban a ambos lados como manchas negras en la noche. Las luces no se alejaban detrás de ellos, en realidad, seguían ganando terreno. Los faros dobles se confundían en dos grandes ojos blancos.

—No vayas tan de prisa, hombre —dijo Richie. Buscando su cinturón de seguridad, ahora francamente asustado—. Si seguimos a esta velocidad...

Buddy no respondió. Se inclinó sobre el volante, lanzando miradas alternativas a la carretera y al espejo retrovisor, donde aquellas luces aumentaban más y más.

—Ahora viene una curva —dijo Bobby con voz ronca, y al acercarse la curva, con su valla de protección reflejando la luz de los faros del Camaro gritó—: ¡Buddy! ¡La curva! ¡La curva!

Buddy cambió a segunda y el motor del Camaro rugió protestando. La aguja marcó 6000 revoluciones por minuto, osciló brevemente en la línea roja de las 7000 y volvió a una posición más normal. Los tubos de escape del Camaro restallaron como ametralladoras. Buddy hizo girar el volante, y el coche entró en la pronunciada curva. Las ruedas de atrás se deslizaron sobre la nieve endurecida. En el último instante posible enderezó el coche, pisó el acelerador y dejó que su cuerpo oscilara libremente al chocar la parte izquierda de atrás del Camaro contra la nieve amontonada en la orilla, dejando en ella un surco del tamaño de un ataúd y rebotando. El coche patinó en la otra dirección. Buddy se dejó llevar por el impulso y apretó de nuevo el acelerador. Por un instante, pensó que el motor no respondería y que seguirían patinando de costado carretera arriba, a cien y pico de kilómetros por hora, hasta que tropezasen con un trecho sin nieve y diesen la vuelta de campana. Pero el Camaro se enderezó.

—Dios mío, Buddy, ve más despacio —chilló Richie.

Buddy se inclinó sobre el volante, sonriendo a través de la barba y desorbitados los ojos inyectados en sangre. Tenía la botella de *Driver* apretada entre las piernas. «¡Toma! ¡Toma, loco y asesino hijo de perra! ¡Veamos si eres capaz de hacer esto sin volcar!».

Un momento después reaparecieron los faros, más cerca que nunca. La sonrisa de Buddy vaciló y se extinguió. Por primera vez sintió un cosquilleo enfermizo y poco varonil que subía por sus piernas hacia las ingles. El miedo —un miedo verdadero— se apoderó de él.

Bobby, que estaba mirando hacia atrás cuando el coche que les perseguía tomó la curva, se volvió en redondo, flácido y pálido el semblante.

—Ni siquiera ha patinado —comentó—. ¡Es imposible! Es...

—¿Quién es, Buddy? —preguntó Richie.

Alargó un brazo para tocar el codo de Buddy, y este le empujó la mano con tanta fuerza que los nudillos chocaron contra el cristal de la ventanilla.

—No me toques —silbó Buddy.

La carretera aparecía ahora recta delante de él, no con la negrura del asfalto, sino con la blancura de la nieve, endurecida y traidora. El Camaro rodaba sobre la resbaladiza superficie a más de ciento treinta kilómetros por hora, y sólo su techo y la bolita de color naranja de la punta de la antena de la radio eran visibles por encima de los altos márgenes.

—No me toques, Richie. No, a esta velocidad.

—Es él...

La voz de Richie se quebró y no pudo continuar.

Buddy le dirigió una mirada y, al ver pintado el miedo en sus ojillos rojos, Richie sintió a su vez que el terror subía a su garganta como un aceite cálido y pegajoso.

—Sí —dijo Buddy—. Creo que lo es.

Allí no había casas, estaban ya en terreno público. No había nada, salvo los altos taludes de nieve y los oscuros árboles que entrelazaban sus ramas.

—¡Va a embestirnos! —chilló Bobby en el asiento de atrás.

Su voz era estridente como la de una vieja. Entre sus pies, las botellas restantes de *Texas Driver* repicaban furiosamente en su estuche.

—¡Buddy! ¡Va a embestirnos!

El coche que les perseguía había llegado a dos metros del parachoques trasero del Camaro. Sus faros iluminaban el coche con tal brillo que habría podido leerse algo impreso en letra menuda dentro de él. Se acercó aún más.

Un momento más tarde, hubo un choque.

El Camaro se ladeó sobre la carretera, mientras el coche perseguidor se separaba un poco, Buddy tuvo la impresión de que flotaba bruscamente y comprendió que estaba a punto de perder la dirección y dar un furioso resbalón, las ruedas de delante y de atrás trocaron sus posiciones hasta que pisaron tierra firme y rodaron de nuevo.

Una gota de sudor, cálida y punzante como una lágrima, se introdujo en uno de sus ojos.

Gradualmente, el Camaro enderezó su posición.

Cuando sintió que podía dominarlo, Buddy pisó suavemente el acelerador a fondo con el pie derecho. Si era Cunningham quien

conducía aquel viejo cacharro del 58 —¿No había sido esto parte de los sueños que apenas recordaba?—, el Camaro lo dejaría atrás.

El motor roncaba ahora furiosamente. La aguja volvía a estar al borde de la línea roja de las 7000 revoluciones por minuto. Rodaban a más de ciento sesenta, y los muros de nieve se deslizaban a ambos lados en fantástico silencio. La carretera parecía, delante de ellos, como una vista panorámica de película locamente acelerada.

—¡Oh, Dios mío! —farfulló Bobby—. ¡Oh, Dios mío, no permitas que me mate, por favor! ¡Oh, mierda...!

«Él no estaba allí la noche en que hicimos añicos el coche de Caracoño —pensó Buddy—. No sabe lo que está pasando. Es un pobre y desdichado hijo de puta». En realidad no compadecía a Bobby, pero si hubiera podido compadecer a alguien, habría sido al pequeño novato. A su derecha, Richie Trelawney estaba erguido en su asiento y pálido como una lápida sepulcral, desorbitados los ojos.

Richie conocía perfectamente la situación.

El coche se les acercó zumbando, agrandándose sus faros en el espejo retrovisor.

—¡No puede ser que nos gane terreno! —gritó mentalmente Buddy—. ¡No puede ser!

Pero el coche perseguidor lo estaba ganando, y Buddy sintió que se preparaba para la matanza. Su mente corrió de un lado a otro como una rata en una jaula, buscando la manera de escapar, pero no había ninguna. El hueco en la margen izquierda que indicaba el camino lateral que él solía emplear para entrar en el parque cuando estaba cerrada la verja, había quedado atrás. Se estaban agotando el tiempo, el espacio y las posibilidades.

Hubo otro ligero golpe y de nuevo patinó el Camaro, esta vez a una velocidad superior a los ciento ochenta kilómetros por hora. «No hay esperanza, hombre», pensó Buddy rindiéndose a la fatalidad. Soltó el volante y agarró el cinturón de seguridad. Por primera vez en su vida, se lo ciñó a la cintura.

Al mismo tiempo, Bobby Stanton chilló en el asiento de atrás, en un estridente éxtasis de miedo:

—¡La puerta de la verja, hombre! ¡Jesús, Buddy, la verjaaaa...!

El Camaro había subido la última y empinada cuesta. Ahora la carretera descendía hacia un lugar donde se bifurcaba en la entrada y la salida del parque público. Entre las dos vías se levantaba una casilla

en una isla de hormigón, y, en verano, una señora sentada en un rústico sillón cobraba un pavo por cada coche que entraba en el parque.

Ahora la casilla quedó fantásticamente iluminada al acercarse los dos automóviles, escorando el Camaro a babor al hacerse más pronunciada la pendiente.

—¡Jódete, Caracoño! —gritó Buddy—. ¡Jodeos tú y el caballo que montas!

Dio una vuelta completa al volante, torciéndolo con el tirador que sostenía un oscilante dado rojo en alcohol.

Bobby chilló de nuevo. Richie Trelawney se tapó la cara con las manos, repitiendo mentalmente su último pensamiento en el mundo: «Cuidado con los cristales rotos, cuidado con los cristales rotos, cuidado con los cristales rotos...».

El Camaro dio media vuelta, y ahora los faros del coche perseguidor les enfocaron directamente, y Buddy empezó a chillar porque era, sí, el coche de Caracoño, era imposible confundir su radiador, que ahora parecía tener al menos un kilómetro de anchura. Sólo que ahora no había nadie detrás del volante. El coche estaba completamente vacío.

En los dos últimos segundos antes del choque, los faros de *Christine* se desviaron hacia la que era ahora izquierda de Buddy. La Furia entró disparada en la vía de acceso con la limpieza y la exactitud con que una bala pasa por el cañón de un fusil. Hizo saltar la valla de madera y la lanzó volando a la negra noche, lanzando destellos sus redondos reflectores amarillos.

El Camaro de Buddy Repperton embistió de espalda el islote de hormigón donde se alzaba la casilla. El bordillo de veinte centímetros arrancó todo lo que estaba fijado debajo del chasis, dejando los restos retorcidos de los tubos de escape y los silenciadores sobre la nieve, como una estrafalaria escultura. La parte de atrás del Camaro se encogió primero como un acordeón y quedó después completamente destrozada. Bobby Stanton quedó también destrozado. Buddy tuvo la vaga impresión de que algo que parecía agua caliente se vertía sobre su espalda.

Era sangre de Bobby Stanton.

El Camaro saltó en el aire como un chafado proyectil, entre una nube de astillas volantes y tablas destrozadas, con uno de los faros brillando todavía locamente. Dio una vuelta completa de campana, volvió a caer con un chasquido de cristales y se tumbó de costado. La plancha refractaria se rompió y el motor salió impulsado hacia atrás, aplastando a Richie Trelawney de cintura para abajo. Al inmovilizarse el Camaro se oyeron como unos disparos en el roto depósito de la gasolina.

Buddy Repperton estaba vivo. Los cristales rotos le habían producido varias heridas y le habían cortado una oreja con la limpieza propia de un cirujano, dejando un agujero rojo en el lado izquierdo de la cabeza. También tenía una pierna rota, pero estaba vivo. El cinturón le había salvado. Pulsó el resorte y soltó aquél. El fuego producía unos chasquidos como de papel al quemarse. Sintió un calor abrasador.

Trató de abrir la portezuela, pero esta no cedió.

Jadeando roncamente, se arrojó por el hueco que había dejado el parabrisas...

... y allí estaba *Christine* .

A cuarenta metros de distancia, enfrentándose a él al final de una ondulada marca de deslizamiento sobre la nieve. El zumbido de su motor era como el lento jadeo de un animal gigantesco.

Buddy se lamió los labios. Algo tiraba y le punzaba en el costado izquierdo a cada inhalación. Algo se había roto allí también. Las costillas.

El motor de *Christine* roncaba y callaba, roncaba y callaba. Débilmente, como surgiendo de la pesadilla de un lunático, Buddy podía oír a Elvis Presley cantando *Jailhouse Rock* .

Puntos de luz de un rosa anaranjado sobre la nieve. El sibilante rugido del fuego. Aquello iba a estallar. Iba y estalló. El depósito de gasolina del Camaro saltó con un ruido seco y estruendoso. Buddy sintió como si una mano ruda le golpease la espalda, y voló por el aire y cayó sobre la nieve de lado, por el costado herido. Su chaqueta estaba ardiendo. Gruñó y rodó sobre la nieve, para apagar el fuego. Después trató de ponerse de rodillas. Detrás de él, el Camaro era una pira ardiente en la noche.

El motor de *Christine* rugía y callaba, rugía y callaba, en una sucesión cada vez más rápida, más apremiante.

Por fin, Buddy consiguió incorporarse sobre las manos y las rodillas. Miró el Plymouth de Cunningham entre los sudados mechones de cabellos que pendían ante sus ojos. El capó se había levantado al romper el Plymouth la barrera, y el radiador vertía una mezcla de agua y líquido anticongelante que humeaba sobre la nieve como orina reciente de animal.

Buddy se lamió de nuevo los labios. Estaban secos como la piel de un lagarto. Sentía un fuerte calor en la espalda, como ligeramente quemada por el sol, olía a ropa chamuscada, pero estaba tan impresionado que no se daba cuenta de que tanto su chaqueta como su camisa y su camiseta habían sido devoradas por el fuego.

—Escucha —dijo, casi sin darse cuenta—. Escucha, tú...

El motor de *Christine* rugió, y el automóvil se lanzó contra él, meneando la parte de atrás al girar sus neumáticos sobre aquella nieve que parecía azúcar. El capó levantado era como una boca inmovilizada en una mueca.

Buddy esperó sobre las manos y las rodillas, resistiendo el abrumador impulso de saltar y apartarse al momento, resistiendo —en la medida de sus fuerzas— el pánico frenético que hacía que perdiese su dominio. No había nadie en el coche. Un tipo más imaginativo habría pensado que, quizá, se había vuelto loco.

En el último segundo, rodó hacia la izquierda, gritando al juntarse los extremos astillados de su hueso roto. Sintió que algo como un proyectil pasaba a pocos centímetros de él, y sintió por un instante el olor del tubo de escape en la cara, y la nieve se tiñó de rojo al pasar las luces de atrás de *Christine*.

El automóvil giró, resbalando, y volvió contra él.

—¡No! —gritó Buddy, y sintió un dolor en el pecho como si le hubiesen dado una lanzada—. ¡No! ¡No! ¡No...

Saltó, obedeciendo a un ciego reflejo, y esta vez aquello pasó más cerca, arrancando un pedazo de cuero de uno de sus zapatos e insensibilizando inmediatamente el pie. Giró con rapidez sobre sus rodillas, como un chiquillo que jugase a policías y ladrones en una fiesta de cumpleaños.

La sangre de la boca se mezcló ahora con los mocos que fluían copiosos de su nariz; una de las costillas rotas le había pinchado un pulmón. Y manaba sangre del agujero donde había estado la oreja, y resbalaba por las mejillas. Una nubecilla de aire helado brotaba de la nariz. Y exhalaba el aliento en sollozos sibilantes.

Christine se detuvo.

Un vapor blanco surgía del tubo de escape; el motor zumbaba y ronroneaba. El parabrisas aparecía negro y vacío. Detrás de Buddy, los restos del Camaro lanzaban llamas grasientas al cielo. El viento cortante las agitaba y aventaba. Bobby Stanton estaba sentado en el infierno de atrás, ladeada la cabeza, con una mueca fija en la cara que se estaba ennegreciendo.

«Jugar conmigo» —pensó Buddy—. «Jugar conmigo, esto es lo que hace. Como un gato con un ratón».

—Por favor —graznó.

La luz de los faros era cegadora y hacía que la sangre que corría por sus mejillas o brotaba de las comisuras de los labios se volviese negra como la de los insectos.

—Por favor..., yo... yo le pediré perdón... Me arrastraré a cuatro patas si es esto lo que quieres... Pero por favor, por...

El motor roncó. *Christine* saltó contra él como el viejo hado de una edad oscura. Buddy aulló y se tiró de nuevo hacia un lado, y esta vez el parachoques le dio en la espinilla, le rompió la otra pierna y lo arrojó contra el margen de la carretera del parque. Quedó despatarrado y flácido como un saco de grano.

Christine retrocedió en su dirección, pero Buddy había visto una oportunidad, su única oportunidad. Empezó a trepar furiosamente por el talud, clavando en la nieve las manos desnudas y ya insensibles, hincando los pies, haciendo caso omiso del terrible dolor de sus piernas destrozadas. Ahora su aliento brotaba en débiles quejidos, mientras la luz de los faros se hacía más fuerte y el motor más ruidoso, cada masa de nieve levantada proyectaba una mellada sombra, y Buddy sentía detrás de él aquella cosa, que era como un tigre voraz...

Sonó un golpe y un chasquido metálico, y Buddy chilló al sentir que el guardabarros de *Christine* hundía uno de sus pies en la nieve. Tiró de él, dejando el zapato profundamente embutido allí.

Riendo, farfullando, llorando, alcanzó la cima del talud levantado días atrás por alguna máquina quitanieves de la Guardia Nacional, se tambaleó en el borde, moviendo los brazos como aspas de molino, y a punto estuvo de rodar de nuevo hacia abajo.

Se volvió para encararse con *Christine*. El Plymouth había dado marcha atrás en la carretera y embestía de nuevo, girando y resbalando en la nieve los neumáticos de atrás. Se estrelló contra el talud a medio metro por debajo de donde se había encaramado Buddy, haciendo que se tambalease y provocase un pequeño alud de nieve. El choque hizo que el capó se levantase aún más, pero Buddy no fue esta vez alcanzado. El automóvil retrocedió de nuevo entre una nube de nieve batida, y el motor pareció aullar con la furia del fracaso.

Buddy lanzó un grito triunfal y le hizo un ademán levantando el dedo medio de una mano.

—¡Jódete! ¡Jódete! ¡Jódete!

Una rociada de sangre y saliva brotó de sus labios. A cada jadeo, el dolor parecía clavarse más hondo en su costado izquierdo, insensibilizándole y paralizándole.

Christine avanzó rugiendo y golpeó de nuevo el talud. Esta vez, un gran pedazo de éste, aflojado por la primera embestida del coche, se derrumbó, enterrando el morro arrugado y burlón de *Christine*, y Buddy a punto estuvo de caer también. Lo evitó echándose rápidamente atrás resbalando sobre las posaderas y clavando los dedos en la nieve como si fuesen unos malditos garfios. Ahora las piernas le dolían de una manera atroz, y se tumbó de costado, boqueando como un pez arrojado sobre la arena de una playa.

Christine atacó de nuevo.

—¡Vete de aquí! —gritó Buddy—. ¡Vete de aquí, PUTA loca!

El coche embistió una vez más, y ahora cayó nieve suficiente para cubrir su capó hasta el parabrisas. Las varillas limpiadoras empezaron a moverse adelante y atrás expulsando la nieve medio licuada.

Retrocedió otra vez y Buddy comprendió que el siguiente golpe le haría caer con la nieve sobre el capó de *Christine*. Se deslizó atrás y bajó rodando por el otro lado del talud, gritando cada vez que sus costillas rotas chocaban contra el suelo. Quedó inmóvil sobre la nieve en polvo mirando el cielo negro y las frías estrellas. Sus dientes empezaron a castañetear irremisiblemente. Corrieron escalofríos por todo su cuerpo.

Christine no volvió, pero se oía el suave murmullo del motor. No venía pero esperaba.

Miró hacia el talud de nieve que se recortaba contra el cielo. Más allá, el resplandor del Camaro incendiado había empezado a menguar. ¿Cuánto tiempo había pasado desde el choque? No lo sabía. ¿Vería alguien el fuego y vendría en su auxilio? Tampoco lo sabía.

Buddy advirtió simultáneamente dos cosas: que fluía sangre de su boca —en gran cantidad— y que tenía mucho frío. Si no venía alguien, moriría por congelación.

Espantado de nuevo, rebulló y forcejeó hasta quedar sentado. Trataba de decidir si podría subir por la pendiente para observar el automóvil —lo peor era no poder verlo— y entonces miró al talud. Se le cortó la respiración.

Un hombre estaba plantado allí.

Sólo que no era un hombre, era un cadáver. Un cadáver en estado de descomposición y que lucía unos pantalones verdes. No llevaba camisa, pero un chaleco ortopédico manchado de moho gris ceñía su torso ennegrecido. Los huesos blancos se traslucían bajo la piel tirante de la cara.

—Llegó tu hora, cagón —murmuró la aparición a la luz de las estrellas.

Buddy acabó de perder el dominio y empezó a chillar histéricamente, desorbitados los ojos, formando los largos cabellos una especie de casco grotesco sobre su cara helada y ensangrentada, al atiesarse las raíces y ponerse punta cada pelo. La sangre brotaba en riachuelos de boca y empapaba el cuello de su chaqueta. Trató de deslizarse hacia atrás, clavando de nuevo los dedos en la nieve y arrastrándose sobre las nalgas al avanzar aquella cosa hacia él. No tenía ojos. Los ojos habían desaparecido, por sabe Dios qué serpenteantes bichos. Y podía olerlo, ¡Oh, Dios!, podía olerlo, y era un olor a tomates podridos, el olor de la muerte.

El cadáver de Roland D. LeBay tendió las corrompidas manos a Buddy Repperton y sonrió.

Buddy chilló. Buddy aulló. Y, de pronto, se quedó rígido, formando con los labios una O definitiva, como si quisiera besar a aquel horror que avanzaba en su dirección arrastrando los pies. Sus manos rascaron la ropa y escarbaron el lado izquierdo de la quemada chaqueta, sobre el corazón, que al fin había sido pinchado por el hueso afilado de una costilla rota. Cayó hacia atrás, abriendo zurcos en la nieve con los pies, y el último aliento brotó la flácida boca en un largo silbido..., como de un tubo escape de un automóvil.

En el talud, la cosa que había visto se desvaneció y desapareció. Sin dejar rastro.

Al otro lado, el motor de *Christine* se animó y lanzó rugido de triunfo que sacudió las tierras altas y cubiertas de nieve de Squantic Hills y fue repetido por el cadáver.

En la orilla más lejana de Squantic Lake, a unos quince kilómetros de allí a vuelo de pájaro, un joven que había salido para esquiar a campo traviesa a la luz de la luna oyó el ruido y se detuvo de pronto, apoyándose en los palos y ladeando la cabeza.

Bruscamente, se le puso la piel de gallina, como ante una visión de ultratumba y, aunque sabía que sólo se trataba de un coche en alguna parte a la otra orilla del lago —el sonido se oía a gran distancia en este lugar en las cálidas noches de invierno—, su primera idea fue de que un animal prehistórico se había despertado y atacado su presa: un lobo enorme o tal vez un tigre de colmillos de sable.

El ruido no se repitió y el hombre siguió su camino.

37. Darnell saca conclusiones

Baby, lemme ride in your automobile,

Hey, babe, lemme ride in your automobile!

Tell me, sweet baby,

Tell me: Just how do you feel?

CHESTER BURNETT

La noche en que Buddy Repperton y sus amigos se encontraron con *Christine* en Squantic Hills, Will Darnell estuvo en el garaje hasta después de medianoche. Su enfisema le había molestado bastante aquel día. Cuando ocurría esto, tenía miedo de acostarse, aunque, generalmente dormía bien.

El médico le había dicho que era muy improbable que se asfixiase durante el sueño, pero al hacerse viejo y aumentar lentamente la presión del enfisema sobre sus pulmones, lo temía cada día más. El hecho de que su miedo fuese irracional no cambiaba en absoluto aquella intuición. Aunque no había entrado en una iglesia desde que tenía doce años —¡hacía ahora cuarenta y nueve!—, sentía un interés morboso por las circunstancias que habían rodeado la muerte del Papa Juan Pablo I diez semanas atrás. Juan Pablo I había muerto en la cama y fue encontrado allí por la mañana. Probablemente, rígido ya. Esto era lo que inquietaba a Willy: Probablemente, rígido ya.

Entró en el garaje a las nueve y media, conduciendo su Chrysler Imperial 1966, que era el último coche propio que pensaba que tendría. Aproximadamente a la misma hora en que Buddy Repperton advertía el reflejo de unos faros lejanos en su espejo retrovisor.

Will tenía más de dos millones de dólares, pero el dinero no le causaba ya gran satisfacción, si es que se la había causado alguna vez. El dinero no le parecía siquiera completamente real. Nada le parecía real, salvo el enfisema. Este sí que era terriblemente real, y Will recibía de buen grado cualquier cosa que distrajese de ello su atención.

Ahora había sido el problema de Arnie Cunningham el que había distraído su atención del enfisema. Suponía que por esto había dejado que Cunningham rondase por el garaje cuando su fuerte instinto le decía que lo echase de allí, que, en cierto modo, era peligroso. Algo les ocurría a Cunningham y a su reconstruido 1958. Algo muy peculiar.

El muchacho no estaba allí esta noche, él y todo el club de ajedrez del colegio se hallaban en Filadelfia por tres días, para el Torneo de Otoño de los Estados del Norte. Cunningham se había reído de esto; era ya muy diferente del chiquillo granujiento y de ojos grandes que había sido golpeado por Buddy Repperton, del chiquillo calificado inmediata (y erróneamente) por Will como un niño poco llorón y quizá bastante marica por añadidura.

Entre otras cosas, se había vuelto cínico.

Ayer por la tarde, mientras fumaban sendos cigarros en la oficina de Will (el muchacho se había aficionado también a los cigarros, y Will dudaba de que sus padres lo supiesen), había dicho que había faltado a tantas reuniones del club de ajedrez que, según el reglamento, había dejado de ser miembro de él. Slawson, el asesor de la institución, lo sabía, pero cerraba deliberadamente los ojos hasta después del Torneo de los Estados del Norte.

—He faltado a más reuniones que nadie, pero se da el caso de que también juego mejor que nadie, y el muy cabrón lo sabe...

Arnie dio un respingo y se llevó ambas manos a la región lumbar por un instante.

—Deberías hacer que un médico le echase un vistazo a eso —dijo Will.

Arnie le hizo un guiño y pareció tener de pronto mucho más de dieciocho años.

—No hay nada como un buen revolcón para estirar las vértebras.

—Entonces, ¿vas a ir a Filadelfia?

Esto contrariaba a Will, aunque se acercaban las vacaciones de Cunningham; significaba que tendría que encargar su función a Jimmy Sykes las dos noches siguientes, y Jimmy era incapaz de distinguir su culo de un helado.

—Claro. No voy a despreciar tres días espléndidos —dijo Arnie. Vio el rostro enfurruñado de Will y sonrió—. No te preocupes, hombre. Estamos en vísperas de Navidad, todos tus parroquianos están comprando juguetes para los niños en vez de bujías y carburadores. Esto estará desierto hasta el año próximo, y tú lo sabes.

Aquello era bastante cierto, pero a Will no le gustaba que un mocoso se lo recordase.

—¿Querrás ir a Albany por mi cuenta cuando regreses? —había preguntado.

Arnie le había mirado fijamente.

—¿Cuándo?

—Este fin de semana.

—¿El sábado?

—Sí.

—¿Cuál es el negocio?

—Llevarás mi Chrysler a Albany, este es el negocio: Henry Buck tiene catorce coches usados en buen estado de los que desea desprenderse. Dice que están en buen estado. Échales un vistazo. Te daré un cheque en blanco. Si te parecen legítimos, cierra el trato. Si ves en ellos algo ilegal, dile que se vaya al carajo.

—¿Y qué llevaré conmigo?

Will le miró durante un largo rato.

—¿Tienes miedo, Cunningham?

—No —Arnie aplastó su cigarro a medio fumar. Miro defensivamente a Will—. Sólo tengo la impresión de que el peligro aumenta un poco cada vez que lo hago. ¿Se trata de cocaína?

—Haré que lo haga Jimmy —explicó bruscamente Will.

—Dime sólo de qué se trata.

—Doscientos cartones de *Winston* .

—Muy bien.

—¿Estás seguro? ¿No tienes más que añadir?

Arnie se echó a reír.

—Así me distraeré del ajedrez.

Will aparcó el Chrysler en la plaza más próxima a su despacho, entre las rayas figuraba esta inscripción MR. DARNELL. ¡NO CIERREN EL PASO! Se apeó y cerró de golpe la portezuela, bufando y respirando trabajosamente. Parecía que el enfisema que se había apoderado de su pecho había traído refuerzos esta noche. No, no se acostaría, dijese lo que dijese el estúpido del médico.

Jimmy Sykes estaba barriendo perezosamente con una gran escoba. Jimmy era un muchacho alto y delgado de veinticinco años. Su ligero retraso mental hacía que pareciese tal vez ocho años más joven. Había empezado a peinarse al estilo de los años cincuenta, imitando a Cunningham, a quien Jimmy casi adoraba. A excepción del rasgado susurro de la escoba sobre el hormigón manchado de aceite, el lugar estaba en silencio. Y vacío.

—Esto está muy animado esta noche, ¿verdad, Jimmy? —silbó Will.

Jimmy miró a su alrededor.

—No, señor Darnell, nadie ha estado aquí desde que el señor Hatch vino a buscar su Fairlane, y de esto hace media hora.

—Era una broma —replicó Will, lamentando una vez más que Cunningham no estuviese allí.

No se podía hablar con Jimmy salvo en un sentido absolutamente literal. Sin embargo, tal vez le invitaría a una taza de café con un chorrito de *Courvoisier* para colmar la medida. Café para tres. Él, Jimmy y el enfisema, o quizá para cuatro, dado que el enfisema había traído esta noche compañía.

—¿Qué dices acerca de...?

Se interrumpió bruscamente al advertir que la plaza número 20 estaba vacía. *Christine* se había ido.

—¿Ha venido Arnie? —dijo.

—¿Arnie? —repitió Jimmy, pestañeando estúpidamente.

—Arnie, Arnie Cunningham —dijo Will con impaciencia—. ¿A cuántos Arnies conoces? Su coche no está aquí.

Jimmy se volvió a mirar la plaza número 20 y frunció el ceño.

—¡Ah! Sí.

Will sonrió.

—El maestro habrá sido eliminado de su gran torneo de ajedrez, ¿eh?

—¿De veras? —preguntó Jimmy—. ¡Caray, qué mala suerte!

Will resistió la tentación de agarrar a Jimmy y sacudirlo y darle una tunda. No quería enfadarse esto sólo hacía que le costase más respirar,

y quizás acabaría vomitando sus pulmones llenos de porquería maloliente.

—Bueno, ¿qué dijo, Jimmy? ¿Qué dijo cuando le viste?

Pero Will supo de pronto, y con toda seguridad, que él no había visto a Arnie.

Por fin Jimmy comprendió la intención de Will.

—¡Oh, no le vi! Sólo vi a *Christine* que salía por la puerta, ¿sabe? Es un coche muy bonito, ¿no? Lo arregló como por arte de magia.

—Sí —repuso Will—. Como por arte de magia.

Era una expresión que se le había ocurrido antes de entonces en relación con *Christine*. De pronto cambió de idea sobre invitar a Jimmy a café y coñac. Sin dejar de mirar la plaza número 20, dijo:

—Puedes irte a casa, Jimmy.

—Caramba, señor Darnell, usted dijo que esta navidad podría trabajar seis horas. No acaban hasta las diez.

—Te pagaré hasta las diez.

Los ojos turbios de Jimmy se iluminaron ante esta inesperada y casi inaudita muestra de largueza.

—¿De veras?

—Sí, de veras, de veras. No hagas remilgos y largo Jimmy. ¿De acuerdo?

—Claro —dijo Jimmy, pensando que, en los cinco o seis años que llevaba trabajando para Willy (le costaba recordar cuántos eran, aunque su madre llevaba la cuenta de ello, como llevaba la de sus papeles fiscales), era la primera vez que el viejo gruñón mostraba un espíritu navideño, como en aquella película sobre los tres fantasmas.

Apelando a su propio espíritu navideño, Jimmy gritó.

—¡Esto es un buen regalo, amigo!

Will dio un respingo y se metió en su despacho. Encendió la cafetera y se sentó detrás de su mesa, observaba cómo Jimmy guardaba la escoba, apagaba la mayoría las lámparas fluorescentes y se ponía el grueso abrigo.

Después se echó atrás y pensó.

A fin de cuentas, gracias a su cerebro se había mantenido vivo todos estos años y había prosperado, nunca había sido guapo, había estado gordo durante toda su vida y su salud había sido siempre fatal. Un brote infantil de escarlatina, en primavera, había ido seguido de un débil acceso de polio, el brazo derecho sólo operaba con un setenta por ciento de su capacidad. De joven había sufrido una plaga de forúnculos. Cuando tenía cuarenta y tres años, su médico había descubierto un bulto grande y esponjoso debajo de un brazo. No era maligno, pero su extirpación quirúrgica le había retenido en cama la mayor parte de un verano, y, como resultado de ello, se le habían producido llagas. Un año más tarde había estado a punto de morir de pulmonía doble. Ahora padecía una diabetes incipiente y un enfisema. Pero su cerebro había estado siempre sano y despierto, y gracias a él había prosperado.

Se retrepó en su sillón y pensó en Arnie. Presumía que una de las cosas de Cunningham que le habían impresionado favorablemente, después de plantarle cara aquel día a Repperton, era cierta similitud con el ya lejano Will Darnell adolescente. Desde luego, Cunningham no estaba delicado de salud, pero había sido un muchacho granujiento, poco apreciado y solitario. Todas estas cosas habrían podido decirse también del joven Will Darnell.

Cunningham tenía también inteligencia.

Inteligencia y aquel coche. Aquel coche extraño.

—Buenas noches, señor Darnell —gritó Jimmy. Se detuvo un momento en la puerta y añadió con voz insegura—. Feliz Navidad.

Will levantó la mano a modo de saludo. Jimmy salió. Will se levantó trabajosamente del sillón, sacó la botella de *Courvoisier* del mueble archivador y la dejó junto a la cafetera. Entonces volvió a sentarse. Una cronología aproximada se desgranó en su mente.

Agosto : Cunningham trae un Plymouth del 1958, que es un cacharro, y lo aparca en la plaza número 20. Parece conocido, y no es de extrañar. Es el Plymouth de Rollie LeBay. Y Arnie no lo sabe —no tiene necesidad de saberlo— pero, hace tiempo, Rollie LeBay hizo también algún encargo ocasional para Will Darnell en Albany o Lurlington o Portsmouth... Sólo que en aquellos lejanos y oscuros días, Will tenía un Cadillac de 1954. Diferentes coches de transporte, pero con el mismo portaequipajes de doble fondo para fuegos de artificio, cigarrillos, licores y marihuana. En aquellos tiempos, Will no había oído hablar aún de cocaína. Suponía que nadie la usaba, salvo los músicos de jazz de Nueva York.

Finales de agosto : Repperton y Cunningham se meten en el asunto, y Darnell le da la patada a Repperton. Está cansado de él. De su constante bravuconería de gallito del lugar. No se atiene a la costumbre, y, si bien está dispuesto a hacer cuanto le encarga Will en Nueva York y Nueva Inglaterra, es muy descuidado, y el descuido es peligroso. Tiene

tendencia a superar el límite de velocidad y ya le han puesto varias multas por esta infracción. Si un polizante se mostrase demasiado curioso, serían llevados todos ellos ante el tribunal. Darnell no tiene miedo de la cárcel —no en Libertyville—, pero parecería mal. Hubo un tiempo en que le importaba poco lo que pareciese las cosas, pero ahora es más viejo.

Will se levantó, se sirvió café y vertió en él un poco de coñac. Hizo una pausa, lo pensó mejor y añadió un segundo chorrito de licor. Se sentó, sacó un cigarro del bolsillo del pecho, lo miró y lo encendió. Al carajo contigo enfisema. Toma esto.

Envuelto en el humo aromático, con buen café mezclado con coñac delante de él, Darnell contempló su sombrío y silencioso garaje y pensó un poco más:

Setiembre : El muchacho le pide que le dé un boleto de inspección y le preste una placa de vendedor para poder llevar a su chica a un partido de fútbol americano. Darnell accede; ¡qué caray!, hubo un tiempo en que solía vender boletos de inspección por siete dólares y sin fijarse siquiera en el coche al que lo pegaba. Además, el automóvil del chico tiene buen aspecto. Un poco tosco, quizá más que un poco ruidoso, pero muy bueno a fin de cuentas. El muchacho está haciendo un buen trabajo de restauración.

Y lo más extraño es, pensándolo bien, que nadie le ha visto trabajar a fondo en el automóvil. Pequeñas cosas, sí. Sustituir las bombillas de las luces de aparcamiento. Cambiar neumáticos. El muchacho entiende de coches. Un día, desde este mismo sillón, Will había visto cambiar la tapicería del asiento de atrás. Pero nadie le ha visto trabajar en el sistema de escape, que estaba completamente destrozado cuando trajo por primera vez el 1958 el verano pasado. Y tampoco le ha visto nadie trabajar en la carrocería, a pesar de que esta, que padecía de cáncer avanzado cuando el muchacho trajo el coche tiene ahora el brillo y el color de las cerezas.

Darnell sabía lo que pensaba Jimmy Sykes, porque se lo había preguntado una vez. Jimmy pensaba que Arnie trabajaba de firme por la noche, cuando todos se habían marchado.

—Demasiado trabajo para hacerlo de noche —dijo Darnell en voz alta, y sintió un súbito escalofrío que ni siquiera el café con coñac podía disipar.

Mucho trabajo nocturno, sí. Pero tenía que ser eso, porque lo único que parecía hacer el chico durante el día era escuchar la pegadiza música de WDIL. Esto, y tontear de un lado a otro.

—Supongo que hace el trabajo importante por la noche —había dicho Jimmy, con la fe ingenua del chiquillo que explica cómo baja Santa Claus

por la chimenea o cómo pone el ratoncito Pérez la moneda debajo de la almohada.

Will no creía en Santa Claus ni en el ratoncito Pérez, y tampoco creía que Arnie hubiese restaurado *Christine* por la noche.

Otros dos hechos rondaban inquietos por su mente, como bolas de billar buscando un rincón donde meterse a descansar.

Sabía que Cunningham había estado conduciendo el coche en la parte de atrás del garaje antes de que pudiese circular legalmente por la calle. Rodando arriba y abajo por los estrechos pasillos entre los miles de coches arruinados en el patio posterior, que abarcaba toda una manzana. Conduciendo a ocho kilómetros por hora, dando vueltas y más vueltas después de anochecer, cuando todos se habían ido a casa, alrededor de la enorme grúa con el redondo electroimán y el gran bloque de la trituradora de automóviles. Conduciendo. La única vez que Darnell le había preguntado acerca de esto, Arnie le había dicho que estaba comprobando una vibración anormal en las ruedas delanteras. Pero el muchacho no sabía mentir. Nadie comprueba estas vibraciones a tan pocos kilómetros por hora.

Esto era lo que hacía Cunningham cuando todos los demás se habían marchado. Su trabajo nocturno. Conducir en el patio de atrás, yendo y viniendo entre la chatarra, con los faros fluctuando en sus herrumbrosos casquillos.

Después estaba lo del odómetro del Plymouth. Contaba hacia atrás. Cunningham se lo había hecho observar con una taimada sonrisa. Corría hacia atrás con una rapidez extraordinaria. Dijo a Will que calculaba que contaba diez kilómetros hacia atrás por cada uno que avanzaba. Esto había asombrado francamente a Will. En el negocio de coches usados era frecuente retrasar el kilometraje, y él mismo lo había hecho más de una vez (así como meter aserrín en las transmisiones para ahogar sus chirridos de agonía o verter harina de avena en los radiadores gravemente enfermos para tapar temporalmente sus rendijas), pero jamás había visto uno que contase espontáneamente hacia atrás. Habría jurado que era imposible. Pero Arnie se había limitado a sonreír ligeramente y de modo extraño, y había dicho que era una broma.

Lo era, desde luego —pensó Will—. Una broma diabólica.

Los dos pensamientos se desprendieron perezosamente el uno del otro y tomaron rumbos diferentes.

Es un coche muy bonito, ¿no? Lo arregló como por arte de magia.

Will no creía en Santa Claus ni en el ratoncito Pérez pero reconocía de buen grado que ocurrían cosas extrañas en el mundo. Lo reconocía como hombre práctico que era y lo utilizaba cuando podía. Un amigo

suyo que vivía en Los Angeles afirmaba haber visto el fantasma de su esposa antes del gran terremoto de 1967, y Will no tenía ningún motivo particular para ponerlo en duda (aunque lo habría dudado del todo si el amigo hubiese tenido algo que ganar con ello). Kent Youngerman, otro amigo, sostenía que había visto a su padre, muerto hacía tiempo, al pie de su cama de hospital, cuando Kent, montador de acero, se había caído del cuarto piso de un edificio en construcción de Wood Street.

Will había oído de vez en cuando historias de esta clase durante toda su vida, como las han oído sin duda la mayoría de las personas. Y, como la mayoría de la gente, las guardaba en una especie de archivador abierto, sin creerlas ni dejarlas de creer, a menos que el narrador fuese un chiflado. Las guardaba en aquel archivador porque nadie sabía de dónde venían las personas al nacer ni adónde iban al morir, y ni todos los ministros unitarios y heraldos del Segundo Advenimiento y papas y científicos del mundo habrían podido convencer a Will de lo contrario. El hecho de que algunos se volvieran locos con el tema no quería decir que supiesen algo. Guardaba esas historias en el archivo abierto, porque a él no le había ocurrido nada realmente extraordinario.

Salvo, tal vez, lo que ocurría ahora.

Noviembre: Repperton y sus buenos camaradas se ensañan con el coche de Cunningham en el aeropuerto. Cuando lo trae el camión remolque, diríase que el Gigante Verde se ha cagado en él. Darnell lo mira y piensa: Nunca volverá a rodar. «No hay nada que hacer; no volverá a rodar un solo palmo». Al terminar el mes, el chico Welch es atropellado y muerto en JFK Drive.

Diciembre: Un detective de la policía del Estado viene a husmear. Se llama Junkins. Viene un día a husmear y habla con Cunningham, después viene otro día a husmear, cuando Cunningham está ausente, y quiere saber por qué miente el muchacho sobre los daños causados por Repperton y sus turbulentos amigos (uno de los cuales era el difunto y no malogrado Peter «Moochie» Welch) a su Plymouth. «¿Por qué me lo pregunta a mí? —le dice Darnell, respirando con dificultad y tosiendo en medio de una nube de humo de cigarro—. Hable con él, ese maldito Plymouth es suyo, no mío. Yo sólo estoy aquí para que los chicos laboriosos puedan reparar sus coches y seguir alimentando a sus familias».

Junkins escucha con paciencia su discurso. Sabe que Will Darnell hace mucho más que dirigir un taller donde los clientes reparan sus propios vehículos y un negocio de chatarra, pero Darnell sabe que lo sabe, y así quedan en paz.

Junkins enciende un cigarrillo y dice: «Hablo con usted porque ya he hablado con el chico y no quiere decírmelo. Durante un rato, pensé que hablaría, tuve la impresión de que estaba aterrorizado por algo. Pero entonces se puso tieso y se negó rotundamente a hablar».

Darnell dice: «Si piensa que Arnie atropelló al joven Welch, dígalos».

Junkins dice: «No lo pienso. Sus padres afirman que estaba en casa, durmiendo, y no me parece que mintiesen para encubrirle. Pero Welch fue uno de los chicos que destrozaron su coche, de esto estamos seguros, como estoy seguro de que miente en lo tocante a los daños, y no sé por qué lo hace, y esto me está volviendo loco».

«Lo siento.» —dice Darnell, sin compadecerle en absoluto.

Junkins le pregunta: «¿Cuáles fueron los daños, señor Darnell? Dígame usted».

Y Darnell dice su primera y única mentira durante su entrevista con Junkins:

«En realidad, no me fijé».

Lo cierto es que se había fijado, y sabe por qué miente Arnie acerca de ello, tratando de quitarle importancia, y este polizante lo sabría también si no se anduviese con tantos rodeos y se limitase a mirar. Cunningham está mintiendo porque los daños fueron horribles, los daños fueron mucho más graves de lo que puede imaginarse el policía del Estado. Los gamberros no se limitaron a aporrear el 1958 de Cunningham, sino que lo asesinaron. Cunningham miente porque, aunque nadie le vio mucho durante la semana después de que la grúa trajese a *Christine* a la plaza número 20, el coche vuelve a estar como nuevo, incluso mejor que antes.

Cunningham mintió al policía porque la verdad era increíble.

—Increíble —exclamó Darnell en voz alta y apuró el resto de su café.

Miró el teléfono y alargó una mano, pero volvió a retirarla. Tenía que hacer una llamada, pero sería mejor que acabase primero de reflexionar sobre esto, que pusiese todas sus ideas en orden.

Él era el único (aparte del propio Cunningham) que podía apreciar la inverosimilitud de lo ocurrido: la completa y total regeneración del coche. Jimmy era duro de mollera, y los otros muchachos entraban y salían, no constituían una clientela regular. Sin embargo, habían hecho comentarios sobre el fantástico trabajo realizado por Cunningham, muchos de los chicos que habían estado reparando su material rodante durante aquella semana de noviembre habían empleado el término increíble y algunos de ellos habían parecido inquietos. Johnny Pomberton, que compraba y vendía camiones usados, había tratado aquella semana de poner en estado de funcionamiento un viejo volquete que había adquirido. Johnny sabía de coches y de camiones más que nadie en Libertyville y quizá más que nadie en Pensilvania. Dijo lisa y llanamente a Will que no podía creerlo. «Es como vudú» —había dicho

Johnny Pomberton y había reído después de mala gana. Will había mostrado solamente un cortés interés y, al cabo de un par de segundos, el viejo había meneado la cabeza y se había marchado.

Sentado en su oficina y mirando al garaje, anormalmente silencioso como todos los años en las semanas anteriores a la Navidad, Will pensó (no por primera vez) que la mayoría de la gente aceptaría cualquier cosa que sucediese ante sus ojos. En realidad no existía lo sobrenatural ni lo anormal, las cosas ocurrían, y esto era todo.

Jimmy Sykes: «Como por arte de magia».

Junkins: «Está mintiendo sobre esto, pero que me aspen si sé por qué».

Will abrió el cajón de su escritorio, encogiendo la panza, y buscó su agenda de 1978. La hojeó y encontró una nota garabateada por él mismo: *Cunningham. Torneo de ajedrez. Sheraton de Filadelfia, 11-13 Dic.*

Llamó a Información, le dieron el número del hotel e hizo la llamada. No se sorprendió demasiado cuando sintió que los latidos de su corazón se aceleraban al sonar el teléfono y levantar el aparato el operador.

«Como por arte de magia».

—Aquí, Sheraton Filadelfia.

—Oiga —dijo Will—. Tengo entendido que se celebra ahí un torneo de ajedrez...

—Sí, señor, el campeonato de los Estados del Norte —le interrumpió el telefonista.

Parecía tener prisa y ser casi intolerablemente joven.

—Llamo desde Libertyville, Pensilvania —replicó Will—. Creo que se aloja en ese hotel un estudiante llamado Arnold Cunningham. Es uno de los chicos del torneo de ajedrez. Si está ahí, quisiera hablar con él.

—Un momento señor, voy a ver.

Clanc. Will estaba en ascuas. Se retrepó en su sillón giratorio y permaneció así durante lo que le pareció un tiempo interminable, aunque la segundera del reloj de su despacho sólo dio un giro completo. No estará, y si está voy a...

—¡Diga!

La voz era joven, cautamente curiosa, la voz inconfundible de Cunningham. Will Darnell sintió un encogimiento peculiar en el vientre, pero no lo reflejó en su voz, era demasiado viejo para esto.

—Hola, Cunningham —saludó—. Soy Darnell.

—¿Will?

—Sí.

—¿Qué se te ofrece, Will?

—¿Cómo te va, muchacho?

—Ayer gané y hoy he hecho tablas. Una porquería de juego. Parecía que no podía concentrarme. ¿Qué quieres?

Sí era Cunningham; no cabía la menor duda.

Will, que era tan incapaz de llamar a alguien sin un falso pretexto como de salir a la calle sin camiseta, dijo con suavidad:

—¿Tienes un lápiz, muchacho?

—Claro.

—Hay un establecimiento en North Broad Street, llamado *United Auto Parts*. ¿Crees que podrías llegarte allí ver qué clase de neumáticos tienen?

—¿Recauchutados? —preguntó Arnie.

—Nuevos.

—Sí, puedo hacerlo. Mañana por la tarde estaré libre desde las doce hasta las tres.

—Estupendo. Pregunta por Roy Mustungerra, y dile que vas de mi parte.

—Deletréalo.

Will deletréó el apellido.

—¿Es esto todo?

—Si... salvo que confío en que te den una paliza.

—Muy probable —dijo Cunningham, echándose a reír.

Will se despidió y colgó.

No había duda de que era Cunningham. Cunningham estaba en Filadelfia esta noche, y Filadelfia se hallaba a casi quinientos kilómetros.

¿A quién podía haber dado un juego de llaves?

Al joven Guilder.

—¡Claro! Pero el joven Guilder estaba en el hospital.

A su chica.

Pero esta no tenía permiso de conducción. Arnie lo había dicho.

A algún otro.

Pero no había ningún otro. Cunningham no era amigo de nadie más, salvo del propio Will, y Will sabía muy bien que Cunningham no le habría dado nunca un duplicado de sus llaves.

Como por arte de magia.

—¡Mierda!

Will se retrepó de nuevo en su sillón y encendió otro cigarro, después de cortar limpiamente la punta sobre el cenicero. Dio unas chupadas, levantó los ojos para mirar la columna de humo y reflexionó de nuevo. Sin resultado. Cunningham estaba en Filadelfia y había ido allí en el autocar del colegio, pero su coche había desaparecido. Jimmy Sykes lo había visto salir, pero no había visto quién lo conducía. ¿Qué significaba todo esto? ¿Qué conclusión había que sacar?

Gradualmente, su mente siguió otros derroteros. Pensó en sus propios días en la escuela superior, cuando había asumido el primer papel en la comedia representada por los mayores. El papel del ministro que es llevado al suicidio por su pasión por Sadie Thompson, la muchacha a la que se había empeñado en salvar. Los aplausos habían sido ensordecedores. Había sido su único momento de gloria en una carrera escolar sin triunfos deportivos ni académicos, y quizás el punto culminante de su juventud (su padre había sido un borracho, su madre, un burro de carga, y su único hermano, un inútil que también había tenido un solo momento de gloria en alguna parte de Alemania, sin más aplausos que el continuo retumbar de los cañones alemanes del 88).

Pensó en su única amiguita, una pálida rubia llamada Wanda Haskins, cuyas blancas mejillas estaban salpicadas de pecas que se hacían lamentablemente copiosas bajo el sol de agosto. Habían estado a punto de casarse, Wanda era una de las cuatro chicas con quienes se había

acostado realmente Will Darnell (sin contar las rameras). Era de fijo la única a quien había amado (suponiendo que existiese el amor, cuya existencia ponía en duda pero no rechazaba, a semejanza de los sucesos sobrenaturales de los que había oído hablar pero nunca había presenciado), pero su padre estaba en el Ejército y Wanda era una chica criada en el ambiente militar. A los quince años —tal vez un año antes del místico paso del poder de las manos de los viejos a las de los jóvenes— ella y su familia se habían trasladado a Wichita y este había sido el fin de sus amores.

Ella había usado cierto lápiz de labios, y, en el remoto verano de 1934 le había sabido a frambuesas tiernas a un Will Darnell que todavía tenía esbelto el cuerpo y claros los ojos y era ambicioso y joven. Había sido este sabor el que había hecho que su mano izquierda tocase el pene erecto en mitad de la noche..., e incluso antes de que Wanda Haskins diese su consentimiento, habían bailado aquel dulce baile especial en los sueños de Will Darnell. Habían bailado en su estrecha cama infantil que era demasiado corta para sus piernas cada día más largas.

Y, pensando ahora en aquel baile, Will dejó de pensar y empezó a soñar y, al dejar de soñar, empezó a bailar de nuevo.

Unas tres horas más tarde, despertó de un sueño que nunca había sido realmente profundo, le despertó el ruido de la puerta grande del garaje al levantarse y la luz interior de encima de la puerta —no un tubo fluorescente, sino una resplandeciente bombilla de 200 vatios— al encenderse.

Will echó su sillón rápidamente atrás. Sus zapatos chocaron con la esterilla de debajo de la mesa (con la inscripción BARDHAL en letras de caucho en relieve) y los alfilerazos que sintió en los pies acabaron de despertarle.

Christine avanzó despacio por el garaje en dirección a la plaza número 20 y se introdujo en ella.

Will, sin acabar de convencerse de que estaba despierto lo observó con esa curiosa falta de emoción que quizá sólo es propia de quienes acaban de salir de un sueño. Enderezó el cuerpo detrás de su mesa, con los brazos como jamones apoyados en el sucio y gastado papel secante, y observó.

El motor zumbó un par de veces. El nuevo y brillante tubo de escape lanzó un chorro de humo azul.

Entonces se paró el motor.

Will siguió sentado, sin moverse.

La puerta del despacho estaba cerrada pero había un intercomunicador, siempre conectado, entré el despacho y el largo garaje parecido a un almacén. Por él había escuchado el comienzo de la pelea entre Cunningham y Repperton en el pasado mes de agosto. Y a través de él oyó ahora los chasquidos de metal al enfriarse el motor. No oyó nada más.

Nadie se apeó de *Christine*, porque no había allí nadie que pudiese apearse.

Metió estas cosas en un archivador porque nunca le había ocurrido nada realmente inexplicable..., salvo, tal vez lo que sucedía ahora.

Lo había visto rodar sobre el suelo de hormigón hacia la plaza número 20, mientras la puerta automática se cerraba detrás de él en la fría noche de diciembre. Y los expertos, al estudiar más tarde el caso, pudieron decir: El testigo reconoce que había estado dando cabezadas y después se había dormido, y que estaba soñando..., lo que dice que vio fue evidentemente una prolongación de aquel sueño, al producir un estímulo exterior una serie de fantasías espontáneas, orientadas por el sueño.

Sí, podían decir esto, lo mismo que Will podía soñar que bailaba con la chica de quince años que era Wanda Haskins... Pero en realidad, él era un hombre de sesenta y un años y de cabeza clara, que hacía tiempo que había echado por la borda sus últimas nociones románticas.

Y había visto el 1958 de Cunningham cruzar el garaje vacío y colocarse en su plaza acostumbrada sin que nadie manejase el volante. Había visto apagarse los faros y había oído pararse el motor de ocho cilindros en V.

Ahora, sintiendo claquear extrañamente sus huesos, Will Darnell se levantó, vaciló, se dirigió a la puerta de su despacho, vaciló de nuevo y por fin la abrió. Salió y pasó por delante de la hilera de coches aparcados en diagonal hasta la plaza número 20. Sus pisadas resonaron detrás de él y se extinguieron misteriosamente.

Se plantó junto a la brillante carrocería roja y blanca del automóvil. La pintura era fuerte y clara y perfecta, sin el menor desconchado ni la menor mancha de herrumbre. Los cristales estaban limpios y enteros, ni siquiera mellados por el impacto de una china casual.

Ahora el único ruido era el lento goteo de la nieve fundida en los parachoques de delante y de atrás.

Will tocó el capó. Estaba caliente.

Probó la portezuela del lado del conductor y ésta se abrió sin dificultad. Brotó del interior un cálido olor a cuero nuevo, a plástico nuevo, a

metal recién cromado... aunque parecía mezclarse con él otro olor más desagradable. Un olor como de tierra. Will aspiró profundamente pero no pudo identificarlo. Pensó un momento en los nabos podridos que había a veces entre las verduras que guardaba su padre en el sótano, y frunció la nariz.

Se asomó al interior. No había ninguna llave en el contacto. El odómetro marcaba 52.107,8.

De pronto, la ranura vacía del contacto giró sobre si misma poniéndose por su propia voluntad en la posición de arranque. El caliente motor se puso inmediatamente en marcha y roncó con firmeza, lleno de carburante de máximo octanaje.

El corazón de Will flaqueó en su pecho. Se le cortó la respiración. Jadeando y boqueando ruidosamente, volvió corriendo a su oficina en busca del aspirador que guardaba en uno de los cajones del escritorio. Su aliento, débil e impotente, sonaba como el viento invernal pasando por la rendija de una puerta. Su cara tenía el color de la cera vieja.

Sus dedos pellizcaron la carne blanda del cuello y tiraron furiosamente de ella.

El motor de *Christine* se paró de nuevo.

Ahora no se oía nada, salvo los chasquidos de metal al enfriarse.

Will encontró su aspirador, lo introdujo en la boca hasta la garganta, apretó el resorte e inhaló. Poco a poco, la impresión de que una carretada de bloques de hormigón había sido descargada sobre su pecho fue desapareciendo. Se sentó en el sillón basculante y escuchó complacido el normal y esperado crujido de protesta de sus muelles. Se tapó un momento la cara con sus gordas manos.

«Nada realmente inexplicable... hasta ahora».

Ahora lo había visto.

«Nadie conducía aquel coche. Había llegado vacío, y olía a algo que parecía nabos podridos».

E incluso entonces, a pesar de su espanto, Will empezó a darle vueltas al asunto y a preguntarse si podía hacer algo para que lo que sabía redundase en su propio beneficio.

38. Rotura de relaciones

Well mister, I want a yellow convertible,
Four-door DeVille,
With a Continental spare and wire-chrome wheels.
I want power steering,
And power brakes;
I want a powerful motor with a jet offtake...
I want shortwave radio,
I want TV and a phone,
You know I gotta talk to my baby
When I'm ridin along.

CHUCK BERRY

La ruina retorcida por el fuego del Camaro de Buddy Repperton fue hallada a última hora de la tarde por un guarda del parque. Una anciana que vivía con su marido en la pequeña ciudad Upper Squantic había llamado a la comisaría de los guardas situada a un lado del parque. La mujer sufría mucho de artritis y algunas noches no podía dormir. Durante la última noche creyó haber visto llamas que procedían de algún lugar cerca de la entrada sur del parque. ¿A qué hora? Supongo que sería un cuarto de hora después de las diez porque había estado viendo el programa «Cine Martes noche», en la CBS y todavía no había llegado ni a la mitad.

El jueves, en la página frontal del Keystone de Libertyville, apareció una fotografía del coche incendiado bajo unos titulares que decían: TRES MUERTOS EN UN ACCIDENTE DE COCHE EN LAS COLINAS SQUANTIC EN EL PARQUE ESTATAL. Se citaba a un policía diciendo que, «probablemente, el licor había sido un factor», manera oficialmente opaca de decir que, entre los restos retorcidos, se habían encontrados los cascos destrozados de más de media docena de botellas de una combinación de vino y jugo, que se vendía bajo el nombre comercial de *Texas Driver*.

Las noticias causaron un impacto especialmente duro en el Instituto de Libertyville, los jóvenes siempre han tenido una gran dificultad en

aceptar el hecho de su propia mortalidad. Es posible que la temporada de vacaciones hiciera ese hecho mucho más difícil de aceptar.

Arnie Cunningham se sintió terriblemente deprimido por las noticias. Deprimido y asustado. Primero Moochie, ahora Buddy, Richie Trelawney y Bobby Stanton. Bobby Stanton, Bobby Stanton, uno de los cagones nuevos que Arnie nunca había oído mencionar, y, de todos modos, ¿qué estaba haciendo un chiquillo cagón como ese con tipos como Buddy Repperton y Richie Trelawney? ¿Es que no sabía que estaba metiéndose en una jaula de tigres sin otra protección que una pistola de agua? Arnie encontraba tremendamente difícil aceptar la versión corriente, que era sencillamente que Buddy y sus amigos estuvieron fumando droga durante el partido de baloncesto, y después pasearon en auto y bebieron hasta llegar a ese mal fin.

Arnie no podía liberarse de cierto presentimiento, como si de alguna manera estuviera involucrado en lo ocurrido.

Leigh no le había hablado más desde la discusión. Arnie no la llamó: en parte por orgullo y, en parte, por vergüenza, y también, en parte, porque deseaba que ella le llamase primero y las cosas volvieran a lo que habían sido... antes.

«¿Antes de qué? —le susurraba la mente—. Bueno, antes de que ella casi se ahogase y muriese en tu auto, por un bocado. Antes de que tú intentases aporrear al tipo que le salvó la vida».

Pero ella quería que él vendiese a *Christine*. Y eso era sencillamente imposible..., ¿no es cierto? ¿Cómo podía hacer eso después de haber dedicado tanto tiempo y esfuerzo y sangre, y —sí, era verdad—, incluso lágrimas, en ese vehículo?

Era un viejo argumento, y él no quería ni tan siquiera pensar en ello. Sonó el último timbre de lo que parecía un interminable martes y Arnie salió, dirigiéndose al aparcamiento de los estudiantes —casi corrió hasta allí— y entró en *Christine* casi como en una zambullida.

Se sentó allí, tras el volante y aspiró temblorosa y largamente, contemplando los primeros copos de nieve de la tarde agitándose, bailoteando y girando por encima del reluciente capó. Buscó las llaves, las extrajo del bolsillo y puso en marcha a *Christine*. El motor ronroneó confiadamente y Arnie partió, con un crujido al rodar los neumáticos por encima de la apretada nieve. Algún día tendría que colocar neumáticos para la nieve, supuso, pero la verdad era que *Christine* no parecía necesitarlos. Poseía la mejor tracción de cualquier coche que Arnie hubiera conducido con anterioridad.

Buscó el botón de la radio y lo colocó en WDIL. Sheb Wooley estaba cantando *The Purple People Eater*. Eso le arrancó finalmente una sonrisa.

El hecho simple de encontrarse detrás del volante de *Christine*, a su mando, le hacía sentir que todo era mejor. Le hacía sentir que podía manejarlo todo. Saber de Repperton y Trelawney y ese pequeño comemierdas acabando de aquella manera había sido, naturalmente, un terrible golpe y, después de los resentimientos del pasado verano y de este otoño, probablemente era muy natural que se sintiera un poco culpable. Pero la pura verdad era que él había estado en Philly. No tenía nada que ver con el asunto, era imposible.

Simplemente es que había estado sintiéndose deprimido por todo en general. Dennis estaba en el hospital. Leigh se comportaba de forma estúpida, como si su auto, su *Christine*, hubiera poseído manos y hubiera embutido aquel pedazo de hamburguesa en su garganta, por el amor de Dios... Y hoy había abandonado el club de ajedrez.

Quizá lo peor de todo había sido la manera en que Mr. Slawson, el asesor de la Facultad, había aceptado su decisión sin tan sólo tratar de hacerle cambiar de opinión.

Arnie le había explicado ampliamente que estos días disponía de muy poco tiempo, y de que, sencillamente, se veía obligado a reducir algunas de sus actividades, y Mr. Slawson, con sencillez, había asentido diciendo: «De acuerdo, Arnie aquí me encontrarás en el aula 30 si cambias de opinión». Mr. Slawson le había mirado con sus ojos azul descolorido, que sus gruesos lentes agrandaban a la medida de unos repulsivos huevos hervidos, y en ellos había algo: ¿Era reproche?

Quizá lo había sido. Pero el tipo ni tan siquiera había intentado persuadirle para que se quedase, esa era la cuestión. Por lo menos, hubiera debido intentarlo, porque Arnie era el mejor jugador que el club de ajedrez que LHS podía ofrecer y Slawson lo sabía. Si lo hubiera intentado, a lo mejor Arnie hubiera cambiado de parecer. La verdad era... Ahora disponía de un poco de tiempo, ahora que *Christine* estaba... estaba...

¿Qué?

... bueno, compuesta otra vez. Si Mr. Slawson hubiera dicho algo como «Eh, Arnie, no te precipites, consideremos la cuestión, nosotros te necesitamos realmente...», si Mr. Slawson hubiera dicho algo parecido a eso, bueno, él quizá lo hubiera reconsiderado. Pero no Slawson. Aquí me encontrarás en el aula treinta si cambias de opinión, y bla-bla y yak-yak, asqueroso jodedor, justo como todos. No era por culpa suya que la ESL hubiera perdido durante la vuelta semifinal, él había ganado antes cuatro partidas y hubiera ganado en los finales si hubiera tenido una oportunidad. Eran esos dos comemierdas de Barry Qualson y Mike Hicks que habían perdido para el club, los dos jugaban al ajedrez como si creyeran que Ruy López era una especie de refresco o algo parecido...

Rompió el envoltorio y el papel de estaño de una goma de mascar, plegó la barrita que se metió en la boca, hizo una bola con el envoltorio y la

arrojó certeramente a la bolsa de desperdicios que colgaba del cenicero de *Christine* .

—Justo en el coño de esa putita —murmuró, e hizo una mueca.

Fue una mueca dura, maliciosa. Sus ojos se movían inquietos de un lado a otro, contemplando desconfiadamente un mundo repleto de conductores locos y peatones imbéciles y a la idiotez general.

Arnie rodó sin meta por Libertyville, dejando que sus pensamientos siguieran por esos caminos suavemente faraónicos y amargamente consoladores. La radio emitía una continua difusión de viejas canciones famosas, y hoy todas ellas parecían instrumentales: Rebel Rouser, Wild Weaken, Telstar, Teen Beat, de Sandy Nelson y Rumble de Lily Wray, el mejor de todos ellos. Le dolía un poco la espalda. Muy pronto, la ligera nevada se había convertido en un oscuro nubarrón de nieve. Encendió los faros y, casi al mismo tiempo, la nieve cesó y se apartaron las nubes, dejando pasar los rayos de un sol invernal crepuscular, remoto, fríamente hermoso.

Arnie seguía circulando.

Concentró sus pensamientos —que ahora se centraron en que Repperton quizás había obtenido un final perfectamente merecido después de todo y se asombró al darse cuenta de que casi eran las seis menos cuarto y ya era oscuro. *Gino's Pizza* estaba cerca, a la izquierda, y los pequeños tréboles de neón verde brillaban temblorosos en la oscuridad. Arnie se acercó al bordillo y salió. Comenzaba a cruzar la calle, cuando recordó que había dejado sus llaves en el contacto de *Christine* .

Se agachó para cogerlas... y, de pronto, le llegó aquel olor al olfato, el olor sobre el que Leigh le había hablado, el olor que él había negado.

Aquí estaba ahora, como si hubiera salido cuando él abandonó el coche: un fuerte olor hediondo a carne podrida que le hizo humedecer los ojos y le obturó la garganta. Quitó las llaves y se echó hacia atrás, tembloroso, mirando a *Christine* de un modo parecido al horror.

«Arnie, había una peste. Una peste horrible, podrida... tú ya sabes de lo que estoy hablando».

«No, no tengo ni la más ligera idea... Estas imaginando cosas».

Pero si ella estaba imaginando cosas, también estaba haciéndolo él.

Arnie se volvió repentinamente y cruzó corriendo la calle hasta *Gino's* como si le persiguiera el diablo.

Dentro del local, encargó una *pizza* que, realmente, no deseaba, cambió algunas monedas de veinticinco centavos, y se metió en la cabina de

teléfono junto al tocadiscos. Estaba emitiendo una tonadilla corriente que Arnie no había escuchado con anterioridad.

Primero llamó a su casa. Le respondió su padre, con un tono de voz extrañamente neutra, y su inquietud se acrecentó. Arnie nunca había oído la voz de Michael con aquel tono. Su padre hablaba como anteriormente Mr. Slawson. Esta tarde y atardecer del martes estaban adquiriendo los tonos lúgubres de una pesadilla. Más allá de las paredes de cristal de la cabina, pasaban caras extrañas y confusas, como globos desligados sobre los que alguien había dibujado crudamente rostros humanos. Dios afanándose con un Rotulador Mágico.

«Mierdosos —pensó incoherentemente—. Todos ellos un puñado de mierdosos».

—Hola, papá —dijo inseguro—. Oye, yo... eh... Creo que he perdido la noción del tiempo. Lo siento.

—No importa —dijo Michael. Su voz era casi un zumbido y Arnie sintió que su inquietud se convertía en algo parecido al espanto—. ¿Dónde estás, en el garaje?

—No..., en *Gino's Pizza* . En *Gino's Pizza* . Papá, ¿estás bien? Pareces algo raro.

—Estoy bien —replicó Michael—. Acabo de tirar tu cena al cubo de la basura, tu madre está arriba llorando otra vez y tú te estás comiendo una *pizza* . Yo estoy bien. ¿Estás disfrutando con tu coche, Arnie?

Arnie forzó su garganta, pero no salió ningún sonido.

—Papá —consiguió pronunciar al fin—. No creo que eso sea muy justo.

—Creo que ya he dejado de interesarme en lo que tú creas justo o injusto —siguió Michael—. Tenías alguna justificación por tu comportamiento, quizás, al principio. Pero durante el último mes, más o menos, te has convertido en alguien que no entiendo en absoluto, y está ocurriendo algo que entiendo aún menos. Tu madre tampoco lo comprende, pero lo presiente y está haciéndole mucho daño. Ya sé que tiene parte de culpa en el daño que siente, pero dudo que eso cambie la intensidad de su pena.

—Papá, ¡no me he dado cuenta del tiempo que pasaba! —gritó Arnie—. ¡No sigas dándole tanta importancia!

—¿Estabas conduciendo tu coche?

—Sí, pero...

—He notado que así suele suceder —comentó Michael—. ¿Vendrás a casa esta noche?

—Sí, muy pronto —dijo Arnie. Se mojó los labios—. Sólo quiero acercarme al garaje. Tengo que informar a Willy de algo que me pidió preguntase mientras estaba en...

—Tampoco eso me interesa mucho, perdóname —replicó Michael.

Su voz seguía siendo cortés, fríamente desconectada.

—Ah —respondió Arnie con un hilo de voz.

Ahora estaba muy asustado, casi temblando.

—¿Arnie?

—¿Qué?

Arnie casi hablaba susurrando.

—¿Qué está sucediendo?

—No entiendo lo que quieres decir.

—Por favor. Ese detective vino a verme a la oficina y también anduvo tras Regina. La alteró mucho. Yo no creo que él tuviera intención de hacerlo, pero...

—¿Y qué es lo que ocurrió esta vez? —preguntó Arnie ferozmente—. Ese jodedor, ¿para qué vino esta vez? Yo...

—¿Tú qué?

—Nada —tragó algo que se parecía a una bola de polvo—. ¿Para qué vino esta vez?

—Repperton —respondió su padre—. Repperton y esos dos muchachos. ¿Qué creías que podía ser? ¿La situación geopolítica del Brasil?

—Lo que le sucedió a Repperton fue un accidente —explicó Arnie—. ¿Por qué quería hablar contigo y con mamá sobre algo que fue un accidente, por el amor de Dios?

—No lo sé —Michael Cunningham hizo una pausa—. ¿Lo sabes tú?

—¿Cómo podría saberlo? —gritó Arnie—. Yo estaba en Filadelfia. ¿Cómo podría saber nada del asunto? Yo estaba jugando al ajedrez, y nada... nada, nada más —acabó mansamente.

—Una vez más —dijo Michael Cunningham—. ¿Está sucediendo algo, Arnie?

Arnie se acordó del hedor, aquel fuerte hedor a podrido. Pensó en Leigh ahogándose, cogiéndose la garganta poniéndose morada. Él había intentado darle golpes en la espalda porque eso es lo que uno hacía cuando alguien se atragantaba, no existía nada semejante a la Maniobra de Heimlich porque eso no se había inventado todavía. Y, además, así era como se suponía que debía acabar, sólo que, no en el auto..., junto a la carretera... en sus brazos...

Cerró los ojos y le pareció que todo el mundo se inclinaba y giraba vertiginosamente.

—¿Arnie?

—No está sucediendo nada —exclamó con los dientes apretados y sin abrir los ojos—. No ocurre nada sino que hay un montón de gente que se ocupan de mí porque, al final, obtuve algo que es mío y lo hice del todo solito.

—Muy bien —convino su padre. Su voz sin lustre le recordó terriblemente una vez más la voz de Mr. Slawson—. Si quieres hablar de ello, aquí estoy. Siempre he estado aquí, aunque nunca lo he demostrado como debía. No dejes de dar un beso a tu madre cuando llegues, Arnie.

—Sí, lo haré. Oye, Mi...

Clic.

Se quedó de pie en la cabina, escuchando estúpidamente el sonido de absolutamente nada. Su padre se había marchado. Ni tan siquiera quedaba el ruido de la línea porque estaba en una cabina telefónica... estúpida..., jodida.

Hurgó en su bolsillo y esparció el cambio en el pequeño estante metálico en donde podía verlo. Cogió una monedita, casi la dejó caer y, finalmente, la introdujo por la ranura. Se sentía mareado y calenturiento. Se sentía como si le hubieran repudiado con mucha eficiencia.

Marcó de memoria el número de Leigh.

Mrs. Cabot cogió el teléfono y reconoció inmediatamente su voz usual por teléfono, agradable e invitante, aunque adquirió dureza. Arnie había tenido su última oportunidad con ella, le dijo esa voz, y él la había estropeado.

—No quiere hablar contigo y tampoco quiere verte —respondió la mujer.

—Señora Cabot, por favor, si pudiera nada más...

—Creo que ya has hecho bastante —replicó fríamente Mrs. Cabot—. La otra noche llegó a casa llorando, y sigue llorando de vez en cuando. Tuvo alguna especie de... experiencia contigo la última vez que tú y ella salisteis, y rezo sólo para que no sea lo que yo creí que había sido. Yo...

Arnie sintió que una risa histérica se le iba hinchando dentro de él. Leigh casi había muerto ahogada por una hamburguesa y su madre temía que él hubiera intentado violarla.

—Señora Cabot, tengo que hablar con ella.

—Creo que no lo conseguirás.

Arnie intentó pensar en alguna otra cosa que pudiera decir, alguna manera de conseguir cruzar por esa puerta guardada por el dragón. Se sintió un poco como un vendedor de aspiradoras intentando ver a la dueña de la casa. La lengua se le había paralizado. Ahora iba a producirse ese duro clic y, después, seguiría nuevamente el suave silencio.

Entonces oyó que el teléfono cambiaba de manos. Mrs. Cabot dijo algo protestando, y Leigh le replicó, resultaba demasiado sofocado para que pudiera entenderlo. Entonces llegó la voz de Leigh:

—¿Arnie?

—Hola —replicó él—. Leigh, sólo quería llamarte para decirte cuánto lamento lo que...

—Sí —convino Leigh—. Ya sé que lo lamentas, y acepto tus excusas, Arnie. Pero yo no..., no voy a salir contigo nunca más. A menos que las cosas cambien.

—Pídeme algo que sea fácil —murmuró el muchacho.

—Eso es todo lo que yo... —se le endureció la voz, alejada ligeramente del teléfono—. ¡Mamá, deja de estar ahí encima de mí! —su madre dijo algo que parecía un gruñido, hubo una pausa, y de nuevo se oyó la voz de Leigh en tono bajo—. Eso es todo lo que puedo decir, Arnie. Ya sé que parece demencial, pero sigo pensando que tu coche intentó matarme la otra noche. No sé cómo es posible que ocurra algo así, pero no importa cómo lo enfoque en mi mente, siempre resulta que la cosa ocurrió de esa manera. Yo sé que es así como fue. Te posee, ¿no es verdad?

—Leigh, si puedes excusar mi lenguaje vulgar eso es una solemne y jodida estupidez. ¡Es un coche! ¿Sabes deletrearlo? No hay nada más...

—Sí —replicó Leigh, y ahora la voz le temblaba próxima a las lágrimas—. Se ha apoderado de ti, ella se ha apoderado de ti y supongo que nadie puede librarte excepto tú mismo.

De pronto, la espalda se le despertó y comenzó a palparle, enviándole dolores en una enfermiza radiación, que parecía encontrar eco y amplificación en su cabeza.

—¿No es esa la verdad, Arnie?

Arnie no respondió, no podía responder.

—Líbrate de ese coche —prosiguió Leigh—. Por favor. En el periódico de esta mañana he leído lo ocurrido con ese chico, Repperton, y...

—¿Qué tiene eso que ver con mi auto? —cloqueó Arnie. Y por segunda vez—: Eso fue un accidente.

—Yo no sé lo que pudo ser. Quizá no quiero saberlo. Pero ya no me preocupo ahora por nosotros. Es por ti, Arnie. Estoy asustada por ti. Tú deberías... No, tú debes liberarte de eso.

Arnie murmuró:

—Dime sólo que no me abandonarás, Leigh. ¿De acuerdo?

Ahora Leigh estaba mucho más cerca todavía del llanto, quizá ya estaba llorando.

—Prométemelo, Arnie. Tienes que prometérmelo y después debes hacerlo. Entonces nosotros..., ya veremos. Prométeme que te desharás de ese auto. Es todo lo que quiero de ti, nada más.

Arnie cerró los ojos y vio a Leigh caminando de su casa al instituto. Y una manzana más abajo, esperando junto al bordillo, estaba *Christine*. Esperando a Leigh.

Abrió en seguida los ojos, como si hubiera visto una fiera en un cuarto oscuro.

—No puedo hacerlo —manifestó.

—Entonces no tenemos más que hablar, ¿no es cierto?

—¡Si!, Si tenemos que hablar. Nosotros...

—No. Adiós, Arnie. Te veré en el instituto.

—¡Leigh, espera!

Clic. Y un suave silencio mortal.

Por un momento se sintió lleno de una rabia total. Notó un súbito impulso de hacer rodar el auricular del teléfono por encima de su cabeza, dando vueltas y más vueltas como las boleadoras argentinas, destrozando el cristal de esa cámara de torturas que era la cabina telefónica. Le habían abandonado, todos le habían abandonado. Las ratas que abandonan un buque que se hunde.

«Has de estar dispuesto a ayudarte antes de que nadie más pueda hacerlo».

«¡A la mierda esa gilipollez! Todos eran ratas que abandonan un buque que se hunde. Ninguno de ellos, desde ese comemierdas de Slawson, con sus lentes gruesos de concha Y sus ojos extraños como huevos escalfados, hasta ese hediondo viejo cascado tan jodidamente aferrado al coño de su mujer, que hubiera debido darle a una navaja para que se lo cortara, hasta esa bruja barata en su casa de fantasía, con sus piernas cruzadas, probablemente, porque tenía el período y por eso se ahogaba con la maldita hamburguesa, y esos mierdosos con sus malditos coches de fantasía, con los maleteros llenos de palos de golf, y esos malditos policías que me gustaría doblegar sobre este estante mismo y jugar al golf con ellos, si pudiera encontrar el agujero adecuado, para meter esas pequeñas pelotas blancas, apuesto a que tu culo estaría muy bien, pero cuando yo salga de aquí nadie va a decirme lo que tengo que hacer, voy a hacer lo que me dé la gana, a mi manera, mi manera, mi manera, mi manera, MI MANERA...».

Arnie volvió de pronto en sí, asustado y con los ojos muy abiertos, jadeante. ¿Qué le había sucedido? Le había parecido como si fuese otra persona por un momento, alguien demencialmente dolido contra la Humanidad en general...

No otra persona cualquiera. Era LeBay.

¡No! ¡Eso no podía ser cierto!

La voz de Leigh:

«¿Tú crees que eso no es cierto, Arnie?».

De pronto en su mente confusa y cansada, se produjo algo como una visión. Estaba oyendo la voz de un sacerdote:

—«Arnold, aceptas a esta mujer para que sea tu amante...».

Pero no era una iglesia, estaba en un sitio de coches de segunda mano, en donde ondeaban banderolas de plástico brillantes y multicolor al soplo de una fuerte brisa. Se habían instalado tumbonas. Era el sitio de Will Darnell y Will se hallaba de pie a su lado como padrino del novio.

Junto a él no había ninguna chica. *Christine* era quien se encontraba estacionada a su lado, reluciente al sol primaveral, e incluso sus paredes blancas parecían brillar.

La voz de su padre:

«¿Qué está sucediendo?».

La voz del sacerdote:

«¿Quién entrega esta mujer a este hombre?».

Roland D. LeBay se levantó de una de las tumbonas como la proa de un esquelético buque fantasma de los Hades. Sonreía burlonamente. Por primera vez, Arnie vio quién estaba sentado a su alrededor: Buddy Repperton, Richie Trelawney, Moochie Welch. Richie Trelawney estaba oscurecido y chamuscado, y se le había quemado la mayor parte del cabello. Por la barbilla de Buddy Repperton había brotado la sangre acartonada en su camisa como un asqueroso vómito. Pero Moochie Welch era el peor, Moochie Welch había quedado rasgado como una bolsa de ropa sucia. Todos sonreían. Todos estaban sonriendo.

«Yo entrego», había croado Roland D. LeBay. Hizo una mueca y del hediondo agujero que era su boca se deslizó una lengua resbaladiza con el moho de la tumba. «Yo la entrego, y él tiene su recibo para demostrarlo. Ella es toda de él. La bruja es el as de picas... y es toda de él».

Arnie se dio cuenta de que estaba gimiendo dentro de la cabina telefónica, agarrando fuertemente el auricular apretado contra su pecho. Con un tremendo esfuerzo consiguió salir lentamente de la niebla—visión, lo que aquello fuese— y trató de dominarse.

Esta vez, cuando recogió el cambio del estante, esparció la mitad de las monedas por el suelo. Introdujo una monedita en la ranura y buscó en el listín telefónico hasta que encontró el número del hospital. Dennis. Dennis estaría allí, Dennis siempre había estado allí. Dennis no le abandonaría. Dennis le ayudaría.

—Habitación dos cuarenta, por favor.

Se hizo la conexión. Comenzó a sonar el teléfono. Sonó... y sonó... y sonó. Cuando ya estaba a punto de renunciar, una jovial voz femenina le dijo:

—Segundo piso, Ala C. ¿Con quién quiere usted hablar?

—Guilder —dijo Arnie—. Dennis Guilder.

—El señor Guilder está en Terapia Física en este momento —le informó la voz femenina—. Podrá usted hablar con él a las ocho.

Arnie pensó contarle que era importante —muy importante— pero, repentinamente, se sintió abrumado por una necesidad de salir de la cabina telefónica. La claustrofobia era como una mano gigante hundiéndose en su pecho. Podía oler su propio sudor. Era un olor amargo, ácido.

—¿Oiga?

—Sí, de acuerdo, ya volveré a llamar —replicó Arnie.

Cortó la conexión y salió casi de estampida de la cabina dejando su cambio esparcido por el estante y el suelo. Algunas personas se volvieron para mirarle, ligeramente interesados y, después, siguieron dedicándose a su comida.

—La *pizza* está lista —le informó el camarero del bar.

Arnie echó una ojeada al reloj y vio que había permanecido en la cabina casi unos veinte minutos. Tenía todo el rostro cubierto de sudor. Sentía los sobacos como una selva. Le temblaban las piernas: los músculos de sus caderas parecía que estaban a punto de estallar y esparcirse por el suelo.

Pagó la *pizza*, casi dejando caer la cartera al meter en ella los tres dólares de cambio.

—¿Está usted bien? —le preguntó el camarero—. Parece algo pálido.

—Estoy bien —repuso Arnie.

Ahora se sentía como si fuera a vomitar. Agarró la *pizza* dentro de su caja blanca con la palabra «GINO'S» marcada en la parte superior y huyó a la fría claridad aguda de la noche. Había desaparecido la última de las nubes, y las estrellas centelleaban como diamantes tallados. Se quedó un momento en la acera mirando primeramente a las estrellas y después a *Christine*, estacionada al otro lado de la calle, esperándole fielmente.

«Ella nunca discutiría ni se quejaría —pensó Arnie—. Ella nunca exigiría. Podías entrar en ella en cualquier momento y descansar en su aterciopelada tapicería, descansar en su tibieza. Nunca se negaría. Ella... ella...».

«Ella le amaba».

Sí, él presentía que eso era verdad. De la misma manera que algunas veces sentía que LeBay no la hubiera vendido a nadie más, ni por

doscientos cincuenta, ni por dos mil. Ella había estado allí esperando al comprador adecuado. Alguien que pudiera...

«Alguien que la amara por ella misma» —le susurró aquella voz interior.

Sí. Eso era: era exactamente eso.

Arnie seguía allí de pie, con la *pizza* olvidada en sus manos, mientras un vaporcillo blanco perezoso se alzaba de la caja manchada de grasa. Miró a *Christine*, y sintió dentro de él un remolino de emociones tan confuso que hubiera podido contener un ciclón dentro de su cuerpo recomponiendo todo lo que simplemente no destruía. Oh sí, él la amaba y la detestaba, la odiaba y la adoraba, la necesitaba y necesitaba huir de ella, ella era de él y él era de ella y...

(«Yo os declaro ahora marido y mujer, unidos y sellados partir de este día para siempre en el futuro, hasta que la muerte os separe»).

Pero lo peor de todo era el horror, el terrible horror paralizante al darse cuenta de que..., de que...

«¿Cómo te hiciste daño en la espalda aquella noche, Arnie? ¿Después que Repperton —el difunto Clarence “Buddy” Repperton— y sus compañeros la destrozaran? ¿Cómo te hiciste ese daño en la espalda, que ahora te ves obligado llevar esa hedionda faja todo el tiempo? ¿Cómo te hiciste daño en la espalda?».

Surgió la respuesta... Y Arnie comenzó a correr, intentando dominar la realización, intentando llegar a *Christine* antes de que se diera cuenta de todo el asunto y se volviera loco.

Corrió hacia *Christine*, desafiando en su carrera a sus emociones confusas y a esa aurora de realización; corrió hacia ella de la misma manera que un alcohólico corre hacia un consuelo cuando los temblores y los estremecimientos llegan a tal punto que ya no puede pensar en nada más que en su alivio; corrió de la manera que los condenados corren hacia su destino fatal; corrió como un recién casado se apresura hacia el lugar en donde le espera su novia.

Corrió porque, una vez dentro de *Christine*, ninguna de estas cosas importaba: ni su madre, ni su padre, ni Leigh, ni Dennis, ni lo que se había hecho aquella noche en la espalda cuando todos se habían marchado, aquella noche en que había tomado su Plymouth casi totalmente destrozado del aeropuerto y lo llevó al local de Darnell y, una vez el lugar estuvo solitario, había puesto en punto neutro la transmisión de *Christine* y la empujó, la empujó hasta que comenzó a rodar sobre sus neumáticos deshinchados, la empujó hasta que hubo salido por la puerta y él podía oír el viento de noviembre, que aullaba agudamente envolviendo las ruinas y los bultos abandonados con sus cristales estrellados, y sus depósitos de combustible reventados, la había empujado hasta que el sudor le cayó copiosamente y el corazón le

palpitó en el pecho como un caballo desbocado y la espalda le suplicaba compasión a gritos, la había empujado, con el cuerpo palpitante como en una consumación infernal, la había empujado, y dentro retrocedía, lentamente, el odómetro y, a unos quince metros más allá de la puerta, la espalda comenzó a palpar de verdad, y siguió empujando, y entonces su espalda gritó en señal de protesta, y siguió empujando, esforzando sus músculos sobre los neumáticos planos, rasgados y las manos se le durmieron, su espalda gritaba, gritaba, gritaba.

Y entonces...

Había llegado junto a *Christine* y se arrojó dentro, tembloroso y jadeante. La *pizza* se le cayó al suelo. La recogió y la dejó en el asiento, y sintió que la calma se iba apoderando, lentamente, de él como un bálsamo suavizante.

Tocó el volante, dejó que sus manos se deslizaran a su alrededor, recorriendo su deliciosa curvatura. Se quitó un guante y buscó las llaves en su bolsillo. Las llaves de LeBay.

Todavía podía recordar lo que había sucedido aquella noche, pero ahora ya no le parecía horrible, ahora, sentado detrás del volante de *Christine*, casi le parecía maravilloso. Había sido un milagro.

Recordó cómo, repentinamente, había sido más fácil empujar el coche porque los neumáticos estaban curándose mágicamente por sí solos recomponiéndose sin una cicatriz e inflándose después. El cristal roto había comenzado a reunirse de la nada, tejiéndose en ascenso con pequeños ruidos rasgantes y cristalinos. Las abolladuras comenzaron a salir hacia fuera.

Simplemente, estuvo empujándola hasta que se halló lo suficientemente bien para poder rodar, y después había montado en ella, cruzando por entre las hileras hasta que el odómetro retrocedió más allá en el tiempo, de cuando Repperton y sus amigos la habían dañado. Y entonces *Christine* estaba bien.

¿Qué podía haber de horrible en todo eso?

—Nada —le dijo una voz.

Miró a un lado, Roland D. LeBay estaba sentado en el lado del pasajero dentro del coche, luciendo un traje cruzado negro, camisa blanca, corbata azul. En una de las solapas de su traje exhibía una hilera de medallas: era el traje con el que se le había enterrado. Arnie lo supo aunque nunca lo había visto en la realidad. Sólo que LeBay parecía más joven y más rudo. Un hombre con el que no te atreverías a jugar.

—Ponla en marcha —dijo LeBay—. Pon la calefacción en marcha y vayamos a pasear.

—Claro —respondió Arnie, y dio vuelta a la llave.

Christine partió y los neumáticos crujieron en la apretada nieve. Había estado empujándola aquella noche hasta que todo el daño quedó reparado. No, no reparado: negado. Negado era la palabra exacta para lo que había sucedido.

Entonces la había colocado en el compartimiento número veinte dejando el resto de la reparación para él.

—Oigamos un poco de música —dijo la voz a su lado.

Arnie conectó la radio. Dion cantaba *Donna the Prima Donna* .

—¿Te comerás esa *pizza* , o qué?

La voz parecía algo cambiada.

—Seguro —respondió Arnie—. ¿Quiere usted un pedazo?

—Yo nunca digo que no a ninguna clase de *pizza* .

Arnie abrió la caja de la *pizza* con una mano y tiró de un pedazo.

—Aquí tiene ust...

Se le agrandaron los ojos. El pedazo de *pizza* comenzó estremecerse, los hilillos largos del queso se balancearon como los hilos de una telaraña rota por el viento.

Allí ya no estaba sentado LeBay.

Era él mismo el que se hallaba allí.

Era Arnie Cunningham de unos cincuenta años de edad, no tan viejo como LeBay había sido cuando él y Dennis le encontraron por primera vez en aquel día de agosto, no tan viejo como LeBay pero llegando, amigos y vecinos, llegando hasta allí. Su otro yo envejecido llevaba una camiseta claramente amarillenta y sucia, y pantalones vaqueros azules manchados de grasa. Sus gafas tenían armazón de concha, envueltas con cinta en una patilla. Llevaba el pelo corto y con entradas. Los ojos grises eran vagos y con venillas rojas. Su boca había adquirido todos los signos de la amarga soledad. Porque esta cosa, aparición, lo que fuese, estaba sola. Arnie lo presintió.

Sola, excepto con *Christine* .

Esta versión de él mismo y Roland LeBay podía haber sido la de padre e hijo: tan grande era el parecido entre ambos.

—¿Vas a conducir? ¿O te quedarás contemplándome? —le preguntó esa cosa.

Y, de pronto, comenzó a envejecer ante los ojos asombrados de Arnie. El cabello color de herrumbre se hizo blanco, la camiseta ondeó y se afinó, el cuerpo que contenía se retorció por la edad. Las arrugas correteaban por su rostro y quedaban hundidas como líneas de acidez. Los ojos estaban hundidos en sus cuencas y las córneas amarilleaban. Ahora, sólo la nariz sobresalía hacia delante, eran los rasgos de un viejo carroñero, pero seguían siendo todavía sus propios rasgos, oh, sí, todavía sus rasgos.

—¿Has visto algo verde? —dijo este sept..., no octogenario Arnie Cunningham, y su cuerpo se torcía y retorció y se degeneraba en el asiento rojo de *Christine* — ¿Has visto algo verde? ¿Has visto algo verde? ¿Has visto?

La voz se quebró y se elevó y gimió en un trémulo grito senil, y ahora la piel se rasgó en llagas y tumores exteriores y, detrás de las gafas, cataratas lechosas cubrieron ambos ojos como persianas que se hubieran bajado. Estaba pudriéndose delante de sus propios ojos y el hedor que despedía era el mismo hedor que él había olido antes en *Christine*, el que Leigh había olido, sólo que ahora era peor, era el olor fuerte, sofocante, asfixiante de la putrefacción, el hedor de su propia muerte, y Arnie comenzó a gemir mientras Little Richard surgía por la radio cantando *Tutti Frutti*, y el cabello de la cosa comenzó a caer revoloteando como plumones blancos y los huesos de su cuello surgían a través de la piel tirante y reluciente por encima del desfalleciente cuello redondo de la camiseta, sobre ella a través como grotescos lápices blancos. Sus labios encogían separándose de los últimos dientes supervivientes que se inclinaban a uno y otro lado como lápidas mortuorias, eso era él, eso estaba muerto. Y sin embargo vivía como *Christine*: eso vivía.

—¿Ves algo verde? —farfulló aquello—. ¿Ves algo verde?

Arnie comenzó a chillar.

39. Junkins de nuevo

The fenders were clickin the guard-rail posts,

The guys beside me were just as white as ghosts.

One says, "Slow down, I see spots,

The lines in the road just look like dots."

CHARLIE RYAN

Arnie entraba en el garaje de Darnell, aproximadamente, una hora después. Su pasajero —si es que realmente había habido un pasajero— hacía rato que se había desvanecido. También había desaparecido el hedor, seguro que todo ha sido sólo una ilusión. «Si uno estaba el tiempo suficiente con los mierdosos —se dijo Arnie—, todo comenzaba a oler a mierda. Y eso, naturalmente, les hacía muy felices».

Will estaba sentado a su escritorio dentro de su oficina con mamparas de cristal, comiéndose un gran emparedado o una mano chorreante, pero no salió de allí. Arnie hizo sonar la bocina y aparcó.

Todo había sido una especie de sueño. Sencillamente. Una especie demencial de sueño. Llamar a casa, llamar a Leigh, el intento de llamar a Dennis para que esa enfermera le dijese que Dennis estaba en Fisioterapia: era como haber sido negado tres veces antes de que el gallo cante o algo así. Se había alterado un poco. Cualquiera se hubiera alterado, después de la temporada de mierda por la que estaba pasando desde agosto. Todo era una cuestión de perspectiva, después de todo, ¿no es cierto? Durante toda su vida, él había sido algo determinado para la gente, ahora él estaba saliendo de su concha, convirtiéndose en una persona corriente y normal, con preocupaciones corrientes y normales. No era nada sorprendente que la gente se resintiera por ello, porque cuando alguien cambiaba

(«para mejor o peor, en la riqueza y en la pobreza»)

es natural que la gente se comportase algo raramente al respecto. Les jodía la perspectiva.

Leigh había hablado como si creyese que él estaba loco y eso no era nada sino mierda de la peor clase. Él había estado bajo una tensión, naturalmente que había sido así, pero la tensión era una parte natural de la vida. Si Miss Leigh Cabot pensaba de otra manera, esa señorita era candidata para una jodida abismal a las manos de un violador campeón de todos los tiempos: La Vida. Probablemente, lo haría

tomando estimulantes para conseguir ponerse en marcha por las mañanas, y soporíferos para descansar por la noche.

Ah, pero él la deseaba incluso ahora, pensando en ella, Arnie sintió que un deseo inconmensurable, enorme, inenarrable le invadía todo el ser como un viento frío, haciéndole apretar ferozmente el volante de *Christine* entre las manos. Era un ardiente deseo demasiado grande, demasiado elemental para tener nombre. Era su propia fuerza.

Pero ahora estaba bien. Sentía que había... cruzado un último puente, o algo parecido.

Se había recuperado sentado en medio de una estrecha entrada a la carretera, más allá de los últimos aparcamientos del Monroeville Mall, lo que significaba que se hallaba más o menos, a medio camino de California. Al salir del coche y mirar detrás, había visto un agujero abierto en un banco de nieve y en el capó de *Christine* se derretía la nieve esparcida. Por lo visto, había perdido el control y había patinado a través del sitio (que, estando en su apogeo temporada de compras de Navidad, estaba afortunadamente vacía a esta distancia), y había chocado con el banco. Había sido muy afortunado al evitar un accidente. Malditamente afortunado.

Permaneció allí sentado un rato, escuchando la radio mirando a través del parabrisas a la media luna que flotaba arriba. Bobby Helms cantaba *Jingle Belt Rock*, un Sonido de la Temporada, como solían decir los *discjockeys*.

Arnie sonrió un poco, sintiéndose mejor. No podía recordar qué era lo que había visto exactamente (o creía haber visto) y, realmente, no quería saberlo. Fuese lo que fuese era la primera y la última vez. Estaba muy seguro de ello.

La gente había conseguido que él imaginase cosas. Probablemente, estarían encantados de saberlo..., pero él no iba proporcionarles esa satisfacción.

Las cosas iban a andar mejor en todos los aspectos. Él arreglaría las cosas en casa, de hecho, aquella misma noche empezaría viendo un poco de televisión con sus padres justo como en los viejos tiempos. Y se ganaría de nuevo a Leigh. Si a ella no le gustaba el coche, a pesar de lo extrañas que resultaran sus razones, a lo mejor se compraría otro coche muy pronto y le diría que había cambiado a *Christine*. Podía conservar aquí a *Christine*, alquilar un espacio. Lo que Leigh no supiera no le haría daño. Y esta iba a ser la última vez que hiciera recados para Will, este próximo fin de semana. Ese fanfarrón ya había ido lo bastante lejos, Arnie lo sentía dentro de él. Que Will creyese que Arnie era un cobarde si eso es lo que quería creer. Un arresto por transporte interestatal de alcohol y cigarrillos, sin permiso, no serían muy agradable en su solicitud para la universidad, ¿no es así? Un arresto o infracción federal. No. No sería bonito.

Rió un poco. Se sentía mejor. Purgado. En su camino de regreso al garaje se comió la *pizza* aunque estaba fría. Estaba hambriento. Le pareció un poco raro que faltase un pedazo, de hecho, le inquietó un poco, pero lo olvidó.

Probablemente, lo habría comido durante ese extraño momento en blanco, o quizá lo había arrojado por la ventana. Eso había sido fantasmal. No más de esa mierda. Y se rió de nuevo, esta vez ya menos tembloroso.

Salió entonces del vehículo, cerró de un portazo y se encaminó hacia la oficina de Will para saber qué es lo que haría esta noche para él. De pronto, se le ocurrió que el día siguiente era el último día de clase antes de las vacaciones y navidad, y eso puso mayor elasticidad en su paso.

Coincidió en el momento en que la puerta lateral, aquella junto a la gran puerta para vehículos, se abría y entraba un hombre. Era Junkins. Otra vez.

Vio que Arnie le miraba y alzó una mano.

—Hola, Arnie.

Arnie echó una ojeada a Will. A través del cristal, Will se encogió de hombros y continuó comiéndose su gran emparedado.

—Hola —replicó Arnie—. ¿En qué puedo servirle?

—Bueno, no sé... —respondió Junkins. Sonrió y después sus ojos se clavaron más allá de Arnie hasta *Christine*, evaluando, buscando algún daño—. ¿Quieres hacer algo por mí?

—Malditas las ganas que tengo de hacerlo —replicó Arnie.

Sentía que la cabeza le palpitaba nuevamente invadida de rabia.

Rudy Junkins sonrió, al parecer sin sentirse ofendido.

—Sencillamente, he entrado al pasar. ¿Cómo estás?

Alargó la mano. Arnie se limitó a mirársela. Sin sentirse avergonzado en lo más mínimo, Junkins dejó caer la mano y anduvo alrededor de *Christine*, comenzando a examinarla de nuevo. Arnie le vigilaba, con los labios tan apretados que parecían blancos. Sentía una nueva oleada de ira cada vez que Junkins dejaba caer una de sus manos sobre *Christine*.

—Oiga, creo que debería usted comprar un billete para la temporada o algo parecido —explicó Arnie—. Por ejemplo para los partidos de los Steelers.

Junkins se volvió y le miró de forma interrogante.

—No importa —dijo Arnie malhumorado.

Junkins continuó observando el coche.

—Sabes —le dijo—, es algo diabólico lo que le sucedió a Buddy Repperton y a esos chicos, ¿no crees?

«Jódete —pensó Arnie—. No voy a seguirle el juego a este comemierda».

—Yo estaba en Filadelfia. Torneo de ajedrez.

—Lo sé —respondió Junkins.

—¡Jesús! Realmente está usted vigilándome.

Junkins regresó de nuevo junto a Arnie. Ahora no hubo ninguna sonrisa en su cara.

—Sí, eso es cierto —explicó—. Estoy vigilándote. Es uno de los muchachos involucrados, creo yo, en los destrozos de tu coche, tres están ahora muertos, junto con un cuarto chico que, aparentemente, sólo había salido a pasear con ellos el martes por la noche. Esa es una coincidencia demasiado extraña. Algo muy exagerado para mí. Ya puedes apostar que estoy vigilándote.

Arnie le miró con fijeza, tan sorprendido que olvidó el enfado, inseguro de sí mismo.

—Creía que había sido un accidente..., que estaban borrachos y a toda velocidad y...

—En todo eso hay otro coche de por medio —explicó Junkins.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Había huellas en la nieve, por una parte. Desgraciadamente, el viento las había borrado demasiado para que pudiéramos conseguir una foto decente. Pero una de las barreras de la entrada al Parque Squantic estaba rota, encontramos restos de pintura roja pegada. El Camaro de Buddy no era rojo. Era azul.

Midió a Arnie con la mirada.

—También encontramos huellas de pintura roja incrustada en la piel de Moochie Welch, Arnie. ¿Comprendes eso? ¿Sabes tú lo fuertemente que un auto ha de golpear a un individuo para incrustar pintura en su piel?

—Debería usted salir por ahí y comenzar a contar coches rojos —replicó Arnie fríamente—. Antes de llegar a Blue Drive habrá llegado a la veintena, se lo garantizo.

—Puedes apostar por ello —siguió Junkins—. Pero enviamos muestras al laboratorio del FBI, en Washington, donde tienen muestras de todas las ramas de rojo que han utilizado en Detroit. Hoy hemos recibido los resultados. ¿Tienes alguna idea de lo que eran? ¿Quieres hacer una suposición?

El corazón de Arnie le latía con fuerza en el pecho, y tenía sus correspondientes palpitaciones en las sienas.

—Ya que está usted aquí, supondría que era «Rojo de Otoño». El color de *Christine*.

—Ese chico se ha ganado una muñequita —bromeó Junkins.

Encendió un cigarrillo y miró a Arnie a través del humo. Había abandonado cualquier fingimiento de buen humor, su mirada resultaba pétrea.

Arnie se llevó las manos a la cabeza en un gesto exagerado de exasperación.

—«Rojo de Otoño», fantástico. *Christine* se pintó por encargo, pero desde el cincuenta y nueve al sesenta y tres había Fords pintados «Rojo de Otoño», y también Thunderbirds y la casa Chevrolet ofreció ese tono desde el sesenta y dos al sesenta y cuatro y, durante una temporada, en la mitad de los cincuenta, cualquiera hubiera podido comprar un Rambler pintado de color «Rojo de Otoño». He estado trabajando en mi cincuenta y ocho ya hace más de medio año, pues compro los folletos de los autos, uno no puede trabajar en un coche viejo si no tiene folletos, o se está condenado al fracaso antes de comenzar. Yo lo sé —miró fijamente a Junkins—, y usted lo sabe también. ¿No es cierto?

Junkins no respondió, sólo continuó mirando a Arnie con esa mirada fija, implacable, inquietante. Arnie nunca había recibido una mirada semejante de nadie, pero la reconoció. Suponía que cualquiera la reconocería. Era una mirada de poderosa y firme sospecha. Le asustó. Algunos meses antes —incluso algunas semanas antes— eso es lo que probablemente le hubiera hecho. Pero ahora además de eso se puso furioso.

—Realmente, usted va de pesca. Dígame, de todos modos, ¿qué es lo que demonios tiene contra mí, señor Junkins? ¿Por qué encima de mí?

Junkins se echó a reír y caminó en un gran semicírculo.

El lugar estaba totalmente vacío con excepción de ellos dos ahí fuera y Will dentro de su oficina, acabándose de comer su emparedado y lamiendo el aceite de oliva de sus manos, al mismo tiempo que le observaba, atentamente.

—¿Qué es lo que tengo contra ti? —preguntó Junkins—. ¿Cómo te suena asesinato en primer grado, Arnie? ¿Te produce eso alguna impresión?

Arnie quedó muy silencioso.

—No te preocupes —prosiguió Junkins caminando todavía—. No habrá ninguna impresionante escena con un policía. Nada de amenazas tremendas sobre llevarte conmigo a comisaría..., excepto que, en este caso, la comisaría sería Harrisburg. Nada de tarjetas Miranda. Todo sigue bien por ahora para nuestro héroe, Arnie Cunningham.

—No entiendo nada de lo que usted...

—Tú... lo entiendes... ¡PERFECTAMENTE! —rugió Junkins.

Se había detenido junto al gigantesco bulto de un camión: otra de las carracas en marcha de Johnny Pomberton. Junkins clavó sus ojos en Arnie.

—Tres de los chicos que le atizaron a tu auto están muertos. En ambos escenarios del crimen se tomaron muestras de pintura «Rojo de Otoño», lo que nos induce a creer que el vehículo que el atacante utilizó en ambos casos era, por lo menos en parte, del color «Rojo de Otoño». ¡Y misterio sobre misterio! Resulta que el coche que esos chicos destrozaron está pintado, en su mayor parte, con color «Rojo de Otoño». Y tú estás ahí pasmado, subiéndote las gafas en la nariz y diciéndome que no sabes de que te hablo.

—Yo estaba en Filadelfia cuando sucedió todo eso —repuso Arnie en voz baja—. ¿Es que usted no lo comprende? ¿Es que no puede comprenderlo?

—Chico —dijo Junkins arrojando a lo lejos su cigarrillo—. Esa es la parte peor del asunto. Esa es la parte que realmente apesta.

—Me gustaría que se marchase usted de aquí o que me arrestara, o lo que sea. Porque se supone que debo trabajar un poco.

—Por ahora —dijo Junkins—, todo lo que hemos conseguido son palabras. La primera vez, cuando mataron a Welch, se supone que estabas en tu casa, en la cama.

—No muy sólido, lo sé —repuso Arnie—. Créame, si hubiera sabido que toda esta mierda me iba a caer encima hubiera contratado a algún amigo enfermo para que me hiciera compañía.

—Oh, no, eso ha sido bueno —convino Junkins—. Tu madre y tu padre no tienen ninguna razón para dudar de tu historia. Eso puedo asegurarlo después de hablar con ellos. Todas las coartadas, las buenas coartadas, normalmente, tienen más agujeros que un traje del Ejército de Salvación. Es cuando comienzan a parecerse a trajes tipo armadura cuando me pongo nervioso.

—¡Por el sagrado nombre de Jesús! —casi gritó Arnie—. ¡Fue una jodida partida de ajedrez! ¡Hace ya cuatro años que estoy en el club de ajedrez!

—Hasta hoy —repuso Junkins, y Arnie se quedó de nuevo silencioso. Junkins asintió—. Oh, sí, hablé con el asesor del club, Herbert Slawson. Dice que, durante los tres primeros años, nunca dejaste de asistir ni a un encuentro, incluso te presentaste en un par de ellos teniendo un poco de gripe. Tú eras su jugador estrella. Pero, este año, desde el principio, te has saltado algunos partidos...

—Tenía que trabajar en mi coche..., y salía con una chica...

—El señor Slawson me dijo que habías estado ausente de los tres primeros torneos, y se sorprendió mucho cuando tu nombre apareció en la hoja de viajes del encuentro en los Estados del Norte. Él creía que ya habías perdido todo el interés en el club.

—Ya le he dicho a usted...

—Sí, me lo has dicho... Demasiado ocupado. Coches y chicas, todo lo que hace que los chicos anden atareados. Pero recuperaste el interés suficiente para ir a Filadelfia y, después, dejaste el club. Eso me parece muy raro.

—Yo no veo nada extraño en ello —replicó Arnie, pero su voz parecía distante, casi perdida en el rugido de la afluencia de sangre en sus oídos.

—Bobadas. Parece como si supieras lo que iba a ocurrir y te preparaste para tener una coartada a toda prueba.

El rugido dentro de su cabeza se había convertido en unos golpes constantes y ondeantes, como un oleaje, cada palpitación acompañada de una embestida sorda de dolor. Empezaba a sentir dolor de cabeza: ¿Por qué este hombre monstruoso con sus inquisitivos ojos oscuros no se marchaba de una vez? Nada de aquello era verdad, nada en absoluto. Él no había preparado nada de antemano, ni una coartada, ni nada en absoluto. Se había quedado tan sorprendido como cualquier otro al leer en el periódico lo que había sucedido. Naturalmente que era así. No estaba ocurriendo nada raro, a menos que fuese la paranoia de este lunático y

(«¿Cómo te hiciste daño en la espalda, Arnie? Y a propósito, ¿ves algo verde? ves algo»)

cerró los ojos y, por un momento, el mundo parecía que se salía de su órbita y vio aquel rostro que se pudría, verdoso, burlón, delante de él, diciendo: «Ponla en marcha. Pon la calefacción y vayamos a dar un paseo. Y mientras estamos en ello carguémonos a los mierdosos que destrozaron nuestro coche. Vamos a engrasar a esos pequeños gilipollas, ¿qué te parece? Vamos a darles tan jodidamente fuerte que ese cortacadáveres del hospital de la ciudad tendrá que sacarles con pinzas los pedacitos de pintura incrustados en la piel. ¿Qué te parece? Oigamos alguna música alegre en la radio y rodemos. Vamos a...».

Tanteó detrás de él, tocó a *Christine* ... Su superficie dura, fría, tranquilizadora... Las cosas volvieron a ponerse en su sitio. Abrió los ojos.

—Queda solamente una cosa, en verdad —siguió Junkins—, y es muy subjetiva. Nada que pudiera escribirse en un informe. Esta vez tú eres diferente, Arnie. Más duro, de alguna manera. Es casi como si hubieras envejecido veinte años.

Arnie se echó a reír, y sintió alivio al escuchar que sonaba muy natural.

—Mr. Junkins, al parecer tiene un tornillo flojo.

Junkins no se le unió en la risa.

—Ya, ya. Lo sé. Todo este asunto es una locura..., mucho más demencial que cualquier otra cosa que haya investigado durante los diez años que llevo de detective. La última vez me pareció que podía atraparte, Arnie. Presentí que tú eras..., no sabría decirlo. Perdido, infeliz, que tanteabas a tu alrededor, que intentabas salir... Ahora ya no lo siento en absoluto. Ahora me siento como si estuviera hablando con otra persona. Y no con una persona muy agradable.

—He terminado de hablar con usted —dijo Arnie bruscamente, y comenzó a caminar en dirección de la oficina.

—Quiero saber lo que sucedió —le gritó Junkins—, voy a descubrirlo. Créeme.

—Hágame un favor y no venga por aquí —le respondió Arnie—. Está usted loco.

Entró en la oficina, cerró la puerta detrás de él y observó que sus manos no temblaban en absoluto. La habitación estaba cargada con los olores de aceite puro de oliva y de ajo. Cruzó por delante de Will sin pronunciar palabra, cogió su tarjeta del estante, y la taladró. Entonces miró a través de la ventana y vio a Junkins de pie fuera, mirando a

Christine. Will no dijo nada. Arnie podía oír el ruidoso motor de la respiración del hombretón. Un par de minutos más tarde, Junkins se marchó.

—Un «poli» —dijo Will, y soltó un fuerte eructo.

Sonó como una sierra de cadena.

—Sí.

—Repperton.

—Sí. Cree que yo tuve algo que ver con ello.

—¿Aunque estuvieras en Filadelfia?

Arnie sacudió la cabeza.

—Al parecer, eso no le importa mucho.

«Entonces, ese es un poli listo —pensó Will—. Ese sabe que los hechos están falseados, y su intuición le dice que todavía hay algo más falseado que los hechos, de modo que ha ido más lejos en el asunto de lo que muchos policías habrían llegado, pero ese podría emplear un millón de años en buscar, y no llegaría hasta el final de la verdad».

Se acordó del coche vacío autoconduciéndose a su lugar en el garaje como un extraño juguete de cuerda. La ranura de ignición vacía dando la vuelta hasta START. El motor girando una vez, como en un gruñido de advertencia y, después, apagándose.

Y pensando en estas cosas, Will no confiaba en si mismo para mirar a Arnie directamente a la cara, aunque su propia experiencia rutinaria para el engaño tenía casi toda una vida.

—No quiero enviarte a Albany si los «polis» te están vigilando.

—No me importa que me envíes o no a Albany, pero no tienes que preocuparte por nada más. Ese es el único «poli» que he visto, y está loco. No se interesa en otra cosa sino en dos casos de atropello y fuga.

Los ojos de Will ahora se toparon con los de Arnie: los de Arnie grises y distantes, los de Will de una vaga ausencia de color, en la córnea de un pálido amarillo, eran los ojos de un viejo gato callejero que había visto las entrañas abiertas de un millar de ratones.

—Está interesado por ti —explicó a Arnie—. Es mejor que envíe a Jimmy.

—Te gusta cómo conduce Jimmy, ¿verdad? —Will miró un momento a Arnie, y después suspiró.

—De acuerdo, hijo. Pero si ves a ese «poli» retrocede. Y si te pillan con el saco, Cunningham, el saco es tuyo. ¿Lo entiendes bien?

—Sí —dijo Arnie—. ¿Quieres que esta noche haga algún trabajillo, o qué?

—Hay un Buick del setenta y siete en el cuarenta y nueve. Saca el motor de arranque. Comprueba el solenoide. Si te parece bien, sácalo también.

Arnie asintió y salió. Los ojos pensativos de Will se desviaron de su espalda hasta *Christine*. Esta semana no era conveniente enviarle a Albany, y él lo sabía. Y el chico lo sabía también, pero seguiría adelante de todos modos. Había dicho que iría, y ahora lo haría pese a todo. Y si algo sucedía, el chico aguantaría. Will estaba seguro de ello. Hubo un tiempo en que, seguramente, no lo habría hecho, pero esos días ya habían quedado muy lejos.

Lo había escuchado todo por el intercomunicador.

Junkins tenía razón. El chico era mucho más duro ahora.

Will comenzó a mirar otra vez el modelo de 1958. Arnie llevaría el Chrysler de Will a Nueva York. Mientras estuviese fuera, Will vigilaría a *Christine*. Vigilaría a *Christine* y vería lo que sucedía.

40. Arnie metido en problemas

With Naugahyde bucket seats in front and back,

Everything's chrome, man, even my jack,

Step on the gas, she goes Waaaaahhhh —

I'll let you look,

But don't touch my custom machine

THE BEACH BOYS

Rudolph Junkins y Rick Mercer, de la policía del Estado de Pensilvania, departamento de detectives, estaban sentados tomando café la tarde siguiente en una pequeña oficina deprimente, cuyas paredes estaban medio despintadas. Afuera, caía una triste mezcla de aguanieve y helada.

—Estoy seguro que éste va a ser el fin de semana —dijo Junkins—. Ese Chrysler ha estado rodando cada cuatro o cinco semanas durante los últimos ocho meses.

—Entiende que atrapar a Darnell no tiene nada que ver con esa obsesión tuya sobre el chico. Son dos casos diferentes.

—Para mí son la misma cosa —replicó Junkins—. El chico sabe algo. Si consigo que abra el pico, a lo mejor descubro lo que es.

—¿Opinas que tenía un cómplice? ¿Alguien que utilizó el coche y mató a esos chicos mientras él estaba en el torneo de ajedrez?

Junkins movió la cabeza en ademán negativo.

—No, maldita sea. El chico sólo tiene un buen amigo, está en el hospital. No sé qué pensar, excepto que el coche estaba implicado de alguna manera y el chico también.

Junkins dejó su vaso de plástico y alzó el dedo apuntando al hombre que estaba al otro lado de la mesa.

—Cuando consigamos cerrar ese lugar, quiero un equipo de seis personas del laboratorio, técnicos, que lo examinen milímetro a milímetro, por dentro y por fuera. Lo quiero en un elevador, quiero que

busquen abolladuras, repintadas... y sangre. Eso es lo que realmente deseo. Sólo una gota de sangre.

—Ese chico no te es nada simpático, ¿verdad? —preguntó Rick.

Junkins soltó una risita turbada.

—Mira, la primera vez si me cayó bien. Simpatiqué con él y hasta me dio pena. Tuve la impresión de que quizás estaba protegiendo a alguna otra persona que le tenía atraído de alguna manera. Pero esta vez, no me ha gustado.

Estuvo pensándolo.

—Y tampoco me gustó ese coche. La manera en que tocaba el auto cada vez que yo creía que ya le tenía cogido. Es algo siniestro.

Rick manifestó:

—Mientras no te olvides de que es Darnell el tipo que tenemos que atrapar... Nadie más en Harrisburg siente menor interés por ese chico tuyo.

—Lo recordaré —convino Junkins. Tomó de nuevo su café y miró a Rick con gravedad—. Porque ese chico es el camino hasta el final. Voy a crucificar a la persona que mató a esos chicos aunque sea la última cosa que haga.

—A lo mejor esta semana no saldrá —dijo Rick.

Pero salió.

Dos policías de la brigada criminal del Estado de Pensilvania estaban sentados en una furgoneta Datsun de cuatro años en la mañana del sábado, 16 de diciembre, vigilando al Chrysler negro de Darnell mientras salía por el portalón a la calle. Caía una suave llovizna no era lo bastante fría para ser aguanieve. Era uno de esos días nublados en que resulta imposible decir en dónde terminan las nubes bajas y en dónde comienza la niebla. El Chrysler, adecuadamente, tenía encendidas las luces de posición. Arnie Cunningham era un conductor eficiente.

Uno de los policías alzó un receptor-transmisor hasta sus labios y habló:

—El chico acaba de salir en el auto de Darnell. Estén atentos y preparados.

Siguieron al Chrysler hasta la 76. Cuando vieron que Arnie se metía en la rampa en dirección este, indicando el camino hacia Harrisburg, giraron por la rampa oeste hacia Ohio, e informaron. Abandonarían esa

carretera hacia la 76 por una salida que había cerca, y volverían a su posición original cerca del garaje de Darnell.

—De acuerdo —llegó hasta ellos la voz de Junkins—. Vamos a hacer una tortilla.

Veinte minutos después, mientras Arnie se dirigía a este, rodando a una prudente y legal velocidad de 80 kilómetros, tres policías con todos los papeles legales en regla llamaron a la puerta de William Upshaw, que vivía en el elegante suburbio de Sewickley. Upshaw abrió la puerta cubierto con un albornoz. Desde el interior, a su espalda llegaban los chillidos de una película de dibujos animados del programa televisivo del domingo por la mañana.

—¿Quién es, cariño? —gritó su esposa desde la cocina.

Upshaw miró los papeles, que eran órdenes del tribunal. Él sintió que iba a desmayarse. Uno de los documentos ordenaba que todos los registros de impuestos de Will Darnell (como persona física) y Will Darnell (como empresa) quedasen bajo custodia. Los documentos llevaban la firma del fiscal General de Pensilvania y del magistrado del Tribunal Supremo.

—¿Quién es, amor? —preguntó de nuevo su esposa, y uno de sus hijos salió para mira, todo ojos.

Upshaw intentó hablar pero sólo produjo un confuso sonido. Ya había llegado. Había estado soñando en eso y, finalmente, se había presentado. La casa en Sewickley no había podido protegerle de ello; la mujer que mantenía a una distancia prudencial en King of Prussia no le había protegido de ello; aquí estaba: lo leyó en los suaves rostros de estos policías con sus trajes de confección *Anderson-Little*. Y lo peor todavía, uno de ellos era Federal: Alcohol, Tabaco y Armas de fuego. Exhibió una segunda tarjeta de identidad declarándole agente de algo llamado Fuerza Policial Federal para el Control de la Droga.

—Tenemos información de que tiene una oficina en su casa —explicó el «poli» federal.

Tenía aspecto de..., ¿qué? ¿Veintiséis? ¿Treinta? ¿Habría tenido que preocuparse alguna vez de lo que iba a hacer cuando tenía tres hijos y una esposa a la que le gustaban quizá demasiado las cosas bonitas? Bill Upshaw no lo creía así. Cuando uno tenía que pensar en esas cosas, no tenía una cara tan serena. Uno sólo ponía la cara tan serena cuando podía permitirse el lujo de pensamientos grandiosos: ley y orden, bien y mal, buenos chicos y malos chicos.

Abrió la boca para responder a la pregunta del «poli» federal y sólo consiguió emitir otro confuso gruñido.

—¿Es correcta nuestra información? —preguntó el policía federal con paciencia.

—Sí —gruñó Bill Upshaw.

—¿Y otra oficina es el número 100 de Frankstown Road, al Monroeville?

—Sí.

—Cariño, ¿quién es? —preguntó Amber, y salió, vio a los tres hombres de pie en el umbral y se cerró el cuello de la bata. Los dibujos animados no dejaban de bramar.

Upshaw pensó de pronto, casi con alivio: «Es el final de todo».

El chico que había salido a ver quién había venido de visita tan temprano una mañana de sábado, rompió de pronto en llanto y huyó en busca de seguridad en los *Super Amigos del canal 4*.

Cuando Rudy Junkins recibió la noticia de que Upshaw había sido requerido y de que todos los documentos pertenecientes a Darnell, tanto en la casa de Upshaw, en Sewickley, como en la oficina de Monroeville habían quedado bajo custodia, se puso a la cabeza de una docena de policías estatales en lo que él creía hubiera sido llamado una batida en otros tiempos. Incluso en la temporada de vacaciones, el garaje tenía bastante trabajo en sábado (aunque, de ninguna manera, era el lugar atareado en que se convertía durante los fines de semana veraniegos), y cuando Junkins alzó un megáfono accionado por baterías hasta los labios, y comenzó a utilizarlo, unas dos docenas de cabezas asomaron por todas partes. Tendrían suficiente tema de conversación para durarles hasta el año nuevo.

—¡Aquí la policía del Estado de Pensilvania! —gritó Junkins por el altavoz.

Sus palabras hallaron eco y resonaban. Junkins descubrió que, incluso en este momento, sus ojos se sentían atraídos hacia el Plymouth rojo y blanco, esperando, vacío, en la plaza número veinte. Durante su oficio había manejado más de media docena de armas criminales, algunas veces en la misma escena del crimen y, más frecuentemente, en el banquillo de los testigos, pero sólo mirar a ese coche le hacía sentir escalofríos.

Gitney, el tipo de los Impuestos que había venido especialmente para esta incursión, estaba frunciendo el entrecejo indicándole que continuase. «Ninguno de vosotros sabe de qué va el asunto. Ninguno de vosotros». Pero alzó de nuevo el megáfono hasta sus labios.

—¡Este local queda cerrado! Repito, ¡este negocio queda cerrado! Podéis llevaros vuestros vehículos si están en condiciones de rodar... Si

no, por favor, salid rápida y silenciosamente... ¡Este lugar queda clausurado!

El megáfono hizo un clic amplificado cuando lo desconectó.

Miró hacia la oficina y vio que Will Darnell hablaba por teléfono, sosteniendo entre los labios un puro sin encender. Jimmy Sykes estaba junto a la máquina de la *Coca-Cola*, con expresión de confuso desmayo en su rostro simplón: no parecía muy distinto del hijo de Bill Upshaw en el momento en que se echó a llorar.

—¿Ha entendido usted sus derechos tal como le han sido leídos?

El policía al mando era Rick Mercer. Detrás de él, el garaje estaba vacío con excepción de los policías uniformados, que rellenaban impresos sobre los coches que habían quedado bajo custodia cuando se cerró el garaje.

—Sí —dijo Will.

Tenía el rostro dominado, la única señal de su preocupación era su profunda respiración, el movimiento ansioso del gran torso bajo su camisa blanca desabrochada, y la manera en que sostenía continuamente un aspirador en una mano.

—¿Tiene usted algo que decirnos en este momento? —le preguntó Mercer.

—No, hasta que llegue mi abogado.

—Su abogado puede reunirse con nosotros en Harrisburg —explicó Junkins.

Will dirigió una mirada de desprecio a Junkins y no respondió. Fuera más policías uniformados habían terminado de fijar sellos en todas las puertas y ventanas del garaje excepto en la puertecilla lateral. Hasta que cesara la custodia estatal, todo el tránsito se realizaría a través de aquella pequeña puerta.

—Es la cosa más demencial de la que jamás he oído hablar —dijo Darnell al fin.

—Pues lo será más todavía —explicó Mercer, sonriendo con sinceridad—. Estarás alejado de aquí una larga temporada, Will. Quizás algún día te permitirás encargarte de las apuestas sobre motores de la prisión...

—Yo le conozco a usted —dijo Will, mirándole de hito en hito—. Usted se llama Mercer. Conocí a su padre. Era el policía más corrompido que yo conocí en King's Country.

Rick Mercer se puso pálido y alzó una mano.

—Cuidado, Rick —le advirtió Junkins.

—Claro —replicó Will—. Divertíos ahora, tíos. Bromead sobre apuestas, motores y la prisión. Pero yo estaré aquí de vuelta dentro de dos o tres semanas. Y si no sabéis eso, es que sois todavía más estúpidos de lo que parecéis.

Pasó una mirada por todos ellos, sus ojos inteligentes sarcásticos y atrapados. Bruscamente alzó el aspirador, hasta su boca, y aspiró profundamente.

—Llevaos este saco de mierda —dijo Mercer.

Seguía lívido.

—¿Estás bien? —le preguntó Junkins.

Media hora después estaban sentados en un Ford de lujo sin marcas. El sol se había decidido a salir y brillaba cegador sobre la nieve que se derretía, con las calles húmedas. El garaje *Darnell* estaba silencioso. Los libros de Darnell y el Plymouth de Cunningham estaban dentro a buen recaudo.

—Esa chulada que dijo sobre mi padre —dijo Mercer pesadamente—. Mi padre se mató de un disparo, Rudy, se hizo estallar la cabeza. Y yo siempre creía..., en la Universidad leí... —se encogió de hombros—. Muchos policías acaban de un disparo. Melvin Purvis lo hizo, sabes... Era el tipo que atrapó a Dellinger. Pero uno no deja de pensar...

Mercer encendió un cigarrillo y aspiró el humo con fuerza, larga y estremecedoramente.

—Ese no sabía nada —explicó Junkins.

—El jodido no lo sabía —explicó Mercer.

Bajó la ventanilla y arrojó fuera el cigarrillo. Cogió el micro de debajo del panel.

—Central, aquí Móvil Dos.

—Diez-Cuatro, Móvil Dos.

—¿Qué sucede con nuestra paloma mensajera?

—Está en la Interestatal Ochenta y cuatro, llegando a Port Jervis.

Port Jervis era el punto de cruce entre Pensilvania y Nueva York.

—¿Estáis preparados en Nueva York?

—Afirmativo.

—Advertidles otra vez que quiero que haya llegado al lado este de Middletown antes de que le agarren y se le coja el *ticket* de peaje como prueba.

—Diez-Cuatro.

Mercer devolvió el micro a su lugar y sonrió débilmente.

—Cuando pase a Nueva York, el asunto será ya sin duda federal... Pero todavía hemos conseguido los primeros la carnada. ¿No es una maravilla?

Junkins no respondió. En todo ello no había ninguna cosa maravillosa... Desde Darnell con su aspirador al padre de Mercer metiéndose la pistola en la boca, no había nada maravilloso en todo ello. Junkins experimentaba un sentimiento vago de inevitabilidad, el presentimiento de que las cosas feas no sólo no estaban terminándose, sino que únicamente acababan de comenzar. Se sentía a medio camino de una historia tenebrosa que acabaría terriblemente. Excepto que él tenía que acabarla ahora, ¿no era cierto? Sí.

El terrible sentimiento, la terrible imagen persistió: la primera vez que había hablado con Arnie Cunningham había estado dirigiéndose a un hombre que se ahogaba. Pero la segunda vez, ese muchacho ya se había ahogado... y hablaba sólo con un cadáver.

La cobertura de nubes sobre el oeste de Nueva York estaba rompiéndose, y los ánimos de Arnie comenzaron a elevarse. Siempre era bueno alejarse de Libertyville, lejos de... de todo. Ni tan siquiera el saber que llevaba contrabando en el maletero podía ahogar aquel sentimiento de exaltación. Y, por lo menos, esta vez no era droga. Muy en lo profundo de su mente —casi ni reconocido, pero allí igualmente—, era la vaga especulación de que ahora las cosas cambiarían y su vida cambiaría también si dejaba el asunto de los cigarrillos y continuaba adelante. Si dejaba detrás de él todo ese deprimente enredo.

Pero, naturalmente, no podía hacerlo. Abandonar a *Christine* después de haber puesto tanto en ella, naturalmente era imposible.

Conectó la radio y canturreó siguiendo alguna tonadilla corriente. El sol, debilitado por el mes de diciembre, pero intentando todavía sostenerse, rompió del todo los nubarrones y Arnie sonrió contento.

Seguía aún con su sonrisa, cuando un coche de la policía estatal de Nueva York se acercó junto al suyo en el otro carril y se acomodó a su velocidad. El altavoz del techo comenzó a gritar:

—¡Mensaje para el Chrysler! ¡Párese, Chrysler, échese a un lado!

Arnie les miró, y la sonrisa se desvaneció de sus labios. Contemplaba un par de gafas de sol de color negro. Gafas de policía. El terror que le invadió era más intenso de lo que él creía podía llegar a ser cualquier emoción: y no por él mismo. La boca se le secó del todo. La mente se le desbocó. Se vio apretando el pedal del gas, haciendo una carrera. A lo mejor lo habría hecho si hubiera estado conduciendo a *Christine* ..., pero no era así. Veía a Will Darnell diciéndole que si le atrapaban con un saco, ese saco era de Arnie. Y, principalmente, veía a Junkins, Junkins con sus agudos ojos castaños, y sabía que esto era obra de Junkins.

Deseó que Rudolph Junkins estuviera muerto.

—¡Échate a un lado, Chrysler! ¡No estoy hablando por el gusto de oír mi propia voz! ¡Detente inmediatamente!

«No puedo decir nada», pensó Arnie incoherentemente mientras se dirigía a una zona de estacionamiento lateral. Sentía hormigueo en las pelotas y el estómago alocadamente revuelto. Podía contemplar sus propios ojos en el visor, cubiertos por un muro de temor detrás de las gafas: y no por él. *Christine*. Sentía miedo por *Christine*. Por lo que pudieran hacerle a *Christine*.

Su mente invadida por el miedo le mostró un caleidoscopio de imágenes mezcladas. Las solicitudes de ingreso en la Universidad con las palabras RECHAZADO - CONDENADO CRIMINALMENTE estampadas al través. Rejas de prisión, acero azulado. Un juez que se inclinaba hacia él desde su alto asiento, el rostro pálido y acusador. Mariquitas fanfarrones dentro de la prisión, en busca de carne fresca. *Christine* en el elevador, llevada al compresor de vehículos en el patio de detrás del garaje.

Y entonces, mientras detenía el Chrysler y lo situaba en el aparcamiento, y el auto de la policía estatal se colocaba detrás de él, y otro (aparecido como por encantamiento se situaba delante de él), surgió de alguna parte un pensamiento que le llenó de un frío consuelo: *Christine* puede cuidar de sí misma.

Otro pensamiento surgió también de alguna parte, mientras los policías salían de su vehículo y se acercaban a él, de ellos sosteniendo una orden de registro en la mano. Las palabras resonaron con la voz de un hombre viejo, la voz de Roland D. LeBay:

«Y ella cuidara de ti muchacho. Todo lo que debes hacer es seguir creyendo en ella y ella cuidará de ti».

Arnie abrió la puerta del coche y salió un momento después de que uno de los policías pudiera abrirla.

—¿Arnold Richard Cunningham? —preguntó uno de los dos.

—Sí, yo soy —respondió Arnie con tranquilidad—. ¿Iba a demasiada velocidad?

—No, hijo —le dijo uno de los otros—. Pero, a pesar de ello estás en un valle de lágrimas.

El primer policía avanzó un paso tan formalmente como oficial del Ejército.

—Tengo aquí un documento debidamente legalizado que permite el registro de este Chrysler Imperial 1966 en nombre del Pueblo del Estado de Nueva York y de la comunidad de Pensilvania y de los Estados Unidos de América. Además...

—Bueno, con eso se cubre todo el jodido terreno, ¿verdad? —replicó Arnie.

Le dolía fuertemente la espalda, y se llevó a ella las manos.

Los ojos del policía se agrandaron un poco al oír la voz de ese muchacho, pero continuó:

—Además, me permite decomisar cualquier contrabando encontrado durante el curso de este registro, en nombre del Pueblo del Estado de Nueva York y de la comunidad de Pensilvania y de los Estados Unidos de América...

—Espléndido —replicó Arnie.

Nada de todo aquello parecía real. Había confusión de coches azules. La gente que pasaba dentro de sus coches se volvían para mirarle, pero Arnie descubrió que no tenía ningún deseo de esconderse, de ocultar su rostro y eso le hacía sentirse aliviado.

—Dame las llaves, chico —le pidió uno de los policías.

—¿Y por qué no las buscas, comemierdas? —le dijo Arnie.

—No te estás haciendo ningún favor, muchacho —prosiguió el policía, pero parecía algo sorprendido y temeroso al mismo tiempo.

Por un momento la voz del chico se había hecho más profunda y áspera, y parecía que tuviera cuarenta años más, y fuese un tipo endurecido..., nada parecido al muchachito endeble que veía delante de él.

Se inclinó, cogió las llaves, y tres de los policías, inmediatamente, se dirigieron al portaequipajes. «Lo saben», pensó Arnie, resignado. Por lo menos, esto no tenía nada que ver con la obsesión de Junkins con Buddy Repperton y Moochie Welch y los otros, por lo menos no directamente rectificó cautelosamente esto parecía más bien una operación bien planeada y coordinada contra las operaciones de contrabando de Will de Libertyville a Nueva York y Nueva Inglaterra.

—Chico —prosiguió uno de los policías—, ¿quieres responder a algunas preguntas o realizar una declaración? Si crees que te gustaría, inmediatamente te leeré los derechos Miranda.

—No —replicó Arnie con tranquilidad—. No tengo nada que decir.

—Las cosas podrían ser algo más fáciles para ti.

—Eso es coerción —siguió Arnie, sonriendo un poco—. Vigilad o haréis un gran agujero en vuestro propio caso.

El policía enrojeció.

—Si quieres portarte como un imbécil, eso es asunto tuyo.

Abrieron el portaequipajes del Chrysler. Tuvieron que sacar el neumático de recambio, el gato y varias cajas pequeñas de recambio: muelles, tuercas, tornillos y cosas parecidas. Uno de los policías estaba casi del todo metido en el portaequipajes; únicamente le sobresalían las piernas cubiertas de gris azulado. Por un momento, Arnie confió, vagamente, en que no encontrarían el doble compartimiento, después rechazó el pensamiento: esa era la parte infantil en él, la parte que ahora deseaba rechazar, porque esa parte, últimamente, estaba quedando del todo dañada. Lo encontrarían. Y cuanto antes lo encontrasen, más pronto terminaría esta desagradable escena al lado de la carretera.

Como si algún dios hubiera escuchado su deseo y hubiera decidido complacerle apresuradamente, el policía dentro del portaequipajes gritó triunfalmente:

—¡Cigarrillos!

—Muy bien —convino el policía que le había leído la orden de registro—. Cierra eso —se dirigió hacia Arnie. Le hizo la advertencia Miranda—. ¿Entiendes tus derechos tal como te los he enunciado?

—Sí —dijo Arnie.

—¿Quieres hacer una declaración?

—No.

—Entra en el auto, hijo. Quedas arrestado.

«Estoy arrestado», pensó Arnie, y casi soltó una carcajada pues ese pensamiento era tan disparatado... Todo eso era un sueño y pronto despertaría. Arrestado. Preso en un vagón de la policía estatal. La gente que le miraba...

Desesperado, unas lágrimas infantiles, fuertemente sanas, le hicieron un nudo en la garganta. Le oprimía el pecho: una, dos veces.

El policía que le había leído sus derechos, le tocó en el hombro con un ademán desesperado. Presentía que si conseguía meterse dentro de sí mismo con la rapidez suficiente, todo iría bien... Sin embargo, la compasión podía volverle loco.

—¡No me toques!

—Hazlo a tu manera, hijo —le respondió el policía, sacando la mano.

Abrió la puerta trasera del furgón para que Arnie entrase.

«¿Se llora en los sueños?». Naturalmente que podía llorarse en sueños... ¿No había leído en alguna parte sobre gente que se despertaban de sus pesadillas con lágrimas en los ojos? Pero, sueño o no sueño, él no iba a llorar.

En vez de llorar pensaría en *Christine*. No en su madre, ni en su padre, no en Leigh ni en Will Darnell ni en Slawson..., en todos esos miserables mierdosos que le habían traicionado.

Pensaría en *Christine*.

Arnie cerró los ojos e inclinó su cara pálida, desencajada, hacia sus manos e hizo aquello mismo. Y como siempre al pensar en *Christine* las cosas mejoraron. Después de un rato pudo enderezarse y mirar fuera al paisaje y reaccionar sobre su situación.

Michael Cunningham depositó lentamente el auricular del teléfono en su soporte —con infinito cuidado—, como si hacer menos que eso pudiera causar una explosión y expandir por su estudio cortantes pedazos de metralla. Se sentó nuevamente en la butaca giratoria del escritorio, encima del cual tenía su máquina de escribir Selectric Corrector IBM II, un cenicero con las palabras en azul y dorado HORLICS UNIVERSITY casi ilegibles en el fondo sucio, y el manuscrito de su tercer libro, un estudio de los blindados *Monitor* y *Merrimac*. Estaba en mitad de una página cuando había sonado el teléfono. Ahora aflojó el sujetador de papel a la derecha de la máquina y sacó la página de debajo del rollo, observando minuciosamente curva. La puso boca abajo encima del manuscrito, que ahora era poco más que un enredo de correcciones a lápiz.

Fuera un viento frío gemía alrededor de la casa. La tibieza de las nubes de la mañana había dado lugar a una velada fría y clara de diciembre. La derretida nieve se había helado y su hijo estaba detenido en Albany acusado esto que parecía ser contrabando: «No, Mr. Cunningham, no es marihuana; son cigarrillos, doscientos cartones de cigarrillos *Winston* sin los precintos fiscales».

Desde abajo llegaba el zumbido de la máquina de coser de Regina. Ahora tendría que levantarse, ir hacia la puerta y abrirla, cruzar el vestíbulo hasta la escalera, bajar por ella, entrar en el comedor y después en el cuarto con plantas alrededor que, en otros tiempos, había sido el lavadero, pero que ahora era el cuarto de costura quedarse allí de pie mientras Regina alzaba la mirada hacia él (ella llevaría sus medias gafas para el trabajo cerca) y decir:

—Regina, Arnie ha sido arrestado por la policía del Estado de Nueva York.

Michael intentó comenzar este proceso levantándose de su butaca giratoria, pero esta parecía presentir que el hombre estaba temporalmente distraído. Giró y rodó hacia atrás sobre sus ruedecillas en un mismo instante, y Michael tuvo que agarrarse al borde de su escritorio para no caer. Se retrepó pesadamente en la butaca otra vez, y el corazón le latió con una rapidez dolorosa dentro del pecho.

De pronto, le invadió una oleada compleja de desesperación y pena, gimió en voz alta y se cogió la frente, apretando en las sienes. Los antiguos pensamientos bulleron dentro de su cabeza de nuevo, tan seguros como los mosquitos en verano, e igualmente enloquecedores. Seis meses antes, las cosas habían ido muy bien. Ahora su hijo estaba encerrado en una cárcel, en algún sitio. ¿En qué momento habían cambiado las cosas? ¿Cómo había podido él, Michael, cambiarlas? ¿Cuál era exactamente la historia de lo ocurrido? ¿Cuándo había comenzado a infiltrarse la dolencia?

—Jesús...

Apretó con mayor fuerza, escuchando el gemido invernal fuera de las ventanas. Él y Arnie habían colocado las protecciones exactamente el mes pasado. Aquél había sido un buen día, ¿no es cierto? Primero, Arnie que sostenía la escalera y mirando hacia arriba, y él abajo y Arnie allá arriba, y él gritándole a Arnie que tuviera cuidado, y el viento que le agitaba el pelo y las hojas muertas color castaño revoloteaban por encima de sus zapatos, perdido su color. Seguro que aquel día había sido un buen día. Incluso después de haberse introducido entre ellos aquel coche bestial, aquel auto que parecía arrojar una sombra sobre toda la vida de su hijo, como una enfermedad fatal, incluso después hubo algunos días buenos. ¿No es cierto?

—Jesús —dijo de nuevo con una voz débil, lacrimosa, la voz que él despreciaba.

Se alzaron ante sus ojos imágenes no deseadas. Colegas que le miraban de reojo, que quizá murmurasen en el club de la facultad. Discusiones en cócteles, en donde su nombre surgía y se bandeaba como un cuerpo anegado en agua. Arnie no cumpliría los dieciocho hasta dentro de casi dos meses, y esto suponía que su nombre no saldría en los periódicos, pero, no obstante, todo el mundo lo sabría. El rumor se esparcía con rapidez.

De pronto, demencialmente, vio a Arnie a los cuatro años, a carcajadas en un triciclo rojo que él y Regina habían adquirido en una venta de rebajas (Arnie, a los cuatro años, las llamaba «las ventas de rebajas de mamá») la pintura roja del triciclo tenía unas escamillas de moho, los neumáticos estaban desgastados, pero Arnie se entusiasmó con el triciclo se lo hubiera llevado con él a la cama de haber podido. Michael cerró los ojos y vio a Arnie de un lado a otro en la acera, con su mono azul de carga, el cabello que caía sobre los ojos, y entonces, en frente, el ojo debió parpadear o hizo algo y el triciclo esta ocasión enmohecido era *Christine*, su pintura roja cubierta de herrumbre, y sus ventanillas de un blanco lechoso por la edad.

Apretó con fuerza los dientes. Si alguien le hubiera estado mirando, hubiera creído que sonreía como loco. Esperó hasta tener un poco de dominio de sí mismo, y entonces se levantó y bajó la escalera para decirle a Regina lo que había sucedido. Se lo diría y ella pensaría en lo que debían hacer, tal como siempre había sido, ella le robaría el movimiento siguiente asumiendo el bálsamo triste que pudiera proporcionar el hacerse cargo de las cosas y le dejaría a él, únicamente, con la pena enfermiza y el conocimiento de que ahora su hijo era otra persona.

41. La llegada de la tempestad

She took the keys to my Cadillac car,

Jumped in my kitty and drove her far.

BOB SEGER

La primera de las grandes tempestades invernales del nordeste llegó a Libertyville en la víspera de Navidad avanzando impetuosa por el tercio superior de los Estados Unidos, en un recorrido tempestuoso, amplio y fácilmente predecible. El día comenzó bajo un sol brillante de cero grados, pero los pronósticos de la mañana ya estaban anunciando, alegremente, el mal tiempo, aconsejando a los que no habían terminado sus compras de última hora que las hicieran antes de media tarde. Para aquellos que habían proyectado viajes a las casas familiares para una Navidad a la antigua, siguió el consejo de que reconsiderasen sus planes si el viaje no podía hacerse dentro de las cuatro o seis horas siguientes.

—Si no queréis pasar el día de Navidad en una área de aparcamiento de la I-76, en algún punto entre Bedford y Carlisle, yo me marcharía inmediatamente, o me quedaría en casa —dijo el tipo de la FM-104 a su público oyente (buena parte del cual estaba demasiado cargado para ni tan siquiera considerar la posibilidad de ir a parte alguna) y, después, reanudó el programa de Navidad con la versión de Springsteen de *Santa Claus is Coming to Town*.

Aproximadamente a las once de la mañana, cuando Dennis Guilder, finalmente, salió del Hospital de Libertyville (según las normas del hospital, no pudo utilizar sus muletas hasta que hubo salido del edificio, siendo empujado hasta ese momento en su silla de ruedas por Elaine), el cielo había comenzado a cubrirse y alrededor del sol se había formado un círculo espectral. Dennis cruzó cuidadosamente con sus muletas la zona de estacionamiento, flanqueado por su padre y su madre, muy nerviosos, a pesar del hecho de que el lugar había sido escrupulosamente barrido de cualquier resto de nieve y hielo. Dennis se detuvo junto al coche familiar, alzando ligeramente el rostro para recibir la fresca brisa. Hallarse fuera era como una resurrección. Sentía que hubiera podido seguir allí de pie durante muchas horas, sin saciarse.

Aproximadamente a la una de aquella tarde, la furgoneta de la familia Cunningham había llegado a las afueras de Ligonier, a 150 Km. al este de Libertyville. Por aquel entonces, el cielo estaba cargado, entoldado suavemente en un tono gris pizarra y la temperatura había descendido seis grados.

Había sido idea de Arnie el que no cancelaran la Navidad tradicional de visitar a tía Vicky y a tío Steve, la hermana de Regina y su marido. Las dos familias habían establecido un rito casual, libre, con los años, algunos de los cuales Vicky y Steve acudían a su casa, y otros eran los Cunningham los que iban a casa de los Ligonier. El viaje de este año se había concertado a principios de diciembre.

Había sido cancelado después de ocurrir lo que Regina calificaba, tozudamente, de «problema de Arnie», pero a inicios de la semana anterior, Arnie había comenzado a insistir incesantemente para que el viaje se llevase a cabo.

Finalmente, después de una larga conversación con su hermana, el miércoles, Regina cedió al deseo de Arnie: principalmente, porque Vicky parecía sosegada y comprensiva y, sobre todo, sin nada de curiosidad sobre lo que había sucedido. Esto era importante para Regina: más importante de lo que ella hubiera sido capaz de decir. Le parecía que, en los ocho días desde que Arnie había sido arrestado en Nueva York, había tenido que enfrentarse con una interminable corriente de curiosidad rancia disfrazada de comprensión. Al hablar con Vicky por teléfono, al fin se había derrumbado y se echó a llorar. Era la primera, y la única vez desde que Arnie había sido arrestado en Nueva York, que ella se había permitido ese amargo lujo. Arnie estaba dormido en su cama, Michael que bebía demasiado, excusándose en el «espíritu de la Navidad», había salido para tomar una o dos cervezas en *O'Malley* con Paul Strickland, otro marginado en el juego de la política de la facultad. Probablemente, acabaría bebiendo seis cervezas, u ocho, o diez. Y si ella subía después al estudio de Michael, le encontraría sentado muy erguido, ante su escritorio, la mirada fija hacia la oscuridad, los ojos secos pero inyectados en sangre. Si ella intentase hablar con él, él le respondería muy confusamente y demasiado centrado en el pasado. Ella suponía que su marido debía estar sufriendo un ligero trastorno mental. No se permitiría semejante lujo (ya que así lo calificaba en su propio estado personal de angustia y enfado) y, cada noche, giraba y bullía con planes y proyectos hasta las tres o las cuatro de la madrugada. Todos estos pensamientos y planes estaban dirigidos a un solo objetivo: «Que podamos salir de este atolladero». Las dos únicas vías por las que dejaba acercar su mente a lo ocurrido eran, deliberadamente, vagas. Pensaba en «el problema de Arnie» y en «que podamos salir de este atolladero».

Pero, hablando con Vicky algunos días después del arresto de Arnie, el control férreo de Regina se había resquebrajado un poco. Lloró, a larga distancia, sobre el hombro de Vicky, y ésta la había consolado con cariño, haciendo que Regina se odiara por todas las pullas maliciosas que había dirigido a Vicky en los años pasados. Vicky cuya única hija había abandonado la Universidad para casarse y convertirse en una ama de casa, y cuyo único hijo se había sentido satisfecho con una escuela de formación profesional (¡Nada de eso para el hijo de ella!). Vicky, cuyo marido se ocupaba del ridículo trabajo de hacer seguros de vida. Y Vicky, la cosa cada vez era más divertida, vendía botes

Tupperware. Pero fue con Vicky con quién pudo llorar, fue a Vicky a quien había podido, finalmente, el pesar parte de su torturado sentido de desilusión y de terror y de pena, sí, y la terrible vergüenza de todo ello, sabiendo que la gente hablaba, y que la gente que durante años había estado deseándole el mal, ahora estaba satisfecha. Fue Vicky, y quizá siempre había sido Vicky, y Regina decidió que si este miserable año llegaban a celebrar a Navidad, la celebrarían en la vulgar casa-rancho suburbana de Vicky y Steve, en el divertido suburbio de clase media de Ligonier, en donde la mayoría de las personas seguían utilizando coches norteamericanos y al referirse a una escapada a *McDonald's* decían que «comían fuera».

Mike, naturalmente, sencillamente, se sometió a la decisión de Regina. Ella no esperaba más y no hubiera tolerado nada menos.

Para Regina Cunningham, los tres días siguientes a las noticias de que Arnie «tenía problemas» habían sido un ejercicio de puro control, una dura zambullida para sobrevivir. Su supervivencia, la de la familia, la supervivencia de Arnie: él quizá no lo creería, pero Regina descubrió que no tenía tiempo de preocuparse. El dolor de Mike nunca había entrado en las ecuaciones de ella, en su mente nunca cruzó el pensamiento especulativo de que podían consolarse el uno al otro. Sosegadamente, había puesto la cubierta a su máquina de coser después de que Mike bajase para darle la noticia. Hizo eso, y entonces había ido al teléfono y comenzado la tarea. Las lágrimas que más tarde derramaría mientras hablaba con su hermana, estaban a un millar de años de distancia. Había pasado rozando ante Michael como si él fuese una pieza del mobiliario, y él la había seguido vacilando como había hecho durante toda su vida matrimonial.

Llamó a Tomás Sprague, su abogado, enterándose de que su problema era penal, y recomendándole en seguida a un colega, Jim Warberg. Llamó a Warberg y le respondió el servicio de recados que no quiso darle el número particular de Warberg. Permaneció un momento sentada junto al teléfono, tamborileando ligeramente sus dedos en los labios y, después, llamó de nuevo por teléfono. El abogado Sprague no podía darle el número del domicilio de Warberg, pero, finalmente, cedió. Cuando Regina dejó de hablar con él, Sprague parecía confuso, casi en trance. Cuando se lanzaba de lleno, Regina solía causar a menudo reacciones semejantes.

Llamó a Warberg, quien le respondió que él no podía en absoluto hacerse cargo del caso. Regina había atacado nuevamente de firme. Warberg acabó no sólo aceptando el caso, sino que estuvo de acuerdo en ir inmediatamente a Albany, en donde Arnie estaba detenido, para ver qué se podía hacer. Warberg, hablando con la voz asombrada y débil de un hombre lleno de novocaína atropellado después por un tractor, protestó diciendo que él conocía a un hombre perfectamente capaz en Albany que se desenvolvería mejor en ese Estado. Regina fue implacable. Warberg partió en avión particular y pasaba su informe cuatro horas después.

Arnie, explicó había sido detenido bajo una acusación abierta. Al día siguiente le llevarían en extradición a Pensilvania. Pensilvania y Nueva York habían coordinado la detención junto con tres agencias federales: La Fuerza Federal para el Control de Drogas, el IRS y la Oficina Federal Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego. El objetivo principal no era Arnie, un pez pequeño, sino Will Darnell, Darnell y aquel con quien Darnell estuviera haciendo negocio.

«Esos tipos —dijo Warberg—, con sus conexiones sospechosas con el crimen organizado y el contrabando desorganizado de drogas en el nuevo Sur, eran los peces gordos».

—Retener a alguien en un caso de acusación abierta es ilegal —había replicado inmediatamente Regina, echando mano de un profundo almacenamiento de datos adquiridos viendo las múltiples películas de crímenes de la televisión.

Warberg, no precisamente entusiasmado en estar donde estaba cuando había planeado pasar una velada tranquila en casa leyendo un libro, respondió con prontitud:

—Yo ya me habría puesto de rodillas agradeciendo a Dios que sea eso todo lo que han realizado. Le atraparon con un portamaletas lleno de cigarrillos sin sello fiscal, y si les presiono un poco se sentirán más que satisfechos en acusarle, señora Cunningham. Yo les aconsejo a usted y a su marido que vengan a Albany. Rápidamente.

—Creí haber entendido que mañana decretarían su extradición...

—Ah, sí, todo eso ya ha quedado arreglado. Pero si vamos a jugar duro con estos tipos, deberíamos sentirnos satisfechos de que el juego tenga lugar en nuestro tribunal. En este caso, el problema no es la extradición.

—¿Qué es entonces?

—Esta gente quiere jugar a los soldaditos con las fichas de dominó. Quieren arrojar a su hijo encima de Will Darnell. Arnold no habla. Deseo que acudan aquí y le convenzan de que le conviene más hablar.

—¿Realmente? —preguntó ella dudosa.

—¡Demonios, claro que sí! —replicó la voz de Warberg—. Estos tipos no quieren meter a su hijo en la cárcel. Es un menor y proviene de una buena familia sin ningún antecedente penal, ni tan siquiera un mal informe escolar o problemas de disciplina. Podrá salir de esto sin tener ni que encararse con un juez. Pero debe hablar.

De modo que se habían ido a Albany, y Regina había descendido hasta un pasillo corto y estrecho, con baldosines blancos, iluminado con bombillas de alto voltaje empotradas en unos huecos del techo y

cubiertas con tejido de alambre. El lugar olía vagamente a *Lysol* y a orina, y ella intentó convencerse, repetidamente, de que su hijo estaba detenido aquí, su hijo. Pero llegar a esa convicción resultó muy duro. No parecía posible que fuese verdad. Era mucho más probable que todo fuese una alucinación.

Al ver a Arnie, la posibilidad se desvaneció con rapidez. También se despojó en seguida de la chaqueta protectora del trauma, y ella experimentó un temor frío, destructor.

Fue en este momento cuando se agarró, en principio, a la idea de «que podamos salir de este atolladero», de la misma manera que una persona en trance de ahogarse se agarrara a un salvavidas. Era Arnie, era su hijo, no en una celda de cárcel (eso fue lo único que se le evitó a ella, pero ella se sintió agradecida incluso por los pequeños favores), sino en una pequeña habitación cuadrada cuyo único mobiliario consistía en dos sillas y una mesa con muchas quemaduras de cigarrillo.

Arnie la había mirado con fijeza, y su rostro parecía terriblemente enflaquecido, como una calavera. Hacía sólo una semana que había ido al barbero y le habían cortado el pelo sorprendentemente corto (después de muchos años de llevarlo largo, imitando a Dennis) y ahora la luz del techo brillaba con crueldad sobre lo que le quedaba de pelo, haciéndole parecer momentáneamente calvo, como si le hubieran afeitado la cabeza para hacerle hablar.

—Arnie —le dijo su madre, y fue hacia él, a medio camino solamente.

Arnie volvió la cabeza rehusando mirarla con los labios muy apretados. Ella se detuvo. Una mujer más débil se hubiera echado a llorar, pero Regina no era una mujer débil. Dejó que retornara la frialdad y se apoderase de ella.

La frialdad era todo lo que ahora la sostendría.

En vez de abrazarle —algo que, obviamente, Arnie no deseaba—, Regina se sentó y le dijo lo que había que hacer. Él rehusó. Le ordenó que hablase con la policía. Rehusó de nuevo. Razonó con él. Él se negó. Le sermoneó. Y rehusó. Le suplicó. Se negó. Finalmente, se quedó allí tristemente, con un dolor de cabeza apretándole en las sienes y le preguntó a Arnie el porqué. Él rehusó aclarárselo.

—¡Creía que tú eras listo! —gritó su madre al fin.

Estaba casi enloquecida por la frustración: la cosa que más odiaba era no salirse con la suya, cuando deseaba absolutamente hacerlo, necesitaba salirse con la suya esto de hecho, no había sucedido nunca desde que salió de su casa. Hasta ahora. Era enfurecedor encontrarse desbaratada, tan suave e implacablemente por este chico que había mamado en sus pechos.

—¡Yo creía que eras listo, pero eres un imbécil! ¡Eres..., eres un gilipollas! ¡Te llevarán a la cárcel! ¿Quieres ir a la cárcel por causa de ese Darnell? ¿Es eso lo que quieres? ¡Se reirá de ti! ¡Se reirá de ti!

Regina no podía imaginar nada peor, y la aparente falta de interés de su hijo, en cuanto a que se burlaran o no de él, la enfurecía aún más.

Se levantó de la silla y se apartó los cabellos de las cejas y los ojos, el ademán inconsciente de una persona que está dispuesta a pelear. Respiraba con rapidez, con el rostro enrojecido. A Arnie le pareció que su madre parecía mucho más joven, y mucho, mucho más vieja de lo que nunca la había visto.

—No lo hago por Darnell —replicó con suavidad— y no voy a ir a la cárcel.

—¿Y quién eres tú, Oliver Wendell Holmes? —le replicó ella ferozmente, pero su enojo estaba dominado de alguna manera por un sentimiento de alivio. Por lo menos podía decir algo—. ¡Te pillaron en tu coche con el portamaletas lleno de cigarrillos! ¡Cigarrillos ilegales!

Calmosamente, Arnie respondió:

—No estaban en el portamaletas. Y era el coche de Will, Will me dijo que me llevara su coche.

Ella le miró.

—¿Estás diciéndome que no sabías que estaban allí?

Arnie la miró con una expresión que ella, sencillamente, no podía aceptar, era tan ajena al carácter de su hijo: desprecio. «Bueno como el oro, mi hijo es bueno como el oro», pensó demencialmente.

—Yo lo sabía y Will lo sabía también. Pero ellos han de demostrar eso, ¿no es cierto?

Su madre sólo conseguía mirarle, pasmada.

—Si me hacen cargar con la culpa de alguna manera —prosiguió Arnie—, tendré una suspensión de sentencia.

—Arnie —le dijo—, no estás pensando sensatamente. Quizá tu padre...

—Sí —interrumpió el chico—. Pienso de forma correcta. No sé lo que estás haciendo, pero sí pienso bien las cosas.

Y la miró, con sus ojos grises terriblemente vacíos, tanto, que su madre no pudo resistirlo y tuvo que marcharse.

En el pequeño recibidor verde caminó a ciegas hacia su marido, que había permanecido sentado en un banco en Warberg.

—Ve ahora tú —le dijo Regina—. A ver si le haces entrar en razón.

Se alejó sin esperar su respuesta, sin detenerse hasta que estuvo fuera y el aire frío de diciembre le acarició las rosas mejillas.

Michael entró pero no tuvo mejor suerte, salió sin nada más que una garganta seca y una cara que parecía diez años más vieja que al entrar.

En el motel, Regina le dijo a Warberg lo que Arnie había declarado y le preguntó si había alguna posibilidad de que el chico tuviera razón.

Warberg se quedó pensativo.

—Sí, esa es una defensa posible —manifestó—. Pero sería muchísimo más posible si Arnie fuese la primera ficha de dominó de la hilera. No lo es. Hay un vendedor de coches usados aquí, en Albany, llamado Henry Buck. Ese es el que lo escondió. También ha sido arrestado.

—¿Y qué ha dicho? —preguntó Michael.

—No tengo manera de saberlo. Pero cuando intenté hablar con su abogado, él no quiso hablar conmigo. Yo encuentro eso ofensivo. Si Buck habla, le echará la culpa a Arnie. Me apuesto con ustedes mi casa y todo lo demás que Buck declarará que su hijo conocía que ese doble compartimento estaba ahí, y eso es algo malo.

Warberg les miró con atención.

—Saben ustedes, lo que Arnie ha dicho a su madre es sólo astuto a medias, señora Cunningham. Hablaré con él mañana, antes de que le lleven de vuelta a Pensilvania. Así que confío poder hacerle ver es que hay una posibilidad de que todo el asunto caiga sobre su cabeza.

Del cielo encapotado comenzaron a revolotear los primeros copos de nieve, mientras entraban en la calle de Steve y Vicky. «¿Estará también nevando en Libertyville?», pensó Arnie, y tocó las llaves en su estuche de piel que llevaba en el bolsillo. Probablemente también.

Christine seguía en el garaje de Darnell, bajo custodia. Eso estaba bien. Por lo menos, estaba protegida de las inclemencias. Él la recogería otra vez. A su tiempo.

El pasado fin de semana había sido como una confusa pesadilla. Sus padres, sermoneándole en aquella pequeña habitación blanca, parecían exhibir las caras desconectadas de los forasteros; eran cabezas que hablaban un lenguaje incomprensible. El abogado que habían contratado, Warley o Warmly o lo que fuese, hablaba sin cesar de algo

que él llamaba la teoría del dominó, y sobre la necesidad de salir del «condenado edificio antes de que todo se derrumbe sobre tu cabeza, muchacho: hay dos Estados y tres agencias federales metidas en ese embrollo».

Pero Arnie estaba más preocupado por *Christine* .

Cada vez le parecía más evidente que Roland D. LeBay estaba con él, o acechando en algún lugar cerca de él: estaba, a lo mejor, incorporado dentro de él. Esta idea no asustaba a Arnie, le consolaba. Pero tenía que andarse con cuidado. No por Junkins, presentía que Junkins sólo tenía sospechas, y que todas iban en direcciones equivocadas irradiando desde *Christine* , en vez de concentrarse hacia ella. Pero Darnell... Con Will sí que podría haber problemas. Sí, problemas auténticos.

Aquella primera noche en Albany, después de que su madre y su padre regresasen a su motel, Arnie había sido llevado a una celda de detención en donde se había dormido con una velocidad y facilidad sorprendentes. Y había tenido un sueño: no precisamente una pesadilla, sino algo que parecía tremendamente inquietante. Se había despertado desvelado en medio de la noche, bañado en sudor.

Había soñado que *Christine* había quedado reducida de escala, convirtiéndose en un Plymouth de 1958 no mayor que la mano de un hombre. Estaba en una pista con ranura de coches miniatura, rodeado por un paisaje a escala sorprendentemente acertado: aquí había una calle de plástico que podía ser Basin Drive, aquí otra que podía ser JFK Drive, en donde habían matado a Moochie Welch. Una construcción de piezas *Lego* que se parecía, exactamente, a Libertyville High. Casas de plástico, árboles de papel, un voluminoso, gigantesco Will Darnell, que estaba a los lados y decidía lo aprisa o lo despacio que el diminuto Fury corría a través de todo aquello. Respiraba ruidosamente, aspirando y espirando, entrando el aire en sus maltrechos pulmones con un sonido tempestuoso.

«No te conviene abrir la boca, muchachito» —había dicho Will. Dominaba este modelo de mundo a escala como el Asombroso Hombre Coloso—. «No querrás jugar conmigo porque yo estoy al control; puedo hacer esto...».

Y, lentamente, Will comenzó a hacer girar el botón del control.

Rápido.

—¡No! —trató de gritar Arnie—. ¡No, no hagas eso, por favor! ¡Yo la quiero! ¡Por favor, vas a matarla!

En la pista, la pequeña *Christine* corría hacia la pequeña Libertyville cada vez más de prisa, y su parte posterior se desviaba en las curvas con movimiento tembloroso, al borde más extremo de la fuerza centrífuga, ese misterio en forma de plato. Ahora el vehículo era

simplemente una confusión de blanco sobre rojo, y su motor emitía una especie de chirrido agudo, irritado.

—¡Por favor! —gritó Arnie—. ¡Por favooooooooooooor!

Finalmente, Will había comenzado a girar el control, con aspecto maliciosamente complacido. El pequeño coche empezó a reducir la velocidad.

«Si comienzas a tener ideas, sólo has de recordar dónde tienes tu coche, muchachito. Conserva cerrada la boca y ambos viviremos para seguir luchando. Yo ya he estado en aprietos mucho peores que este...».

Arnie había alargado la mano para coger el diminuto bulto, para rescatarlo de la pista. El Will de su sueño le había golpeado en la mano.

—¿De quién es el saco, muchachito?

—Will, por favor...

—Vamos, que yo lo oiga.

—El saco es mío.

—Y no lo olvides, muchachito.

Y Arnie se había despertado con esas palabras en los oídos. Aquella noche ya no pudo dormir más.

¿Era tan improbable que Will supiera..., bueno, que supiera algo sobre *Christine* ...? No. Will veía muchas cosas desde detrás de esa ventana, pero sabía cómo mantener cerrada la boca: por lo menos hasta que llegara el momento adecuado de abrirla. Quizá Will sabía lo que Junkins ignoraba, que la regeneración de *Christine*, en noviembre, no era sólo extraña, sino totalmente imposible. Will sabría que un montón de reparaciones nunca se habían realizado, por lo menos no por Arnie.

¿Qué más sabría Will?

Con un frío que subió hormigueante por las piernas hasta las raíces de sus entrañas, Arnie se dio cuenta, finalmente, de que Will pudo estar en el garaje la noche en que Repperton y los otros habían muerto. De hecho, era más que posible. Era probable. Jimmy Sykes era un simplón, Will no confiaba en dejarle solo.

«No te conviene abrir la boca. No querrás jugar conmigo porque yo puedo hacer esto...».

Pero incluso suponiendo que Will lo supiera, ¿quién le creería? Ya era demasiado tarde para creer en un autoengaño y Arnie no podía alejar de sí el impensable pensamiento..., y tampoco lo deseaba. ¿Quién

creería a Will, si Will se decidía a contar a alguien que *Christine*, algunas veces, corría por sí sola? ¿Que ella había salido autoconduciéndose la noche en que mataron a Moochie Welch y también la noche en que aquellos otros gamberros fueron muertos? ¿Creería eso la policía? Se morirían de risa. ¿Junkins? Acalorándose, pero Arnie no creía que Junkins pudiera aceptar tal cosa aunque lo estuviera deseando. Arnie había visto sus ojos. Así que, aunque Will lo supiera, ¿qué provecho podía sacar de su conocimiento?

Entonces, con un creciente horror, Arnie se dio cuenta de que eso no importaba. Will saldría al día siguiente bajo fianza, o al otro día, y entonces *Christine* sería un recuerdo. Podría quemarla —había incendiado muchos coches en su vida, y Arnie lo sabía por haber estado sentado en la oficina escuchándole contarlo— y después que la hubo quemado con la antorcha, un bulto achicharrado, inútil en el patio de atrás, esperaba la trituradora. Ahí va el incinerado de *Christine* en la cinta transportadora, por donde sale un cubo comprimido de metal.

Los «polis» habían sellado el garaje.

Pero eso tampoco importaba mucho. Will Darnell era un viejo, y se mantenía preparado para cualquier consecuencia. Si Will quería entrar y quemar con una antorcha a *Christine*, lo haría... Aunque era mucho más probable —pensó Arnie— que contratase a un especialista en ello para que hiciera el trabajo: algún tipo que arroje pequeños puñados de bolas de prender fuego dentro del auto, y después le echaría una cerilla encendida. En su imaginación, Arnie podía ver las crecientes llamas podía oler la tapicería al quemarse. Estaba tendido en el camastro de la celda, con la boca y el corazón latándole alocadamente en el pecho.

«No te conviene abrir la boca. No querrás jugar conmigo».

Naturalmente, si Will intentaba hacer algo y se descuidaba —si su concentración se relajaba aunque sólo fuese un momento—, *Christine* le destruiría. Pero, de alguna manera Arnie no creía que Will pudiera.

Al día siguiente, Arnie fue llevado de vuelta a Pensilvania acusado, y después liberado bajo fianza por una suma de dinero. Habría un juicio preliminar en enero, y se hablaba del gran jurado. El arresto fue asunto de primera plana en todo el Estado, aunque Arnie fuese sólo identificado como «un joven cuyo nombre se mantenía en secreto por el Estado y las autoridades federales a causa de su condición de menor». Sin embargo, el nombre de Arnie era suficientemente conocido en Libertyville. A pesar de sus nuevos autocines modernos, sus emporios de comidas preparadas y boleras, seguía siendo una ciudad universitaria en donde las vidas de muchos eran del dominio público. Estas personas, en su parte asociadas con la Universidad Horlicks, sabían que había estado conduciendo para Will Darnell, y quién había sido arrestado en la línea fronteriza con el Estado de Nueva York con un maletero lleno de cigarrillos de contrabando. Era la pesadilla de Regina.

Arnie regresó a casa y quedó bajo la custodia de sus padres —por una fianza de mil dólares—, después de una estancia en la cárcel. Todo ello no era, realmente, una grande y jodida partida de *Monopoly*. Sus padres se habían presentado con la tarjeta de «Sal Libre de La Cárcel». Como era de suponer.

—¿De qué sonrías, Arnie? —le preguntó Regina.

Michael estaba conduciendo la «rubia» cautelosamente mirando por entre los remolinos de nieve camino de la casa-rancho de Steve y de Vicky.

—¿Estaba sonriendo?

—Sí —replicó ella, y le tocó el cabello.

—No me acuerdo muy bien —respondió Michael valientemente, y su mujer apartó la mano.

Habían llegado a casa en domingo y sus padres le habían dejado solo, ya fuese porque no sabían cómo conversar con él o porque estaban muy disgustados, o quizá una combinación de ambas cosas. A él no le importó un pimiento lo que pudiera ser, y eso era la pura verdad.

Se sentía agotado, exhausto, una sombra de sí mismo. Su madre se había ido a la cama y durmió toda aquella tarde después de dejar descolgado el teléfono. Su padre trabajaba distraídamente en su taller, conectando su planeador eléctrico y desconectándolo después.

Arnie se quedó sentado en la sala de estar contemplando un partido de fútbol americano, no sabiendo quiénes eran los que jugaban, y no importándole, satisfecho de estar mirando a los jugadores que corrían de un lado para otro, primero bajo el sol tibio y brillante de California, y después bajo una mezcla de lluvia y aguanieve, que convirtió el terreno de juego en un campo de barro revuelto que borraba todas las líneas.

Alrededor de las seis de la tarde se quedó dormido.

Y soñó.

Aquella noche soñó de nuevo y, a la siguiente, en la cama en donde había dormido desde su más temprana edad, con el olmo que arrojaba su sombra familiar (ese esqueleto que, milagrosamente, ganaba carne nueva todos los meses de mayo). Estos sueños no fueron como el sueño de Will el gigante, inclinándose poderoso sobre la pila de coches miniatura. Al cabo de unos momentos de haber despertado, ya no podía recordar estos sueños. Y quizás era mejor. Una figura junto a la carretera, un dedo descarnado que daba golpecitos en una palma de la mano podrida en una parodia lunática de instrucción: una sensación inquietante de libertad y... ¿Escape? Sí, escape. Nada más, si escapaba

de estos sueños y volvía a la realidad una imagen repetida: se hallaba detrás del volante de *Christine*, conduciendo con lentitud a través de una fuerte ventisca, tan espesa con la nieve que, literalmente, Arnie no podía ver más allá del capó de su auto. El viento silbaba, más bien era un ruido de bajo, un sonido más y más siniestro. Entonces, la imagen había cambiado. La nieve dejaba de ser nieve: era cinta adhesiva. El rugido del viento era el rugido de una gran multitud alineada a ambos lados de la Quinta Avenida. Le aclamaban. Aclamaban a *Christine*. Les vitoreaban porque él y *Christine* habían..., habían...

Escapado.

Cada vez que este sueño confuso se desvanecía, Arnie pensaba: Cuando esto termine me marcharé. Seguro que me iré. Me iré en coche a México. Y México, mientras él lo imaginaba con su sol ardiente y su quietud irreal, parecía irreal en los sueños.

Poco después de haber despertado del último de estos sueños, la idea de pasar la Navidad con la tía Vicky y tío Steve, como en los viejos tiempos, se le había presentado. Despertó con ella, y resonaba en su cabeza con una insistencia singular. La idea parecía terriblemente buena, una idea muy importante. Salir de Libertyville antes de...

Bueno antes de Navidad. ¿Qué otra cosa?

De modo que comenzó a hablar de ello con su padre y su madre insistiendo especialmente con Regina. El miércoles ella sé decidió bruscamente y estuvo de acuerdo. Arnie sabía que su madre había hablado con Vicky, y Vicky no se había mostrado inclinada a culparla de lo sucedido, de todo que todo iba bien.

Ahora en la víspera de Navidad, Arnie sabía que todo estaría perfectamente bien muy pronto.

—Es ahí, Mike —dijo Regina—, y ahora pasarás de largo, justo como haces cada vez que venimos aquí.

Michael gruñó y dobló por la avenida.

—Ya la había visto —explicó con el tono perpetuamente defensivo que siempre parecía usar cuando estaba con su mujer.

«Es un asno —pensó Arnie—. Ella le habla como a un asno, ella le conduce como a un asno, y él rebuzna como un asno».

—Estás sonriendo otra vez —comentó Regina.

—Estaba pensando en cuánto los quiero a los dos —replicó Arnie.

Su padre le miró, sorprendido y conmovido y, en los ojos de su madre, había un suave brillo que bien podía ser a causa de las lágrimas.

Realmente, le creyeron.

Mierdosos.

Hacia las tres en punto de la víspera de Navidad, la nieve todavía era únicamente ráfagas aisladas, aunque comenzaban a fundirse unas con otras. La demora en la llegada de la tempestad no eran buenas noticias, pronosticaban los meteorólogos. Se había acumulado y vuelto todavía más viciosa. Las predicciones de posibles acumulaciones de nieve habían pasado de los 30 cm. a unos probablemente 20 cm., con graves complicaciones de fuertes vientos.

Leigh Cabot estaba sentada en la sala de su casa, frente al pequeño árbol natural de Navidad, que ya comenzaba a perder las agujas (en su casa, ella era la voz del tradicionalismo y, durante cuatro años, había conseguido evitar el deseo de su padre de instalar un árbol sintético, y el deseo de su madre de celebrar la fiesta con un ganso o un capón en vez del tradicional pavo del Día de Acción de Gracias). Estaba sola en casa. Su madre y su padre habían ido al hogar de los Stewart para las bebidas tradicionales de Navidad. Mr. Stewart era el nuevo jefe de su padre, simpatizaban mutuamente. Mrs. Cabot estaba ansiosa por consolidar aquella amistad. Durante los últimos diez años habían cambiado de casa seis veces, de un lugar a otro de la costa Este y, de todos los lugares en que habían permanecido, el que más gustaba a su madre era Libertyville.

Deseaba quedarse aquí, y la amistad de su marido con Mr. Stewart podía ser un largo camino para asegurar su deseo.

«Solita y todavía virgen» —pensó Leigh. Era una cosa extraordinariamente estúpida de pensar, pero, a pesar de ello de pronto se levantó como si hubiera recibido un pinchazo. Fue a la cocina, sobradamente consciente de aquellos pequeños sonidos de servicio de una tierra de maravillas de fórmica: reloj eléctrico, el horno en donde se estaba cocinando un jamón (*desconectarlo si no han regresado a las cinco*, se recordó), un helado frío del frigorífico cuando el dispositivo de hacer cubitos soltó uno de ellos.

Leigh abrió el frigorífico, vio un paquete con seis *Coca-Colas* junto a la cerveza de su padre y pensó: «*Vade retro*, Satán». De todos modos, cogió una lata. Al diablo lo que hiciera con su cutis. Ahora no salía con nadie. Si le pasaba algo, bueno, ¿y qué?

La casa vacía le causaba inquietud. Nunca le había ocurrido con anterioridad, siempre se había sentido complacida y absurdamente competente cuando sus padres la dejaban sola: una reminiscencia de sus días de infancia, sin duda alguna. La casa siempre le había parecido acogedora. Pero ahora los sonidos de la cocina, del creciente viento de

fuera, incluso el arrastre de sus zapatillas por el linóleo, todos aquellos ruidos parecían siniestros, incluso amenazadores. Si las cosas hubieran ido por otro camino, Arnie podría haber estado ahora con ella. Sus padres, especialmente su madre, simpatizaban con él. Al principio. Ahora, naturalmente, después de lo que había sucedido, su madre, probablemente le lavaría la boca con jabón si supiera que Leigh estaba pensando en él. Pero ella sí pensaba en Arnie. La mayor parte del tiempo, demasiado. Preguntándose porque había cambiado. Preguntándose cómo afrontaba su ruptura. Preguntándose si se encontraría bien.

El viento creció y se convirtió en un chillido y, después, se redujo un poco, haciéndole recordar sin motivo alguno, claro estar en un motor de coche que giraba y se paraba después.

«No regresaremos de la Curva del Hombre Muerto» —susurraba extrañamente su mente—. Y sin ninguna razón (naturalmente) se acercó al fregadero y vertió su *Coca-Cola* por el desagüe, preguntándose si iba a llorar, o vomitar, o qué.

Comenzó a darse cuenta, sorprendida, de que se hallaba en un estado de profundo terror.

Sin ninguna razón.

Naturalmente.

Por lo menos sus padres habían dejado el coche en el garaje (autos, ella tenía autos en el cerebro). No le gustaba imaginar a su padre intentando acudir en coche a casa desde el domicilio de los Stewart, medio aturdido por tres o cuatro martinis (excepto que él siempre los llamaba *martunis* con ese empeño infantil de los adultos). Sólo se hallaban a tres manzanas, y los dos habían salido de casa abrigados y riendo divertidos. Parecían un par de chiquillos crecidos dispuestos a formar un muñeco de nieve. El paseo hasta casa les serenaría. Sería bueno para ellos. Sería bueno para ellos si...

El viento se alzó de nuevo arremolinándose en las alturas y después por la calle, a través de nubes de agitadas, nieve, apoyándose el uno contra el otro para no caerse sobre sus adorables e inseguros traseros, y riéndose. Papá, seguramente, sobaría maliciosamente a mamá a través de sus pantalones de nieve. Del mismo modo que lo hacía, cuando le inspiraba el deseo, era algo que siempre había irritado a Leigh porque le parecía que era una cosa demasiado juvenil para un hombre adulto. Pero, naturalmente les amaba a ambos. Su cariño formaba parte de aquel enojo, y su exasperación ocasional con ellos era buena parte de su amor.

Caminaban juntos a través de una nieve tan espesa como humo pesado y entonces, en el blanco detrás de ellos, se abrieron dos enormes ojos verdes, que parecían flotar... ojos que se parecían terriblemente a los

círculos de los instrumentos del panel que ella había visto mientras se ahogaba..., y dirigiéndose hacia sus padres, inocentes, vacilantes y sonrientes.

Leigh aspiró hondo y volvió a la salita de estar. Se acercó al teléfono, casi lo tocó y, entonces, retrocedió y se acercó de nuevo a la ventana, mirando afuera, a la blancura, apoyando los codos en las palmas de las manos.

¿Qué había estado a punto de hacer? ¿Llamarles? ¿Decirles que estaba sola en la casa y que había empezado a pensar en el escurridizo y viejo coche de Arnie, su amiga del alma de acero *Christine*, y que ella quería que regresaran a casa porque temía por ellos y por ella misma? ¿Qué iba a hacer?

Agudo, Leigh. Agudo.

La calzada hollada y sucia de la calle estaba desapareciendo bajo la nieve recién caída, pero lentamente, sólo ahora había empezado a nevar de veras con fuerza, y el viento, esporádicamente, intentaba aclarar la calle con fuertes ráfagas que hacía revolotear membranas de polvillo que se alzaban para confundirse con el cielo blancogrís de la tarde tempestuosa, como fantasmas de humo que se retorcieron lentamente...

Oh, pero el terror estaba ahí era real, y algo iba a suceder. Ella lo sabía. Leigh se había quedado asombrada al saber que Arnie había sido arrestado por contrabando, pero esa reacción no había sido tan fuerte como el temor enfermizo que había sentido al abrir el periódico el día anterior, al ver lo que había sucedido a Buddy Repperton y a esos otros dos muchachos, aquel día cuando su primer pensamiento, en cierto modo seguro, demencial, y terrible, había sido: *Christine*.

Y ahora la agobiaba, terriblemente, el presentimiento de algún nuevo plan siniestro, y no podía liberarse, y era una locura. Arnie había estado en Filadelfia, asistiendo a un torneo de ajedrez, ella lo había preguntado aquel mismo día y no debería pensar más en este asunto. Encendería todas las radios y la televisión para llenar la casa de ruidos, para no pensar en aquel coche que olía como una tumba, aquel auto que había intentado matarla, asesinarla.

—Oh, maldita sea —murmuró—. ¿No puedes dejarme?

Y sus brazos se esculpieron, rígidamente, en carne de gallina.

Bruscamente, se dirigió de nuevo al teléfono, encontró el listín y, tal como Arnie había hecho dos semanas antes, llamó al hospital de Libertyville. Una recepcionista de agradable voz le dijo que Mr. Guilder había salido aquella mañana. Leigh le dio las gracias y colgó.

Se quedó pensativa en la sala de estar vacía, mirando el pequeño árbol los regalos, el belén en el rincón. Buscó entonces el número de los Guilder en el listín telefónico y lo marcó.

—Leigh —exclamó Dennis, felizmente complacido.

Ella sentía la frialdad del teléfono en su mano.

—Dennis, ¿podría acercarme hasta tu casa y hablar contigo?

—¿Hoy? —preguntó él, sorprendido.

Por la mente de Leigh rodaban pensamientos confusos. El jamón en el horno. Tenía que apagar el horno a las cinco. Sus padres estarían en casa. Era la víspera de Navidad. La nieve. Y... ella no creía que fuese sensato salir esta noche. Ahí fuera, caminando por las aceras, cuando cualquier cosa podría estar acechando desde la nieve.

Cualquier cosa.

No esta noche, esto era lo peor. Ella no creía que fuese seguro salir esta noche.

—¿Leigh?

—No esta noche —replicó—. Estoy cuidando de la casa. Mis padres han acudido a un cóctel.

—Sí, también los míos —comentó Dennis, divertido—. Mi hermana y yo estamos jugando al parchís. Ella hace trampas.

Débilmente:

—¡No es verdad!

En cualquier otro momento hubiera sido divertido. Pero no ahora.

—Después de Navidad. El martes quizás. El veintiséis. ¿Te parece bien?

—Claro —repuso él—. Leigh, ¿se trata de Arnie?

—No —dijo ella, apretando tanto el teléfono que su mano quedó adormecida. Tuvo que esforzarse con su voz—. No... no de Arnie. Quiero hablarte de *Christine*.

42. Estalla la tormenta

Well she's a hot-steppin hemi with a four on the floor,
She's a Roadrunner engine in a '32 Ford,
Yeah, late at night when I'm dead on the line,
I swear I think of your pretty face when I let her wind.
Well look over yonder, see those city lights?
Come on, little darlin, go ramroddin tonight.

BRUCE SPRINGSTEEN

A las cinco de aquella tarde el temporal había cubierto de blanco Pensilvania, la tempestad rugía por todo el Estado, de una frontera a otra, llena de nieve su garganta rugiente. No se produjeron las últimas compras apresuradas de Navidad, y la mayoría de los dependientes y comerciantes sentían agradecimiento hacia la madre Naturaleza a pesar de no poder hacer horas extras. Unos a otros, con las bebidas navideñas en la mano, delante de un fuego reavivado, se decían que ya habría tiempo de sobras para eso el próximo martes cuando comenzaran los retoños.

La madre Naturaleza no parecía muy maternal aquella noche, cuando el crepúsculo se convirtió rápidamente en oscuridad total y, después, en una noche de ventisca. Aquella noche era una pagana, una temeraria bruja vieja, una arpía rencorosa que cabalgaba en el viento, y la Navidad no significaba nada para ella, arrancó los papeles plateados de la Cámara de Comercio y los hizo volar en ráfagas por el oscuro cielo, derribó una gran escena de la actividad delante de la comisaría de policía y los corderos, y cabras, la Santa Madre y el Niño todos se hundieron en un banco de nieve y no fueron hallados hasta que el hielo los descubrió a últimos de enero. Y como un escupitajo final en el ojo de la temporada invernal, la tempestad derribó el árbol de quince metros alzado frente al edificio Municipal de Libertyville, lo hizo caer, rompió una ventana y entró en la oficina del Asesor de Impuestos de la ciudad. Un buen lugar para el árbol, comentaron muchos después.

A las siete de la tarde, los vehículos quitanieves habían amenazado a retirarse. Un trolebús había avanzado, esforzadamente, por la calle principal a las siete y cuarto, con una comitiva de coches siguiéndole la pista tras su plateado posterior como cachorros detrás de la madre, la calle quedó vacía después, con excepción de los pocos coches estacionados en batería, enterrados hasta los parachoques por la labor

de las quitanieves. A la mañana siguiente, la mayoría de ellos estarían del todo enterrados. En el cruce de la calle principal y Basin Drive, una luz intermitente que no dirigía a nadie, giraba y danzaba al viento colgando de su cable eléctrico. Se produjo un súbito siseo eléctrico y la luz se apagó. Dos o tres pasajeros del último autobús de la ciudad estaban cruzando la calle en aquel momento, echaron una ojeada hacia arriba y apresuraron el paso.

A las ocho de la noche, cuando Mr. y Mrs. Cabot, finalmente, regresaron a su casa (con gran, aunque silencioso, alivio de Leigh) las emisoras locales de radio estaban emitiendo un ruego de la comisaría de policía del Estado de Pensilvania solicitando que la gente se mantuviera alejada de las carreteras.

A las nueve de la noche, cuando Michael, Regina y Arnie Cunningham, provistos con ponches de ron (la «Especialidad de la Temporada» de tío Steve) se agrupaban en torno a la televisión con tío Steve y tía Vicky para ver a Alastair Sim en «*A Christmas Carol*», había sido cerrado un trecho de sesenta kilómetros del Pensilvania Turnpike a causa de la nieve. A medianoche, casi toda ella quedaría cerrada.

A las nueve y media, cuando los faros de *Christine* se encendieron, repentinamente, en el garaje abandonado de Will Darnell, cortando un brillante arco en la negrura interior, Libertyville estaba totalmente silenciosa, con excepción de las ocasionales quitanieves.

En el silencioso garaje, el motor de *Christine* se disparó y se silenció.

Se disparó y se silenció.

En el asiento frontal vacío, la palanca de las velocidades señaló EN MARCHA.

Christine comenzó a moverse.

El dispositivo de ojo eléctrico enganchado al parasol del conductor zumbó un momento. Su sonido bajo se perdió en el aullido del viento. Pero la puerta lo oyó, y se alzó obedientemente. El viento sopló nieve hacia adentro, que se arremolinó impetuosamente.

Christine salió, como un espectro en la nieve. Giró hacia la derecha y avanzó por la calle, con sus neumáticos cortando limpia y firmemente la nieve, sin giros, patinazos o vacilaciones.

Al frente había un intermitente, un semáforo en ámbar, que parpadeaba en la nieve. *Christine* giró hacia la izquierda, hacia la Avenida JFK.

Don Vandenberg estaba sentado a su escritorio en la oficina de la estación de gasolina de su padre. Ambos, sus pies y su pajarito, estaban en lo alto. Leía uno de los libros porno de su padre, una obrita profundamente incisiva y estimulante de la imaginación, titulada «

Enróscate en Pammie ». Pammie ya había sido enroscada casi por todos menos por el lechero y el perro, y el lechero se acercaba por el camino y el perro yacía a los pies de la chica cuando sonó el timbre, anunciando un cliente.

Don alzó la cabeza impaciente. Había llamado a su padre a las seis, hacía cuatro horas, preguntándole si debía cerrar el negocio: aquella noche habría escaso movimiento y resultaría insuficiente para pagar ni la electricidad que gastarían en iluminar el letrero. Su padre, sentado en casa, calentito, confortable y sin tener que dar su mierdosa cara, había dicho que abriese hasta medianoche. «Si había existido alguna vez un Scrooge —había pensado rencorosamente Don cuando colgaba el teléfono—, ese era sin duda su padre».

El hecho simple era que a él ya no le gustaba quedarse solo de noche. En otros tiempos, y no hacía tanto de ello, hubiera tenido compañía suficiente. Buddy hubiera estado aquí con él, y Buddy era un imán que atraía a los delirios con su alcohol, su gramo ocasional de cocaína, pero, principalmente, con la sencilla fuerza de su personalidad.

Pero ahora estaban muertos. Todos muertos.

Excepto que algunas veces le parecía a Don que no se habían marchado. Algunas veces, creía (cuando estaba solo, como ocurría esta noche) que alzaría la cabeza y les vería allí sentados: Richi Trelawney a un lado, Moochie Welch en el otro, y Buddy entre los dos con una botella de *Texas Driver* en la mano y un porro detrás de la oreja. Horriblemente pálidos, los tres, como vampiros, con los ojos tan vidriosos y como los ojos de un pez muerto. Y Buddy alzaría la botella y murmuraría: Anda, toma un trago, gilipollas: muy pronto estarás tan muerto como nosotros.

Estas fantasías eran a veces lo bastante reales como para dejarle con la boca seca y las manos temblorosas.

Y el motivo no era desconocido para Don. Nunca hubiesen debido destrozar el viejo auto de Caracoño aquella noche. Cada uno de los tipos que participaron en aquella pequeña broma habían muerto de una forma horrible. Todos ellos, es decir, exceptuándose a él y a Sandy Galton, y Sandy se había metido en aquel viejo y destartado Mustang suyo y se había largado a alguna parte. Durante estas largas noches de servicio, Don pensaba con frecuencia que a él le gustaría hacer lo mismo.

Fuera, el cliente hizo sonar la bocina.

Don dejó el libro sobre el escritorio, malhumorado, junto a la máquina grasienta de tarjetas de crédito, y se puso en marcha, mirando afuera para distinguir el coche y preguntándose quién estaría lo bastante loco como para salir con una mierda de tempestad como aquélla. En el torbellino de nieve era imposible distinguir nada ni del coche ni del

cliente, no podía divisarse forma alguna, excepto los faros y la forma del vehículo, que era demasiado largo para tratarse de un coche nuevo.

«Algún día —pensó, mientras se ponía los guantes y se despedía de mala gana de su erección—, su padre pondría bombas de autoservicio y se acabaría toda esta mierda. Si la gente era lo bastante loca para salir en una noche como esta, tendrían que servirse también su propia gasolina».

La puerta casi se le escapó de las manos. La cogió con fuerza para que no diera un portazo contra el costado de ladrillo de cenizas del edificio y rompiese a lo mejor los cristales, casi se cayó de espaldas con sus esfuerzos. En vez del continuo rugido del viento (que había estado tratando de no oír) había calculado muy mal la fuerza del temporal. La propia altura de la nieve —más de veinte centímetros— le ayudaba a mantenerse de pie. «Ese jodido coche debe llevar neumáticos para la nieve» —pensó con resentimiento—. «Si ese tipo me da una tarjeta de crédito le romperé el espinazo».

Caminó con dificultad por la nieve, acercándose al primer conjunto de islas de seguridad. Ese jodido había aparcado junto a la instalación más alejada. Naturalmente, Don intentó alzar una vez la mirada pero el viento le arrojó la nieve a la cara en un impulso doloroso, y tuvo que bajar rápidamente la cabeza, dejando que la parte superior de su parka parase el golpe.

Cruzó delante del coche, bañado por un momento en la luz brillante pero sin calor, de sus dos faros. Avanzó hasta el lado del conductor. Los fluorescentes de las bombas de aquella parte daban al coche un vago color extravagante, un blanco sobre púrpura de vino de Borgoña. Ya sentía entumecidas las mejillas. «Si este tipo pide por valor de un dólar y me pide que le compruebe el aceite, le diré que se lo meta donde le quepa», pensó y alzó la cabeza a la punzada de la nieve mientras la ventanilla descendía.

—¿Puedo... —comenzó, y la palabra abortada se convirtió en un grito agudo, siseante y sin fuerza—: Aaaaaaaaaaaaaay...

Inclinándose por la ventanilla, a menos de quince centímetros de su propio rostro, había un cadáver en estado de descomposición. Sus ojos eran unas cuencas vacías, grandes, sus momificados labios estaban encogidos alrededor de algunos dientes amarillentos, retorcidos. Una mano se apoyaba sobre el volante. La otra, con un horrible piqueteo, se alargaba para tocarle.

Don se echó hacia atrás, el corazón como una máquina ruidosa en su pecho, su terror una monstruosa piedra ardiente en la garganta. Aquella cosa muerta le hizo una señal para que se acercase, con una mueca maliciosa y, de pronto, el motor del coche cobró vida, aumentando sus revoluciones.

—Llévalo —le susurró el cadáver y, a pesar de su pasmo y de su horror, Don vio que llevaba los harapos rasgados y cubiertos de musgo de un uniforme del Ejército—. Llévalo, comemierdas.

Los dientes de la calavera sonrieron a la luz del fluorescente. En las profundidades de aquella boca centelleó un pico de oro.

—Anda, tómate un trago, gilipollas —murmuró roncamente otra voz, y Buddy Repperton se inclinó hacia delante desde el asiento posterior, alargando una botella de *Texas Driver* hacia Don.

Los gusanos se retorcían y salían por entre su muñeca. Los escarabajos se arrastraban metiéndose en lo que le quedaba de pelo.

—Creo que necesitas un trago.

Don dio un chillido, un grito alto e intenso. Giró rápidamente, corriendo a través de la nieve, dando grandes bocanadas, como en los dibujos animados. Gritó de nuevo cuando el motor del coche chirrió con su fuerza y miró por encima del hombro y vio a *Christine* junto a las bombas. La *Christine* de Arnie, que ahora se movía, agitando la nieve detrás de sus neumáticos posteriores y las cosas que había visto habían desaparecido: eso era todavía peor, no sabía por qué. Las cosas habían desaparecido. El auto se movía por sí solo.

Don se había dirigido hacia la calle, y ahora trepó por el margen de nieve arrojado por los vehículos quitanieves bajó por el otro lado. Aquí el viento había dejado limpio el pavimento de todo menos de zonas ocasionales de hielo.

Don resbaló con una de ellas. Los pies se alzaron por debajo de él. Cayó de espaldas con un pesado golpe.

Poco después, la calle quedó inundada de luz blanca. Don dio la vuelta y alzó la mirada, con los ojos saliéndose de las órbitas, a tiempo para ver los grandes círculos blancos de los faros de *Christine*, cuando el vehículo chocó contra la nieve acumulada, la cruzó y cayó sobre él como una locomotora.

Como las Galias, las alturas de Libertyville estaban divididas en tres partes. El semicírculo más cercano de la ciudad en el grupo bajo de colinas, que había sido conocido como el Mirador de Libertyville hasta mediados del siglo XIX (una Placa Bicentenario en la esquina de las calles Rogers y Tacklin así lo recordaba), era actualmente el único distrito realmente pobre de la ciudad. Aquello era un vivero miserable de apartamentos y edificios de madera.

Los tendederos de ropa abundaban en los desmoronados patios posteriores, que en las estaciones más benignas estaban llenos de chiquillos y de juguetes baratos: en demasiados casos, tanto los niños

como los juguetes estaban muy maltrechos. Esta vecindad, en otro tiempo de la clase media, se había ido degenerando desde que los empleos de guerra se habían agotado en 1945. El declive avanzó con lentitud al principio y, después, ganó velocidad en los años sesenta y a principios de los setenta. Ahora ya había llegado lo peor, aunque nadie saldría directamente a la calle para decirlo, por lo menos no en público, en donde él o ella podían ser citados. Ahora los negros se iban instalando allí. En privado, se contaba en las mejores partes de la ciudad en las barbacoas y ante unas copas. Los negros, que Dios nos asista, los negros están descubriendo Libertyville. La zona había incluso ganado su propio nombre: no el Mirador de Liberty sino las Colinas Bajas. Era un nombre que muchos encontraban horriblemente de *ghetto*. El director del *Keystone* había recibido aviso discreto por parte de sus más importantes anunciantes de que utilizar aquella frase en impreso, y de este modo hacerla legítima, les causaría mucho disgusto. El director, cuya madre no había criado hijos tontos, nunca llegó a imprimirlo.

La Avenida de las Alturas partía de Basin Drive, en el propio Libertyville, y después comenzaba a subir. Pasaba cortando por el centro de las Colinas Bajas y después las dejaba atrás. La carretera subía luego y cruzaba una zona verde, entrando en un área residencial. Este distrito de la ciudad se conocía simplemente como las Alturas. Todo esto podría parecer confuso a cualquiera —Alturas esto y Alturas lo otro—, pero los residentes de Libertyville sabían de qué hablaban. Cuando uno mencionaba las Colinas Bajas (Alturas Bajas) se quería decir pobreza, de cualquier carácter.

Cuando se dejaba de mencionar «bajas» uno quería decir la dirección opuesta de la pobreza. Aquí estaban las casas elegantes, la mayor parte de ellas construidas con cemento alejadas de la carretera, algunas de las mejores detrás de espesos setos vivos. Aquí vivían aquellos que manejaban los hilos de Libertyville: el director del periódico, cuatro médicos, la nieta rica y excéntrica del hombre que había inventado el disparo rápido para las pistolas automáticas. La mayoría de los otros eran abogados.

Más allá de esta zona respetable de los ricos de una pequeña ciudad, la Avenida de las Alturas pasaba por una colina boscosa que era demasiado espesa para ser llamada Cinturón verde. Durante más de cinco kilómetros los bosques se alineaban a ambos lados de la carretera. En el canto más alto de las Alturas, Stanson Road se bifurcaba hacia la derecha, muriendo en el Embankment, de cara a la ciudad y al autocine de Libertyville.

Al otro lado de esta montaña baja (pero conocida también como las Alturas), existía un barrio bastante viejo de clase media, en donde las casas de cuarenta y cincuenta años se derrumbaban lentamente. A medida que esta zona comenzaba a convertirse en zona de campo, la Avenida de las Alturas llegaba a ser la Carretera del Condado número seis.

A las diez treinta de aquella Nochebuena, un Plymouth del 1958, bicolor, ascendía por la Avenida de las Alturas, cortando sus luces la rabiosa oscuridad sofocada por la nieve. Los antiguos habitantes de las Alturas hubieran dicho que nada —con la excepción quizá de un coche con transmisión en las cuatro ruedas— hubiera podido subir por la Avenida de las Alturas aquella noche, pero *Christine* avanzaba a cincuenta kilómetros por hora con seguridad, los faros inquisidores, los limpiaparabrisas moviéndose rítmicamente de un lado a otro y su interior totalmente vacío. Sus rodadas recién hechas eran únicas y, en algunos lugares casi tenían 30 cm. de profundidad. El incesante viento las llenaba con rapidez. De vez en cuando, su parachoques frontal y el capó hacían estallar la nieve arremolinada por una ráfaga y echaban con facilidad el polvo de nieve hacia un lado.

Christine pasó la curva de Stanson Road y el Embankment allí donde una vez se habían dado cita Arnie y Leigh.

Llegó a la cima de las Alturas de Liberty y bajó por el otro lado, al principio cruzando oscuros bosques sólo manchados por la cinta blanca que marcaba la carretera, y después pasó por las casas suburbanas con sus confortables salas de estar iluminadas, y, en algunos casos, la alegre guirnalda de luces navideñas. En una de estas moradas un hombre joven que acababa de representar el papel de Papá Noel y que se tomaba un trago con su esposa, miró por casualidad afuera y vio las luces de los faros del coche que pasaba. Se lo señaló a la mujer.

—Si ese tipo ha subido esta noche por las Alturas —dijo el hombre a su esposa con un guiño—. Seguro que es el diablo el que lo conduce.

—Bueno, eso no importa —le respondió ella—. Ahora que los chicos ya han tenido su diversión, ¿qué voy a recibir yo, Papá Noel?

Él le hizo una mueca burlona.

—Ya pensaremos en algo.

Más adelante, en la carretera, casi en el punto en que las Alturas dejaban de ser Alturas, Will Darnell estaba sentado en la sala de estar de la sencilla casa de dos pisos de la que era propietario desde hacía treinta años. Llevaba un albornoz descolorido y pelado sobre los pantalones de su pijama, por encima de los cuales sobresalía su panza voluminosa cual una luna llena. Estaba contemplando la conversión final de Ebenezer Scrooge hacia el lado de la Bondad y la Generosidad, pero realmente no lo veía. De nuevo, su mente, estaba cambiando las piezas de un rompecabezas que cada vez le resultaba más fascinante: Arnie, Welch, Repperton, *Christine*. Will había envejecido una década durante la semana pasada desde la incursión. Le había dicho a aquel «poli», Mercer, que estaría de regreso cuidando de su negocio en el mismo lugar al cabo de dos semanas, pero, en su corazón, dudaba que

fuese así. Le parecía que últimamente tenía siempre la garganta viscosa por el sabor de aquel maldito aspirador.

Arnie, Welch, Repperton... Christine.

—¡Chico!

Scrooge se había asomado a la ventana, una caricatura del Espíritu navideño con su camisón y el gorro.

—¿Está todavía en el escaparate del carnicero ese pavo esplendido?

—¿Cuál? —preguntó el muchacho—. ¿Ese tan grande como yo?

—Sí, sí —respondió Scrooge, con una risita salvaje. Era como si los tres espíritus, en vez de salvarle, le hubieran vuelto loco—. ¡Ese que es tan grandote como tú!

Arnie, Welch, Repperton... ¿LeBay?

Algunas veces, Will pensaba que no era la incursión lo que había agotado y le hacía sentir tan constantemente dolorido y temeroso. Que incluso no era el hecho de que lo habían arrestado a su contable preferido o de que la Agencia Federal de Impuestos estuvieron sobre el asunto y, obviamente, cargados para caer esta vez con toda su fuerza. Los impuestos no eran el motivo por el que él escudriñaba calle arriba y abajo antes de salir por las mañanas, la Oficina del Fiscal General del Estado no tenía nada que ver con las miraditas repentinas que había comenzado a lanzar hacia atrás, cuando volvía a casa en su coche por las noches procedente del garaje.

Había repasado en su mente lo que había visto aquella noche —o lo que creía haber visto— una y otra vez, intentó convencerse a sí mismo de que no era real en absoluto... o de que lo era de todas todas. Por primera vez en muchos años, se encontró dudando de sus propios sentidos.

A medida que el acontecimiento se iba sepultando en el pasado, se le hacía más fácil creer que se había quedado dormido y, sencillamente, había soñado todo aquello.

No había visto a Arnie desde su arresto, ni intentado llamarle por teléfono. Al principio, pensó que podía utilizar su conocimiento sobre *Christine* como una palanca para mantener cerrada la boca de Arnie si el chico se acobardaba y le venía la idea de hablar... Dios sabía que el chico podía ayudar mucho a que él terminase en la cárcel si colaboraba con los «polis». Hasta que la policía había aterrizado por todas partes, Will no se dio cuenta de cuánto sabía Arnie; experimentó algunos momentos de pánico al evaluarlo (otra cosa que era inquietante porque era tan extraña a su naturaleza). ¿Habían sabido *todos* ellos tanto como

Arnie? ¿Repperton y todos los oscuros clones Repperton a lo largo de los pasados años? ¿Podía haber sido tan estúpido realmente?

No, decidió. Sólo había sido Cunningham. Porque Cunningham era diferente. Parecía entender las cosas casi de forma intuitiva. Él no era sólo fanfarronería, bebida y bravatas. De un modo extraño, Will casi se sentía paterno hacia el muchacho: y no es que hubiera dudado en cortarle las alas al chico si hubiera parecido que Arnie iba a hacer naufragar la barca. *No hubiera dudado en hacerlo* —se dijo convencido.

En la televisión, un escuálido Scrooge en blanco y negro estaba con los Cratchets. La película casi había terminado. Todos ellos parecían lunáticos, y eso era verdad, pero Scrooge, sin duda alguna, era el peor de todos. La expresión de alegría demencial de sus ojos no era tan diferente de la expresión en los ojos de un hombre que Will había conocido hacía veinte años, un tipo llamado Everett Dingle que una noche se había ido a casa tras salir del garaje y había matado a toda la familia.

Will encendió un cigarro habano. Cualquier cosa para eliminar el sabor del aspirador de su boca, ese gusto hediondo. Después le resultó más duro que nunca incluso mantener la respiración. Los malditos cigarrillos no ayudaban, pero él ya era demasiado viejo para cambiar.

El chico no había hablado: por lo menos, hasta el momento no había hablado. Habían soltado a Henry Buck; eso le había dicho a Will el abogado, Henry, que tenía sesenta y tres años y era abuelo, hubiera negado tres veces a Cristo si, a cambio, le hubieran prometido la libertad o incluso una suspensión de sentencia. El viejo Henry Buck estaba vomitando todo lo que sabía que, afortunadamente, no era mucho. Conocía lo de los fuegos de artificio y los cigarrillos, pero eso eran sólo dos pistas de lo que había sido, en cierto momento, un circo de seis o siete pistas, incluyendo alcohol, coches robados, armas de fuego (hasta algunas ametralladoras vendidas a maniáticos de las armas y cazadores homicidas, que querían comprobar si uno «podía realmente cortar un venado como he oído decir») y antigüedades robadas de Nueva Inglaterra. Y, en los dos últimos años, cocaína. Eso había sido un error, ahora lo sabía. Esos colombianos allá abajo en Miami, estaban tan locos como ratas de cloaca. Es decir pensándolo bien, eran ratas de cloaca. Gracias a Dios que no habían atrapado al chico con una libra de cocaína.

Bueno, esta vez iban a perjudicarlo: cuánto dependía, en gran parte, de aquel chico raro de diecisiete años, y también de su extraño vehículo. Las cosas estaban delicadamente equilibradas como un castillo de naipes.

Will dudaba en hacer o decir algo, temiendo que pudiera cambiar las cosas empeorándolas. Y siempre quedaba la posibilidad de que Cunningham se echara a reír en la cara y le llamase loco.

Will se levantó, con el cigarro pegado a los labios y el aparato de televisión. Se iría a la cama, pero..., pero quizá se tomase un coñac. Ahora, siempre se sentía cansado, pero el sueño tardaba en venir.

Volvió hacia la cocina... Y entonces fue cuando la cosa comenzó a sonar afuera. El sonido le llegó por encima del aullido del viento en llamadas cortas, autoritarias.

Will se detuvo de súbito en el umbral de la cocina y desenvolvió mejor el albornoz alrededor de su gran barriga. Su rostro estaba atento vivo y extasiado; de repente vio el rostro de un hombre mucho más joven. Se quedó allí un poco.

Tres bocinazos más cortos, bruscos.

Se dio la vuelta, quitándose el habano de la boca, y volvió con lentitud la sala de estar. Un sentido de *déjà vu* le invadió como un baño de agua caliente. Mezclado con él había un sentimiento de fatalismo. Él sabía que allí afuera estaba *Christine*, aun antes de echar la cortina a un lado y mirar afuera. Ella había venido a buscarle, como se suponía que haría.

El coche estaba al final de su avenida como para doblar, algo más que un fantasma entre las membranas de la tempestuosa nieve. Sus piezas brillantes relucían en amplios conos que, finalmente, se desvanecían en la tempestad. Durante un momento, a Will le pareció que había alguien detrás del volante, pero parpadeó de nuevo y vio que el coche estaba vacío. Tan vacío como cuando regresó aquella noche al garaje.

Honc. Honc. Honc-honc.

Casi como si estuviera hablando.

El corazón de Will le golpeaba pesadamente en el pecho. Se volvió bruscamente hacia el teléfono. Había llegado el momento de llamar a Cunningham después de todo. Llamarle y decirle que pusiera coto a ese demonio favorito suyo.

Estaba a medio camino del teléfono cuando oyó el chillido del motor del coche. El sonido fue como el grito de una mujer que sospecha la traición. Un momento después se oyó un pesado crujido. Will volvió a la ventana y llegó a tiempo de ver al coche retrocediendo por delante del alto margen de nieve que estaba al final de la avenida.

El capó de *Christine*, salpicado con coágulos de nieve, se había combado un poco. El motor cogió arranque de nuevo. Las ruedas posteriores giraron en la nieve polvorienta y después se agarraron. El coche saltó por el camino nevado y chocó de nuevo con el banco de nieve.

Estalló más nieve hacia arriba que se alejó revoloteando en el viento como el humo de un cigarro soplado delante de un ventilador.

«No lo conseguirás —pensó Will—. Y aunque consiguieras meterte en el camino, ¿qué? ¿Crees acaso que yo voy a salir ahí fuera para jugar?».

Respirando con más dificultad que nunca, volvió al teléfono, buscó el número de la casa de Cunningham y comenzó a marcarlo. Los dedos le temblaban, se equivocó, lanzó un juramento, apretó la horquilla, y comenzó otra vez.

Fuera, el motor de *Christine* se puso en marcha. Un momento después se oyó el crujido al chocar contra el banco por tercera vez. El viento gimió y la nieve golpeó la gran ventana como un cuadro como si fuese arena seca. Will se pasó la lengua por los labios e intentó respirar con lentitud. Pero la garganta se le cerraba, podía sentirlo.

El teléfono comenzó a sonar al otro extremo. Tres veces. Cuatro.

El motor de *Christine* aulló. Se oyó entonces el pesado golpe al chocar contra el banco de nieve que las quitanieves habían acumulado a ambos lados de la avenida semicircular de Will.

Seis timbrazos. Siete. Nadie en casa.

—Mierda para ellos —susurró Will, y dejó el auricular de un golpe violento.

Tenía la cara pálida, las venas de la nariz ampliadas como las aletas de la nariz de un animal que olisquea algún incendio contra el viento. Se le había apagado el puro. Lo arrojó a la alfombra y buscó a tientas en el bolsillo de su albornoz mientras volvía apresuradamente a la ventana. Su mano encontró la forma consoladora de su aspirador, y los dedos se curvaron sobre su culata de pistola.

La luz de los faros brilló momentáneamente en su cara, casi le cegó. Will levantó su mano libre para protegerse los ojos. *Christine* había chocado otra vez con el banco de nieve. Poco a poco, iba abriéndose camino hacia la avenida. Will la contempló mientras ella retrocedía cruzando la carretera y deseó, salvajemente, que en aquel momento llegase un vehículo quitanieves que golpeará a la maldita cosa por el costado.

No llegó ninguna quitanieves. Fue *Christine* quien lo hizo, con el motor rugiendo, las luces cegadoras y relucientes; por un momento, Will creyó que *Christine* iba a precipitarse directamente pasando por encima de lo que quedaba del banco helado y endurecido. Entonces, las ruedas posteriores perdieron tracción y rodaron frenéticamente.

Christine retrocedió.

La garganta de Will parecía haberse encogido hasta la abertura de una cabeza de alfiler. Los pulmones se esforzaban por alcanzar aire. Sacó el aspirador y lo utilizó.

La policía. Tendría que llamar a la policía. Ellos vendrían. El 1958 de Cunningham no podría atraparlo. Estaba seguro dentro de su casa. Él estaba...

Christine se acercó de nuevo acelerando al cruzar la carretera y esta vez chocó contra el banco y lo pasó por encima con facilidad, su parte frontal al principio inclinada hacia arriba bañando la parte delantera de su casa con luz, y después cayendo sobre el suelo firme. Ya estaba en la avenida. Bien, sí, pero no podría avanzar más, él creía..., eso...

Christine no redujo la velocidad. Todavía acelerando, cruzó la avenida en semicírculo haciendo una tangente, surcó la nieve menos profunda, más suelta, del patio lateral, y rugió directamente hacia la ventana en donde Will Darnell estaba de pie mirando afuera.

Will retrocedió vacilante, jadeando fuerte y tropezó con su propio sillón.

Christine chocó contra la casa. La ventana estalló, dejando entrar el viento aullador. Los cristales volaron formando mortíferas saetas, cada una de ellas reflejando los faros de *Christine*. La nieve voló adentro y danzó sobre la alfombra en erráticos tirabuzones. Los faros iluminaron momentáneamente el cuarto con el resplandor no natural de un estudio de televisión, y después se retiró con el parachoques colgando, el capó alzado, y su rejilla rompió la ventada, convertida en una mueca de colgajos de cromo llena de colmillos.

Will estaba a cuatro patas, ahogándose, intentando respirar, con el pecho agitado. Se daba cuenta vagamente de que si no hubiera tropezado por encima de un sillón probablemente hubiera quedado cortado a tiras por los cristales disparados. Se le había deshecho la bata que ondeaba detrás de él cuando se puso de pie. El viento que entraba a raudales por la ventana levantó la Guía de Televisión que estaba en la mesilla junto a su sillón, y la revista cruzó volando la habitación hasta el pie de la escalera, pasando vertiginosas sus páginas. Will cogió el teléfono con ambas manos y marcó el 0.

Christine retrocedió sobre sus propias huellas en la nieve. Recorrió todo el camino hasta el banco aplastado a la entrada de la avenida. Entonces avanzó acelerando con rapidez y, mientras se acercaba, el capó comenzó, inmediatamente, a alisarse, la rejilla a regenerarse por sí sola.

Golpeó nuevamente contra el costado de la casa, por debajo de la ventana. Volaron más cristales, la madera se astilló, gruñó y crujió. El marco inferior de la gran ventana se partió en dos y, durante un momento, el parabrisas de *Christine*, ahora resquebrajado y lechoso, pareció respirar dentro como un gigantesco ojo extraño.

—Policía —le dijo Will al operador.

Casi no tenía voz, todo era estertor y silbido. Su albornoz se agitaba con el frío viento tempestuoso que entraba por la destrozada ventana. Vio que la pared debajo de la ventana estaba casi toda en ruinas. Sobresalían pedazos rotos de listones, como huesos fracturados. No podría entrar aquí dentro. ¿Podría? ¿Podría eso entrar?

—Lo siento, señor, tendría que hablar más alto —le dijo el operador—. Al parecer, tenemos una mala conexión.

—Policía —dijo Will, pero esta vez ni tan siquiera fue un murmullo, únicamente un siseo de aire. Dios mío, estaba debatiéndose, su pecho era la caja fuerte fortificada de un Banco. ¿Dónde estaba su aspirador?

—¿Oiga? —preguntó con voz dudosa el operador.

Allí estaba, en el suelo. Will dejó caer el teléfono para cogerlo.

Christine se acercó de nuevo, rugiendo a través del césped y golpeando el costado de la casa. Esta vez, todo el muro cedió en un estallido de metralla de cristales y listones e, increíblemente, como en una pesadilla, el capó aplastado y abollado de *Christine* estaba en su sala de estar, estaba dentro, y Will podía oler el motor caliente y los humos de escape.

La parte inferior de *Christine* se enganchó en algo, y retrocedió de nuevo por el agujero desigual con un enorme ruido de tablones arrancados, su parte frontal era una ruina destrozada cubierta de yeso y nieve. Pero, al cabo de unos segundos, insistió de nuevo, y esta vez quizá podría..., sencillamente podría...

Will agarró su aspirador y corrió a ciegas hacia la escalera.

Se hallaba sólo a medio camino arriba, cuando el gemido de la marcha del coche se reanudó de nuevo y él se volvió para mirar, inclinándose por encima de la barandilla más que agarrándose a ella.

La altura del hueco de la escalera daba cierta perspectiva de pesadilla. Will contempló cómo *Christine* cruzaba el césped nevado, vio que su capó volaba tan alto que parecía la boca de un enorme cocodrilo rojo y blanco. Entonces se cerró de golpe otra vez, al golpear la casa, esta vez a más de setenta. Arrancó lo que quedaba del marco de la ventana y esparció más tablones astillados a través de su sala de estar. Sus faros se inclinaron hacia arriba, furiosamente resplandecientes, y entonces ella estaba dentro, estaba dentro de su casa, dejando detrás un enorme agujero desgarrado en la pared con un cable eléctrico colgando por encima de la alfombra como una arteria gravemente cercenada. Pequeñas nubes del aislamiento de fibra de vidrio danzaban empujadas por el fino viento, como las esporas de una criptógama.

Will chilló y no pudo oírse por encima del rugido ensordecedor del motor de *Christine*. El silenciador *Sears*, que Arnie le había puesto — una de las pocas cosas que él había puesto realmente, pensó Will como loco—, había quedado colgado en el umbral de la casa, junto con la mayor parte del tubo de cola.

El Fury rugió, cruzó la sala de estar, derribando el sillón *La-Z-Boy* de Will de lado, en donde se quedó como un *pony* muerto. El piso debajo de *Christine* crujía inquieto y una parte de la mente de Will le gritaba: ¡Si! ¡Rómpete! ¡Ábrete! ¡Envía esa maldita cosa al sótano!

¡Vamos a ver cómo se las arregla para salir de allí! Pero esta imagen fue remplazada por la de un tigre en un pozo cavado y disimulado por astutos nativos.

Pero el piso resistió, al menos en aquel momento, se mantuvo firme.

Christine rugió y cruzó la sala de estar en dirección hacia él. Detrás, dejaba un dibujo en zigzag de huellas de neumático con nieve en la alfombra. Se lanzó hacia la escalera. Will fue arrojado contra la pared. El aspirador le cayó de las manos y se precipitó, escalón tras escalón, hasta abajo.

Christine retrocedió en la sala, haciendo crujir los tablones debajo de ella. Su parte posterior chocó contra la televisión *Sony*, y el aparato explotó. *Christine* se lanzó de nuevo rugiendo y golpeó otra vez el costado de la escalera, astillando listones y arrancando yeso. Will podía sentir cómo la estructura entera se debilitaba debajo de él. Tenía una terrible sensación de inclinación. Por un momento, *Christine* estaba directamente debajo de él, podía ver las grasientas entrañas del compartimiento de su motor, podía sentir el calor de sus cilindros en V. El coche retrocedió de nuevo, y Will subió a empujones los escalones, jadeando, agarrándose a la salchicha gruesa de su garganta, con los ojos desorbitados.

Llegó al descansillo un instante antes de que *Christine* chocara de nuevo contra la pared, convirtiendo el centro de la escalera en una mezcla de escombros. Una larga astilla de madera se metió en su motor. El ventilador la trituró y la escupió convertida en aserrín grueso y pequeñas astillas. Toda la casa olía a gasolina y humo de escape. Los oídos de Will resonaban con el atronador ruido de aquel motor implacable.

El coche retrocedió otra vez. Ahora sus neumáticos habían marcado ásperas rodadas en la alfombra. «Por el pasillo —pensó Will—. Por el ático. El ático será seguro. Sí, el át... oh Dios mío... oh Dios mío... oh Dios mío...».

El dolor final le sobrevino con una rapidez aguda, punzante. Era como si le hubieran pinchado en el corazón con un carámbano. El brazo izquierdo se le encogió con dolor. Sin embargo, no había respiración, su

pecho se agitaba inútilmente. Retrocedió tambaleándose. Un pie salió danzando al aire y entonces cayó dando dos grandes tumbos por la escalera, con las piernas volando por encima de la cabeza, los brazos agitados y su albornoz azul entreabriéndose y agitándose.

Cayó como un guiñapo al pie de la escalera y *Christine* se abalanzó hacia él: le golpeó, retrocedió y le golpeó nuevamente, partiendo el mellado pilar al pie de la escalera, como si fuese una ramita, retrocedió y se lanzó de nuevo hacia él.

De debajo del piso llegaba el creciente murmullo de la curvatura y astillado de los soportes. *Christine* se detuvo en medio de la habitación un momento, como si escuchara. Dos de sus neumáticos estaban reventados, un tercero casi se había salido de la rueda. El costado izquierdo del coche estaba aplastado hacia dentro, pelado de pintura en grandes porciones rascadas.

De pronto, la palanca se colocó en marcha atrás. Chilló el motor, y *Christine* retrocedió con rapidez, cruzando la habitación y saliendo por el agujero abierto en el lateral de la casa de Will Darnell, cayendo su parte trasera varios centímetros y hundiéndose en la nieve. Los neumáticos giraron, encontraron algún apoyo, y la arrancaron de allí.

Volvió cojeando hacia la carretera, con el motor maltrecho y hendido, empañando con un humo azul el aire a su alrededor goteando y salpicando con el aceite.

Ya en la carretera, se dirigió hacia Libertyville. La palanca de cambio se situó en conducción, pero, al principio, la transmisión estropeada no encajó; cuando lo hizo, *Christine* rodó con lentitud alejándose de la casa. Detrás de ella, desde la casa de Will, una amplia barra de luz brilló hacia fuera, por encima de la nieve revuelta en una forma que no se parecía en nada al rectángulo concreto de luz arrojado por una ventana. La forma de luz sobre la nieve era insensata y extraña.

Christine avanzaba con lentitud, vacilante de un lado a otro sobre sus neumáticos reventados, como un borracho muy viejo avanzando por un callejón. La nieve caía espesa, formando líneas oblicuas por causa del viento.

Uno de sus faros, destrozado en su última carga aplastante, parpadeó y se encendió. Uno de los neumáticos comenzó a hincharse y, después el otro.

La nota quebrada del motor se suavizó.

Reapareció el capó que faltaba, desde el extremo, el parabrisas hacia abajo, con el aspecto raro de un chal o un jersey que estuvieran tejiendo agujas invisibles, el frontal se compuso por sí solo, relució en su gris acero después, se oscureció hasta el rojo como si se llenara de sangre.

Las grietas en el parabrisas comenzaron a correr a la inversa, dejando detrás una suavidad sin mácula.

Las otras luces surgieron, una detrás de otra, *Christine* se movía ahora con rápida seguridad a través de la noche tormentosa, tras el limpio haz de sus brillantes faros.

Su odómetro giraba suavemente hacia atrás.

Cuarenta y cinco minutos después, *Christine* reposaba en la oscuridad del garaje de «Hágalo-Usted-Mismo» del difunto Will Darnell, plaza número veinte. El viento aullaba y gemía en los montones de ruinas en el patio posterior, enmoheciendo bultos que quizá contenían sus propios fantasmas y recuerdos dolientes, mientras la nieve los espolvoreaba y revoloteaba por encima de los destrozados asientos y sus desgastadas alfombrillas.

Su motor palpitaba lentamente, enfriándose.

TERCERA PARTE

CHRISTINE

Canciones de muerte de adolescentes

43. Leigh va de visita

James Dean in that Mercury '49,
Junior Johnson Bonner through the woods o' Caroline
Even Burt Reynolds in that black Trans-Am,
All gonna meet down at the Cadillac Ranch.

BRUCE SPRINGSTEEN

Unos quince minutos antes de que Leigh debiera llegar, me apoyé en mis muletas y me dirigí a la silla más cercana a la puerta, para asegurarme de que ella me oyera cuando gritase que entrara. Entonces cogí otra vez mi ejemplar de *Esquire* y de nuevo un artículo titulado «El próximo Vietnam», que formaba parte de un trabajo escolar. No tuve miedo. Estaba nervioso y asustado, y parte de ello —suponía que mucha parte de ello— era simple ansiedad. Quería verla otra vez.

La casa estaba vacía. No mucho después de que Leigh me llamase en Nochebuena, hablé con mi padre y le pedí si quería quizá llevar a mamá y Elaine a algún lugar la tarde del veintiséis.

—¿Por qué no? —me replicó amablemente.

—Gracias, padre.

—Claro. Pero me deberás una, Dennis.

—¡Padre!

Me guiñó solemnemente el ojo.

—Yo te rascaré a ti la espalda si tú luego me rascas la espalda.

—Un tipo agradable —convine.

—Un auténtico príncipe —afirmó. Mi padre, que no es tonto, me preguntó si tenía algo que ver con Arnie.

—Ella es su novia, ¿no es verdad?

—Bueno —respondí, no estando seguro de cómo estaba situación y me hallaba inquieto por razones personales—. Lo ha sido. Pero ahora no sé.

—¿Problemas?

—No hice muy buen trabajo vigilando por él, ¿no es cierto?

—Es difícil vigilar desde una cama de hospital, Dennis. Ya me aseguraré de que tu madre y Ellie estén fuera el martes por la tarde. Pero, sobre todo, ten mucho cuidado, ¿de acuerdo?

Desde aquel momento he estado pensando, exactamente que quería decirme con eso; no creo que le preocupe que saltase encima de Leigh en un arrebato con la parte superior de una pierna enyesada y medio escayolado en la espalda. Yo creo que más bien temía que algo se hubiera desequilibrado terriblemente con mi viejo amigo de la infancia, convertido repentinamente en un extraño y, además, un extraño salido de la cárcel bajo fianza.

Era seguro que yo sí pensaba que algo andaba fuera de tino, y eso me asustaba lo indecible. El *Keystone* no sale por Navidad, pero los tres afiliados a la red de televisión de Pittsburgh y los dos canales independientes, todos contaron la historia de lo sucedido a Will Darnell, mostrando extrañas y aterradoras fotografías de su casa. El lado encarado a la calle había sido derrumbado. Era la única palabra que lo describía. Esa parte de la casa parecía como si algún nazi loco la hubiera embestido con un Panzer.

El artículo había sido realzado en los titulares de esta mañana: SE SOSPECHA JUEGO SUCIO EN LA EXTRAÑA MUERTE DE UNA TURBIA FIGURA DEL CRIMEN. Eso ya era bastante malo, incluso sin otro retrato de la casa de Will Darnell con ese enorme agujero en su costado. Pero tenías que buscar la página tres para leer el resto del artículo.

El siguiente era más breve, porque Will Darnell había sido una «turbia figura del crimen» y Don Vandenberg solamente había sido un ayudante de gasolinera con mierda hasta el cuello.

AYUDANTE DE ESTACIÓN DE GASOLINA MUERTO EN NOCHEBUENA. CASO DE ATROPELLO Y FUGA, decía el titular. Seguía una simple columna. La historia terminaba con la teoría del jefe de policía de Libertyville, indicando que el conductor debía de estar borracho o drogado. Ni él ni el *Keystone* harían ningún intento de relacionar las muertes, separadas por casi quince kilómetros en la noche de una gran tempestad que había detenido todo el tráfico en Ohio y el oeste de Pensilvania. Pero yo sí las relacioné. No quería hacerlo, pero no pude evitarlo. ¿Y no era cierto que mi padre había estado contemplándome de un modo raro varias veces durante la mañana? Sí. En una o dos ocasiones pareció apunto de decir algo... No tenía idea de lo que le diría si lo hacía, la muerte de Will Darnell, por extraña que fuese, de ninguna manera era tan extraña como mis propias sospechas.

Pero cerró la boca sin pronunciar palabra. Eso, en vez de tener que enfrentarme con ello, me produjo cierto alivio.

A las dos y dos minutos sonó la campanilla.

—¡Entra! —grité, de todos modos, incorporándome sobre mis muletas.

—¿Dennis?

—Sí. Entra.

Así lo hizo, muy bonita con su parka de esquí rojo brillante y sus pantalones azul oscuro. Se echó atrás la capucha bordeada de piel.

—Siéntate —me dijo ella, bajándose la cremallera de la parka—. Vamos, ahora mismo, eso es una orden. Pareces una gran cigüeña atontada ahí sobre esas cosas.

—Sigue, sigue —le alenté, sentándome con un desmanado movimiento.

Cuando uno está metido en yeso nunca es como en las películas, nunca te sientes como Cary Grant preparándose para ir a tomar cócteles al Ritz con Ingrid Bergman. Todo sucede al mismo tiempo, y si el cojín sobre el que aterrizas no te ha hecho perder la confianza, ya puedes considerarte fuera de juego. Esta vez tuve suerte.

—Soy tan débil para los elogios, que yo mismo me atasco.

—¿Cómo estás, Dennis?

—Voy componiéndome poco a poco —repliqué—. ¿Y cómo estás tú?

—He estado mejor —confesó en voz baja, y se mordió el labio inferior.

Esto puede resultar un gesto seductor por parte de una chica, pero esta vez no fue así.

—Cuelga la chaqueta y siéntate tú también.

—De acuerdo.

Sus ojos se prendieron en los míos, y mirarlos fue demasiado. Yo miré a otro lugar, pensando en Arnie. La chica colgó la parka y volvió despacio a la sala de estar.

—¿Tus padres...?

—He conseguido que mi padre se llevara a todo el mundo —le dije—. Creí que a lo mejor... —me encogí de hombros—. Que deberíamos hablar solos con tranquilidad.

La chica se quedó de pie junto al sofá, mirando a través de la habitación. Nuevamente quedé impresionado por la simplicidad de su magnífico aspecto: su adorable figura de adolescente subrayada por sus pantalones azul oscuro y un suéter azul más claro, un conjunto que me hizo pensar en el esquí. Llevaba el cabello sujeto en una trenza suelta que se apoyaba sobre su hombro izquierdo. Sus ojos tenían el color del suéter, quizás algo más oscuros. Una belleza norteamericana criada con cereales, podía decirse excepto por sus pómulos altos que parecían algo arrogantes descubriendo una herencia algo más antigua, más excéntrica. Quizás unas quince o veinte generaciones anteriores hubo un vikingo en la leñera.

O a lo mejor eso no era precisamente lo que yo estaba pensando. Se dio cuenta de que la miraba demasiado rato, y se ruborizó. Yo desvié la mirada.

—Dennis, ¿estás preocupado por él?

—¿Preocupado? Creo que asustado sería una palabra mejor.

—¿Qué sabes de ese coche? ¿Qué te ha dicho Arnie?

—¿Quieres algo? Alguna cosa en la nevera...

Busqué mis muletas.

—Quédate ahí quieto —me ordenó—. Me gustaría algo, yo misma lo cogeré. ¿Y tú, qué quieres?

—Me tomaré una cerveza, si queda alguna.

Se fue a la cocina y yo estuve mirando su sombra en la pared, moviéndose con ligereza, como una bailarina. Sentí su peso momentáneo en mi estómago, casi como una imposición. Hay un nombre para esa especie de dolencia.

Sé que se llama enamorarse de la novia de tu mejor amigo.

—Tenéis un cubetero de hielo automático —su voz llegó hasta mí como flotando—. Nosotros también lo tenemos —dijo entusiasmada.

—Algunas veces se vuelve loco y esparce cubos de hielo en todo el suelo —dije yo—. Es como James Cagney en *Al rojo vivo* : «Tomad eso, sucias ratas». Mi madre se vuelve loca.

Estaba charlando por charlar.

Ella se echó a reír. Se oyó el sonido de los cubitos en los vasos. Regresó en seguida con dos vasos de hielo y dos latas de *Canada Dry* .

—Gracias —le dije, cogiendo el mío.

—No, gracias a ti —replicó, y ahora sus ojos azules eran oscuros y sobrios—. Gracias por estar a mi lado. Si yo tuviera que tratar de este asunto sola, creo que..., bueno, no sé.

—Vamos —la animé—, no es tan malo.

—¿No lo es? ¿Sabes lo sucedido con Darnell?

Asentí.

—¿Y con ese otro? ¿Don Vandenberg?

De modo que ella también había hecho la conexión. Asentí nuevamente.

—Ya lo vi. Leigh, ¿qué te inquieta de *Christine* ?

Durante un largo rato no supe si iba a responderme. No podía responderme. Vi que estaba luchando con el asunto, mirando su vaso que sostenía con ambas manos. Finalmente, en un tono muy bajo de voz, dijo:

—Creo que *Christine* intentó matarme.

Yo no sé lo que yo esperaría, pero desde luego no era eso.

—¿Qué quieres decir?

Comenzó a hablar, al principio con vacilación y, después, más aprisa, hasta que se desató y me lo contó todo. Es una historia que usted ya habrá oído, de modo que no voy a repetirla aquí, baste decir que intenté contarla de modo parecido a como ella me la contó. No había exagerado al decir que estaba asustada. Se veía en la palidez de su cara, en los balbuceos de su voz, en el modo en que sus manos acariciaban incesantemente sus brazos, como si sintiera frío a pesar del suéter y, cuanto más hablaba, tanto más asustado me ponía yo.

Acabó diciéndome que, a medida que perdía el conocimiento, las luces del panel parecían convertirse en ojos brillantes. Se echó a reír nerviosamente al decir esto mismo, como si tratara de eliminar la maldición de algo obviamente absurdo, pero yo no le seguí la risa. Recordaba la seca voz de George LeBay mientras estábamos sentados en las sillas baratas del patio delante del Motel Rainbow y su voz me contaba la historia de Roland, Verónica y Rita. Estaba recordando esas cosas y mi mente hacía unas relaciones inexplicables. Iban encendiéndose las lucecitas. Y no me gustó lo que me revelaban. El corazón me comenzó a palpar pesadamente en el pecho y no hubiera podido unirme a su risa, aunque en ello me hubiera ido la vida.

Me habló del ultimátum que le había dado a Arnie: ella o el coche. Y me habló de la furiosa reacción de Arnie. Aquella había sido la última vez que Leigh Cabot había salido con él.

—Cuando le arrestaron —siguió—. Yo comencé a pensar... a pensar en lo que había sucedido a Buddy Repperton y a esos otros dos chicos... y Moochie Welch.

—Y ahora Vandenberg y Darnell.

—Sí. Pero no es eso todo —Bebió un poco de su cerveza de jengibre y después se sirvió más. El borde de la lata sonó brevemente al chocar con la orilla del vaso—. En Nochebuena, cuando te llamé, mi madre y mi padre habían salido para ir a beber algo a casa del jefe de mi padre. Y yo comencé a ponerme nerviosa. Estaba pensando en... Oh, no sabría decirte exactamente en qué estaba pensando.

—Creo que sí.

Estaba empezando a tener dolor de cabeza.

—Supongo que sí lo sé. Estaba pensando en que ese coche había salido. Ella. En que había salido e iba detrás de ellos. Pero si salió en Nochebuena, supongo que ya tuvo mucho que hacer sin preocuparse además por mis pa... —depositó el vaso en la mesa con violencia y me sobresaltó—. ¿Y por qué hablo de ese coche como si se tratara de una persona? —gritó. Habían comenzado a rodarle lágrimas por las mejillas—. ¿Por qué insisto en hacer eso?

Aquella noche vi demasiado claramente adónde podía conducirnos el consolarla. Arnie estaba entre nosotros... también parte de mí lo estaba. Lo había conocido durante un largo tiempo. Un tiempo largo y bueno.

Pero eso había sido antes, y ahora era ahora. Me coloqué las muletas en los sobacos, crucé el camino saltando hasta el sofá, y me dejé caer al lado de ella. Los cojines suspiraron. No fue un pedorreo, pero casi.

Mi madre guarda una caja de *Kleenex* en el cajón de la pequeña mesa. Saqué un pañuelo de papel y la miré. Se lo di y ella me dio las gracias.

Entonces, y aunque despreciándome un poquito, le pasé un brazo por la espalda y la mantuve abrazada.

Se quedó tensa por un momento... Pero después permitió que la acercara hacia mi hombro. Estaba temblando.

Nos quedamos así sentados, ambos temerosos del menor del movimiento nuestro, me pareció a mí. Temiendo explotar. O algo parecido. Al otro lado de la habitación en la repisa de la chimenea el reloj palpitaba con un tic tác imponente. La luz brillante del invierno se

filtraba por las ventanas arqueadas proporcionando tres perspectivas diferentes de la calle La tempestad había cesado al mediodía de Navidad y ahora el cielo azul, firme y sin nubes, parecía negar que allí tan siquiera existiera algo llamado nieve: pero los montoncitos como dunas, arrastrados a través de los pequeños prados a un lado y otro de la calle, como lomos de grandes bestias enterradas, lo confirmaban.

—El hedor —dije finalmente—. ¿Hasta dónde estás segura del hedor?

—¡Estaba allí! —replicó, apartándose de mí y sentándose muy erguida. Yo replegué nuevamente mi brazo, con una sensación mezcla de alivio y desilusión—. Allí estaba, de verdad..., un hedor horrible, de podredumbre —me miró—. ¿Por qué? ¿Lo has percibido tú también?

Negué con la cabeza. Nunca lo había olido. Realmente, no.

—¿Qué sabes entonces sobre ese coche? —me preguntó Leigh—. Tú sabes algo. Lo veo en tu cara.

Me había llegado el turno de pensar larga y concentradamente, y lo que, de una forma extraña me vino a la mente, fue una imagen de fusión nuclear de algún libro de texto científico. Un dibujo de historieta. Uno no espera encontrar historietas en libros de ciencia, pero, como alguien me dijo una vez, hay muchos giros tortuosos a lo largo del camino de la educación pública... Si alguien ponía las cosas en su punto exacto, ese alguien había sido el propio Arnie. El dibujo mostraba dos átomos de auto trucado abalanzándose el uno contra el otro y chocando. Rápido, en lugar de un montón de ruinas (y ambulancias-átomo para llevarse los muertos y los neutrones heridos), masa crítica, reacción en cadena y un caos formidable.

Entonces decidí que el recuerdo de esa historia no era nada extraño. Leigh tenía cierta información que yo antes no había poseído. Y también era lo contrario. En ambos casos, la mayor parte era suposición, la mayor parte era presentimiento y circunstancia... Pero, en buena parte, era información concreta para asustarse de veras. Estuve pensando brevemente que haría la policía si ellos supieran lo que nosotros sabíamos. Podía suponerlo: nada. ¿Cabía llevar ante el tribunal a un fantasma? ¿O a un coche?

—¿Dennis?

—Estoy pensando —le dije—. ¿No hueles olor a quemado?

—¿Qué es lo que tú sabes? —me preguntó de nuevo.

Colisión. Masa crítica. Reacción en cadena.

La cuestión era, pensaba yo, que si nosotros juntásemos nuestra información tendríamos que hacer algo o contarlo a alguna persona. Empezar alguna acción. Nosotros...

Recordé mi sueño: el auto depositado en el garaje de LeBay, el motor que se conectaba y después se paraba, se ponía, otra vez en marcha, con los faros encendiéndose, el chirrido de los neumáticos.

Le cogí las manos entre las mías.

—De acuerdo —le dije—. Escucha. Arnie compró a *Christine* a un tipo que ahora está muerto. Un tipo llamado Ronald D. LeBay. Nosotros vimos a *Christine* en su patio un día, cuando volvíamos a casa del trabajo y...

—Tú también estás haciéndolo —me dijo con suavidad.

—¿Haciendo qué?

—Llamando ella al auto.

Asentí sin soltarle las manos.

—Sí, lo sé. Es difícil no hacerlo. La cuestión es, que él la quiso a ella, o a lo que sea ese auto, desde el primer momento que puso en ella sus ojos. Y yo ahora... no lo creía antes, pero ahora sí..., que LeBay quería que Arnie tuviera a *Christine* tanto como Arnie quería tenerla; creo que LeBay se la hubiera dado a Arnie si hubiéramos llegado a eso. Es como si Arnie viera a *Christine* y lo supiera, y entonces LeBay vio a Arnie y lo supo también...

Leigh liberó sus manos de las mías y comenzó a frotarse los codos, otra vez inquieta.

—Arnie contó que había pagado...

—Sí pagó, de acuerdo. Y todavía está pagando. Es decir, sigue en ello.

—No entiendo qué quieres decir.

—Te lo demostraré —le dije— en pocos minutos. Primero, deja que te dé algunos antecedentes.

—Bien.

—LeBay tenía una esposa y una hija. Eso sucedió en los años cincuenta. Su hija murió junto a la carretera. Se murió asfixiada. Con una hamburguesa.

El rostro de Leigh se puso cada vez más pálido. Por un momento se vio tan blanquecino y translúcido como vidrio empañado.

—¡Leigh! —le dije ansioso—. ¿Estás bien?

—Sí —me respondió con una placidez escalofriante. Su color no mejoró. La boca se le torció en una horrible mueca que quizás intentaba ser una sonrisa tranquilizadora.

—Estoy bien —se levantó—. ¿Dónde está el baño, por favor?

—Hay uno al final del pasillo —le expliqué—. Leigh, tienes muy mal aspecto.

—Voy a vomitar —me respondió con aquella misma plácida voz, y se alejó.

Ahora caminaba a sacudidas, como un títere, se había desvanecido toda aquella gracia de bailarina que había visto en su sombra. Salió de la habitación con lentitud, pero cuando se perdió de mi vista el ritmo de su paso se avivó. Vi cómo abría violentamente la puerta del cuarto de baño y, después, los sonidos. Me incliné apoyado en el sofá y me cubrí los ojos con las manos.

Cuando Leigh volvió todavía estaba pálida, pero había recuperado algo de color. Se había lavado la cara y todavía conservaba algunas gotas de agua en las mejillas.

—Lo siento —me dijo—. No importa. Sólo es que... me asustaste —ella sonrió vagamente—. Supongo que eso es decir poco —trabó su mirada con la mía—. Dime sólo una cosa, Dennis. Sobre lo que has dicho. ¿Es verdad? ¿Es realmente verdad?

—Sí —le respondí—. Es verdad. Y hay más todavía. Pero ¿quieres de verdad escuchar el resto?

—No —me replicó—. Pero cuéntamelo, de todas maneras.

—Podríamos dejarlo —le dije, poco convencido.

Sus ojos graves, preocupados, estaban fijos en los míos.

—Sería más... seguro... si no lo hiciéramos —dijo.

—Su esposa se suicidó poco después de que muriera su hija.

—El coche...

—... estuvo involucrado.

—¿Cómo?

—Leigh...

—¿Cómo?

De modo que se lo conté: y no sólo lo de la niñita y su madre, sino lo del propio LeBay, como su hermano George me lo había contado. Su reserva sin fondo de ira. Los chicos que se habían burlado de sus ropas y de su corte de pelo. Su escapada al Ejército en donde todos los cortes de pelo y las ropas eran iguales. El parque de vehículos. Las injurias constantes a los cagones, especialmente eso los cagones que le traían sus lujosos autos para ser reparados a expensas del Gobierno. La Segunda Guerra Mundial. El hermano. Alistado, muerto en Francia. El viejo Chevrolet. El viejo Hudson Hornet. Y, a través de todo ello, en su latido constante e inalterable, la ira.

—Esa palabra —murmuró Leigh.

—¿Qué palabra?

—Cagones.

Tuvo que esforzarse para pronunciarla, arrugando la nariz en un gesto casi inconsciente de asco y repulsión.

—Él la usa ahora, Arnie.

—Lo sé.

Nos miramos, y sus manos se encontraron otra vez con las mías.

—Estás fría —le dije.

Otra observación brillante de esa fuente de sabiduría, Dennis Guilder. Tengo un millón de ellas.

—Sí, me siento como si nunca más pudiera sentir calor.

Yo deseaba y no deseaba rodearla con mis brazos. Tenía miedo. Arnie estaba todavía demasiado mezclado con las cosas. La cosa más terrible —y era terrible— es que ahora parecía cada vez más que Arnie estaba muerto..., muerto, o bajo un encantamiento extraño.

—¿Dijo algo más su hermano?

—Nada que parezca encajar.

Pero un recuerdo surgió como una burbuja en agua mansa y estalló: «Estaba obsesionado y airado pero no era un monstruo —me había

dicho George LeBay—. Por lo menos..., yo no creo que lo fuese». Y parecía que, perdido en aquel pasado lejano, había estado a punto de decir algo más, y entonces se hubiera dado cuenta de dónde estaba, de que hablaba con un extraño. ¿Qué había estado a punto de decir?

De pronto, tuve una idea realmente monstruosa. La alejé de mí. Desapareció..., pero fue difícil rechazar aquella idea. Como empujar un piano. Y todavía veía sus contornos en las sombras.

Me di cuenta de que Leigh estaba observándome con gran atención, y me pregunté cuánto de lo que había estado pensando se adivinaría por mi cara.

—¿Anotaste la dirección del señor LeBay? —preguntó Leigh.

—No —pensé un momento, y entonces recordé el funeral, que ahora parecía muy, muy lejos en el tiempo—. Pero supongo que la Oficina de la Legión Americana de Libertyville la tendrá. Ellos enterraron a LeBay y se pusieron en contacto con el hermano. ¿Por qué?

Leigh se limitó a sacudir la cabeza y se acercó a la ventana, en donde estuvo mirando hacia fuera, el día cegador. «*Final del año* », pensé al azar.

Ella se volvió a mirarme y yo, una vez más, me quedé asombrado por su belleza, calmada y sosegada, con excepción de aquellos pómulos altos y arrogantes: el tipo de pómulos que uno esperaba encontrar en una dama que, probablemente, llevase un cuchillo en el cinturón.

—Me has dicho que me enseñarías algo —me dijo—. ¿Qué es?

Asentí. Ahora ya no había modo de detenerse. La cadena en reacción había comenzado. No había manera de cerrarla.

—Sube al piso —le dije—. Mi habitación es la segunda puerta a la izquierda. Mira en el tercer cajón de mi cómoda. Tendrás que buscar debajo de mi ropa interior, pero no te morderá.

Ella sonrió..., sólo un poco, pero incluso eso fue una mejora.

—¿Y qué encontraré allí? ¿Un saquito de droga?

—Renuncié a eso el año pasado —le dije, devolviéndole la sonrisa—. Este año toca deporte. Hago frente a mi vicio vendiendo heroína entre los de segundo curso.

—¿Qué es? De verdad...

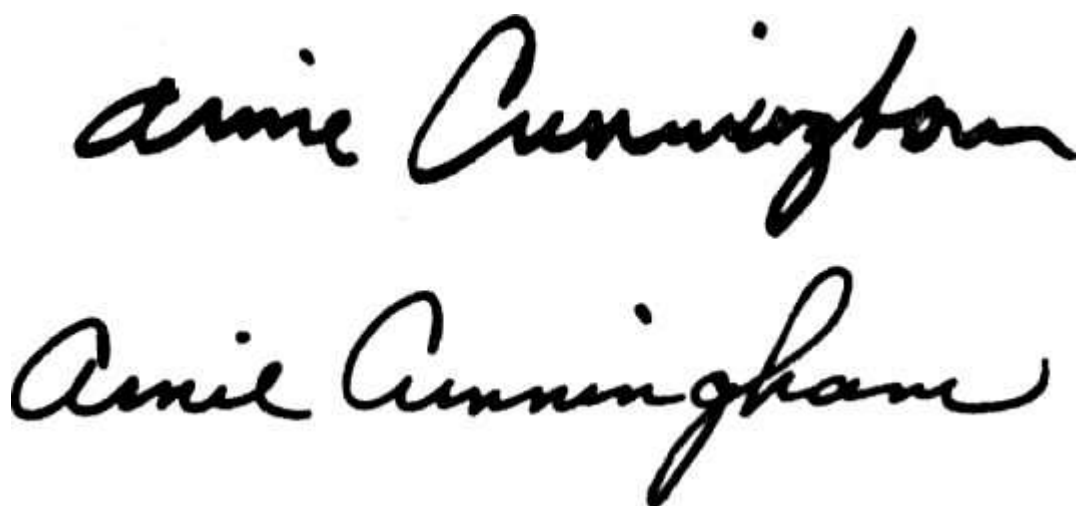
—El autógrafo de Arnie —le dije yo—. Inmortalizado en yeso.

—¿Su autógrafo?

—Por duplicado.

Ella los encontró y, cinco minutos después, estábamos en el sofá otra vez mirando los cuadrados de molde de yeso. Estaban uno al lado del otro en la mesilla de café con cubierta de vidrio, algo averiados en los bordes, algo estropeados por el desgaste. Otros nombres danzaron perdiéndose en el limbo en uno de los pedazos. Yo había conservado la escayola, e incluso le había indicado a la enfermera por dónde cortar. Más tarde había recortado los dos cuadrados, uno de la pierna derecha y otro de la izquierda.

Los contemplamos silenciosamente:



Annie Cunningham
Annie Cunningham

Leigh me miró, asombrada e interrogativa.

—Esas son piezas de tu...

—De mi escayola, sí.

—¿Es que se trata de una broma..., o qué?

—No es broma. Estuve contemplándole mientras los firmaba.

Ahora que ya lo había soltado experimenté un sentimiento de alivio, de liberación. Era bueno poder compartir esto. Había estado en mi mente durante largo tiempo, apretante e insistente.

—Pero no parecen nada iguales.

—Dímelo a mí —le dije—. Pero tampoco Arnie es igual al Arnie que solía ser. Y todo vuelve a ese maldito coche —golpeé salvajemente el cuadrado de yeso de la izquierda—. Esa no es su firma. He conocido a Arnie casi toda mi vida. He visto sus apuntes, le he visto enviando notas,

le he visto endosar sus cheques, y *esta no es su firma* . La de la derecha, sí. Pero esta, no. ¿Quieres mañana hacer algo por mí, Leigh?

—¿Qué?

Se lo dije. Ella asintió lentamente.

—Por nosotros.

—¿Cómo?

—Lo haré por nosotros. Porque hemos de hacer algo, ¿no es verdad?

—Sí —le dije—. Supongo que sí. ¿Te importa si te pregunto algo personal?

Ella sacudió la cabeza, sin alejar la mirada de sus esplendidos ojos azules de los míos.

—¿Cómo has dormido últimamente?

—No muy bien —me dijo—. Pesadillas. ¿Y tú?

—No. No muy bien.

Y entonces, porque ya no podía contenerme puse mis manos en sus hombros y la besé. Hubo un momento de vacilación y creí que se separaba... Entonces alzó la barbilla y me devolvió el beso, firme y plenamente. Quizás había un poco de suerte en que, de momento, estuviese inmovilizado. Cuando acabamos de besarnos, me miró a los ojos, interrogadora.

—Contra los sueños —le dije, pensando que me saldría rápidamente y que sonaría a falso, tal como parece impreso, pero no fue así, sonó tembloroso y casi dolorosamente intenso.

Y esta vez inclinó la cabeza hacia mí y nos besamos otra vez frente a aquellos dos cuadros de yeso que nos miraban con sus ojos blancos vacíos y con el nombre de Arnie escrito en ellos. Nos besamos por el simple consuelo animal que produce el contacto animal —claro está, aquello y algo más, comenzando a ser algo más—, y entonces estuvimos abrazados sin hablarnos, y creo que no nos estábamos engañando sobre lo que estaba sucediendo: por lo menos del todo. Era un consuelo, pero era también buen sexo, grávido, maduro y cachondo, con hormonas de adolescente. Y quizá tenía una oportunidad de convertirse en algo más pleno y más amable que el simple sexo.

Pero en aquellos besos hubo algo más: yo lo sabía, ella lo sabía y probablemente, usted lo sabe también. La otra cosa era una especie de traición vergonzosa. Yo sentía dieciocho años de recuerdos que lloraban a gritos: la gran caja de hormigas, las partidas de ajedrez, las películas,

las cosas que Arnie me había enseñado, las veces que yo había evitado que le matasen. Excepto que, finalmente quizá no lo había hecho. Quizá le había visto por última vez y, además, con un final pobre y bastante vulgar: la noche de Acción de Gracias, cuando me trajo los bocadillos de pavo y la cerveza.

Creo que a ninguno de los dos se nos ocurrió que, hasta aquel momento, no habíamos hecho nada imperdonable para Arnie: nada que pudiera enojar a *Christine* . Pero ahora, naturalmente, sí lo habíamos hecho.

44. Trabajo detectivesco

Well, when the pipeline gets broken
And I'm lost on the river-bridge,
I'm all cracked up on the highway
And in the water's edge,
Medics come down the Thruway,
Ready to sew me up with the thread,
And if I fall down dyin
Y'know she's bound to put a blanket
on my bed.

BOB DYLAN

Lo que ocurrió durante las tres semanas siguientes, más o menos, era que Leigh y yo jugamos a ser detectives y nos enamoramos.

Ella fue a las Oficinas Municipales al día siguiente, y pagó cincuenta centavos para que le fotografiaran dos documentos: aquellos documentos que van a Harrisburg, pero que Harrisburg devuelve una copia a la ciudad.

Esta vez mi familia estaba en casa cuando llegó Leigh. Ellie asomaba la cabeza en cuanto tenía oportunidad. Estaba fascinada por Leigh y me hizo reír por lo bajo cuando, transcurrida una semana del nuevo año comenzó a peinarse el pelo atándolo detrás como Leigh solía hacer. Estuve tentado de meterme con ella por eso... pero resistí la tentación. Quizás estaba creciendo un poco (pero no lo suficiente para resistir quitarle una de sus golosinas, que descubrí escondida detrás de las cajas *Tupperware* con restos de comida en el frigorífico).

Con excepción de las ojeadas ocasionales de Ellie, tuvimos la sala de estar, principalmente, para nosotros a la tarde siguiente, al 26 de diciembre, después de haber cumplido con las cortesías sociales.

Presenté Leigh a mi madre y a mi padre, mi madre sirvió café y todos hablamos. Elaine es quien habló más: charlando sobre su escuela y haciéndole a Leigh toda clase de preguntas sobre la nuestra. Al principio me molestó y, después, me sentí agradecido. Mis padres son el

espíritu de la cortesía de la clase media (si a mi madre la estuvieran llevando a la silla eléctrica y tropezara con el capellán, seguro que se excusaría), y yo sentí claramente que Leigh les gustó, pero también era obvio —por lo menos para mí— que estaban preguntándose, un poco ansiosos, dónde encajaba Arnie en todo este asunto.

Que era, precisamente, lo que Leigh y yo nos preguntábamos también, supongo. Finalmente, hicieron lo que hacen los padres cuando dudan en semejantes situaciones: se olvidaron de ello, considerándolo cuestión de chicos, y se preocuparon de sus propios asuntos. Papá se excusó primero, diciendo que su taller en el sótano tenía el desorden normal posnavideño y que debería comenzar a hacer algo al respecto. Mamá dijo que tenía que escribir algo.

Ellie me miró con solemnidad y manifestó:

—Dennis, ¿sabes si Jesús tuvo un perro?

Yo me eché a reír a carcajadas y lo mismo hizo Ellie y Leigh siguió sentada, contemplando cómo nos reíamos y sonriendo cortésmente, de la manera que lo hacen los forasteros en un chiste familiar.

—Lárgate, Ellie —le ordené.

—¿Y qué me harás si no me voy? —preguntó ella, pero sólo era una fanfarronería de rutina: ya se estaba levantando para marcharse.

—Puedes lavarme la ropa interior —le dije.

—¡Y un cuerno me la harás lavar! —declaró Ellie altivamente, y salió de la habitación.

—Mi hermanita —comenté yo.

Leigh sonreía.

—Es formidable.

—Si tuvieras que vivir con ella todo el tiempo, seguro que cambiarías de parecer. Veamos lo que tenemos ya.

Leigh sacó una de las fotocopias, que colocó en la mesilla, allí donde el día anterior habían estado mis pedazos de yeso.

Era el nuevo registro de un auto usado, un Plymouth sedán 1958 (4 puertas), rojo y blanco. Llevaba la fecha de 10 de noviembre de 1978, y estaba firmado Arnold Cunningham. La firma de su padre estaba junto a la de Arnie.

PROPIETARIO:

Arnold Cunningham

FIRMA TUTOR:

Michael Cunningham

—¿Qué te parece esto? —le pregunté.

—Una de las firmas está en uno de los cuadrados que me enseñaste —dijo ella—. ¿Cuál de ellas?

—Así es como firmaba Arnie justo después que yo me casqué en Ridge Rock —le dije yo—. Así es como era siempre su firma. Ahora veamos la otra.

La puso en la mesa junto a la primera. Se trataba de un albarán de registro para un coche nuevo, un sedán Plymouth 1958 (4 puertas), rojo y blanco. Llevaba fecha de noviembre de 1957: sentí un desagradable sobresalto ante la similitud exacta, y una ojeada al rostro de Leigh me indicó que también ella se había dado cuenta.

—Mira la firma —dijo ella en voz baja.

Lo hice.

PROPIETARIO:

Roland D. Le Bay

Este era el tipo de letra que Arnie había usado la víspera de Acción de Gracias, no era necesario ser un genio o un experto en caligrafía para

darse cuenta. Los nombres eran diferentes, pero la escritura era exactamente la misma.

Leigh alargó su mano, que yo cogí entre las mías.

Lo que mi padre hacía en su taller del sótano eran juguetes, supongo que eso les parecerá algo extraño, pero tal vez es su pasatiempo. O quizás es más que un pasatiempo: creo que pudo haber en su vida un momento en que tuvo que tomar una difícil decisión entre ir a la Universidad o salir por su cuenta y convertirse en fabricante de juguetes. Si eso es cierto, creo que escogió el camino seguro. Algunas veces, opino que lo veo en sus ojos, como un viejo fantasma inquieto, pero, probablemente, eso está en mi imaginación, que solía ser mucho menos activa de lo que es ahora.

Ellie y yo éramos los principales beneficiarios, pero también Arnie había encontrado algunos de los juguetes de mi padre bajo diversos árboles de Navidad y junto a varios pasteles de aniversario, como había ocurrido con la mejor amiga de infancia de Ellie, Aimee Carruthers (que hacía mucho tiempo que se había ido a vivir a Nevada y ahora se hablaba de ella en los tonos tristes reservados para aquellos que mueren jóvenes y sin sentido) y con otras amiguitas.

Ahora mi padre daba la mayoría de cosas que hacía al Ejército de Salvación, Fondo 400 y, antes de Navidad, el sótano siempre me recordaba el taller de Papá Noel: justo hasta antes de Navidad rebosaba de cajas de cartón ordenadas que contenían trenes de madera, pequeñas cómodas, relojes de construcción que daban la hora, animales rellenos, uno o dos pequeños teatros de títeres. Su interés principal estaba en los juguetes de madera (hasta que surgió lo de Vietnam había estado construyendo batallones de soldados de juguete, pero, en los últimos cinco años, más o menos, habían sido eliminados silenciosamente, incluso ahora no estoy seguro de que ni él se diese cuenta de que estaba suprimiéndolos), pero como buen investigador de éxitos, mi padre se dedicaba a todos los campos. Durante la semana después de Navidad se producía una pausa. El taller parecía terriblemente vacío, y únicamente quedaba el olor dulzón del aserrín para recordarnos que los juguetes habían estado allí.

Aquella semana mi padre barrería, limpiaría, engrasaría su maquinaria y se prepararía para el año siguiente. Entonces, a medida que el invierno avanzara para enero y febrero, pronto comenzarían a aparecer juguetes y pedazos de madera que serían piezas de algún juguete: trenes y danzarinas de madera, con círculos de color rojo en las mejillas, una caja de relleno recuperado del viejo sofá de alguien que más tarde acabaría en la barriga de algún oso (mi padre llamaba a todos sus osos Owen u Olive; yo había destrozado cinco osos Owen entre la infancia y el segundo grado y Ellie había destrozado una cifra igual de osos Olive), pequeños fragmentos de alambre, botones y ojos lisos, sin su cuerpo, esparcidos por su banco de trabajo como algo extraído de un cuento sangriento de horror. Finalmente, aparecían las cajas de los almacenes

de licores y, nuevamente, los juguetes comenzarían a ser depositados en ellas.

En los últimos tres años, mi padre había recibido tres diplomas del Ejército de Salvación, pero los guardaba ocultos en un cajón, como si se avergonzara de ellos. Yo no lo comprendí entonces y tampoco ahora — no completamente—, pero por lo menos sé que no era por vergüenza. Mi padre no tenía por qué avergonzarse de nada.

Aquella noche después de la cena bajé penosamente, agarrado a la barandilla con todas mis fuerzas, utilizando la otra muleta como un palo de esquí.

—Dennis —me dijo él, complacido pero ligeramente aprensivo—. ¿Necesitas ayuda?

—No, ya la tengo.

Mi padre dejó la escoba a un lado, junto a un pequeño montón de virutas, y estuvo contemplándome para ver si, realmente, iba a conseguirlo.

—¿Qué te parecería un empujoncito entonces?

—Ja, ja, muy gracioso.

Llegué abajo, y a la pata coja me acerqué a la gran butaca que mi padre tiene en el rincón junto a nuestra vieja *Motorola* negra y blanca, y me senté.

Plonc.

—¿Cómo te van las cosas? —me preguntó.

—Muy bien.

Recogió un puñado de virutas de madera que arrojó a su barril de desperdicios, y recogió alguna más.

—¿No te duele?

—No. Bueno..., un poco.

—Has de tener cuidado con la escalera. Si tu madre hubiera visto lo que acabas de hacer...

Yo hice una mueca.

—Se echaría a gritar, seguro.

—¿Dónde está tu madre?

—Ella y Ellie se fueron a casa de los Renneke. Dinah Renneke recibió por Navidad una librería completa de los álbumes de Shaum Cassidy. Ellie está verde.

—Yo creía que Shaum había pasado de moda —explicó mi padre.

—Yo creo que ella tiene miedo de que la moda la traicione.

Mi padre se echó a reír. Siguió un silencio de camaradería durante un rato, yo sentado y él barriendo. Yo sabía que él le daba vueltas al asunto y, finalmente, lo abordó.

—Leigh —me dijo—. ¿Verdad que solía salir con Arnie?

—Sí —respondí.

Tendió una ojeada y, después, se aplicó de nuevo a su tarea. Yo creía que ahora me preguntaría si yo creía que era sensato, o, a lo mejor, mencionaría que un tipo que le quitara a otro la novia no estaba haciendo lo adecuado para perpetuar la amistad, etcétera. Pero no dijo nada de todo ello.

—Ya no vemos mucho a Arnie por aquí. ¿Crees que estará avergonzado por el lío en que se ha metido?

Yo tenía el presentimiento de que mi padre no creía absolutamente en eso, que, simplemente, estaba probando de dónde venía el viento.

—No lo sé —le respondí.

—No creo que tenga que preocuparse demasiado. Con Darnell muerto... —inclinó el recogedor en el barril y las virutas se deslizaron dentro con un suave ruido. Dudo que ni tan siquiera le acusen.

—¿No?

—No. No a Arnie. No por nada serio en todo caso. Puede ser que le multen, y el juez, probablemente, le echará un sermón, pero nadie quiere poner una marca indeleble en la historia de un buen muchachito blanco suburbano que ha de ir a la Universidad y está destinado a ocupar un buen lugar en la sociedad.

Me lanzó una mirada interrogadora, y yo me removí súbitamente incómodo en mi asiento.

—Sí, claro, supongo que sí.

—Excepto que ya ha dejado de ser eso, ¿no es verdad, Dennis?

—Sí. Ha cambiado.

—¿Cuándo fue la última vez que le viste?

—El día de Acción de Gracias.

—¿Y estaba bien aquel día?

Sacudí lentamente la cabeza, con ganas de pronto de llorar y descargarle contándole todo. En otra ocasión había sentido lo mismo y no lo hice, tampoco lo hice esta vez, pero por razones distintas. Recordé lo que Leigh me había dicho respecto a sentirse nerviosa por sus padres en Navidad y a mí me parecía que cuantas menos personas supieran de nuestras sospechas, tanto más seguro para ellas.

—¿Qué es lo que pasa?

—No lo sé.

—¿Lo sabe Leigh?

—No. No está segura. Tenemos... algunas sospechas.

—¿Deseas hablar de ello?

—Sí. En cierto modo tengo ganas. Pero creo que sería mejor que no lo hiciera.

—De acuerdo —me respondió—. Por ahora.

Barrió el suelo. El ruido de las cerdas duras en el piso de cemento casi era hipnótico.

—Y quizá sería mejor hablar con Arnie antes de que pase mucho tiempo.

—Sí. Ya lo he pensado.

Pero no era una entrevista que yo deseara mucho. Siguió otro momento de silencio. Papá acabó de barrer después echó una mirada alrededor.

—Parece que está bastante limpio, ¿verdad?

—Espléndido, papá.

Sonrió algo tristemente y encendió un *Winston*. Desde que tuvo el ataque al corazón, casi había dejado de fumar por completo, pero

siempre tenía un paquete cerca y, de vez en cuando, se fumaba un pitillo. Solía hacerlo cuando se sentía bajo alguna tensión.

—Bobadas. Está tan vacío que da miedo.

—Bueno..., sí.

—¿Quieres que te eche una mano para subir, Dennis?

Me coloqué las muletas debajo de los sobacos.

—No creo que deba rechazar esa ayuda.

Me miró y soltó una risita.

—John Silver el Largo. Todo lo que te hace falta es un loro.

—¿Vas a quedarte ahí burlándote de mi o vas a echarme una mano?

—Supongo que te echaré una mano.

Yo colgué un brazo por encima de su hombro, sintiéndome, en cierta manera, de nuevo como un chico: me trajo recuerdos casi olvidados de mi padre cargando conmigo y llevándome arriba, a la cama, las noches del domingo, después de que ya había empezado a dormitar a la mitad del Show de Ed Sullivan. El olor de su loción después del afeitado, seguía siendo el mismo.

Una vez arriba, me explicó:

—No te enfades si te parezco demasiado inquisitivo, Denny. Pero ¿verdad que Leigh ya no sale con Arnie?

—No, papá.

—¿Es que ahora sale contigo?

—Yo..., bueno, realmente no podría decirlo. Supongo que no.

—Quieres decir todavía no.

—Bueno..., sí, supongo que es eso.

Comenzaba a sentirme incómodo y él debió verlo, pero siguió adelante de todos modos.

—¿Sería aventurado suponer que ella rompió con Arnie porque él ya no era el mismo de antes?

—Sí. Supongo que eso sería lo cierto.

—¿Sabe Arnie ya lo tuyo con Leigh?

—Padre, no hay nada que saber... por lo menos, todavía no.

Mi padre se aclaró la garganta, pareció reflexionar y no añadió nada más. Le solté y me esforcé por colocar ambas muletas por debajo de mí. Seguramente, me afané algo más de lo necesario.

—Te daré un consejo gratuito —me dijo, finalmente, mi padre—. No le digas lo que sucede entre tú y Leigh... Y deja a un lado las protestas de que no está sucediendo nada. Estás intentando ayudarlo de alguna manera, ¿no es verdad?

—No sé si nosotros, Leigh y yo, podremos hacer nada por Arnie, padre.

—Le he visto dos o tres veces —dijo mi padre.

—¿Le has visto? —le pregunté, asombrado—. ¿Dónde?

Mi padre se encogió de hombros.

—En la calle. En el centro. ¿Sabes?, Libertyville no es tan grande, Dennis. El...

—¿Qué...?

—Casi no me reconoció. Y parece más viejo. Ahora qué está más pálido, parece mucho más viejo. Antes creía que Arnie se parecía a su padre, pero ahora...

Se interrumpió de repente.

—Dennis, ¿se te ha ocurrido pensar que Arnie quizás esté sufriendo alguna crisis nerviosa?

—Sí —repuse, y sólo deseaba haberle podido contar que había otras posibilidades también.

Peores. Posibilidades que hubieran hecho pensar a mi padre si era él mismo el que sufría una crisis nerviosa.

—Ten cuidado —concluyó y, aunque no mencionó lo que le había sucedido a Will Darnell, de pronto sentí, con fuerza, que en eso estaba pensando mi padre—. Ten cuidado, Dennis.

Leigh me llamó por teléfono al día siguiente y me dijo que su padre tenía que ir a Los Angeles por negocios de año, y que había propuesto, de golpe, que todos fuesen con él, alejándose del frío y la nieve.

—Mi madre se entusiasmó con la idea y no pude encontrar ninguna excusa plausible para decir que no —me explicó—. Sólo serán diez días, y la escuela no empezará hasta el 8 de enero.

—Parece espléndido —repliqué—. Diviértete.

—¿Crees que debería ir?

—Si no vas, será mejor que te hagas examinar la cabeza.

—¿Dennis?

—¿Qué?

Bajó un poco la voz.

—Tendrás cuidado, ¿verdad? Yo..., bueno, yo últimamente he estado pensando mucho en ti...

Colgó entonces el teléfono, dejándome sorprendido y algo de tibieza. Pero el sentimiento de culpa permaneció, desvaneciéndose ahora un poco, quizá, pero ahí todavía.

Mi padre me había preguntado si estaba intentando ayudar a Arnie. ¿Lo estaba? ¿O estaría yo sólo metiéndome una parte de su vida en donde él había marcado unos apuntes...? ¿Y, además, robándole la novia en el proceso? ¿Qué es lo que exactamente diría Arnie si lo descubría?

La cabeza me dolía con tantas preguntas, y pensé que quizá sería lo mejor que Leigh se ausentara por unos días.

Como ella misma había dicho sobre nuestros padres, parecía más seguro.

El viernes día 29, el último día laboral del año viejo, llamé por teléfono a la Oficina de la Legión Americana de Libertyville y pregunté por el secretario. Me dieron su nombre, Richard McCandless, y el conserje me facilitó, además un número de teléfono. El número resultó ser el de David Emerson, la «mejor» tienda de muebles de Libertyville. Me dijeron que esperase un momento y entonces habló McCandless, con una voz profunda, grave, que sonaba como de un sesentón: como si quizá Patton y el propietario de aquella voz se hubieran abierto camino a través de Alemania hasta Berlín, hombro contra hombro, probablemente mordiendo balas del enemigo en el aire con los dientes a medida que avanzaban.

—McCandless —replicó.

—Señor McCandless, me llamo Dennis Guilder. El pasado mes de agosto organizó usted un funeral, estilo militar, para un tipo llamado Roland LeBay...

—¿Era amigo suyo?

—No, sólo un conocido, pero...

—En ese caso, no tengo que ofenderle en sus sentimientos —dijo McCandless, y en su garganta resonaban estertores. Parecía como un Andy Devine cruzado con Broderick Crawford—. LeBay no era sino un puro hijo de perra, y si yo me hubiera salido con la mía, la Legión no hubiera tenido nada que ver para meterlo en el hoyo. Dejó la organización en 1970. Si no se hubiera marchado, le hubiéramos echado nosotros. El tipo ese era el bastardo más pendenciero que ha habido en la Tierra.

—¿Lo era?

—Ya puede usted apostar algo. Primero discutía contigo, y entonces, si podía, pasaba a una pelea. No se podía jugar al póquer con ese hijo de puta y, claro está, que no se podía beber un trago con él. Uno no podía seguirle, por una parte, y, por otro lado, se comportaba malévolamente. Y no es que tuviera que ir muy lejos para mostrarse maligno. Era un bastardo loco, y espero que usted me perdone la franqueza. ¿Quién eres, chico?

Por un momento demencial estuvo a punto de citar a Emily Dickinson: «¡Yo no soy nadie! ¿Quién es usted?».

—Un amigo mío compró un auto a LeBay justo antes de que muriese...

—¡Mierda! ¿No sería ese cincuenta y siete?

—Bueno, realmente era un cincuenta y ocho...

—Ya, ya, cincuenta y siete o cincuenta y ocho, rojo y blanco. Esa era la única maldita cosa por la que se preocupaba. Lo trataba como si fuese una mujer. Fue por ese auto que abandonó la Legión, ¿lo sabía usted?

—No —le dije yo—. ¿Qué sucedió?

—Ah, mierda... Una historia antigua, muchacho, estoy llenándote de rollo. Pero, cada vez que me acuerdo de ese hijo de perra, ese LeBay, lo veo todo rojo. Todavía tengo cicatrices en las manos. El Tío Sam gozó de tres años de mi vida durante la Segunda Guerra Mundial y no saqué ello más que un Corazón Púrpura, aunque estuve en combate casi todo el tiempo. Luché avanzando por la mitad de las islas de mierda del sur del Pacífico. Yo y unos cincuenta tipos hicimos frente a una carga *banzai* en Guadalcanal..., dos jodidos millones de japoneses embistiéndonos

drogados hasta las orejas y blandiendo esos sables que construían con botes de café de *Maxwell House* ..., y ni tan siquiera una cicatriz en mi cuerpo. Sentí un par de balas que me rozaron y, antes de que rompiéramos esa carga, el tipo que estaba a mi lado quedó con las tripas desordenadas por cortesía del Emperador del Japón, pero la única vez que vi el color de mi sangre allí, en el Pacífico, fue cuando me corté al afeitarme. Entonces...

McCandless se echó a reír.

—Mierda y más mierda, ahí voy otra vez. Mi mujer dice que algún día abriré demasiado la boca y me caeré dentro. ¿Cómo me has dicho que te llamabas?

—Dennis Guilder.

—Muy bien, Dennis, te he llenado el oído, ahora tú debes decirme cosas. ¿Qué querías?

—Bueno, mi amigo compró ese auto y lo arregló..., como un brazo de mar, supongo que diría usted. Una pieza de museo.

—Sí, justo como LeBay —convino McCandless, y se mojó la boca—. Él adoraba ese jodido auto, todo hay que oírlo. Su mujer no le importaba una mierda... ¿Sabes que le sucedió a ella?

—Sí —repuse.

—La empujó a ese fin —siguió McCandless con gravedad—. Después de morir su hija, ella no obtuvo ningún consuelo en LeBay. Ninguno. No creo que su hija le importara ni una mierda tampoco. Lo siento, Dennis. Nunca he sabido cerrar la boca. Hablo y hablo. Siempre he sido así. Mi madre solía decirme: «Dickie, tu lengua está colgada en medio y corre por los dos costados». ¿Qué me has dicho que querías?

—Mi amigo y yo fuimos al funeral de LeBay —le expliqué— y, después que hubo terminado, me presenté al hermano de LeBay...

—Me pareció un tipo muy sensato —interrumpió McCandless—. Maestro de escuela, Ohio.

—Cierto. Hablé un rato con él, y a mí me pareció un tipo agradable. Le conté que iba a preparar mi examen de inglés superior sobre Ezra Pound...

—¿Ezra cómo?

—Pound.

—¿Y quién demonios es ese? ¿Estaba en el funeral de LeBay?

—No, señor. Pound era un poeta.

—¿Un qué?

—Poeta. También está muerto.

—Vaya.

McCandless parecía dudoso.

—Bueno, pues LeBay, es decir George LeBay, me dijo que me enviaría un puñado de revistas sobre Ezra Pound para mi informe, si es que me interesaban. Bueno, pues resulta que me serían muy útiles, pero me olvidé de apuntarme su dirección. Y he creído que, a lo mejor, usted la tendría.

—Seguro, estará en los registros, todo eso figura al dorso. Estoy más harto de ser un maldito secretario, pero mi cargo en el puesto acaba el próximo julio y nunca más me atraparán. ¿Entiendes lo que quiero decir? No volverán a joderme...

—Confío en que no le habré molestado mucho.

—No, demonios, no. Quiero decir, que para esto es la Legión Americana, ¿no es así? Para ayudar a la gente. Dame tu dirección, Dennis, y te enviaré una tarjeta con toda la información.

Le facilité mi nombre y mi dirección y me disculpe otra vez por molestarle en su trabajo.

—Nada, no tiene ninguna importancia —me dijo—. Ahora estoy, de todos modos, en mi maldito descanso para tomar café.

Tuve un momento para estar pensando qué haría él en *David Emerson's*, que, realmente, era en donde compraba la gente fina de Libertyville. ¿Sería un vendedor? Me imaginaba acompañando a alguna joven dama por el almacén, diciéndole: «*Aquí tiene usted un jodido sofá muy agradable, señora, y fíjese usted en esta maldita butaca, seguro que nosotros no teníamos nada como eso en Guadalcanal cuando esos jodidos japoneses drogados se lanzaban contra nosotros con sus sables de Maxwell House*».

Hice una media mueca, pero lo que dijo a continuación me serenó de golpe.

—Yo fui con LeBay en ese coche un par de veces, y nunca me gustó. Que me aspen si sé el porqué, pero es así. Jamás me metí en ese coche después de que su mujer... ya sabes. Jesús, me daba escalofríos.

—Seguro que sí —convine, y mi voz parecía venir de muy lejos—. Escuche, ¿qué sucedió cuando dejó la Legión? ¿Usted ha dicho que tuvo algo que ver con el auto?

El hombre se echó a reír y pareció un poco complacido.

—Realmente, no estás muy interesado en historias antiguas, ¿verdad?

—Bueno, sí, lo estoy. Mi amigo compró ese coche, recuérdelo.

—Bueno, entonces te lo diré. Además, fue una cosa realmente divertida, a decir verdad. Algunos de los nuestros lo mencionan alguna vez, cuando todos nos hemos tomado unos tragos. Yo no soy el único con cicatrices en mis manos. Si vamos al fondo de la cuestión, resulta algo escalofriante.

—¿Qué ocurrió?

—Bueno, fue un truco de muchacho. Pero, realmente, ese bastardo no caía bien a nadie, ¿sabes...? Era un marginado, un solitario...

Como Arnie , pensé yo.

—... y todos habíamos estado bebiendo —terminó McCandless—. Ocurrió después de la reunión y LeBay había sido más quisquilloso que de costumbre. Así que un grupo de nosotros estaba en el bar, ¿sabes?, y veíamos que LeBay se disponía a volver a su casa. Estaba poniéndose la chaqueta y discutiendo con Poochie Anderson sobre alguna cuestión de béisbol. Cuando LeBay se marchó, siempre se iba por el mismo camino, chico. Entraba en aquel Plymouth suyo, retrocedía y después adelante. Esa cosa salía del aparcamiento como un cohete, esparciendo gravilla por todas partes. De modo que, fue idea de Sonny Bellerman, salimos cuatro de nosotros por la puerta de atrás hasta el estacionamiento mientras LeBay le gritaba a Poochie. Todos nos situamos en el rincón más apartado del edificio, porque sabíamos que allí es donde él acabaría haciendo retroceder el coche antes de salir disparado. Llamaba siempre a su coche con un nombre de chica. Ya te he dicho que era como si estuviera casado con esa maldita cosa.

»—Mantened los ojos abiertos y las cabezas gachas, o nos verá —dijo Sonny—. Y no os mováis hasta que yo os dé la señal.

»Todos estábamos algo alegres, ¿sabes? Así que el hombre sale unos diez minutos después, borracho como una cuba y buscando las llaves en sus pantalones. Sonny nos dijo: “¡Preparados, chicos, y manteneos agachados!”. LeBay se metió en el auto y retrocedió. Era perfecto, porque se detuvo para encender un cigarrillo. Mientras lo hacía, nosotros alzamos las ruedas de atrás separadas del suelo, de modo que cuando él intentara arrancar, esparciendo gravilla por todo el edificio

como de costumbre, ¿sabes?, lo único que haría sería hacer girar las ruedas y no ir a ninguna parte. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Sí —le respondí.

Era un truco de chico, nosotros habíamos hecho lo mismo de vez en cuando en bailes del instituto, y una vez, como broma, habíamos bloqueado el Dodge del entrenador Puffer de modo que las ruedas motrices estaban alzadas del suelo.

—Pero, sin embargo, nos dio una especie de susto. Enciende el cigarrillo y entonces pone la radio. Esa era otra cosa que nos ponía frenéticos, la manera en que siempre escuchaba aquella música de *rock and roll* como si fuese un muchacho en vez de ser un tipo a punto para la jodida Seguridad Social. Entonces empieza a conducir el cacharro. Nosotros no nos percatamos porque todos estábamos agachados para que no nos viera. Recuerdo que Sonny Bellerman estaba riéndose y, justo antes de que la cosa ocurriera, nos murmuró: «¿Están alzadas, chicos?». Yo le murmuré como respuesta: «Tu picha está arriba, Bellerman». Él fue el único que realmente se hizo daño, ¿sabes...? A causa de su anillo de boda. Pero juro ante Dios que aquellas ruedas estaban levantadas. Teníamos la parte trasera de aquel Plymouth por lo menos a diez centímetros del suelo.

—¿Qué sucedió? —pregunté.

Por el modo en que iba la historia, me parecía que podía adivinarlo.

—¿Qué sucedió? Ese tipo salió como siempre ¡Esto es lo que sucedió! Justo como si las cuatro ruedas tocasen el suelo. Esparció gravilla y arrancó el parachoques de nuestras manos y, al mismo tiempo, nos arrancó también un metro de piel con la pieza. Se llevó la mayor parte del dedo medio de Sonny Bellerman, su anillo de boda quedó enganchado debajo del parachoques, y ese dedo salió disparado como un corcho al salir de una botella. Y todos oímos a LeBay riéndose, mientras se alejaba, como si hubiera sabido todo el rato que estábamos allí. Hubiera podido saberlo, de haber vuelto a usar el lavabo después de terminar de dar gritos a Poochie, hubiera podido mirar por la ventanilla mientras meaba y nos hubiera visto de detrás del edificio, esperándole. Bueno, eso fue el final para él y la Legión. Le enviamos una carta diciéndole que no volviera, y nos dejó. Y para que veas lo divertido que es el mundo, fue Sonny Bellerman el que se levantó en nuestra reunión, cuando LeBay murió, y dijo que igualmente deberíamos cumplir con él. «Claro está —dijo Sonny—, ese tipo era un asqueroso hijo de perra, pero luchó en la guerra con todos nosotros. Así que, ¿por qué no le mandamos al otro mundo como es de rigor? ». Y así lo hicimos. No sé... Supongo que Sonny Bellerman es mucho más cristiano de lo que yo nunca seré.

—Seguramente no alzarían ustedes las ruedas del suelo —dije yo, pensando en lo que había sucedido a los tipos que habían estado

metiéndose con *Christine* en noviembre. Ellos habían perdido bastante más que la piel de los dedos.

—Sin embargo, lo hicimos —concluyó McCandless—. Cuando nos salpicó la gravilla, lo hizo desde las ruedas delanteras. No he podido comprender hasta ahora cómo pudo hacer ese truco. Es un poco misterioso y escalofriante, como te he dicho antes. Gerry Barlow, ese es uno de los que lo hizo, siempre declaró que LeBay metió en *Christine* de alguna manera la transmisión en las cuatro ruedas, pero yo no creo que haya ninguna posibilidad para eso, ¿no te parece?

—No —le respondí—. No creo que pudiera hacerse.

—No, no es posible —estuvo de acuerdo McCandless—. No se puede hacer. Bueno... Casi he devorado todo mi tiempo de tomarme el café, muchacho. Quiero volver a tomarme otro antes de terminar mi descanso. Te enviaré esa dirección si la tenemos. Creo que sí.

—Gracias, señor McCandless.

—Con mucho gusto, Dennis. Cuídate.

—Seguro. Usar pero no abusar, ¿no es así?

Se echó a reír.

—Eso es lo que, de todos modos, solíamos decir en el Quinto Batallón.

Colgó el teléfono.

Yo colgué lentamente y pensé en los coches que siguen moviéndose incluso cuando uno les ha alzado del suelo las ruedas motrices. Algo escalofriante. Era escalofriante, sí, señor, y McCandless todavía tenía cicatrices que lo de mostraban. Eso me hizo recordar algo que George LeBay me había dicho. Tenía también una cicatriz como resultado de su asociación con Roland LeBay. Y a medida que envejecía, su cicatriz seguía agrandándose.

45. Víspera de Año Nuevo

For this daring young star met his death

while in his car,

No one knows the reason why

Screaming tyres, flashing fire, and gone

was this young star,

O how could they let him die?

Still, a young man is gone, but his legend

lingers on,

For he died without a cause...

BOBBY TROUPE

Llamé a Arnie la víspera de Año Nuevo. Había estado dos días pensando en ello y, en realidad, no quería hacerlo, pero tenía que verle. Había llegado a creer que nada podría decidir hasta que volviese a verle con mis ojos. Y hasta que hubiese visto una vez más a *Christine*. Había mencionado el coche a mi padre durante el desayuno, casualmente, como de pasada, y él me había dicho que creía que todos los coches que habían sido retenidos en el garaje de Darnell habían sido ahora fotografiados y devueltos.

Regina Cunningham respondió al teléfono con voz seca y normal.

—Aquí la casa Cunningham.

—Hola, Regina, soy Dennis.

—¡Dennis!

Parecía agradablemente sorprendida. Por un momento escuché la voz de la vieja Regina, la que nos daba a Arnie y a mí bocadillos untados con mantequilla de cacahuete y palitos de tocino entre el pan (pan de centeno, naturalmente).

—¿Cómo estás? Oímos decir que te habían dado de alta del hospital.

—Estoy bien —repliqué—. ¿Y tú?

Hubo una breve pausa, y después añadió:

—Bueno, ya sabes cómo han ido las cosas por aquí.

—Problemas —dije—. Sí.

—Todos los problemas que no tuvimos en años anteriores —siguió Regina—. Supongo que se amontonaron en un rincón, esperándonos.

Carraspeé un poco y no dije nada.

—¿Quieres hablar con Arnie?

—Si está ahí...

Después de otra pausa, Regina prosiguió:

—Recuerdo que, en los viejos tiempos, tú y él solíais estar en la víspera de Año Nuevo para ver la entrada de éste. ¿Has llamado por eso, Dennis?

Parecía casi tímida, muy diferente de la antigua y emprendedora Regina.

—Pues si —le dije—. Cosa de niños, lo sé, pero...

—¡No! —replicó, rápida y vivamente—. ¡En absoluto! Arnie te ha necesitado alguna vez, Dennis..., si ha necesitado un amigo alguna vez..., nunca como ahora. Está... arriba, durmiendo. Duerme demasiado. Y no es..., no es..., no ha...

—¿No ha qué, Regina?

—¡No ha hecho ninguna petición de ingreso en la Universidad! —gritó, e inmediatamente bajó la voz, como si Arnie pudiese oírla—. ¡Ni una! El señor Vickers, el monitor de la escuela, me llamó y me lo dijo. En la escuela ha obtenido las mejores notas y podía aspirar a ingresar a casi cualquier Universidad del país... Al menos habría podido hacerlo antes de este..., de este contratiempo...

Su voz tembló, como si fuese a llorar, pero en seguida se rehizo.

—Habla con él, Dennis. Si pudieses pasar habla con él..., tomar unas cervezas juntos y sólo... hablar con él...

Se interrumpió, pero estuve seguro de que había más. Algo que necesitaba decir y no podía.

—Regina —exclamé.

Nunca me había gustado la vieja Regina, la compulsiva y dominante que parecía gobernar las tierras de su marido y de su hijo según sus propios designios pero todavía me gustaba menos esta mujer desorientada y llorosa.

—Vamos, tranquilízate, ¿de acuerdo?

—Tengo miedo de hablar con él —siguió al fin—. Y Michael también lo tiene. Arnie... parece estallar si se le contradice en ciertas cuestiones. Al principio sólo era el coche, ahora también es la Universidad. Háblale, Dennis por favor —hubo otra corta pausa y después, casi sin darle importancia, reveló la verdadera causa de su temor—. Creo que lo estamos perdiendo.

—No, Regina, escucha...

—Le llamaré —dijo bruscamente ella, y el teléfono emitió un chasquido.

La espera pareció eternizarse. Sujeté el teléfono en la mandíbula inferior y el hombro y repiqué con los nudillos sobre la escayola que todavía envolvía la parte superior de mi pierna izquierda. Tuve que hacer un terrible esfuerzo para no soltar el teléfono y dar por terminado el asunto.

Entonces volvieron a levantar el aparato en el otro extremo.

—¿Hola? —dijo una voz cautelosa, y una idea cruzó por mi mente con absoluta seguridad: Ese no es Arnie.

—¿Arnie?

—Parece que es Dennis Guilder, la boca con patas —dijo la voz, y ahora si que parecía Arnie, si..., pero al mismo tiempo, no lo parecía.

En realidad, su voz no era más grave, pero parecía más ronca, como si la hubiese gastado de tanto gritar. Era extraño, tenía la impresión de que estaba hablando con un desconocido que imitaba muy bien a mi amigo Arnie.

—Cuidado con lo que dices, chico —dije, sonriendo, pero mis manos estaban frías como el mármol.

—¿No sabes? —prosiguió, en tono confidencial—. Tú y mi culo tienen un parecido alarmante.

—Me había dado cuenta del parecido, pero, recientemente, pensé que era al revés —manifesté, y se hizo un silencio entre nosotros. Nos

habíamos dedicado uno de nuestros piropos habituales—. Bueno, ¿qué haces esta noche? —le pregunté.

—No gran cosa —replicó—. No tengo ninguna cita.

—Yo, sí. Estoy en forma —dije—. Recogeré a Roseanne y la llevaré al *Studio 2000*. Si quieres, puedes venir con nosotros y guardarme las muletas mientras bailamos.

Él se rió un poco.

—Pensaba ir a buscarte —comenté—. Tal vez podríamos ver la entrada del Año Nuevo como solíamos hacer, sabes.

—¡Sí! —exclamó Arnie. Pareció complacido por la idea, pero todavía no era del todo él—. Podríamos ir a ver a Lombardo y todas sus alegres gansadas. Sería estupendo.

Callé un momento, no muy seguro de lo que tenía que decir. Por fin respondí precavidamente:

—Bueno, tal vez Dick Clark o algún otro. Guy Lombardo murió, Arnie.

—¿De veras? —Arnie pareció aturrullado, perplejo—. ¡Ah, sí, creo que sí! Pero Dick Clark anda por ahí, ¿verdad?

—Verdad —repliqué.

—Dick se merece una puntuación de ochenta y cinco. Tiene un buen ritmo y se puede bailar bien con él —explicó Arnie, pero no era en absoluto la voz de Arnie.

Mi mente hizo una súbita y espantosamente inesperada conexión (*el mejor olor del mundo... salvo tal vez el de coño*) y mi mano apretó convulsivamente el teléfono. Creo que estuve a punto de gritar. No estaba hablando con Arnie; estaba hablando con Roland LeBay. Estaba hablando con un muerto.

—Dick estaba muy bien —me oí decir, como desde lejos.

—¿Cómo vendrás, Dennis? ¿Puedes conducir?

—No, todavía no. Había pensado pedirle a papá que me llevase —hice una pausa momentánea y proseguí—. Tal vez tú podrías traerme de regreso, si cogieses tu coche. ¿Te parece bien?

—¡Claro! —parecía sinceramente entusiasmado—. ¡Eso sería estupendo, Dennis! ¡Realmente estupendo! Nos veríamos un poco. Como en los viejos tiempos.

—Sí —convine. Y después (juro que sin proponérmelo añadí)—. Como en la agencia de automóviles.

—Sí, ¡tienes razón! —respondió, riendo, Arnie—. ¡Muchísima razón! Hasta pronto, Dennis.

—Bien —dije automáticamente—. Hasta pronto.

Colgué, me quedé mirando el teléfono y, ahora, me eché a temblar. Nunca había estado tan espantado en mi vida.

El tiempo pasa: la mente reconstruye sus defensas. Pienso que una de las razones de que haya tan pocas pruebas convincentes de los fenómenos psíquicos es que la mente empieza a funcionar y reestructura las pruebas. Un poco de trampa es mejor que mucha demencia. Más tarde ponía en tela de juicio lo que había oído o me empeñé en creer que Arnie había interpretado mal mi comentario, pero un momento después de colgar el teléfono la cosa me había parecido segura: LeBay se había metido en él. De alguna manera, muerto o vivo, LeBay estaba en él.

Y LeBay era quien mandaba.

La noche de Año Nuevo era fría y clara como el cristal. Papá me dejó frente a la casa de los Cunningham a las siete y cuarto y me ayudó a llegar a la puerta de atrás, pero las muletas no se hicieron para el invierno ni para los senderos nevados.

La furgoneta de los Cunningham se había ido, pero *Christine* estaba en el paseo, con su brillante carrocería roja y blanca revestida de cristales de hielo condensados. Esta misma semana lo habían soltado con el resto de los coches retenidos. Con sólo mirarlo, me asaltó un sentimiento de sordo temor, parecido a un dolor de cabeza. No quería volver a casa en aquel coche, ni esta noche ni nunca. Quería mi vulgar Duster producido en serie, con sus asientos tapizados de vinilo y su gran pegatina en la que se leía: ESTADO MAYOR DE LA MAFIA.

Se encendió la luz del porche de atrás y vimos la silueta de Arnie acercándose a la puerta. Ni siquiera parecía Arnie. Tenía los hombros caídos y sus movimientos parecían de un viejo. Me dije que era mi imaginación, que mis celos me dominaban y que estaba lleno de manías..., y desde luego lo sabía.

Él abrió la puerta y se asomó, vestía una vieja camisa de franela y unos vaqueros.

—¡Dennis! —exclamó—. ¡Hombre!

—Hola, Arnie —le dije.

—¿Qué tal, Mr. Guilder?

—Hola, Arnie —dijo mi papá, tendiéndole una mano enguantada—. ¿Cómo va todo?

—Bueno, no demasiado bien, ya sabe. Pero esto va a cambiar. Año Nuevo, vida nueva, hay que tirar la camisa vieja y ponerse la nueva, ¿no es cierto?

—Supongo que si —dijo mi padre, un poco desconcertado—. Dennis, ¿de veras no quieres que vuelva a buscarte?

Yo lo quería más que nada en el mundo, pero Arnie me estaba mirando y su boca no dejaba de sonreír, aunque los ojos eran fríos y estaban alerta.

—No, Arnie me llevará a casa..., es decir, si ese cacharro puede ponerse en marcha.

—¡Oh! Cuidado con lo que le dices a mi coche —bromeó Arnie—. Es muy susceptible.

—¿De veras? —pregunté.

—De veras —repuso Arnie, sonriendo.

Volví la cabeza y grité:

—Perdóname, *Christine* .

—Así está mejor.

Por un momento permanecimos plantados los tres, mi padre y yo al pie de la escalera de la cocina, y Arnie en la puerta, por encima de nosotros, y como si ninguno supiese que decir. Sentí una especie de pánico: alguien tenía que decir algo, pues, en otro caso, toda la ridícula ficción de que nada había cambiado se derrumbaría por su propio peso.

—Bueno —comentó al fin papá—. No bebáis demasiado. Si tomáis más de dos cervezas, llámame, Arnie.

—No se preocupe, señor Guilder.

—Nos portaremos bien —exclamé, con una sonrisa blanda y falsa—. Vete a casa y duerme bien, papá. Tu hermosa cara lo necesita.

—¡Oh, oh! —bromeó mi padre—. Cuidado con lo que le dices a mi cara. Es muy susceptible.

Volvió al coche. Yo me quedé quieto, observándole, las muletas embutidas en mis axilas. Le observé mientras pasaba con el coche por

detrás de *Christine* . Y cuando salió del paseo de entrada y torció en dirección a casa, me sentí un poco mejor.

Sacudí cuidadosamente la nieve de la punta de la muleta en el umbral de la puerta. La cocina de los Cunningham estaba pavimentada con azulejos. Dos tropezones habían enseñado que un par de muletas con nieve en conteras pueden convertirse en un par de patines sobre una superficie lisa.

—Realmente, sabes cómo manejar esas pequeñas —dijo Arnie, observándome al cruzar la cocina.

Sacó un paquete de *Tiparillos* del bolsillo de su camisa de franela, sacó uno, mordió la boquilla de plástico y lo encendió doblando a un lado la cabeza. La llama de la cerilla trazó un instante en sus mejillas lo que parecían rayas de pintura amarilla.

—Es una habilidad que me gustaría perder —le dije—. ¿Cuándo empezaste a fumar cigarros?

—En casa de Darnell —explicó—. No los fumo delante de mi madre. El olor la saca de quicio.

No fumaba como el muchacho que sólo empieza a contraer hábito, sino como un hombre que llevase varios años haciéndolo.

—Pensaba hacer palomitas de maíz —comentó—. ¿Te parece bien?

—Claro que sí. ¿Tienes cerveza?

—Respuesta afirmativa. Hay un paquete de seis botellas en el frigorífico y otros dos abajo.

—Magnífico —me senté con mucho cuidado a la mesa de la cocina y estiré la pierna izquierda—. ¿Dónde están los tuyos?

—Han ido a celebrar la Nochevieja en casa de los Fassenbach. ¿Cuándo te quitarán el yeso?

—Con un poco de suerte, tal vez a finales de enero —agité las muletas en el aire y exclamé con acento neutral—. ¡El pequeño Tim ya vuelve a andar! ¡Que Dios los bendiga a todos!

Arnie, que se dirigía al fogón con una cacerola con una bolsa de maíz y una botella de aceite *Wesson* , se echó a reír y meneó la cabeza.

—El viejo Dennis de siempre. No te han cambiado, muchachón.

—Y tú no me abrumaste con tus visitas en el hospital.

—Te llevé la cena el Día de Acción de Gracias. ¿Qué diablos querías más? ¿Sangre?

Me encogí de hombros. Arnie suspiró.

—A veces pienso que fuiste mi amuleto, Dennis.

—No lo pienses, cabezota.

—En serio. He estado en agua hirviendo desde que te rompiste los huesos de la pechuga, y sigo estándolo. Es extraño que no parezca una langosta.

Rió a mandíbula batiente. No era la risa que cabía esperar de un muchacho en apuros; era más bien la de un hombre —sí, la de un hombre— que se estuviese divirtiendo de lo lindo. Puso la cacerola sobre el fogón y vertió el aceite *Wesson* en ella. Los cabellos, más cortos que de costumbre y peinados hacia atrás en un estilo que me resultaba nuevo, cayeron sobre su frente. Los echó atrás sacudiendo con rapidez la cabeza y echó maíz en el aceite. Puso la tapadera sobre la cacerola. Se dirigió al frigorífico. Sacó un paquete de botes de cerveza. Lo dejó en el suelo delante de mí, sacó dos latas y las abrió. Me dio una. Levantó la otra. Yo hice lo propio.

—Un brindis —pidió Arnie—. ¡Mueran todos los cagones del mundo en 1979! —luego bajó despacio el bote.

—No puedo beber por esto, hombre.

Vi un destello de irritación en sus ojos grises. Pareció flotar en ellos un destello de buen humor, y se extinguió.

—Bueno, ¿por qué puedes beber..., hombre?

—¿Quizá por la Universidad? —pregunté tranquilamente.

Me miró enfurruñado y su anterior buen humor se desvaneció como por arte de magia.

—Tenía que haberme figurado que ella te llenaba la cabeza con esta basura. Mi madre es una mujer capaz de arrastrarse por el suelo con tal de conseguir lo que quiera. Tú lo sabes, Dennis. Besaría el culo del diablo en caso de ser necesario.

Dejé el bote de cerveza, todavía lleno.

—Bueno, ella no me besó el culo. Sólo me dijo que no hacías nada para ingresar y que esto la tenía preocupada.

—Se trata de mi vida —explicó Arnie. Torció los labios y su cara cambió, tornándose horriblemente fea—. Hago lo que quiero.

—¿Y es no ir a la Universidad?

—Sí, iré. Pero a mi tiempo. Díselo, si te pregunta. A tiempo. No este año. Resueltamente, no. Si piensa que voy a ir a Pitt o a Horlicks o a Rutgers, para sufrir novatadas y dar gritos en los partidos de fútbol americano del equipo de casa, es que ha perdido la chaveta. No lo haré después del temporal de mierda que he tenido que aguantar este año. No hay nada que hacer, hombre.

—¿Y qué vas a hacer?

—Largarme —manifestó—. Montaré en *Christine* y saldremos pitando de esta inflexible ciudad. ¿Comprendes?

Su voz empezaba a elevarse, a volverse estridente, sentí que de nuevo se apoderaba el pánico de mí. Era impotente para dominarlo y sólo podía esperar que no se trasluciese en mi semblante. Porque ahora no era sólo la voz de LeBay, ahora era también la cara de LeBay, deslizándose debajo de la de Arnie como una cosa muerta conservada en formol.

—No ha sido más que un temporal de mierda, y pienso que ese maldito Junkins anda aún detrás de mí a todo vapor, pero le conviene andarse con cuidado, o alguien podría hacerle papilla a él...

—¿Quién es Junkins? —le pregunté.

—No te preocupes —dijo—. Esto no importa —el aceite empezó a sisear detrás de él. Un grano de maíz saltó y ¡Bang!, contra la tapadera—. Tengo que resolver eso, Dennis.

—¿Quieres brindar, o no? A mí me da igual.

—Está bien —dijo—. ¿Brindamos por nosotros?

Sonrió y menguó un poco la opresión que yo sentía en el pecho.

—Por nosotros, sí, esto es buena cosa, Dennis. Por nosotros. Teníamos que hacerlo, ¿eh?

—Así es —convine, y mi voz enronqueció ligeramente—. Sí, así tenía que ser.

Hicimos chocar los botes de cerveza y bebimos.

Arnie se acercó al fogón y empezó a sacudir la cacerola, donde el maíz saltaba con creciente rapidez. Dejé que un par de tragos de cerveza se deslizasen por mi garganta y entonces la cerveza era todavía para mí

algo bastante nuevo, y nunca me había emborrachado con ella porque me gustaba mucho su sabor y algunos amigos —con Lenny Barongg a la cabeza— me habían dicho que si uno empezaba a caerse, a levantarse y ensuciarse la camisa con cerveza, no podía siquiera mirarla durante semanas. Por desgracia, descubrí más tarde que esto no es completamente cierto.

Pero Arnie bebía como si fuesen a reinstaurar la prohibición el primero de enero, había terminado su lata antes de que el maíz acabase de saltar. Aplastó el recipiente vacío, me hizo un guiño y dijo:

—Mira cómo la meto en el culo de ese pequeño vagabundo, Dennis.

No comprendí la alusión y sonreí distraídamente al arrojar él el bote al cubo de la basura. Chocó con la pared y cayó dentro de aquél.

—Dos puntos —dije.

—Está bien —repuso—. Dame otra, ¿quieres?

Se la di, pensando que no importaba: mi familia pensaba esperar en casa la entrada del Año Nuevo, y si Arnie se emborrachaba de veras y perdía el sentido, siempre podría telefonar a papá. Cuando estaba borracho, Arnie decía cosas que nunca habría dicho estando sereno, y, de todos modos, yo no quería volver a casa en *Christine*.

Pero la cerveza no parecía afectarle. Acabó de tostar el maíz, lo echó en un gran cuenco de plástico, fundió media pastilla de margarina, la vertió encima del maíz, le echó sal y dijo:

—Vayamos al cuarto de estar y veamos la tele. ¿Qué te parece?

—Muy bien.

Cogí mis muletas, las encajé en mis sobacos —últimamente tenía la impresión de que les salían callos— y me dispuse a coger las tres cervezas que quedaban de encima de la mesa.

—Yo iré a buscarlas —dijo Arnie—. Ven, antes de que vuelvas a hacer un estropicio.

Me sonrió y, en aquel momento, volvía a ser enteramente Arnie Cunningham, hasta el punto de que me conmoví un poco al mirarle.

Estaban dando un programa especial de Nochevieja. Cantaban Donny y Marie Osmond y ambos mostraban sus enormes dientes en una sonrisa amistosa, pero que en cierto modo, parecía la de un tiburón. Dejamos la tele conectada y charlamos. Hablé a Arnie de las sesiones de fisioterapia, le expliqué cómo había hecho ejercicio con las pesas y, después de la segunda cerveza, le confesé que a veces tenía miedo de que nunca volvería a andar bien. El hecho de no poder jugar a fútbol

americano en la Universidad nada me preocupaba, pero sí aquello. Mientras hablaba, él asentía con la cabeza serenamente y con muestras de simpatía.

Con esto podría terminar y decirles que nunca he pasado en mi vida una velada tan extraña. Me esperaban cosas peores, pero nada tan raro como aquello, tan... desquiciado. Era como estar sentado en un cine viendo una película sólo un poco desenfocada. A veces él parecía Arnie pero otras no lo parecía en absoluto. Realizaba movimientos amanerados que nunca había advertido en él: hacer girar nerviosamente las llaves del coche en el rectángulo, de cuero al que estaban sujetas, hacer crujir los nudillos, morderse ocasionalmente la yema del pulgar con los dientes superiores. Y aquel comentario sobre meterlo en el culito de un vagabundo cuando arrojó su bote de cerveza. Pero, aunque había consumido ya cinco cervezas sin darse un momento de reposo, cuando yo terminé la segunda, todavía no parecía estar borracho.

Y había actitudes que yo había asociado siempre con Arnie que parecían haber desaparecido por completo: los rápidos y nerviosos tirones del lóbulo de la oreja cuando hablaba, la súbita manera de estirar las largas piernas y cruzar por un instante los tobillos, su costumbre de expresar regocijo silbando entre los labios apretados en vez de reír sencillamente. Esto último lo hizo un par de veces, pero la mayoría de ellas manifestó su diversión con risitas agudas entre dientes que me recordaban a LeBay.

El programa especial terminó a las once, y Arnie hizo girar el dial hasta que encontró un festival de baile en un hotel de Nueva York, donde las cámaras enfocaban alternativamente Times Square, en la que se había reunido ya una gran multitud. No era Guy Lombardo, pero se le parecía.

—¿De veras no vas a ir a la Universidad? —le pregunté.

—Este año, no. *Christine* y yo iremos a California en cuanto haya aprobado los exámenes. La playa de oro.

—¿Lo saben los tuyos?

Pareció sorprenderle la idea.

—¡Diablos, no! Y no vayas a decírselo. ¡Lo necesito tanto como un pito de caucho!

—¿Qué vas a hacer allí?

Se encogió de hombros.

—Buscar un empleo en un taller de reparación de automóviles. Soy tan bueno en esto como en todo —y entonces me asombró al decir casualmente—. Espero poder convencer a Leigh de que venga conmigo.

Se me atragantó la cerveza y empecé a toser, rociándome los pantalones. Arnie me golpeó con fuerza la espalda.

—¿Estás bien?

—Sí —conseguí decir—. Se me fue por el otro sitio. Arnie..., si piensas que ella se irá contigo, es que vives en un mundo de sueño. Está preparando ahora su ingreso en la Universidad. Ha redactado ya un montón de instancias. Se lo ha propuesto en serio.

Frunció inmediatamente los párpados, y tuve la desagradable impresión de que la cerveza me había jugado una mala pasada haciéndome decir más de lo que hubiera debido.

—¿Cómo sabes tanto acerca de mi chica?

De pronto sentí como si hubiese caído en un largo campo de minas explosivas.

—No habla de otra cosa, Arnie. En cuanto la emprende con el tema, no hay manera de hacerla callar.

—Muy gracioso. No vas a entrometerte, ¿verdad, Dennis? —me observaba con fijeza, fruncidos los ojos recelosos—. No harías una cosa así, ¿eh?

—No —dije, mintiendo descaradamente—. No debes decir esto.

—Entonces, ¿cómo sabes tanto sobre lo que hace ella?

—La veo algunas veces —expliqué—. Hablamos de ti.

—¿Habla ella de mi?

—Un poco —repuse sin darle importancia—. Me dijo que habías discutido acerca de *Christine*.

Fue la respuesta adecuada. Se tranquilizó.

—La cosa no tuvo importancia. Sólo una pequeña riña. Ya se le pasará. Y si quiere estudiar, en California hay buenas escuelas. Vamos a casarnos, Dennis. Tendremos hijos y toda esa mierda.

Me esforcé en mantener mi cara de póquer.

—¿Lo sabe ella?

Se echó a reír.

—¡Qué va! Todavía no. Pero lo sabrá. Muy pronto. La amo y nada va a interponerse en mi camino —la risa se extinguió—. ¿Qué dijo de *Christine* ?

Otra mina.

—Dijo que no le gustaba. Pienso que... tal vez está un poco celosa.

De nuevo había acertado. Se tranquilizó aún más.

—Sí, seguro que fue esto. Pero se le pasará, Dennis, el camino del verdadero amor nunca es llano, pero se puede pasar, no te preocupes. Si vuelves a verla, dile que la llamaré. O que hablaré con ella cuando se reanude el curso.

Pensé en decirle que Leigh estaba precisamente ahora en California, pero resolví no hacerlo. Y me pregunté que haría el nuevo y receloso Arnie si supiera que yo había besado a la chica con quien pensaba casarse, la había abrazado y... me estaba enamorando de ella.

—¡Mira, Dennis! —gritó Arnie, señalando el televisor.

Habían vuelto a enfocar Times Square. La multitud ya era enorme, pero seguía creciendo. Era un poco más de las once y media. El año viejo se estaba agotando.

—¡Mira esos cagones!

Soltó de nuevo una risa estridente y excitada, apuró su cerveza y bajó en busca de otro paquete de seis botellas. Yo permanecí sentado en mi sillón, pensando en Welch, Repperton, Trelawney, Stanton, Vandenberg, Darnell. Y pensé en cómo podía creer Arnie —o aquel en quien Arnie se había convertido— que sólo había tenido una pequeña riña de enamorados con Leigh y que se casarían al terminar el curso, como en las dulzonas baladas de amor de los tontos cincuenta.

Y sentí un fuerte hormigueo en todo el cuerpo.

Inauguramos el Año Nuevo en casa.

Arnie sacó un par de carracas y unos fuegos de artificio de salón, de esos que estallan y sueltan una nube de pequeñas banderolas de papel de seda. Brindamos por 1979 y hablamos un poco más de temas intrascendentes, tales como el tremendo fracaso de los Phillies en el campeonato y las posibilidades de los Steelers de llegar a ganar el *Super Bowl* .

Las palomitas de maíz estaban tocando a su fin cuando hice la pregunta que tanto había estado evitando:

—¡Arnie! ¿Qué crees que le ocurrió a Darnell?

Me miró vivamente y después volvió a mirar el televisor, donde bailaban las parejas con confeti de Año Nuevo en los cabellos. Bebió un poco más de cerveza.

—La gente con quien hacía negocios le cerró la boca antes de que pudiese hablar demasiado. Creo que esto fue lo que ocurrió.

—¿La gente para la que trabajaba?

—Siempre decíamos que la chusma del Sur era mala —explicó Arnie—, pero que los colombianos eran aún peores.

—¿Quiénes son los...?

—¿Los colombianos? —Arnie rió cínicamente—. Vaqueros de la cocaína, estos son los colombianos. Will solía decir que te matarían si mirabas a una de sus mujeres con malos ojos, y a veces incluso si las mirabas de buena manera. Tal vez fueron los colombianos. Lo sucio del asunto parece así indicarlo.

—¿Vendías cocaína para Darnell?

Se encogió de hombros.

—Vendía materiales para Will. Sólo toqué la cocaína un par de veces y doy gracias a Dios de que sólo llevaba cigarrillos de contrabando cuando me pillaron. Me cogieron con las manos en la masa. Mal asunto. Pero si me hallase en la misma situación, probablemente volvería a hacerlo. Will era un sucio, grosero y viejo hijo de perra, pero en algunos aspectos era bueno —sus ojos se hicieron opacos, extraños—. Sí, en algunos aspectos era bueno. Pero sabía demasiado. Esta fue su perdición. Sabía demasiado... y, más pronto o más tarde, se habría ido de la lengua. Probablemente fueron los colombianos. Unos locos jodidos.

—No te entiendo. Pero supongo que esto no es de mi incumbencia.

Me miró, sonrió y me hizo un guiño.

—Era la teoría del dominó. Al menos, así se presumió. Había un tipo llamado Henry Buck. Se supuso que me delató, se presumió que yo había delatado a Will. Y entonces «el gran casino» se pensó que Will había delatado a la gente del Sur que le vendía la droga y los fuegos artificiales y los cigarrillos y el licor. Era a ellos a quienes en realidad buscaban los polizontes. En especial, los colombianos.

—¿Y piensas que estos le mataron?

Me miró fríamente.

—Ellos o la chusma del Sur, esto es seguro. ¿Quién más podía hacerlo?

Sacudí la cabeza.

—Bueno —siguió él—. Tomemos otra cerveza y después, te llevaré a casa. Lo he pasado muy bien, Dennis. De veras.

Había un tono de sinceridad en sus palabras, pero Arnie no habría hecho nunca un comentario tonto como este: «Lo he pasado muy bien, Dennis. De veras». El viejo Arnie no lo habría dicho.

—Yo también, hombre.

No quería más cerveza, pero tomé una a pesar de todo. Deseaba demorar el momento inevitable de montar en *Christine*. Por la tarde había parecido un paso necesario para probar yo mismo la atmósfera de aquella noche..., si había alguna atmósfera que probar. Ahora parecía una idea loca y espantosa. Sentía que el secreto de lo que Leigh y yo empezábamos a ser el uno para el otro pesaba sobre mi cabeza como un huevo enorme y quebradizo.

Dime, *Christine*, ¿puedes tú leer en las mentes?

Sentí que una risa loca subía a mi garganta y la ahogué con cerveza.

—Escucha —dije—, puedo llamar a papá para que venga a buscarme, Arnie. Todavía estará levantado.

—No hace falta —replicó—. Podría andar tres kilómetros en línea recta, no te preocupes.

—Sólo pensaba que...

—Apuesto a que estás ansioso por conducir de nuevo, ¿eh?

—Sí, lo estoy.

—No hay nada mejor que estar detrás del volante de un coche propio —dijo Arnie, y entonces hizo uno de sus antiguos guiños picarescos con el ojo izquierdo—. Salvo, tal vez, un coño.

Llegó la hora. Arnie apagó la tele y yo crucé la cocina con mis muletas y empecé a ponerme mi viejo anorak, confiando en que Michael y Regina volviesen de su fiesta y demorasen un poco más las cosas... Tal vez

Michael olería la cerveza en el aliento de Arnie y se ofrecería a llevarme.

El recuerdo de la tarde en que me había deslizado detrás del volante de *Christine*, mientras Arnie estaba en casa de LeBay, regateando con el viejo hijo de perra, estaba demasiado claro en mi mente. Arnie había cogido un par de cervezas del frigorífico.

«Para el camino», dijo. Pensé en decirle que si le pillaban en estando en libertad bajo fianza, probablemente le meterían en la cárcel sin darle tiempo a dar la vuelta. Pero resolví que era mejor tener cerrado el pico. Salimos.

La primera madrugada de 1979 hacía un frío seco y cortante, ese frío que consigue que la humedad de la nariz se hiele en cuestión de segundos. Los bancos de nieve que flanqueaban el paseo resplandecían como miles de millones de cristales de diamantes. Y allí estaba *Christine*, con las oscuras ventanillas revestidas de escarcha. Lo miré fijamente. La chusma —había dicho Arnie—. La chusma del Sur o los colombianos. Sonaba melodramático pero posible..., sin más: sonaba plausible. Pero la chusma disparaba contra la gente, la arrojaba por la ventana, la estrangulaba. Según la leyenda, Al Capone había liquidado a un pobre infeliz con un bate de béisbol que tenía el núcleo de plomo. Pero conducir un coche sobre el jardín nevado de alguien y lanzarlo contra un lado de su casa y meterlo en el cuarto de estar...

Los colombianos, tal vez. Arnie ha dicho que los colombianos están locos. Pero ¿pueden estarlo tanto? Yo no lo creía.

El coche resplandecía a la luz de la casa y de las estrellas. ¿Y qué, si fuese él? ¿Y qué, si descubría que Leigh y yo sospechábamos algo? ¿Y qué —y esto era lo peor—, si descubría que habíamos estado tonteando?

—¿Necesitas que te ayude a bajar la escalera, Dennis? —preguntó Arnie, y me sobresalté.

—No, puedo bajarla solo —dije—. Pero podrías echarme una mano en el sendero.

—Descuida, hombre.

Bajé de lado la escalera de la cocina, agarrando la barandilla con una mano y las muletas con la otra. Ya en el sendero me poyé en ellas, di dos pasos y resbalé. Un dolor sordo subió por mi pierna izquierda, la que aún estaba medio inválida. Arnie me agarró.

—Gracias —dije, aprovechando la oportunidad de mostrarme inquieto.

—De nada.

Llegamos al coche y Arnie me preguntó si podía subir, yo solo. Le dije que sí. Me dejó y pasó por delante del capó de *Christine*.

Agarré el tirador de la portezuela con mi mano enguantada y me invadió un sentimiento de miedo y repugnancia. Hasta entonces no había empezado a creer, profundamente, que hay cosas en las que puede vivir una persona. Porque aquel tirador parecía vivo bajo mi mano. Lo tocaba como si fuese un animal vivo que estuviese durmiendo. Aquel tirador no parecía de acero cromado, sino, ¡Dios mío!, como de piel. Tenía la impresión de que, si lo apretaba, el animal se despertaría, rugiendo.

¿El animal?

Sí, pero ¿qué animal?

¿Qué era aquello? ¿Algún genio maligno? ¿Un coche vulgar que, de alguna manera, se había convertido en una peligrosa y apestosa morada de un demonio? ¿Una fantástica manifestación de la persona de LeBay, que se resistía a marcharse? ¿Una diabólica casa encantada que rodaba sobre neumáticos *Goodyear*? Lo ignoraba. Lo único que sabía era que estaba asustado, aterrorizado. Pensé que no podría soportarlo.

—¡Eh! ¿Estás bien? —preguntó Arnie—. ¿Puedes?

—Puedo —contesté, con voz ronca, y apreté con el pulgar el botón de debajo del tirador.

Abrí la portezuela, me puse de espaldas al asiento y me dejé caer hacia atrás, con la pierna izquierda rígidamente extendida. La agarré y la metí dentro del coche. Era como si trasladase un mueble. El corazón palpitaba en mi pecho. Cerré la portezuela.

Arnie hizo girar la llave y el coche zumbó al cobrar vida, como si el motor estuviese caliente y no frío como la muerte. Y me invadió el olor, parecía salir de todas partes, pero sobre todo de la tapicería, el mareante, fuerte y corrompido olor de la muerte y la putrefacción.

No sé cómo contar aquel viaje hasta mi casa, aquel trayecto de tres millas que no duró más de diez o doce minutos, sin parecer un lunático escapado de un manicomio. No puedo ser objetivo a este respecto, el mero hecho de estar sentado allí hacía que sintiese frío y calor al mismo tiempo, que me sintiese febril y enfermo. No tengo manera de distinguir lo que fue real y lo que pudo ser obra de mi mente, no había una línea divisoria entre lo objetivo y lo subjetivo, entre la verdad y una espantosa alucinación.

Pero no era embriaguez, si algo puedo jurar, es esto. Cualquier vapor que hubiese podido retener de la cerveza se evaporó inmediatamente.

Lo que siguió fue como el viaje de un hombre sobrio por el país de los condenados.

Entre otras cosas, retrocedimos en el tiempo.

Durante un rato, no fue Arnie quien conducía el coche, era LeBay, pudriéndose y apestando a tumba, medio esqueleto y medio carne corrompida, esponjosa, llena de manchas verdes. Salían gusanos que se arrastraban de debajo del cuello de su camisa. Oí un zumbido grave y, al principio, pensé que era un cortocircuito en uno de los faros. Sólo más tarde empecé a pensar que podía ser el zumbido de las moscas que se cebaban en su carne. Desde luego, estábamos en invierno, pero...

A veces parecía haber otras personas en el coche. En una ocasión miré por el espejo retrovisor y vi el maniquí de cera de una mujer que me miraba con los ojos brillantes y chispeantes de un trofeo de caza disecado. Iba peinada al estilo paje de los años cincuenta. Sus mejillas parecían haber sido toscamente pintadas con carmín, y recordé que decían que el envenenamiento por monóxido de carbono daba una impresión de vida y de rubicundez. Más tarde, volví a mirar el espejo y me pareció ver en él una niña con el rostro ennegrecido de los muertos por estrangulación y los ojos desorbitados de un animal disecado y cruelmente aplastado. Cerré los ojos con fuerza y, cuando los abrí, Buddy Repperton y Richie Trelawney estaban en el espejo retrovisor. La sangre coagulada se había secado en la boca, en la barbilla, en el cuello y en la camisa de Buddy. Richie era como un caparazón tostado... pero sus ojos estaban vivos y alerta.

Poco a poco, Buddy extendió un brazo. La mano ennegrecida sostenía una botella de *Texas Driver*.

Cerré una vez más los ojos. Y después de esto, no volví a mirar el retrovisor.

Recuerdo que tocaban *rock and roll* en la radio: Dion y los Belmont, Ernie K-Doe, los Royal Teens, Bobby Ryder (¡Oh, Bobby, oh..., todo está fresco..., suerte que fuiste a la escuela de *swing* ...).

Recuerdo que durante un rato unos dados rojos de plástico parecieron pender del espejo retrovisor, durante un rato, fueron unos zapatos de niño, y después ya no hubo nada.

Sobre todo recuerdo haber captado la idea de que aquellas cosas, como el olor a carne podrida y a mohosa tapicería, estaban sólo en mi mente, y que eran como los espejismos que invaden la conciencia de un consumidor de opio.

Era como si alguien que estuviese mal de la cabeza y tratase de sostener una conversación racional con una persona cuerda. Porque Arnie y yo hablamos, recuerdo esto, pero no de lo que hablamos. Yo representaba mi papel. Hablaba con voz normal. Respondía. Y aquellos diez o doce

minutos parecieron durar horas. Ya he dicho que es imposible relatar con objetividad aquel viaje, si hubo una progresión lógica de sucesos, no la recuerdo, quedó borrada. Aquel trayecto bajo la fría y negra noche fue en realidad como una excursión callejera a través del infierno. No puedo recordar todo lo que pasó pero sí más de lo que quisiera. Pasamos del paseo de entrada de su casa a un mundo loco y encantado donde todo lo que me estremecía era real.

He dicho que volvimos a tiempo, pero ¿fue realmente así? Las calles de Libertyville estaban aún allí pero eran como una fina red de película, como si la Libertyville de finales de los años setenta hubiese sido envuelta en una capa de plástico transparente y llevada a un tiempo que era un poco más real, y pude sentir que este tiempo alargaba sus manos muertas hacia nosotros, tratando de agarrarnos y engullirnos para siempre. Arnie se detenía en los cruces donde teníamos preferencia de paso, y en otros donde los semáforos estaban en rojo, obligaba a *Christine* a pasar tranquilamente sin siquiera reducir la marcha. En Main Street vi la joyería de *Shipstad* y el *Strand Theater*, que habían sido derribados en 1972 para levantar allí el nuevo *Pennsylvania Merchants Bank*. Los coches aparcados a lo largo de la calle — agrupados aquí y allí en racimos, donde se celebraban fiestas del Año Nuevo— parecían ser todos ellos de antes de 1960... o de antes de 1958. Buick de grandes ventanillas. Una furgoneta De Soto Fidelite con una franja azul incrustada a lo largo de la carrocería y que parecía una marca distintiva. Un Dodge Lancer de 1957 de cuatro puertas. Ford Fairlane con sus características luces de cola, cada una de ellas como un enorme signo de dos puntos de costado. Un Pontiac con los radiadores todavía de una pieza. Rambler, Packard. Unos pocos Studebaker de morro alargado, y un solo Edsel fantástico y nuevo.

—Sí, este año será mejor —manifestó Arnie.

Le miré. Se llevó el bote de cerveza a los labios y, antes de tocarlos con él, su cara se convirtió en la de LeBay, un corrompido personaje de una historieta de horror. Los dedos que sostenían el bote de cerveza no eran más que huesos, y los pantalones del conductor yacían planos sobre el asiento, como si sólo hubiese dos palos de escoba dentro de ellos.

—¿De veras? —dije, respirando los aromas hediondos y sofocantes del coche lo más superficialmente posible y tratando de no ahogarme.

—De veras —exclamó LeBay, aunque ahora volvía a ser Arnie, y al detenernos ante una señal de *stop*, vi pasar un Camaro 1977 a toda velocidad—. Lo único que pido es que me apoyes un poco, Dennis. No dejes que mi madre me arrastre a esta porquería. Las cosas van a mejorar.

Volvía a ser LeBay, sonriendo con su boca eternamente descarnada ante la idea de que las cosas iban a mejorar. Sentí que mi cerebro empezaba a dar vueltas. Seguramente no tardaría en chillar.

Aparté la mirada de aquella terrible media cara y vi lo que Leigh había visto: instrumentos en el tablero que no eran tales instrumentos, sino unos ojos verdes y fosforescentes que me miraban desorbitados.

Por fin cesó la pesadilla. Nos detuvimos junto al bordillo en un sector de la ciudad que ni siquiera reconocí, un sector que habría jurado que veía por primera vez. Las casas estaban a oscuras en todas partes, algunas de ellas a medio terminar, y otras con sólo el armazón. A media manzana, iluminado por los faros de *Christine*, había un rótulo que decía:

FINCAS MAPLEWAY

AGENTES DE VENTAS EN LIBERTYVILLE

Un buen lugar para criar a sus hijos.

¡Piénselo!

—¡Bueno, ya hemos llegado! —explicó Arnie—. ¿Podrás?

Miré con ojos vacilantes el desierto lugar cubierto de nieve y después asentí con la cabeza. Mejor estar aquí solo y con muletas, que en aquel terrible automóvil. Sentí que una amplia sonrisa plástica se pintaba en mi cara.

—Desde luego. Gracias.

—No sudes más —dijo Arnie. Apuró su cerveza y LeBay arrojó el bote a un cubo de desperdicios—. Otro soldado muerto.

—Sí —convine—. Feliz Año Nuevo, Arnie.

Busqué a tientas el tirador de la portezuela y abrí esta. Me pregunté si podría apearme, si mis brazos temblorosos sujetarían las muletas. LeBay me miraba y sonreía.

—Tienes que estar de mi parte, Dennis —pidió—. Sabes lo que les ocurre a los cagones que no lo hacen.

—Sí —murmuré, pues lo sabía perfectamente.

Saqué mis muletas y me incorporé y apoyé en ellas sin reparar en el hielo que podía haber debajo. Me sostuvieron. Y en cuanto estuve fuera del coche el mundo sufrió un cambio violento y mareante. Se encendieron las luces... pero, desde luego, siempre habían estado encendidas. Mi familia se había trasladado a las Fincas Mapleway en junio de 1959, el año de mi nacimiento. Seguíamos viviendo allí, pero la urbanización había dejado de llamarse Fincas Mapleway en 1963 o 1964 lo más tarde.

Ahora, fuera del coche, veía mi propia casa en mi propia calle perfectamente normal: sólo una residencia de Libertyville, Pensilvania. Volví la cabeza para mirar a Arnie, casi esperando contemplar de nuevo a LeBay, taxista del infierno con su lúgubre carga de muertos.

Pero sólo era Arnie, vistiendo la chaqueta de la escuela superior con su nombre bordado en el lado izquierdo del pecho, un Arnie que parecía demasiado pálido.

—Buenas noches, hombre.

—Buenas noches —contesté—. Ten cuidado al volver a casa. No querrás que te pillen, ¿eh?

—No —dijo—. Cuídate tú, Dennis.

—Lo haré.

Cerré la portezuela. Mi horror se había transformado en un dolor profundo y terrible..., como si Arnie hubiese sido enterrado. Enterrado vivo. Observé cómo *Christine* se apartaba de la acera y se alejaba calle abajo. Lo observé hasta que dobló la esquina y se perdió de vista. Entonces eché a andar hacia la casa. El camino estaba despejado. Papá había echado sobre él la mayor parte de una bolsa de diez libras de *Halite*, sin duda pensando en mí.

Había recorrido tres cuartas partes del camino hacia la puerta cuando una masa gris pareció envolverme como humo y tuve que detenerme y bajar la cabeza y tratar de reponerme. Pensé que podía desmayarme allí y morir congelado delante de mi casa, donde antaño solíamos jugar Arnie y yo a coxcojilla, a bolos y al escondite.

Al fin, poco a poco, la niebla gris empezó a aclararse. Sentí que un brazo rodeaba mi cintura. Era papá, en albornoz y zapatillas.

—Dennis, ¿estás bien?

¿Podría decir que estaba bien? Había sido traído a casa por un cadáver.

—Sí —repuse—. Te vas a helar.

Subió conmigo hasta los pasillos, sin soltar mi cintura. Esto me gustó.

—¿Está mamá todavía levantada? —pregunté.

—No. Esperó que llegase el año Nuevo, y después ella y Ellie se fueron a la cama. ¿Estás borracho, Dennis?

—No. Me he mareado un poco. Entremos.

—No tienes buen aspecto —explicó, cerrando la puerta a nuestra espalda.

Lancé una risita tonta y estridente, y todo volvió a hacerse gris..., pero esta vez por breve tiempo. Cuando volví en mí, él me miraba con honda preocupación.

—¿Qué ha pasado?

—Papá...

—¡Dímelo, Dennis!

—No puedo, papá.

—¿Qué le pasa? ¿Le ocurre algo malo a Arnie, Dennis?

Sólo sacudí la cabeza y no fue simplemente por la locura de la situación, ni por miedo a lo que pudiese ocurrirme. Ahora temía por todos ellos..., papá, mamá, Elaine, la familia de Leigh. Un temor frío y cuerdo.

Debes estar de mi parte, Dennis. Ya sabes lo que le ocurre a los cagones que no lo hacen.

¿Había oído realmente esto?

¿O había sido cosa de mi mente?

Mi padre seguía mirándome.

—No puedo.

—Está bien —contestó—. Por ahora. Supongo. Pero necesito saber una cosa, Dennis, y quiero que me la digas. ¿Tienes alguna razón para creer que Arnie estuvo de algún modo complicado en la muerte de Darnell y de aquellos muchachos?

Pensé en la cara corrompida y sonriente de LeBay, en los pantalones planos y sostenidos por algo que sólo parecía haber sido hueso.

—No —dije, y era casi verdad—. No Arnie.

—Está bien —repuso—. ¿Quieres que te ayude a subir la escalera?

—Puedo hacerlo yo solo. Ve a acostarte, papá.

—Sí. Voy a hacerlo. Feliz Año Nuevo, Dennis... Pero si tienes algo que decirme, todavía estoy aquí.

—No tengo nada que decir —le respondí.

Nada que pudiese decirle.

—No sé por qué, pero lo dudo —concluyó.

Subí y me metí en la cama, y dejé la luz encendida y no dormí en absoluto. Fue la noche más larga de mi vida y varias veces pensé en levantarme e ir al encuentro de mamá y papá, como solía hacer cuando era pequeño. En una ocasión llegué a levantarme de la cama y buscar a tientas mis muletas. Pero me tumbé de nuevo. Temía por todos ellos, sí, esto es verdad. Pero no era lo peor. Ya no lo era.

Temí volverme loco. Esto era lo peor.

El sol empezaba a asomar sobre el horizonte cuando al fin, me sumí en un sueño inquieto durante tres o cuatro horas.

Al despertarme, mi mente había empezado ya a tratar de reconciliarse con lo irreal. Mi problema era que ya no podía permitirme, simplemente, escuchar aquella arrulladora canción. La letra se había borrado para bien.

46. Otra vez George LeBay

That fateful night the car was stalled

Upon the railroad track,

I pulled you out and you were safe

But you went running back...

MARK DINNING

El viernes 5 de enero recibí una postal de Richard McCandless, secretario de la Libertyville American Legion Post. Escrita en el dorso con un lápiz tosco estaba la dirección de George LeBay en Paradise Falls, Ohio. Llevé la tarjeta en el bolsillo de la cadera la mayor parte del día sacándola ocasionalmente para mirarla. No quería llamarle, no quería hablar de nuevo con él sobre su loco hermano Roland, no quería que este loco asunto siguiese adelante.

Aquella tarde mi padre y mi madre fueron al Monroeville Hall con Ellie que quería gastar una parte de su dinero de Navidad en un par de esquíes. Media hora después de que se hubieran marchado, descolgué el teléfono y coloqué la postal de McCandless delante de mí. Llamé a la operadora y esta me dio el número de la oficina de información de Paradise Falls, Ohio occidental, que era el 513. Después de una pausa, para reflexionar, llamé al 513 y me dieron el número de LeBay. Lo anoté en la tarjeta, y realice una nueva pausa —esta vez más larga— para pensar, y descolgué el teléfono por tercera vez. Marqué la mitad del número de LeBay, y colgué. «¡Al diablo con ello! —pensé lleno de un resentimiento nervioso como no recordaba haber experimentado nunca —: Ya es bastante, al diablo con ello. No voy a llamarle. No quiero saber nada más de esto, me lavo las manos de todo este sucio follón. Que se vaya al infierno en su propia carretilla. Que se joda».

—Que se joda —murmuré, y salí de allí antes de que mi conciencia pudiese empezar a incordiarne de nuevo.

Subí al piso alto, tomé un baño y me metí en mi habitación. Quedé profundamente dormido antes de que volviesen Ellie y mis padres, y dormí mucho y bien aquella noche. Buena cosa, ya que tenía que pasar mucho tiempo antes de que volviese a dormir tan bien. Muchísimo tiempo.

Mientras dormía, alguien —algo— mató a Rudolph Junkins de la policía del Estado de Pensilvania. La noticia estaba en el periódico cuando me

levanté por la mañana: EL INVESTIGADOR DEL CASO DARNELL
ASESINADO CERCA DE BLAIRSE VILLE, anunciaba el titular.

Mi padre estaba arriba tomando una ducha, Ellie y un par de amigas se encontraban en el porche, riendo y gritando mientras jugaban al *Monopoly*, mi madre trabajaba en uno de sus cuartos en el cuarto de coser. Yo estaba... sentado solo a la mesa, aturdido y espantado. Se me ocurrió pensar que Leigh y su familia volvían mañana de California, que las clases se reanudarían al día siguiente y que, a menos de que Arnie (o LeBay) cambiasen de idea, la chica se vería activamente perseguida.

Aparté despacio a un lado los huevos revueltos que yo mismo había preparado. Ya no me apetecían. La noche pasada me había parecido imposible apartar todo el ominoso e inexplicable asunto de *Christine* con la misma facilidad con que acababa de rechazar mi desayuno. Ahora me pregunté cómo había podido ser tan ingenuo.

Junkins era el hombre que Arnie había mencionado la víspera de Año Nuevo. No podía engañarme al respecto. El periódico decía que había sido el encargado de la investigación del caso de Will Darnell en Pensilvania e insinuaba que alguna tenebrosa organización criminal era responsable del asesinato. «La chusma del Sur», habría dicho Arnie. O los locos colombianos.

Yo pensaba de modo diferente.

El coche de Junkins había sido sacado de un solitario camino vecinal y convertido en chatarra...

(«Ese maldito Junkins anda aún detrás de mi a todo vapor, pero le conviene andarse con cuidado o alguien podría hacerle papilla a él... Debes estar de mi parte, Dennis. Ya sabes lo que les ocurre a los cagones que no lo están...»)

... estando todavía Junkins dentro de él.

Cuando mataron a Repperton y a sus amigos, Arnie estaba en Filadelfia con el club de ajedrez. Cuando mataron a Darnell, estaba en Ligonier con sus padres, visitando a unos parientes. Coartadas solidísimas. Pensé que tendría una para Junkins. Siete..., siete muertes ya, y todas ellas armaban un anillo mortal alrededor de Arnie Cunningham y de *Christine*. Sin duda, la policía lo vería, ni siquiera un ciego podía dejar de advertir una cadena tan clara de motivaciones. Pero el periódico no decía que alguien estuviese «ayudando a la policía en sus investigaciones», como afirman delicadamente los ingleses.

Desde luego, la policía no tiene por costumbre comunicar todo lo que sabe a los periódicos. Yo conocía todo esto, pero mi instinto me decía que los polizontes del Estado no estudiaban seriamente a Arnie en relación con este último asesinato automovilístico.

Estaba a salvo.

¿Qué había visto Junkins tras de sí en aquella carretera secundaria de las afueras de Blairsville? Un coche rojo y blanco, pensé. Quizá vacío, quizá conducido por un cadáver.

Un pato corrió graznando sobre mi tumba y mis brazos se llenaron de frías ampollas.

Siete personas muertas.

Eso tenía que terminar. Si no por otra razón, porque quizá matar puede convertirse en hábito. Si Michael y Regina no aceptaban los locos planes californianos de Arnie, uno de los dos o ambos podían ser los siguientes.

Supongamos que se acercase a Leigh en la sala de estudio a las tres del próximo jueves y le pidiese que se casara con él y ella le dijese que no. ¿Qué podría ver ella parado junto a la acera cuando volviese a casa por la tarde?

¡Jesús! Estaba espantado.

Mi madre dijo:

—No comes, Dennis.

Levanté la cabeza.

—Estoy leyendo el periódico. Creo que no tengo apetito, mamá.

—Tienes que comer mucho, o no vas a reponerte. ¿Quieres que te prepare unas gachas?

Mi estómago se encogió ante la idea, pero sonreí y sacudí la cabeza.

—No..., pero después me tomaré un buen almuerzo.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—¿Te encuentras bien, Denny? Últimamente, pareces muy cansado, enfermizo.

—Estoy bien, mamá.

Exageré mi sonrisa para mostrarle lo bien que me sentía, y entonces la vi apeándose de su Reliant azul en el Monroeville Mall, y dos hileras más atrás un coche blanco y rojo, parado. Con los ojos de mi mente la vi

pasar por delante de él, con la bolsa bajo el brazo, y vi que la palanca de *Christine* se ponía en situación de ARRANCAR...

—¿Seguro? ¿No te molesta la pierna?

—No.

—¿Has tomado las vitaminas?

—Sí.

—¿Y escaramujo?

Me eché a reír. Ella pareció de momento irritada, pero después sonrió.

—Eres un botarate, Dennis Guilder —dijo, con su mejor acento irlandés (que es muy bueno, pues mamá era de rancia estirpe irlandesa y en esto no hay quien le iguale).

Volvió al cuarto de costura y, al cabo de un momento, empezó de nuevo el repiqueteo irregular de la máquina de escribir.

Cogí el periódico y miré la foto del destrozado coche de Junkins. EL COCHE DE LA MUERTE, se leía al pie de aquélla.

«Mira —pensé—. Junkins estaba interesado en mucho más que en descubrir quién vendió fuegos de artificio y cigarrillos ilegales a Will Darnell. Junkins era detective del Estado, y los detectives del Estado trabajan en más de un caso al mismo tiempo. Pudo haber tratado de averiguar quién mató a Moochie Welch. O pudo haber estado...».

Me dirigí con mis muletas al cuarto de costura y llamé a la puerta.

—¿Sí?

—Perdona que te moleste, mamá...

—No seas tonto, Dennis.

—¿Vas a bajar a la ciudad?

—Puede que sí. ¿Por qué?

—Me gustaría ir a la biblioteca.

A las tres de la tarde de aquel sábado había empezado a nevar de nuevo. Me dolía un poco la cabeza de mirar con fijeza el microfilme, pero tenía lo que quería. Mi olfato me había llevado a pensar en el dinero, aunque esto no era una gran hazaña intuitiva.

Junkins había sido encargado de investigar el atropello seguido de fuga que había costado la vida a Moochie Welch, sí..., y también había estado a su cargo la investigación de lo que les había ocurrido a Repperton, Trelawney y Bobby Stanton. Hubiese debido estar ciego para no leer el nombre de Arnie entre líneas de lo que estaba sucediendo.

Me eché atrás en el sillón, apagué el aparato y cerré los ojos. Traté de ponerme en el lugar de Junkins durante un momento. Sospecha que Arnie esté complicado en los asesinatos. No como autor, pero sí de alguna manera. ¿Sospecha de *Christine*? Tal vez sí. En las películas de detectives de la Televisión, es formidable cómo se identifican las pistolas, las máquinas de escribir empleadas para redactar notas de rescate, y los automóviles que huyen después de un atropello. Hojuelas y escamas de pintura, tal vez...

Entonces se produce el desastre de Darnell. Para Junkins, es algo magnífico. El garaje será cerrado, y secuestrado cuanto hay en él. Quizá Junkins sospecha...

¿Qué?

Forcé mi imaginación. Ahora soy un policía. Creo en las deducciones legítimas, en las deducciones sensatas, en las deducciones de rutina. Por consiguiente, ¿qué sospecho? La respuesta llegó al cabo de un momento.

Un cómplice, desde luego. Sospecho que existe un cómplice. Tiene que haber un cómplice. Nadie que estuviese en su sano juicio pensaría que el coche actuó solo. ¿Entonces...?

Entonces, cuando se ha cerrado el garaje, Junkins lleva allí a los mejores técnicos y hombres de laboratorio de quienes puede echar mano. Revisan *Christine* de cabo a rabo, en busca de pruebas de lo sucedido. Razonando como habría razonado Junkins —o al menos tratando de hacerlo—, pienso que tiene que haber algún indicio. Golpear un cuerpo humano no es como golpear una almohada de plumas. Chocar contra una barrera en Squantic Mill tampoco es lo mismo que chocar contra un cojín de plumas.

¿Y qué encuentran los expertos en homicidios por vehículos a motor? Nada.

No encuentran melladuras, ni retoques en la pintura ni manchas de sangre. No encuentran huellas de pintura castaña de la barrera rota en la carretera de Squantic Hills. Dicho en pocas palabras, Junkins no encuentra la menor prueba de que *Christine* fuese empleada en ninguno de aquellos crímenes. Ahora pasemos al asesinato de Darnell. ¿Va Junkins al garaje el día siguiente para examinar a *Christine*? Yo lo habría hecho, de haber estado en su lugar. El lado de una casa tampoco es una almohada de plumas, y un coche que la atraviese tiene que sufrir

daños importantes, daños que no pueden repararse sencillamente en una noche. Y cuando llega allí, ¿qué encuentra?

Sólo a *Christine*, sin una sola abolladura en el parachoques.

Esto llevaba a otra deducción, que explicaba por qué Junkins no había sellado el coche. Era algo que yo no había podido comprender, ya que él tuvo que sospechar que *Christine* estaba complicado. Pero, en definitiva, se había dejado llevar por la lógica..., y tal vez esta le había matado. Junkins no había sellado el coche porque la coartada de *Christine*, aunque muda, era tan sólida como todas las de su dueño. Si había examinado a *Christine* inmediatamente después del asesinato de Will Darnell, Junkins debió sacar la conclusión de que el coche no podía haber intervenido, por muy convincentes que pareciesen los indicios en contrario.

Ni un arañazo. ¿Y por qué tenía que haberlo? Junkins no conocía todos los hechos. Pensé en el odómetro que contaba hacia atrás, y en Arnie diciendo: No es más que una avería. Pensé en la red de grietas en el parabrisas, que había parecido empequeñecerse y encogerse hacia dentro..., como si también retrocediese en el tiempo. Pensé en la casual sustitución de piezas sin ritmo ni razón aparente. Por último, pensé en el viaje de pesadilla al volver a casa el domingo por la noche: viejos coches que parecían nuevos, detenidos junto a las aceras delante de casas donde se celebraban fiestas, el *Strand Theater* de nuevo intacto con toda la solidez de sus ladrillos amarillos el sector a medio construir que había sido terminado y ocupado por habitantes de los suburbios de Libertyville veinte años atrás.

Sólo una avería.

Pensé que el hecho de ignorar esta avería era lo que en realidad había matado a Rudolph Junkins.

Porque, obsérvese bien: si se tiene un coche mucho tiempo, se desgasta por gran cuidado que se tenga con él y, generalmente, se porta de modo imprevisible. El coche sale de la fábrica como un niño recién nacido, y como un recién nacido empieza a rodar en una competición que dura años. Las hondas y flechas de la cruel fortuna rompen aquí una batería, quiebran allí una varilla, inmovilizan en otra parte un cojinete. Se introducen impurezas en el carburador, se revienta un neumático, hay un cortocircuito eléctrico, empieza a gastarse la tapicería.

Es como una película. Y si se puede proyectar la película hacia atrás...

—¿Desea algo más, señor? —preguntó el archivero detrás de mí, y estuve a punto de gritar.

Mamá me esperaba en el vestíbulo principal, y durante la mayor parte del trayecto de vuelta a casa estuvo charlando sobre sus escritos y su nueva clase, que era de danza. Yo asentía con la cabeza y respondía

adecuadamente la mayoría de las veces. Y pensaba que si Junkins hubiese traído de Harrisburg a sus técnicos, a sus competentes especialistas en automóviles, probablemente no habría visto un elefante mientras buscaban una aguja, y tampoco hubiese podido censurarles por ello. Los coches no corren hacia atrás, como puede hacerlo una película. Y no existen cosas tales como fantasmas o aparecidos o demonios conservados en aceite lubricante.

«Cree una cosa y creerás en todas», pensé, y me estremecí.

—¿Quieres que ponga la calefacción, Denny? —preguntó vivamente mamá.

—¿Lo quieres tú, mamá?

Pensé en Leigh, que debía regresar mañana. Leigh, con su cara adorable (todavía mejorada por los salientes y casi crueles pómulos), su figura joven y dulcemente seductora, todavía no perjudicada por las fuerzas del tiempo y de la gravedad, como aquel antiguo Plymouth que había salido de Detroit en un camión de transporte en 1958 y estaba, en cierto sentido, todavía bajo garantía. Después pensé en LeBay, que estaba muerto y, sin embargo no lo estaba, y pensé en su afán (pero ¿era afán o sólo una necesidad de estropear las cosas?). Pensé en Arnie, cuando dijo con tranquilo aplomo que iban a casarse. Y entonces con fatal claridad, vi su noche de bodas. Vi que Leigh miraba en la oscuridad de una habitación de motel y veía un cadáver putrefacto y sonriente inclinado sobre ella. Oí sus gritos mientras *Christine*, todavía adornada con tiras de papel de seda y rótulos de RECIÉN CASADOS esperaba fielmente delante de la puerta cerrada con llave. *Christine* —o la terrible fuerza femenina que lo animaba— sabría que Leigh no duraría mucho... y que él seguiría allí cuando Leigh se hubiese ido.

Cerré los ojos para borrar aquellas imágenes, pero sólo logré intensificarlas.

La cosa había empezado con Leigh deseando a Arnie había progresado, lógicamente, lo bastante para que Arnie la deseara a ella. Pero no había terminado aquí, ¿verdad? Porque ahora LeBay tenía a Arnie... y era él quien deseaba a Leigh.

Pero no la tendría. No, si yo podía evitarlo.

Aquella noche telefoneé a George LeBay.

—Sí, señor Guilder —dijo. Parecía más viejo, más cansado—. Le recuerdo muy bien. Hablé con usted delante de mi cuarto, en el que pienso que debía ser el motel más deprimente de todo el universo. ¿Qué puedo hacer por usted?

Lo dijo como si confiase en que no le pediría demasiado.

Vacilé. ¿Le diría que su hermano había vuelto de entre los muertos? ¿Que ni siquiera la tumba había sido capaz de extinguir su odio por los que llamaba cagones? ¿Le diría que su hermano había poseído a mi amigo, se había apoderado de él con la misma firmeza con que Arnie se había apoderado de *Christine*? ¿Hablaríamos de mortalidad, del tiempo y del amor rancio?

—Señor Guilder, ¿está usted ahí?

—Tengo un problema, señor LeBay. Y no sé exactamente cómo decírselo. Se refiere a su hermano.

Algo nuevo se reflejó entonces en su voz, algo tenso y animado.

—No sé qué clase de problema puede tener usted en relación con él. Rollie está muerto.

—Precisamente se trata de esto —ahora era incapaz de dominar mi propia voz. Esta subía temblorosamente una octava y volvía a bajar—. No creo que esté muerto.

—¿Qué está diciendo? —su voz era seca, acusadora... y temerosa—. Si lo considera usted una broma, le aseguro que es de muy mal gusto.

—No es broma. Permita solamente que le cuente algunas de las cosas que han ocurrido desde que murió su hermano.

—Señor Guilder, tengo un montón de papeles para corregir y una novela que quiero terminar y, realmente, no tengo tiempo que perder en...

—Por favor —dije—. Por favor, señor LeBay, ayúdeme, ayude a mi amigo.

Siguió una pausa larga, muy larga, y después LeBay suspiró.

—Cuente su historia —concedió, y después de una breve interrupción añadió—: ¡Maldito sea!

Le conté la historia gracias a la moderna comunicación a larga distancia, me imaginaba mi voz pasando a través de aparatos regidos por computadoras y llenos de circuitos miniaturizados, por un cable tendido bajo trigales cubiertos de nieve, hasta llegar al fin al oído de aquel hombre.

Le conté la disputa de Arnie con Repperton, la expulsión y la venganza de Buddy, le conté la muerte de Moochie Welch, lo que había ocurrido en Squantic Hills y lo que había pasado durante la tormenta de la víspera de Navidad. Le hablé de las grietas del parabrisas que parecían encogerse y de un odómetro que marchaba hacia atrás con toda seguridad. Le hablé de la radio que parecía captar únicamente WDIL, la

emisora más antigua, con independencia de la frecuencia que se buscase..., y esto arrancó un suave gruñido de sorpresa a George LeBay.

Le hablé de la caligrafía en mis escayolas, y de cómo la firma estampada por Arnie la noche del Día de Acción de Gracias era igual que la de su hermano en la licencia de circulación primitiva de *Christine*. Le hablé del constante empleo por Arnie de la palabra «cagones», de cómo había empezado a peinarse al estilo fabiano u otro de los años cincuenta. En realidad, se lo conté todo, a excepción de lo que me había ocurrido al volver a casa en el coche en la madrugada del Año Nuevo. Pretendí hacerlo pero no pude. Nunca me atreví a revelarlo, hasta que lo escribí todo cuatro años más tarde.

Cuando terminé, se hizo un silencio en la línea.

—¿Señor LeBay? ¿Está todavía ahí?

—Sí —dijo al fin—. Señor Guilder..., Dennis... no quisiera ofenderte, pero debes comprender que lo que sugieres va mucho más allá de cualquier posible fenómeno psíquico y entra en el campo...

No terminó la frase.

—¿De la locura?

—No es esta la palabra que habría empleado. Según me has dicho, sufriste un terrible accidente jugando al fútbol americano. Estuviste dos meses en el hospital, con fuertes dolores durante un tiempo. ¿No es posible que tu imaginación...?

—Señor LeBay —continuó—. ¿Empleó alguna vez su hermano una frase aludiendo a un pequeño vagabundo?

—¿Qué?

—El pequeño vagabundo. Como cuando se arroja una bola de papel a un cubo de desperdicios y se acierta, y uno dice: «Dos puntos». Pero ponga en vez de esto: «Mira cómo la meto en el culo del pequeño vagabundo». ¿Lo había oído decir alguna vez a su hermano?

—¿Cómo lo sabes?... —y después, sin darme tiempo a contestar—. Empleó esta frase en una de las ocasiones en que le viste, ¿no es cierto?

—No.

—Señor Guilder, es usted un embustero.

No dije nada. Estaba temblando y me flaqueaban las rodillas. Ningún adulto me había dicho una cosa así en toda mi vida.

—Perdona, Dennis. Pero mi hermano está muerto. Era un ser desagradable y posiblemente malo, pero está muerto y todas esas morbosas fantasías...

—¿Quién era el pequeño vagabundo? —conseguí decir.

Silencio.

—¿Era Charlie Chaplin?

Pensé que no me contestaría, pero al fin, pesadamente. Sólo de Rebote:

—Se refería a Hitler. Había cierto parecido entre Hitler y el pequeño vagabundo Chaplin. Este hizo una película titulada *El Gran Dictador*. Probablemente, no la habrás visto. De todos modos, le dio bastante renombre durante la guerra. Eres demasiado joven para recordarlo. Pero esto no significa nada.

Ahora fui yo quien guardó silencio.

—¡No significa nada! —gritó—. ¡Nada! ¡Cosas insustanciales y meras sugerencias! ¡Debes comprenderlo!

—Siete personas murieron aquí, en Pensilvania occidental —le dije—. Esto no es insustancial. Están las firmas. Y esto tampoco es sugestión. Las guardé, señor LeBay. Permita que se las envíe. Mírelas y dígame si hay una sola que no sea de puño y letra de su hermano.

—Podría ser una falsificación, deliberada o no.

—Si lo cree así, busque un perito calígrafo. Yo lo pagaré.

—Podrías hacerlo tú mismo.

—Señor LeBay —le dije—, yo no necesito que nadie me convenza.

—Pero ¿Qué quieres de mí? ¿Que comparta tus fantasías? No lo haré. Mi hermano murió. Su coche no es más que un coche.

Estaba mintiendo. Lo sentí. Lo sentí incluso por teléfono.

—Quisiera que me explicase algo que me dijo aquella noche en que conversamos.

—¿Qué es?

Parecía receloso.

Me humedecí los labios.

—Dijo usted que su hermano estaba obsesionado e irritado, pero que no era un monstruo. Al menos, dijo, no creía que lo fuese. Después pareció cambiar completamente de tema..., pero cuanto más pienso en ello, más me parece que no cambió de tema en absoluto. Lo que dijo entonces fue que él nunca había marcado a ninguno de ellos.

—Ya está bien, Dennis. Yo...

—¡Mire, si iba a decirme algo, por el amor de Dios, dígalo ahora! — grité. Se me quebró la voz. Me enjuagué la frente y retiré la mano pegajosa de sudor—. Esto no es más fácil para mí que para usted. Arnie está obsesionado por esta chica, por Leigh Cabot, sólo que no creo que sea Arnie el obsesionado, sino su hermano, su hermano muerto. ¡Ahora, hábleme, por favor!

Suspiró.

—¿Que te hable? —preguntó—. ¿Que te hable? Hablaré de estos viejos sucesos..., no, de esas viejas sospechas. Sería casi como sacudir a un diablo dormido, Dennis. Por favor, yo no sé nada.

Podría haberle dicho que el diablo estaba ya despierto, pero él ya lo sabía.

—Dígame lo que sospecha.

—Te llamaré más tarde.

—Señor LeBay..., por favor...

—Te llamaré más tarde —repitió—. Tengo que hablar con mi hermana Marcia en Colorado.

—Si lo prefiere, yo la llamaré.

—No, ella no querría hablar contigo. Conmigo sólo ha hablado de esto un par de veces. Confío en que tengas tranquila la conciencia en este asunto, Dennis. Porque nos estás pidiendo que abramos viejas heridas y las hagamos sangrar de nuevo. Por consiguiente, te preguntaré una vez más: ¿De veras estás seguro?

—De veras —murmuré.

—Te llamaré más tarde —dijo, y colgó.

Pasaron quince minutos, veinte. Yo paseaba por la habitación con mis muletas, incapaz de estarme quieto.

Miré por la ventana la calle barrida por el viento un estudio en blanco y negro. Dos veces me acerqué al teléfono pero no lo descolgué, temeroso

de que él tratase de establecer comunicación al mismo tiempo y todavía más temeroso de que no me llamase. La tercera vez, en el instante en que ponía la mano sobre el aparato, sonó el timbre.

Salté hacia atrás, como si hubiese recibido una punzada y después levanté el auricular.

—¡Diga! —dijo la voz sofocada de Ellie desde el aparato de la planta baja—. ¿Donna?

—¿Está Dennis Guildler...? —empezó a decir la voz de LeBay, pareciendo más cansada y quebrada que nunca.

—Estoy al aparato, Ellie —dije.

—Bueno, ¿qué más da? —comentó con descaro Ellie.

—Hable, señor LeBay —pedí, latiéndome con fuerza el corazón.

—He hablado con ella —dijo lentamente—. Me ha dicho que actúe según mi criterio. Pero está espantada. Tú y yo hemos conspirado para espantar a una anciana que nunca hizo daño a nadie y que nada tiene que ver con esto.

—Es por una buena causa —dije.

—¿Sí?

—Si no lo creyese, no le habría telefonado —concluí—. ¿Va usted a hablar conmigo o no, señor LeBay?

—Sí —dijo—. Te hablaré, pero a nadie más. Si lo dijese a otra persona, yo lo negaría. ¿Comprendes?

—Sí.

—Muy bien —suspiró—. En nuestra conversación del verano pasado, Dennis, te mentí sobre lo que pasó y sobre lo que yo..., lo que Marcy y yo... sentíamos acerca de ello. Nos mentíamos a nosotros mismos.

De no haber sido por ti, creo que habríamos continuado engañándonos sobre aquel... accidente de la carretera, durante el resto de nuestras vidas.

—¿La niña? ¿La hija de LeBay? —pregunté, apretando con fuerza el teléfono, estrujándolo.

—Sí —dijo pesadamente—. Rita.

—¿Qué ocurrió, realmente, cuando se asfixió?

—Mi madre solía decir que le habían cambiado a Rita —dijo LeBay—. ¿Te había dicho esto?

—No.

—No, claro que no. Te dije que pensaba que tu amigo sería más dichoso si se desprendía del coche, pero no se pueden decir muchas cosas en defensa de las propias creencias, porque lo irracional... se introduce a hurtadillas...

Hizo una pausa. No le apremié. Hablaría o no hablaría.

Así de sencilla era la cosa.

—Mi madre decía que era un bebe buenísimo hasta que cumplió los seis meses. Y entonces..., decía que había llegado Puck. Hablaba que Puck se había llevado al niño bueno, en una de sus bromas, y lo había sustituido por otro. Reía al decirlo. Pero nunca lo decía cuando Rollie podía oírlo, y sus ojos no reían nunca, Dennis. Creo... que era su única manera de explicar cómo era él, sus terribles ataques de furor..., su terquedad en sus más simples antojos.

—Había un chico (he olvidado su nombre), un chico más corpulento, que zurró a Rollie tres o cuatro veces. Un bruto. Empezaba metiéndose con la ropa de Rollie, le preguntaba si hacía un mes o dos que no se cambiaba los calzoncillos. Rollie se lanzaba contra él, le maldecía y amenazaba, y el bruto se reía de él, le mantenía a distancia con sus largos brazos y le daba puñetazos hasta cansarse o hasta que la nariz de Rollie empezaba a sangrar. Y entonces Rollie se sentaba en un rincón, fumando un cigarrillo y llorando, mientras la sangre y los mocos se secaban en su cara. Y si Drew o yo nos acercábamos a él nos atizaba con peligro para nuestras vidas.

—Una noche, la casa de aquel bruto se incendió, Dennis. El bruto y el padre del bruto y el hermanito del bruto resultaron muertos. La hermana del bruto sufrió terribles quemaduras. Se presumió que el incendio había empezado en el horno de la cocina, y es posible que así fuese. Pero las sirenas de los bomberos me habían despertado, Y todavía estaba despierto cuando Rollie subió por el enrejado cubierto de hiedra y se metió en la habitación que compartíamos los dos. Tenía la frente tiznada y olía a gasolina. Me vio tumbado con los ojos abiertos y me dijo: «Si te chivas, Georgie, te mataré». Y desde aquella noche, Dennis, he tratado de convencerme de que sólo quiso decir que no contase que había estado fuera, mirando el fuego. Y tal vez no hubo más que esto.

Yo tenía la boca seca. Me parecía tener una bola de lomo en el estómago. Y los pelos del cogote me daban la impresión de secas púas.

—¿Qué edad tenía entonces su hermano? —pregunte con voz ronca.

—Menos de trece años —repuso LeBay, con tranquilidad terrible y falsa—. Un día de invierno, cosa de un año más tarde, hubo una pelea durante un partido de *hockey*, y un tipo llamado Randy Throgmorton le abrió la cabeza a Rollie con su palo. Le dejó sin sentido. Nosotros le llevamos al viejo doctor Farmer (Rollie había recobrado el conocimiento, pero todavía estaba grogui) y Farmer le dio doce puntos de sutura en el cuero cabelludo. Una semana más tarde, Randy Throgmorton se cayó al romperse el hielo en Palme Pond y se ahogó. Había estado patinando en una zona claramente marcada con rótulos de HIELO FRÁGIL. Al menos, así parece.

—¿Me está usted diciendo que su hermano mató a aquella gente? ¿Quiere darme a entender que LeBay mató su propia hija?

—No que la matase, Dennis..., nunca lo pensé. Ella se asfixió. Lo que sugiero es que quizá la dejó morir.

—Dijo que él la volvió boca abajo, la golpeó, trató de hacer que vomitase...

—Esto fue lo que Rollie me dijo en el entierro —convino George.

—Entonces, ¿qué?

—Marcia y yo hablamos de aquello más tarde. Sólo una vez, ¿sabes? Aquella noche, después de cenar, Rollie me había dicho: «La levanté cogiéndola por sus *Buster Browns* y traté de sacudirla y librarla de aquella maldita cosa, Georgie. Pero estaba pegada demasiado hondo». Y Verónica le había dicho a Marcia: «Rollie la alzó por los pies y trató de sacudirla y librarla de aquello, pero estaba pegado demasiado hondo». Habían contado exactamente lo mismo, con las mismas palabras. ¿Y sabes en qué me hizo pensar aquello?

—No.

—Me hizo pensar en Rollie, cuando trepó a la ventana de nuestra habitación y me dijo: «Si te chivas, Georgie, te mataré».

—Pero..., ¿por qué? ¿Por qué iba él a...?

—Más tarde, Verónica escribió una carta a Marcia dando a entender que Rollie no se había esforzado realmente en salvar a su hija. Y que, por fin, la había metido de nuevo en el coche. Para resguardarla del sol, había dicho. Pero Verónica decía, en su carta, que pensaba que Rollie quería que muriese en el coche.

No quería decirlo, pero tuve que hacerlo.

—¿Sugiere que su hermano ofreció su hija como una especie de sacrificio humano?

Hubo una larga, reflexiva y terrible pausa.

—No de una manera consciente, no —repuso LeBay—. Como tampoco sugiero que la mató conscientemente. Si hubiese conocido a mi hermano, sabría que es ridículo acusarle de brujería o de hechicería o de tener tratos con el demonio. No creía en nada que no fuese sus propios sentidos salvo; supongo en su propia voluntad. Sugiero que pudo haber tenido alguna..., alguna intuición..., alguien pudo inducirlo a hacer lo que hizo. Me decía que eso lo había cambiado.

—¿Y Verónica?

—No lo sé —manifestó—. El dictamen de la policía fue de suicidio, aunque no dejó ninguna nota. Es posible que lo fuese. Pero la pobre había hecho algunas amistades en la ciudad, y a menudo me he preguntado si no insinuaría a alguna de ellas, como lo había insinuado ya a Marcia, que la muerte de Rita no se había producido exactamente como ella y Rollie habían declarado. «*Si te chivas, Georgie, te mataré*». Desde luego, no existen pruebas en uno u otro sentido. Pero me extraña que lo hiciese de aquella manera, que una mujer que no sabía nada de automóviles sujete una manguera al tubo de escape y la introdujese por la ventanilla. Aunque prefiero no pensar en estas cosas. Me tienen despierto toda la noche.

Pensé en lo que había dicho y en lo que no había dicho..., en las cosas que había dejado entre líneas. *Intuitivamente*, había explicado. *Su terquedad en sus más simples antojos*, había dicho. ¿Y si Roland LeBay hubiese comprendido, de alguna manera que no se atrevía a confesarse a sí mismo, que estaba infundiendo alguna fuerza sobrenatural a su Plymouth? Supongamos que hubiese estado esperando a que llegase el legítimo heredero... y que ahora...

—¿He contestado con esto a tus preguntas, Dennis?

—Creo que sí —respondí despacio.

—¿Qué vas a hacer?

—Creo que ya lo sabe.

—¿Destruir el coche?

—Lo intentaré —expliqué, y miré mis muletas apoyadas en la pared, mis malditas muletas.

—Puede que destruyas también a tu amigo.

—O que le salve —dije.

Georgie LeBay concluyó a media voz:

—Me pregunto si eso es aún posible.

47. La traición

There was blood and glass all over,
And there was nobody there but me.
As the rain tumbled down, hard and cold,
I seen a young man lyin by the side
of the road,
He cried, "Mister, won't you
help me, please?"

BRUCE SPRINGSTEEN

La besé.

Sus brazos rodearon mi cuello. Una de sus frescas manos apretó suavemente mi nuca. Ya no tuve ninguna duda sobre lo que nos ocurría, y cuando ella se apartó ligeramente de mí, con los ojos medio cerrados, comprendí que tampoco ella la tenía.

—Dennis —murmuró, y volví a besarla.

Nuestras lenguas se tocaron suavemente. Por un instante, su beso se intensificó, pude sentir la pasión que pronunciaban aquellos pómulos salientes. Entonces jadeó un poco y se echó atrás.

—Basta —dijo—. Nos detendrán por escándalo público o algo parecido.

Era el 18 de enero. Aparcamos detrás del *Kentucky* local, con los restos de una excelente comida a base de pollo esparcidos a nuestro alrededor. Estábamos en mi Duster, y esto era ya un acontecimiento para mi, era la primera vez que estaba detrás del volante desde el accidente. Precisamente aquella mañana, el médico me había quitado la escayola de mi pierna izquierda, sustituyéndola por un vendaje. Me advirtió severamente que no me lo quitara pero estuve seguro de que se sentía satisfecho de mi estado. Mi recuperación se había adelantado un mes a lo previsto. Él lo atribuía a una técnica superior; mi madre, al pensamiento positivo y al caldo de pollo; el entrenador Puffer, al escaramujo.

Yo pensaba que Leigh Cabot había influido mucho en ello.

—Tenemos que hablar —dijo ella.

—No, averigüemos un poco más.

—Hablemos ahora. Ya averiguaremos después.

—¿Ha empezado de nuevo?

Leigh asintió con la cabeza. En las casi dos semanas transcurridas desde mi conversación telefónica con LeBay, las dos primeras semanas del curso de invierno, Arnie se había esforzado en lograr un acercamiento con Leigh, y el esfuerzo había sido tan intenso que nos había asustado a los dos. Yo había referido a Leigh mi conversación con LeBay (pero no, como ya he dicho, mi terrible vuelta a casa en la mañana de Año Nuevo) y había dejado bien claro que en modo alguno, podía romper simplemente con él. Esto le pondrá furioso, y ahora, cuando Arnie se enfurecía con alguien, cosas desagradables podían ocurrirle a este.

—Parece que le estemos engañando —dijo ella.

—Lo sé —repliqué con mayor viveza de lo que pretendía—. No me gusta, pero no quiero que aquel coche vuelva a circular.

—¿Y bien?

Meneé la cabeza. En verdad, empezaba a sentirme como el príncipe Hamlet, buscando dilaciones una y otra vez. Desde luego, sabía que había que hacerlo: había que destruir *Christine*. Leigh y yo habíamos considerado varias maneras de hacerlo.

La primera idea había sido de Leigh: cócteles molotov. Llenaríamos unas botellas de vino con gasolina, dijo, las llevaríamos a la casa de los Cunningham de madrugada y encenderíamos las mechas («¿Mechas? ¿Qué mechas?», le pregunté. «De *Kotex* darían resultado», respondió al punto, asombrándome una vez más con su desfachatez) y las arrojaríamos a través de las ventanillas de *Christine*.

—¿Y si los cristales de las ventanillas estuvieran subidos y las puertas cerradas? —le pregunté—. Esto sería lo más probable.

Me miró como si fuese un imbécil total.

—¿Vas a decirme —preguntó— que te parece bien la idea de volar el coche de Arnie, pero tienes escrúpulos morales de romper unos cristales?

—No —repliqué—, pero ¿quién se acercará lo suficiente para romper el cristal con un martillo, Leigh? ¿Tú?

Me miró, mordiéndose el suave labio inferior. No dijo nada. La idea siguiente había sido mía. Dinamita.

Leigh lo pensó y sacudió la cabeza.

—Creo que podría conseguirla sin grandes dificultades —expliqué.

Seguía viendo de vez en cuando a Brad Jeffries, y Brad trabajaba todavía para Penn-DOT, y Penn-DOT tenía dinamita bastante para lanzar a la Luna el *Three Rivers Stadium*. Pensé que tal vez podría tomarle de prestado la llave adecuada sin que Brad se enterase, tan absorto se quedaba cuando observaba el juego de los Penguins por televisión. «Tomaré la llave del almacén de los explosivos durante el tercer período de un partido —pensé—, y la devolveré a su sitio durante el tercer periodo de otro».

La probabilidad de que tuviese que utilizar explosivos en enero y se diese cuenta de la falta de la llave era sumamente pequeña. Era una mala pasada, otra traición..., pero una manera de terminar el asunto.

—No —dijo ella.

—¿Por qué no?

Para mí, la dinamita parecía ofrecer todas las garantías que exigía la situación.

—Porque Arnie lo aparca ahora en el paseo de entrada a la casa.
¿Quieres realmente ametrallar a todo el vecindario suburbano?
¿Arriesgarte a que un trozo de vidrio corte el cuello de algún chiquillo?

Me estremecí. No había pensado en esto, pero ahora que ella lo había mencionado, la imagen me pareció verosímil y clara y odiosa. Y esto me hizo pensar en otras cosas. Encender un cartucho de dinamita con el cigarrillo y arrojarlo contra el objeto que se quiere destruir... es algo que puede quedar muy bien en los westerns del sábado por la tarde proyectados en el segundo canal, pero en la vida real hay que pensar en los fulminantes y en los puntos de contacto. Sin embargo, me aferré a la idea todo lo que pude.

—¿Y si lo hiciésemos por la noche?

—Todavía sería muy peligroso —dijo ella—. Y tú también lo sabes. Lo tienes pintado en el semblante.

Una pausa larga, muy larga.

—¿Qué te parecería la máquina trituradora de Darnell? —preguntó ella al fin.

—La misma objeción básica de antes —dije—. ¿Quién llevaría el coche allí abajo? ¿Tú, yo o Arnie?

Y así quedó la cosa.

—¿Qué ha pasado hoy? —pregunté a Leigh.

—Quería que saliese con él esta noche —me explicó—. Esta vez para ir a la bolera.

En días anteriores le había propuesto el cine, ir cenar, o mirar la televisión en su casa, celebrar reunión de estudio. Y siempre aparecía *Christine* como medio de transporte.

—Se está poniendo terriblemente pesado y se me acaban las excusas. Si tenemos que hacer algo, deberíamos hacerlo pronto.

Asentí con la cabeza. Una de las cosas que lo habían impedido era la imposibilidad de encontrar un modo satisfactorio. Otra había sido el estado de mi pierna. Ahora que me habían quitado la escayola, y aunque el médico me había ordenado severamente que empleara las muletas, había puesto a prueba mi pierna izquierda sin ellas. Me dolía un poco, pero no tanto como había dolido.

Estas cosas, sí..., pero el obstáculo había estado más en nosotros mismos. El descubrimiento mutuo. Aunque parezca repugnante, creo que debo añadir algo más para que mi relato sea exacto (cuando lo empecé me prometí que lo interrumpiría si no podía referirlo todo con exactitud). El aspecto picante del peligro había añadido algo a lo que yo sentía por Leigh... y, según creo, a lo que ella sentía por mí. Arnie era mi mejor amigo, pero la idea de que nos veíamos a sus espaldas tenía, empero, un atractivo maligno e insensato. Lo sentía cada vez que la tomaba en brazos, cada vez que mi mano se deslizaba sobre la curva firme de su pecho. Hacerlo todo a escondidas. ¿Pueden ustedes decirme por qué tenía que ser atractivo? Pero lo era. Por primera vez en mi vida me había enamorado de una chica. Había tenido amoríos con anterioridad pero esta vez me había dado muy fuerte. Y me gustaba. La amaba. Pero el constante sentimiento de traición...

Era algo sinuoso, que causaba vergüenza y aguijoneaba lo lamente al mismo tiempo. Podíamos decirnos (y lo hacíamos) que manteníamos cerradas nuestras bocas para proteger a nuestras familias y a nosotros mismos.

Esto era verdad.

Pero no toda la verdad, ¿eh, Leigh? No. No era toda la verdad.

En cierto modo, no podía haber ocurrido nada peor. El amor retrasa la reacción, apaga el sentido de peligro. Hacía doce días que había

hablado con George LeBay y, cuando pensaba en las cosas que me había dicho —y peor en, en las que me había sugerido—, ya no se me erizaban los cabellos de la nuca.

Lo propio cabía decir —o tal vez no— de las pocas veces que había hablado con Arnie o le había atisbado en algún sitio. Curiosamente, parecía que habíamos vuelto a los meses de setiembre y octubre, cuando nos habíamos apartado por la sencilla razón de que Arnie estaba muy ocupado. Cuando hablábamos, él se mostraba bastante agradable, aunque sus ojos grises eran fríos detrás de los espejuelos. Yo esperaba que una gimiente Regina o un rígido Michael me llamasen por teléfono para darme la noticia de que Arnie había dejado al fin de jugar con ellos renunciado, definitivamente, a la idea de ir a la Universidad en otoño.

Esto no sucedió, y fue el propio Motormouth —nuestro mentor— quien me dijo que Arnie se había llevado a casa un montón de literatura sobre la Universidad de Pensilvania, la Drew University y Penn State. Estos eran los centros docentes que interesaban más a Leigh. Yo lo sabía y Arnie lo sabía también.

Dos noches atrás, había oído yo a mi madre y a mi hermana Ellie hablando en la cocina.

—¿Por qué ha dejado Arnie de venir, mamá? —preguntó Ellie—. ¿Se ha peleado con Dennis?

—No, querida —respondió mi madre—. No lo creo. Pero cuando los amigos se hacen mayores..., a veces se separan.

—A mí no me ocurrirá nunca —manifestó Ellie con la seria convicción de los quince años recién cumplidos.

Me senté en la habitación contigua, preguntándome si realmente sería esto todo: una alucinación fruto de mi amarga estancia en el hospital, como había sugerido LeBay, un simple distanciamiento entre dos amigos de la infancia.

Me pareció que había en ello cierta lógica, incluso en lo tocante a mi obsesión por *Christine*, que era la cuña que se había introducido entre nosotros.

Prescindía de los hechos palpables, pero resultaba cómodo. Creyendo de esta suerte, Leigh y yo podríamos seguir nuestras vidas ordinarias, entregarnos a las actividades escolares, hacer un repaso extraordinario para los exámenes de marzo y, desde luego, abrazarnos en cuanto sus padres o los míos nos dejaban solos. Besuquearnos como lo que éramos, como una pareja de alborotados adolescentes total y mutuamente enamorados.

Estas cosas me seducían..., nos seducían a los dos. Hasta ahora habíamos tenido mucho cuidado —como si fuésemos un par de adúlteros

en vez de un par de chiquillos—, pero hoy me habían quitado la escayola, y había podido emplear las llaves de mi Duster en vez de quedarme mirándolas, y, cediendo a un impulso, había telefoneado a Leigh y le había preguntado si le gustaría ir conmigo al mundialmente famoso *Colonel's* para catar su mundialmente famoso *Crunchy Stile*. Esto le había entusiasmado.

Así se comprende que descuidásemos nuestra preocupación y fuésemos un poquitín indiscretos. Permaneciendo sentados en el coche, en la zona de aparcamiento, con el motor en marcha para tener un poco de calor, y hablamos de la manera de terminar con aquel viejo e infinitamente astuto monstruo, como un par de chiquillos jugando a ser vaqueros.

No vimos a *Christine* cuando se detuvo detrás de nosotros.

—Se está preparando para un largo asedio, en caso de ser necesario — dije.

—¿Qué?

—Me refiero a las Universidades que ha elegido. ¿No te ha llamado la atención?

—Creo que no —replicó confusa.

—Son las que te interesan más a ti —expliqué pacientemente.

Ella me miró, la miré a mi vez y traté de sonreír, sin conseguirlo.

—Está bien —proseguí—. Pensémoslo una vez más. Los cócteles molotov han quedado descartados. La dinamita parece peligrosa, pero en poca cantidad...

Me interrumpí en seco al sentir el fuerte apretón de la mano de Leigh y ver en su rostro una expresión de sorpresa y horror. Estaba mirando a través del parabrisas, desorbitados los ojos y abierta la boca. Me volví en aquella dirección, y lo que vi era tan abrumador que, por un instante, permanecí también inmóvil.

Arnie estaba plantado delante de mi Duster.

Había aparcado exactamente detrás de nosotros y entrado a comprar su ración de pollo sin fijarse en quiénes éramos. ¿Por qué había de hacerlo? Era casi de noche y un Duster de cuatro años y manchado de barro es prácticamente igual que otro cualquiera. Había entrado en el establecimiento, adquirido su comida y salido de nuevo...

No nos había visto a través del parabrisas, a Leigh y a mí, sentados muy juntos, abrazados y mirándonos arrobados con los ojos, como dicen los poetas. No había sido más que una coincidencia, una terrible y odiosa coincidencia. Aunque incluso ahora una parte de mi mente está

fríamente convencida de que fue cosa de *Christine* ..., de que fue *Christine* quien le condujo allí.

Transcurrió un largo momento, como petrificado. Un débil gemido brotó de la garganta de Leigh. Arnie estaba a menos de la mitad de la pequeña zona de aparcamiento, vistiendo su chaqueta de la escuela superior, con unos vaqueros descoloridos y botas. Llevaba una bufanda a cuadros alrededor del cuello. Se había levantado el cuello de la chaqueta, y las negras solapas servían de marco a un semblante que pasaba con lentitud de una expresión de aturrida incredulidad a una pálida mueca de odio. La bolsa a rayas rojas y blancas, con la sonriente cara del *Colonel's* en ella resbaló de una de sus manos enguantadas y cayó sobre la nieve apisonada del aparcamiento.

—Dennis —murmuró Leigh—. ¡Dennis, oh, Dios mio!

Él empezó a correr. Pensé que venía hacia el coche, probablemente para sacarme de él y darme una paliza. Me veía saltando débilmente de un lado a otro sobre mi pierna no demasiado sana, bajo las luces del aparcamiento, que acababan de encenderse, mientras Arnie, cuya vida había yo salvado durante unos años que se remontaban al jardín de infancia, me hacía trizas. Corrió, torcida la boca en una mueca que yo había visto ya antes de entonces..., pero no en su cara. Ahora era la cara de LeBay.

Pero no se detuvo al llegar a mi coche, sino que siguió corriendo. Me volví en redondo y entonces vi a *Christine* .

Abrí la portezuela y empecé a salir con gran esfuerzo agarrándome al borde del techo de mi automóvil. El frío entumeció casi inmediatamente mis dedos.

—¡Dennis, no! —gritó Leigh.

Me puse en pie en el instante en que Arnie abría furiosamente la portezuela de *Christine* .

—¡Arnie! —grité—. ¡Eh, hombre!

Irguió la cabeza. Echaba chispas por los ojos fríos y desorbitados. Un hilo de baba fluía de una de las comisuras de su boca. El radiador de *Christine* parecía también hacer muecas.

Levantó ambos puños y los sacudió en mi dirección.

—¡Cagón! —su voz era fuerte y cascada—. ¡Llévatela! ¡Te la mereces! ¡Es una mierda! ¡Ambos sois una mierda! ¡Quedaos juntos! ¡No será por mucho tiempo!

Varias personas se habían acercado a las ventanas de cristales del *Kentucky Fried Chicken* y al contiguo *Kowloon Express* para ver lo que pasaba.

—¡Arnie! Hablemos, hombre...

Él saltó dentro del coche y cerró la portezuela de golpe. Zumbó el motor de *Christine* y se encendieron los faros, aquellos ojos blancos y deslumbradores de mi sueño clavándose como un insecto sobre un cartón. Y más arriba, detrás del cristal, estaba la cara terrible de Arnie la cara de un demonio ávido de pecado. Aquella cara odiosa y atormentada ha vivido en mis sueños desde entonces. Después la cara desapareció y fue sustituida por una calavera, por una cabeza de muerto que hacía muecas.

Leigh lanzó un fuerte y estridente chillido. Se había vuelto a mirar, y supe que aquello no había sido cosa de mi imaginación. Ella lo había visto también.

Christine avanzó rugiendo, levantando nieve con los neumáticos de atrás. No venía por el Duster, sino por mí. Creo que la intención de Arnie era hacerme papilla entre su coche y el mío. Fue mi pierna enferma la que me salvó, se dobló y caí dentro de mi Duster, golpeando el volante con la cadera derecha y haciendo sonar el claxon.

Una fría ráfaga de viento me azotó la cara. El rojo y brillante flanco de *Christine* pasó a un metro de mí. Bajó temblando por el camino de salida y entró en la vía principal sin reducir la marcha, dando coletazos. Después se alejó sin dejar de acelerar.

Miré la nieve y pude ver las recientes huellas en zigzag sus neumáticos. No había pasado a más de veinte centímetros de mi portezuela abierta.

Leigh estaba llorando. Tiré de mi pierna izquierda con las manos para meterla en el coche, cerré la portezuela de golpe y abracé a la muchacha. Sus brazos me buscaron a ciegas y, después, jadeó, rígida a causa del pánico.

—No..., no era...

—Calla, Leigh. No te preocupes. No pienses en ello.

—¡No era Arnie quien conducía el coche! ¡Era una persona muerta! ¡Era una persona muerta!

—Era LeBay —expliqué.

Ahora que había ocurrido sentí una especie de tranquilidad irreal en vez de la reacción temblorosa y excitada que hubiese debido experimentar y

de un sentimiento de culpa por haber sido al fin descubierto con la chica de mi mejor amigo.

—Era él, Leigh. Acabas de conocer a Roland D. LeBay.

Leigh siguió llorando, desahogando su miedo y su impresión y su horror, apretándose a mí. Yo estaba contento de tenerla así. Sentía un dolor sordo en la pierna izquierda. Miré por el espejo retrovisor el lugar vacío donde había estado *Christine*. Ahora que había sucedido, me parecía que cualquier otra conclusión habría sido imposible.

La paz de las dos últimas semanas, la sencilla alegría de tener a Leigh a mi lado, todo esto parecía ser ahora lo irreal, lo falso..., tan falso como la guerra espuria entre la conquista de Polonia por Hitler y el arrollador ataque de la Wehrmacht contra Francia.

Y empezaba a ver el final de las cosas, tal como debía ser.

Me miró, y tenía húmedas las mejillas.

—¿Y ahora qué, Dennis? ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Terminar con ello.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

Hablando más para mí que para ella, dije:

—Él necesita una coartada. Tenemos que estar dispuestos cuando se vaya. El garaje. El de Darnell. Atraparé eso allí. Trataré de destruirlo.

—¿De qué estás hablando, Dennis?

—Él saldrá de la ciudad —dije—. ¿No lo ves? Todas las personas a quienes *Christine* mató..., forman un círculo alrededor de Arnie. Él lo sabrá. Él hará que Arnie salga de nuevo de la ciudad.

—¿Te refieres a LeBay?

Asentí con la cabeza y Leigh se estremeció.

—Tenemos que matarlo. Tú lo sabes.

—Pero ¿cómo?

Y al fin se me ocurrió una idea.

48. Preparativos

There's a killer on the road,

His brain is squirming like a toad...

THE DOORS

Dejé a Leigh en su casa y le dije que me llamase si veía a *Christine* rondando por allí.

—¿Y qué harías? ¿Venir con un lanzallamas?

—Con una bazooka —dije, y los dos nos echamos a reír histéricamente.

—¡Duro con el cincuenta y ocho! ¡Duro con el cincuenta y ocho! —gritó Leigh, y ambos reímos de nuevo, pero mientras reíamos, sentíamos un pánico que nos enloquecía a medias..., o quizá más que a medias.

Y mientras reíamos, sentía náuseas a causa de Arnie, por lo que él había visto y por lo que yo había hecho.

Y creo que Leigh sentía lo mismo. Es que a veces uno tiene que reír. Sin más ni más. Y cuando viene la risa, nada se puede hacer por sofocarla. Viene y hace su trabajo.

—¿Qué les diré a los míos? —preguntó ella, cuando al fin empezó a recobrase un poco—. ¡Tengo que decirles algo, Dennis! ¡No puedo dejar que se expongan a ser atropellados en la calle!

—Nada —le expliqué—. No les digas absolutamente nada.

—Pero...

—En primer lugar no te creerían. Además, nada va a ocurrir mientras Arnie esté en Libertyville. Apostaría mi vida en ello.

—Lo estás haciendo, tonto —murmuró.

—Lo sé. Mi vida, la de mi madre, la de mi padre, la de mi hermana.

—¿Cómo sabremos si se marcha?

—Yo me encargaré de esto. Mañana, te pondrás enferma. No irás a la escuela.

—Ahora estoy enferma —convino, con voz grave—. ¿Qué va a suceder, Dennis? ¿Qué estás tramando?

—Te llamaré más tarde, esta noche —le dije, y la besé.

Sus labios estaban fríos.

Cuando llegué a casa, Elaine se estaba poniendo el Anorak y lanzaba imprecaciones en voz baja contra los que enviaban a otros a casa de Tom en busca de leche y de pan, precisamente cuando iban a dar *Dance Fever* en la televisión. Iba a emprenderla también conmigo, pero se alegró cuando le ofrecí llevarla en mi coche al mercado en viaje de ida y vuelta. También me dirigió una mirada recelosa, como si esta inesperada gentileza para con la hermana menor pudiese significar el principio de alguna dolencia. Herpes, tal vez. Me preguntó si me sentía bien. Me limité a sonreír con indiferencia y a decirle que se decidiese antes de que cambiase de idea, aunque ahora me dolía la pierna derecha y empezaba a sentir unos furiosos latidos en la izquierda. Podía decirle una y otra vez a Leigh que *Christine* no haría de las suyas mientras Arnie estuviese en Libertyville, y sabía que lógicamente debía ser así... Pero esto no impedía que se me revolviesen instintivamente las tripas al pensar en Ellie caminando dos manzanas hasta el establecimiento de Tom y cruzando las callejas suburbanas en su brillante anorak amarillo.

Veía a *Christine* aparcada en una de aquellas calles, agazapada en la oscuridad como una perra vieja que acechase a un perro.

Cuando llegamos a *Tom's*, le di un pavo.

—Compra un *Yodel* y una *Coca-Cola* para cada uno —le ordené.

—Dennis, ¿de veras te encuentras bien?

—Sí. Y si te gastas el cambio en el juego de *Asteroides* te romperé un brazo.

Esto pareció tranquilizarla. Entró y yo me hundí en mi asiento detrás del volante de mi Duster, pensando en el terrible lío en que nos habíamos metido. No podíamos hablar con nadie, esto era lo peor. Y aquí estaba la fuerza de *Christine*. ¿Podía ir a ver a mi padre en su tienda de juguetes y decirle que lo que Ellie llamaba «el repelente viejo coche rojo de Arnie Cunningham» corría ahora por sí solo? ¿Podía llamar a la policía y explicarle que un muerto quería matarnos, a mi amiguita y a mí? No. Lo único que teníamos a nuestro favor, además de que el coche no podía moverse hasta que Arnie tuviese una coartada, era el hecho de que no quería que hubiese testigos: Moochie Welch, Don Vandenberg y Will Darnell habían sido muertos cuando estaban solos, a altas horas de la noche, Buddy Repperton y sus dos amigos habían sido muertos en las afueras.

Elaine volvió con una bolsa apretada sobre su pecho incipiente, subió y me dio mi *Coca-Cola* y mi *Yodel* .

—El cambio —le dije.

—Eres un tacaño —contestó, y depositó veintipico centavos en mi mano extendida.

—Lo sé, pero a pesar de todo te quiero —le dije.

Eché su capucha atrás, le revolví los cabellos y la besé en una oreja. Pareció sorprendida y recelosa, y después sonrió. Mi hermana Ellie no era mala. La idea de que la atropellasen en la calle por el mero hecho de que me enamorase de Leigh Cabot después de que Arnie se hubiese vuelto loco y la hubiese dejado... No, no dejaría que ocurriese.

Ya en mi casa, subí la escalera después de decirle «hola» a mamá. Esta quería saber cómo estaba mi pierna, y le contesté que muy bien. Pero, cuando estuve arriba, hice mi primera parada ante el botiquín del cuarto de baño. Me tragué un par de aspirinas por el bien de mis piernas, que se quejaban ahora a voz en grito. Después bajé al dormitorio de mis padres y me senté en la mecedora de mamá lanzando un suspiro.

Descolgué el teléfono e hice mi primera llamada.

—Dennis Guilder, azote del proyecto de prolongación de autopista —dijo efusivamente Brad Jeffries—. Me alegro de saber de ti, muchacho. ¿Cuándo vendrás para que veamos juntos a los Penguins?

—No lo sé —repuse—. Me canso pronto de ver a gente disminuida que juega a *hockey* . Si te interesase un buen equipo, como los Fleyers...

—¡Jesús! ¿Tengo que escuchar una cosa así de un chico que ni siquiera es mío? —preguntó Brad—. Sospecho que el mundo se va al infierno.

Charlamos un poco más de nimiedades y después le dije el motivo de mi llamada. Se echó a reír.

—¿Qué demonios es esto, Dennis? ¿Te vas a meter en negocios por tu cuenta?

—Podríamos llamarlo así —pensé en *Christine* —. Pero sólo por un tiempo limitado.

—¿No quieres hablar de ello?

—Bueno, todavía no. ¿Sabes de alguien que pudiese tener una cosa así para alquilar?

—Te diré, Dennis. Sólo conozco a un tipo que podría hacer tratos contigo a este respecto. Johnny Pomberton. Trabaja en la Ridge Road. Tiene más material rodante que píldoras para el hígado tiene Carter.

—Muy bien —convine—. Gracias, Brad.

—¿Cómo está Arnie?

—Supongo que bien. No le veo tanto como antes.

—Es un tipo raro, Dennis. Cuando le conocí pensé que ni en sueños podía esperar que durase todo el verano. Pero tiene una determinación endiablada.

—Sí —dije—. Esto y algo más.

—Dale recuerdos cuando le veas.

—Lo haré, Brad. Quédate tranquilo.

—Lo mismo te digo, Denny. Ven una noche y tomaremos unas latas de cerveza.

—Lo haré. Buenas noches.

—Buenas noches.

Colgué y vacilé delante del teléfono durante un minuto o dos no deseando en realidad hacer la otra llamada. Pero tenía que hacerlo, era esencial en todo aquel triste y estúpido asunto. Levanté el teléfono y marqué de memoria el número de los Cunningham. Si contestaba Arnie, colgaría simplemente sin decir nada. Pero tuve suerte y fue Michael quien contestó.

—¡Diga! —su voz sonaba cansada y un poco confusa.

—Michael, soy Dennis.

—¡Hola! —exclamó, visiblemente complacido.

—¿Está Arnie?

—Se encuentra arriba. Llegó de no sé dónde y se fue directamente a su habitación. Parecía bastante malhumorado, pero esto no es excepcional en estos días. ¿Quieres que le llame?

—No —dije—. Así está bien. En realidad, era contigo con quien quería hablar. Necesito que me hagas un favor.

—Desde luego. Dime de qué se trata —me di cuenta de que su voz, un poco estropajosa, se debía a que Michael Cunningham estaba, al menos, medio borracho—. Tú nos hiciste un gran favor al hacerle entrar en razón en lo tocante a la Universidad.

—Michael, no creo que me escuchase en absoluto.

—Entonces, tiene que haber ocurrido algo. Este mes ha presentado instancias a tres universidades. Regina piensa que camina sobre agua, Dennis. Y, sólo entre tú y yo te diré que está bastante avergonzada de la manera en que te trató cuando Arnie nos habló por primera vez de su coche. Pero ya conoces a Regina. Nunca ha sido capaz de decir «lo siento».

Lo sabía muy bien. Y me preguntaba lo que pensaría Regina si supiese que a Arnie —o a lo que controlaba a Arnie— la Universidad le importaba un bledo. Que lo único que hacía era seguir las pisadas de Leigh, acosarla obsesionado por ella. Era un cúmulo de perversiones. LeBay, Leigh y *Christine*, es un odioso *ménage à trois*.

—Escucha, Michael —le dije—. Quisiera que me llamasess si Arnie decide salir de la ciudad por alguna razón. Especialmente en los dos próximos días o para el fin de semana. De día o de noche. Tengo que saber si Arnie se marcha de Libertyville. Y tengo que saberlo antes de que lo haga. Es muy importante.

—¿Por qué?

—De momento preferiría no entrar en esto. Es complicado y podría..., bueno, podría parecer una locura.

Hubo un largo, larguísimo silencio, y cuando el padre de Arnie volvió a hablar, lo hizo casi en un murmullo.

—Es ese maldito coche, ¿verdad?

¿Qué sospechaba? ¿Cuánto sabía? Si era como la mayoría de la gente que yo conocía, probablemente sospechaba un poco más cuando estaba borracho que cuando estaba sereno. ¿Cuánto? Ni siquiera ahora lo sé de fijo. Pero creo que sospechaba más que nadie, tal vez a excepción de Will Darnell.

—Sí —dije—. Se trata del coche.

—Lo sabía —dijo con lentitud—. Lo sabía. ¿Qué sucede, Dennis? ¿Qué está haciendo él? ¿Lo sabes tú?

—No puedo decir nada más, Michael. ¿Me dirás si proyecta una excursión para mañana o pasado?

—Sí —respondió—. Sí, de acuerdo.

—Gracias.

—Dennis —siguió—, ¿piensas que lo recuperaré algún día?

Merecía que le dijese la verdad. Aquel pobre diablo era acreedor a la verdad.

—No lo sé —repuse, y me mordí el labio inferior hasta hacerme daño—. Pienso... que la cosa puede haber ido demasiado lejos.

—Dennis —casi gimió—. ¿Qué es? ¿Drogas? ¿Alguna clase de droga?

—Te lo diré cuando pueda —le respondí—. Es cuanto puedo prometerte, lo siento. Te lo diré cuando pueda.

Me resultó más fácil hablar con Johnny Pomberton. Era un hombre animado, parlanchín, y pronto desapareció mi temor de que no quisiera tratar con un muchacho. Tuve la impresión de que Johnny Pomberton habría hecho tratos con Satanás recién salido del infierno y oliendo todavía a brea, si este le hubiese hecho una proposición ilegal.

—Claro —decía una y otra vez—. Claro, claro.

Bastaba con que se iniciase alguna proposición para que Johnny Pomberton se mostrase de acuerdo con uno. Era un poco enervante. Yo había preparado una historia, pero no creo que le prestase la menor atención. Se limitó a darme un precio, un precio por cierto, muy razonable.

—Me parece bien —repliqué.

—Claro —convino él—. ¿A qué hora vendrás a buscarlo?

—Bueno, ¿qué le parece mañana a las nueve y media...?

—Claro —repitió—. Hasta entonces.

—Otra pregunta, señor Pomberton.

—Claro. Y llámame Johnny.

—Está bien, Johnny. ¿Qué me dices de un cambio de marchas automático?

Johnny Pomberton rió con fuerza, con tanta fuerza, que aparté un poco el auricular, con mal humor. Aquella risa bastaba ya como respuesta.

—¿En una de estas pequeñas? Estás de broma. ¿Por qué? ¿No puedes manejar una palanca corriente?

—Sí, esto me lo enseñaron —dije.

—¡Claro! No hay problema, ¿eh?

—Supongo que no —contesté, pensando en mi pierna izquierda, que cuidaría del embrague... o trataría de hacerlo.

El mero hecho de doblarla un poco esta noche me había producido un dolor infernal. Confié en que Arnie esperase unos días a salir de la ciudad. Pero no creía que esto estuviese prefijado. Podría ser mañana o el fin de semana como máximo, y mi pierna izquierda tendría sencillamente que aguantar lo mejor que pudiese.

—Bueno, buenas noches, señor Pomberton. Hasta mañana.

—Claro. Gracias por llamar, muchacho. He comprendido perfectamente lo que quieres. Ella te gustará, ya lo verás. Y si no empiezas a llamarme Johnny, te doblaré el precio.

—Claro —dije, y colgué sin esperar a que acabase de reír. «Ella te gustará, ya lo verás».

Otra vez ella... Empezaba a darme morbosamente cuenta de esta forma casual de referencia... y me ponía realmente enfermo.

Entonces hice mi última llamada preparatoria. Había cuatro Sykes en la guía telefónica. Encontré el que buscaba a mi segundo intento, el propio Jimmy se puso al aparato. Me presenté como amigo de Arnie Cunningham y la voz de Jimmy se animó. Apreciaba a Arnie, que casi nunca le incordiaba y nunca le atizaba, como había hecho Buddy Repperton cuando este trabajaba para Will. Me preguntó como estaba Arnie, y, mintiendo una vez más, le dije que Arnie estaba bien.

—Me alegro —contestó—. Realmente, lo pasó allí bastante mal durante un tiempo. Yo sabía que las drogas y los cigarrillos no eran buenos para él.

—Precisamente te llamo en interés de Arnie —le expliqué—. ¿Recuerdas cuando detuvieron a Will y precintaron el garaje, Jimmy?

—Claro que lo recuerdo —suspiró Jimmy—. Ahora el pobre viejo Will está muerto y yo me he quedado sin trabajo. Mi madre no para de decirme que tendría que ir a la escuela de formación profesional, pero no creo que sirviese para esto. Creo que trataré de que me den un cargo de bedel o algo parecido. Mi tío Fred es bedel de la Universidad y dice que existe una oportunidad, porque el otro bedel desapareció, se largó o algo así, y...

—Arnie dice que cuando cerraron el garaje perdió su caja de herramientas —le interrumpí—. Estaba detrás de uno de aquellos viejos neumáticos, ya sabes, en los estantes de arriba, la había puesto allí para que nadie se la robase.

—¿Y sigue allí? —preguntó Jimmy.

—Supongo que sí.

—¡Qué imbecilidad!

—Bueno, aquel juego de herramientas valía un centenar de dólares.

—¡Santo Dios! Apuesto a que ya ha desaparecido. Apuesto a que alguno de los polizontes se quedaría con él.

—Arnie piensa que pueden estar todavía allí. Pero no puede acercarse al garaje debido a la situación en que se encuentra.

Esto era una mentira, pero no pensé que Jimmy lo advirtiera, y no lo advirtió. Sin embargo, el hecho de engañar a un tipo a quien le faltaba poco para ser retrasado mental no añadió gran cosa al respeto que sentía por mi mismo.

—¡Vaya una mierda! Bueno, escucha, iré allá abajo y las sacaré. ¡Sí, señor! Será lo primero que haga mañana por la mañana. Todavía conservo las llaves.

Lancé un suspiro de alivio. Lo que yo quería no era el mítico juego de herramientas de Arnie, sino las llaves de Jimmy.

—Quisiera coger yo las herramientas, Jimmy. Para darle una sorpresa. Y sé exactamente dónde las puso. Tú estarías quizá todo el día rondando por allí sin encontrarlas.

—¡Oh, sí, desde luego! Will decía que nunca encontraba nada. Decía que era incapaz de encontrar mi propio trasero con ambas manos y una linterna.

—Bueno, hombre, esto lo decía sólo para rebajarte. Pero, en realidad, me gustaría hacer esto yo mismo.

—Está bien.

—Pensé que podría ir a verte mañana para que me diceses las llaves. Así podría coger las herramientas y devolverte las llaves antes del anochecer.

—Pues..., no sé. Will decía que no debía prestar nunca mis llaves...

—Claro, pero esto era antes, ahora no hay nada en el lugar, salvo las herramientas de Arnie y un montón de chatarra en el fondo del local. Este será muy pronto sacado a subasta pública, con todo su contenido, y si tomase las herramientas después de esto, podrían acusarme de hurto.

—¡Oh! Bueno, supongo que no hay inconveniente si me devuelves las llaves —y entonces dijo algo absurdamente conmovedor—: Mira, es el único recuerdo que me queda de Will.

—Te lo prometo.

—Está bien —contestó—. Si es por Arnie, supongo que esta bien.

Antes de acostarme hice una última llamada, ahora desde de la planta baja. Llamé a Leigh, que parecía soñolienta.

—Una de las noches próximas pondremos fin al asunto. ¿Me ayudarás?

—Sí —dijo ella—. Creo que sí. ¿Qué has proyectado, Dennis?

Se lo dije, paso a paso, casi esperando que ella encontrara una docena de pegas en mi proyecto. Pero, cuando hube terminado, dijo simplemente:

—¿Qué pasará si no funciona?

—Puedes empezar a tocar el tambor. No creo que haga falta que te lo describa.

—No —dijo—. Supongo que no.

—Te mantendría fuera de esto si pudiese —le dije—. Pero LeBay sospechará una trampa, por tanto, el cebo tiene que ser muy bueno.

—No permitiría que hicieses nada sin mí —dijo ella, con voz firme—. Esto también me atañe. Yo le quise. Le quise de veras. Y cuando se empieza a querer a alguien... creo que nunca se olvida realmente del todo. ¿No opinas así, Dennis?

Pensé en aquellos años. En los veranos de lectura y de natación y de jugar a cosas: *Monopoly*, *Scrabble*, damas chinas. Las granjas de hormigas. Las veces que había evitado que le matase, en una de las muchas maneras con que los niños suelen matar al advenedizo, al que es un extraño, que está un poco fuera de lugar. Había habido veces en que me harté bastante de velar por él, en que me había preguntado si mi vida no sería más fácil o mejor si soltaba a Arnie y dejaba que se ahogase. Pero no habría sido mejor. Había necesitado a Arnie para que se mejorase, y él lo había hecho. Nos habíamos portado lealmente a lo largo del camino, y, ¡caray!, esto era muy amargo, malditamente amargo.

—No —dije, y de pronto tuve que taparme los ojos con la mano—. No creo que pudieses. Yo también le quise. Quizá no sea aún demasiado tarde para él.

Así es como habría yo rezado: *Dios mío, haz que impida una vez más que Arnie muera. Te lo pido por última vez .*

—No es él la persona a quien odio —contestó ella, con voz grave—. Es aquel hombre, LeBay... ¿Vimos, realmente, aquella cosa esta tarde, Dennis? En el coche...

—Sí —dije—. Creo que la vimos.

—Él y el maldito *Christine* —convino ella—. ¿Será pronto?

—Pronto, sí. Creo que sí.

—Está bien. Te amo, Dennis.

—Yo también te amo.

En realidad, terminó el día siguiente, viernes 19 de Enero.

49. Arnie

I was cruising in my Stingray late one night
When an XKE pulled up on the right,
He rolled down the window of his shiny new Jag
And challenged me then and there to a drag.
I said "You're on, buddy, my mill's runnin fine,
Let's come off the line at Sunset and Vine,
But I'll go you one better (if you got the nerve):
Let's race all the way...
to Deadman's Curve."

JAN AND DEAN

Empecé la larga y terrible jornada dirigiéndome a la casa de Jimmy Sykes en mi Duster. Había esperado que surgiese alguna dificultad por parte de la madre de Jimmy pero todo marchó bien. La mujer era, incluso, mentalmente más lenta que su hijo. Me invitó a huevos con tocino (que rehusé, pues tenía un nudo en el estómago) y me compadeció por mis muletas, mientras Jimmy buscaba el llavero en su habitación. Charlé de cosas insustanciales con la señora Sykes, que tenía, aproximadamente, el tamaño del monte Etna, mientras pasaba el tiempo y me invadía una terrible certidumbre: Jimmy había perdido sus llaves y todo se iría al garete antes de empezar.

Volvió sacudiendo la cabeza.

—No puedo encontrarlas —explicó—. ¡Caray! Supongo que debí perderlas en alguna parte. ¡Qué estupidez!

Y la señora Sykes, con sus casi trescientas libras de peso, su bata descolorida y sus cabellos enrollados en gruesos rulos de color de rosa, dijo en un tono práctico que me supo a gloria:

—¿Has mirado en tus bolsillos, Jim?

Una expresión sorprendida se pintó en el semblante de Jimmy. Metió una mano en el bolsillo de su pantalón verde de trabajo. Después, con un guiño descarado, sacó un manojito de llaves. Pendían de un llavero de los

que vendían en la tienda de novedades del Monroeville Mall: un gran huevo frito de goma. El huevo estaba sucio de grasa.

—Aquí estáis, mamonas —dijo.

—Cuida tu lenguaje, jovencito —pidió la señora Sykes—. Enséñale a Dennis la llave que abre la puerta y guarda tu sucio lenguaje en la cabeza.

Jimmy acabó por tenderme tres llaves *Schlage*, porque no estaban rotuladas y no sabía cuál de ellas servía para qué. Una abría la puerta principal, la otra, la puerta de atrás, que daba a la larga nave donde estaban los coches arruinados, y otra, la puerta del despacho de Will.

—Gracias —le dije—. Te las devolveré lo antes que pueda, Jimmy.

—Estupendo —repuso Jimmy—. Saluda a Arnie de mi parte cuando le veas.

—Lo haré —convine.

—¿Seguro que no quieres huevos con tocino, Dennis? —preguntó la señora Sykes—. Hay de sobra.

—Gracias —contesté—, pero tengo que marcharme.

Eran las ocho y cuarto, la clase empezaba a las nueve. Leigh me había dicho que Arnie solía llegar a eso de las nueve menos cuarto. Tenía el tiempo justo. Me apoyé en mis muletas y me puse en pie.

—Ayúdale a salir, Jim —ordenó la señora Sykes—. No te quedes ahí plantado.

Iba a protestar, pero ella me atajó con un ademán.

—No quisiera que te cayeses al volver al coche, Dennis. Podrías romperte de nuevo la pierna.

Soltó una fuerte carcajada, y Jimmy, que era la obediencia en persona, me llevó, prácticamente, a cuestas hasta mi Duster.

Aquel día el cielo estaba espumoso, de un gris quebradizo y la radio anunciaba más nieve para última hora de la tarde. Crucé la ciudad hacia Libertyville High, tome el paseo que conducía a la zona de aparcamiento de los estudiantes y aparqué en primera fila. No necesitaba que Leigh me dijese que Arnie solía hacerlo en la fila de atrás.

Tenía que verle, tenía que ponerle el cebo delante de las narices, pero quería que, cuando lo hiciese, él estuviera lo más lejos posible de *Christine*. Parecía que, lejos del coche, LeBay tenía menos poder.

Permanecí sentado, con la llave conectada en ACCESORIOS, para poder oír la radio, y contemplé el campo de fútbol americano.

Parecía imposible que hubiese vendido bocadillos con Arnie en aquellas gradas cubiertas de nieve. Imposible creer que había corrido y hecho cabriolas en aquel campo, con suéter almohadillado, casco y pantalones ajustados, estúpidamente convencido de mi invulnerabilidad física... o incluso, tal vez, de mi inmortalidad.

Pero ya no sentía nada de esto, si es que lo había sentido alguna vez.

Llegaban estudiantes, aparcaban sus coches y se dirigían al edificio, charlando y riendo y haciendo el ganso. Me hundí más en mi asiento, pues no quería que me reconociesen. Un autocar se detuvo ante la puerta en el paseo principal y vomitó su carga de chiquillos. Un grupito de temblorosos muchachos y muchachas se reunió en el humeante sector donde Repperton la había emprendido con Arnie aquel día del pasado otoño. Aquel día me parecía también inverosímilmente lejano.

El corazón palpitaba en mi pecho y me sentía lamentablemente tenso. Mi parte más pusilánime confiaba en que Arnie no se presentaría. Y entonces vi el conocido bulto rojo y blanco de *Christine* llegando de School Street y enfilando el paseo de los estudiantes, a una marcha regular de treinta por hora y expulsando una pequeña voluta de humo blanco por el tubo de escape. Arnie estaba detrás del volante, vistiendo su chaqueta de colegial. No me miró, se limitó a conducir el coche hasta su lugar acostumbrado en la zona y aparcó.

«Quédate agazapado y ni siquiera te verá —murmuró aquella parte pusilánime y taimada de mi mente—. Pasará por tu lado, como todos los demás».

Pero, en vez de esto, abrí la portezuela y saqué mis muletas. Apoyándome en ellas, salí a mi vez y me quedé plantado sobre la nieve apisonada del aparcamiento sintiéndome un poco como Fred McMurray en la vieja película *Perdición*. Sonó en el colegio el tañido de la primera campanada, debilitado y empequeñecido por la distancia. Arnie llegaba más tarde que en los viejos tiempos. Mi madre había dicho que Arnie era de una puntualidad casi repelente. Tal vez LeBay no lo había sido.

Avanzó en mi dirección, con los libros bajo el brazo, gacha la cabeza, serpenteando entre los coches. Pasó por detrás de una furgoneta, ocultándose momentáneamente a mi vista y apareciendo de nuevo en mi campo visual.

Entonces levantó la cabeza y me miró a los ojos.

Abrió mucho los suyos y dio automáticamente media vuelta en dirección a *Christine* .

—¿Tienes la impresión de estar desnudo cuando no estás detrás del volante? —le pregunte.

Volvió a mirarme. Sus labios se torcieron ligeramente hacia abajo, como si hubiese gustado algo de sabor salado.

—¿Cómo está tu coño, Dennis? —me preguntó.

George LeBay no lo había dicho, pero había dado a entender que su hermano tenía una habilidad extraordinaria en encontrar el punto flaco de la gente.

Di dos pasos vacilantes con ayuda de mis muletas, mientras él permanecía plantado allí, con una sonrisa en las comisuras de sus labios torcidos hacia abajo.

—¿Te gustó cuando Repperton te llamó Caracoño? —le pregunté—. ¿Tanto te gustó que quieres dedicar la misma expresión a otra persona?

Una parte de él pareció flaquear al oír esto —algo que quizás estaba sólo en sus ojos— pero la sonrisa desdeñosa y alerta permaneció en sus labios. Hacía frío. No me había puesto los guantes, y mis manos, apoyadas en los travesaños de las muletas, se estaban entumeciendo. Nuestro aliento se convertía en nubecillas de vapor.

—¿O cuando, en el quinto curso, Tommy Deckinger solía llamarte Aliento de Pedo? —pregunté, alzando la voz. Enfadarme con él no había estado en mi proyecto, pero ahora sentía este enfado, bullendo en mi interior—. ¿Te gustaba? ¿Y te acuerdas de cuando Ladd Smythe estaba de vigilancia y te empujó en la calle, y yo le quité la gorra y la metí en sus pantalones? ¿Estás en las nubes, Arnie? LeBay siempre llega tarde. Yo, yo estaba siempre a tu lado.

Vaciló de nuevo. Esta vez se volvió a medias, extinguida su sonrisa, buscando a *Christine* con los ojos, como se busca a la persona amada en una atestada terminal o en una parada de autobús. O como busca un drogadicto a su proveedor.

—¿Tanto necesitas a *Christine* ? —le pregunté—. Caíste en la maldita trampa, ¿no?

—No sé de qué estás hablando —replicó con voz ronca—. Me quitaste la novia. Esto nada puede cambiarlo. Maniobraste a espaldas mías..., me engañaste..., no eres más que un cagón, como todos los demás —ahora me miraba con los ojos muy abiertos, dolidos y echando chispas de furor—. Pensé que podía confiar en ti, ¡y resultó que eras peor que

Repperton o que cualquiera de ellos! —dio un paso adelante y gritó con la furia de los perdedores—. ¡Me la robaste, cagón!

Yo avancé también otro paso con mis muletas, una de estas resbaló un poco sobre la nieve compacta. Éramos como dos pistoleros renuentes, acercándose el uno al otro.

—No se puede robar lo que se ha tirado —dije.

—¿De qué estás hablando?

—De la noche en que ella estuvo a punto de ahogarse en tu coche. La noche en que *Christine* trató de matarla. Tú la mandaste al diablo.

—¡No lo hice! ¡Es mentira! ¡Una asquerosa mentira!

—¿Con quién estoy hablando? —le pregunté.

—¡Déjalo! —Sus ojos grises parecían enormes detrás de las gafas—. ¡No importa con quién estés hablando! ¡Esto no es más que una sucia mentira! ¡Lo que podía esperar de esa perra apestosa!

Se acercó otro paso. Su pálido semblante estaba ahora teñido de fuertes manchas rojas.

—Cuando escribes tu nombre, ya no parece tu firma, Arnie.

—Cállate, Dennis.

—Tu padre dice que es como si tuviese un extraño en su casa.

—Cuidado con lo que dices, hombre.

—No te preocupes —dije, con brutalidad—. Sé lo que va a pasar. Y también lo sabe Leigh. Lo mismo que les paso a Buddy Repperton y a Will Darnell y a todos los demás. Porque tú ya no eres Arnie. ¿Estás ahí, LeBay? Sal y deja que te vea. Te he visto otras veces. Te vi en la víspera de Año Nuevo, te vi ayer en la pollería. Sé que estás ahí. ¿Por qué no dejas de hacer el imbécil y sales de una vez?

Y lo hizo..., pero esta vez en la cara de Arnie, y fue más terrible que todas las calaveras y todos los esqueletos y todos los horrores de historietas terroríficas que jamás habría podido imaginar. La cara de Arnie cambió. Una sonrisa burlona se pintó en sus labios, como una rosa mustia. Y le vi como debió haber sido tiempo atrás, cuando el mundo era joven y un coche era todo lo que un joven necesitaba tener, todo lo demás vendría automáticamente después. Vi al hermano mayor de George LeBay.

«Sólo recuerdo una cosa acerca de él, pero la recuerdo muy bien. Su furia. Siempre estaba furioso».

Vino hacia mí, acortando la distancia entre el sitio donde había estado y aquel en que me hallaba yo apoyado en mis muletas. Tenía los ojos nublados e inalcanzables. La sonrisa burlona seguía en su cara como una marca estampada con un hierro al rojo.

Tuve tiempo de pensar en la cicatriz del antebrazo de George LeBay, que llegaba del codo a la muñeca «Me empujó y después volvió y me tiró al suelo». Me pareció oír a aquel LeBay de catorce años que gritaba: «Apártate de mi camino de ahora en adelante, maldito mocoso, apártate de mi camino, ¿lo oyes?».

Ahora me enfrentaba con LeBay, y este no era un hombre que se resignase fácilmente a perder. Adviertan esto: no se resignaba en absoluto a perder.

—Lucha contra él, Arnie —dije—. Lleva demasiado tiempo haciendo lo que quiere. Lucha, mátales, haz que siga m...

Lanzó una patada a mi muleta derecha y la hizo caer al suelo. Hice un esfuerzo por mantenerme en pie, vacilé, casi lo conseguí..., y entonces me quitó la muleta izquierda de otra patada. Caí sobre la fría nieve comprimida. Dio otro paso y se irguió encima de mi, duro y extraño el semblante.

—Te lo buscaste y lo tendrás —dijo con voz remota.

—Sí, ya sé —jadeé—. ¿Recuerdas las granjas de hormigas, Arnie? ¿Estás ahí, en alguna parte? Este sucio mamón nunca tuvo una maldita granja de hormigas en su vida. Nunca tuvo un amigo en su vida.

Y de pronto se rompió aquella dureza quieta. Su cara... su cara empezó a dar vueltas. No sé describirlo de otra manera LeBay estaba allí, furioso por tener que dominar una especie de motín interno. Después estaba allí Arnie, macilento, cansado, avergonzado, pero, sobre todo, desesperadamente afligido. Después apareció de nuevo LeBay y echó un pie atrás para golpearme mientras yo yacía sobre la nieve buscando a tientas mis muletas y sintiéndome impotente, inútil y pasmado. Y después volvió a ser Arnie, mi amigo Arnie, apartándose los cabellos de la frente con aquel conocido y distraído ademán, volvió a ser Arnie que decía:

—Oh, Dennis..., Dennis..., lo siento..., lo siento.

—Demasiado tarde para sentirlo, hombre —dije.

Cogí una muleta y después la otra. Me levanté poco a poco resbalando dos veces antes de poder apoyarme a aquéllas. Ahora mis manos

parecían de madera. Arnie no hizo el menor movimiento para ayudarme, permaneció apoyado de espaldas en el coche, muy abiertos y aturridos los ojos.

—No puedo impedirlo, Dennis —murmuró—. A veces tengo la impresión de no estar en mí. Ayúdame, Dennis. Ayúdame.

—¿Está LeBay? —le pregunté.

—Siempre está aquí —gimió Arnie—. ¡Dios mío, siempre! Salvo...

—¿El coche?

—Cuando *Christine* ..., cuando *Christine* rueda, entonces está allí. Son los únicos momentos en que él..., él...

Arnie calló. Su cabeza se dobló a un lado. Su barbilla rodó sobre su pecho, blandamente. Sus cabellos pendieron como atraídos por la nieve. Brotaron babas de su boca salpicándole las botas. Y entonces empezó a gritar débilmente y a golpear con los puños enguantados la furgoneta que tenía detrás:

—¡Vete! ¡Vete! ¡Veteeeeee!

Después no ocurrió nada durante unos cinco segundos nada, salvo el estremecimiento de su cuerpo, como si una cesta de serpientes se hubiese vertido dentro de su ropa: nada, salvo aquel lento y horrible movimiento de su barbilla sobre el pecho.

Pensé que tal vez estaba triunfando, que estaba derrotando al viejo y sucio hijo de perra. Pero cuando levantó la cabeza, Arnie se había ido. LeBay estaba allí.

—Todo ocurrirá como yo dije —me explicó LeBay—. Déjalo correr, muchacho. Tal vez no te atropellaré.

—Ven esta noche al garaje de Darnell —le dije. Mi voz era ronca y mi garganta estaba seca como arena—. Jugaremos. Llevaré a Leigh. Lleva tú a *Christine*.

—Yo escogeré la hora y el lugar —siguió LeBay, y sonrió con la boca de Arnie, mostrando los dientes de Arnie que eran jóvenes y fuertes, una boca que todavía tardaría años en necesitar dientes postizos—. No sabrás dónde ni cuándo. Pero lo sabrás... cuando llegue el momento.

—Piénsalo bien —proseguí, como sin darle importancia—. Ven esta noche al garaje de Darnell, o ella y yo empezaremos a hablar mañana.

Se echó a reír, en tono cruel y desdeñoso.

—¿Y qué sacaréis con eso? ¿Que os lleven al manicomio de Reed City?

—Bueno, al principio no nos tomarán en serio —dije—, lo admito. Pero eso de que te metan en el manicomio en cuanto empiezas a hablar de fantasmas y demonios... ¡Bah! Tal vez en tus tiempos sí, LeBay, antes de los platillos volantes y de *El exorcista* y de la casa de *Amityville* ^[2]. Actualmente muchísimas personas creen en estas cosas.

Él seguía sonriendo, pero sus ojos me miraban con recelo. Y creo que con algo más, y que este algo más era un primer destello de miedo.

—Pareces no darte cuenta de cuántas personas saben que algo anda mal.

Su sonrisa vaciló. Desde luego tenía que haberse dado cuenta de esto y, sin duda, le había preocupado. Pero tal vez la acción de matar llega a ser una obsesión, quizá, después de un tiempo, uno es sencillamente incapaz de dejar de hacerlo y de calcular el coste.

—Todo lo que queda de tu fantástica y asquerosa vida está integrado en aquel coche —expliqué—. Tú lo sabías, y proyectaste valerte de Arnie desde el principio..., aunque la palabra «proyectaste» es inadecuada, pues, en realidad, nunca proyectaste nada, ¿verdad? Sólo seguiste tu intuición.

Lanzó un gruñido y se volvió para marcharse.

—En realidad, no quieres pensar en ello —le grité—. El padre de Arnie sabe que algo huele a podrido. Y también el mío. Supongo que habrá en alguna parte un policía dispuesto a escuchar cualquier cosa referente a la manera en que murió su amigo Junkins. Y todo lleva a *Christine*, *Christine*, *Christine*. Más pronto o más tarde, alguien la llevará a la máquina trituradora de detrás del garaje de Darnell aunque sólo sea por cuestión de principio.

Él se había vuelto de nuevo y me estaba mirando con una clara mezcla de odio y miedo en sus ojos.

—Seguiremos hablando y mucha gente se reirá de nosotros, lo sé. Pero tengo dos muestras con la firma de Arnie en ellas. Pero una de ellas no es suya. Es tuya. Las llevaré a los policías del Estado y les incordiaré hasta que llame a un perito calígrafo para que lo confirme. Entonces empezarán a vigilar a Arnie. Y también empezarán a vigilar a *Christine*. ¿Te lo imaginas?

—No me inquietas en absoluto, hijito.

Pero sus ojos decían algo diferente. Me estaba haciendo con él.

—Ocurrirá —le dije—. La gente sólo es superficialmente racional. Todavía arrojan sal por encima del hombro izquierdo si vuelcan el salero, no pasan por debajo de escaleras, creen en la vida después de la muerte. Más pronto o más tarde —probablemente más pronto, con el alboroto que armaremos Leigh y yo—, alguien convertirá tu automóvil en una lata de sardinas. Y apuesto que cuando acaben con él acabarán también contigo.

—¡No te hagas ilusiones! —se burló.

—Nosotros estaremos esta noche en el garaje de Darnell —le dije—. Si eres inteligente, podrás librarte de los dos. Esto no sería suficiente, pero te daría un respiro..., el tiempo necesario para salir de la ciudad. Pero no creo que seas lo bastante listo, amigo. Esto ha durado demasiado. Vamos a acabar contigo.

Volví a mi Duster y subí a él. Empleé las muletas con más torpeza de lo que solía, tratando de aparecer más impedido de lo que en realidad estaba. Le había hecho vacilar al mencionar lo de las firmas, pero tenía que marcharme antes de pasarme de la raya. Sin embargo, aún faltaba una cosa. Una cosa que con toda seguridad pondría frenético a LeBay.

Metí la pierna izquierda en el coche con ayuda de las manos, cerré de golpe la portezuela y me asomé al exterior.

Le miré a los ojos y sonreí.

—Ella es magnífica en la cama —dije—. Lástima que nunca podrás saberlo.

Lanzó un furioso rugido y se abalanzó hacia mí. Cerré la ventanilla y coloqué el seguro de la portezuela. Después, tranquilamente, puse el motor en marcha mientras él golpeaba el cristal con sus puños enguantados. Su rostro estaba contraído por una mueca terrible. Nada había de Arnie en él. Nada en absoluto. Mi amigo había desaparecido. Sentí un lúgubre pesar más profundo que las lágrimas o el miedo, pero conservé aquella lenta, insultante y cruel sonrisa en mi semblante. Después, muy despacio, apliqué el dedo medio sobre el cristal.

—Jódete, LeBay —dije, y arranqué, dejándole plantado casi, temblando con aquella furia elemental e implacable que me había hablado su hermano.

Era esto, más que cualquier otra cosa, lo que confiaba que le haría venir por la noche.

Ya veríamos.

50. *Petunia*

Something warm was running in my eyes

But I found my baby somehow that night,

I held her tight, I kissed her our last kiss...

J. FRANK WILSON AND THE CAVALIERS

Recorrí unas cuatro manzanas antes de que se produjese la reacción, y entonces tuve que detenerme. Sentía fuertes escalofríos. Ni siquiera la calefacción, puesta al máximo, podía mitigarlos. Respiraba en roncros y breves jadeos. Apretaba los brazos cruzados sobre el pecho para entrar en calor, pero tenía la impresión de que este no volvería nunca, nunca. Aquella cara, aquella cara horrible, y Arnie enterrado allí, en alguna parte, «él siempre está aquí», había dicho Arnie, siempre, salvo cuando... ¿Qué? Cuando *Christine* rodaba por sí solo, desde luego. LeBay no podía estar en dos sitios al mismo tiempo. Sus facultades no llegaban a tanto.

Por fin pude conducir de nuevo, y no me di cuenta de que había estado llorando hasta que me miré en el espejo retrovisor y vi círculos húmedos debajo de mis ojos.

Eran las nueve y cuarto cuando llegué a la casa de Johnny Pomberton. Era este un hombre alto y de anchos hombros, vestía una gruesa cazadora a cuadros rojos y negros, y botas verdes de caucho. Había echado atrás el viejo sombrero de ala ennegrecida por la grasa sobre su un tanto calva cabeza, para contemplar el cielo gris.

—La radio dice que volverá a nevar. No sé lo que te propones en realidad, muchacho, pero lo he traído por si acaso. ¿Qué te parece?

Me apoyé una vez más en mis muletas y salí de mi coche. La sal de la carretera crujió bajo las conteras de goma de las muletas, pero pude andar con seguridad. Delante del montón de leña de Johnny Pomberton se hallaba uno de los vehículos más extraños que había visto en mi vida. Un débil pero penetrante olor, no exactamente agradable, flotaba a su alrededor.

En unos tiempos sin duda lejanos había sido producido por GM, o al menos así lo indicaba la marca estampada en el morro gigantesco. Ahora podía tener un poco de todo. Pero una cosa era segura: era muy grande. La cima del radiador estaba a la altura de la cabeza de un hombre alto. Detrás y por encima de él, la cabina parecía un gran casco cuadrado. Y detrás de ella, sostenido por dos juegos de ruedas dobles a

cada lado, veíase un largo cuerpo tubular, parecido al de un camión-cuba de gasolina.

Aunque nunca había visto uno de estos camiones pintado de rosa brillante. La palabra *Petunia* aparecía pintada en el costado con letras góticas de más de medio metro de altura.

—No sé qué pensar de él —expliqué—. ¿Qué es?

Pomberton se llevó un cigarrillo *Camel* a la boca y lo encendió después de rascar con la dura uña del pulgar la cabeza de un fósforo de madera.

—Un chupador de caca —dijo.

—¿Qué?

El otro sonrió.

—Ochenta y pico mil litros de capacidad —dijo—. *Petunia* no se anda con chiquitas.

—No comprendo.

Pero empezaba a comprender. Había en ello una absurda y terrible ironía que Arnie, el viejo Arnie, habría apreciado.

Yo había preguntado por teléfono a Pomberton si tenía un camión grande y pesado para alquilar, este era el mayor que tenía ahora en su patio. Sus cuatro camiones volquetes estaban trabajando, dos en Libertyville y los otros dos en Philly Hill. Tenía una apisonadora, me explicó, pero se había averiado precisamente después de Navidad.

Dijo que le costaba Dios y ayuda mantener sus camiones en funcionamiento desde el cierre del garaje de Darnell.

Petunia era esencialmente un camión-cuba, ni más ni menos. Su función era bombear las fosas sépticas.

—¿Cuánto pesa? —pregunté a Pomberton.

Arrojó su cigarrillo.

—¿Vacío, o cargado de mierda?

Tragué saliva.

—¿Cómo está ahora?

Echó la cabeza atrás y prorrumpió en una carcajada.

—¿Crees que alquilaría un camión cargado? —pronunció un camión cagado—. No, no, está limpio y seco como un hueso, limpiado todo él a manguerazos. Claro que sí. Aunque todavía huele un poco, ¿no?

Olí. Todavía apestaba bastante.

—Podría ser mucho peor —convine—. Supongo.

—Claro —dijo Pomberton—. Puedes jugarte en ello la cabeza. Los datos de origen de *Petunia* se perdieron hace tiempo, pero actualmente consta registrado con un peso de cuatro mil kilos de tara.

—¿Qué significa esto?

—El peso bruto del vehículo —explicó—. Si te pillan en una carretera nacional, pesa más de nueve mil, los de la Comisión Interestatal pueden ponerse nerviosos. Descargado supongo que pesará, no sé..., cuatro o cinco mil kilos. Tiene cinco velocidades con un diferencial de dos, lo cual te da un total de diez..., si es que puedes con el embrague.

Eché una mirada dudosa a mis muletas y encendió otro cigarrillo.

—¿Puedes accionar el embrague?

—Desde luego —dije, poniendo cara de palo—. Si no es muy duro.

Pero ¿por cuánto tiempo? Esta era la cuestión.

—Bueno, esto es asunto tuyo y no voy a entretenerme —me miró fijamente—. Te haré un descuento del diez por ciento si me pagas en metálico, habida cuenta de que no suelo informar a mi querido tío de las transacciones en contado.

Busqué en mi cartera y encontré cuatro billetes de veinte dólares y cuatro de diez.

—¿Cuánto dijiste que era el alquiler de un día?

—¿Te parece bien noventa pavos?

Se los di. Estaba dispuesto a pagar ciento veinte.

—¿Qué vas a hacer con tu Duster?

Ni siquiera había pensado en ello.

—¿Podría dejarlo aquí? Sólo por un día.

—Claro —repuso Pomberton—. Por mí, me da igual que lo dejes toda la semana. Ponlo en la parte de atrás y deja las llaves por si tengo que cambiarlo de sitio.

Llevé el coche a la parte de atrás, donde trozos de camiones destrozados asomaban en la gruesa capa de nieve como los huesos en arena blanca. Tardé casi diez minutos en volver con mis muletas. Hubiese podido hacerlo más de prisa forzando un poco la pierna izquierda, pero esto no me convenía. Quería reservarla para el embrague de *Petunia* .

Me acerqué a *Petunia* , sintiendo que el miedo se condensaba en mi estómago como una negra nubecilla. No tenía la menor duda de que detendría a *Christine ...*, si aparecía realmente esta noche en el garaje de Darnell y yo podía manejar el maldito camión. En mi vida había conducido algo tan grande, aunque el verano pasado había estado unas horas manejando una excavadora y Brad Jeffries me había dejado probar con el camión pesado un par de veces, después de terminada la jornada.

Pomberton estaba plantado allí con su chaqueta a cuadros, embutidas las manos en los bolsillos de su pantalón de trabajo y observándome con ojos de experto. Me acerqué a la portezuela del conductor, agarré el tirador y resbalé un poco. Él dio dos pasos en mi dirección.

—¿Puedo? —le dije.

—Claro —replicó él.

Afirmé de nuevo la muleta debajo del sobaco, respirando de prisa y helándose mi aliento, y abrí la portezuela. Asiendo la manija interior con la mano izquierda y apoyándome en la pierna izquierda como una cigüeña, arrojé las muletas dentro de la cabina y las seguí. Las llaves estaban en el contacto y la disposición de las marchas aparecían grabadas en la palanca. Cerré de golpe la portezuela, apreté el pedal del embrague con el pie izquierdo —no me dolió mucho, a Dios gracias— y puse en marcha el motor.

Este sonó como una manada de bueyes mugidores en Philly Plains.

Pomberton se acercó.

—Un poco ruidoso, ¿no? —gritó.

—¡En efecto! —chillé yo.

—Mira —vociferó—, dudo mucho de que llesves una I en tu permiso de conducir.

Una I en el permiso de conducir significa que el Estado le había examinado a uno y autorizado a conducir grandes camiones. Yo tenía una A que me permitía conducir motocicletas (para espanto de mi madre), pero no una I.

Le hice un guiño.

—No lo comprobaste porque te parecí digno de confianza.

Sonrió.

—Claro.

Aceleré un poco el motor. *Petunia* soltó un par de estampidos por el tubo de escape, casi tan fuertes como detonaciones de mortero.

—¿Te importa que te pregunte para qué quieres este camión? Aunque ya sé que no es de mi incumbencia.

—Precisamente para lo que está destinado —dije.

—¿Cómo?

—Para quitar un poco de mierda —concluí.

Estaba un poco asustado al rodar cuesta abajo desde la casa de Pomberton; aun estando vacío, aquel cacharro marchaba bien. Yo parecía estar increíblemente alto, capaz de mirar desde arriba los techos de los coches con quienes me cruzaba. Conduciendo a través de la parte baja de Libertyville, me sentía tan conspicuo como un ballenato en un estanque de jardín con peces de colores. A esto contribuía también el brillante color rosado del camión séptico de Pomberton. Algunos me miraban divertidos.

La pierna izquierda había empezado a dolerme un poco, pero el hecho de tener que conducir un vehículo tan extraño como *Petunia* entre el tráfico que se interrumpía continuamente en la ciudad baja, hacía que mi mente no reparase en aquello. Un dolor; se debía simplemente a la conducción de *Petunia* en aquel tráfico. El camión estaba mal equipado y había que hacer mucha fuerza para manejar el volante.

Pasé de Main a Walnut, y de allí a la zona de aparcamiento de detrás de la Western Auto. Bajé cuidadosamente de la cabina de *Petunia*, cerré de golpe la portezuela (mi nariz se había acostumbrado ya al débil olor que desprendía el vehículo), me apoyé en las muletas y me dirigí a la entrada de atrás.

Saqué del llavero de Jimmy las tres llaves del garaje y las llevé al departamento de confección de llaves. Por un dólar y ochenta centavos, obtuve dos copias de cada una.

Me metí las nuevas llaves en un bolsillo, y el llavero de Jimmy, con las originales, en el otro. Salí por la puerta principal de Main Street y bajé al *Libertyville Lunch*, donde había un teléfono de pago. El cielo estaba más gris y parecía más bajo que nunca. Pomberton tenía razón.

Tendríamos nieve.

Entré en el establecimiento, pedí un café y un bollo, me dieron cambio para la cabina telefónica. Entré en esta, cerré torpemente la puerta a mi espalda y llamé a Leigh. Respondió a la primera señal.

—¡Dennis! ¿Dónde estás?

—En el *Libertyville Lunch*. ¿Estás sola?

—Sí. Papá ha ido a trabajar y mamá ha salido a hacer la compra. Dennis, yo casi se lo dije todo. Empecé a pensar en que él tendría que aparcar en el A&P y cruzar la zona de aparcamiento, y... no sé, lo que tú me dijiste acerca de que Arnie saldría de la ciudad me pareció que no importaba. Tenía sentido, pero no parecía importar. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Sí —repliqué, pensando en que había llevado a Ellie a la tienda de Tom la noche anterior a pesar de que la pierna me dolía entonces de un modo espantoso—. Sé exactamente lo que quieres decir.

—Esto no puede continuar, Dennis. Me volveré loca. ¿Sigues resuelto a llevar adelante tu idea?

—Sí —le dije—. Deja una nota a tu madre, Leigh. Dile que estarás un rato ausente. No le expliques más. Cuando no estés en casa a la hora de cenar, probablemente tus padres llamarán a los míos. Y quizá decidirán que nos hemos escapado.

—Quizá no sería una mala idea —bromeó, y rió de una manera que me dio escalofríos—. Hasta ahora.

—Espera, hay otra cosa. ¿Tienes algún analgésico en casa? ¿*Darvon*, o algo parecido?

—Hay un poco de *Darvon*, de cuando papá se deslomó —me contó—. ¿Es por tu pierna, Dennis?

—Me duele un poco.

—¿Cuánto es un poco?

—En realidad estoy bien.

—¿No me engañas?

—No te engaño. Y después de esta noche le daré un largo descanso, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Ven lo más de prisa que puedas.

Entró cuando yo pedía la segunda taza de café, llevaba una chaqueta de abrigo ribeteada de piel y unos vaqueros descoloridos y embutidos en unas gastadas botas *Frye*. Tenía un aspecto a la vez *sexy* y práctico. Muchas cabezas se volvieron.

—Estás muy guapa —la saludé mientras la besaba en la sien.

Me pasó un frasquito de cápsulas grises y rosadas.

—No parece estar febril, Dennis. Toma.

La camarera, de unos cincuenta años y cabellos grises como el acero, se acercó con mi café. La taza descansó plácidamente en el platillo, como una isla en un pequeño estanque pardo.

—¿Cómo no estáis en el colegio, muchachos? —preguntó.

—Tenemos un permiso especial —le respondí con seriedad, y ella me miró con fijeza.

—Café, por favor —pidió Leigh, quitándose los guantes. Al volver la camarera al mostrador con un audible bufido, Leigh se inclinó hacia mí y dijo—: Sería gracioso que nos pillase el celador, ¿no crees?

—Muy gracioso —convine, pensando que, a pesar de los colores que le había dado el frío, Leigh no parecía tener tan buen aspecto.

En realidad, pensaba que ninguno de los dos lo tendríamos hasta que hubiese terminado aquel asunto. Ella tenía unas arrugas de cansancio alrededor de los ojos, como si no hubiese dormido mal la noche pasada.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer?

—Acabar con ello —dije—. Espere a ver su carroza, señora.

—¡Dios mío! —exclamó Leigh, contemplando con ojos muy abiertos la magnificencia del vivo color rosado de *Petunia*.

Este se erguía en silencio en el aparcamiento de Western Auto, haciendo que pareciesen pequeños el Chevrolet que tenía a un lado y el Volkswagen que tenía al otro.

—¿Qué es?

—Un chupador de caca —le dije con seriedad.

Me miró intrigada... y rompió en histéricas carcajadas.

Esto no me disgustó. Cuando le había contado mi enfrentamiento con Arnie en el aparcamiento del colegio aquella mañana, las arrugas de su cara se habían acentuado más y sus labios habían palidecido al apretarse.

—Ya sé que parece un poco ridículo... —manifesté.

—Es un calificativo muy suave —replicó, sin dejar de reír y de hipar.

—... pero hará el trabajo, si es que algo puede hacerlo.

—Sí. Sí, supongo que lo hará. Y... no está tan mal, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—Lo mismo pensé yo.

—Bueno, subamos —me rogó—. Tengo frío.

Subió a la cabina delante de mí y frunció la nariz.

—¡Uf! —exclamó.

Sonreí.

—Ya te acostumbrarás.

Le tendí mis muletas, subí trabajosamente y me senté detrás del volante. El dolor de mi pierna izquierda había cedido, ya no eran fuertes punzadas, sino las sordas pulsaciones de antes. Había tomado dos *Darvon* en el restaurante.

—¿Estará bien tu pierna, Dennis?

—Tendrá que estarlo —manifesté, cerrando de golpe la portezuela.

51. *Christine*

As I said to my friend,
because I am always talking,
John I said,
which was not his name,
the darkness surrounds us,
what can we do against it,
or else, shall we and why not,
buy a goddamn big car,
drive, he said, for Christ's sake,
look out where you're going.

ROBERT CREELEY

Eran aproximadamente las once y media cuando salimos del apartamento de Western Auto. Empezaban a caer los primeros copos de nieve. Conduje el vehículo a través de la ciudad hacia la casa de los Sykes, cambiando ahora las marchas con más facilidad al hacer efecto el *Darvon*.

La casa estaba cerrada y a oscuras: la señora Sykes debía estar en su trabajo, y Jimmy habría salido a cobrar su subsidio de paro o algo parecido. Leigh encontró un sobre arrugado en su bolso, borró su propia dirección y escribió Jimmy Sykes en la parte delantera, con su inclinada y linda caligrafía. Metió el llavero de Jimmy en el sobre cerró este y lo introdujo en la rendija del buzón de la puerta de entrada. Mientras lo hacía, yo mantuve a *Petunia* en punto muerto, dando descanso a mi pierna.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella, subiendo de nuevo a la cabina.

—Otra llamada por teléfono —le expliqué.

Cerca del cruce de JFK Drive y Crescent Avenue, encontré una cabina telefónica. Bajé con cuidado del camión, agarrándome a él hasta que Leigh me tendió las muletas. Entonces caminé con precaución sobre la nieve cada vez más espesa, hasta llegar a la cabina. Visto a través del

sucio cristal de esta y de la nieve que caía en remolinos, *Petunia* parecía un extraño dinosaurio colorado.

Llamé a la Horlicks University y pedí al encargado de la centralita que me pusiera con el despacho de Michael. Arnie me había dicho una vez que su padre era un verdadero zángano de oficina y que se quedaba en ella a la hora del almuerzo. Ahora, al responder al teléfono a la segunda llamada, le bendije por ello.

—¡Dennis! ¡Te llamé a tu casa! Tu madre dijo que...

—¿Adónde va él?

Tenía frío el estómago. Hasta entonces, hasta aquel momento exacto, no empezó todo a parecerme completamente real, ni comencé a pensar que iba a realizarse el loco enfrentamiento.

—¿Cómo sabías que iba a marcharse? Tienes que decirme...

—No tengo tiempo para preguntas, y, de todos modos no podría contestarlas. ¿Adónde va?

Muy despacio, respondí:

—Él y Regina irán a Penn State esta tarde inmediatamente después del colegio. Arnie le telefoneó esta mañana y le preguntó si quería ir con él. Dijo... —hizo una pausa, pensando—. Dijo que tenía la impresión de haber recobrado súbitamente su cordura. Dijo que cuando iba al colegio esta mañana, se le ocurrió de pronto que si no se decidía en lo de la Universidad, podía perder la oportunidad. Dijo que había resuelto que Penn State era el mejor y le preguntó si le gustaría acompañarle y hablar con el decano de la Facultad de Artes y Ciencias, y con alguien de las secciones de Historia y de Filosofía.

En la cabina hacía frío. Mis manos empezaban a entumecerse. Leigh me observaba ansiosamente desde lo alto de aquella casa con ruedas que era *Petunia*. «¡Qué bien arreglaste las cosas, Arnie! —pensé—. Sigues en tu papel de jugador de ajedrez». Estaba manipulando a su madre, tirando de los cordeles y haciéndola bailar. Me compadecí de ella, pero no tanto como hubiese querido, ¿cuántas veces había sido Regina la manipuladora, haciendo bailar a los demás en su escenario como otros tantos Punch y Judys?

Ahora, que estaba medio aturrullada de miedo y de vergüenza, LeBay había puesto delante de sus ojos lo único que la haría venir corriendo con toda seguridad: la posibilidad de que las cosas volviesen a la normalidad.

—¿Y te pareció verdad? —pregunté a Michael.

—¡Claro que no! —gritó—. ¡Y tampoco se lo habría parecido a ella, si pensara como es debido! Tal como están actualmente los ingresos en las Universidades, Penn State le admitiría en julio, si él tuviese dinero para la enseñanza y las matriculas, y Arnie lo tiene. ¡Habló como si estuviésemos en los años cincuenta y no en los setenta!

—¿Cuándo se marchan?

—Ella tiene que encontrarse con él en la escuela superior después de la sexta clase, así me lo dijo cuando me telefoneó. A él le darán permiso.

Esto significa que saldrían de Libertyville antes de una hora y media. Por consiguiente, le hice la última pregunta, aunque ya sabía la respuesta.

—No irán en *Christine*, ¿verdad?

—No, se llevarán la furgoneta. Ella estaba loca de alegría, Dennis. Loca. La invitación a ir con el chico a Penn State... fue toda una inspiración. Ni una manada de caballos salvajes le habría impedido aprovechar la oportunidad. ¿Qué pasa, Dennis? Dímelo, por favor.

—Mañana —le dije—. Te lo prometo. Palabra. Mientras tanto tienes que hacer algo por mí. Es cuestión de vida o muerte para mi familia y para la de Leigh Cabot. Tú...

—¡Oh, Dios mío! —dijo con voz ronca. La voz del hombre que acaba de ver la luz—. Él estaba siempre fuera... salvo la vez en que fue muerto el joven Welch, y esa vez estaba..., Regina vio que estaba durmiendo, y estoy seguro de que no mentía... ¿Quién conduce ese coche, Dennis? ¿Quién está empleando a *Christine* para matar, cuando Arnie no está aquí?

Estuve a punto de decírselo, pero hacía frío en la cabina telefónica y la pierna empezaba a dolerme de nuevo, y la respuesta habría llevado a otras preguntas, a docenas de ellas. E incluso entonces, el único resultado final habría sido una rotunda negativa a creerlo.

—Escucha, Michael —dije, con todo el aplomo de que fui capaz. Por un fantástico momento me sentí como Mister Rogers en la televisión. Un gran coche de los años cincuenta viene para devoraros, chicos y chicas... ¿Podéis decir *Christine*? ¡Sabía que podíais!—, tienes que llamar a mi padre y al padre de Leigh. Haz que las dos familias se reúnan en casa de Leigh —estaba pensando en ladrillos, en ladrillos sólidos y de primera calidad—. Pienso que también tú deberías ir, Michael. Permaneced todos juntos hasta que Leigh y yo vayamos allí o hasta que yo telefonee. Pero díles de nuestra parte: no deben salir después... —hice un rápido cálculo: si Arnie y Regina salían del colegio a las dos, ¿cuánto tiempo necesitaría él para tener una sólida coartada?— después de las cuatro de la tarde ninguno de vosotros debe estar en la

calle después de las cuatro. En cualquier calle. Bajo ninguna circunstancia.

—Dennis, no puedo...

—Es preciso —le conminé—. Tú podrás engatusar a mi viejo, y entre los dos convencer al señor y a la señora Cabot. Y no te acerques a *Christine*, Michael.

—Saldrán directamente del colegio —siguió Michael—. Él dijo que el coche estaría perfectamente en aquel aparcamiento.

Lo sorprendí una vez más en su voz se había dado cuenta del embuste. Después de lo que había ocurrido el otoño pasado, Arnie era tan incapaz de dejar a *Christine* en un aparcamiento público como de presentarse desnudo en la clase de Cálculo.

—Ya —dije—. Pero si te asomas a la ventana y lo ves en el paseo, no te acerques a él. ¿Comprendido?

—Sí, pero...

—Llama ante todo a mi padre. Prométeme que lo harás.

—Está bien, te lo prometo. Pero, Dennis...

—Gracias, Michael.

Colgué. Tenía las manos y los pies entumecidos por el frío, pero mi frente estaba húmeda de sudor. Empujé la puerta de la cabina telefónica con la punta de una muleta y volví trabajosamente hacia *Petunia*.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Leigh—. ¿Te lo ha prometido?

—Sí —respondí—. Me lo ha prometido, y papá cuidará de que todos se reúnan. Estoy seguro. Si *Christine* la emprende con alguien esta noche, tendrá que ser con nosotros.

—Bien —convino ella—. Muy bien.

Puse a *Petunia* en marcha y nos alejamos de allí. El escenario estaba preparado —al menos, a mi modo de ver— y ahora nada podíamos hacer, salvo esperar y ver lo que pasaba.

Cruzamos la ciudad hacia el garaje de Darnell, bajo la ligera y continua nevada, y entré en la zona de aparcamiento muy poco después de la una de la tarde. El largo y destartalado edificio con sus costados de hierro ondulado estaba totalmente desierto, y las altas ruedas de *Petunia* surcaron la gruesa e inmaculada capa de nieve y se detuvieron ante la puerta principal. Pegados en esta puerta estaban los mismos rótulos de la ya lejana noche de agosto en que Arnie había llevado por primera vez

allí a *Christine* : ¡AHORRE DINERO! ¡TRABAJE USTED MISMO, CON NUESTRAS HERRAMIENTAS! SE ALQUILAN PLAZAS DE GARAJE POR SEMANAS, MESES O AÑOS y TOQUE EL CLAXON PARA ENTRAR. Pero el único que realmente significaba algo era nuevo y estaba adherido a la oscura ventanilla de la oficina: CERRADO HASTA NUEVO AVISO. En un rincón del nevado patio delantero se veía un viejo y maltrecho Mustang, modelo veloz de los años sesenta. Ahora permanecía callado y como empotrado bajo un sudario de nieve.

—Está abandonado —dijo Leigh en voz baja.

—Sí. Es verdad —Le di las llaves que había confeccionado por la mañana en Western Auto—. Una de estas abrirá.

Ella tomó las llaves, se apeó y se dirigió a la puerta. Yo no perdía de vista los espejos retrovisores mientras ella manipulaba en la cerradura, pero no parecíamos llamar demasiado la atención. Supongo que la vista de un vehículo tan enorme y llamativo hacía difícil, por motivos psicológicos, sospechar una operación clandestina o ilegal.

De pronto, Leigh tiró con fuerza de la puerta, se levantó, tiró de nuevo y volvió después al camión.

—La llave ha girado, pero no puedo levantar la puerta —explicó—. Creo que el hielo la ha pegado al suelo, o algo parecido.

«Muy bien —pensé—. Magnifico. Nada va a resultar fácil».

—Lo siento, Dennis —siguió Leigh, leyendo en mi semblante.

—No, está bien —manifesté.

Abrí la portezuela del conductor y realicé otra de mis cómicas y deslizantes salidas.

—Ten cuidado —me dijo, ansiosa, caminando a mi lado y ciñéndome la cintura con un brazo, mientras yo avanzaba con atención con mis muletas sobre la nieve en dirección a la puerta—. Recuerda tu pierna.

—Sí, mamá —bromeé, sonriendo un poco.

Me puse de lado al llegar a la puerta, para poder inclinarme hacia la derecha y no cargar el peso sobre la pierna enferma. Doblado sobre la nieve, con la pierna izquierda levantada, sosteniendo las muletas con la mano izquierda y alargando la derecha para asir la manija de la puerta a ras del suelo, debía parecer un contorsionista de circo. Tiré y sentí que la puerta cedía un poco... pero no lo suficiente. Leigh tenía razón, había bastante hielo a lo largo del borde inferior. Podían oírse sus crujidos.

—Ayúdame —dije.

Leigh colocó ambas manos sobre mi derecha y ambos tiramos al unísono. Los chasquidos se hicieron un poco más fuertes, pero el hielo se resistía a soltar el pie de la puerta.

—Casi lo hemos conseguido —expliqué.

Volví a sentir desagradables pulsaciones, ahora en la pierna derecha, y el sudor resbalaba por mis mejillas.

—Contaré. Cuando diga tres, tira con todas tus fuerzas. ¿De acuerdo?

—Sí —dijo.

—Una..., Dos..., ¡Tres!

Entonces sucedió que la puerta se desprendió inmediatamente del hielo, con absurda y terrible facilidad. Salió disparada hacia arriba sobre las ranuras, y yo me tambaleé hacia atrás soltando las muletas. La pierna izquierda se dobló debajo de mí y caí sobre ella. La espesa nieve amortiguó un tanto la caída, pero sentí el dolor como una especie de relámpago plateado que subió desde el muslo hasta las sienes para bajar de nuevo. Apreté los dientes para no gritar y lo conseguí a duras penas, pero ya estaba Leigh de rodillas en la nieve, a mi lado, rodeándome los hombros con un brazo.

—¡Dennis! ¿Estás bien?

—Ayúdame a levantarme.

Tuvo que hacer el esfuerzo mayor, y ambos jadeábamos como agotados corredores atléticos cuando logré ponerme en pie y apoyarme en las muletas. Ahora sí que las necesitaba. La pierna izquierda me dolía de forma horrible.

—Dennis, ahora no podrás apretar el pedal del embrague del camión...

—Sí, podré. Ayúdame a volver a él, Leigh.

—Estás blanco como un fantasma. Creo que debería llevarte a un médico.

—No. Ayúdame a volver.

—Dennis...

—¡Ayúdame a volver, Leigh!

Regresamos lentamente a *Petunia* sobre la nieve, dejando en esta huellas largas e inseguras. Estiré los brazos, agarré el volante e hice contracción para subir, apoyándome débilmente en el estribo con la

pierna derecha... pero, en definitiva, Leigh tuvo que ponerse detrás de mí, apoyar ambas manos en mis posaderas y empujar. Por fin me hallé detrás del volante de *Petunia*, febril y temblando de dolor. Tenía la camisa empapada en nieve y sudor. Hasta aquel día de enero de 1979 no había sabido lo mucho que el dolor puede hacer sudar.

Traté de apretar el pedal del embrague con el pie izquierdo y volví a sentir aquel relámpago de dolor, que me obligó a echar la cabeza atrás y apretar los dientes hasta que menguó un poco.

—Dennis, buscaré una cabina telefónica y llamaré a un médico —estaba pálida y asustada—. Te la rompiste de nuevo al caer, ¿no es cierto?

—No lo sé —confesé—. Pero no puedes hacer eso, Leigh. Si no terminamos ahora, será el fin para los tuyos o los míos. Lo sabes muy bien. LeBay no se detendrá. Tiene un sentido muy desarrollado de la venganza. No podemos renunciar.

—¡Pero no puedes conducir! —gimió.

Levantó la cabeza y me miró, estaba llorando. La capucha de su chaqueta había caído hacia atrás en sus esfuerzos por ayudarme a subir al asiento del conductor, donde me hallaba ahora sentado en magnífica impotencia. Pude ver unos copos de nieve sobre sus cabellos rubios.

—Entra en el garaje —le dije—. Mira si puedes encontrar una escoba o un palo largo.

—¿De qué te servirá? —preguntó, llorando más fuerte.

—Haz lo que te digo, y ya veremos.

Entró, pues, en las oscuras fauces de la puerta abierta y se perdió de vista. Me agarré la pierna, retorciéndome de terror. Si realmente me la había roto de nuevo, lo más probable era que tuviese que llevar una suela más gruesa en el zapato izquierdo para el resto de mi vida. Pero podía quedarme muy poco tiempo de vida, si no lográbamos detener a *Christine*. Un pensamiento muy consolador.

Leigh volvió con una escoba.

—¿Servirá esto? —preguntó.

—Para entrar, sí. Después tendremos que ver si podemos encontrar algo mejor.

El mango era de esos que se desenroscan. Lo agarré, lo desenrosqué y tiré lo demás. Sujetándolo con la manó izquierda junto al costado — como si fuese otra muleta— empujé con él el pedal del embrague. Aguantó un momento, pero resbaló. El pedal saltó hacia atrás. La punta

del mango casi me dio en la boca. «Sí que eres bueno, Guilder». Pero tenía que hacerlo.

—Vamos, sube —dije.

—¿Estás seguro, Dennis?

—En la medida de lo posible —confesé.

Me miró un momento y, después, asintió con la cabeza.

—Está bien.

Pasó al otro lado y subió. Cerré mi portezuela, apreté el pedal del embrague de *Petunia* con el mango de la escoba y puse la primera marcha. Había soltado a medias el pedal y *Petunia* empezaba a avanzar cuando el mango de la escoba resbaló una vez más. El camión-cuba penetró en el garaje de Darnell con una serie de sacudidas capaces de romperme el cuello, y cuando pisé el freno con el pie derecho, el vehículo se detuvo. Habíamos entrado casi del todo.

—Leigh, necesitamos algo que tenga la punta más ancha —expliqué—. Este mango de escoba no es suficiente.

—Veré qué encuentro.

Se apeó y echó a andar por el borde del suelo del garaje, buscando. Miré a mi alrededor. Está abandonado, había dicho Leigh, y tenía razón. Los únicos coches que quedaban allí eran cuatro o cinco viejos soldados tan gravemente heridos que nadie se había tomado el trabajo de reclamarlos. Las plazas restantes, con sus números marcados con pintura blanca, estaban vacías. Miré la plaza número 20 y desvié la mirada.

Los estantes para neumáticos estaban igualmente casi vacíos. Quedaban unas cuantas cubiertas muy gastadas, amontonadas unas sobre otras como rosquillas gigantes ennegrecidas al fuego, pero esto era todo. Uno de los dos montacargas estaba un poco elevado, con una llanta sujeta debajo de él. La pantalla para regulación de las luces brillaba débilmente, roja y blanca, sobre la pared de izquierda a derecha, y los dos círculos correspondientes a los faros parecían ojos inyectados en sangre. Y sombras, sombras en todas partes. Arriba, grandes aparatos de calefacción en forma de caja tenían las rejillas abiertas en todas direcciones y parecían posados allí como fantásticos murciélagos.

Aquello parecía una morada de la muerte.

Leigh había empleado otra de las llaves de Jimmy para abrir la oficina de Will. Pude ver que andaba de un lado a otro, a través de la ventanilla que solía utilizar Will para observar a sus parroquianos y a los trabajadores que mantenían los coches en marcha para que no se oyese

su parloteo. Leigh pulsó unos interruptores y las lámparas fluorescentes del techo se encendieron en hileras frías como la nieve. Por lo visto, la compañía de electricidad no había cortado el suministro. Tendríamos que apagar de nuevo las luces, pues no podíamos exponernos a llamar la atención pero, al menos, nos calentaríamos un poco.

Abrió otra puerta y desapareció temporalmente. Miré mi reloj. Era la una y media.

Leigh volvió, y vi que llevaba en la mano una fregona *O’Cedar*, de esas que tienen una ancha esponja amarilla en la parte inferior.

—¿Servirá esto?

—De perlas —repuse—. Sube, pequeña, y pongamos manos a la obra.

Volvió a subir, y yo empujé el pedal del embrague con la fregona.

—Esto es mucho mejor —manifesté—. ¿Dónde lo encontraste?

—En el cuarto de baño —me explicó, frunciendo la nariz.

—¿Tan mal está?

—Está sucio, apesta a cigarros y hay un montón de libros mohosos en un rincón, de esos que venden en tenduchos de mala muerte.

Conque esto era todo lo que había dejado Darnell, pensé: un garaje vacío, un montón de libros guarros y un podrido olor a cigarros. Sentí frío de nuevo y si hubiese dependido de mi, habría hecho que asolasen el lugar y lo cubriesen de asfalto. No podía librarme de la impresión de que era una especie de tumba sin lápida, el lugar donde LeBay y *Christine* habían matado la mente de mi amigo y se habían apoderado de su vida.

—No quisiera tener que estar mucho tiempo aquí —confesó Leigh, mirando nerviosamente a su alrededor.

—¿De veras? A mí casi me gusta. Estaba pensando en instalarme —le acaricié el hombro y la miré profundamente a los ojos—. Podríamos fundar una familia —suspiré.

Me amenazó con el puño.

—¿Quieres que te aplaste la nariz?

—No, tienes razón. Por lo que vale, también yo deseo salir de aquí cuanto antes.

Acabé de entrar el camión. Descubrí que podía manejar bastante bien el embrague con la fregona *O’Cedar* ..., al menos en primera. El mango

tenía tendencia a doblarse, y habría preferido algo más grueso, pero tendría que resignarme con él a menos que pudiésemos encontrar algo mejor.

—Debemos apagar las luces —expliqué, parando el motor—. Podrían llamar la atención de alguien que no conviene que las vea.

Se apeó y las apagó, mientras yo hacía describir un amplio círculo a *Petunia* y daba marcha atrás hasta casi tocar con su parte trasera la ventana entre el garaje y la oficina de Darnell. Ahora el enorme morro del camión apuntaba directamente a la puerta abierta por la que habíamos entrado.

Al apagarse las luces, cayeron de nuevo las sombras. La luz que entraba por la puerta abierta era débil, mitigada por la nieve, blanca y sin fuerza. Se deslizaba como una cuña blanda sobre el suelo de cemento agrietado y manchado de aceite, y se extinguía a medio camino dentro del local.

—Tengo frío, Dennis —gritó Leigh desde la oficina de Darnell—. Están marcados los interruptores de la calefacción. ¿Puedo darla?

—Adelante —le grité a mi vez.

Un momento después sonó en el garaje el zumbido de la calefacción. Me eché atrás en el asiento, pasando suavemente las manos sobre mi pierna izquierda. La tela de los vaqueros estaba tirante sobre el muslo, tirante y sin una arruga. La maldita pierna se estaba hinchando. Y me dolía. ¡Jesús, cómo me dolía!

Leigh volvió, subió y se sentó a mi lado. Me dijo una vez más que mi aspecto era terrible, y por alguna razón mi mente volvió atrás y pensó en la tarde en que Arnie había traído aquí a *Christine*, en el vociferante personaje que había gritado a Arnie que se llevase aquel montón de chatarra de delante de su casa, y en Arnie diciéndome que aquel tipo era un Robert Redford de tomo y lomo. Y en cómo nos habíamos reído los dos. Cerré los ojos para no llorar.

Sin nada que hacer salvo esperar, el tiempo transcurría lentamente. Las dos menos cuarto, las dos. Fuera, la nieve se había espesado un poco, pero no mucho. Leigh bajó del camión y pulsó el botón que cerraba la puerta. Esto hizo que aumentase la oscuridad en el interior. Volvió, subió y dijo:

—Hay un curioso aparato a un lado de la puerta, ¿lo ves? Parece igual que el abridor electrónico que teníamos en la puerta del garaje cuando vivíamos en Weston.

Me erguí súbitamente. Miré.

—¡Oh! —dije—. ¡Oh, Jesús!

—¿Qué sucede?

—Sólo esto, un aparato para abrir la puerta del garaje. Y hay un transmisor en *Christine*. Arnie me lo mencionó la noche del Día de Acción de Gracias. Tienes que romperlo, Leigh. Emplea el mango de la fregona.

Se apeó de nuevo, cogió el mango de la escoba y se plantó debajo del ojo electrónico, mirando hacia arriba y golpeándolo con el palo. Parecía una mujer que tratase de matar una chinche cerca del techo. Al fin su esfuerzo se vio recompensado con un chasquido de plástico y un retintín de cristal.

Volvió despacio arrojando a un lado el mango de la escoba, subió y volvió a sentarse a mi lado.

—Dennis, ¿no crees que ya es hora de que me digas exactamente lo que te propones?

—¿Qué quieres decir?

—Sabes bien qué quiero decir —me dijo, señalando la puerta cerrada. Cinco ventanas cuadradas alineadas a tres cuartos de su altura dejaban entrar una debilísima luz a través de los sucios cristales—. Cuando oscurezca, piensas volver a abrir la puerta, ¿verdad?

Asentí con la cabeza. La puerta era de madera, pero estaba reforzada con tiras de acero, como las puertas interiores de los ascensores antiguos. Yo dejaría entrar a *Christine*, pero, una vez cerrada la puerta, no podría retroceder y salir. Al menos así lo esperaba. Sentí escalofríos al pensar en lo cerca que habíamos estado de no advertir el ojo electrónico.

Abrir la puerta cuando se hiciese de noche, sí. Dejar entrar a *Christine*, sí. Cerrar de nuevo la puerta. Después me valdría de *Petunia* para aplastarla.

—Está bien —dijo ella—, esta es la trampa. Pero cuando él..., ello... haya entrado, ¿cómo vas a cerrar de nuevo la puerta para que no pueda salir? Tal vez haya un botón en la oficina de Darnell para hacerlo, pero no lo vi.

—Que yo sepa, no hay ninguno —repliqué—. Por consiguiente, te colocarás allí, junto al botón que cierra la puerta —señalé el botón manual situado a la derecha de la puerta, medio metro por encima del destrozado aparato electrónico—. Estarás adosada a la pared, para no ser vista. Cuando entre *Christine*, presumiendo que lo haga, pulsarás el botón que hace bajar la puerta y saldrás rápidamente antes de que

acabe de cerrarse. Cuando acabe de bajar, ¡pam!, la trampa quedará cerrada.

Su cara se ensombreció.

—También tú quedarás preso en ella. Según la expresión del inmortal Wordsworth, esto te deja empantanado.

—Es de Coleridge, no de Wordsworth. Pero no hay otra manera de hacerlo, Leigh. Si te quedases dentro al cerrarse la puerta, *Christine* te atropellaría. Y aunque hubiese un botón en la oficina de Darnell..., bueno, ya viste en el periódico lo que ocurrió a la pared lateral de su casa.

La expresión de Leigh se mantuvo terca.

—Aparca junto al interruptor. Y cuando entre *Christine*, sacaré un brazo por la ventanilla, pulsaré el botón y bajaré la puerta.

—Si aparcase allí, estaría a la vista, y si ve este tanque, *Christine* no entrará.

—¡No me gusta! —gritó—. ¡No me gusta dejarte solo aquí! ¡Es como si me hubieras engañado!

En cierto modo esto era precisamente lo que había hecho, y si he de ser sincero, hoy no lo haría de la misma manera, pero entonces tenía dieciocho años y no hay machote más chovinista que un machote chovinista de dieciocho años. Le rodeé los hombros con un brazo. Se resistió un momento, rígidamente, y después se acercó a mí.

—No hay otra manera —le dije—. Si no fuese por mi pierna, o si tú pudieses conducir uno de estos cacharros...

Me encogí de hombros.

—Tengo miedo por ti, Dennis. Quiero ayudarte.

—Ya me has ayudado bastante. Tú eres quien está realmente en peligro, Leigh... Cuando entre estarás al descubierto, mientras que yo sólo tendré que estar sentado en esta cabina y hacer añicos a esa perra.

—Confío en que todo salga bien —replicó, y apoyó la cabeza en mi pecho.

Acaricié sus cabellos.

Esperamos.

Con los ojos de mi mente vi a Arnie que salía de la escuela superior de Libertyville con los libros bajo el brazo. Vi a Regina que le esperaba en

la furgoneta de los Cunningham radiante de felicidad. Y a Arnie sonriendo vagamente y sometiéndose a su abrazo. «Has hecho lo que debías, Arnie..., no sabes lo aliviados, lo dichosos, que nos sentimos tu padre y yo». «Sí, mamá». «¿Quieres conducir, querido?». «No, conduce tú, mamá». «Muy bien».

Y partir los dos en dirección a Penn State bajo la ligera nevada, con Regina al volante y Arnie sentado en la banqueta plegable, cruzadas rígidamente las manos sobre el regazo, pálido y serio el rostro limpio de barros.

Y en el aparcamiento de los estudiantes, *Christine* inmóvil en la calzada. Esperando que se espesara la nieve. Esperando que se hiciese de noche.

A eso de las tres y media, Leigh volvió a la oficina de Darnell para usar el cuarto de baño, y mientras estaba allí, me tomé a secas otros dos *Darvon*. Mi pierna era un tormento continuo, abrumador.

Poco después, perdí la noción coherente del tiempo. Supongo que la droga me había emborrachado. Todo empezó a parecerme un sueño: las sombras cada vez más densas, la luz blanca que entraba por las ventanas y cambiaba despacio a un gris ceniciento, el zumbido de la calefacción allá arriba.

Creo que Leigh y yo hicimos el amor..., no de la manera ordinaria, tal como tenía yo la pierna, pero si por medio de algún dulce sucedáneo. Me parece recordar su aliento en mi oído hasta hacerse casi jadeante, me parece recordar sus murmullos de que tuviese cuidado, de que por favor tuviese cuidado, de que había perdido a Arnie y no podría soportar perderme a mi también. Me parece recordar una explosión de placer que hizo desaparecer el dolor de un modo breve pero total, como no habrían podido conseguir todos los *Darvon* del mundo... Pero «breve» es la palabra adecuada. Todo fue demasiado breve. Y creo que entonces me adormecí.

Después, lo primero que recuerdo con toda seguridad es que Leigh me sacudía para despertarme y murmuraba una y otra vez mi nombre al oído. Y...

—¿Eh? ¿Qué?

Estaba como en otro mundo, y sentía en la pierna un dolor vidrioso, como si fuese a estallar. También me dolían las sienes y me daba la impresión de que mis ojos no cabían en las cuencas. Pestañeeé y miré a Leigh, como un búho enorme y estúpido.

—Ya es de noche —dijo—. Me pareció oír algo.

Pestañeeé de nuevo y vi que parecía encogida y cansada. Después miré hacia la puerta y vi que estaba completamente abierta.

—¿Cómo diablos ha...?

—He sido yo —dijo—. Yo la he abierto.

—¡Maldición! —exclamé, irguiéndome un poco y estremeciéndome por el dolor de mi pierna—. Ha sido una locura, Leigh. Si hubiese venido...

—No lo ha hecho —replicó la chica—. Empezó a oscurecer, esto es todo, y a nevar con más fuerza. Por consiguiente, bajé, abrí la puerta y volví. Pensaba despertarte en seguida..., pero murmurabas..., y yo me decía: «Esperaré a que sea noche cerrada, esperaré a que sea noche cerrada, y entonces me di cuenta de que me estaba engañando, porque había anochecido al menos hacía media hora y sólo me imaginaba que aún podía ver alguna luz. Porque quería verla, supongo. Y... precisamente ahora... me pareció oír algo.

Sus labios empezaron a temblar y los apretó.

Miré el reloj y vi que eran las seis menos cuarto. Si todo había ido bien, mis padres y mi hermana estarían ahora con Michael y con la familia de Leigh. Miré a través del parabrisas de *Petunia* el cuadrado de la oscuridad nevada donde estaba la entrada del garaje. Oí silbar el viento. Una fina capa de nieve se extendía ya sobre el cemento.

—Sólo has oído el viento —expliqué—, como que sopla y rumorea ahí afuera.

—Tal vez. Pero...

Asentí de mala gana. No quería que abandonase la seguridad de la alta cabina de *Petunia*, pero, si no bajaba ahora tal vez nunca lo haría. Yo no la dejaría, y Leigh permitiría que no la dejase. Y entonces, cuando llegase *Christine*, si llegaba, lo único que podría hacer sería echarse atrás. Y esperar un momento más oportuno.

—Está bien —manifesté—. Pero recuerda esto: tienes que permanecer oculta en aquel pequeño hueco a la derecha de la puerta. Si viene, se quedará un rato fuera —«Husmeando como un animal», pensé—. No te asustes, no te muevas. No dejes que te obligue a delatarte. Permanece serena y espera a que entre. Entonces aprieta aquel botón y corre como alma que lleva el diablo. ¿Has comprendido?

—Sí —murmuró—. Dennis, ¿crees que esto saldrá bien?

—Tiene que salir bien, si viene.

—Quisiera que todo hubiese terminado.

—También yo.

Se inclinó, apoyó ligeramente la mano en el lado de mi cuello y me besó en la boca.

—Ten cuidado, Dennis —dijo—. Pero máatalo. No es un ser..., es una cosa. Máatala.

—Lo haré —dije.

Me miró a los ojos y asintió con la cabeza.

—Hazlo por Arnie —dijo—. Libérale.

Le apreté la mano y ella apretó la mía. Se deslizó sobre el asiento. Golpeó su pequeño bolso con la rodilla, y este cayó al suelo de la cabina. Se detuvo, irguiendo la cabeza, y una expresión sobresaltada y reflexiva se pintó en sus ojos. Después sonrió, se agachó, recogió el bolso y empezó a hurgar en seguida en él.

—Dennis —preguntó—, ¿recuerdas *Morte D'Arthur* ?

—Un poco.

Una de las clases que habíamos compartido Leigh, Arnie y yo, antes de mi lesión jugando al fútbol americano, había sido la de «Clásicos de la Literatura Inglesa», de Fudgy Bowen, y una de las primeras obras con las que habíamos tenido que batallar había sido *Morte D'Arthur*, de Malory. Por qué me lo preguntaba ahora Leigh, era un misterio para mí.

Había encontrado lo que buscaba. Un fino pañuelo de nailon de color rosa, de esos que suelen llevar las chicas sobre la cabeza en días lluviosos. Lo ató sobre el antebrazo izquierdo de mi chaqueta.

—¿Qué diablos...? —pregunté, sonriendo un poco.

—Sé mi caballero, Dennis —explicó, devolviendo mi sonrisa, pero sus ojos estaban serios—. Sé mi caballero, Dennis.

Cogí la escoba que había encontrado en el cuarto de baño de Will y saludé torpemente con ella.

—Claro que sí —dije—. Pero tienes que llamarme «Sir Cedar».

—Tómalo a broma, si quieres —concluyó—. Pero no bromees realmente con esto. ¿De acuerdo?

—Está bien —dije—. Si así lo quieres, seré tu perfecto y maldito y gentil caballero.

Se rió un poco, y esto me pareció mejor.

—Recuerda aquel botón, pequeña. Apriétalo con fuerza. No queremos que la puerta dé una sacudida y se quede inmóvil. No debe haber escape, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Se apeó de *Petunia* y, si cierro ahora los ojos, puedo verla como era entonces, en aquel claro y silencioso momento, antes de que todo se torciese de un modo terrible: una muchacha alta y bonita, de largos cabellos rubios color de miel, caderas esbeltas, piernas largas y aquellos chocantes pómulos nórdicos, vestida ahora con un anorak y unos descoloridos *Lee Riders*, y moviéndose con la gracia de una bailarina. Todavía puedo imaginar la escena y todavía sueño con ella, porque mientras nosotros estábamos atareados montando la trampa contra *Christine*, el viejo e infinitamente astuto monstruo la estaba montando contra nosotros. ¿Pensábamos realmente que podríamos vencerlo con tanta facilidad? Sospecho que sí.

Mis sueños discurren en un terrible movimiento retardado. Veo el suave y adorable movimiento de las caderas de Leigh al andar, oigo el sordo chasquido de sus botas *Fraye* sobre el suelo de cemento manchado de aceite, oigo incluso el suave frufrú del cierre de su anorak al rozar su blusa. Camina despacio y con la cabeza erguida... como un animal, pero no de presa, camina con la gracia cautelosa de una cebra acercándose a un manantial al anochecer. Es la andadura del animal que presiente el peligro.

Trato de gritarle a través del parabrisas de *Petunia*. ¡Vuelve atrás, Leigh, vuelve atrás en seguida, tenías razón, oíste algo, ahora está allí sobre la nieve y con las luces apagadas, agazapado, vuelve, Leigh!

Se detuvo de pronto, cerrando los puños, y entonces, súbitamente, brillaron unos furiosos círculos de luz en la nevada oscuridad exterior. Eran como dos ojos blancos que se abriesen.

Leigh se quedó inmóvil, terriblemente expuesta, sobre el suelo despejado. Estaba a diez metros de la puerta y ligeramente hacia la derecha de su centro. Se volvió hacia los faros y pude ver la expresión ofuscada e incierta de su semblante.

Yo estaba igualmente aturdido, y aquel primer momento vital transcurrió sin que pasara nada. Entonces los faros avanzaron rápidamente, y pude ver la oscura y baja forma de *Christine* detrás de ellos, pude oír el creciente y furioso ronquido de su motor al lanzarse hacia nosotros desde el otro lado de la calle donde había estado esperando..., quizá desde antes que oscureciese. La nieve resbalaba de su techo y formaba sobre el parabrisas finas redes que eran casi instantáneamente fundidas por el descongelador. *Christine* rodó sobre la rampa asfaltada que conducía a la entrada, aumentando la velocidad. Su motor de ocho cilindros en V roncaba furioso.

—¡Leigh! —grité, y agarré la llave de contacto de *Petunia* .

Leigh saltó hacia la derecha y corrió en busca del botón de la pared. *Christine* entró rugiendo en el momento en que ella lo alcanzaba y lo apretaba. Oí el ruido estruendoso de la puerta al bajar sobre sus ranuras.

Christine torció hacia la derecha, acometiendo a Leigh. Arrancó un gran pedazo de madera seca y astillas de la pared. Se oyó un chirrido metálico al soltarse una parte de su parachoques derecho: un ruido parecido a la chillona carcajada de un borracho. Saltaron chispas del suelo al describir *Christine* una larga curva asesina. No alcanzó a Leigh, pero la alcanzaría cuando atacase de nuevo, Leigh estaba atrapada en aquel rincón de la derecha, sin tener un sitio donde ocultarse. Quizá podría salir al exterior, pero temí que la puerta no bajase lo bastante de prisa para cerrarle el paso a *Christine* . Quizá la puerta rozaría su techo, pero sabía muy bien que esto no detendría al automóvil.

Rugió el motor de *Petunia* y pulsé el botón de mis faros. La luz se derramó sobre la puerta que se estaba cerrando y sobre Leigh. Esta se hallaba de espaldas a la pared, desorbitados los ojos. Su chaqueta adquirió un fantástico y casi eléctrico color azul a la luz de los faros, y pensé, con morbosa y clínica exactitud, que su sangre tendría un brillo purpúreo.

Vi que miraba un momento hacia arriba y volvía después a contemplar a *Christine* .

Los neumáticos de la Furia chirriaron violentamente al saltar esta contra Leigh. Brotó humo de las negras huellas sobre el hormigón. Tuve el tiempo justo de advertir que había gente dentro de *Christine* , mucha gente. En el instante en que *Christine* se lanzaba rugiendo sobre Leigh, esta dio un salto hacia arriba como un gran muñeco disparado por un muelle. Mi mente, que parecía correr a una velocidad próxima a la de la luz, se preguntó por un instante si Leigh pretendía saltar sobre el Plymouth, como si, en vez de *Fryes* , llevase unas botas de siete leguas.

Pero, en vez de esto, se agarró a los enmohecidos soportes de metal que sostenían un estante a casi tres metros del suelo y a más de un metro por encima de su cabeza. Aquel estante discurría a lo largo de las cuatro paredes. La noche en que Arnie había traído allí a *Christine* por primera vez, todo aquel estante estaba lleno de neumáticos recauchutados y de otros que esperaban ser reparados, y, aunque parezca extraño, me había hecho pensar en un estante de biblioteca bien abastecida. Ahora estaba casi vacío. Agarrada a aquellos soportes inclinados, Leigh levantó las piernas enfundadas en los tejanos como un chiquillo que pretendiese hacerlas pasar por encima de los hombros, lo que nosotros solíamos llamar desollar el gato en la escuela de primera enseñanza. El morro de *Christine* chocó contra la pared exactamente debajo de ella. Si hubiese tardado un poco más en levantar las piernas, estas habrían sido aplastadas hasta las rodillas. Saltó un trozo de metal

cromado. Dos de los neumáticos abandonados cayeron del estante y saltaron locamente sobre el cemento, como rosquillas gigantes de caucho.

La cabeza de Leigh chocó con fuerza terrible y aturdidora contra la pared al dar *Christine* marcha atrás, con los cuatro neumáticos pintando rayas de caucho en el suelo y desprendiendo humo azul.

Ustedes se preguntarán qué estaba haciendo yo durante todo aquel tiempo. Les responderé que el término «todo aquel tiempo» es inadecuado. Cuando empleé la *O’Cedar* para apretar el pedal del embrague de *Petunia* y poner la primera, la puerta sólo empezaba a bajar. Todo había ocurrido en unos segundos.

Leigh seguía agarrada a los soportes del estante de los neumáticos, pero ahora sólo pendía de ellos, cabeza abajo aturdida.

Aflojé el pedal, y la parte más serena de mi mente me dijo: *Cuidado, hombre..., si lo sueltas de golpe y este cacharro se para, puedes darla por muerta .*

Petunia arrancó. Forcé el motor al máximo y acabé de soltar el embrague. *Christine* roncó de nuevo al lanzarse contra Leigh, casi doblado por la mitad el capó a causa de la primera embestida, mostrando brillantes trozos de metal en los puntos donde había saltado la pintura. Parecía que al capó y al radiador les habían salido dientes de tiburón.

Alcancé a *Christine* en el costado, cerca del morro, y giró en redondo, saltando uno de sus neumáticos de la llanta. El cincuenta y ocho fue a dar contra un montón de viejos parachoques y accesorios en un rincón, se oyó un gran estruendo cuando chocó contra la pared, y después, el ronco ruido del motor, subiendo y bajando, subiendo y bajando. Toda la parte delantera izquierda estaba aplastada, pero el coche seguía funcionando.

Pisé el freno de *Petunia* con el pie derecho y evité por los pelos aplastar yo mismo a Leigh. El motor de *Petunia* se paró. Ahora el único ruido en el garaje era el del motor rugiente de *Christine* .

—¡Leigh! —grité con fuerza—. ¡Corre, Leigh!

Me miró aturdida, y ahora pude ver unos mechones pegajosos y ensangrentados en sus cabellos... y la sangre era púrpura, como había presumido. Soltó los soportes, cayó sobre sus pies, se tambaleó y dobló una rodilla sobre el suelo.

Christine avanzó hacia ella. Leigh se levantó, dio dos pasos vacilantes, colocándose en su lado oscurecido, detrás de *Petunia* . *Christine* giró y

embistió la parte delantera del camión. Salí despedido brutalmente hacia la derecha. El dolor se cebó en mi pierna izquierda.

—¡Levántate! —grité a Leigh, tratando de acercarme aún más a la portezuela y de abrirla—. ¡Levántate!

Christine retrocedió y, cuando se acercó de nuevo, se desvió de pronto hacia la derecha y salió de mi campo visual, detrás de *Petunia*. Sólo pude verlo un momento en el espejo retrovisor fijado junto a la ventanilla del lado del conductor. Después únicamente oí el chirrido de sus neumáticos.

Casi inconsciente, Leigh se limitó a apartarse, manteniendo ambas manos cruzadas sobre la nuca. Goteaba sangre entre sus dedos. Pasó por delante del radiador de *Petunia*, viniendo en mi dirección, y se detuvo.

No tenía que verlo para saber lo que ocurriría ahora. *Christine* cambiarla una vez más de dirección, pasaría por mi lado y la aplastaría contra la pared.

Desesperadamente, empujé el pedal del embrague con la *O’Cedar* y accioné de nuevo la llave del contacto. El motor arrancó, tosió y se paró. Pude oler gasolina en el aire, un olor fuerte y espeso. Había inundado el carburador.

Christine reapareció en el espejo retrovisor. Avanzó sobre Leigh, que consiguió, tambaleándose, ponerse fuera de su alcance. *Christine* chocó de morro contra la pared, con terrible fuerza. Se abrió la portezuela del pasajero y lo que vi colmó mi espanto, me llevé a la boca la mano que no agarraba la fregona y chillé entre los dedos.

En el asiento del pasajero se hallaba Michael Cunningham, como un grotesco muñeco de tamaño natural. Su cabeza, oscilando flojamente sobre el cuello, se dobló hacia un lado al hacer *Christine* marcha atrás para embestir de nuevo a Leigh, y vi que su cara tenía el vivo color rosado propio del envenenamiento por monóxido de carbono. No había seguido mi consejo. *Christine* había ido, ante todo, a la casa de los Cunningham, tal como yo había sospechado vagamente que haría. Michael había vuelto del colegio a casa, y allí, parado en la calzada, estaba el Plymouth 1958 restaurado por su hijo. Se había acercado y, de algún modo, *Christine* se había... apoderado de él. ¿Había subido al coche para sentarse un momento detrás del volante, como había hecho yo aquel día en el garaje de LeBay?

Tal vez sí. Sólo para ver qué vibraciones podía captar. En tal caso, debió captar algunas ciertamente muy terribles durante sus últimos minutos en el mundo. ¿Había *Christine* arrancado y marchado al garaje por sí solo? Tal vez. ¿Y había descubierto Michael que no podía parar aquel loco motor o salir del coche? ¿Había vuelto la cabeza y visto, quizás, el

verdadero espíritu conductor del Fury 1958 de Arnie, en el asiento de atrás, y se había desmayado de terror?

Ahora no importaba. Lo único que importaba era Leigh.

También ella lo había visto. Sus gritos, agudos, desesperados y estridentes, flotaron en el aire que apestaba a humo de los tubos de escape como globos históricamente brillantes. Pero al menos había salido de su estupor.

Se volvió y corrió hacia la oficina de Will Darnell, dejando detrás de ella goterones de sangre del tamaño de monedas de diez centavos. También había sangre en el cuello de su chaqueta, demasiada sangre.

Christine hizo marcha atrás, gastando caucho y dejando cristales rotos detrás. Al girar con rapidez para perseguir a Leigh, la fuerza centrífuga cerró de nuevo la portezuela del viajero, pero no antes de que yo pudiese ver la cabeza de Michael doblándose hacia el otro lado.

Christine quedó un momento inmóvil, apuntando con el morro en dirección a Leigh, mientras zumbaba su motor. Quizá LeBay saboreaba el instante que precede a la matanza. Si fue así, me alegro de ello, porque si *Christine* se hubiese lanzado de inmediato sobre ella, la habría matado con toda seguridad. Pero aquello me dio un poco de tiempo. Hice girar de nuevo la llave, farfullando algo en voz alta —creo que fue una oración—, y esta vez el motor de *Petunia* cobró vida. Solté el embrague y pisé con fuerza el acelerador en el momento en que *Christine* avanzaba de nuevo. Esta vez golpeé el coche en el costado derecho. Sonó un ruido estridente de metal desgarrado al penetrar el parachoques de *Petunia* en el guardabarro de *Christine* este saltó y fue a chocar contra la pared. Se rompieron varios cristales. Su motor rugió con furia. Detrás del volante, LeBay se volvió en mi dirección, con una mueca de odio.

Petunia se paró de nuevo.

Solté todas las maldiciones que sabía al agarrar la llave una vez más. De no haber sido por mi maldita pierna, de no haber sido por mi caída sobre la nieve, todo habría terminado ahora, me habría bastado con acorralar a *Christine* y hacerlo añicos contra el bloque que cerraba el horno.

Pero mientras ponía en marcha el motor de *Petunia* teniendo cuidado en no pisar demasiado fuerte el acelerador para que no se parase de nuevo, *Christine* empezó a moverse con un ensordecedor crujido de metal. Retrocedió entre el radiador de *Petunia* y la pared, dejando detrás de él un pedazo retorcido de su roja carrocería y perdiendo el neumático delantero de la derecha.

Conseguí que *Petunia* arrancase e hiciese marcha atrás. *Christine* había retrocedido hasta el fondo del garaje. Todas sus luces estaban ahora

apagadas. El parabrisas se había roto en una galaxia de grietas. El capó doblado parecía reír, burlón.

Su radio atronaba el aire. Pude oír a Ricky Nelson cantando *Waitin in School*.

Busqué con la mirada a Leigh y vi que estaba en la oficina de Will, mirando hacia el garaje. Sus cabellos rubios aparecían ensangrentados. Fluía más sangre por el lado izquierdo de su cara, empapando su chaqueta. *Sangra demasiado* —pensé tontamente—. *Sangra demasiado, incluso para una herida en la cabeza*.

Sus ojos se desorbitaron y señaló detrás de mí, moviendo los labios sin ruido detrás del cristal.

Christine avanzaba rugiendo sobre el suelo despejado y ganaba velocidad.

Y el capó se desarrugaba, se estiraba hacia fuera y hacia abajo para cubrir de nuevo la cavidad del motor. Dos de los faros centellearon y volvieron después a brillar con intensidad. El guardabarro y el lado derecho de la carrocería —sólo lo vi de refilón, pero juro que es verdad— se estaban... *recomponiendo* solos, y surgía metal rojo de ninguna parte, que resbalaba hacia abajo en suaves curvas automotrices para cubrir el neumático delantero de la derecha y el lado derecho del compartimiento del motor. Las grietas del parabrisas se encogían y desaparecían. Y el neumático que había sido arrancado de la llanta aparecía de nuevo.

«Todo parece nuevo —pensé—. ¡Que Dios nos ayude!».

Marchaba directamente hacia la pared que separaba la oficina del garaje. Solté rápidamente el pedal del embrague, confiando en interponer la carrocería del camión-cuba en su carrera, pero *Christine* pasó. *Petunia* sólo tropezó con aire fluido. ¡Sí que lo estaba haciendo bien! Crucé todo el local y fui a chocar contra los mellados armarios de herramientas alineados allí. Cayeron al suelo con sordo ruido metálico. A través del parabrisas, vi que *Christine* golpeaba la pared entre el garaje y el despacho de Will. No había reducido la marcha, antes al contrario, se había lanzado a toda velocidad.

Nunca olvidaré los momentos que siguieron: permanecen hipnóticamente claros en mi memoria, como vistos a través de un cristal de aumento. Leigh vio venir a *Christine* y se echó atrás. Sus cabellos ensangrentados estaban pegados a su cabeza. Cayó sobre el sillón basculante de Will y, después al suelo, perdiéndose de vista detrás de la mesa. Un instante después —y quiero decir un mero instante—, *Christine* chocó con la pared. La gran ventana que Will había utilizado para observar lo que pasaba en el garaje saltó hecha añicos. Trozos de cristal cayeron al interior como un haz de mortíferos puñales. La parte delantera de *Christine* se abolló con el impacto. El capó se levantó y se

desprendió, saltando hacia el techo del vehículo y aterrizando sobre el pavimento de hormigón con un ruido metálico muy parecido al que habían realizado los armarios de las herramientas al caer.

El parabrisas se rompió, y el cuerpo de Michael Cunningham salió despedido a través de la mellada abertura, arrastrando las piernas y con la cabeza como una grotesca pelota de fútbol americano desinflada. Pasó a través de la ventana de Will, cayó sobre la mesa de Will con un sordo chasquido y resbaló hasta el suelo, con sólo los zapatos sobresaliendo de la mesa.

Leigh empezó a chillar.

Probablemente, su propia caída la había salvado de ser gravemente lesionada o muerta por los cristales voladores pero cuando se levantó detrás de la mesa, su cara estaba contraída de espanto y un histerismo total se había apoderado de ella. Michael había resbalado desde la mesa y sus brazos se habían cruzado sobre los hombros de ella y al ponerse Leigh trabajosamente en pie, pareció estar bailando con el cadáver. Sus gritos eran estridentes como una sirena de coche de bomberos. Su sangre, que seguía manando, lanzaba rojos destellos mortales. Dejó caer a Michael y corrió hacia la puerta.

—¡No, Leigh! —grité, y empujé de nuevo el pedal con la escoba. El mango se partió por la mitad, dejándome con un palo de quince centímetros en la mano—. ¡Ohhhh! ¡MIERDA!

Christine se apartó de la ventana rota, dejando en el suelo un charco de agua, anticongelante y aceite.

Pisé ahora el pedal con el pie izquierdo, sin sentir apenas el dolor, sujetando la rodilla con la mano izquierda mientras metía la marcha con la derecha.

Leigh abrió la puerta del despacho y salió corriendo.

Christine se volvió hacia ella, apuntándola con su morro destrozado y gruñidor.

Forcé el motor de *Petunia* y avancé rugiendo y, al aumentar en el parabrisas la imagen de aquel coche infernal, vi la cara enrojecida e hinchada de un chiquillo apretada contra la ventanilla de atrás, mirándome, pareciendo pedirme que me detuviese.

El golpe fue brutal. El capó del camión se levantó y se abrió como una boca. La parte de atrás giró en redondo, y *Christine* resbaló de lado, más allá de Leigh, que huyó con ojos desorbitados que parecían engullir su cara. Recuerdo las salpicaduras de sangre en el ribete de piel de la capucha de su chaqueta, menudas gotitas de rocío infernal.

Yo estaba resuelto. Estaba lanzado. Aunque tuviesen que amputarme después la pierna por la ingle, conduciría.

Christine golpeó la pared y rebotó hacia atrás. Pisé el embrague, puse marcha atrás, retrocedí tres metros, pisé de nuevo el embrague y puse la primera. Con el motor roncando, *Christine* trató de alejarse y deslizarse junto a la pared. Giré a la izquierda y lo embestí de nuevo, aplastándole en su mitad casi en cintura de avispa. Las portezuelas de delante y de atrás saltaron de sus marcos. LeBay estaba detrás del volante, ahora como una calavera, como un camafeo humano podrido y hediondo, ahora como un hombre sano y robusto de cincuenta años y cabellos grises cortados a cepillo. Me miró con su diabólica sonrisa, apoyada una mano en el volante y amenazándome con el puño libre.

Y su motor se negaba a morir.

De nuevo di marcha atrás, y ahora mi pierna ardía como un hierro al rojo blanco y el dolor subía hasta la axila. Algo infernal. El dolor estaba en todas partes. Podía sentirlo

(*¡Jesús, Michael! ¿Por qué no te quedaste en casa?*)

en el cuello, en la mandíbula, en

(*¿Arnie? Hombre, lo siento tanto que quisiera...*)

las sienas. El Plymouth —lo que quedaba de él— rodó como borracho por el lado del garaje, haciendo saltar herramientas y trozos de chatarra, arrancando soportes y haciendo caer los estantes de arriba. Estos chocaron con el hormigón produciendo un ruido seco y repetido que sonó como aplausos del demonio.

Pisé de nuevo el embrague y después el acelerador a fondo. El motor de *Petunia* rugió, y yo me agarré al volante como el hombre que se esfuerza en permanecer montado en un caballo salvaje. Golpeé a *Christine* en el lado derecho, arrancando la carrocería del eje posterior y empujándola contra la puerta, que se estremeció y crujió. Me doblé sobre el volante, que me golpeó el vientre, me cortó la respiración y me lanzó de nuevo sobre mi asiento, jadeando.

Ahora vi a Leigh acurrucada en el rincón más lejano, con las manos apretadas sobre la cara, a la que daban el aspecto de una máscara de bruja.

El motor de *Christine* seguía funcionando.

Se arrastró lentamente hacia Leigh, como un animal que se hubiese roto las patas de atrás en una trampa. Pero incluso entonces pude ver que se estaba regenerando, reparando: un neumático que volvía de pronto a llenarse de aire, la antena de la radio que se desplegaba sola con una

vibración argentina, la aparición de nuevo metal alrededor de la cola destrozada.

—¡Muérete! —le grité.

Estaba llorando y no paraba de jadear. Mi pierna se negaba a seguir trabajando. La sujeté con ambas manos y la empujé sobre el pedal del embrague.

Mi visión se hizo confusa y gris con aquella angustia terrible. Casi podía sentir rechinar los huesos.

Aceleré el motor, puse de nuevo primera y atacué al hacerlo, oí la voz de LeBay por primera y última vez, estridente y desesperada y llena de furia terrible e implacable:

—¡Tú, CAGÓN! ¡Vete al diablo, miserable CAGÓN! ¡DÉJAME EN PAZ!

«Eres tú quien debía dejar en paz a mi amigo», quise gritar, pero sólo un jadeo áspero y doliente salió de mi garganta.

Le golpeé de lleno en la parte de atrás, y el depósito de la gasolina estalló, al encogerse aquélla como un acordeón hacia dentro y hacia arriba en una especie de hongo de metal. Surgió una llamarada amarilla. Me tapé la cara con las manos... Pero se extinguió en seguida. *Christine* se quedó inmóvil, como apartada de un *derby* de demolición. Su motor tosió, se detuvo, se puso en marcha de nuevo y se paró definitivamente.

El lugar quedó en silencio, salvo por el grave zumbido del motor de *Petunia*.

Entonces Leigh se acercó corriendo, gritando mi nombre una y otra vez, llorando. De pronto, tontamente, me di cuenta de que llevaba su rosado pañuelo de nailon alrededor de la manga de mi chaqueta.

Lo miré, y todo se volvió de nuevo gris.

Pude sentir el contacto de sus manos, después, todo se oscureció y me desmayé.

Recobré el sentido unos quince minutos más tarde, húmeda y deliciosamente fresca la cara. Leigh estaba de pie sobre el estribo del lado del conductor, aplicando un trapo mojado a mi rostro. Agarré el trapo, traté de chupar el agua, y escupí. Sabía fuertemente a aceite.

—No temas, Dennis —dijo Leigh—. Salí corriendo a la calle..., detuve a una máquina quitanieve..., le di un susto de muerte al conductor... Toda esa sangre..., dijo..., una ambulancia..., dijo, ¿sabes...? ¿Estás bien, Dennis?

—¿Parezco estarlo? —murmuré.

—No —confesó y se echó a llorar.

—Entonces no... —tragué saliva para aliviar la seca garganta—. No
hagas preguntas tontas. Te quiero.

Me abrazó con torpeza.

—También dijo que llamaría a la policía —explicó.

Casi no la oí. Mis ojos habían tropezado con el retorcido y silencioso
bulto de los restos de *Christine*. Bulto era la palabra adecuada,
dificilmente podía ser tomado por un coche. Pero ¿por qué no había
ardido? El plato de una rueda estaba tirado a un lado como un disco
dentado de plata.

—¿Cuánto tiempo hace que detuviste a la máquina quitanieve? —
pregunté con voz ronca.

—Tal vez cinco minutos. Entonces cogí el trapo y lo mojé en aquel cubo.
Dennis..., gracias a Dios que ha terminado todo.

¡Punk! ¡Punk! ¡Punk!

Yo seguía mirando el plato.

Sus dientes se alargaban.

De pronto se alzó sobre el borde y rodó en dirección al coche como una
enorme moneda.

Leigh también lo vio. Su rostro se quedó helado. Sus ojos empezaron a
desorbitarse. Sus labios pronunciaron la palabra *No*, pero ningún
sonido brotó de ellos.

—Sube a mi lado —dije en voz baja, como si aquello pudiese oírnos.
¿Quién sabe? Tal vez podía—. Ponte en el asiento del pasajero.
Apretarás el acelerador mientras yo piso el pedal del embrague con el
pie derecho.

—No... —gritó ella, en un susurro sibilante. Su respiración era breve,
quejumbrosa—. No..., no...

El coche arruinado temblaba en todas sus partes. Era la cosa más
fantástica y más terrible que hubiese visto mi vida. Temblaba, se
estremecía como un animal que estuviese completamente... muerto. El
metal chocaba nerviosamente contra el metal. Varillas de sujeción
tocaban ritmos de *jazz* sobre los conectores. Mientras observaba, un

pasador doblado que yacía en el suelo se enderezó, dio unos cuantos saltos y fue a caer sobre la chatarra.

—Sube —pedí.

—No puedo, Dennis —sus labios temblaban sin poderse dominar—. No puedo..., ya no puedo... Aquel cuerpo... era el del padre de Arnie. No puedo más, por favor.

—Tienes que poder —le dije.

Me miró, se volvió asustada hacia los restos obscenamente temblorosos de aquella vieja ramera que habían compartido LeBay y Arnie, y después pasó por delante del morro de *Petunia*. Un trozo de metal cromado saltó y le arañó profundamente una pierna. Ella chilló y corrió. Subió a la cabina y se apretó contra mí.

—¿Qué... qué tengo que hacer?

Me abalancé a medias fuera de la cabina, sujetándome en el techo, y empujé el pedal del embrague con el pie derecho. El motor de *Petunia* seguía funcionando.

—Aprieta el acelerador y no lo sueltes —dije—. Pase lo que pase.

Conduciendo con la mano derecha y sujetándome con la izquierda, solté el pedal, rodamos hacia delante y nos lanzamos sobre el coche arruinado, aplastándolo, dispersando sus pedazos. Y creí oír otro grito de furia.

Leigh se apretó la cabeza con las manos.

—¡No puedo, Dennis! ¡No puedo hacerlo! ¡Está, está gritando!

—Tienes que hacerlo —ordené.

Su pie se había levantado del acelerador y ahora pude oír sirenas en la noche, subiendo y bajando de tono. Agarré a Leigh de un hombro y una terrible punzada de dolor subió por mi pierna.

—Nada ha cambiado, Leigh. Tienes que hacerlo.

—¡Me ha *gritado* !

—Se nos acaba el tiempo y todavía no hemos terminado. Pero ya falta poco.

—Lo intentaré —murmuró, y volvió a pisar el acelerador.

Puse marcha atrás. *Petunia* retrocedió unos seis metros. Desembragué de nuevo, puse la primera..., y Leigh gritó de pronto:

—¡No, Dennis! ¡No lo hagas! ¡Mira!

La madre y la niña, Verónica y Rita, estaban plantadas delante del aplastado y mellado bulto de *Christine*, cogidas de la mano solemnes y tristes los semblantes.

—No están ahí —dije—. Y si estuviesen, tendrían que volver al sitio que les corresponde —aumentó el dolor de mi pierna y todo se volvió gris—. Mantén el pie apretado.

Solté el embrague y *Petunia* rodó de nuevo hacia delante, adquiriendo velocidad. Las dos figuras no desaparecieron como hacen los fantasmas en el cine y la televisión, semejaron extenderse en todas direcciones palideciendo los brillantes colores en vagos rosas y azules... hasta desvanecerse del todo.

Chocamos de nuevo contra *Christine*, desparramando lo que quedaba de ella. El metal crujía y se desgarraba.

—No están —murmuró Leigh—. No son reales. Está bien. Está bien, Dennis.

Su voz parecía venir de un pasillo lejano y oscuro. Puse marcha atrás y retrocedimos. Después avanzamos. Golpeamos aquello, lo golpeamos de nuevo. ¿Cuántas veces? No lo sé. Sólo sé que lo golpeábamos y que, cada vez que lo hacíamos, otra punzada de dolor subía por mi pierna y todo se oscurecía un poco más.

Al fin alcé la turbia mirada y vi que el aire exterior parecía ensangrentado. Pero no era sangre, era una luz roja que se reflejaba en la nieve que caía. Alguien estaba golpeando la puerta desde fuera.

—¿Es ya suficiente? —me preguntó Leigh.

Miré a *Christine*, aunque ya no era *Christine*. Era un desparramado montón de metales rotos y retorcidos, jirones de tapicería y brillantes trozos de cristal.

—Tiene que serlo —manifesté—. Hazles entrar, Leigh.

Y mientras ella se relajaba, me desmayé de nuevo.

Entonces vi una serie de imágenes, confusas, cosas que podía enfocar unos momentos y, después, palidecían o desaparecían por completo. Recuerdo una camilla que era sacada de la parte de atrás de una ambulancia, recuerdo que doblaron sus costados y que la luz fluorescente del techo arrancó fríos destellos de su metal cromado,

recuerdo que alguien dijo: «Cortadlo, tenéis que cortarlo para que al menos podamos verlo»; recuerdo que otra persona —supongo que era Leigh— dijo: «No le hagan daño, por favor, no le hagan daño si pueden evitarlo», recuerdo el techo de una ambulancia..., tenía que ser una ambulancia, porque en la periferia de mi campo visual había suspendidos dos frascos de suero; recuerdo un frío algodón con antiséptico y después el pinchazo de una aguja.

Después de esto las cosas se hicieron sumamente confusas; sabía, en lo más hondo de mi cerebro, que no estaba soñando: el dolor lo demostraba y, sin embargo, todo *parecía* un sueño. Estaba fuertemente drogado, y esto contribuía en parte a aquella sensación; pero también contribuía el *shock*. No son imaginaciones, Jack. Mi madre estaba allí, llorando, en una habitación que parecía desoladoramente igual que la del hospital en que había pasado yo todo el otoño. Después estaba allí mi padre en compañía del de Leigh, y los semblantes de ambos eran tan tensos y lúgubres que parecían individualmente indistinguibles, como habría podido decir Franz Kafka. Mi padre se inclinó sobre mí y dijo, con una voz que parecía un trueno vibrando entre capas de algodón:

—¿Cómo fue Michael a parar allí, Dennis?

Esto era en realidad lo que querían saber: cómo Michael había ido a parar allí. «¡Oh! —pensé—. Amigos míos, podría contaros unas cosas».

Entonces, Mr. Cabot dijo:

—¿En qué lío metiste a mi hija, chico?

Me parece que le respondí:

—No la metí en ningún lío, sino que fue ella quien os sacó de un lío a vosotros.

Y pienso que fue una respuesta bastante inteligente, dadas las circunstancias, con lo drogado que estaba y todo lo demás.

Elaine estuvo brevemente allí y parecía sostener burlescamente un *Yodel* o un *Twinkie* o algo parecido fuera de mi alcance. Y Leigh se presentó también, se quitó el fino pañuelo de nailon y me pidió que levantase el brazo para poder atarlo a este. Pero no pude hacerlo, me pesaba como una barra de plomo.

Después estuvo Arnie, y esto sí que tenía que ser un sueño.

—Gracias, hombre —dijo, y advertí aterrorizado que el cristal izquierdo de sus gafas estaba roto. Su cara era normal, pero aquel cristal roto... me espantaba—. Gracias. Lo hiciste muy bien. Ahora me siento mejor. Creo que todo marchará perfectamente.

—No temas, Arnie —dije, o traté de decir, pero él se había marchado ya.

El día siguiente —no el 20, sino el domingo, 21 de enero— empecé a recobrar un poco. Mi pierna izquierda estaba escayolada y levantada en la antigua y acostumbrada posición, entre pesas y poleas. Sentado al lado de mi cama y leyendo una novela en rústica de John D. MacDonald, había un hombre al que no había visto nunca. Observó que le miraba y bajó el libro.

—Bienvenido al mundo de los vivos, Dennis —saludó con dulzura, cerrando el libro después de marcar, deliberadamente, la página con la tapa de un estuche de cerillas.

Puso el libro sobre su regazo y cruzó las manos sobre él.

—¿Es usted médico? —le pregunté.

Desde luego, no era el doctor Arrowway, que me había tratado la otra vez, este era veinte años más joven y pesaba al menos veinticinco kilos menos que aquél. Parecía rudo.

—Inspector de policía del Estado —explicó—. Me llamo Richard Mercer, Rick, si lo prefieres.

Me tendió la mano, y yo la toqué, estirando torpe y cuidadosamente el brazo. No podía estrechársela. Además me dolía la cabeza y tenía sed.

—Mire —dije—, no me importa hablar con usted y contestar todas sus preguntas, pero quisiera ver a un médico —tragué saliva. Él me miró, con aire preocupado, y balbuceé—. Necesito saber si podré volver a andar.

—Si lo que dice ese Arrowway es verdad —repuso Mercer—, podrás andar dentro de cuatro o seis semanas. No te has roto de nuevo el hueso, Dennis. Sólo forzaste mucho la pierna, según dijo. Se te hinchó como una morcilla. También dijo que habías tenido suerte de que te saliese tan barato.

—¿Qué ha sido de Arnie? —le pregunté—. Arnie Cunningham, ¿sabe usted...?

El hombre pestañeó.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Qué le ha pasado a Arnie?

—Dennis —dijo, y vaciló—. No sé si es el momento...

—Por favor. ¿Ha..., ha muerto Arnie?

Mercer suspiró.

—Sí, ha muerto. Él y su madre sufrieron un accidente en la autopista de Pensilvania, a causa de la nieve. Si fue un accidente.

Traté de hablar y no pude. Señalé la jarra de agua encima de la mesita de noche, pensando en lo horrible que era estar en una habitación de hospital y saber, exactamente, dónde se hallaba todo. Mercer llenó un vaso y metió en él la paja doblada. Bebí y me sentí un poco mejor. Me refiero a mi garganta. Todo lo demás no mejoró en absoluto.

—¿Qué quiere decir con eso de si fue un accidente?

Mercer respondió:

—Ocurrió el viernes por la noche, y la nieve no era muy espesa. El anuncio de la autopista indicaba piso mojado y visibilidad reducida, y ordenaba la precaución adecuada. Suponemos, por la fuerza del impacto, que no rodarían a mucho más de sesenta. El coche giró, saltó sobre la divisoria y chocó contra un remolque. Iban en la furgoneta Volvo de la señora Cunningham. Estalló.

Cerré los ojos.

—¿Regina?

—Murió también. Si te sirve de consuelo, probablemente no...

—Sufrieron —dije terminando la frase—. ¡Mierda! Sufrieron mucho —ahogué un sollozo. Mercer no dijo nada—. Los tres —murmuré—. ¡Oh, Jesús, los tres!

—El conductor del camión se rompió un brazo. No sufrió mayor daño. Dijo que iban tres personas en el coche, Dennis.

—¡Tres!

—Sí. Y explicó que parecían pelearse —Mercer me miró francamente—. Estamos estudiando la teoría de que recogieron a un autostopista desaprensivo que escapó después del accidente y antes de que llegasen los agentes.

«Si conociese a Regina Cunningham, esto le parecería ridículo», pensé. Recoger a un autostopista era tan impropio de ella como presentarse en pantalón de trabajo en un té de la Facultad. Regina Cunningham tenía ideas fijas sobre lo que se podía y lo que no se podía hacer.

Ideas de hormigón, podríamos decir.

Había sido LeBay. Pero la cuestión era que no podía estar en dos sitios al mismo tiempo. Por lo visto, cuando se dio cuenta de cómo andaban las cosas en el garaje de Darnell, abandonó a *Christine* y trató de volver

junto a Arnie. Lo que ocurrió entonces nadie puede saberlo. Pero yo presumí —y sigo pensándolo ahora— que Arnie luchó contra él... y consiguió al menos un premio.

—Muerto —dije, y ahora no pude contener las lágrimas.

Estaba demasiado débil para detenerlas. A fin de cuentas, no había podido impedir que le matasen. No esta última vez, que era cuando realmente importaba. Tal vez había salvado a otros, pero no a Arnie.

—Dime lo que pasó —pidió Mercer. Dejó el libro sobre la mesita de noche y se inclinó hacia delante—. Cuéntame todo lo que sepas, Dennis, desde el principio hasta el final.

—¿Qué ha dicho Leigh? —le pregunté—. ¿Y cómo está?

—Pasó la noche del viernes aquí, bajo observación —me dijo Mercer—. Estaba conmocionada y tenía una herida en el cuero cabelludo que requirió doce puntos de sutura. Ninguna lesión en la cara. Afortunadamente. Es una muchacha muy bonita.

—Es más que eso —dije—. Es hermosa.

—No quiso decir nada —explicó Mercer, y una sonrisa forzada creo que de admiración, torció su semblante hacia la izquierda—. Ni a mí ni a su padre. Este está, digamos, muy cabreado con todo este asunto. Ella dijo que eras tú quien debía decidir lo que había que contar y cuándo debía hacerse —me miró reflexivo—. Porque, dice, eres tú quien puso fin a la cosa.

—No fue una gran hazaña —murmuré.

Todavía trataba de luchar contra la idea de que Arnie estuviese realmente muerto. Era imposible, ¿no? Habíamos ido juntos a Camp Winnesko, en Vermont, cuando teníamos doce años, y y a mí me dio nostalgia y le dije que iba a telefonar a mis padres y decirles que viniesen a buscarme. Arnie explicó que, si lo hacía, diría a todo el mundo en el colegio que la razón de mi precipitada vuelta a casa era que me habían pillado comiendo golosinas en mi litera después de apagar las luces y que me habían expulsado.

Una vez subimos a lo más alto del árbol que había en el patio de atrás de mi casa y grabamos en él nuestras iniciales. Él se quedaba a menudo a dormir en mi casa, y estábamos levantados hasta muy tarde viendo Shrock Theater, acurrucados sobre el sofá y cubiertos con una vieja colcha. Comíamos aquellos bocadillos clandestinos *Wonder Bread*. Cuando tenía catorce años, Arnie acudió a mí, asustado y avergonzado, porque tenía sueños libidinosos y pensaba que hacían que se mease en la cama. Pero lo que más recordaba eran las granjas de hormigas. ¿Cómo podía estar muerto, después de haber hecho juntas aquellas granjas de hormigas? ¡Jesús! Parecía que esto había pasado sólo una o

dos semanas atrás. ¿Cómo podía estar muerto? Abrí la boca para decir a Mercer que Arnie no podía estar muerto, que aquellas granjas de hormigas hacían que esta idea fuese absurda. Pero volví a cerrarla.

No podía contarle esto. Él no era más que un tipo como otro cualquiera.

«Arnie —pensé—. Bueno, hombre, esto no es verdad, ¿eh? ¡Jesús! Aún tenemos muchas cosas que hacer. Todavía no hemos tenido una doble cita en el cine al aire libre».

—¿Qué pasó? —preguntó de nuevo Mercer—. Dímelo, Dennis.

—No lo creería —repliqué farfullando.

—Quizá te sorprendería lo que soy capaz de creer —manifestó—. Y quizá te sorprendería lo que ya sabemos. Un compañero llamado Junkins dirigió la investigación de este caso. Le mataron no lejos de aquí. Era amigo mío. Un buen amigo. Una semana antes de su muerte, me dijo que pensaba que algo ocurría en Libertyville que nadie podría creer. Entonces le mataron. Para mí, es algo personal.

Cambié cuidadosamente de posición.

—¿No le dijo nada más?

—Me explicó que creía que había descubierto un antiguo asesinato —dijo Mercer, sin apartar los ojos de los míos—. Pero que importaba poco, porque el asesino estaba muerto.

—LeBay —murmuré, y pensé que si Junkins sabía aquello, no era de extrañar que *Christine* le hubiese matado. Porque, si lo sabía, había estado demasiado cerca de toda la verdad.

Mercer siguió:

—LeBay fue el nombre que mencionó —se acercó más a mí—. Y te diré algo más, Dennis: Junkins era un conductor formidable. Cuando era más joven, antes de casarse, solía correr en Philly Plains y había ganado más de una vez. En la carretera, corría a más de ciento setenta en un Dodge de turismo. Quienquiera que le persiguiese, y sabemos que alguien le persiguió, tenía que ser un conductor endiablado.

—Sí —convine—. Lo era.

—He venido por propia iniciativa. He estado aquí dos horas, esperando que te despertases. Y la noche pasada estuve hasta que me echaron a patadas. No he traído ningún taquígrafo, ni ninguna cinta magnetofónica, ni ningún micrófono. Cuando hagas una declaración formal, si es que llegas a hacerla, será otra cosa, pero, de momento,

sólo es algo entre tú y yo. Tengo que saberlo. Porque veo a la esposa y a los hijos de Rudy Junkins de vez en cuando. ¿Comprendes?

Lo pensé. Reflexioné durante largo rato..., casi cinco minutos. Él permaneció sentado, sin interrumpir mis pensamientos. Al fin asentí con la cabeza.

—Está bien. Pero no me creerá.

—Ya lo veremos —dijo.

Abrí la boca sin tener idea de lo que saldría de ella.

—Él era un perdedor, ¿sabe? —dije—. En todo colegio superior hay al menos, dos de ellos, como si lo exigiese una ley de la nación. Todo el mundo los pisotea. Sólo que a veces..., a veces encuentran algo a lo que agarrarse y sobreviven. Arnie me tuvo a mí. Y después tuvo a *Christine*.

Le miré, y si hubiese visto el más ligero pestañeo de desconfianza en aquellos ojos grises que eran tan turbadores como los de Arnie... bueno, si lo hubiese visto, creo que habría cerrado el pico y le habría dicho que pusiese en su informe lo que le pareciese más plausible y dijese a los hijos de Rudy Junkins lo que le viniese en gana. Pero se limitó a asentir con la cabeza, mirándome con atención.

—Sólo quería que comprendiese esto —proseguí, y se me hizo un nudo en la garganta y no pude decir lo que tal vez hubiese debido añadir: Leigh Cabot vino después.

Bebí un poco más de agua y engullí con fuerza. Y hablé durante dos horas.

Al fin terminé. Sin arrebatos. Agoté, simplemente, el caudal, doliéndome la garganta de tanto hablar. No le pregunté si me creía, no le pregunté si iba a encerrarme en un manicomio o a darme la medalla de los embusteros. Sabía que creía buena parte de ello, porque coincidía demasiado con lo que él sabía. En cuanto a lo demás —*Christine* y LeBay, y el pasado alargando las manos hacia el presente—, no sabía lo que en realidad pensaba. Ni lo sé siquiera hoy. Realmente, no lo sé.

Se hizo un breve silencio entre nosotros. Al fin se dio unas palmadas en los muslos y se levantó.

—Bueno —manifestó—. Los tuyos deben de estar esperando para visitarte.

—Probablemente, sí.

Sacó la cartera y me entregó una blanca tarjetita de visita, con su nombre y su número de teléfono.

—Generalmente me encontraréis aquí, si no estoy, alguien me dará el recado. Cuando vuelvas a hablar con Leigh Cabot, ¿querrás decirle lo que me has contado y pedirle que se ponga al habla conmigo?

—Lo haré, si lo desea.

—¿Confirmará tu versión?

Me miró con fijeza.

—Sí.

—Te diré una cosa, Dennis —musitó—. Si mientes, lo haces sin saberlo.

Se marchó. Sólo le vi otra vez, y fue en las triples exequias de Arnie y de sus padres. Los periódicos informaron de la trágica y fantástica historia: el padre muerto en un accidente de tráfico mientras la madre y el hijo morían en la autopista de Pensilvania. Paul Harvey lo incluyó en su programa.

Nada se dijo sobre la estancia de *Christine* en el garaje de Darnell.

Mi familia acudió a visitarme aquella noche, y entonces me sentía ya más tranquilo, debido, en parte, según creía, a haber descargado mi pecho con Mercer (era lo que mis profesores de psicología del colegio llamaban «un forastero interesado», con los que siempre resulta más fácil hablar). Pero mi actual manera de sentir se debía sobre todo a una rápida visita del doctor Arroway a última hora de la tarde. Se mostró destemplado e irascible conmigo, sugiriendo que la próxima vez se limitaría a agarrar una sierra y cortarme la maldita pierna, con lo que nos ahorraríamos muchas penas y fatigas... Pero también me dijo (creo que a regañadientes) que no había sufrido ningún daño irreparable, según creía. Añadió que no habían mejorado mis probabilidades de correr en el maratón de Boston, y se fue.

La visita de la familia fue, pues, bastante alegre, gracias sobre todo a Ellie, que charló por los codos acerca de un inminente cataclismo: su Primera Cita. Un rapaz granujiento y cabezota, llamado Brandon Hurling, la había invitado a ir a patinar. Papá les llevaría en el coche. ¡Qué frescura!

Mi madre y mi padre terciaron en la conversación, pero mamá no dejó de lanzar ansiosas miradas de recordatorio a papá, y este se quedó cuando mamá se hubo llevado a Elaine.

—¿Qué pasó? —me preguntó—. Leigh le contó a su padre una loca historia sobre automóviles que marchaban solos y niñas que estaban muertas y no sé qué otras barbaridades. El hombre se encuentra fuera de sí.

Asentí con la cabeza. Estaba cansado, pero no quería que Leigh tuviese que aguantar las diatribas de sus padres, o que estos la tuviesen por loca o embustera. Si ella iba a avalarme delante de Mercer, yo la avalaría delante de su padre y de su madre.

—Está bien —dije—. Es una larga historia. ¿Quieres enviar a mamá y a Ellie a tomar un refresco o algo parecido? O quizá podrías decirles que fuesen al cine.

—¿Tan larga es?

—Sí. Tan larga.

Me miró con ojos inquietos.

—Está bien —dijo.

Poco después, conté mi historia por segunda vez. Ahora, al escribirla, es la tercera. Y la tercera vale por todas, según dicen.

Descansa en paz, Arnie.

Te quiero, hombre.

EPÍLOGO

Supongo que si esto fuese un relato inventado, lo terminaría diciendo que el caballero de la pierna rota del garaje de Darnell cortejó y conquistó a la bella dama..., la del pañuelo rosa de nailon y los arrogantes pómulos nórdicos. Pero no sucedió así. Leigh Cabot es ahora Leigh Ackerman, vive en Taos, Nuevo México, casada con un representante de IBM. Vende Amway en sus ratos libres. Tiene dos hijas pequeñas, gemelas, por lo que supongo que sus ratos libres no son muchos. Sigo en cierto modo sus andanzas, mi afecto por la dama no se extinguió nunca, en realidad. Intercambiamos postales por Navidad y le mando una tarjeta el día de su cumpleaños, porque ella nunca se olvida del mío. Estas cosas. Hay veces en que me parece que han pasado mucho más de cuatro años.

¿Qué nos ocurrió? En realidad, no lo sé. Salimos juntos dos años, dormimos juntos (satisfactoriamente), estudiamos juntos (en Drew) y fuimos buenos amigos. Su padre guardó secreto sobre nuestra loca historia después de que el mío hubiese hablado con él, aunque siempre me miró, después de aquello, como a una persona dudosa. Creo que tanto él como la señora Cabot se sintieron aliviados cuando Leigh y yo emprendimos caminos separados.

Pude sentir cuándo empezamos a distanciarnos, y me dolió..., me dolió mucho. La añoraba como se añoran las sustancias de las que uno ha llegado a depender físicamente... los caramelos, el tabaco, la *Coca-Cola*. Llevaba una antorcha encendida para ella, pero temo que la llevaba pensando demasiado en mí, y la apagué con una prisa casi descarada.

Y creo saber lo que pasó. Lo que ocurrió aquella noche en el garaje de Darnell fue un secreto entre nosotros y, desde luego, los amantes necesitan tener algún secreto... pero este era malo de tener. Era algo frío y antinatural; una cosa que olía a locura y a algo peor, olía a tumba.

Había noches en que después de amarnos, yacíamos juntos en la cama, desnudos, pegados los vientres, y una cosa se interponía entre nosotros: la cara de Roland D. LeBay. Yo besaba la boca de Leigh o sus senos o su vientre, con creciente pasión, y de pronto sentía la voz de él: *Es el olor más bueno del mundo... salvo el del coño*. Y me quedaba helado, convertida en humo y ceniza mi pasión.

Había veces, bien lo sabe Dios, en que podía verlo también en su cara. Los amantes no siempre viven eternamente felices, incluso cuando han hecho lo que parecía justo a la medida de sus posibilidades. Aunque tardé cuatro años en aprenderlo.

Así pues, nos separamos. Un secreto necesita dos caras para saltar entre ellas, un secreto necesita mirarse en otro par de ojos. Y aunque yo la amaba, todos los besos, todas las expresiones de amor, todos los paseos del brazo entre las hojas caídas de octubre..., ninguna de estas cosas podía compararse con el acto magníficamente sencillo de atar su pañuelo alrededor de mi brazo.

Leigh abandonó la Universidad para casarse, y fue el adiós a Drew y el hola a Taos. Fui a su boda sin sentir grandes escrúpulos. Él era un buen chico. Conducía un Honda Civic. Aquí no había problema.

No tuve que preocuparme por ingresar en el equipo de fútbol americano. Drew no tiene siquiera equipo de fútbol americano. En compensación, hice una clase extra cada semestre y asistí a la escuela de verano durante dos años, aprovechando el tiempo que, en otras circunstancias, habría pasado sudando bajo el sol de agosto y ejercitándome en los placajes con muñecos. Como resultado de ello, me gradué muy pronto, en realidad, tres semestres antes de lo corriente.

Si me vieses ustedes por la calle, no advertirían ninguna señal de cojera, pero si anduviesen conmigo unos ocho kilómetros (hago al menos tres millas todos los días como cosa normal, ya que sigo haciendo fisioterapia), se darían cuenta de que me apoyo un poco más sobre la pierna derecha.

La pierna izquierda me duele los días lluviosos, y las noches de nieve.

Y a veces, cuando tengo pesadillas —ahora no tan frecuentes—, me despierto sudando y apretando con las manos aquella pierna, donde todavía subsiste un bulto duro de carne sobre la rodilla. Pero todos mis temores sobre sillas de ruedas, aparatos ortopédicos y suelas gruesas resultaron, afortunadamente, vanos. Y, en definitiva, nunca había sido un fanático del fútbol americano.

Michael, Regina y Arnie Cunningham fueron enterrados en una tumba familiar en el cementerio de Libertyville Heights, y sólo asistieron los miembros de la familia: parientes de Regina venidos de Ligonier, algunos parientes de Michael llegados de New Hampshire y de Nueva York, y unos pocos más.

El entierro se celebró cinco días después de aquella infernal escena en el garaje. Cerraron todos los ataúdes. Y el mero hecho de ver aquellas tres cajas de madera alineadas como soldados sobre el triple túmulo cayó sobre mi corazón como una palada de tierra fría. El recuerdo de las granjas de hormigas nada podía contra el mudo testimonio de aquellas cajas. Lloré un poco.

Después me deslicé a lo largo del pasillo en dirección a ellas y apoyé una mano insegura en la del centro, sin saber si era o no la de Arnie, y

sin importarme demasiado. Permanecí de este modo durante un rato, gacha la cabeza, y entonces dijo una voz detrás de mí:

—¿Quieres venir a la sacristía, Dennis?

Volví la cabeza. Era Mercer, atildado y formal en su traje oscuro de lana.

—Claro —repliqué—. Deme sólo un par de segundos.

—Muy bien.

Vacilé y después seguí:

—Los periódicos dicen que Michael murió en su casa. Que el coche le pasó por encima al resbalar él en el hielo o algo parecido.

—Sí —replicó él.

—¿Dio usted esta versión?

Mercer vaciló.

—Esto simplifica las cosas —Miró hacia donde se hallaba Leigh con mi familia. Ella hablaba con mi madre pero miraba en mi dirección—. Bonita chica —comentó, repitiendo lo que me había dicho en el hospital.

—Algún día me casaré con ella —le confesé.

—No me sorprendería que lo hicieras —respondió Mercer—. ¿Te ha dicho alguien alguna vez que tienes las pelotas de un tigre?

—Creo que me lo dijo el entrenador Puffer —convine—. Una vez.

Se echó a reír.

—¿Nos vamos, Dennis? Has estado aquí demasiado tiempo. No pienses más.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

Asintió con la cabeza.

—Sí. Supongo que sí.

—¿Quiere decirme una cosa? Tengo que saberla.

—Lo haré, si puedo.

—¿Qué hizo...? —tuve que interrumpirme y carraspear—. ¿Qué hizo con los..., los pedazos?

—Cuidé personalmente de esto —explicó Mercer. Su voz era ligera, casi burlona, pero su rostro estaba muy, muy serio—. Hice que dos compañeros de la policía local llevaran todas aquellas piezas a la máquina aplastadora de la parte de atrás del garaje de Darnell. De ellas salió un pequeño cubo de este tamaño —mantuvo las manos con un metro de separación—. Uno de ellos se hizo un corte profundo. Tuvieron que darle varios puntos de sutura.

Mercer sonrió de pronto, y fue la sonrisa más amarga y más fría que he visto en mi vida.

—Dijo que aquello le había mordido.

Entonces me empujó por el pasillo hasta el sitio donde mi familia y mi chica me esperaban.

Esta es mi historia. Aparte de los sueños.

Ahora tengo cuatro años más, y la cara de Arnie se ha hecho borrosa para mí, como una fotografía amarillenta de un álbum antiguo. Nunca habría creído que aquello pudiese ocurrir, pero ocurrió. Salí de ello, hice de alguna manera la transición de la adolescencia al estado adulto, sea este lo que fuere, tengo un título universitario cuya tinta casi se ha secado, y he estado enseñando Historia a los más jóvenes. Empecé el año pasado, y dos de mis primeros alumnos —ambos del tipo Buddy Repperton— eran mayores que yo. Sigo soltero, pero hay algunas damas interesantes en mi vida, y apenas pienso ya en Arnie.

Salvo en mis sueños.

Los sueños no son la única razón de que relate todo esto —hay otra que les diré dentro de un momento—, pero mentiría si dijese que los sueños no tuvieron mucho que ver con aquella razón. Quizás es un esfuerzo por abrir la herida y limpiarla. O tal vez es que no soy lo bastante rico para ir a un psiquiatra.

En uno de mis sueños me veo de nuevo en la ceremonia del entierro. Los tres ataúdes están sobre el triple túmulo, pero la iglesia está vacía salvo por mí. En el sueño vuelvo a usar muletas y estoy plantado en el extremo del pasillo central, junto y de espaldas a la puerta. No quiero avanzar, pero las muletas me empujan, moviéndose por sí solas. Toco el ataúd de en medio. Se abre a mi contacto, y no yace Arnie en su interior, sino Roland D. LeBay, cadáver putrefacto vestido con uniforme del Ejército.

Mientras me envuelve el pegajoso olor a podredumbre, el cadáver abre los ojos, las manos corrompidas, negras y viscosas y con excrecencias

fungosas, se alzan y agarran mi camisa antes de que pueda echarme atrás, y el cuerpo se levanta hasta que su furiosa y apestosa cara está sólo a unos centímetros de la mía. Y empieza a graznar una y otra vez: *No puedes superar ese olor, ¿verdad? Nada huele tan bien..., salvo el coño..., salvo el coño..., salvo el coño...* Quiero gritar pero no puedo, porque las manos de LeBay se han cerrado en una horrible y apretada argolla alrededor de mi cuello.

En el otro sueño —y este es peor en cierto modo—, he terminado una clase o una vigilancia en la sala de estudio de la escuela superior para jóvenes en Norton, donde enseñé. Meto mis libros y mis papeles en la cartera y salgo de la estancia hacia la clase siguiente. Y allí, en el pasillo, embutido entre los grises armarios adosados a las paredes, está *Christine*, nuevo y resplandeciente, reposando sobre cuatro flamantes y blancos neumáticos, con una Victoria Alada de metal cromado sobre el radiador, inclinada en mi dirección. El coche está vacío, pero el motor se enciende y se apaga..., se enciende y se apaga..., se enciende y se apaga. En algunos sueños, la voz de la radio es la de Richie Valens, muerto hace tiempo en un accidente de aviación con Buddy Holly y J. P. Richardson, *The Big Bopper*. Richie canta a gritos *La bamba*, con ritmo latino, y, al lanzarse de pronto *Christine* sobre mí, dejando marcas de caucho sobre el suelo del pasillo y arrancando las puertas de los armarios con sus tiradores a ambos lados de aquél, veo un escudo en su parte delantera: una burlona calavera blanca sobre campo negro. Impresa sobre la calavera figura la leyenda: EL ROCK AND ROLL NUNCA MORIRÁ.

Entonces me despierto, a veces gritando y siempre agarrándome la pierna.

Pero ahora sueño menos. Según algo que leí en una de mis clases de Psicología —asistí a muchas de ellas tal vez esperando entender cosas que no puedo comprender—, las personas sueñan menos a medida que se hacen viejas. Creo que pronto estaré bien. En las últimas vacaciones de Navidad, cuando envié a Leigh la tarjeta anual, añadí una línea a mi acostumbrada nota en el dorso. Debajo de la firma garabateé, cediendo a un impulso: *¿Has podido vencerlo?* Cerré el sobre y lo eché al correo antes de que pudiese cambiar de idea. Recibí una postal de respuesta un mes más tarde. Se veía en ella el Centro de Arte Dramático de Taos. En el dorso, mi dirección y una sola línea: *Si he podido vencer, ¿qué? L.*

Creo que, de alguna manera, siempre encontramos las cosas que hemos de saber.

Aproximadamente al mismo tiempo —parece como si mis ideas volviesen más a menudo sobre esto en los días de Navidad—, envié una nota a Rick Mercer, porque era algo que cada vez me roía más por dentro. Le preguntaba qué había sido del bloque de metal en que se había convertido *Christine*.

No recibí respuesta. Pero el tiempo me está enseñando a vencer también esta cuestión. Cada vez pienso menos en ello. Palabra.

Con esto he llegado al final de todo el asunto, recogidos en un montón de hojas todos los viejos recuerdos y las viejas pesadillas. Pronto las meteré en una carpeta, introduciré esta en mi archivador, lo cerraré y será el fin.

Pero les dije que había algo más, ¿no? Otra razón para escribirlo todo.

Su obstinada determinación. Su furia implacable.

Lo leí en el periódico hace pocas semanas: sólo una noticia transmitida por la A.P. porque era chocante, según creo. *Sé honrado, Guilder*, y voy a serlo, porque me parece estar oyendo a Arnie cuando me lo dijo. Fue este artículo lo que me impulsó, más que todos los sueños y los viejos recuerdos.

La noticia se refería a un muchacho llamado Sander Galton, cuyo apodo, según cabía presumir lógicamente, debió de haber sido Sandy.

El tal Sander Galton resultó muerto en California, cuando trabajaba en un cine al aire libre de Los Angeles. Por lo visto estaba solo, cerrando el recinto después de terminar la película de la noche. Se encontraba en el *snack-bar*. Un automóvil derribó una de las paredes, aplastó el mostrador, destruyó la máquina de palomitas de maíz y se le echó encima cuando trataba de abrir la puerta de la cabina de proyección. La policía supo que estaba haciendo esto cuando el coche le atropelló, porque encontró la llave en su mano. Leí aquel artículo, encabezado con este titular: EXTRAÑO ASESINATO POR UN COCHE EN LOS ANGELES, y pensé en la última cosa que me había dicho Mercer: *Dijo que le había mordido*.

Desde luego es imposible, pero todo fue imposible desde el principio.

Sigo pensando en George LeBay, que está en Ohio.

En su hermana, que está en Colorado.

En Leigh, que está en Nuevo México.

¿Y si hubiese empezado de nuevo?

¿Y si avanzase hacia el Este, para terminar su obra?

¿Reservándome a mí para el final?

Su obstinada determinación.

Su furia implacable.

FIN



STEPHEN KING (nacido en Portland, Maine, Estados Unidos, 21 de septiembre de 1947) es un escritor estadounidense conocido por sus novelas de terror. Los libros de King han estado muy a menudo en las listas de superventas. En 2003 recibió el National Book Award por su trayectoria y contribución a las letras estadounidenses, el cual fue otorgado por la National Book Foundation.

King, además, ha escrito obras que no corresponden al género de terror, incluyendo las novelas *Las cuatro estaciones* , *El pasillo de la muerte* , *Los ojos del dragón* , *Corazones en la Atlántida* y su autodenominada «magnum opus», *La Torre Oscura* . Durante un periodo utilizó los seudónimos Richard Bachman y John Swithen.

Notas

[1] Personaje del cuento *A Christmas Carol* , de Charles Dickens. (N. del T.) . <<

[2] Alusión al libro *El horror vuelve a Amityville* . (N. del T.) . <<

